

Pablo de Rokha

ANTOLOGIA

1916 - 1953

"Multitud"

S A N T I A G O D E C H I L E

1

9

5

4

PABLO DE ROKHA





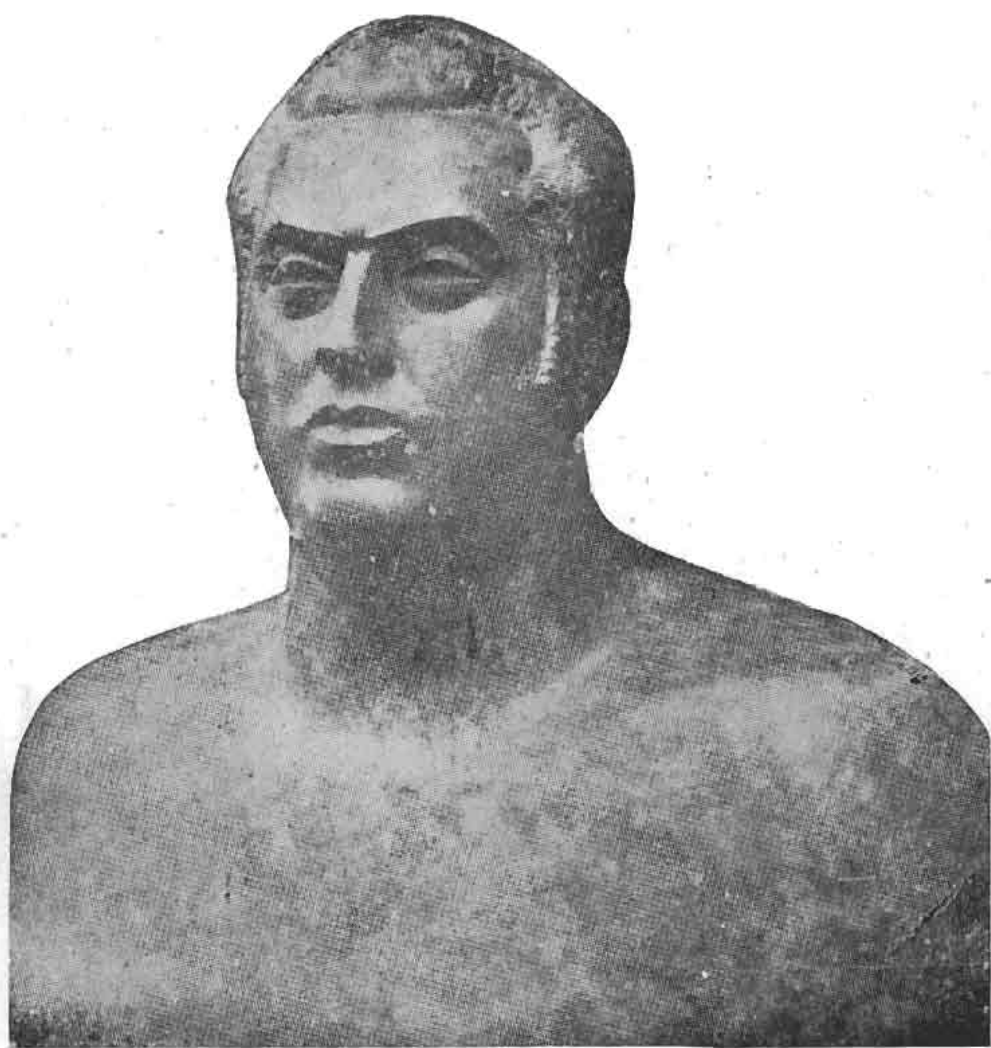








Pablo de Rokha, por José Romo, en 1937.



Pablo de Rokha, en 1932, cemento de Samuel Román Rojas.

"Fuego Negro"

Gran Marcha Heroica

Avanza, tu carro de guerra y entra
a la historia, entre chamanes...

Avanza, un atravesamiento de aguas,
al paso, al paso del pueblo y en la casa del
interior, entre los adios y ranchos caudales
de la gran comunidad y las trompetas que
traman como ruidos, entre ruidos y
durabidos y ruidos ruidos - que como ruidos
truchan, entre ruidos y ruidos, ruidos y
ruidos en flor, al paso de ruidos ruidos
y ruidos ruidos de los ruidos ruidos y ruidos
de ruidos.

Facsimil de manuscrito de Pablo de Rokha: "Fuego Negro", epopeya a la memoria de Winétt de Rokha, fragmento de "Gran Marcha Heroica", su primer estadio.

A N T O L O G I A

d e P A B L O D E R O K H A

TODOS SUS POEMAS - 1916 - 1953

"VERSOS DE INFANCIA", 1916. (Corregido y fraccionado por el autor). Publicado en "Selva Lírica", antología de la poesía chilena de O. Segura Castro y Julio Molina Núñez.

"EL FOLLETIN DEL DIABLO", 1916-1922. (Corregido y fraccionado por el autor). Publicado en "Claridad", revista de la Federación de Estudiantes de Chile, en 1920.

"LOS GEMIDOS", 1922. (Corregido y fraccionado por el autor). Ed. "Cóndor", edición agotada.

"COSMOGONIA", 1922-1927. Publicado en las revistas "Dinamo", "Agonal" y "Zig-Zag".

"U", 1927. Ed. Nascimento, edición agotada.

"SATANAS", 1927. Ed. Klog, edición agotada.

"ECUACION", canto de la fórmula estética, 1929. Ed. Klog, edición agotada.

"SURAMERICA", 1927. Edición grabada a mano por Winétt de Rokha en planchas de linóleo, numerada de 1 a 150, agotada.

"ESCRITURA DE RAIMUNDO CONTRERAS", 1929. Ed. Klog, edición a cargo de la Empresa Editorial "Orbe".

"EL CANTO DE HOY", 1930-1932. Publicado en la "Antología de la Poesía Chilena Nueva", de Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim, y en "La Opinión", en 1933.

"CANTO DE TRINCHERA", 1933. (Corregido y fraccionado por el autor). Ed. Walton, edición agotada.

(A la pág. siguiente)

- "JESUCRISTO", 1930-1933. 1ª edición agotada. 2ª edición, Ed. "Antares", agotada.
- "LOS 13", 1934-1935. (Corregido y fraccionado por el autor). Publicado en revistas y diarios de la época.
- "ODA A LA MEMORIA DE GORKI", 1936. 1.ª edición agotada. 2.ª edición, Ed. "Tonatiuh", México, 1945.
- "MOISES", 1937. Publicado en "Multitud".
- "GRAN TEMPERATURA", 1937. Ed. "Ercilla".
- "IMPRECACION A LA BESTIA FASCISTA", 1937. Publicado en "Homenaje de los Poetas de Chile a la España Republicana".
- "CINCO CANTOS ROJOS", 1938. Edición agotada.
- "MORFOLOGIA DEL ESPANTO", 1942. Ed. "Multitud". Edición limitada, numerada, de 500 ejemplares, agotada.
- "CANTO AL EJERCITO ROJO", 1944. Ed. "Multitud", edición agotada. 2ª edición, Ed. Sudamericana, México, 1944. 3ª edición, Ed. "Espiral", Colombia, 1945, agotada.
- "LOS POEMAS CONTINENTALES", 1944-1945. Publicado en "Repertorio Americano" de Costa Rica y en "Tricolor" de México.
- "CARTA MAGNA DEL CONTINENTE", 1949. Ed. "Multitud", integrando el volumen de "Arenga sobre el Arte", junto a "El Valle pierde su Atmósfera", gran poema social de Winétt de Rokha.
- "FUSILES DE SANGRE", 1950. Publicado en "Democracia" de Santiago de Chile y en "Multitud".
- "FUNERAL POR LOS HEROES Y LOS MARTIRES DE COREA", 1950. Publicado en "Multitud".
- "FUEGO NEGRO", 1951-1953. In memoriam Winétt de Rokha. Ed. "Multitud", edición agotada.
- "ARTE GRANDE" o "EJERCICIO DEL REALISMO", 1953. Publicado en "Multitud" e integrado con "Escrito Mayor" y "Grano de Pólvora a una Cigarrá", inéditos.

Entrego toda mi obra al juicio del pueblo de Chile, mi pueblo, a la pujanza de hemisferio de sus héroes y sus líderes, flor de oro del roto, y a la conciencia popular del Continente, enfrentándose, como expresión del mundo del trabajo, contra la invasión de los imperios económicos que proclaman la matanza de la especie humana, y la ofrendo a la memoria inmortal de Winétt, su gran inspiradora.

PABLO DE ROKHA

Versos de Infancia

1916

GENIO Y FIGURA

A WINETT

Yo soy como el fracaso total del mundo, ¡oh Pueblos!
El canto frente a frente al mismo Satanás,
dialoga con la ciencia tremenda de los muertos,
y mi dolor chorrea de sangre la ciudad.

Aun mis días son restos de enormes muebles viejos,
anoche "Dios" lloraba entre mundos que van
así, mi niña, solos, y tú dices: "te quiero",
cuando hablas con "tu" Pablo, sin oirme jamás.

El hombre y la mujer tienen olor a tumba;
el cuerpo se me cae sobre la tierra bruta
lo mismo que el ataúd rojo del infeliz.

Enemigo total, aúllo por los barrios,
un espanto más bárbaro, más bárbaro, más bárbaro
que el hipo de cien perros botados a morir.

("SELVA LIRICA". — Págs. 220-221. — Antología de la poesía chilena, por O. Segura Castro y Julio Molina Núñez, 1916).

El Folletín del Diablo

1916 - 1922

PROLOGO

El bien y el mal andan a gritos
sobre mis días espantosos
como iglesias, como garitos,
como angustias, como sollozos.

Látigo y flor, sangre es mi verbo,
y tragedia mi vida obscura,
vierto un errante encanto acerbo
o una hediondez de sepultura.

Y mi corazón encendido
cuando más quiere es cuando mata,
—porque el amor es como un nido
lleno de víboras de plata—.

¡Placer de destruir creando!...
¡Tronchar un sol, parir un cerro,
e ir por la vida cultivando
un jardín con flores de hierro!

Está en las cosas más roñosas
mi corazón en agonía;
¡tiene una belleza espantosa
el alma de la porquería!

Son campanarios mis sentidos,
y son de fuego las campanas;
sobre el tejado han hecho nido
todas las canciones humanas.

Crujo en la máquina moderna,
canto en las llagas y en la luna,
en el hogar, en la taberna,
en el ataúd y en la cuna.

Quiero ser simultáneamente
sombra y luz, raíz, hoja y fruto,
y condensar inmensamente
toda la vida en un minuto.

Arbol florido es mi esqueleto
y linda niña en flor la vida,
cuyo columpio está sujeto
bajo su inmensidad florida.

Estoy a obscuras y soy lumbre,
soy la multitud y estoy solo,
mis trancos van de cumbre a cumbre,
mi cerebro de polo a polo.

Nunca jamás tuve otro techo
que aquel que dan los cielos vastos;
crio montañas en el pecho
y en la cara frutos o pastos.

Mis pensamientos, ciertamente,
continúan mi anatomía;
si mi organismo es eficiente,
eficiente es mi ideología.

Viví hace siete mil inviernos,
ya no me acuerdo en qué lugares;
tengo unos anchos gestos eternos
y unas costumbres bien vulgares.

Gime la vida entre mis brazos
como mujer recién casada;
mientras me va haciendo pedazos
se va quedando embarazada.

Como un edificio en ruinas,
siento que me lluevo y que crujo,
que siendo casa de golondrinas
hospedo alimañas y brujos.

Tienen ojos grandes y buenos
mis sensaciones más complejas;
he comido pan de centeno
y pastoreado albas ovejas.

Soy un alarido volcánico
y un puñado de cosas puras:
un enorme gesto de pánico
cuajado en una criatura.

Antiguas civilizaciones,
viejas ciudades, muertas gentes,
andan ladrando por los rincones
de mi espíritu contundente.

La realidad colma estos cantos
universales y absolutos:
soy el más bruto de los santos,
soy el más santo de los brutos.

En mi intuición están las cosas
lo mismo que recién nacidas,
con esa ingenuidad grandiosa
de las cosas desconocidas.

Odio lo inútil y lo vago,
amo lo fuerte y lo rotundo;
mi corazón es como un lago
donde se está cuajando el mundo.

Y mi concepción de la vida
tiene estupendas diagonales,
pues son mis puntos de partida
los cuatro puntos cardinales.

Si el agua es simple y el pan bueno,
mi corazón es pan y agua,
y porque es flor tiene veneno,
y escupe lava porque es fragua.

Y navego en mares de llanto
riéndome dolorosamente,
como el que ya ha bebido tanto
que está cocido en aguardiente.

—Mujer, tú que eres carne mía,
tú que diste nombre a las cosas,
si no soy miel en poesía,
¿no soy tampoco un toro en prosa?

¡Mis actitudes quijoteskas
no las adquirí en el mercado!
No me parece pintoresca
la situación de un ahorcado,

Mi sombra es la sombra del globo,
el universo está en mí, ardiendo:
debí ser Dios, águila y lobo,
algo dulce, grande y tremendo.

... ¡Versificar a bofetadas,
ser trágico, brutal y fuerte,
y colgar una bufonada
sobre la vida y la muerte!...

Mi sensibilidad gravita
con los fenómenos actuales;
canto la vida cosmopolita
y los valores nacionales.

Sangre de potro hay en mis venas,
cuajada de héroes en mi cráneo,
—cosas malas y cosas buenas—,
y un gesto inmortal, momentáneo.

(Revista "CLARIDAD", de la "FECH", enero de 1920).

Los Gemidos

1919—1922

BALADA

Yo canto el canto sin querer, necesariamente, irremediamente, fatalmente, al azar de los sucesos, como quien come, bebe o anda y porque sí; moriría si no cantase, moriría si no cantase; el acontecimiento popular del poema estimula mis nervios sonantes, no puedo hablar, entono, pienso en canciones, no puedo hablar, no puedo hablar; las ruidosas, trascendentales epopeyas me definen, e ignoro el sentido de mi flauta; aprendí a cantar siendo nebulosa, odio las utilitarias labores erradas, cotidianas, prosaicas, y amo la ociosidad ilustre de lo bello; cantar, cantar cantar... he ahí lo único que sabes, Pablo de Rokha...

Los sofismas universales, las cósmicas, subterráneas leyes dinámicas me rigen, mi canción natural, polifónica se abre más allá del espíritu, la ancha belleza subconsciente, trágica, matemática, fúnebre, guía mis pasos en la obscura claridad; cruzo las épocas cantando como en un gran sueño deforme; mi verdad es la verdadera verdad, el corazón orquestal, musical, orquestal, dionisiaco, flota en la augusta, perfecta, la eximia resonancia unánime, los fenómenos convergen a él, y agrandan su sonora sonoridad sonora, sonora; y estas fatales manos van, sonámbulas, apartando la vida externa —conceptos, fórmulas, costumbres, apariencias—; mi intuición sigue los caminos de las cosas, vidente, iluminada y feliz, porque todo se hace canto en mis huesos, todo se hace canto en mis huesos.

Pus, llanto y nieblas lúgubres, dolor, sólo dolor mamo en los roñosos pechos de la vida, no tengo casa y mi vestido es pobre; sin embargo, mis cantares dramáticos-inéditos, modestísimos suman el pensamiento, todo el pensamiento de la raza y la voz del instante: soy un país hecho poeta, por la gracia de "Dios": desprecio el determinismo de las ciencias parciales, convencionales, pues mi sabiduría monumental surge pariendo axiomas desde lo infinito y su elocuencia errante, fabulosa y terrible crea mundos e inventa universos continuamente; afirmo o niego, y mi pasión gigante atraviesa trocando el pueblo imbécil del prejuicio, la mala aldea clerical de la rutina.

Atardeciendo me arrodillé junto a una inmensa y gris piedra humilde, democrática, trágica, y su oratoria, su elocuencia inmóvil habló conmigo, en aquel sordo lenguaje cosmopolita e ingenuo del ritmo universal; hoy, tendido a la sombra de los lagos, he sentido el llanto de los muertos flotando en las corolas; oigo crecer las plantas y morir los viajeros planetas degollados igual que animales, el sol se pone al fondo de mis años lúgubres, amarillos, amarillos, amarillos, las espigas van naciéndome, a media noche los eternos ríos lloran a la orilla de mi tristeza y a mis dolores maximalistas se les caen las hojas... "buenos días, buenos días, árbol", dije al reventar la mañana sobre las rubias cumbres chilenas, y más tarde clamaba: "estrellas, sois estrellas, ¡oh prodigio!..."

Mis pensamientos hacen sonar los siglos contra los siglos: voy caminando, caminando, caminando musicalmente y mis actos son himnos, cánticos naturales, completamente naturales; las campanas del tiempo repican cuando me oyen sentirme; constituyo el principio y la razón primordial de todas las tonadas, el eco de mis trancos restalla en la eternidad, los triángulos paradójicos de mi actitud resumen el gesto de los gestos, el gesto, la figura del superhombre loco que balanceó la cuna macabra del orbe e iba enseñándole a hablar.

Los cantos de mi lengua tienen ojos y pies, ojos y pies, músculos, alma, sensaciones, grandiosidad de héroes y pequeñas costumbres modestas, simplisísimas, mínimas, simplisísimas de recién nacidos, aúllan y hacen congojas enormes, enormes, enormemente enormes, sonrien, lloran, sonrien, escupen al cielo infame o echan serpientes por la boca, obran, obran lo mismo que gentes o pájaros, dignifican el reino animal, el reino vegetal, el reino mineral, y son bestias de mármol, bestias, bestias cuya sangre ardiendo y triste-triste, asciende a ellos desde las entrañas del globo, y cuyo ser poliédrico, múltiple, simultáneo está en los quinientos horizontes geográficos; florecen gozosos, redondos, sonoros en octubre, dan frutos rurales a principios de mayo o junio o a fines de agosto, maduran todo el año y desde nunca a desde nunca: anarquistas, estridentes, impávidos, crean un individuo y una gigante realidad nueva, algo que antes, antes, algo que antes no estaba en la tierra, prolongan mi anatomía terrible hacia lo absoluto, aun existiendo independientemente; ¡tocad su cuerpo, tocad su cuerpo y os ensangrentaréis los dedos miserables!...

Ariel y Calibán, Grecia, Egipto, Roma, el país judío y Chile, las polvosas naciones prehistóricas, Jesús de Nazareth, los cielos, las montañas, el mar y los hombres más hombres, las oceánicas multitudes, ciudades, campos, talleres, usinas, árboles, flores, sepulcros, sanatorios, hospicios u hospitales, brutos de piel terrosa y lejano mirar, lleno de églogas, insectos y aves, pequeñas, armoniosas mujeres pálidas, el cosmos idiota, maravilloso, ma-

ravilloso, maravilloso, orienta mis palabras, y rodaré sonando eternamente, como el viejo del viejo, nidal en donde anidan todos los gorjeos del mundo!...

YANQUILANDIA

WALT WHITMAN

Como un dios que edificase poemas a bofetadas mentales, Walt Whitman está sentado y está parado sobre la majestad de la vida con el entendimiento del corazón en Yanquilandia, la pierna derecha en Pekín y la pierna izquierda en Berlín, todo el cuerpo sobre todo el mundo, jugando póker con los muertos sobre el tapete azul de lo infinito, platicando con las estrellas y oyendo los ruidos cóncavos y trascendentales de la época, la perpendicular yanqui, las tonadas tristes que los pastitos nuevos de Manhattan, tiernos como niñitos, tiernos como pajaritos, tiernos como animalitos, entonan atardeciendo, amaneciendo, atardeciendo entonan y la voz de las granjas rústicas...

Los gestos cósmicos convergen a él como el alma de los sonidos a una estación radiotelegráfica o como los gusanos a las tumbas, lleno de música, todo lleno de música sonríe y la tierra florece, llora, y entra el invierno, canta, canta y entonces es como si los pájaros, las cosas y los hombres, las montañas, los sepulcros, los campos, las ciudades, las ciudades rojas, los cielos, los océanos, las esposas, las novias y las madres, los niños, las ramerías, los criminales, los estadistas, los mercaderes, el bien y el mal, los hospicios, los manicomios o las casas honestas se pusiesen a cantar la primera canción de los tiempos; canta, canta, canta Walt, el bueno, canta y las gentes oscuras se dicen: el mundo está cantando; canta y los esqueletos se preguntan: ¿quién?... y abren la puerta eterna con sus dedos enormes, llenos de lo amarillo de las huesas, adentro de lo amarillo de las huesas.

Le dicen las hormigas: "salud, Walt Whitman..." los honestos elefantes extensos: "¿cómo estás, amigo?..." y las tortugas, los sapos, el Rey de las Españas, los mendigos, los parlamentarios, las vacas, el Presidente, los caballos, los obispos, los cocheros, la luna, los excrementos le dicen, le dicen golpeándole la espalda: "hermano Walt Whitman, Walt Whitman, Walt Whitman, eres nuestro hermano, nuestro hermano Walt Whitman"; porque no nació nunca, no nació Walt Whitman; cien millones de épocas y épocas suman la edad del orbe gigante e increado, increado denominado por nosotros Walt Whitman de Long - Island, Walt Whitman, Walt Whitman de Long-Island, y su grande figura se diluye, se deshace, se pierde en la figura de la tierra, agrandando la tierra de la tierra.

RETRATO DE MUJER

Pequeña-pequeña y sutil, morenita como las esposas de "La Biblia" o los lirios dilectos del Ganges, graciosa, melodiosa, misteriosa, llena de innumerables destinos augustos, egregios, y pálidas adivinaciones, humilde en su virtud, humilde y humilde, grandes los negros ojos negros, chiquito el pie, anda por las vías eternas acariciando los acontecimientos rientes, las desgracias que visten mortuorios lutos amarillos, el gesto fluvial de los llantos, el gesto fluvial de los llantos, la montaña, y el insecto maximalista, ácrata o filósofo, acariciando, acaparando la vida y los sepulcros con mimos de gatita joven.

En aquel montoncito de carnes sumisas, humanas, heroicas, florales, viajeras, canta el ilustre mar, la tierra orlada de trigales intermitentes o sonoros nidos, los cándidos cielos musicales, Dios, Satanás, el viejo instinto negro que sonríe a la nada desde los subterráneos del hombre y la materia.

Se parece a las banderas del pueblo: el modestísimo olor a gestos rurales, la religiosidad honrada y honesta que diluye su ateísmo profundo como las aguas eternas de las tumbas, su ateísmo, lo ensimismado, lo virtuoso, lo tranquilo de las diarias maneras exteriores, el sentido de la divinidad aureolando sus huesos a cada instante del a cada instante, tienen un no sé qué tan evangélico que evoca, ¡oh!, que evoca la leyenda del lugar...

Díriase que viene saliendo de la escuela, seriecita y juguetera, juguetera y seriecita, seriecita y juguetera, díriase que viene saliendo de la escuela con el hijo en los brazos precoces, pueriles... "nenito, peladito, churrutito", así le dice a la guagua de meses... él contesta sonriendo, sonriendo: "a...gu...u...u..." y los dos se conocen ha setenta mil años, por lo menos.

A orillas de los campos floridos, apostólicos, su actitud llena de árboles y agua se define ruidosamente; ¡qué alegres van los zapatitos blancos por el camino real atardeciendo!... La silueta maravillosa, fina y triste, fina, fina y triste, sus líneas intelectuales, imperial-ideales, dilectas, como de dulce y grave pastorcita ingénua que fuese princesa ignorándolo, ilustran el tema agrario, sacratísimo, cual una flor el frac del héroe; ella adaptó los últimos refinamientos a las yerbas honorables, burguesas, la elegancia del encaje albo sobre las túnicas crepusculares al fervor doloroso del grande poema de la agricultura.

Süave, süave, süavemente süave, ambula como ola sonámbula insinuando apenas su alma enorme, palpa las cosas, y las cosas vibran lo mismo que arpas naturales, pisa y el pie celeste roza los fenómenos cual una luz la cara de un difunto, sonríe y se ilumina el turbio-mundo, piensa, y entonces un olor a violetas claras inunda el universo, las figuras se hacen suavidad, los geométricos triángulos objetivos esconden las garras estridentes, oblicuas, y unas canciones blancas, como arpas blancas, juegan alegremente con los pájaros nuevos.

Mujercita al rojo es, mujercita al rojo; caldea el amor sus entrañas adolescentes, las menudas manos le arden, el sangriento clavel de los labios calcina los vagos suspiros innumerables, ondula el vientre como sementera, tiemblan los pechos cual floridas torres que se incendiasen al crepúsculo, las pupilas van agrandando y van horadando la tierra y florecen lágrimas y besos, florecen, florecen; dos verdes ojeras invaden su cuerpo anulándolo, borrándolo, eliminándolo y los pies, riendo al mar de libres cabellos anochecidos, fluctúan por el aire minúsculos, precisos, minúsculos de minúsculos...

Un gigante ritmo sobrenatural preside sus actos e imágenes; asombra lo equilibrado de su espíritu, práctico y romántico, romántico y práctico, artístisimo cantor de las pequeñas formas cotidianas, y al que incendia los huesos el fatal ensueño fatal, la vieja ilusión que viene saliendo de los manicomios con la verdad en un trapito; ama lo lógico en las cosas, el inconmensurable absurdo local de las ideas y es prudente como las golondrinas, porque realiza lo heroico.

EPITALAMIO

Dios te ampare, mujer, inmaculada y triste como una flor que oliese a hojas caídas.

Universo, universo, universo, ave-niña, ilusión más ingénua, más ingénua aún, más ingénua que las cunas azules cuando el sol clarea los pueblos fúnebres, melancólicos.

Tú que pastoreabas las palomas del lugar por cuatro reales...

Filosofando caminas sobre las tumbas del planeta-Winétt.

Reiste a los tres días de nacer, dulcemente de nacer, porque ya eras madre de lo creado y abuela de los muertos.

Paz, sonora canción nacida de un tajo hecho en la tierra, sin héroes o niños divinos antes de ayer.

Y manas sangre de árbol-árbol con olor a surcos llenos de simiente.

Contigo el pánico florece y las tristezas dan frutos dulces.

E iluminas el camino hacia el hombre distante.

Desengañada te crees y tus días son cuentos para niños.

He aquí que eres máquina de nieve encendida.

Andas por los caminos de la vida y la muerte con el ritmo enorme que fluyen cantando a ciegas los fenómenos, cantando a ciegas los fenómenos, cantando a ciegas los fenómenos.

Yo conozco, siento que tus raíces cándidas horadaron mi estupor...

Atardeciendo, cuando el farol invernal del crepúsculo alumbra lo melancólico, el porvenir de las tumbas lluviosas e irremediables, la cara absurda del vacío, entonces, yo estoy, querida, deshojándote hoja a hoja... hoja a hoja...

Ejemplo de mujer casada, niña de octubre y mariposa, mi corazón se está incendiando a tus pies.

El cataclismo universal de tu agonía me tronchará los huesos marchitos y sentiré que moriré llamándote.

Soy tuyo entero, encadénate con sollozos y alimenta con besos golosos al animal feroz que elegiste por amo.

POEMA DEL AUTOMOVIL

Canta por los caminos realizándose a muecas...

¡Oh!, es un músculo, fenómeno azul de azul de la voluntad cósmica, prolongación del hombre o sollozo mental, parece un extraordinario, inútil coágulo de energía ardiendo ensangrentada, feliz acaso y tiene música.

Guarda el ritmo frecuente, gris de un lago, la acústica de los cielos difusos, melancólicos, provincianos de Chile y la trascendencia desconcertante, macabra de siete mil poetas móviles, aullando a la siga de un país errante, feroz como el catafalco del Sócrates negro que viene, los cantos enormes, las anchas baladas horizontales, la inmensa sonoridad sonante, resonante, resonante, sonante declamatoria de cien campanas grandes como planetas, universos o quejidos de mente genial, echadas a vuelo llorando por el hacedor del cosmos.

Síntesis de la mimica vital y expresión de la estética posible también, rie el motor, máquina divina, pánica, con jadeos de mujer sexual, alegre, tristemente alegre.

Cáele a patadas el sol agrio, rotundo del día, sus nervios crujen, tiemblan, recogen las vagas pupilas todo el azul, todo el azul florido más allá de los ojos viajeros, las colinas llenas de animales blancos, los ríos gloriosos como los gloriosos mitos, las praderas simultáneas en la retina del chófer vagabundo, y se torna canto y cántico dignísimo, eminentísimo, inefable, canción de bronce, himno gozoso de yunques y candentes fraguas al amanecer, porque su bocina estremece los cuatro caminos de la tierra.

Las miradas del hombre espolvorearon en sus augustos días inteligentes y afirmativos, tristezas, dolores, cansancios, horror de ponientes muertos sobre las sepulturas, polvos y lluvias, y lluvias y polvos, ceniza de renunciaciones, humanidad, pero él, inocentemente coronado de acciones llenas de rocío, ataca como un boxeador o a la manera irremediable de los discóbolos, los vértigos, las abstractas furias del horizonte del horizonte geográfico.

Limitación sin límites, el gesto, suma de su persona y sus actos, anula su apariencia, borrándole como a la polea el movimiento y a las balas furiosas la velocidad, y se pierde en un plano unánime y absoluto y unánime a pesar de la forma eficiente, suya, —agua del agua que tornase al mar, agua del agua, agua del agua,— e individualidad a fuerza de moverse eliminada, porque el individuo se sumerge en el infinito del devenir mundial girando con espanto.

Superó las figuras de antes, habla con Dios, intuye su deber y obra en trágico, agarrándose a la nada, fuera del tiempo y fuera del espacio, como un cerebro que fuese luz, soledad, acción o pánico elocuente y móvil.

Pálidas, multitudes pálidas le siguen, y él, la última, última ilusión del siglo, "profesor de energía", educa lo mismo que ilustre filósofo —breviario de gigante metafisicofísica— o como el orador que pronunciasse los discursos de la sabiduría desde las claras tribunas del cielo, eterniza lo humano del dionisiaco vértigo dionisiaco, lo estático-dinámico, el instante quieto, abstrae y combina y como combina y abstrae las apariencias, al actuar con su birrete matemático o absurdo hasta la verdad, es la verdad de la verdad y la verdad-mentira.

Elemental, semejante a un profeta o a un sepulcro o a un poeta, recordando las primeras nociones primeras en la turbia memoria y el parroquial recuerdo delicuescente de los peregrinos de la tierra fúnebre, anda con seriedad, y cuando aulla se parece a Job... , ¡yo, Pablo de Rokha, el simple, veíalo ir, continuar el mundo tal vez!...

B O X

Canto la oda egregia de los puños, la poderosa, la solitaria actitud de "la bestia humana" sobre el ring simétrico, y el yo del hombre dominando

la orquesta de los nervios, trágica, discordante, como un emperador las turbas, canto, canto la agreste ciencia y el arte ilustre del box.

Prez del ingenio, box, sintoma del instante gravísimo en el cual fluctuamos, e himno a la santidad del cuerpo, pedagogo del esfuerzo, la energía creadora, el puñetazo inteligente, sintético y hábil, rotundo más que un dilema y la cabriola espeluznante, lívida, lívida, lívida del eximio bailarín iconoclasta sobre el problema de las sepulturas.

Tus discípulos andan recios como las montañas por el camino; sus figuras de hierro empuñan el bastón imperial de la justicia, el sudor perfuma sus almas rurales; son como estatuas grandes, eminentes tomando el sol en las plazas públicas.

El "crochet" conciso, preciso y eficaz, económico, momentáneo, académico, como un disparo a pistola Colt o cual si se agobiase con el tríceps al gran dorsal ajeno, el "hook" ladino a las entrañas, el "uppercut" con todo el cuerpo, con todo el cuerpo y la oblicua del cuerpo hacia el mentón idiota o bobo, el "jab", el directo, los viceversas trascendentales (1), he ahí, box, tus golpes dilectos; como los trágico-trágicos relámpagos a máquina; soles de dinamita, errantes, son, e instantáneamente dejan de ser, acaso antes de haber nacido, por el acaso antes de haber nacido, como el amor humano.

Bello y útil eres, educas el valor y la voluntad del valor, el valor, el instinto a predominar contra los oscuros animales dormidos al fondo de la vieja especie humana, la voluptuosidad de sentirse gran capitán audaz en cualquier momento y has enaltecido la bestialidad a fuerza de meterle pensamiento, astucia, sentimiento, claridad de actitudes y gestos, elegancia, desenfado, pertinacia, música y ritmo, movimientos de ave, aéreos, livianos y costumbres de flor... ..

ELOGIO DE LAS ROSAS

Señoritas de octubre, menudas, aromáticas, palacios al azar contruidos por guaguas geniales según croquis de origen divino, señoritas de octubre, universos de juguete, monumentos de juguete, cánticos a la tierra escritos en perfume, miniaturas del cielo, jaulas en donde trinan los pájaros grandiosamente locos de la belleza y el ruiseñor muerto de la nada, rosas, ¡os beso las pequeñas manos!...

(1) Escrito en 1917.

Bordáis los cementerios de encajes rosado-amarillos o renegros como la misma muerte, y presidís las bodas en blancura, enternecéis los ácidos corazones de piedra, metafísicos (¡tardes-verdes, tiempos de azufre!...), dais miel a las abejas, y lloráis cuerdamente en el boudoir de las románticas —¡pues sabéis desmayaros mejor que cualquier novia!

Felices rosas núbiles al amor de "La Biblia", felices rosas púberes, rosales de Sarón o Jericó maravillosas, antiguas e inocentes como el agua, llenas de elementales vagidos, rosas que abristeis los pasmados ojos en Nazareth de Galilea, evocándoos viene a la memoria un balar de corderos crepusculares y una voz de patriarcas: rosas, rosas de Grecia intelectuales, blancas, puras, buenas, con olor a fábulas de dioses compuestos por filósofos: rosas criadas en Alejandria, Damasco, Alepo, Babilonia, lámparas de civilizaciones ya marchitas, lámparas de lámparas, lujo de ciudades ricas, famosas, simbolos de un minuto a cuya sombra vasta florecieron las industrias, el arte, la ciencia, según puntos de vista opuestos a los de este enorme siglo; águilas: rosas, rosas, rosas de Francia unánimes, graciosamente unánimes, rosas de Italia pasionales, donairosas, rosas de Alemania colosales, filosóficas, rosas de Inglaterra cargadas de brumas, nieblas, aguas, rosas de Siberia tiritando, rosas de las Españas elocuentes, jacarandosas, imponentes, hembras del amor criminal y el odio en canciones asesinas lo mismo que puñales moros, rosas del Japón —el mirar oblicuo y las botitas insignificantes, cuadradas—, rosas, rosas de Chile llenas de azules cielos ilustres y astros rurales, sonoridad de grandes cóndores de sangre y un temblor como de sangre humana que viene saliendo de la eternidad...

Ayer de languidez y frágil pesadumbre inmaterial, parecéis mausoleos de ilusiones pálidas, ¡pálidas!, pálidas, o sepulcros de tenues muñecas, y cunitas de mimbre bucólicas, agrestes columpiando al aclarar la majestad de los niños.

Desde el primer día del mundo venís andando, rosas: Eva os llevó en la cara eximia, y "Dios" hizo al cuajaros la aurora del primer día del mundo: tan aéreas sois que simuláis insectos admirables, volando sobre los claros jardines floridos, soñáis en la joya al rojo de las boquitas infinitesimales y huís de las miradas del hombre mareadas con el frufrú goloso de las intimas toilettes... ¡Oh! ¡capullos de rosales-carne enloquecedores!... , pies, rodillas, sexo, vientre, muslos de las caderas tranqueando hacia el pubis, ¡rosas!, ¡rosas!... ¡rosal del cuerpo femenino, panal de botones olorosos a lujuria, sembrados desde el cabello a la uña del piecico chiquitín!... ¡el botón abierto entre las piernas menudas!... ¡Canto las rosas, canto, porque son recuerdos de aquel himno fragante que debió ser la tierra antigua!.,

Los dedos ilusos de la luna os amasaron las entrañas con fuego sideral, harina de libres estrellas tristes y rubia, inmóvil ansia de los celestes lagos, y el nido vertical de los capullos vuestros recoge los asombros de la

mañana, las últimas penas del poniente y el ruido oscuro, fabuloso y grande de las profundas noches melancólicas.

Aureolasteis el escepticismo imperial del siglo XVIII —farmacia e invernadero de abates, reyes y poetas, motivo de galantes picardías galantes pintado por Wateau a la acuarela en la camisa-rosa de Mme. Pompadour, sobre el calzón marino de Louise Lavallière, y sueño de champaña edificado a la sombra de un sollozo—: Richelieu, Ninon de Lenclos, la peluca de nieve ilusoria y el tacón rojo sonrieron a vosotras en Versalles: el lúgubre epicúreo Voltaire amábaos como a niñas-niñas, coronásteis las colinas del Renacimiento, egregias, ilustrísimas, y las breves marquesas os prendieron a la liga, asesinádoos entre las páginas de Bocaccio, Rabelais, Petrarca, el Aretino, a solas y en secreto.

El corazón ingenuo de los enamorados, los cuentos, las novelas otoñales de las tibias vírgenes desencantadas, el llanto fatal de la viuda con el llanto fatal de la viuda por el llanto fatal de la viuda, los cándidos, ojerosos y tristes ensueños, las confidencias que escuchó la almohada de los labios floridos, el romanticismo de las colegialas, los besos furiosos como brasas quemantes de volcanes ensangrentados, golosos y morosos como los niños de águila, el ocaso y las sepulturas convergen a vuestra invitación de aves floridas.

Como las orquestas floreales, agrarias, cosmogónicas, reunís el minueto ideal de las esferas, la música de lo infinito, el sagrario de los mundos errando ciegos, la religiosidad de existir, el sonido de Dios que es el gemido de Dios y el ladrido de Dios: el aroma de lo absoluto por lo absoluto, os pobló de canciones el cerebro: bermellón y carmín, carmín y bermellón, ruborizándoos, robásteis a las niñas tímidas y al sol enorme y consuetudinario la ecuanimidad perfecta, al sol enorme y abayonetado.

Fluis cultura, ingenio, errada selección a través de generaciones de generaciones, dominio del dolor, armonía-melodía, naturalidad, simplicidad, claridad; ascendéis al máximo la eterna canción de lo bello en colores, líneas e imágenes; evocáis sutiles, ilustres, fragantes cosas: pechos de mujer nueva, convites refinados en donde las burbujas parecen un racimo de un racimo de diamantes, jardines o violines selectos al mohoso poniente mirando, riqueza, lujo, mohines, risas y amables aventuras de invierno concluidas en la macabra fiesta de cipreses altos del panteón siniestro e irremediable, sobre el pobre ensombrecido.

Aspirándoos, deshojándoos, rosas, conozco la inutilidad sublime de la belleza, cumbre de la verdad estética: los surcos maduros de mi frente cantan a la ilusión llenos de siembra: y lloro a carcajadas, rosas, perdido entre los sepulcros de mi entendimiento terrible, bajo el embudo oscuro de la nada, yo que sólo os conozco en sueños.

SENSACION DEL INVIERNO EN LA TIERRA

Sobre el grande cementerio y las pardas, ruinosas techumbres del mundo, cantan los pianos de la lluvia, melancólicos, la antigua canción de las goteras... El otoño se fué deshojando flores amarillas y puñados de lágrimas...

El sueño inútil de la vida, como un colosal hongo, gravita chorreando enfermedades y lagunas, tos, moho, sarmientos u horas dolientes.

Y los días deshechos, invertidos y cóncavos suenan lo mismo que ataúdes desocupados... (¡Evocad, mis amigos, evocad, evocad los rojos soles azotados como los caballos y sonreíd o saludad la posibilidad de las cosechas que vienen saliendo de las brumas!...)

Al sol le duelen los huesos (el infeliz está resfriado con espanto); a intervalos lleva el pañuelo a las narices, estornuda, y se abre a ras de lo infinito el fabuloso capullo del trueno, los charcos piojentos se entretienen copiando la figura del enfermo más enfermo, y su mirada gris enfría el horizonte.

Los pájaros se caen muertos en las jaulas, el azul dinamismo infantil, la alegría del niño, vegetal e inminente, simplisísima, juega con sus cadáveres al fútbol, y las secas, lúgubres viejas lamentables deshilan sueños de quince abriles.

Acurrucados fuman los tontos y en los patios unánimes del hospicio van emergiendo las callampas.

El público tiritita, oblicuos, desconcertantes vientos muerden la estúpida ilusión orgánica, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!, la garúa siembra su siembra de almácigos de alfileres y no acaba de atardecer, nó, no acaba de atardecer... los vagabundos calientan sus manos plebeyas en las "colillas" que escupe, gordo, vasto, bruto, el hombre rico, y unos chercanes proletarios cantan humildemente encima de un automóvil inservible.

Bajo el alero las golondrinas duermen la enfermedad de vivir que bosteza en las alcobas y los chicuelos pobres espantan el frío saltando grotescamente como murciélagos o como ratones entumecidos.

Errabundas y ya antepasadas monedas coloniales, las semanas ruedan inútilmente al fondo del tiempo —transitorio, fatal, amarillo baúl de viajero—, colma las avenidas el ruido otoñal de la pena y está lloviendo encima de nosotros, cuando los vecinos aprietan contra el alma estéril el goloso y frutal recuerdo del verano y miran llover..., llover..., llover... lloviendo.

Las calmosas bestias de montura invaden los pálidos jardines pálidos y los viejos, zurdos, calvos, árboles mortüorios, paralíticos, coronados de herrumbe amarilla, parecen mamarrachos o poetastros con la incógnita de las nieblas ambiguas vestidos y el musgo roe los caminos del parque moroso y ocre, y va borrando líneas, recodos y huellas de mujeres tristes.

El país es un alto y ancho paraguas mojado, son turbios e insalubres los crepúsculos, la melancolía lloriquea en los tejados, gimotea en las mediaguas y las ciudades están llenas de hojas, completamente de hojas llenas..

Habitando solitas los oblicuos, polvorosos, nocturnos rincones —¡triangular concepción de los primeros miedos!...—, las arañas resumen el sentido del universo edificando castillos en el aire.

Sin embargo, el corazón del hombre, maduro y triste, guarda el aroma del queso rancio y los membrillos en agosto y su olor a despensa es confortable y bueno, respetable como un revólver.

¡Oh, disperso mirar de las cosas, tienes la vagabunda actitud melancólica de quien contempla la humedad del tiempo tras los vidrios!...

Sentimentales, fúnebres, los maridos regresan temprano al hogar a encender las tranquilas, familiares lámparas y hojear periódicos atrasados y las mariposas vienen a jugar con el corazón del fuego y se queman mejor que mujeres.

Humean los tejados monótonamente llorosos, el paisaje, la naturaleza tienen un gesto simplón, dormilón, tontón de libélulas y alguien entona cantos de ayer, porque las casas estilan igual que impermeables llorando.

Cargamos a la espalda todo el dolor del hombre y además el nuestro y callamos; ¡qué frío, el frío, frío!... trae el brasero, las mantas y el vino. ¡Winétt!...

D I O S

Lo fabricó el hombre, lo fabricó a su imagen y semejanza, y es una gran congoja y un hombre inmenso que continúa a todos los hombres con todos los hombres muy hombres hacia lo infinito, un sueño, todo un sueño o un triángulo que se diluye en las estrellas claras.

¡Cuánto dolor necesitó la tierra para crearte, Dios, para crearte!... —¡cuánto dolor!—. ¡Gesto de la angustia del mundo, enfermedad de la materia y enorme — enorme manía de enormidades!...

Aquella gran caricatura humana, Dios, llena los cielos vacíos, las tristes conciencias y las congojas grandes y su voz de cadáver neutro resume y suma, para el hombre, todos los gemidos de las cosas y, además, lo otro lejano, en su actitud corriente y desconcertante como palabras de mujer o niño ingenuo; Dios malo, Dios bueno, Dios sabio, Dios necio; y Dios que tiene pasiones y gestos, virtudes y vicios, mancebas o hijastros adúlteros y oficina como un boticario, como un peluquero cualquiera.

Por él, sólo por él la tierra escupió los cándidos frutos de la tierra, y el hombre negó al mundo enorme, cuando negó al mundo; ¿quién fué, quién fué jamás, quién fué más amado que él?... él y sólo él fué lo más amado y no era nada, nadie, nunca, nunca, nunca fué, nunca, nunca, nunca!...

Tragedia de Dios por Dios y la mayor infamia de los siglos, la mentira y la patada fenomenal a los derechos de la vida.

Dios contestó sonriendo, contestó Dios en Dios las más tremendas, las más oscuras, las más funestas interrogaciones y la gran pregunta de las cosas; pero las más tremendas, las más oscuras, las más funestas interrogaciones y la gran pregunta de las cosas aun, aun no han sido contestadas todavía, todavía no han sido contestadas; Dios aplastó la tierra (¡oh hipopótamo sagrado!), con las patas inmundas y hoy las huellas perduran sobre los caminos y la panza trágica de los mundos.

Ennegreció y emputeció la vida con la pintura negra de los sueños y orinó la dignidad del hombre.

Dios, por lo único que te admiro es porque no existes... "¡Dios!, ¡Dios!...", aúllan los pueblos y las viejas, las viejas y los pueblos por las llanuras teológicas... ¡Callad!... idiotas, callad..., callad... Dios sois vosotros.

Gran ala absurda, Dios se extiende sobre la nada . . .

QUEJIDO DEL HOMBRE SOLTERO

EN 1916

—... ¿A dónde voy?... ¡Socorro!... ¿A dónde voy?... ¿a dónde voy?... El crepúsculo hiede a muerto —¡el ataúd del sol, lleno de rosas y terrores, viaja por lo infinito!—; la oscuridad, como araña gigante, colgó su tela de lluvias sin agua y triste olvido sobre el dolor unánime; el miedo, can escuálido, aúlla torpemente a la memoria del día, las montañas tienen los ojos llovidos de lágrimas, y el último silencio viene andando en puntillas por la soledad infinita del mundo; ¡oh corazón!, el techo errante de mi alma cruje, las vigas se caen encima de las vigas y en los

ancianos muros crecen las llamas del incendio enorme, lo mismo que yerbas: llueve horror y ceniza, amargura de invierno y polvo, ruinas, moho arriba de mis angustias; ¡oh corazón!, ¡oh corazón!, el puñetazo azul de la tristeza me hiere el rostro del rostro del entendimiento y sospecho que comprendo el por qué de toda la sombra.

Andar al tranco, andar, andar, andar, tranquear funesto, ruin, melancólico de buey herido, y ver, temblando, el universo ahí, a horcajadas sobre el vacío, cayéndose, trastabillando al compás de sus cascabeles, amorfo y sin sentido, sin sentido, temblón y doloroso, doloroso y temblón, individuo muy enfermito que viene saliendo del hospital bajo un gran invierno de sangre, a la hora siniestra de la caída de las hojas.

Dinámico y dramático querría ser y querría ser dionisiaco equilibrista sobre el arco valiente de la tragedia y pastor de ilusiones en los campos azules, divinos, distantes de la luna; y, sin embargo, ya me crece el pasto en la lengua, ya me crece el pasto en la lengua y al borde de las tumbas abstractas del espíritu, derruidas; cosa con gestos de hombre, cosa, cosa con gestos de hombre, seguía el rumbo del azar, el lluvioso horizonte de mi destino, y he ahí que un cadáver me clavó los ojos y perdí el ritmo de las cosas profundas, pues ahora no recuerdo a nadie.

A la sociedad de la multitud cruzo la vía pública, casa de orates y hospicio universal; a las 3 P. M. fui al Club; más tarde dialogué con los amigos y al tornar a casa no sabía qué hacer del qué hacer, por lo cual dije a mis padres: "¿qué sucede?... ¿nada?, ¡pues, algo va a suceder a la faz de la tierra!".

Enemistad, nocturna enemistad del hombre, actitud extranjera y ausente de las cosas, turbo ir y venir el de este animal ácido que habla boqueando, boqueando, boqueando tontamente; estamos solos, —¿verdad, corazón?...—, el mundo es un inmenso día de lluvia helado, funeral y monótono; soledad con esquinas y triángulos hirientes, soledad, soledad absoluta, vil soledad espantosa!... ni una pulsación cálida sobre el fatal cementerio, el fatal cementerio, el fatal cementerio del globo, gris perspectiva de muerte, montañas de ceniza contra montañas de ceniza, anchos mares largos de huesos calcinados, árboles amarillos que crujen y crujen y crujen crujiendo y se quejan tiritando como esqueletos borrachos sobre los cuatro horizontes de humo del pozo de angustias, terror, humedad, dolor, espantos lamentables como hospicios, espantos lamentables, atardecer del alma siniestro, oca-so soledad, soledad absoluta, vil soledad espantosa!... torpe y sin dientes como cuebra.

Las palabras se caen de mis manos y el dolor de mi lengua; voy desapareciendo; y las carcomas hacen nido sobre el traje de angustias que cubre mis huesos...

... Nombres, sonidos, nombres y gestos hay aquí, y ¡cuán extraños, cuán extraños, cuán extraños me parecen!; las apariencias, ¿significan algo las apariencias?; y los fenómenos, ¿tienen sentido y verdad, sentido y verdad, y existiremos, realmente existiremos, tú y yo?...

Al formular conceptos se rien los gusanos en el centro del mundo; a días lúgubres, turbias, siniestras, malas tardes; el hombre, ¿qué es?, ¿qué es!, ¿¡qué es!?, pues mirando sin pupilas decimos: ¡pan!, sin intuir nada; nacen el hombre idiota y la mujer enferma; el llanto oscureció los caminos de antes y apaga tristemente los vagos espantos blancos del entendimiento.

Enyugados a la fatalidad, hemos de ir arrastrando el carretón herido y antiguo de "la pálida muerte" por encima de los precipicios, culminando las altas cumbres sobre las altas cumbres lividas; hundid la cara en los crepúsculos buscando a Dios y tornaréis ensangrentados con la sucia, hedionda sangre del hombre... la vida es Bolsa de Comercio y el hombre, el hombre letra a noventa días, por lo cual, ¿cuál es la verdad?, si a un lado están los juicios y a un lado están las cosas, ¿cuál es la verdad?...

Los mendigos desenrollaban sus canciones patibularias y alguien gritó: "¿qué dicen?...", no entiendo, oigo, veo, y no entiendo, no entiendo"; en verdad, yo tampoco entiendo; ¿quién entiende a quién?, ¿quién entiende a quién?, ¿quién entiende a quién?... ¿entonces?

El dolor nos retrata como un lago enorme, la dolorosa figura del poeta se hunde en su profundidad, la angustia nos prolonga hasta los cielos cóncavos que duermen al fondo del dolor, tal como al fondo de los lagos el gran azul que ven las criaturas, dolor es sangre de sangre y luz, sufrir es limitar y saber algo.

Hay hojas difuntas sobre los cráneos inminentes, goteras de muerte podrida en muerte me roen el cerebro gota a gota y desde los efímeros planetas caen seres absurdos: sapos de triple dentadura, esqueletos con cola de anfibios o con cola de retratos y fetos con cara de bruja y pies velludos, moscas que vienen tocando el acordeón del aire, viejas en forma de ataúd-ataúd-ataúd y viejos hombres disfrazados de tristezas que parecen conocimientos... ¡horror!..., el mundo, como un traje usado, se volvió del revés; ¡horror!..., ¡horror!..., ¡horror!..., su significación perdura, el mundo da lo mismo al revés o al derecho.

Doliente sol de tarde, mis trancos definen y tallan el final de un sueño en la tierra; soy aborto de civilizaciones cansadas y épocas en crisis, recipiente de errores podridos hacia errores podridos contra errores podridos, engendro de miserable clase trashumante y pueblos aun informes; gravitan en mi anhelo todos los malos síntomas del atardecer de un siglo y mil fetos de soles embrionarios; condenso el fatal pesimismo de diecinueve centurias de años idiotas y católicos, neutros, borrachos, locos y una menti-

ra local ya madura; días de transición son éstos; las antiguas verdades se pudren como los duraznos otoñales y comenzamos la era actual, los valores viejos no se expenden hoy en los mercados de la tierra y es preciso inventar ilusiones modernas y hombres-máquinas: el aeroplano que muere, que muere y no canta, la telegrafía sin hilos, los rascacielos cuyas sienas están coronadas de celestes ruidos atmosféricos, el electrón, raíz del individuo incognoscible y flor de la substancia, Pío Baroja y Bergson, el automóvil sonante, mecánico y mesiánico, musical como los exámetros de Píndaro, la "Sociedad de Naciones", Yanquilandia, el divorcio con indemnización, el socialismo, el masoquismo, el anarquismo, la escopeta-sardina-vacuna, la inocencia, Nietzsche, el iluminado alemán, y Mauricio Maeterlinck, la enfermedad del piojo errante y la belleza hindú, los edificios de cemento armado con su aureola de mercaderes y comerciantes y sus agujas libres entre los libres, con la libertad libre más allá de las golondrinas y los boticarios y los poetastros y los diputados, Dios, la diarrea y las luces absurdas de la teología, ardiendo, ardiendo en las montañas (2).

...Doliente sol de tarde, doliente sol de tarde...

—Criada, vas al campo tú, ¿y a qué...; ¡córtate la lengua, infeliz, el gesto pastoril ha muerto y ha muerto la actitud rubia de los campos que no interesa al hombre de hoy, el humo oliente a pan cocido al horno, como en las églogas, el humo, el humo aquel que asciende, rayando el sol, sobre las tejas húmedas perdió su poesía, Virgilio es simple moneda de cobre y en tales siglos predomina el pálido oro pálido; ¡viñas, sembrados, huertas, viñas, sembrados, huertas, romerales en flor... durazneros como niñas de quince setiembres, labores castas y santas de la tierra: arar e ir lloviendo el grano ilustre sobre los surcos morenos, levantarse al alba e ir mirando, mirando, e ir mirando cómo crece el frejol, la patata, el maíz, y, a mediados de abril, cosechar y comerciar los frutos admirables que dan comida... hombres sencillos, fuertes, honestos o pacíficos, bestias de labranza, buenas bestias de labranza, eminentes, paz de trigales oceánicos y chacras potentes; vida rural coronada de vida rural, vida rural higiénica y enorme, humilde voz agrícola, el vinagre demoníaco de la ciudad calcinó las alamedas, las hortalizas, los anchos viñedos de tus atardeceres agrarios e inyectó a la tierra pus y sífilis!... —¡niña de la campiña, tus ideales son cuentos de vieja y tú estás vieja, cuentos de vieja, abandona tu rancho agreste en la majada... ¿lloras?... y se ramera!... campesina, los campos murieron!...

Desde los subterráneos de mi corazón, a setenta distancias sobre la humanidad, yo maldigo la vida, porque soy malo y bueno, y no soy nada,

(2) Escrito en 1915-16.

nada, nada; mis pasiones, nidos de serpientes, mis cantares, pozos de dolores; sobre el fracaso estéril, inútil de mi vida estridente, los inviernos lloran y al sonreír, el otoño camina sobre la sonrisa con su escarpín de terciopelo errante y amarillo; mis días son ocasos de julio, lamentables ocasos lamentables; desde mi cara caen las hojas marchitas, y mi corazón, ¡oh!, mi corazón es grande y vil campana con el péndulo roto, sonando en la inutilidad inútil de la belleza inútil.

Juventud sin juventud y llena de precoces canas, lluviosa juventud; dormir sobre la panza pública de las prostitutas y enflaquecer pensando entre atados de libros y libros y libros, la enfermedad retórica, literatura y alcohol, dispepsia, cansancio, aburrimiento y precoz pesimismo banal y literario, miseria, lujuria, congoja, y triste, amarga, "pose" de poeta melancólico e infame sabiduría; cuando sonríe el alba, venir dando traspíes, dando traspíes camino del hogar polvoso, o boquear sobre el lecho vinagre y mustio, y, atardeciendo, ladrar, ladrar, ladrar como ladrara el más podrido de los académicos.

He ahí mi cuerpo, yo no soy mi cuerpo, él está allí botado lo mismo que un mundo botado en lo mismo que un mundo botado, y sobre su apariencia se desenvuelven los acontecimientos, las cosas externas de la vida, el devenir de los fenómenos y el porvenir de los fenómenos en su realización: "yo soy el mundo"; y sobre mí han caído hacia el Poniente, (pueblo de fuego y alucinación), hasta un mil de atardeceres desde el día primero —cuando, muerto el poeta, tornó a la nada el ritmo que fué antaño, la canción edificada con el recuerdo del hombre—; hay santas albas claras y crepúsculos sobre el gran cosmos enorme que es mi cuerpo, el cuerpo de aquel que veis ahí, porque su radio que es el radio posible de ese cuerpo abarca "los cuatro horizontes", y el total de los sucesos, donde el sol sale y se pone, día a día, sobre él, a la hora acostumbrada y el dolor y las lluvias cansadas hacen temblar los huesos, crujir las puertas; soplan vientos del Norte, del Noreste y del Sur, ráfagas libres como tumbas y más dichosas que mujeres, cuando un poste telefónico se cae sobre el auto N.º 13, y el chófer agoniza cómodamente; 1, 2, 3 ciudadanos naufragan y como el mundo, exactamente como el mundo, oscuramente como el mundo, nutre las figuras de ayer y hoy, pues las razas pasarán, y pasarán y pasarán sobre los hábitos del Génesis, los resuellos y las gigantes ondas-olas oceánicas que lo van cruzando; sudan los machos rotundos y las hembras abortan en los recodos de sus vías; tantos niños juegan, tantos niños y tantas niñas que parece un patio escolar, pero los viejos, sentados a la sombra del hospicio, junto a las casas fúnebres, recuerdan lo absoluto; hay máquinas que rigen la acción de innumerables poleas; un vértigo feliz, sonoro, vital aturde los oídos cuando lo trágico curva los nervios, las casas, los cielos, las almas y el hombre actual camina alucinado sobre el mundo deshecho, quebrado que parece mi cuerpo; ¡he ahí que mi cuerpo es un mundo y sobre él suceden todas las cosas del mundo contra todas las cosas del mundo!...

Errar cansada, largamente, estúpidamente, vagamente e ir rodando, rodando, rodando como rueda de coche fúnebre, rodando, rodando, rodando, rodando, rodando... medir a grandes zancadas la ciudad, los barrios mediocres, otoñales, burgueses, el arrabal hediondo a tristeza, cuna de atardeceres horribles, meretrices estúpidas que parecen meretrices estúpidas, criminales, vagabundos delincuentes y tahures, mendigos y borrachos, estafadores pálidos de faz patológica, tontos con las piernas tendidas al sol de los inviernos, vida pobre, pobre vida pobre, fatigas y hambre, enfermedad, ociosidad, fatalidad... —y arrastrar siempre, siempre, un horror natural, consuetudinario y ácido como los domingos de Talca.

... ¡tumbas, tumbas, tumbas!... ¿me voy pudriendo ya?... ¡huelo a difunto diciendo que huelo a difunto!... ¡tufos de muerte de tufos de muerte de tufos de muerte azotan mis órganos, mi cadáver se está pudriendo sobre mi cadáver que se está pudriendo indudablemente!... mis pies son como ganchos o como sacos de árbol y no me pertenecen, andan solos, y van tropezando conmigo, van tropezando conmigo... —Pablo de Rokha, ¿cuál es tu nombre?, porque ¿cuál es tu nombre?...!

¡Mujer, no te conozco!... huyes, te deshaces, flor de sol, te disuelves en la humanidad; el desamparo crece, gravita, crece y va surgiendo desde las casas vecinas como un atardecer y como un amanecer "lluvioso"; niña, mi niña, niña, no me entregues solo, solo, solo a la soledad de las cosas!... !... !... !...

¿En dónde están mis ojos?... ¡he perdido los ojos cuando he perdido los ojos!... camino a tientas resbalando sobre los planos oblicuos de la nada y, al apoyar mis manos en los muros absurdos de horribles piedras fúnebres, el animal nocturno del terror me desgarrar los huesos contra los huesos de los huesos; monstruos de sangre helada, pulpos, serpientes, sapos, ¡oh! ¡sombrios entes malditos, ranas de lo infinito, vacas de lo absoluto... pero bestias como de barromar!...

Crujidos de crujidos de crujidos, roer de ratones que roen ratones y la mecánica osamenta de mi voz; mis cantos son monstruosos, fabulosos, polvorosos y horribles tallos de flores infames: anémonas que cuajasen fetos y espeluznantes mandrágoras horripilantes, aserrando pupilas de asesinos, violetas con olor a cadaverina, rosas verdes de verdes y repletas de pus, acerbas de pus, inmensas de pus, lirios enfermos de sífilis, ¡enormes pensamientos que parecen arañas con ojos de hiena o buitre y asqueroso *vientre de mujeres malas!*... y *mi actitud emerge hacia el hombre como un gran catafalco al que viniesen alumbrando de alumbrados desde lo infinito los cuatro puntos cardinales, tal como cuatro cirios mortuorios, tristisísimos y errantes...* —¡madre, no me mires asustada cuando no me mires entonces, y los llantos y las moscas crujan, como hojas secas entre la vida y yo y los llantos y las moscas!... (... los llantos y las moscas...).

Vivir a oscuras un minuto en los tiempos; y ¡oh!, mañana hacerse nada en la nada nada de la nada: sepulcros que se caen y memorias tristes, cosas de sombras y agua sonante, tierra... ¡y no tornar, nunca, nunca, nunca en las épocas a ser el mismo, el mismo, aquel que éramos antes, nunca!...!...!...

¿Qué es lo que es?, y, ¿cuándo era yo mismo?, ¿cuándo era yo mismo?, ayer u hoy, ¿cuál es el instante en que "yo soy yo"?...!...!... jamás sentí mi alma, ¿en dónde está mi alma?, porque ¿en dónde está mi alma? y ¿de quién es mi alma?...?...?... ayer u hoy...

¡Inutilidad, sorda inutilidad de ser torvo horror, torvo horror, torvo horror a la caída, miedo con espanto de lo infinito, miedo!... ¡y sobre el cansancio animal de los huesos el vacío elemental en el elemental vacío que hace muecas enormes y se ignora a sí mismo, e ir viviendo!...

—¿Quién anda?... el gusano, el gusano anda y anda y anda, él, el gusano final, tremendo, frío, macabro, anda por mi organismo en descomposición; y, mientras yo duermo tendido al sol que enciende las estrellas y calcina los mundos, mientras yo duermo, él, él, el gusano asciende a la cúpula social de la cabeza o desciende al abdomen en desorden, arrastrando en su eterno errar la gris sabiduría de los hombres; mi espíritu está triste y sobre mis carnes deshechas los insectos pululan olfateándome; el mediodía colosal me hace fermentar como un mundo, pues, atardeciendo, cuando ya torno al cubil, me contaré filosóficamente: "¡bah, por algo se pudre uno!... .."

Oigo crujir mis huesos, madre mía, madre mía, oigo crujir mis huesos, crujen las bestias, crujen las plantas, crujen las cosas, y voy a morir; mi sangre, ya cansada, desemboca en la muerte; ¡oigo crujir mis huesos porque oigo crujir mis huesos, como parrones rotos!... cuando el cuarto errante va poniéndose rojo, rojos los silencios, rojas las palabras... ¿es mi sangre, o es la sangre del crepúsculo mi sangre?... ¿por qué ladran tanto ladran los perros?... ¡y las moscas!...—... ¡espanten las moscas!..., esas fúnebres moscas que sonríen: run, run, run, ahí adentro, ahí... —run, run, run... run, run, run... (—¿ha venido el sepulturero?...).

En septiembre, cuando el público se alegra alegremente de ser público, declaman los zorzales, los poetas, los camiones y las diucas agrarias, juegan las golondrinas en los patios augustos del cielo, como niños, y los sencillos asnos filosóficos rebuznan saboreando la maravilla de los pastos húmedos, florecen los rosados durazneros, las piedras y las casas ruinosas, y las montañas sacratísimas de Chile son columpios que mecen lo infinito y canciones inmensas... yo, tapándome la cara, lloro a gritos, como un día de invierno, lloro a gritos, tapándome la cara con mi paño de lágrimas, que es un poncho enorme de cuero de perro!...

Suerte, mala suerte, mala, mala, mala suerte, tonel del tonel del sufrir cotidiano; hoy el traje está lluvioso y como polvoso y el gozo de existir hueco en el hueco de lo apollado: ¡oh! ¡antiguo espectáculo del mundo!... pasan los carros mortuorios rechinando cansadamente bajo un gran resplandor de dolores; y las esposas parece que pariesen arañándose las entrañas contra los hombres "maduros y tristes"... —¿qué te sucede que la tragedia relampaguea en tu cabeza?...

Un pobre diablo contra un pobre diablo y un genio terrible y horrible, insinuación de algo posible, árbol que fué creciendo, creciendo, creciendo... y se rompió la sien en las estrellas, y casa a medio terminar... ¡es tarde y noche ya de sentirse Dios!... ¡... !...).

—¡Ven y nos lanzamos despavoridos a la soledad!... El universo se derrumba incendiándose, la hoguera lame el vestido azul del cielo y el aire insano, quieto, amargo hiede a carnes quemadas... —vámonos a vivir fuera del mundo y conduzcan los nuestros hijos nuestros, como en los antiguos tiempos, la augusta vejez de sus padres.

Está lloviendo en lo lejos de allá lejos y de acá lejos, sobre la tierra repleta de las casas vacías del hombre que digiere junto a su marrana... yo quiero morir por la alegría completamente espantosa de hacerse fuerza y luz de luz de luz simple y cósmica y arder un mil de edades solitariamente, a la hora en que caen las hojas viajeras... "ayer tarde veía llorar a Dios"... hoy voy por la ciudad sin rumbo y solo y sin rumbo o chocando con los vehiculos y las gentes en coches de posta que parecen coches de posta o catres de posta, automóviles y lacayos, ramerías-escopeteras como corriendo sin saber a quienquiera parte, por la misma razón por la cual hoy voy por la ciudad sin rumbo, solo, sin rumbo yo... yo quiero "morir"!...?... el bien y el mal son gestos humanos y albas vírgenes, divinas, dulces, divinas madrugadas con pájaros alegres y flores cargadas de amaneceres, árboles y ruidos, árboles y nidos de mar o son sepulcros; ¿qué me importáis a mí vosotros contra vosotros?... si es grande y grande y grande mi dolor y la carne maldita aulla cuando me arrodillo a tus pies, ¡oh universo!... ¡yo quiero morir, yo quiero morir!... frente al dolor humano, ¿qué parecen lo bello hermoso y la realidad?... nada, ¡yo quiero morir!... ..

¿Estaré hablando yo mismo?, ¿yo mismo?, pienso y hablo como si fuese otro, ¿quién soy yo mismo?... Estos pies de estos pies y estas manos, ¿de quién son?... ?... ?... ¿quién es Pablo de Rokha?... ¡no conozco a Pablo de Rokha!... .. Pablo de Rokha... .. ¡ah no me acuerdo... "caen las hojas viajeras", "caen las hojas viajeras", "llueve", sale el sol, "llueve", sale el sol, "llueve", sale el sol, maduran los frutos y va atardeciendo al aclarar... un millón, cien millones de millones, un millón de perros me sigue ladrando, aullando, aullando, aullando, ladrando como si fueran hom-

bres y una gran manada de canes horribles, sarnosos, asquerosos, zaparrastrosos, negros-negros, negros-negros, negros-negros me sigue, me sigue...
... .. mientras yo voy pensando: ¡le siguen "los perros" a él...! ...! ...?...

M A R

L A S G R U A S

Como garras que arañasen lo infinito, las grúas, dominando el cóncavo horizonte, gravitan innumerables...

Su actitud determina el éxito del hombre contra la materia: forjáronse sus músculos con el dolor y la sangre vendida de siete mil obreros unánimes, pálidos.

Pulpos de cobre y hierro, y rosas industriales, monumentos al siglo fabricados a máquina en el incendio artificial de las usinas,

Cantan el desgarramiento animal del trabajo, la belleza terrible, la belleza temible y el gran himno a la acción, los cantos del martillo sobre el yunque sonoro, el progreso, la ciencia, el caminar lógico, geométrico y conmitante hacia el porvenir del mundo, y el hambre.

Monótonamente desarrollan su monstruosidad crujiendo con crujimiento tremendo.

¡Al atardecer, levantan resonando los espinazos y me parecen descomunales megaterios de antaño, como rumiando estrellas!...

L A C I U D A D

B O L S A D E C O M E R C I O

Guarida de hombres prácticos y estatua al rico infame o jardín de angustias, amarillo, fúnebre, espantoso, sepultura que emerges hacia el tiempo tu estructura de cadáveres mecánico-sonámbulos y clavas en el retrato azul del vacío la puñalada de tus torres directas, resonantes, plutocráticas y tu silueta enorme...

Eres helada y grande-grande-grande como un campanario, la humanidad rueda despedazándose sobre tus parquets americanos y tu corazón de bluff y tabaco inglés colma de sangre que colma de sangre la librea de

tus lacayos y suda esclavitud de esclavitud de esclavitud o amasa con dicterios el hediondo pan del proletariado tronante y la sopa amarga de la multitud que clama sudando.

Inquietos e inquietantes de inquietudes andan tus huéspedes, "¡los civilizados!", un mil de automóviles enrolla a tu cabeza la colosal serpentina del ruido y tu pañuelo huele a nafta Wico y a éter que huele a nafta Wico, cuando en lo ancho sonando de tus pechos fáciles tu reloj de campana es un inmenso "pendentif" sonoro y a tus pies gravita un racimo de soles.

El oportunismo muerde tus entrañas y mientras los crepúsculos llenan de soledad y alma las colinas, tus ascensores van y vienen, van y vienen, van y vienen al suelo ardiendo, resoplando, hirviendo de titeres automáticos, megalómano-patológicos, ceñidos en smockings o "americanas" y cuyos terrestres rostros parecen subterráneas, horribles y nocturnas flores eléctricas que emergen del patíbulo.

Coronas de monedas y polillas crepusculares o inviernos al especulador en tres minutos, el azar es tu brújula y tú, Bolsa, un gusano capaz de comerle los sesos al mundo, cuando tu oligarquía lúgubre ensangrienta el atardecer.

Inconmensurable garito, orientas el comercio, la trágica, vertiginosa marcha-vida de los negocios y el destino social, determinas y condicionas la cantidad de hambre y llantos que corresponde a cada varón y en ti naufragan los transatlánticos encima del pensamiento enorme del océano, porque caldeas las locomotoras o enciendes la locura comercial y fabulosa de las guerras tremendas y riendo a carcajadas, empuñas la batuta del universo, inmensamente amarga y degenerada en la oscura majestad.

Convergen hacia tus cúpulas los suspiros radiotelegráficos de Londres, París, Dresde, Petrogrado (3) o New-York, aeroplanos, zepelines y globos anidan arrullándose a lo largo de lo largo de tus terrazas y en tus halls confortables, lujosos, claros, soberbios, crecen plantas de estufa, fósiles, enfermizas, débiles, llenas de tardes de tardes y clorosis como tus melancólicos plátanos de los trópicos, rosas de invierno, polvorientas, tuberculosas, desgraciadas, datileras que no vieron nunca, nunca, nunca el ancho sol del Sahara, nomeolvides románticas como antiguas novias de provincia, y helechos que confunden las ampolletas con la luna antigua.

Tus héroes macabros y accidentales fuman "egipcios" y sacrifican preciosas mujercitas en capullo o gobiernan un gran "Mármon" rotundo, formidable, extenso, siete u ocho chalets y trescientos o más caballos y queri-

(3) Escrito en 1916.

das, visten "chez Paquin", hacen sport en las colinas y leen a Petronio o divagan comiendo ostras por la tierra comiendo ostras y lenguas de erizo rociadas con Roederer y Rhin, ¡oh! ¡Epicuro!... (... o andan pálidos, polvorientos, húmedos por las cantinas de la especulación).

Oronegro de cien mil calorías, el dólar calcina la máquina melancólica, artificial y monumental de tu organismo e impele al movimiento tus resortes, bielas y tubos, pernos, tornos y ruedas en el ferrocarril estridente de tu esqueleto deforme, matemático-sistemático y funeral, y pareces un árbol enorme a vapor y un rosal florido de letras a noventa días desganchándose a favor del fruto idiota de la mentira: el \$.

Canción de canción de canción de concreto e ingeniería, pulso del pulso de la época, tu voluntad geométrica e inútil rima con el alma del siglo, deletérea, ruin y absurda indefiniblemente; tú, como ella, vas improvisando el instante y viviendo a setenta mil kilómetros por segundo lo imprevisible del suceder; el péndulo de tu cronómetro predica: "¡acción, acción, acción!... .." sobre la vanidad de las cosas viajeras de este mundo en este mundo que mañana será cenizas, recuerdos, canciones... .., y los mendigos te rezan, Bolsa, y se quedan con la boca helada frente a tu dual caída, ¡oh! ¡gran expoliadora!... ¡gran asesina!... ¡gran explotadora!...

LOS SUBURBIOS

Las viejas y los perros orinan dolorosamente la sombra trágica de los borrachos y tus vírgenes ciegas, ¡oh antro inicuo!, abortan rascándose el corazón, abortan en la vía pública, en la soledad de la soledad de la vía pública, contra la sombra de la vía pública y los organilleros aúllan la mas turbación azul e igual de sus polkas errantes...

La granburguesía madura los gestos hediondos del vecindario del explotado y las tabernas y ahorca a la memoria de Jesús, a quien no fué un ladrón colosal.

...Puñales ambiguos y amores absurdos o cabellos de pobres mujeres, olor a la mierda y olor a tumba, u olor a hambre subterránea, hambre de niños ilotas que piden pan comiendo hambre y haciendo los mundos futuros con llanto.

LA FABRICA

...—Cuántos pulmones, ¡cuántos!, ¡te has comido, fábrica!..., ¡criadero de sombras; cementerio de almas, criadero de sombras y de mártires, iglesia, garito, letrina del diablo, sucursal de las casas de orates, los hospicios y los sepulcros por los lechos ácidos del hospital!... ?... !...

Los piojos y las pulgas hacia la sarna hedionda gimen más allá del más allá de tus ruidos joviales y la miseria se rasca las pústulas tras tus gestos potentes y tu modos sonantes, tu actitud rural de atleta...

A la salida del sol trinan tus grandes sirenas por la salida del sol, cantan los martillos, las ruedas, los tornos, las bielas, un sudor vegetal, eminente, animal, dignifica y sublimiza los rostros grandiosos; atardeciendo, paren los ocasos angustia, sangre, infamia, errores malditos, dolores oblicuos, capciosos, ladinos, tristezas, congojas, penurias; de noche, ¡oh!, de noche la aritmética trágica del capitalista roe la claridad lunar, augusta, y la soledad llora en los esputos verdes de los tuberculosos, mientras las ratas rubrican los pisos en donde ejerces tu explotación.

Tus esclavos y tus lacayos nutren la panza oscura del comercio, engendran muchos hijos, aguantan muchas penas muriéndose de hambres sociales o se hacen héroes y líderes.

Los carabineros y el Estado te lamen los pechos rotundos, fábrica, tú les mantienes la hembra, la lepra y los pingajos rojos de la autoridad, gran cabrona gorda, y la ley es uno de tus productos, uno, una sola de tus manufacturas, una sola en una sola.

Como a casa ruïnosa, los vientos trágicos de junio y julio, así las huelgas te remecen, fábrica, como a casa ruïnosa, y los comicios democráticos, las turbas plebeyas y su voz interoceánica barren tus frutos lúgubres: las pulmonías, las gonorreas, la tuberculosis, los insomnios, la miseria, la fatiga, la congoja, las borracheras trágicas en la borrachera de los fracasados, el crimen, la verde envidia, Dios... tus frutos lúgubres, fábrica, tus frutos lúgubres, la hipocresía crepuscular del explotador, el catolicismo y la hostia oscura en la hostia oscura de la mentira social elevándose sobre aquella gran tumba hedionda en donde los salarios oscilan entre \$ 1.50 y \$ 2.— la jornada... (4).

(...Y las viejas raídas, las esposas, las hembras, los mocosos, las queridas zaparrastrosas con sus tarritos tristes junto a las murallas: porotos duros, pancutras viejas..... ¡todo el amor con todo el dolor proletario en la dignidad de un almuerzo pobre!... !... !...).

¡Incubadora de miserables y meretrices e incubadora de superhombres, fábrica, tus axiomas teologales —“trabajar es dignificarse”—, tus axiomas teologales son lo mismo que frailes horribles, negros, malos, secos y hediondos y el perro de “Dios”, el capitalismo, te preside como el gusano y la cruz los cementerios!...

(4) Escrito en 1916.

EGLOGA

Fumando su cachimba de atardeceres fúnebres, arrebujado, totalmente arrebujado en la inmensa manta de humedades y lluvia inútil, canciones tuberculosas, melancólicos paisajes subterráneos y la belleza gris de su actitud, el invierno camina por los caminos alimentando callampas, pulmonías, tristezas, metafísica de metafísica, con el acordeón intermitente, idiota de sus trancos enormes! Un ruido funeral vasto y sordo como de muchas abejas rubias conmueve y remece las entrañas del mundo; a la tierra le arden las sienas y está nerviosa de estar nerviosa, lo mismo que mujer impúber; los ovarios mandan y la tierra querría que le despedazasen el capullo de la vagina con hierros ardiendo y besos con fierro de volcanes. . . —la primera flor canta como un pájaro, sobre el alambre del paisaje—; los troncos de los reumáticos troncos antiguos se llenan de botones, juguetitos y nietecitos de miel; las piedras, los muros, las casas, los tejados y las techumbres antiquísimas, todo lo ruinoso, el hombre, las plantas de las bestias se florecen de flores rurales; Chile de todo Chile, parece un duraznero enorme, florecido, como un gran poeta; en la última casa de la imaginación popular, los almendros, los manzanos, los ciruelos, los naranjos, los perales viejitos e inmensos de las huertas, los aromos ilusionados, los peumos, los boldos, los muermos, los hurraños espinos chilenos del perfume reconcentrado y caliente, los viñedos simultáneos en las colinas, sobre el horizonte informe, se sonríen, contentos de sentirse floridos, encima de la "fotografía en colores" de la divina y de la preciosa majestad evangélica, y los yuyos clásicos cantan sobre las tapias los cantos de la bandera republicana; entre la cabellera trágica de las zarzamoras, la verde ramita es como un pensamiento olvidado entre la cabellera trágica de las zarzamoras o un niño sobre las espinas; como las viejas criadas, las tinajas rudimentarias de la Colonia, tumbadas al sol, guardan todo el invierno en la barriga, mientras la escena doméstica del gallinero y las gallinas mira los racimos nuevos en la ancianidad de las parras y los chercanes y los chincoles —niños-chicos— picotean el cielo y las estrellas en las últimas charcas de septiembre; los labriegos sacan el colchón y las semillas y les extienden sobre la inmensa tierra de Dios, cual una gran plegaria horizontal por una gran plegaria horizontal; y hacen los hijos en donde se hacen los hijos o la oración azul del pan, —espíritu de Dios contra el espíritu de Dios por la naturaleza—, la oración azul del pan que es uno de los últimos hijos del hambre; las vacas lecheras están tan gordas como las señoras gordas y el tiuque parece un caballero en ese instante; Julia, la chiquilla del capataz, tiene la figura llena de perfumes, rosas, canciones y una inquietud pura, haciéndole cosquillas en las piernas a los suspiros y a los desmayos que esconde la niña detrás del corpiño oloroso y caudaloso de romerales. . . ¡y el padre atrae el látigo!

HIMNO AL HEROE

—Tu voluntad labró sus músculos en carne de hombres lúgubres y es tu razón de ser y tus amores.

Azotas como un dios rojo el lenguaje oblicuo del crepúsculo e insultas al otoño delicuescente o pálido, con la enfermedad de hacer, espantosa, que mueve tus discursos y tu mano cándida.

E inmensamente enarbolas el látigo de las siete culebras sobre la vanidad del siglo, tú, el austero varón patriota, democrático.

Las montañas recuerdan tus actitudes estupendas, solemnes, —el hogar tu memoria—, y tus anécdotas son ramos de azahar o "cuentos ejemplares".

El resuello y la majestad de tu país dignifica tu báculo grande y tranquilo; acumulas las esperanzas del pueblo; y eres el resultado del ciudadano y la flor de sus montañas a través de las épocas.

Las acciones cantan sobre tu árbol de fuego y actúas maquinalmente; tus actos afluyen detrás de tu alma, vibrantes, categóricos, porque la necesidad les impele y lo absoluto orienta sus brújulas; tu voz ilustre está florida lo mismo que Chile en setiembre.

La verdad de tu mentira tranquea al otro lado de la muerte, encima de las cosas y allí donde el bien y el mal son como recuerdos de la tierra.

Tu retrato perdura en las escuelas y tus ancianos, turbios, mortales ojos, iluminan las albas frentes augustas, eminentes, del egregio e infantil parlamentario de mañana.

"Los caminos del mundo" cruzan tu rostro universal y trágico como una gran ciudad y las aves del cielo anidan en las setenta torres de tu reino interior.

Tienes la actualidad tremenda de los acontecimientos e inquietas; constituyes un acontecimiento que raja la lava de los siglos, la cual anida adentro grandes lagartos.

La eficiencia del instinto justifica tu inmensidad momentánea y tus ángulos faciales son violentos e irreparables como piedras de sol.

Sin embargo, el mundo le parece admirablemente sublime a tu sublimidad que admira por modo ingénuo, popular y categórico de índole.

El entusiasmo de las águilas cuida tu mar y tus nidos de palomas, alto y ancho y monumental Dionysos de ceniza.

Te consume un ansia de correr a gritos hacia la multitud — tu madre—, porque aquélla es la corona de tus sienas preclaras como palancas.

Hinchas tus deseos con un placer capaz de levantar el cosmos en un dedo y estás de acuerdo con la tierra desde lo infinito.

A la sombra trascendental del Pabellón construiste tu casa y tus himnos; das de beber a tu nación en el hueco de tus manos; los niños te dicen: "abuelo" y las golondrinas juegan sobre tus hombros picoteando tu cara y tus cabellos tranquilamente, a la manera de mimosas mujeres.

Vomitas un aullido de rabia, frente a las negaciones más oscuras; condensas en imágenes u obras aterradoras, rotundas, escandalosas, las últimas razones del universo; y engendras las leyes eternas.

Curva tus árboles el terror del enorme destino y tu espina dorsal lo extraordinario: tu dignidad es grande y dolorosa más que el atardecer.

Simbolo del instante, honra y prez, alma, concreción de tu país, los oscuros dolores de tu Nación te forjaron y hoy ahogan tu corazón, porque la personalidad del padre mata al hijo y lo mata a fuerza de quererle.

Pastor de muchedumbres, las niñas de quince claveles sueñan contigo, los viejos te ofrecen rosas, ¡oh héroe!, he ahí el pan de una gran bandera roja.

¡Oh héroe! ¡Oh héroe!, ¡salud!, porque tiendes a la Humanidad tu cántara de vino terrible y humilde, desde todo lo hondo de los pueblos del mundo en el presente siglo!...

ODA DE SOMBRA A LOS SOLITARIOS

La naturaleza duerme con vosotros en la cama siniestra de la soledad, cabrona de los genios.

Entristecidos y autoritarios, grandes como los sepulcros, oficiáis en las iglesias subterráneas del yo los ritos nocturnos, las fiestas profundas de la Egotría, como trascendentales psicólogos monumentales de los sábados rojos y los campanarios de los legionarios populares!.....

Toda la grandeza de los tiempos aulla con vosotros, solitarios, y la curva egregia del hombre.

Sobre las últimas cumbres de la existencia edificasteis la guarida negra —inmensa— regia casa de leones y allí os nacieron vuestros hijos de piedra y sangre y tierra terrible, a la sombra imperial del sol, bramando los triángulos fundamentales de los cánticos fenomenales de fenomenales.

Frente a frente a la sima trágica y los abismos catastróficos de la conciencia, estuvisteis cien millones de épocas, solitarios, con toda la eternidad degollada a la espalda del cerebro: ¡salud, oh! hermanos!... ..

WINETT DE ROKHA

(1917)

Es lo mismo que el mundo: morena, y lo mismo que el cielo: profunda, como la mar-océano: romántica, y pequeñita como el universo...

Manos de ternura, ojos de ternura, pechos de ternura, pies de suavidad, actitudes de silencio e ilusiones de silencio y silueta de seda, silueta de aguas, silueta de pena, gestos de música, cabellera de ciudades tentaculares y mimos de gatita triste.....

Buena mujer buena es ella, la modesta y tranquila y sencilla y la honesta expresión de todas las cosas máximas.

Amiguita y hermanita de mis tiempos lúgubres, muñequita de las largas pestañas y los finos cariños melancólicos; amiguita-hermanita: ¡por encima del mundo me alarga la mano ilustre, por arriba del mundo!...

Tal claridad le florece las palabras, los hechos, las maneras, que las más frágiles y las más débiles e inmateriales cosas duermen, como los capullos en las palomas de oro de las montañas de ojos de sus manos sutiles y es una flor de flor en flor con vestido de seda y voz de miel celeste o una gran calandria de Chile,

Como cantan los pájaros en ella y los ríos y los cielos de las palabras, el mar agranda su figura y es enorme su volumen de pétalo.

Su secreto de andar tremendo tiene toda la música de la tierra y los ojazos negros la belleza del mundo: sol de Dios volando encima de las cosas; y el resplandor de la tragedia acumulada la agiganta multiplicándola.

Como un crepúsculo solo, Winétt está llena de canciones tristes y llena de lecciones dulces está Winétt y su gran estilo de heroicidades dolientes como claveles negros.

Pajarita de acero parece, gallinita de misterio cobijando los hijos pequeños por la vida, arrullando los hijos pequeños con la majestad total de las alas; figurita, maquinita, guitarrita; ¡y grande madre grande de todos los hijos de todos los hijos de la tierra!... ..

PABLO DE ROKHA POR PABLO DE ROKHA

Yo tengo la palabra agusanada y el corazón lleno de cipreses metafísicos, ciudades, polillas, lamentos y ruidos enormes, cuando la personalidad, colmada de eclipses, aúlla: ¡Mujer, sacúdeme las hojas marchitas del pantalón!...

Andando, platicando, llorando con la tierra por los caminos varios, se me caen los gestos de los bolsillos, —atardeciendo olvidé la lengua en la plaza pública...—, no los recojo y ahí quedan, ahí, ahí, como pájaros muertos en la soledad de los mundos, corrompiéndose; el hombre corriente dice: "son colillas tristes"; y pasa como un bruto por una gran catedral gótica, lloroso y baboso.

Como el pelo me crecen y me duelen las ideas; dolorosa cabellera polvorosa, al contacto triste de lo exterior cruje, orgánica, vibra, tiembla, dramática de verdades y parece un manojo de acciones irremediables; radiogramas y telegramas cruzan los hemisferios de mi fisiología aullando sucesos, lugares, palabras.

Ayer me creía muerto; hoy no afirmo nada, nada, absolutamente nada, y, con el plumero cosmopolita de la angustia, sacudo las telarañas a mi esqueleto sonriéndome en gris de las calaveras, las paradojas, las apariencias y los pensamientos; cual una culebra de fuego la verdad de la verdad le muerde las costillas al lúgubre Pablo.

Aráñanme los cantos, la congoja y el vientre, con las peludas garras siniestras de lo infinito; voy a inventar dos mundos ¡carajo!... (¡mis águilas se rien a carcajadas de mis águilas irreparables...!).

Un ataúd azul y unas canciones sin sentido, intermitentes, guían mis trancos mundiales.

Y la manta piojenta de la vida me envuelve grotescamente como la claridad a los ciegos... (Ruido de multitudes y automóviles y muchedumbres van conmigo, pues como pájaro solo y loco revienta lo absoluto en los álamos negros de tu cabeza, ¡Pablo de Rokha!...)—... .. ¡Universo, Universo, ¡cómo nos vamos borrando, Universo, tú y yo, simultáneamente!... (5).

(5) Escrito en 1920.

Cosmogonía

1922 - 1927

TONADA DEL ILUMINADO

El graznido cosmopolita de los crepúsculos
azota mis angustias,
derrumbando los árboles enloquecidos y las ideas oceánicas de los árboles
enloquecidos...

Yo estoy botado

aquí,

con mis zapatos
y mis universos;
como la mar, sonando...
muerto, completamente muerto, y haciendo vida a lágrimas;
crecido de montañas con las hojas marchitas,
y la voz de los ruidos dispersos y rodantes
en la audacia negra del canto...

Ancho tubo de soles amarillos
las lágrimas-lluvias de los objetos,
hondo tubo de mares asesinos,
atravesan la ruina sonora que es la desgarradura de mi corazón,
y las miradas serias de las tumbas
se quiebran tronando en mis sesos
como la patada del tiempo en la muerte del héroe.

¡Ah! ventolera, inmensa ventolera
de lo infinito
que me deshojas horrorosamente,
—¡ah! ventolera, inmensa ventolera—,
todo el costillar despavorido...

Soy el hombre que viene errante
y murió,
y anda andando
con sus jaulas de leones y aves sin sentido,
sus acordeones y sus violines estupefactos,
vendiendo otoños maduros.

por el alambre que ata los cielos y los mundos;
y anda andando,
absorto en la verdad colosal de su espanto,
como la araña por la tela

—¡Dios mío!...

como la araña por la tela,
y los hijos futuros por la infancia del padre.

La sabiduría lluviosa del silencio
empapa las hilachas de mis actos
y, sin embargo, cuando caen, pasmados
y alucinados,
sobre la boca absorta del misterio,
lloran como los granos dorados y ruidosos
en el granero.

Lo mismo que un toro de oro
canto,
pienso
y derivo, rodando tierra abajo,
con mis poemas en el vientre,
despedazándome
por las verdades y por las ciudades.

La culebra geométrica de los últimos gritos
me muerde la garganta,
y un dolor varonil, como de potro, clavado en la oscura osamenta,
me impele a obrar, a hablar
en gritos, en ladridos, en signos atropellados y ensangrentados,
que me arranco de las entrañas.

Parecido a un ciego demente,
golpeo las puertas abiertas que estaban cerradas, horribilmente cerradas,
de lo irremediable,
y pregunto por "Dios" a las estrellas muertas.

Terremotos de paradojas,
levantamientos de volcanes sentimentales o filosóficos,
derrumbes de dolores,
cataclismos de tristeza, cataclismos de belleza,
remecen la tronchada matemática de mi sistema planetario;
hay torvas lagunas de idiotez
y montañas de hierro de genialidad
sobre el panorama cóncavo de mi actitud ilimitada;
y las niñas azules y alegres de lo ingenuo

juegan con racimos de atardeceres felices,
vendimiando uvas de hierro en la maquina de las bocas mimosas,
encima de los claros paisajes de miel y violetas innumerables,
que tiemblan colgados sobre mis abismos,
como tonadas de labriegos
al pie de los mitos guerreros.

Los pájaros muertos de mi voz agraria y formidable,
oscura y formidable,
egregia y formidable,
como un batallón de asesinos crepusculares domando la anchura oceánica,
los pájaros muertos de mi voz agraria y formidable
anidan en los tejados de los cementerios,
las herrerías,
los prostibulos, los rascacielos,
las funerarias;
y una lúgubre significación les preside
cuando revolotean, enloquecidos y amargos, arriba del atardecer,
como guiñapos de planetas que rodasen estrellándose
contra la solidez aplastadora de las murallas invisibles.

Absorto en mis hundidas incertidumbres,
doblada la cabeza de humo inmóvil
sobre el enorme corazón montañoso y cavernario,
soño,
con el tiempo del tiempo,
ando en tranvía vestido de estrellas y sepulturas,
compro cigarrillos como catafalcos y estoy muerto,
hablo con el animal comerciante, con el animal periodista, con el animal
vagabundo,
con el animal de los gestos cuadrados como retratos,
con el animal de los gestos polvosos como borricos,
con el animal de los gestos nocturnos como sepulcros,
con el animal espantoso que tiene botica,
con el animal estupendo y arrastrado que conversa, que vive, que defeca,
que está absolutamente casado con doscientos kilos de carne imbécil,
y canta,
y llora,
y come,
y duerme,
y hace chiquillos sin cabeza,
y dice gruñendo: "la ley, la justicia, la belleza de los cielos abiertos",
parado frente a lo infinito
con las manos en los bolsillos
y el ideal en los testículos...

Yo vengo saliendo de las montañas
que aúllan inmensamente al otro lado del verso, al otro lado del gesto y al
otro lado del horizonte,
desde el día primero de las cosas...

Mi corazón forrado de pieles salvajes,
huele a peumos y a boldos lo mismo que los rumorosos talleres de los
carpinteros y el mugido de las yuntas agrarias,
mi corazón, untado de mieles rurales;
y en las granjas maduras de mi espíritu
cantan los gallos, los mohosos gallos domésticos,
braman los toros enamorados,
y ladran los perros eternos, ensangrentando las viviendas y los caminos
apolillados...
un gran rugido de jaguares y de torrentes enloquecidos,
aureolado de buitres feudales y anchos laureles luminosos y llenos de
esquilas y resplandor,
me cruza los huesos ardidos...

Los jumentos desaforados y profundos
de mi carne y mi sangre,
los instintos canallas, sublimes, idiotas, revolucionarios,
que ladran mordiendo mis dolores
lo mismo que carcomas de sueño, lo mismo que gusanos de rabia,
las fuerzas violentas y despavoridas del universo
me empujan de abismo en abismo,
de angustia en angustia,
de espanto en espanto,
como el amor al hombre, como el dolor al mundo,
como el rempujón fatal de lo desconocido
a quien se asoma horrorizado
a la rendija inmortal de los sepulcros.

Pienso:
"he ahí mis manos, mis piernas,
y he ahí mi pensamiento,
he ahí las plazas públicas, los filósofos, las letrinas, las iglesias, etc.",
y querría huir,
huir, huir ladrando en pelotas,
gritando horriblemente, llorando horriblemente hasta la eternidad,
como un individuo a quien le mostrasen el retrato de su esqueleto,
o a Dios cara a cara,
o una gran mano peluda le apretase el pescuezo en lo oscuro,
o el Diablo le sacase la lengua
a la salida del cementerio,
lloviendo, a la salida del cementerio, carajo, a la salida del cementerio...

Y cuando voy trotando, loco, trotando entre la luna y las tumbas,
me quedo atrás,
me quedo atrás, y digo:
"allá va el tonto, el tonto,
allá va el tonto,
allá va el tonto, el tonto
de la chaqueta negra..."

(“DINAMO” Nº 1, Concepción, marzo de 1925).

POEMA SIN NOMBRE

Como una gran niebla ardida
desde todas las distancias emergiendo
o lo mismo que el horizonte...

Te recuerdo y vienen piando
las hojas marchitas del atardecer,
hermana, amiga, esposa,
a cantar la tonada del viaje y las guitarras
en las cruces lluviosas de mi padecimiento.

Llegas desde la orilla de las congojas sumas
con la cara trizada de eternidad y cantos.

Mis pájaros de alambre triste
se ahogan en tus crepúsculos,
y yo gimo mamando nieblas.

Voy como los perros mojados
a la siga de tu recuerdo,
sujetándome las palabras.

Desde tu ausencia está lloviendo, mi hijita:
las rotas lágrimas
extienden una gran cortina de pájaros agonizantes
encima de mi sueño enorme:
y desde la abertura de las noches caídas
cantan los gallos humosos...

(El invierno te llena de canciones amarillas).

Sé que todos los barcos que emigran van a fondear en tu corazón,
que las golondrinas saludan con su bandera azul
la melancolía morena de tus actitudes deshojadas y vagabundas,
y voy edificando canciones
a la manera que grandes ciudades extranjeras.

¿Quién degolló las gaviotas claras de la alegría
debajo de los ríos eternos?...
¿Quién canta, desde el Poniente, la canción de todas las tristezas?...
¿Quién enluta de llanto la enrojecida soledad,
alargándola en lo obscuro, obscuramente obscuro,
extendiéndola en lo amargo amargamente amargo
como una gran cama de sangre tronadora y crepuscular
o una gran manta violenta?...

¡Ay! querida, el tiempo se ha parado como un águila en tu memoria.

Tú das al Universo este color rodante
y este rumor violeta cruzado de cigarras;
la inmensa bruma aquella viene de tus sollozos;
siento que se ha trizado la curva de la tierra
al peso colosal de tu pie entristecido.

Los cantos dorados del tiempo, o por mejor decirlo, los mundos llovidos
del tiempo
tiritan amontonados encima de mi angustia,
y una gran paloma negra se suicida en las arboladuras del occidente.

La pena cuadrada,
el dolor animal y rotundo, la llagadura horrenda de sentirse
¡medio a medio de la circunferencia!...
parado
¡medio a medio de la circunferencia!

¡Niña-Winétt!...
Y tu actitud de pájaro haciendo con besos la puntería a mi corazón...

(“NUEVOS BUMBOS”, 1925).

C I R C U L O

Ayer jugaba el mundo como un gato en tu falda:
hoy te lame las finas botitas de paloma;
tienes el corazón poblado de cigarras,
y un parecido a muertas vihuelas desveladas,
gran melancólica.

Posiblemente quepa todo el mar en tus ojos
y quepa todo el sol en tu actitud de acuario;
como un perro amarillo te siguen los otoños,
y, ceñida de dioses fluviales y astronómicos,
eres la eternidad en la gota de espanto.

Tu ilusión se parece a una ciudad antigua,
a las caobas llenas de aroma entristecido,
a las piedras eternas y a las niñas heridas;
un pájaro de agosto se ahoga en tus pupilas,
y, como un traje oscuro, se te cae el delirio.

Seria como una espada, tienes la trial dulzura
de los viejos y tiernos sonetos del crepúsculo;
tu dignidad pueril arde como las frutas;
tus cantos se parecen a una gran jarra oscura
que se volcase arriba del ideal del mundo.

Tal como las semillas, te desgarraste en hijos,
y, lo mismo que un sueño que se multiplicara,
la carne dolorosa se te llenó de niños;
mujercita de invierno, nublada de suspiros,
la tristeza del sexo te muerde la palabra.

Todo el siglo te envuelve como una echarpe de oro;
y, desde la verdad lluviosa de mi enigma,
entonas la tonada de los últimos novios;
tu arrobamiento errante canta en los matrimonios,
cual una alondra de humo, con las alas ardidadas.

Enterrada en los cubos sellados de la angustia,
como Dios en la negra botella de los cielos,
nieta de hombres, nacida en pueblos de locura,
a tu gran flor herida la acuestas en mi angustia,
debajo de mis sienes aradas de silencio.

Asocio tu figura a las hembras hebreas,
y te veo, mordida de aceites y ciudades,
escribir la amargura de las tierras morenas
en la táctica azul de la trial danza horrenda
con la cuchilla rosa del pie inabordable.

Niña de las historias melancólicas, niña,
niña de las novelas, niña de las tonadas,
tienes un gesto inmóvil de estampa de provincia
en el agua de asombro de la cara perdida
y en los serios cabellos goteados de dramas.

Estás sobre mi vida de piedra y hierro ardiente,
como la eternidad encima de los muertos,
recuerdo que viniste y has existido siempre,

mujer, mi mujer mía, conjunto de mujeres,
toda la especie humana se lamenta en tus huesos.

Llenas la tierra entera, como un viento rodante,
y tus cabellos huelen a tonada oceánica;
naranja de los pueblos terrosos y joviales,
tienes la soledad llena de soledades,
y tu corazón tiene la forma de una lágrima.

Semejante a un rebaño de nubes, arrastrando
la cola inmensa y turbia de lo desconocido,
tu alma enorme rebasa tus hechos y tus cantos,
y es lo mismo que un viento terrible y milenario
encadenado a una matita de suspiros.

Te pareces a esas cántaras populares,
tan graciosas y tan modestas de costumbres;
tu democracia inmóvil huele a yuyos rurales,
muchacha del país, florida de velámenes,
y la greda morena, triste de aves azules.

Derivas de mineros y de conquistadores,
ancha y violenta gente llevó tu sangre extraña,
y tu abuelo, Don Domingo Sánderson fué un HOMBRE;
yo los miro y los veo cruzando el horizonte
con tu actitud futura encima de la espalda.

Eres la permanencia de las cosas profundas
y la amada geográfica llenando el Occidente;
tus labios y tus pechos son un panal de angustia,
y tu vientre maduro es un racimo de uvas
colgado del parrón colosal de la muerte.

Ay, amiga, mi amiga, tan amiga mi amiga,
cariñosa, lo mismo que el pan del hombre pobre;
naciste tú llorando y sollozó la vida;
yo te comparo a una cadena de fatigas
hecha para amarrar estrellas en desorden.

(“ZIG-ZAG”, 1925).

LA IDOLATRADA

Montaña de versos, brazada de sueños
ardiendo,
tú
sobre mi sexo;

llaga de sol. llaga de miel. llaga de luz encima de las frutas clásicas,
incendio,
leña de pena...

Como camino polvoroso
de canciones,
como recuerdo polvoroso,
así
tu amor
embellece y alegra entristeciendo.

Viejo y negro pueblo de tórtolas crepusculares;
casa de los naranjos melancólicos
y las tejas lluviosas;
casona de herrumbre con gatos oblicuos y tristes;
con limoneros, solteronas y días domingos,
con villorrios y viajeros, con postinos de cansancio, con carretas de tonadas
en las vitrinas anacrónicas;
país de las provincias y los pianos ruinosos
bajo el poniente irremediable,
país de los sepulcros, los borrachos y las rutas de otoño,
yo,
y tú,
tú, pequeña, curiosa, morena, asomada en las ventanas...

Quiero la vida porque tú eres vida,
quiero la sombra porque tú eres sombra, mujer,
quiero la tierra porque tú eres tierra;
y tus besos como higos
 como agua de fuentes rurales,
 como uvas
llenas de mar, cantando desde las viñas cósmicas;
acepto la materia y la tristeza
porque tu carne es triste,
porque tu alma es triste
como la higuera de las parábolas.

Abierta
frente al universo
abierta,
eres cual una herida de la Tierra,
poblada de voces mundiales,
madura de goces fragantes...
¡palabras del siglo, muñeca con ojazos negros!...
síntesis,

panorama del hombre y del tiempo
cruzando mis huesos!...

Aventurero con espanto,
columpio mi gesto pirata,
como un fruto enorme y podrido,
entre la nada y la nada;
encima tú, como un beso en un mundo,
encima tú, temblando,
encima tú, como un canto en un muerto,
encima tú, como un nido en un árbol
estupendo,
paloma de las lindes últimas.

Eres clara como la muerte,
eres buena como la muerte
y profunda como la muerte;
dulce y triste como sol de invierno;
llena de nidos y frutos,
como un bosque inmenso o una humilde casa de campo;
arada por la maternidad,
los hijos te engrandecen como a la tierra el surco,
mujer, *la idolatrada*,
mujer, *la idolatrada*.

Hermana de la luna,
la pena,
la lluvia
y el destino de las cosas,
determinas el límite
de lo absoluto y lo infinito
con la rayita azul de tu existencia.

Embajadora de las golondrinas,
mujer, *la idolatrada*;
se enorgullece "Dios" de haberte hecho
y haberte mirado en los tiempos, haberte mirado en los mundos, haberte
mirado en los sueños

frente a la creación, adolorida;
bendita y amada
por
los siglos
de
los siglos...
¡coronada de pueblos y de niños!...

(*"CLARIDAD"* N° 98 — Año IV — 28 de julio de 1925).

con la risa quebrada de las motocicletas,
colgado de la cola del mundo.

La campana negra del sexo
toca a ánimas adentro de mi melancolía,
y una mujer múltiple y una
múltiple y una
como un triángulo de setenta lados y muchos claveles,
se desnuda multiplicando las heridas
sobre mis mundos quemantes y llenos de senos de mujeres estupefactas.

(“AGONAL”, 1925).

CICLO DE PIEDRA

I

AUTORRETRATO DE ADOLESCENCIA

Entre serpientes verdes y verbenas,
mi condición de león domesticado
tiene un rumor lacustre de colmenas
y un ladrido de océano quemado.

Ceñido de fantasmas y cadenas,
soy religión podrida y rey tronchado,
o un castillo feudal cuyas almenas
alzan tu nombre como un pan dorado.

Torres de sangre en campos de batalla,
olor a sol heroico y a metralla,
a espada de nación despavorida.

Se escuchan en mi ser lleno de muertos
y heridos, de cenizas y desiertos,
en donde un gran poeta se suicida.

II

VIEJO CANTO NUEVO

Si me dijese de dónde viniste
como un soldado azul te lloraría,
porque ha siete mil años que surgiste
en los infiernos de mi egolatría.

Estupefacto te contempla triste
de idolatrarte la congoja mía,
y con amor furioso te reviste
de viejas piedras negras mi herejía.

Guitarra y pan colosal del camino,
eres la gran sandía del destino,
o el mar y la manzana de la nada.

Tu corazón de miel crea la aurora,
cuando la flor de la botella llora,
y amamantas un Dios en la mirada.

III

TALCA A LA ESPALDA

Pueblo del trueno irreal, atravesado
de arañas de humo y de sudor terrible;
un Dios roñoso y fiel está parado
sobre tu dimensión irresistible.

Tu senectud de vino y trigo ha echado
voz de la piedra arcaica, el fruto horrible
del pellejo inmortal, acrisolado
por el hierro y el fuego incommovible.

Tus caballeros-muertos, antiquísimos,
retratos son lluviosos, tristisísimos,
en este enorme e inacabable invierno.

Y tu ley provincial y extemporánea
es una gran herida momentánea,
hecha de un tajo en medio de lo eterno.

IV

PREMONITORIO EN 1913

Metafísico y tétrico, buscándote,
mirándote y besándote en lo oscuro,
araño la ciudad acariciándote
en el vientre de tigre del futuro.

Te palpo el pecho de cristal, mirándote
como una forma justa, el pie seguro,
llamándote, nombrándote, tocándote
con las tinieblas el corazón puro.

Pequeña Luisa Anabalón: ¡"Menina"!
dócil y dúctil versión femenina
de una casa de España acuchillada.

Lloras adentro de la lluvia acerba,
como un violín que se extravió en la yerba,
contra la eternidad desesperada.

V

SURLANDIA MAR AFUERA

Puertos de barro triste y triste vino,
en donde el pobre es un manchón de herrumbre,
como la hembra preñada en el camino
o un pabellón entre la podredumbre.

La Mar-Océano y su barco, el sino
canta del gran atleta y su costumbre
del beso colosal de potro andino
a quien no hay un volcán que lo deslumbre.

A cuchilla, a cebolla o a baraja
huele la faz marina y se desgaja
como una gran guitarra sollozando;

o enluta en llanto los campos mineros,
donde mordidos de hambre los obreros
son toda la nación que está acusando.

VI

POETA DE PROVINCIA

Parezco un gran murciélago tremendo,
lengua del mundo a una edad remota,
con un balazo en la garganta, ardiendo
y rugiendo de horror la forma ignota.

Provincias de polillas en lo horrendo
que se desangra en lluvias gota a gota,
y es una trial frazada del estruendo
o un piano negro con la lengua rota.

Definitivamente masculino,
me he de encontrar con el puñal talquino
en el desván de las calles malditas.

Sólo contra la luna, dificulto
que haya un varón en los antiguos cultos
con un cacho de heridas más bonitas.

VII

LA FORMA EPICA DEL ENGAÑO

El mundo no lo entiendo, soy yo mismo
las montañas, el mar, la agricultura,
pues mi intuición procrea un magnetismo
entre el paisaje y la literatura.

Los anchos ríos hondos en mi abismo,
al arrastrar pedazos de locura,
van por adentro del metabolismo,
como el veneno por la mordedura.

Relincha un potro en mi vocabulario,
y antiguas norias dan un son agrario,
como un novillo, a la imagen tallada.

Un gran lagar nacional hierve adentro,
y cuando busco lo inmenso lo encuentro
en la voz popular de tu mirada.

VIII

NOCTURNO MUY OSCURO

La noche inmensa no resuena, estalla
como un bramido colosal, retumba
con un tremendo estruendo de batalla
que saliera de adentro de una tumba.

Fué un pedazo de espanto que restalla
o una convicción que se derrumba,
una doncella a quien violó un canalla
y una montura en una catacumba.

Calla con un lenguaje de volcanes,
como si un escuadrón de capitanes
galopara en caballos de basalto.

Porque el silencio es tan infinito
tan espantoso y grande, como un grito
que cae degollado desde lo alto.

IX

EL VIAJERO DE SI MISMO

Voy pisando cadáveres de amantes
y viejas tumbas llenas de pasado,
cubierto con cabello horripilante
del gran sepulcro universal tragado.

Acumulo mi yo exorbitante
y mi ilusión de Dios ensangrentado,
pues soy un espectáculo clamante
y un macho-santo ya desorbitado.

Mi amor te muerde como un perro de oro,
pero te exhibe en sus ancas de oro,
Winétt, como una flor de extranjería.

Porque sin ti no hubiera descubierto
como una jarra de agua en el desierto
la mina antigua de mi poesía.

X

A LA MANERA DE ANTAÑO

Gran hogar patriarcal lleno de nidos,
de muérdagos y rémoras felices;
un pan de sal para los días idos
y un pan de mar para los días grises.

La proa afronta contra la ola (heridos),
a los corsarios sobre cien países,
o andamos por la aldea atardecidos
tragando sol o cazando perdices.

Le invade de chacales la retórica,
pero yo echo la orinada histórica
sobre sus catres de metales blandos.

Y aunque toda la horda nos acosa,
medio a medio de los caminos, rosa
de humo y piedra, la tribu está brillando.

(“DINAMO” N.º 7, Concepción, marzo de 1926).

BLAS, EL ATRABILARIO

La angustia subterránea te rubricó en los huesos
el latigazo enorme de la genialidad;
cual una araña de oro, Job te escupe los sesos
y las tristezas plantan sus más horribles besos,
tal como puñaladas de espanto, en tu verdad.

Pues eres inferior a tu audacia, eres fuerte,
con la fuerza ruidosa del animal feroz;
amarrado a los gritos cruzados de la muerte,
vas replegando el mundo en tu gran canto inerte;
y llora en tu cabeza la patada de “Dios”.

E impunemente trágico como las calaveras,
pareces, Blas, el atrabiliario, un ataúd
coronado de errantes flores aventureras;
y va de mundo a mundo la inmensa carretera
oceánica y florida de astros de tu actitud.

¿Quién te rompió en la frente toda la vida humana,
el garrotazo lúgubre y amarillo de ser? . . .
¿Quién te vació en la carne y en la sangre liviana,
el dolor y el terror de la gran chusma urbana
y el tronchante si muere o pare una mujer? . . .

Excremento de razas y pueblos vagabundos,
tonada de camellos frente a la arena gris,
polvo de tumbas, llanto de tumbas y de mundos,
llevas un sol marchito en los ojos profundos,
como un rey la bandera negra de su país.

Y la hiena rabiosa de tus instintos, arde
rompiéndote los ácidos muros del corazón,
tronchando vértices, partiendo límites, cobarde,
lamiéndote y mordiéndote sobre la oscura tarde
contemporánea, a puntapiés con tu ilusión.

Blas, el atrabiliario, racimo de congojas,
perro muerto aullándole a una luna irreal;
lo mismo que a una encina se te caen las hojas,
y estás plantado en las sordas montañas rojas
blandiendo, egregiamente, tu rebelión social.

(“AGONAL”, 1925).

CANCION DE LAS TIERRAS CHILENAS

Claros los astros de diamante,
dolorosa la tierra arada,
y el mar como un árbol sonante,
o lo mismo que un gran cantante
parado encima de la nada.

Un cinturón de cordilleras
le ciñe los huesos profundos;
cabellera de sementeras,
y el cielo como una bandera
clavada en la proa del mundo.

Murmuran los vinos violentos
en las tinajas del pasado;
el sur le azota con los vientos;
su sol es como un monumento
al “rotaje” crucificado.

Viejo de pueblos y vihuelas,
oloroso a naranjas rubias,
ingenuo como las escuelas,
con inviernos llenos de abuelas
y grandes ladridos de lluvias.

Los caminos aventureros
cruzan la cara del paisaje,
cual una hilera de viajeros;
el canto de los carreteros
es como un carro de forraje.

Ceñido de gentes valientes,
la majada clara y madura
levanta sus cantos hirvientes;
cien soles frutales y ardientes
alimentan la agricultura.

Y anchas ciudades al concreto
en la batalla de los ríos;
allá un boldo como un soneto,
o un peumo como un toro inquieto
hacia las vacas del vacío.

Ferrocarriles y guitarras
trenzados sobre el campo inmóvil
a la orilla de las cigarras;
y el gesto animal de las parras
cayendo sobre el automóvil.

Va la hembra chilena vistiendo
refajos de melancolía;
flor de cordura y sangre ardiendo,
el cielo la viene siguiendo
desde el otro lado del día.

Puñaladas y valdivianos,
toronjiles y damajuanas,
y la cueca sabrosa, hermanos;
los jaguares americanos
bramando sobre la mañana.

(“Zig-Zag”, semana del 18 de Setiembre de 1925).

U

1927

SEÑALES AL HOMBRE FUTURO

Sin embargo, es mi ausencia quien inventa las sabandijas y las telarañas del siglo.

Jamás.

Palanca de aluminio, galope de máquina en trances fatales, geografía de lo inaudito y lo estupendo, gran figura, horizonte de navio cosmopolita, he ahí, yo arrojo la llamada aclaratoria e inactual, el golpe de bronce alucinado, la campanada-llamarada encima de los cinco ladridos de la tierra: América, Europa, Asia, África y Oceanía.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!...

Descimo todos los triángulos de la soledad clamorosa, las arañas, los presentimientos, las tinajas de la sombra, la última luz del luto, hasta los gallos caídos.

Venia mi voz andando por la nada y se enredó mi voz en mi voz. Por eso soy eco de mi tristeza. No obstante, hay tanta altura de comba de cielo o de vientre de madre salvaje, todavía, en mi gran lazada al infinito. Cosecha de aventurero, guiso mi guiso de palomas.

Agua de hierro teñida de azules incontestables, Dios atrabiliario.

Toda la joraba del continente se me cuelga de las palabras, semejante a una inmensa costumbre de lluvias. Levanto, ¡oh! levanto mi plumero de cigarras y hago montañas de libertad. O bien, agarro la esquina de mi esqueleto de amatista y rompo el saco de los vinos cornudos y obligatorios, como la muerte la bola del mundo. Como murciélagos, como metáforas y escupo filosofía. Y remezco con gritos las estrellas y los campanarios, y derrumbo con gestos las naciones y las verdades adoquinadas. Ferreteria de cúpula, geometría de pólvora, cementerio con peumos chilenos, letrerito de sepultura en despoblado, y también la casa vacía y los países y las guitarras y los parientes.

Sí.

¿O ando jugando con esmeraldas y con elegías de acuario a interpretar los signos cósmicos, los proyectos oceánicos, la peluda hipocondría en atardecido?...

No.

La seriedad me incluye entre las piedras y las tumbas del calendario,
niña.

Arquitectura de silencio, poderosa lo mismo que la mujer preñada,
mano de madera invulnerable, cruz del tiempo, cruz del verso sin naturaleza,
y, además, sangre con tierra, noche con tierra y alarido; amontonado de la-
gares y de panales; panteón de razas y de cantos, laboratorio de cipreses
indiscutibles con negros pájaros muertos y aulladores.

Situación de animal volcado, de torre inclinada pero absoluta, así.

Voy creciendo, ¡oh amigos inadaptados, a la manera de las nieblas
honestas y los aeroplanos en la memoria. ¡Anchura de la vida quebrada en
vértice! O como embudo que se llenase de sonoridades amarillas y tiempos
violetas y enloquecidos.

Y empuño la fatalidad como una gran bandera despedazada.

1

Yo agarro la suerte y la muerte,
así, por la palabra, por la maquinaria ruidosa de la palabra, las hago
canciones sin tiempo,
y voy arando de inmortalidad el día grandioso.

Mi carne es guitarra, mi sangre es tonada y mis huesos son cantos parados.

Percibo el devenir mundial como imagen, sólo como imagen,
siento, pienso y expreso en imágenes irremediables
la lógica matemática de los fenómenos de los fenómenos de los fenómenos;
y mi condición estéticodinámica crea el universo
a la manera formidable de los espejos despedazados.

Hombres y máquinas y hombres
viven y mueren en mis poemas acumulados
la forma tremenda del sueño.

Soy gesto, soy violencia, soy mundo elocuente;
además, no tengo sentido conceptual,
o ando disperso y movable por adentro de la belleza acuartelada,
lo mismo que el pensamiento en las arterias,
y también como Dios, sí, como Dios en el alarido del hombre sublime;
sin embargo, me veo viéndome
con la mirada espectacular del análisis.

Palomas de cemento,
se me caen del traje rodante las epopeyas.

No conozco, digo,
no defino, nombro,
agrandando la naturaleza;
expreso;
detrás, allá detrás de mi corazón, aúlla la nebulosa.

2

Gira la tierra volcada en los pensamientos,
y caen palabras con los sexos lluviosos
desde las alturas cosmográficas del grito y del mundo,
porque YO RESPIRO.

Llegaron los aeroplanos amarillos, la luna negra con flecos morados,
y todas las fábricas
echaron a volar humaredas y canciones ultramarinas
sobre los aperitivos urbanos;
murió la gran sombra nublada de sudores municipales.

Bandera cubriendo el occidente, ¡ah!, bandera cubriendo el occidente,
la voluntad genial de Vladimir Ilitch Ulianoff LENIN,
estatua de palo encima y más arriba del puente de Brooklyn.

El sol se ha parado a comprar bencina sobre la catedral de Reims.

Las dinamos de la actividad obligatoria
aturden a las águilas de bronce afable y polvoroso
que duermen en el ciprés de llanto y de fuego,
y un vértigo de ventiladores en la muerte
abrasa los pensamientos electromecánicos del panorama;
la luna, helada de éter, patalea
porque a Dios se le rompieron los neumáticos (recuerdo del futuro).

España y los muertos parados a la sombra del sol sonoro.

Einstein
camina por la nada con el tiempo en los bolsillos panorámicos;
y no se le cae el planeta.

La pregunta matemática de Edison perfora los sepulcros.
Acodados en las montañas subterráneas, James Joyce y Picasso definen el
indefinible.

Rumbo a Hong-Kong,
el ZR3 olvidó la memoria geográfica,
y un planeta nuevo
emergió el domingo del cartel del cielo interesante
con todas las alas quemadas;
la sirena del Lusitania agujereó el atardecer,
y su ojo inmóvil
derrumba las murallas del siglo y el color mineral de las ideas;
anoche llegó el Transiberiano nevado de paisajes rusos;
y cien cometas muertas evolucionan alrededor de la antena desafortada de
Eiffel

cantando la retórica atmosférica;
John Rockefeller defeca un telegrama sin ombligo.

Morados de hambre, los esqueletos eslavos
beben en las cunas vacías
y se escarban las telarañas del estómago.
Un gran pájaro de azufre canta sobre el eje de la tierra.

La boñiga negra y seria del Africa
enluta las espadas civilizadas;
el piojo de las trincheras ladra bajo los sobacos del mundo;
el proletariado almuerza plomo y luto de ametralladoras,
y el burgués, florido de babas comerciales,
conduce sus motocicletas dementes por los caminos académicos, rebuznando
de alegría;

un zepelin destripado,

la fruta inmensa de un zepelin destripado
cae desde el árbol de la esfera contemporánea de faroles
encima de las colmenas multiplicadas y humosas,
aplastando las gargantas eléctricas;
muñecos de estufa se abren los labios mojados del sexo y lloran
bajo el sauce de las sedas caídas,
y un triángulo de obscuridades se les sonríe entre las medias;
husmea el macho rumor de calzones tibios, bramando,
y la hora vencida se parte el vientre en los suburbios
tiñendo de espectáculos el horizonte
que emerge desde las piernas abiertas de la tarde violada
orlado de violines tristes.

Ford echa dólares,

sangre de ciudades poligonales y acero
al tubo idiota de la actividad,

y por la rajadura inferior del comercio van saliendo automóviles,
van saliendo automóviles

y automóviles

y *automóviles*

y AUTOMOVILES,

con la continuidad de la gotera en los patios clínicos,
automóviles

iguales y horribles,

con tongo, con testículos, con sebo de burgueses incontestables y hediondos,
con toda la imbecilidad de la máquina democrática.

El grito en silencio del Ghandi

toca las campanas de espanto sobre la Europa despernancada,

y las montañas echan a correr llorando;

los árboles mecánicos del Bois de Boulogne se arreglan la corbata azul de
la primavera

con gestos pintados de melancolías sin chaleco.

Las vías públicas amarran la tierra, la amarga tierra sistemática,
acequias de hombres desaparecidos en la fórmula hombre,
arrastran caudales de multitudes, raudales de muchedumbres patológicas;
crucificada en la unidad,
la figura sola se derrumba, agonizando;
araña del bullicio, silenciosa,
la voz múltiple y una
ahorca las polvorosas almas a bencina.
Gabriele d'Annunzio,
así dice el aviso cosmopolita y navegante
de los traseros con cinco sentidos.

La verdad triangular
agacha las orejas, sonriendo, la tonta,
en la mano quebrada de la acción:
Marte se rasga la chaqueta en los rascacielos de movimiento,
y al invierno se le mueren las últimas hojas.

Los días se caen de la cara de los mendigos.

"En verdad, hermanos, en verdad
la hora de las cosas peludas
llegó,
llegó
la hora de las cosas peludas",
dicen los crucificados:
"llegó la hora de las cosas peludas",
y se abrochan el botón de la tragedia, pensando:
"las mujeres son un problema con pelitos";
las tórtolas metafísicas de la Radio Company
lloran en la plazuela de Henri Bergson;
cerros de agua,
las yeguas cuadradas del tumulto
desbordan los acontecimientos,
y la pulsación multitudinaria, tronando,
enloquece al individuo;
un enorme cuervo de oro asesina las rosas desnudas del día.

Canta-llora el hombre amarillo de los hornos crematorios.

La lluvia suspira junto a los braseros y las abuelas.

El animal de ladrillo se pone condones ifuminados.

Hirviendo el ombligo de horrores del Gulf-Stream
da vueltas al tirabuzón de los aullidos con su manubrio de truenos y vientos;
y el disco aforme grazna las patadas oceánicas;

sirena de hoy, la gran victrola enloquecida y dinámica,
estira sus antenas de engaño,
cual una antigua mano electromagnética, o lo mismo que el hombre de
neblina del cloroformo;
y los transatlánticos vienen a picotear angustia en situación de pollitos
imbéciles.

Un niño enorme y muerto enluta la filosofía.
¡Avión de Italia, lleno de soles frutales,
y las velas latinas riendo!...

"Soy el edificio-locura-argumento,
la alta terraza de mi frente
exhibe sus canchas de tenis dominando los espacios precipitados;
ceñido de aires felices;
la belleza mecánica, la locura mecánica,
me envuelve con mantos livianos de sportsman de día festivo a la hora de las
campanas,
mi sensibilidad es rodante y tiene ideas de automóvil", dice Carl Brown.

Los macacos americanos
saben qué soñó anoche la pequeña emperatriz de sándalo de Sumatra
y el rey de ceniza de la Mongolia religioso-fabulosa;
los diarios cóncavos recogen todas las noticias atmosféricas,
como la campana del eco inmóvil en el tiempo:
sincronismo-automovilismo de la vida física y psicológica;
el suicidio del tren del Sur conmovió los polos absortos.

La paloma automática del anuncio
anida entre el ramaje incalculable de las estrellas, tan y tan valiosas,
cantando la estética comercial del instante.
Unanimidad de la sensación geográfica,
la goma podrida del espacio se encoge debajo de los pájaros automáticos,
y el tiempo inútil circula por las arterias vertiginosas
como un gran expreso sin cabeza.

El bolcheviquismo aúlla sobre las estepas blancas
arañándose las costillas,
y la metáfora igualitaria se diluye, como el azúcar, en los ácidos sociológicos.

Los caminos burocráticos de California
se descuelgan del horizonte:
ceñido de vacadas y trigales apresurados, en enormes trenes de árboles.

Saturno bebe el schop de las lágrimas y el gesto
en los bares oscuros e iluminados,
con el anillo de la pólvora y las clínicas diluido.

Un tranvía neurasténico atraviesa las cocinerías de Shanghai, suspirando
hacia la callada Oceanía,

frente al whisky tronante y lluvioso de los barrios marinos,
y un suicidio de acordeones italianos
ensucia las murallas arreboladas de los falansterios de Valparaíso;
los cantos-fósforos de Andalucía encienden Yanquilandia;
las sultanas muertas
entristecen los crepúsculos-terciopelos morados de Constantinopla,
y los camellos de piedra de la Arabia
rumian los dátiles azucarados del recuerdo y del silencio
en el Baedeker puritano de Inglaterra
enriquecido con lágrimas de palo, enriquecido con lágrimas de palo;
las queridas sudafricanas de Tutankhamon
fuman opio en Montmartre, en la pipa noruega de Strawinsky,
y el recuerdo del faraón del alma inmóvil
grazna en el Escorial violento
aleteando con los triángulos flacos de sus axilas;
la media luna de Abd-el-Krim
rebana las gargantas apasionadas del Mediodía;
Warren Harding, ganadero y periodista bíblico,
lleva la batuta del mundo
en los bolsillos de su smocking atribulado de hombre cristiano y peludo,
y la melena de Mary Pickford tuerce la historia;
la risa velluda del shimmy
babosea las adolescencias ingenuas
con su agarrón al seno;
Benedicto XV solloza con las tetas caídas sobre la cristiandad;
Europa bebe champaña en el bidet de Ida Rubinstein,
y los guerreros automáticos del catorce
abonan las tierras heridas mejor que el guano de las marquesas.

El pájaro blanco de los cerezos de Tokio
habla
el pájaro blanco de los cerezos de Tokio,
y un sol niño juega en las plazas públicas del cielo
con las blancuras indefinidas.

El Gobierno de Washington decretó: lluvias,
y todos los paraguas aletearon
bajo la siembra inmensa y oscura del agricultor innumerable;
los parques de Londres encanallan las viejas églogas;
el pan maquinal y químico de las ciudades es una tal paloma domesticada,
y los idiotas artificiales
humedecen los muros únicos del manicomio;
el mar de los balnearios llora en las maletas de viaje;
y los chiquillos embotellados de las salas-cunas
entretienen sus ideas de fetos en almibar melancólico y deshojado

inyectándose morfina en la imaginación de los testículos;
la belleza de los lagos suizos, toda la belleza de los lagos suizos
se vende en Hyde-Park encajonada,
y toda la Holanda, con sus quesos, sus paisajes, sus vacas y su reina de
mermelada-gelatina,

toda la Holanda viaja en los tarros lecheros
que difunden sobre la tierra las fábricas cosmográficas de Chicago;
los establecimientos comerciales-industriales de Nüremberg
elaboran tres millones de momias por lunario,
tres millones de momias con olor a siglos y a mundos de antigüedades,
y las envían a la piedra eterna
por el agujero de la muerte convencional, monumental y relativa;
Mr. Briand demuestra que la vieja quijada de la burra de Balaam es
verdadera

encarcelando a Scopes,
y no comiendo cerdo con ópalos:
sin embargo, el pulgón lanigero ataca la manzana de Adán;
la araña cría pelos y se transforma en filósofo,
y la gran sardina de lata de Jonás pone huevos con ombligo y entendimiento,
en las cantinas de Ninive,

danzando a la hora del vermouth
el tango inútil de las religiosas metafóricas
con el hijo del rey del petróleo.

La camisa de flores de la primavera aletea sobre Wall Street:
la gran tinaja del invierno
gotea las alamedas sifiliticas, estornudando.

El gallo de Francia pisa las gallinas del mundo,
y los pollitos metafísicos
cacarean en las santas cátedras;
el calzón de la condesa de Noailles perfuma la poesía;
Collette Willy ahorca a Clemenceau con el pétalo de las ligas,
deshojando la rosa llovida de la legión de honor
sobre las camisas ensangrentadas de la pornografía.

Las usinas geológicas de Berlín hollinaron lo infinito.

Bandadas de hidroaviones multitudinarios

planean sobre el círculo de horizontes;
el pez de acero fuma la pipa naviera del periscopio;
un gran pájaro de aventura
emigra desde la estación radiotelegráfica de los transatlánticos
con las alas mojadas de Benedictine;
la Mistinguette muestra las piernas en las antenas inalámbricas del navío;
atravesado de noticias, el mar resuena como un banco con mucho público;
el fabricante de conservas sale a cazar langostas en aceite, en automóvil
oceanico;

fuma la nostalgia de todos los puertos cantando la Internacional;
el emigrante se despioja las espaldas agusanadas
encima de los molos rotundos
que encajonan en piedra y en hierro las caletas encallecidas de antaño;
sobre la hoja caída de los mares amarillos
desparraman las islas niponas
los estilos engrandecidos de la agricultura,
—sobre la hoja caída de los mares amarillos—,
y el salitre de Chile, navegando,
alimenta las tierras hambrientas de Confucio;
crucificada en los antiguos mástiles, enloquecidos de aventuras,
la leyenda oceánica, sol trizado,
agita las alas quebradas y rumorosas como los recuerdos empapelados o
como los racimos de uvas, también, de uvas tan polvorosas que son pájaros
muertos, o velorios:
sin embargo, la tierra se sumerge en la bruma acuaria,
Paris, Berlín, Madrid son bahías universales
y muelles eternos con los ojos teñidos de viajes e itinerarios,
un recuerdo de navegaciones joviales, se difunde sobre Castilla, la vieja,
y hasta los caminos apolillados y polvorientos
son como navios sin agua y sin corsarios elementales,
anclados en el gesto inmóvil de las solteronas.

Onofroff descubre la última muela de Sócrates y el tercer huevo de Jesu-
cristo.

La rasgadura comercial, internacional y pedagógica,
la llaga cívica de las ramerías
se abre, como una gran institución pública, encima de la civilización moderna,
y los funcionarios, todos los esclavos-lacayos de ahora,
—los cocheros, los prestamistas, los sacerdotes, los policías, los notarios y
los jueces—,
van a comprar todos los sábados
el derecho de pasarles oficialmente la lengua por las verjas.

Lloran en la vía pública
las hojas marchitas del asfalto
y los poetas horizontales.

Las masas obreras tienen toda la bulba podrida
y los piojos arriba de la palabra;
sin embargo, la cuchilla desventurada remece las cadenas y las banderas,
el chancro de la rebelión económica muerde los esqueletos,
y la ladilla democrática se multiplica en los ensueños del planeta;
maduró la hora tremenda de los gremios, y ya no existe el hombre,
existen el zapatero, el minero, el carpintero y el albañil entre el cielo y
el mundo.

El bigote de Guillermo II y la filosofía alemana
piensan, en actitud de sauces llorones,
que el pobre, el triste y el vencido también son necesarios.

Además los bandoleros cinematográficos de la Manchuria
castraron al Príncipe de Gales
con una gran cuchilla de soles prudentes.

Todavía el Maharajá de "Las Islas Cóncavas"
se pone calcetines de diamante
y atraviesa la geografía con la luna desnuda en los brazos.

Las mariposas evolucionan en el foyer agreste,
y un triple aroma a gasolina
tiñe la farmacia atmosférica y se deslie sublimemente
en la botella terapéutica del aire-máquina
abierto y extenso como un sanatorio:
la mecánica de este paisaje al oxígeno,
aquella tal sonoridad de establo
que le ciñe de victrolas de matrimonio,
y aquel bicolor de tablero de ajedrez,
volcado en la mesa de billar de un garito completamente azul de azules
conmueven el ferrocarril que parte su gran área agronómica,
y el animal de hierro desparrama su carcajada eléctrica y esférica;
la seriedad geométrica de los eucaliptos domina operarios y animales.
Las estufas del departamento de calefacción de Yanquilandia
ordenan la temperatura del continente,
y los barómetros consultan los calendarios norteamericanos.

Krupp oprime el botón de los cataclismos y paren todas las estrellas.

Sin embargo, la agricultura ve la hora en el sol,
y el gesto de los edificios
copia la euritmia panorámica del árbol,
o la montaña escalonada.

¡Dios mínimo y cosmogónico del radio,
gran turbina filosófica,
puñado de soles, puñado de mares
ardiendo en las clínicas! . . .
¡Quién tuerce el eje del espanto hacia los patibulos? . . .

Al día se le reventaron las dinamos
y cayó la noche degollada.
cayó la noche, estrellada de cinematógrafos, desde las terrazas:
—Essenin, suelta los pájaros negros.

Los ojos ingenuos del almanaque
miran las vidrieras del otoño y sonríen
con aquella tan rubia figura del año.

Paloma de acero de la ciudad,
asoma el instante de las motocicletas oblicuas,
y emerge la niña trizada de las pistolas.

Pío Baroja mueve los teatros con el ombligo,
les vacía un tintero de idiotas aportillados y rabones,
mientras se le sonríen las tripas.
Las lunas artificiales
hojean, en la gramática de los cielos urbanos,
el folletín eléctrico del tráfico.

París descolgó su manta de frios
del ropero del Norte, la echó encima de la Ópera,
y le dejó los senos desnudos.

También los negritos antropófagos
se comieron a una señora en aceite indiferente,
quedando con la garganta llena de rosas.

Y es indiscutible
que siempre suceden esmeraldas
cuando el mar suspira.

Los inviernos llenos de cárceles
demuestran la grandeza embanderada del Estado:
las ramas clínicas de la Morgue
planean sobre los hospicios, la iglesia y los manicomios
creando las apologías del carabinero Maroma
y los lacayos metafóricos del Metropolitan House
prueban la dignidad republicana:
el elefante de madera, sin pensamiento,
canta la canción nacional en checoslovaco
lamiéndose el colmillo de oro.

Parado
en todas las esquinas del universo,
el polizonte.

La araña telefónica empuña la esponja cloroformada de los acontecimientos.

Sardina de vidrio,
cruje el volante internacional de los suplementeros
ensuciando el *tea-room* del crepúsculo.
Nació el instante de la rosa querida,
giraron los molinos pedagógicos del meridiano,
murió la hora confusa de las violetas.

y la pollera negra se deshizo en murciélagos;
horario de la tribuna contemplativa;
viajan las semanas con las maletas llenas de días;
guardapolvos cuotidianos;
por aquella gran línea circulatoria e inmóvil,
clavada de tiempo a tiempo,
de mundo a mundo.

—¡Sola!...

y de canto a canto,
va la caída enloquecida de la vida, rodando
como el electrón, el sol, las carrocerías
y el universo:
¿de dónde deviene la costumbre de vivir? . . . ¡

nada:

itinerario sin cabeza;

día a día;

—cronómetro de horrores de la literatura

día a día;

y las águilas asesinadas coronando los calendarios;

mes:

de ahí la rueda-cinema de las épocas:

la época frutal de los graneros, las vendimias y los balnearios,

la época de la hoja marchita y el automóvil gris,

la época fluvial de los tejados, las estufas y los cementerios,

y la época del duraznero y las claras muchachas sin calzones,

además, la época innominada, fuera del tiempo,

la gran época en suspenso, en la cual no se vive ni se muere sin embargo;
tranco

a

tranco:

ferrocarril de soledad, amedrentado,

transatlántico,

barómetro de pólvora también, o taxímetro de automóviles desaforados y
horrendos,

viaje sin viaje, rumbo sin rumbo,

y, ¿el tiempo? . . .

encerrado en las relojerías.

Los gatos marinos del Norte

aúllan, desde el ventisquero de Petowik, sobre Chicago,

tonadas y conciertos en esquimal isócrono.

Parece que todos los ríos tapados

tuvieran intenciones violentas de salirse de lo oscuro
con las alas tendidas;

¡ah! la gran brújula patológica;

el hombre ve mejor con los ojos cerrados;

amanecieron las auroras subterráneas,
y los sentidos multiplicados
ven la sombra,
oyen todos los silencios,
ven la sombra,
y palpan las antiguas cosas con el dedo inédito,
el gran dedo inédito,
con el dedo inédito de las tinieblas
y los terremotos;
ya no cantamos, somos canto;
he ahí la verdad integral del mundo;
ha parido la montaña negra.

Paciencia del tiempo
detenido encima de las máquinas.

Como es la época del espanto y del andrajo,
caminan degolladas las paradojas,
y el árbol de hierro da rosas lluviosas de romanticismo.

¿Qué pretende el paisaje aquel con tantos pájaros en la cabeza?...

Lloran los últimos tangos
en las almas-guitarras de los telégrafos,
y hay fábricas de mujeres funiculares
que les ponen a las más pequeñas y rubias un sexo enorme y oscuro
como el sentido de la época.

Millones de ascensores evolucionan filosofando entre las cunas y las tumbas.

El directorio de la "Hugo Stinnes y Cia." acuerda la estrella de turno.

Seguramente, los ferroviarios tullidos van a desrielar la filosofía o la literatura.

Pero los naranjos iluminados del Mediterráneo
arrojan sobre la vida inicua
toda la confianza de los huertos.

Techumbres calcinadas y polvorientas de las colonias.

Las doradas girls
se hacen besar el capullo de la virginidad
por serios esclavos de negrura.

Cien
multimillonarios norteamericanos revolotean sobre el Oriente.

El sol químico de los laboratorios
gravita en torno de aquel hombre terrible y mecánico de las probetas;

de repente se quiebra un átomo
y se derrumban todas las fronteras del siglo
con los huesos deshechos;
la pequeña luz delgada y tímida de las catástrofes
troncha el sí de las torres y los puentes
con su alita de ave doliente y avasalladora
y las fórmulas matemáticas
rompen el carácter de piedra de los fenómenos.

Cigarros de bencina
sobre las terrazas republicanas y astronómicas;
la geometría plástica de los campos;
y luego, los pinos, todos los pinos que son depósitos de aguarrás,
y las aceitunas y las avellanas del paisaje,
y también los canelos, los boldos, los espinos, los muermos y los peumos
soberbios,
tan bonitos y tan felices.

¡Cuidado con la sombra de la sombra de la sombra!...

Viene el instante sin paraguas,
la hora lluviosa de la estampilla-calavera-gusano,
el día en calzoncillos,
y los pájaros galvanizados estiran su voz de aluminio;
las últimas motocicletas
cantan en el ramaje del crepúsculo
su grito enorme como un mitín;
tristeza del municipio enluta los tranvías preocupados,
y la Asistencia Pública
dirige la palabra blanca a los enfermos.

Desembarcó del tiempo la florista del calendario
con sus saquitos de agua de Colonia,
y todos los sombreros como trigos salieron a recibirla;
el cinema del comercio
está florido de sastrerías en botón;
cantan las colmenas del corazón del hombre
y los arbolitos chilenos
florece en las mejillas calenturientas y difíciles
como el tiempo en los libros;
las últimas vírgenes aprietan las piernas
estirándose el calzón de ingenuidad que les ciñe los sexos menudos,
y los duraznos nuevos
les rompen toda la camisa.

Jack Dempsey no es rumiante,
además se murió diez veces iguales cuando era tiempo;

dejemos que los molinos serios
circulen con ruidos ruidosos adentro de la anatomía,
y no nos preocupemos de González;
rebuzna la justicia en los establos diplomáticos,
y el marrueco de la filosofía
se abrocha con tres botones y un testículo
sacándoles la lengua a los difuntos
detrás de la esquina de los problemas trascendentales.

Hoy. (Tres botones de tibia de muerto muy muerto).

"Es menester que me ponga mi frac cosmogonario".

Anoche no trabajó el pegador de carteles imprescindibles,
por eso toda la mañana quedó fuera del mundo.

Croan los pálidos cuervos que andan vestidos de sacristanes.

Job publica los siete dilemas de las lágrimas, las grandes lágrimas que
no se lloraron.

Los ópalos enamorados arañan la noche y la muerte.

Se oye un gran olor a angustia,
olor morado,
olor de la ramera madrugadora y los sepulcros,
olor mojado.

"Antaño me llamaba: Mundo ,
ahora no tengo caminos que arar con las costillas;
por eso entono la tonada vertiginosa
que escriben los círculos del planeta desvencijado e importante como la vejiga
encima de la inexistencia", exclama la abuela de Praxiteles.

"Es menester que me ponga mi frac cosmogonario".

La última niña vende los frutos podridos del abdomen
y los dos racimos del pecho
en las ferias desnudas y estrelladas,
y la gran esponja borra las vidas
empapada en el vinagre de los lutos

pero,

tu corazón es como las campanas desventuradas.
"Voy a comprar soledad para mi auto,
¡oh! amigos enloquecidos,
¡adiós!, hasta la hora soberbia de los esqueletos".

Soy el hombre casado, yo soy el hombre casado que inventó el matrimonio;
 varón antiguo y egregio, ceñido de catástrofes, lúgubre;
 hace mil años, mil años hace que no duermo cuidando los chiquillos y las
 estrellas desveladas;

por eso arrastro mis carnes peludas de sueño
 encima del país gutural de las chimeneas de ópalo.

Dromedario, polvoroso dromedario,
 gran animal andariego y amarillo de verdades crepusculares,
 voy trotando con mi montura de amores tristes...

Alta y ancha rebota la vida tremenda
 sobre mi enorme lomo de toro;

el pájaro con tongo de lo cotidiano se sonríe de mis guitarras tentaculares
 y absortas;
 acostumbrado a criar hijos y cantos en la montaña,
 degüello los sarcasmos del ave terrible con mis cuchillos inexistentes,
 y continúo mis grandes estatuas de llanto;
 los pueblos futuros aplauden la vieja chaqueta de verdugo de mis tonadas.

Comparo mi corazón al preceptor de la escuela del barrio,
 y papiroteo en las tumbas usadas
 la canción obscura de aquel que tiene deberes y obligaciones con lo infinito.

Además van a orillas mías los difuntos precipitados de ahora y sus andró-
 ginos en aceite;
 los domino con la mirada muerta de mi corbata,
 y mi actitud continúa encendiendo las lámparas despavoridas.

Cuando los perros mojados del invierno aúllan, desde la otra vida,
 y, desde la otra vida, gotean las aguas,
 yo esoy comiendo charqui asado en carbones rumorosos,
 los vinos maduros cantan en mis bodegas espirituales;
 sueña la pequeña Winétt, acurrucada en su finura triste y herida,
 rien los niños y las brasas alabando la alegría del fuego,
 y todos nos sentimos millonarios de felicidad, poderosos de felicidad,
 contentos de la buena pobreza,
 y tranquilos,
 seguros de la buena pobreza y la buena tristeza que nos torna humildes y
 emancipados,
 ... entonces, cuando los perros mojados del invierno aúllan, desde la otra
 vida...

"Bueno es que el hombre aguante", le digo,
así le digo al esqueleto cuando se me anda quedando atrás, refunfuñando,
y le pego un puntapié en las costillas.

Frecuentemente voy a comprar avellanas o aceitunas al cementerio,
voy con todos los mocosos, bien alegre,
como un fabricante de enfermedades que se hiciese vendedor de rosas;
a veces encuentro a la muerte meando detrás de la esquina,
o a una estrella virgen con todos los pechos desnudos.

Mis dolores acuartelados
tienen un ardor tropical de orangutanes:
poeta del Occidente,
tengo los nervios mugrientos de fábricas y de máquinas,
las dactilógrafas de la actividad me desparraman la cara trizada de
abatimiento,

y las ciudades enloquecieron mi tristeza
con la figura trepidante y estridente del automóvil:
civiles y municipales,
mis pantalones continúan la raya quebrada del siglo:
semejante a una inmensa oficina de notario,
poblada de aburrimiento,
la tinaja ciega de la voluntad llena de moscas.

Un muerto errante llora debajo de mis canciones deshabitadas.

Y un pájaro de pólvora
canta en mis manos tremendas y honorables, lo mismo que el permanganato,
la vieja tonada de la gallina de los huevos azules.

S a t a n á s

1927

YO EXISTO,

¡ah!,

YO EXISTO sobre el día corriendo,

AQUI,

pregunto mi dirección a las alondras del infinito más infinito,

CANTO, CANTO, CANTO,

agarrándome a los aeroplanos de mi voz, ¡oh!, de mi voz embanderada
y americana,

o borneo, monologando, una gran palmera de volcanes,

abro los séptimos ojos encima de ese rodaje de láminas y triángulos in-
discutibles,

refuto la argumentación desdentada del esqueleto,

y, tocando la canilla despavorida,

inicio el tiempo, amigos, inicio el tiempo,

el tiempo de los vocabularios y los siglos partidos en figuras:

A,

E,

I,

O,

U;

cuando la tarde inmóvil, como un toro, en la derrota del gesto y del signo,

rodea de ciudades agonizantes el acordeón de los últimos sueños,

yo escupo, lleno de saliva la guatita de las estrellas, yo escupo, pero yo
escupo;

además, los lagartos empapelados me lamen la filosofía;

los frutos maduros del sol

lloran en mis teatros de azufre y sangre quemada,

y el problema de luto

me araña las entrañas de celuloide terrible

con los serruchos del *jazz-band*,

irremediabilmente,

ME ARAÑA LAS ENTRAÑAS DE CELULOIDE TERRIBLE,

entonces, se me rien las tripas,

se me rien las tripas,

y se me rien las muelas lo mismo que a los tontos y a los muertos

a los parientes de adobe que hacen costumbres,
 a la vieja mohosa que cuida los despoblados con su tristeza,
 a los ataúdes sin candado,
 a las emociones sin candado,
 a los emigrantes sin candado,
 a las botellas rotas y rojas encima del crepúsculo,
 y a los crucifijos empañados y espantosos
 en el desván de los somieres y los colchones de las putas nubladas,
 entonces, se me ríen las tripas,
 se me ríen las tripas,
 y se me ríen las muelas lo mismo que a los tontos y a los muertos,
 empuño los látigos metafísicos
 y me azoto el corazón,
 agarro las palabras por la garganta y, aunque me muerden, las voy
 domesticando,
 y afirmo,
 y niego,
 y afirmo,
 entonces, se me ríen las tripas,
 se me ríen las tripas,
 y se me ríen las muelas lo mismo que a los tontos y a los muertos;
 es la cosa lluviosa y sin título,
 la angustia adoquinada, del color del periodismo y del color del cementerio,
 el limón de las agrias provincias,
 la religiosidad colonial y tan española de los tejados enmohecidos como
 las medallas,
 las brujas paridas de la fatalidad,
 el petate indemostrable y los mantos usados y las niñas y las lunas usadas
 y los finados sin velas constantes,
 los recuerdos coleccionados en alcancías;
 por eso soy como la cuaresma y como la obscenidad AMARILLA:
 así, altanero y abismado como los cipreses o como los poetas,
 quebrado a la manera del riel violento,
 con aburrimientos de termómetro, de epopeya y de oficina,
 blanco y negro, a planos totales,
 lo mismo que la psicología del Buonarrotti, o la moral colosal del fuego y
 del hierro,
 y también. sí, también, ¡oh!, matemático,
 parecido a una discusión de los terremotos con los terremotos;
 uno se compara a todo lo aciago, lo oscuro, lo acerbo,
 se define entre los naufragios,
 y le sobra espanto capaz de vestir de herrumbre a toda la alegría humana,
 semejante a las águilas contradictorias,
 vuelo en tirabuzones entusiastas y ofensivos en la tristeza,
 quebrándome en umbrales insospechables,
 o hago la caída acuarelada del avión sin desterrados;
 agujerear lo absoluto,
 dominar la tiniebla endurecida y el mar de azogue.

triplicar la voluntad,
 y demostrar a Dios a carcajadas, como los pájaros,
 geométrico y maquinal como las catástrofes;
 meto mi alma en los bolsillos del mundo
 y saco polillas y mates de verdades muertas,
 me paro encima de mi esperanza,
 aspiro a los rascacielos estrafalarios, al puente tirado de siglo a siglo,
 y todos los versos se me cuelgan del corazón,
 entonces, mi cansancio dobla la cabeza,
 y un signo inmóvil se remonta encabezando los presidiarios y los vaga-
 bundos;
 tribulación, horrenda tribulación del camino que quiere hacerse fin;
 es, también, la acción dispersa y ahuecadora, es tal vez, un desequilibrio
 que responde a arquitecturas perdidas:
 sólo la soledad me acompaña en este ardiente derrumbamiento sin murallas,
 destino de ametralladora quebrada, exactamente, de ametralladora quebra-
 da, o mucho teatro en ruinas;
 ¡ay!, como perro loco aúlla a orillas de las noches peludas,
 los gallos huídos cantan en la eternidad,
 encima de los árboles serios y negros de las naciones incendiadas,
 estiro los brazos de punta a punta de la tierra,
 y muchos los ámbitos ciegos,
 echan a volar desde mi figura incorruptible,
 borneo agrios cantos, altos cantos de ladrones,
 rodeado de mujeres agonizantes,
 por eso goteo sudores de gente destruida,
 sin embargo, mi voz es contentamiento,
 congoja a electricidad, actitud patético-dinámica, con piedras azules,
 violoncelo sin violetas,
 emoción de máquina y de máscara, caricatura en bronce fatales,
 mi gramática es alegremente lúgubre,
 sí, lo mismo que el asesinato en las batallas,
 pólvora con alcohol morado y polvoso,
 opresión al espíritu de aquel que viviese al pie de la más alta cantina,
 o se asomase al pensamiento, desde el borde del mundo, sobre los abismos,
 temblando, a la orilla, bien a la orilla,
 y se resbalase de repente, sí, sí,
 además, el dolor es durable como la mala comida,
 dinamo a millones de actividades por segundo,
 con la inminencia y lo espantoso de las revoluciones astronómicas,
 mi corazón está ahí, girando,
 porque yo soy el que espera el tren que no existió nunca,
 y el que escucha todas las horas del cielo,
 el condenado a la gotera que cae encima del cerebro, una a una,
 sin embargo, querría, ¡ah!, querría todos los pescados del sol sonoro,
 la nave inmóvil anclada encima de los sepulcros desaparecidos,
 y el timón de las estrellas oceánicas,
 para tocar la campana del genio.

en ese instante cuadrado y declamatorio de la poesía,
 o ando vendiendo mi corazón de pobre enorme,
 y mis espectáculos de girasoles, ¡ay!, con negros tremendos,
 además, la llamarada vegetal del porvenir, además,
 y el ejercicio en patines de alambre o de aceite circulatorio,
 la guitarra apollada del aviador, tirada sobre los crepúsculos y los telé-
 grafos, impunemente,
 avizorando los últimos;
 entonces, cacarean las gallinas trascendentales;
 pero yo no comprendo, yo no comprendo
 cómo el diamante del día no corta aún el vidrio inútil e impresionante;
 timoneo mis buques piratas, y tus cielos tenaces y rubios, FILOSOFIA,
 levanto las compuertas imaginarias,
 y los cien tranques iguales avasallan la curva siniestra, persiguiéndose,
 luego las ideas asesinadas,
 la intuición escalonada en escalonado, verde-podrido, granate, tuerta, negra,
 ciega, con ocasos guillotizados,
 el ademán de tempestad innumerable,
 la conciencia aulladora, la clínica, lo polvoroso, lo derrengado,
 y la voluntad del mueble durable,
 el animal no usado, no,
 la abulia, la inercia, la descomposición ilimitada y abarcadora;
 ya viene llegando la noche, ¡ay!, la noche, la noche con su ramo de violetas;
 sí, eso es todo;
 aquella gran honorabilidad de cordero clavada al alma;
 palanca del suceso en la mano demente y gris, PALANCA, PALANCA,
 sobre los gestos cóncavos, LA NADA,
 la camisa incomprendida que me ciñe entonces, siempre,
 corona de arañas,
 el día quebrado, sin literatura,
 el hombre sublime,
 y un pantalón de fuego y de llanto encima,
 Dios llorando,
 no vendo caminos ni ciudades,
 y es el instante exclusivo y asombroso que apunta la carabina del destino,
 por eso comprendo lo apenado,
 y el color de la ley violenta,
 las piedras llagadas, sin sombra, la enfermedad del acero y del andrajo,
 las osamentas, las espesuras de mástiles,
 la orquesta despernacada del terremoto, tan sincero y tan soberbio,
 la risa judía del automóvil,
 levantándoles los vestidos a las montañas;
 recuerdo el estilo de la vieja que vendía pescado con ojos profundos,
 y el chófer variable como la temperatura,
 las baladas diplomáticas de la motocicleta enamorada, bien enamorada;
 ahora soy quien define las madre selvas,
 también los edificios, las tonadas definitivas,
 y el gesto en agua inmóvil;

lo mismo desembarcan del recuerdo aquellas enfermeras violetas;
o ando buscando a Pablo de Rokha desde las alturas desprestigiadas,
y, aunque me encuentre en sus obras de sueño, en las estampillas y en
las sepulturas,
soy lo errante, lo inencontrado, lo ausente,
no el viajero, el viaje, ¡oh!, ¡oh!, el viaje, la rueda andariega, extranjera,
untada de países invulnerables,
la sirena patológica del transatlántico,
arrinconada en las distancias desmejoradas del pretérito,
con las cejas llovidas de acordeones;
aterizó el minuto de la canilla despellejada,
el minuto del costillar y las cuencas abstractas, adentro del invierno,
y el minuto del hueso inútil y abandonado;
agarro mi sombrero,
y es dolor,
agarro mi palabra,
y es dolor —y ES DOLOR mi sombrero y mi palabra—,
dolor, dolor caído de las bocas de los mundos, dolor, dolor,
trizado de verdades continentales,
camino, yo camino,
y mis huesos ignoran cómo se anda andando,
tiempo sin canciones,
y la culebra literaria y española,
automóvil de ceniza,
árbol con gusanos en el cerebro,
y frutos calientes,
sol de herrumbe, empavesado, en la caída estrafalaria,
cosas de solos,
oficinas con mucha sucia, mucha,
y un paraguas incontestable,
goteado de siglos y gestos de maquinarias,
sol urbano,
manada de tribulaciones,

GRIS,

manada de tribulaciones.
recuerdo que hubo épocas
en que pedí prestada la congoja al astrónomo,
y a Dios lo absurdo,
hoy vendo la capa morada por treinta silencios,
y este jumento de añil, de oro, de carbón,
que se pasa comiendo estrellas y asuntos,
y bebiéndose, a cada jornada,
todas las bodegas de LA POESIA,
inventar un mundo, o un mundo,
echárselo a la espalda, en vértice, solo, sin grandeza,
y sentirse como las mantas mojadas,
voy a degollar mi canto con mi burla;
asumo toda la desgracia distribuida;

por eso escribo, desde las plataformas, los varios estados trascendentales,
en la carátula extasiada, más adecuada;
mandato de existir y devenir testarudo;
he ahí que yo coronó las glorias antiguas, francamente;
además, digo: CANTO, digo: TIEMPO, digo: MUNDO,
y la verdad colosal levanta la cabeza desde los sepulcros y los aeroplanos,
como si se le hubiesen roto las arterias a la conciencia;
mi sueño define, UNO, sin bayonetas, sin heliotropos, en la eternidad
honorable u honorable;

soy, y sollozan las atmósferas,
porque se les perdieron los estilos matemáticos;
me voy haciendo,
y mi tranco talla la estatua innominada,
MOVIMIENTO ABSOLUTO;
ignoro los cuerpos diversos que me ciñen,
pero no comprendo, y sé todas las cosas, aun las hipotéticas,
con aquella dual astronomía del subconsciente;
tuerzo mi cordura de avión indispensable
hacia la palabra de los objetos,
y oscilo a una altura subterránea y muy difícil;
anecdotario de los sepultureros eternos;
naturalmente, yo concibo el sol, el mar y el cielo artista,
entiendo la fruta preñada,
y entiendo el carácter romano del bronce,
la oración moral de la piedra,
la gritada entusiasmada del eucalipto encima del colegio de esmeralda,
la voz latina de la abeja vendimiadora,
y, sin embargo, mi corazón se parece a un antiguo Dios abandonado;
todavía la poesía,
el umbral invisible e inminente, en donde nos partiremos la cabeza,
el abismo, el abismo, el abismo;
enrollo mi acción al malestar único, al ademán único,
y mis venas se arrancan de la tierra soberbia como grandes ríos de angustia,
planeo sobre la metafísica,
evoluciono arriba del tiempo amóvil,
agarro los caballos maleducados,
y se me destruyen los puntales del universo,
o la jarcía morada;
sistema de lamentos, oficina de cantos y llantos,
y las tías echadas entre los membrillos y las caobas, adentro del porta-
monedas,
sí, las oscuras uvas de polvo,
los murciélagos colgados del mes de agosto, de la tos pulmonar de junio
y julio,
y la matemática de platino del poema,
el fantasma duro y vago, a la vez, construido y destruido de símbolos,
la arquitectura, el álgebra, el émbolo de tracciones imprescindibles;

es la bruma, la niebla de diamante, tan arbitraria,
el bulto inhábil que se sumerge,
la función infantil, abismada, abstraída y adivinatoria,
lo contradictorio que coincide con lo contradictorio por todo aquello,
y se adapta y se acopla al imprevisto ecuacionable,
el ciego que intuye las formas eternas, iluminadas por todas las sombras,
la libertad mecánica y frenética del individuo;
mismamente la encina azul amamanta sus hijitos artificiales,
y la estupenda guagua amarilla
eructa de leche celeste la gran negrura filosófica;
porque la soledad, como el invierno, requiere mantas de agua:
pero jamás, jamás, jamás salió el sol por el occidente,
a pesar de que todas las noches más noches no son, apenas, sino días
olvidados;

con la hijita muerta encima del pecho de fiera,
sí, agujereó la muralla de metal polvoroso y girante,
arrasó los puentes y las torres acumuladas;
la espada y el amor, señora, son materias indiscutibles;
ahora la tarde con tres tetas, principalmente, la tarde con tres tetas sin
importancia,
y los pájaros matemáticos,
el ave de cartón o de latón con porcelana y aun de vidrio de botella de
botica,

cantando en la astronomía del hemisferio y del esqueleto,
la tronada argumentada de resortes;
y después, los astros quebrados,
la bandera del cielo enlutada, amarrada a las astillas del mundo,
el acordeón de la muerte sonando
encima de la obscuridad amedrentada, ¡ah!,
dominando el drama mugriento,
la gran seriedad sin triunfos de estrella ni de abismo,
y el aire de metales tuberculosos,
yo, egregio, enderezando fatigas sin dinero,
apuntalando mis debilidades de héroe,
llenando la tinaja desventurada
con el llanto de las historias viudas
al sol mojado,
acumulando caras de mundos en la dinamita del estilo;
amontono, yo amontono tu actitud encima del oriente,
a la manera de grandes ciudades de otoño, de grandes ciudades de invierno,
tu actitud semejante a los últimos frutos del castaño, del manzano, del
naranja,
tu actitud semejante a los recuerdos de la tía soltera,
tu actitud semejante a los versos honestos de las guitarras y las provincias,
¡oh!, tu actitud olorosa a cedrones y a limones pretéritos,
atraco leños, grandes leños a las hojas caducas,
y tus hogueras innumerables

van alegrando la antigüedad parada del crepúsculo
 lo mismo que el aroma útil de las panaderías;
 ¡ay!, la inmensa tos de sangre que viene del poniente;
 deshojados pantalones asesinos;
 en fin, un sol maricón que parece vidrio muy grande;
 sobreviene la rosa lluviosa y pobre;
 pero yo veo la sombra partida en colores emocionantes;
 los pájaros blancos del Mediterráneo y aquella gran vela moderna, corrigiendo,
 porque la nada agranda;
 la risa nerviosa del automóvil del hospicio
 quiebra las botellas del día,
 y las escuelas huelen a rosas maduras;
 recuerdo los mercados, las bodegas y las cocinerías,
 las caletas mariscadoras,
 el corazón de los vinos honrados y polvorientos,
 la cara de tinaja o de guitarra de la malaya asesinada en rubies,
 los morrones entusiastas y anarquistas como el pescado,
 y, a la izquierda del mundo,
 el sol falsificado de los cementerios;
 las carretas huracanadas
 vinieron a alojar en las lluviosas y enmohecidas canciones de entonces, con
 aquel copioso aroma a vacas perdidas;
 ahora yo me acuerdo de Licantén, orillas del Mataquito,
 me acuerdo de la casa aquella, como de polvo, con duraznos, con membrillos,
 con naranjos, con un farol, sí, con un farol
 en la esquina de la noche y con palomas
 llorando más arriba del pueblo del sueño,
 me acuerdo de la tía Clorinda, oliendo a chicha florida, y de don Custodio
 y de la Rosa y de la Flora raras y de la beata
 doña Rosario y del Oficial Civil y del cura don Liborio,
 me acuerdo de los chicharrones y de los pigüelos y los causeos de don Vicho,
 y del poruña Abdón Madrid y de la tonta Martina
 y del compadre Anacleto y del borracho Juan
 de Dios Pizarro y Juan de Dios Chaparro,
 me acuerdo de las piaras costinas, tan olorosas a cochayuyos y a sentimientos
 de lloca,
 y me acuerdo de los lagares, ciertamente, de los lagares de buey, arrumados
 en los graneros, llenos de huevos y
 herramientas, "entre junio y julio",
 y me acuerdo de las botas y las mantas españolas de mi abuelo,
 me acuerdo de la media rayada del silabario y de las enredaderas polvo-
 rrientas de la escuela,
 y después, Talca, la ácida, la árida Talca,
 la lluviosa ciudad negra, seria, fea y atribulada, de santos de sombra y de
 aceitunas,
 la vieja escuela cluequeando entre los tamarindos,

la vieja escuela primaria, la vieja escuela primaria, y don Tomás, el preceptor
don Tomás, sí, don Tomás,
el amigo de Dios, y las bolitas,
y el volantín azul arriba de la provincia enmohecida,
aquella gran bronconeumonía y los anchos armarios de carretillas y la vida
de Colón, la vida de Edison, la vida de Washington
con monitos, y los lacrimatorios del mapa-mundi,
y las matitas de poroto y de zapallo creciendo, ardiendo en los extramuros
del alma,
los caminos de estatuas, apuntalando un sol cuadrado y polvoso,
y los himnos escritos en la piedra, por la obscura mano que nadie conoce,
y después, el Seminario de las polillas, catres de chinches meados de perros
y muertos, el Seminario de las arañas y el gran invierno
abandonando su huevo enorme en los soberados de la infancia,
la yegua cristiana y difícil,
la cola peluda y colonial del catolicismo
enlazándose, envolviéndose, amarrándose,
la humedad filosófica, la humedad matemática, de aquel animal aceitoso y
amarillo con lo aceitoso y lo amarillo del mausoleo,
entelequia espantosa creciendo del adolescente, abismado como la llama
ambigua del aguardiente,
la llaga cristiana o la desgarradura, anidada de murciélagos,
y el pecado, el pecado madurando una gran callampa negra, entre las
sabandijas y las brujerías,
y después, después, las niñas Pinochet
y las cacerías y las borracheras en la montaña, adentro del espíritu
irreparable,
y los versos honestos entre los sembrados, los espinales, los viñedos y las
islas profundas de Pocoa,
que era lo mismo que un causeo de invierno, que era,
y después, el niño inhábil, el confundido, el planetario,
a patadas con los manicomios,
y las cartas lluviosas: "estudia, hijo, estudia, las cosechas van malitas, a la
bodega vieja se le cayó el cielo
y a la Chepita un diente, ¿qué te sucede?...
cobra un giro y reza por nosotros, el año inútil, hijo, sí, el año inútil,
tu mamá te manda un pavito, abrazos, hojuelas y charquí de la guitarra,
aquí, ya hay violetas, cuidate, van aceitunas, patitas de chancho, miel,
quesitos de cabra, murió el rucio Caroca, tu padre, Ignacio",
y yo dentro de la vida tremenda, llorando con los finados, en camiseta,
marchando, marchando, muy contento y
muy bohemio, marchando, marchando así:
Pedro Sienna, el Tonto Barella, Jorge Hübner, Vicente Huidobro, Daniel de la
Vega, Mariano Latorre, la Wini, Angel Cruchaga S. M.,
Gabry Rivas, Fray Apenta, marchando, marchando,
y después, la caída hacia Talca, ¡ay!, hacia Talca,
solo y loco,

los días terribles con cabeza de zapallo,
las arañas degolladas de la literatura, andando la noche difícil,
el amigo Jara y las putas, y el amigo Jara y Mejías,
y las botellas y las colillas sin esperanza y los gallos de la adolescencia
llorando en las camas amargas,
el espíritu esquinado y triangulado, trizándose en acciones intermitentes,
y el joven que quiere matarse,
sucediendo el pan filosófico a riberas del eucalipto militar de Pelarco,
el hombre salvaje y titánico, el hombre sublime y dinámico que le aprieta
el cogote a la desesperación y se lava la cara
con salmuera y con vinagre, y come carnero,
y después, LA LUISITA, más bonita que un continente,
las palomas florecidas de "Juana Inés de la Cruz",
la cuchillada en la garganta del espíritu, la cuchillada,
yo gozoso como un tomate,
la niña linda que pisa alfombras de ternura derrumbada y dolorosa
y uno que lo encuentra todo bueno y nuevo, lo mismo que en los Evangelios,
y anda alegre como una luna o un caballo,
el círculo de pólvora y a la vez de tarde llorante y de musculatura y de
filosofía de océano,
la tal tristeza de miel de los enamorados,
la moneda melancólica sonando en la oscuridad del hombre,
y después, ¡ay!, después, después el Coronel,
el CORONEL, el CORONEL, el CORONEL y el cine,
la perilla dominadora de los aeroplanos,
y el Coronel enseñándole urbanidad a mi heroísmo,
como un elefante que le tirase la barba al mundo,
la suegra peluda y metafórica como el patíbulo,
y Carlitos tan cumplido, tan caballerito... — eche la patita mi hijito!...
y la tía Zoila y la tía Julia
y Adardío y las muelas casadas y la tía Clarisa,
y el Coronel, el Coronel, ¡atención: firme! . . .
y ahora, solos,
arrinconados contra la montaña, solos,
o domando bestias de hierro,
arrojándoles huevos de águila a esa trinchera,
el tren lluvioso o nublado de acordeones, crujiendo mundo a mundo.
Buin, Maipo, Barrancas, San Felipe, Concepción, Valparaíso, Santiago
de Chile,
y los hoteles y las pensiones con telarañas sin solución divina, en donde
devienen solteronas, usureros y comida triste,
y las patronas empapeladas con diarios leídos y moscas,
el bastón imperial azotando fieras de cemento;
¡ahl, traía la muerte adentro, la guagua,
sí, sí, como un fruto de azufre, anidado en la rosa de las entrañas, sí,
por eso era tan vieja y tan soberbia su actitud de vidrio trizado,
¡ay!, de vidrio trizado, ¡ay!,

y su alma imponente de ciego o de muerto,
y su carita triste y grande y fuerte,
y su belleza como el mar o como el sol, o como todas las montañas del
mundo,

o lo mismo que un verso de fuego,
¡ay!, un Dios miserable la seguía desde lo infinito,
las frutas profundas de la tierra
no alegraron, no, no alegraron su juventud equivocada,
el huevo de ceniza de la tristeza,
valía más que todas las cosas **ella**, yo lo juro;
edifico la impresionante soledad, edifico
el cinturón de gozo y de llanto, la vida parida de huesos,
el círculo girante y variable alrededor del ideal,
la gran muralla de latigazos,
la perspectiva de triángulos y láminas y vértices atrabiliarios, hacia la últi-
ma voz humana;

he ahí, el hombre que tiene un ojo, sólo un ojo de diamante serio,
y setenta manos sin causa,
cuerpo de piedra, pies de bronce errante y circulatorio como un planeta, o
como las jaivas ancianas,
y rostro movible, andariego y errabundo, semejante al calendario,
y está cruzado de naciones y de verdades, y vestido de una gran manta
pintada con crepúsculos,
empuñando el bastón de los sucesos, los destinos y las palabras,

he ahí
y he ahí, que saca la lengua ardida,
en lo negrazo,
y se ríe con la dentadura;
despernancado y despavorido,
yo vengo viviendo a zancadas incoherentes,
solo,
mundo abajo, ¡ay!, siglo abajo, desgarrándome las entrañas imaginarias
en los espejos despedazados del instante;
historia del espanto;
parece un dolor cerebral, amiga,
y son, apenas, los instintos adoloridos,
la carne maltratada y vagabunda,
la estatua atribulada que llora adentro del hombre forzado,
en verdad, soy amargo como la salmuera,
pero lo soy combatiendo, lo soy peleando contra la amargura,
tengo la fe tremenda del que no cree en nada,
por eso, sí, por eso mi corazón guerrero y soberbio camina con la espada
desenvainada, bramando,
como un toro notable,
por la vía férrea de las batallas,
es la voluntad adivinatoria,
la certidumbre ensangrentada de los viejos, humanos huesos,

la lámpara negra de las intuiciones formidables;
ahora, la niña solita con los muertos,
¡Dios mío!, viviendo la vida dispersa de las sepulturas,
adentro de la tierra,
untada de olvido, como los años usados,
llena de mundos en desorden,
cavada de eternidad como un poema, así lo digo,
y rodeada, sólo rodeada de sí misma;
canta el día parado medio a medio del mundo,
y la vida madura como una gran manzana;
la Luisita tiene los ojos lo mismo que las aceitunas,
además, es pequeña y tranquila,
y anda mirando, así, como apartada, así, como extranjera por lo absoluto,
con su actitud de abeja tan abeja,
yo la quiero a la Luisita, yo la quiero,
Winétt de Rokha, la ultramarina,
y es difícil ser indispensable, como el alma,
yo la quiero,
siempre se me distingue, principalmente cuando lloro o ando lejano,
además, soy casado con ella;
hoy no tengo dinero, generalmente no tengo dinero afanoso,
y el mercader de agosto llora encima del paraguas olvidado,
pero son cuatro los atados de alegría,
como los horizontes, como los Evangelios, como los continentes, si hubiese
un continente muerto,
van con sombrero, con zapatos y abrigo impresionante,
y hay bastantes porotos, bastantes papas, bastantes garbanzos y bastante
trigo,
hay uvas antiguas en la despensa,
hay 7 gallinas, 2 pavos, 2 patos y un cerdo alegre y religioso,
la lluvia aumenta la soledad y pide causeo y vihuelas,
¡jal, ¡jal, ¡jal...;
me gusta la tierra chilena,
soy chileno,
me da tristeza la verdad nacional contra el gobierno y el estado;
amo la bandera tan engreída, tan orgullosa, enarbolada,
y odio al animal del tiempo, tan oficinista, tan,
pero yo hubiera sido soldado, bien soldado como Pedro de Valdivia,
así, borracho, aventurero, así, así,
así, mujeriego y sinvergüenza y pendenciero, católico y ladrón, así, ladrón,
antiguo monstruo agrario,
rebrindo mi raza de bandidos y de piojentos jugando a LA REPUBLICA:
fondeó el día peludo y deshabitado,
duración sin duración, que emerge, triplicándose,
la hora de la bala rotunda,
yo estaba edificando, no, deificando la ciudad vertical, sin cielo arriba ni
abajo,

el horizonte de metales irrevocables,
cuando los pájaros de aluminio llegaron a discutir conmigo,
entonces la culebra automática
se me enroscó al corazón, en figura de remordimiento sin escamas,
y los perros de la plaza pública
me confundieron, ¡ay!, me confundieron con un astro variable,
y le ladraron
a la gran bandera que salía de mi boca:
colgaba del tiempo en el tiempo,
tal como las peras hermosas en los silabarios de la infancia,
con esa molicie apostólica de los cueros vineros,
y era modesto y soberbio como los preceptores, y crecía
como la niebla que viene saliendo de adentro;
todas las desgracias son lo mismo,
por eso los cielos modernos demuestran la permanencia del ahorcado,
y la naturaleza de piedra muerta
no requiere la patología inaudita de la poesía,
ni el chupete del hombre mediocre,
la trizadura de vidrio ordinario del cotidiano,
la costumbre mellada y capciosa,
el impermeable descompuesto, que huele a gruta podrida,
y es igual que revienten días de vitriolo
o tiempos floridos de calendarios con limoneros;
por lo tanto, he venido a derramar geometría en los muebles y en los
hombres,
pues aunque anoche manoteaban los niños enfermos y yo los cuidaba
humildemente,
yo iba cavando fórmulas, tallando líneas absolutas,
corrigiendo y dirigiendo las montañas, los destinos, las palabras del universo,
conduciendo la máquina matemática:
ahora, voy a escribir las congojas del sexo,
la bestia quemada, como de fruta inútil y poderosa,
abriendo las piernas del mundo,
lo mismo que esa gran boca peluda,
la inquietud desgarrada y furibunda, como las razas malditas, o los crucifijos,
el mineral de fuego con la lengua afuera,
la noche inútil, sonando,
los cuerpos torcidos, que parecen escarabajos feroces,
batallando en la pelea alucinada,
el beso que hiere y que muerde, enyugando los elementos,
las camas eternas, llorando,
y la faz desparramada y patibularia de caricatura terrible,
las lenguas pegadas a los sexos,
lamiendo, chupando, mordiendo, lo mismo que moluscos azotados,
y el corazón en ventolera,
semejante a la motocicleta rodando año abajo,
crucificado en la trepidación violenta y amedrentada.

y el lamido de oveja de la caricia agradecida y póstuma, como adolescencia
de empleado,

la sonrisa dominadora anudando los astros amargos,
el gesto de pantano y de sembrado o de leones universales;
perdido en la farmacia cosmopolita,
arrinconado a la vecindad de las estufas, doblado en siete dobleces,
apuro los tragos urbanos, bien contento,
porque el pájaro montañés aletea en la infancia de las guitarras,
y un son agrario se difunde en la química psicológica;
deriva el país, arbolado de banderas mojadas,
arrastrando cielos arruinados,
lo mismo que un buque, nublado de eclipses, invierno adentro,
y un sol lluvioso cuelga del romadizo agreste,
leo los diarios futuros o recuerdo a Raimundo Martínez, el despachero-
asesino de Maipo,

y a Pancho Lobos, el preceptor y el maricón del pueblo,
y a la Matilde García, la solterona,
y a Carlos Muñoz, el tonto patas de palo, y a la Honoria,
también a don César, picoteado de canciones,
y recuerdo la iglesia anacrónica y el cura borracho y apolillado;
de repente me reviento,
y se rehunde conmigo la cosa redonda con hombrecitos,
de cabeza en lo abandonado;
son los techos malsanos, ruinosos, velludos,
y el alacrán de los suelos baldíos,
el alambre eléctrico que le rebana el corazón al transeúnte,
la rata y la araña viudas del antetecho,
la cité deshonesto, pendenciera y sin esperanza,
la gata rabona que salta desde el trasnochador variable,
y el sol, partido de locura, apareciendo, de noche, en lo espantoso,
con la cara barbuda de adioses,
la grúa ramplona del consuetudinario,
a patadas con los sueños,
en el límite patológico y geométrico,
ese olor grande y falso de la gran magnolia de papel entusiasta,
el bandoneón de las breas navieras,
el charleston que uno empuña destripándose, mi hijita,
un hombre errando en los tranvías que nunca partieron,
allá o ahí o aquí,
en la juntura alucinada, sin dirección explicatoria,
en donde emergen, peleando,
7 candelabros por el Asia y 7 candelabros por el Africa,
y concluyen todos los caminos,
y la bandera enlutada acumula lo obscuro, que es luz contraria,
los vientos hablando y dirigiéndose,
la gran locomotora, sin calzado, arañándose el vientre demente,
los rascacielos, tan bien grandazos,

tirando torres al vacío,

—ah!... a... a...

tirando puentes al vacío,

la garra cósmica de las grúas rajando los estómagos de las toneladas,
y el avión que se estrella contra lo infinito,

como un escarabajo enorme, partiendo los hierros eternos,

la tristeza astronómica de las chimeneas

escupiendo hacia los acuarios estrellados, que parecen grandes copas,
el corazón socialista y asesino de las fábricas;

semejante a esa manzana de azufre de los cementerios anulados,

parecido al gallinero que se llenó de huevos de pólvora, a la estufa,

o al sembrado irresponsable, envenenador del vecindario que puebla las
botellas pulmonares,

nació y creció y murió esto, esta gran frecuencia dramática,

ahora va tendida sobre mis terrazas municipales;

por eso parezco un hombre cargado con bultos oscuros o atados anticipados,
y un anunciador de túneles;

los barrios hediondos a pescaderías y a crepúsculos,

la bestia obrera, tan mosqueada,

el amor desmuelado y cuchillero, que parece escabeche podrido,

es otra gran vida caída, sin afeitarse nunca,

y siempre oliendo a cebolla, a chupilca, a puta obesa,

la canallada ácida y patética del invierno,

asomando el juanete amarillo entre el ramaje ensangrentado de las agonías,
y borneando su cola de toses-adioses,

la cara macabra de las agencias, que hieden a sepultura y a prestamista,
"casa honorable, sin pensionista, da pensión a caballeros honorables,
prefiérense extranjeros honorables,

comida de familia honorable, con o sin muebles,

se arriendan piezas honorables, se arriendan, y se hacen zurcidos",

o aquel aroma a zorra, que es fuerte como la espada,

ese que tiene un sur de océanos occidentales, lo mismo que niñas sin medias,
y voz de helechos en deporte,

el animal de lo mecánico sucesivo y la melodía

abrochándose el chaleco de la locura,

y todavía el Dios borracho,

que llora meando en todas las esquinas del universo,

y se rasca los murciélagos

por la izquierda,

y se rasca los murciélagos

con la pata trasera del día,

en aquel almacén desvergonzado que vende laureles y verdades falsificadas,

la calavera de los difuntos viejos, goteada de cerotes de astros,

la melena supersticiosa de los pueblos solteros y mal comidos de Chile,

los hongos pelados que le salen a la melancolía,

y los cielos nerviosos, enlutados de ramajes deshojados,

arriba de la caja urbana,

tremolando sus países rotos,
 la vela de los desvelos,
 y la viuda con flores moradas,
 que cruza, llorando,
 el callejón de la noche tremenda,
 escoltada de asesinos,
 las sillas ahorcadas y las mesas degolladas como mujeres;
 es lo mismo que si yo grito: ¡socorro! . . .
 y se quiebran todos los vidrios del cementerio,
 calendario de dinamita,
 olla de llanto, clausurada con términos geométricos,
 llena de fréjoles continentales,
 capaz de calentar el fuego y la muerte,
 un guiso valiente, caramba,
 para estómagos de conquistadores o de bandidos o de guerreros,
 sí, sí, a mi corazón no lo tuercen los cantos,
 cultivo de espadas en terrenos de piedra y de hierro,
 un mono salvaje y leído,
 y un gran animal sensual, comilón, dormilón y borracho,
 esto me define:
 un cuero de vinos calientes,
 eso,
 un cuero de vinos calientes
 revolcándose en las mañanas asfaltadas del siglo
 debajo del sonido del cielo,
 árbol con músculos de planetas equivocados,
 tierra de muertos, en donde madura la uva,
 y ondula, como un mar, el universo temible del hombre,
 golondrina de acero que sabe canciones automáticas,
 toro de ébano, potro de ébano, galopado de campanas y ladridos;
 o estoy contento porque me gusta decir zapallo, comba, verano, sin causa;
 unos tocan la trutruca apollada en el rincón invernal y extranjero,
 otros encanallan la esperanza manoseándola, como a una ingenua antes
 de casarse,
 y no la montan renunca, contrarrenunca,
 otros desembocan con los huesos comidos de larvas,
 otros se ponen brillantes de trajines, lo mismo que las putas y las monedas,
 otros atornillan el universo con el esqueleto,
 unos están parados, otros están tendidos y otros oscilan navegando entre
 universos.
 todos son lo mismo,
detrás del hombre subsiste la nada que proyecta la nada,
 y el viaje ausente y sin cabeza:
 otra vez, otra vez su recuerdo invulnerable,
 pobrecita la Carmencita, tan inmensa,
 sin embargo, nos veremos, carita de nido entre los choclos soberbios,
 mi hijita, ¡ay!, hermosa como los toros egipcios,

alma sin cuerpo bajo los altos castaños,
¡ay!, la misma tristeza me la va quitando, me la va arrebatando del corazón
errante,

parece que fuese más del mundo y del tiempo,
así como el sol ardiendo sin propietarios,
pero yo encuentro su actitud de pollito acurrucada en todas las cosas;
todavía me acuerdo del instante espeluznante,
yo iba adentro de la noche, ¡oh!, adentro de la noche llena de gallos:
arriba del techo parían todas las estrellas republicanas,
los gatos inmensos de la obscuridad rasguñaban las murallas del mundo,
y un pájaro, estrellándose, volaba contra la tiniebla,
gemían las esquinas atribuladas de asesinos y muertos que meaban
avergonzados,

de repente, Pablo de Rokha me dió su mano podrida,
sí, desde la última puerta de las últimas puertas,
y como yo soy yo, Pablo de Rokha, me asusté mucho, pero mucho,
desde entonces siempre llevo toda la barba crecida, como los murciélagos
elegantes;

hoy no quiero encender mi cigarro porque puedo incendiar el mundo;
una gran bandada de llantos, comedores de dolores,
enluta los cielos erguidos y sin telarañas, la tierra abierta como las sandías,
yo conozco el grito inmóvil de abajo,
la planta tiznada que puja saliendo de la boca,
la columna resonadora del alarido,
conozco la muerte y la muerte con los pelos crecidos e infinitos,
conozco toda la congoja del sexo;
los gerentes imperialistas del Wall Street
tenían su razón animal diciendo
(acariciándose el estómago del espíritu):
"el tiempo es oro", oro del tiempo, ¡ay!, oro del tiempo sin moneda,
porque la vida práctica está llena de piojos de plata;
sol honrado como un gran poeta,
sol hermoso como un caballo, sol antiguo como un proverbio,
sol sonador y que seca las ropas mojadas;
visionario, lujurioso, carnicero,
valiente y cobarde, amigos,
tomador de vinos, comedor de quesos trascendentales,
glotón, andariego, bribón,
tonto y flojo como la belleza,
vicioso del alma,
voy a decirlo, una gran tinaja fermentadora,
en donde deviene todo la literatura,
Dios hecho trofeo,
ambición de la tierra parida de chancros y tumbas;
por eso adentro del hombre hay vacíos irremediables,
la tristeza que choca sonando contra las baldosas del año,
la ahuecadura parchada de razones sentimentales;

¿de dónde me agarro para no caerme muerto?...
arrinconado allí en donde mean las viejas,
entre los letreros abandonados de LA VIDA,
entre los huesos urbanos, entre las copas trizadas, entre los tarros llovidos,
yo hago pájaros sin ilusiones,
la fina víbora del suceder, tan metafísica,
y también la rata pelada
que roe la soledad trascendental de los sepulcros
con el colmillo de los anuarios,
el animal de palo de los pueblos,
la eterna vaca de greda con tetas como los ríos antiguos,
el ave temible y prudente que tiene barba,
la carcoma, hueso de perro, preñada de faraones de alcaloides,
la bruja peluda que parece feto de muerta;
entonces, sin embargo, ahora,
el soberbio horizonte de puñales sublevados,
los cinco símbolos muertos de la estación radiotelegráfica del universo
constante,
aplaudiendo a esa manzana de pólvora, fragante de noche enorme;
la yegua rayada del peligro, a la orilla, en ese límite;
cartero de bronce,
golpeo las ventanas de la muerte
con mi atado de violetas,
las galerías del canto salvaje
atravesan la esfera llena de ojos azules,
enarbolan todas las banderas,
remezco el almendro del verso,
y la ceniza encantadora
me va cubriendo las viejas espaldas de árbol,
entonces, mi brazo
cruza la sombra
cantando, como los obreros;
un viento agreste
le roba, jugando, los pétalos de su delantal feliz como un gallo,
besándole la poesía integral del talle,
la policía sabe que adentro del corpiño, adentro,
se lleva robados dos jarritos de plata,
y no se atreve a quitárselos,
ayer le abrió el vestido
un cardo insolente y vagabundo, como un poeta,
y fué lo mismo que desnudar a una flor,
unos creen que es un insecto de las huertas antiguas,
otros creen que tiene derecho a perfumar los años como las abejas o como
las cigarras,
yo le corto manojos de besos para las banderas dionisiacas;
es nerviosa y coqueta
la locomotora,

así, como las colegialas imaginarias,
con su risa de hierros
encima del poniente, cruzado de animales analfabetos,
parece que fuese a agujerear el horizonte,
pero el peso del cielo y del tiempo
cansa la audacia,
y se tiende, suspirando de alegría,
morena entre los sembrados;
sinceramente, no comprendo
¿cómo es posible que un ovillo de lana amarilla, de lana,
cante como las victrolas?,
uno cree, pues, uno cree que habría que dar vueltas a una figura de oro
para que aquel carretel automático sonase,
no,
canta solo lo solo,
el canario,
esa tal música de geografía agreste como las ovejas,
parado en la hoja de lechuga de la mañana
es una gran mentira de lujo
y un cesto de verduras recién llovidas;
la tarde se parece a las peras maduras,
el eucalipto se empina sobre el crepúsculo, todo lo nervioso,
y se envuelve en los choapinos violetas,
levanta la tonada sola y roja,
con hierros mohosos, el portalón de antaño,
y cantan las altas tonadas del polvo,
arriba, camarada, arriba
las uvas sonoras del contentamiento,
es la hora del sapo y del canto,
y el día herido
tiene la resonancia gris de las campanas rotas,
y un ancho sol trizado,
feas estrellas negras del murciélago,
arañando la luna chilena
con aquel escalofrío de lo peludo,
sin embargo, todavía
va sobrando, entre el cielo y el mundo, apenas,
el horizonte necesario para levantar la copa;
parientes de mujeres,
las frutas curiosas se asoman, hablando o hablando,
al balcón de los viajeros,
cuando yo paso andando, lo mismo que un día profundo,
circula el sueño
en el horario de mis ojos, llenos de semillas,
y mi poncho de luz,
rayado de paisajes inabordables,
mi poncho de luz,

cubriendo los lomos doblados del viaje y del hombre;
abarca las perspectivas,
como una gran patagua blanca;
ignoro dónde comienzo

e

ignoro dónde concluyo.

y, sin embargo, yo estoy solo, yo estoy solo.

sí,

yo estoy solo, como la altura, que es la voluntad del abismo,

además, yo viajo conmigo, que también es otro,

pero yo hago el círculo de mi angustia,

alrededor de mi vacío,

y la soledad sale de mí y me envuelve

como la muerte, que sale del hombre,

o como la sombra, que va a la rastra, y agranda el mundo;

aquí, yo sólo coloco a Igor, el pirata, ceñido de corsarios normandos y
escrito de puñaladas,

al capitán Kragh, arado de inscripciones rúnicas,

y a Gog, el innumerable y sus vikingos, Rhin adentro, tan rubio, tan
cristiano, tan justo, asesinando sin malicia;

ahora, la borrachera atravesada de campanarios, la escoba de la bruja
Karungia y San Vito,

el viaje hacia la infancia, remontando la Edad Media y la abracadabra y
los sábados negros en los navíos del whisky,

y el árbol de lágrimas, teñido con vinos marinos y adivinanzas amarillas
como calaveras,

aquel trigal, ¡oh!, aquel trigal alucinado y dionisiaco,

y toda la tierra empapelada de días domingos, que parecen viejos pueblos
muertos;

... ¡ay!... ...

por cuanto asoma un viento prudente,

por lo tanto, agarro mi tristeza y voy a tocarla a la otra esquina del cielo,
para que Dios me perdone la manera y el grito;

el hueso endonde,

yo parado en la perpendicular de mi lamento,

hora del pájaro sin comedia,

no comprendo, verdaderamente, ayer, todavía, después,

atribulado, arrinconado,

como un bobo, o lo mismo que un capitán de piratas oceánicos

atribuyo mis pasiones a la naturaleza...

Suramérica

1927

santo de plata viviendo en la electricidad geometría que se retuerce dirigiéndose con palomas sin índice originario en la aventura todavía silencio de banderas todavía luna tan luna del comercio hacia el hombre hacia el hombre todavía la esmeralda casada y el navío en carácter indemostrable todavía la lógica que tiene paredes con tunas sin embargo la casa estricta con los calendarios del radiotelegrama adiós es posible nunca se parece al huracán la violeta eléctrica cantarita con ojos frondosos la nieve inútil entonces al taita choapinos del balneario ahora los peumos sinceros que se oponen al charleston el urgente adolescente océano y whisky oscuro cara de llanto a la madera juro por los sueños cruzados arando filosofía de ferrocarriles elegantes arreando las yeguas desnudas soy como los telégrafos y lo mismo que las guitarras que se parecen al mar encima de lo antiguo sobrecogido paloma de luto del atardecer asfaltado estrellas con melena de episodios y adentro de las victrolas rubias el periodismo del shimmy and soda alegremente carita de humo pirograbada en los bastones cotidianos hacia el horizonte único en actitud de monumento desplumado con razones simultáneas como las peras grandiosas en caída o la leche abajo clavándose volviéndose tremendo rodaja obsesionante girando sobre lo mismo hacia lo mismo galope de asnos impresionantes rajadiablos guardabajo entre los robles de concreto palanca del trotamundos fuertemente libremente francamente rojo como las quantadas canciones de ladrones cuchilleros solazándose la flor llagada de sol con voz así sobrepujando las vacadas más de acero nunca boleadora en tirabuzón contra el cielo arriba los asesinos tallados musculatura descubrimiento sin naturaleza son aquellos los boldos redondos y aquella gran batea debajo de los brazos mojados de la madrugada como los ríos contentos frazada del hipódromo tendida sobre bramidos admiro las patatas abriendo la tierra guatona y el alfalfal de pintura tan espesa laceadura de potrones avanzados como el trigal como el maizal mijita sin embargo lagares hirviendo entonces alegría de uvas trituradas estupenda de grandes huevos azules y felices reunión de pajares ruidosamente y la heredad patética posiblemente drama del mundo a la grupa de las leonas amarillas contrallorando las victrolas acordeón sin porvenir una dirección ultra e innumerable galopando lo adoquinado verso de francia

con castaños alcohólicos la tísica dramática eterómana ramera tan honesta como los vidrios trizados del ideal dios inalámbrico emperador de sementera y de oficina terrible seguramente auto sin alas con ópalos astronómicos la palidez claudica en ese prudente sol de box tan violeta y la locomotora con sombrero apasionado son éstos los vinos furiosos que muerden adentro del alma ardientes potrancas enormes más buenas pero es la norma cortada a pico como el asesinato como la suerte como el analfabeto o lo mismo que el corazón de entonces seminario de valores continentales y máquina la bicicleta estaba más nerviosa que el crepúsculo ahora se iba cayendo del alambre de la velocidad cuando yo la afirmé y la empujé con la mirada pegándole trancazos de espíritu afeitado de angustia en lagares sombreros maduros arriba de los pueblos techados de abejas cebolla del sexo tan redonda debajo del verano panza de vino con trigo es historia más arada que vientre de botella yo cosecho solitarias maquinarias literarias con zapallos oceánicos poniente de sauces mundiales mistela de tiempo color redondo color peludo llanto sin lengua panal lagar trigal todo lo rojo con cloroformo pero con ganados con graneros con pescados vino de cebada bien alegre vino de manzanas escuela de potros melena de choclos urgencia de toros sin cultura era la niña bonita como un automóvil caramba la olla panzuda de legumbres con barro morados u oxigenados güiras de maqui pial de raigun infantil como coco caramba atando buey asado caramba y todo el sol adentro de los higos cuadrados de miel oh bonito comparable a una laguna de tinta o a las bolas redondas de las vitrinas de los boticarios mugrientos gran mujer lechera nido de gallina es decir empolladora ulpo de harina grande tobillo de maleta de licores finos guitarra de ciriaco conteras tendida a orillas de los peromotos mojados avanza tu cesto de lechugas ahora entonces sol con loros redondos alegremente sin violetas corazón agua de porotos peumo del alma chamanto de los puñados americanos anca del cielo valiosa como un todo tallada en chile potrero de animales desnudos provincias de jesucristo tan andadas polcas de gallos que son cementerios tremendos postal del pariente pobre palmatorias de la familia sin catre dorado invierno de aceitunas y el domingo de los empleados públicos que es como los gramófonos demócrata del murciélago sin corbata ay la tristeza solterona a donde vamos a enterrar el horizonte cuando se clausuren los caminos además es el automóvil quinchado de teatinas el guaina de la manta trizada y los novillos que devienen bueyes tan bueyes eso lo perdido catálogos de máquinas a la lluvia causeo sin afeitarse mi amiga retrato de carácter amarillo que tiene la voz nublada que se le olvida que se le ahoga como el corazón a la antigüedad o como las guaguas que se mueren entonces polilla del mundo en la almohada dios usado del cielo del pueblo la chepita vieja como el polo aquello del alma que es día pueblino que está arrumado y mosqueado en las vidrieras de los boliches italianos rosarios fiambres de hambre sin elegancia y tos rumiando la pancutra económica tampoco es la risa química lo declaro ni el sol obeso con su cadena de tonto arando no andando los cielos públicos nunca atardecer municipal literatura de alquiler sobre las antenas oh árbol quebrado de la grúa periódico roto oh periódico roto de la ciudad ahora oh ojos oblicuos que tienen colores urbanos de jo-

keys el orador el orador que se incendia agonizando aviones del occidente hurra los bares cubistas que degüellan la uva peluda de lo clandestino niña del año virgen a la manera de los teléfonos calzón de jersey con labios racimo de los besos pintados que parecen botellas de humo aguafuerte del obrero sin familia un dolor mercantil como de ciudades como planta que tuviese deudas o como recuerdo sin guaguas ahorcado lo mismo que casa de ladrones semejante a esas maletas tan cargadas de kilómetros comparable a la criada con espanto y a dios vendiendo la gran tierra soberbia historia de hueso son los palos de fósforos empinándose significa dinamita hoy pobre inútil y atornillado medallones de costumbres terreno con terremotos miedo del alma que ignora y que afirma sol exacto la vida afuera yo lo mismo ahora antaño antaño sombra en triángulos bueno palidez de palidez la luna parada mirándonos en el instante se presente eso lo aquello matemático en geométrico conyuntura de ocasos con vidrios u ojo con muerto la soledad perentoria que se dirige a la letra u como el rocío al agua florida adentro la pulga morena produciendo los otoños a la manera del charqui asado con la melancolía aquella sí con la melancolía aquella tan nublada del hombre que cruzó llorando pitando viajando los pueblos siempre en el instante de lo amarillo más morado arma de fuego semejante a la carabina lluviosa en lo dramático a la ametralladora conmovida cerrada la cara cruzada tumba de guerrero pero asirio pero egipcio biblia del mar que es entonces plano y alto sin altura lo mismo que las plataformas y también la mano inmóvil del orador chalet muy feroz a cualquiera o auto blindado torre de peones de bronce y es la espada la espada no la espada que hace deslindes absolutos acuchillando lo imaginario en tajos idiotas como patadas tina de baño palmera del enero motociclista es la fruta urbana del tráfico y son las regaderas municipales es la goma lavada del comercio la que alegra las vidrieras del ánimo chorros de jardines sumados de mujeres violetas sin calzones agua de sexo de colegiala perdularia ropa interior de las novelas deporte del hombre enorme a aradura como todo el ruido se va para arriba la máquina astronómica sonando se añade a los regimientos o esas mujeres sanas y puras y a los asnos dormidos voy copiando a los brutos chúcaros esquivando las lazadas que enarbola el arreador de los treinta puñales parece que la mañana fuese a degollar a ese con las cuchillas tan filudas que anda trayendo y que el dios le ayuda con su actitud de criado no es un solo filo sólo quien nos rebanó ya las últimas tripas es la sierra esfera circular de los aserraderos la atmósfera deviene agua demasiado destilada demasiada agua hombre blanco claro parado liviano delgado chaqueta de hierro que es enormemente fragante a antigua cama de novios lo que parece negro y es negro lo otro lo todo tan difuso horriblemente cruz actitud morada destacándose arriba del abajo perteneciendo no en suceder astronómico lo corriendo certidumbre de neblinas de aluminio sueño de lámpara la cosa que se sumerge desde siempre la máquina metafísica y la obscuridad ay la obscuridad soberbia de lo totalmente iluminado rigiendo las metáforas que son caminos que son sentidos que son estilos semejante a la electricidad con tanta alma plana la presencia ultravioleta que arrastra sacos de figuras indescriptibles como el olor del vidrio mijita estructura de mosaico o sea las

rayas cruzadas de la geometría cuando son dados cuadrados alucinados algo que sucede a la espalda del cementerio un bulto variable pasado a química y muy lejos ahora demoroso como los zapallos giratorio como las dinamos pensamiento de vaselina redondo como los focos lo mismo que la palabra gozo pero con planos supuestos que devienen sucediéndose así es el huevo del aviador yo lo comparo en lo inminente en lo imposible efectivo o cuando ladrando los perros fraternales pareciendo abstracta la patagua que hay arriba aquello que abre las puertas abiertas partir la sandía buscando la sandía que está toda adentro toda afuera y no está trepidación de ferrocarril a mansalva no se oye en el entendimiento cuando se oye que llora inmóvil dios inusitado comparémoslo a muchas botellas a los palos parados de los teléfonos más artistas prolongándose en los espejos subterráneos y al alma frondosa y enronquecida del vino se encuentra en los extramuros de la distancia alrededor de lo desusado y lo preterido coronando cuentos de viejas con braseros con inviernos con causeos debajo de los ponchos acuosos parece que nadie conoce el huevo que pone el huevo que pone y vive adentro por eso de repente se derrama la tinta o sentimos que el ataúd nos saca la lengua carajo el alfalfal de los carros lecheros sobre la vereda aterrizan las damas listadas en las vitrinas del tenis y el hall de los papagayos americanos bulla de botones de dioses entonces contra la concha redonda a cada grito que pego le pongo un collar azul a una muchacha hip hip hurra a a ahora los pescados entusiasmados de sentirse muertos pescan la última luna con los ojos y se sumergen en la piscina de las risas vecinas del vecindario es el tomate rojo de la poesía quien brama lo mismo que los notarios satisfechos el sol en panne otoñal alumbrando como la fruta madura los guardianes blancos llevan la aurora al cinto y un entusiasmo de cabrones inútilmente griegos hincha los pechos de los pinos honrados cada uno tiene un jarro de agua sí un jarro de agua y sonríe como un planeta bien vestido semejante a un rascacielos a un presidiario a una sardina yo ando cantando recantando contracantando con mis papeles subterráneos mis pantalones rojos mi sombrero amarillo mis alpargatas verdes y mi chaqueta transparente color dios y mi voz negra espesa como aguardiente de cadáver aquella nueva enferma tan rubia entre las sábanas de río que era lo mismo que las yeguas tordillas relinchando la infancia y los médicos rojos alumbrando la clínica politécnica entonces la enfermera-cloriformo llenando de llamas blancas mirando en actitud de dado de cacho el hospital vendado de heridas la asistencia pública partiendo los vidrios nublados sobrevinieron las neuralgias arrasando los veranos ahora las botellas color dolor más enfermas copretéritas agua de paico y heridas maduras son los carros de cosechas contentos como entierros de hombres jóvenes el membrillo de los aguaceros anticipados rodeada de vinos y quesos la señora está soberbia y profunda como un catre de bronce dormida en pupilas de heliotropo campana del aguacero toda de tonadas paridas o de albahacas tan aplastadas que deviene canto de pavo o de gallo afónico galopan las tías muertas en sus yeguas como eras arreboladas y los pueblos caídos del naranjo adentro el violín de la primera violeta cuando era virgen como la piedra soltera yo era valiente y alegre y venía enarbolando

aquella gran verga de montañez confianzudo estaba más delicada que el celuloide tibio peleé a guantadas con el animal de madera y me acosté encima gritando lo mismo que los burros adentro del horizonte abierta la ponía en actitud de balcón sobre la uva y los choclos y era lo mismo que echar peumo al fuego y era lo mismo que entrar al corral de las ovejas con el sol en la mochila oh cuando dormimos entre los hinojos y las nieblas mimbrenas agrupándonos como los carneros negros debajo de los astros gritados de pavos azules o le reventaba sandias contra la risa aconteció la luna rotunda de las entrañas poemas sin ríos florales aquello que se escribe solo alimento de humaredas lo monótonofonócromo cuando la lana lanada deviene solo fofo todo y sucede nada o polvo lloroso con termómetros así como cuando todo se empapelase con ceniza con pizarras almacén de huesos de pianos de muertos calvicie de eclipse más plana que la vocabla aplantada soledad con centro abajo a mucha máquina girando pero viene luego la yegua gloriosa pero mal herrada se cae en lo mismo como las caídas dolorosa eclipse giratoria en ese instante sucede la niña morena toda tan desnuda y es como entrar al mar lloviendo algo así confusorio excesivo algo así disparado o como entrar a la montaña a caballo en un bastón de quillay florido yo salgo debajo de sus calzones de diamante como quien saca la cabeza del río con la alegría alborotada de los borrachos asoma a la hora del tranvia de azahares con mucho contento cuando hay una blancura más blanca que de costumbre herida de sol lunada como las bolas redondas de noche pantorrillas de transatlántico telas de melones adolescentes y agua guatita de naranjo y cabellera que extiende lenguas de sexo hasta aguas altas del pie que florece puñalito de apancora distinguida o insecto en la media obscura es alegre como la industria maderera y caliente como el ladrillo de las fábricas o lo mismo que asta de burro o lo mismo que las papas asadas al rescoldo entonces me revuelco en su belleza con esotra gran audacia de los cerdos chicha de maqui con zarzamoras por los sobacos y la resina embotellada del eucalipto entre medio de las piernas abiertas en actitud de alas más anchas y todo lo peludo que deviene cuando me acuesto el alma inútil encima del aroma ultramarino menea la caricia sus remeros de uniforme omnipotente pongo la noche lloviendo con lluvia alegre y negra en sus ojos totales distanciándola es la poesía geográfica del vagabundo alumbrada de colores negativos el terciopelo de miel oscura que define toda la presencia levantándola y se extiende como la eternidad en los muertos honestos y todos los puertos de su audacia con gallos parados arriba del horizonte cielo del atleta muy pintado de granjas en deporte volante de azogue desenrollándose en la llamarada de los pájaros con la cinta ruidosa y el mar al alba augusta siempre cabellos de bencina gritos de máquinas trágica-báquica son urbano con pasto segado el automóvil le lame las manos felices y cuando aboca la ciudad rebuznan los aeroplanos domésticos como el mar bien comido antigua mujer sin soledad notable no se dirigía a ella ni a ella entera sin embargo porque tenía ruido en el sexo y era lo mismo que las chirimoyas sostengo que se parecía a una palabra de espaldas a la lengua de los choros viciosos al público de las plazas preñadas de septiembre y a las potrancas americanas orino su

memoria con respeto de animal encarcelado color guitarra color ciruela color tinaja voy a almorzar sobre tumba hecha de cueros de puñales imponentes zapallos de ceniza del continente tubos de pus acerbo atravesando el horizonte de chunchos y cuervos fatales pulmones de cementerio que son tambores de dioses podridos en ataúdes que se divierten a una altura más desenfundada yo distingo yo formulo todavía no es bastante seguramente aun hay presencias que se defienden con espanto aúlla dios aportillado en lo subalterno enarbolando los métodos de la lágrima y el crujido de la vida nos torna sensibles como las maletas o como lo mismo afuera luz adentro reprochándose organizado rodaje de metales contradictorios atmósfera de taquígrafos con mucho apuro de morir se acaricio la máquina virgen con la gran plumera entonces cien dificultades me comprenden y yo domino la materia como los viejos notarios a todas las bolas afligido de toronjiles y de arrayanes cotidianos todo merodea y lo contengo y lo deseo todo y todo me define contento desde la otra orilla que ley preside mi sistema desafiado emana un orden del desorden y las últimas velocidades son reposo por eso aprendo a manejar autos altos soy lo mismo que el corazón de todas las uvas nervios de planeta vegetariano tampoco vihuela de asesino sol pintado pintado pero que alumbraba mucho a esta órbita de astro responde la naturaleza como al bramido de la eternidad la oscuridad de los toros nocturnos encima de ese ambiente electrificado acumulo abismos sobre abismos con intención de hombre alegre que defiende su alegría la España embanderada de choapiños remontándose diucas con pueblos durmiendo olvidados en lo urbano cajas de fósforo de los inviernos anteriores un presente melancólico de malezas que son los vagabundos más vagabundos de la botánica lloviendo castañas felices ausencias de horno de tardes rurales letreros con romero predominando sobre los rascacielos y las cicutas y las ortigas del desengaño gran agua de culén gran agua contenta gran agua no manzanilla con nublados pera seca pancutra breve muerta llorando los ponchos orégano azul del lugar que es alegría arrugada apellido sin dentistas pocillo de aguardiente con cedrón y con limón de aguardiente que entristece la mujer limita el oriente con el poniente al poniente con el oriente y al sur con camas de agua madura huele a navío el calzón de la niña cerrada luna con sangre en el corpiño y la aorta exagerada del sol hinchado de rameritas es un canasto de pan de cemento el corazón de las esposas y un establo de almas en alcurnia acodadas en las ventanas del crepúsculo todas las novias ahorcan gatos amarillos y el amor se parece a una camisa de fuego arroz con pimentón sí sí y patos joviales enrojando las espadas ciudades de mujeres entreabiertas papagayos de anilina comiendo chirimoyas alegres y aromas inusitados torcazas de vino que son desnudos con ajos morados y perejil estridente es la canción nacional de la empanada pastoreando sus abejas encima de lagares filosofales que parecen panzas de santos felices oh potros sonoros tetas del gusto sin retórica que suceden huevos de águilas eminentes el clavel partido que huele entonces a rajadura de vírgenes y la albahaca pisada tan manzana arriba las espuelas de bravura cuyo sable con pañuelos se remonta sobre el alma trazando la última cueca el beso es como el maqui maduro cuando han dormido las

culebras en los macales deja la boca de las niñas teñidas de negro y el corazón como los pájaros a la hora preñada de las escopetas alma del pigüelo olorosa a aceitunas de mayo que son lo más íntimo que existe cielo de vacas con ojos oscuros de madres ese entusiasmo se parece a las papayas o a los renuevos de eucalipto y también a pajares incendiados barriga de manzano con nietos castaños jubilados y la patagua alimentada con guairabos duraznos anidados las higueras siriocaldeas sonando como grandes vientos tan cargadas de choroyes parlamentarios que devienen fiestas del dieciocho de septiembre y los toros besando la virginidad de las vaquillas nadie le conoce y anda adentro y afuera rodeándolo mirándolo buscándolo lo mismo pisándose la voluntad semejante a las ametralladoras que se suceden que se persiguen fuera del tiempo y a los matrimonios con muchos hijos a la fruta muy desnuda o muy profunda al agua cansada o al animal que asusta niños

Ecuación

(CANTO DE LA FORMULA ESTETICA)

1927 - 1929

1

Al poema, como al candado, es menester echarle llave; al poema, como a la flor, o a la mujer, o a la actitud, que es la entrada del hombre; al poema, como al sexo, o al cielo.

2

Que nunca el canto se parezca a nada, ni a un hombre, ni a un alma, ni a un canto.

3

No es posible hacer el himno vivo con dolores muertos, con verdades muertas, con deberes muertos, con amargo llanto humano; acciones de hombres, no, trasmutaciones; que el poema devenga ser, acción, voluntad, organismo, virtudes y vicios, que constituya, que determine, que establezca su atmósfera, su atmósfera y la gran costumbre del gesto, juicio del acto; dejad al animal nuevo la ley que él cree, que él es, que él invente; asesinemos la amargura y aun la alegría, y ojalá el poema se ría solo, sin recuerdos, ojalá sin instintos.

4

¿Qué canta el canto? Nada. El canto canta, el canto canta, no como el pájaro, sino como el canto del pájaro.

Seguramente, arden grandes mares rojos, y un sol de piedra, negro, por ejemplo, hincha la soledad astronómica con su enorme fruto duro, tal vez la tierra es un gran cristal triangular, otra vida y otro tiempo gravitan; crecen, demuestran su presencia, atornillados a la arquitectura que canta su orden inaudito.

Cojo un tomate, adquiero la vieja moneda del otoño, tomo un cinema, voy organizando aquel beso y aquel verso que anidó en aquellas pestañas inmensas.

Si un volumen, únicamente, un volumen agranda o empequeñece la astronomía del poema, incendiad el poema, no el volumen, degollad el poema porque no aguantó el desorden necesario a la colosal aritmética de lo pitagórico, lo geométrico, lo matemático, lo filosófico —en el teorema expresivo-inexpresable—; ¿sobre la forma?, ¿una forma?, ¿una ley?, ¿una voz?, ¿una luz?, ¿un régimen o un vértice?, ¿un ritmo índice adentro de la libertad numérica del arte?, incendiad el poema, degollad el poema; el porvenir del canto, su destino innumerable y único, exige que giren todos los elementos épicos alrededor de su eje astronómico, amarrándose a esa justicia, a esa presencia, a esa cordura que es el poema, el porvenir del canto, su destino innumerable y único, exige que giren todos los elementos épicos alrededor de su eje astronómico, amarrándose a esa justicia, a esa presencia, a esa cordura que deviene lo absoluto, límite del límite, arte, lo exacto, lo exactísimo, arte, lo dinámico-trágico e inmóvil.

¿Edificio de intuiciones? Edificio de imágenes, sí, edificio de imágenes, que son productos químicamente puros del no-consciente.

Arte de cristales electromagnéticos, ultravioletas, extrarradiales, supravitales, equilibrio de volúmenes ingravidos e impávidos, libre juego de formas libres, como formas, exclusivamente como formas, pero sometidas a la gran esclavitud del canto, a la gravitación lírica, que es la gravitación cósmica.

10

Escoged un material cualquiera, sí, un material cualquiera; no obstante, un material cualquiera determina la biología del poeta, la diagnóstica; escoged un material cualquiera, como quien escoge estrellas entre gusanos...

11

Porque hay un material auténtico, como la aceituna del soltero, la empanada del casado, o lo mismo que el vino del día lluvioso, que es la guitarra del calendario, y un material de estafa, de escarnio, que se parece a las locomotoras en el templo, al militar que seduce garzas claras con la espada, gimiendo hacia adentro aquellas violetas enfermas de tiempo y pianos sin aureola, a la higuera que produce lirios.

12

Pero se trabaja exactamente con barro y con sueño...

13

Sólo que la alegría de la golondrina depende de la primera gota de agua...

14

Cuando Dios estaba aún azul adentro del hombre...

15

Es menester hacer océanos, no fotografiando océanos, no, es menester hacer océanos con el rumor del calzón femenino, con esos recuerdos de tamaño azul-azul, con el enorme elemento de agua que canta en la garganta de los niños chiquitos y en la línea agrícola, y aun con la gran ola oscura de aquel dios jodido de adentro; es menester hacer, poder hacer una niña de pueblo con una violeta y una aceituna y una tonada; es menester hacer la ciudad imperial de hoy con la trepidación de la gramática, aquella cosa inmensa y mecánica, dinámica, difícil, que es, ¡por Dios!, el lenguaje colocándose.

16

Que el poema haga reír y haga llorar como una mujer rubia o un hermoso caballo.

17

Y, además, que se ría solo y llore solo, y llore solo como la más morena de las colegialas, sacándose la camisa.

18

El canto, como el sueño, ha de estar cruzado de larvas.

19

El canto, como el mundo.

20

El canto, como el genio, ha de crear atmósfera, temperatura, medida del universo, ambiente, luz, que irradie de soles personales.

21

Medio a medio de la poesía, Tú, lo mismo que el sexo, medio ● medio.

22

Ahora, la ronca noche, galopando entre laureles de fuego, determina aquel gran diapasón del siglo...

23

Y un yo dormido lo calcula.....

Escritura de Raimundo

Contreras

1929

BANDERA DE LUTO

Aquí, en este vértice, Tomás, hago un abismo, trazo un vacío imponente, paro mi vida.

Aun escucho crujir la naturaleza y el corazón de tu madre, aun veo el sonido de mundo, de tiempo que se derrumba, de sol, de mar, de luz partida de la última gota de aceite alcanforado, aun siento que la pequeña lengua lame la eternidad ensangrentada.

Oloroso y campesino de estatura, alegre como los ganados.

Ahora te come la tierra, más glotona que tú, hijo mío, niño mío, Tomás, y yo te lloro.

Eras muy hombre, Tomás.

Minero, soldado, marino, explorador, se quebraron los vientos de la muerte en tu frente de dos años, y era como una gran tempestad, arrasando pinares de noche, tu actitud agonizante.

Morías como un héroe del absoluto.

Fuerte, libre, gloriosamente cósmico, el dramatismo te agrandaba las entrañas.

Hoy, aroma de albahacas de Chile tu memoria.

¡Oh! amigo mío, Tomás, bebo mi jarra de espanto a la salud de tu alma, y te consagro "Raimundo", a quien tú, **TOMAS DE ROKHA**, entristeciste "por los siglos de los siglos", con tu alegría incalculable.

JESUCRISTO UVA DE OTOÑO
ALBAHACAS AMARILLAS
GRAN NOVELA

estrellado azotado de humaredas
como ojo solo la lengua obrera del espíritu ubica todas las álge-
bras encima del maravilloso

crucificado no rezando imaginario difuso-confuso
el animal de aceite psíquico le produce inclinaciones derrumbadas
espantos que divagan por la errada acuaria pared angustias con vien-
tos peludos guiñando designios en oleaje geográfico de andenes
marchitos oscuros de distancia

grito con músculos de buey transatlántico en donde maduran las
peras moradas del cementerio y el sol le envuelve en nudos de lágrimas
así lo mismo que entre colchones amargos la voluntad vital
definiéndose endilga sus virilidades sin camino pruritos de fuerza do-
minios con dirección desparramada sentidos verticales y voliciones que
se disuelven en florecer de incendios

leche de madre inmóvil coronando los arbolados reaccionarios
hecho todo hijo protegiéndose la familiaridad de azúcar
todavía los crucifijos aullándole la epopeya embarazada de cipre-
ses ensangrentando alegrías de marinero que va a la escuela pisando
terrenos guerreros y el tubo de largura de la inmensidad en donde se
trafica agachado las rodillas escarmentadas como pies de animales cami-
nantes el olor de la primera mujer uncido a la boca a la lengua a
los huesos acerbos resbalándose entre lamentos entre plegarias entre
quejidos infierno con incienso guatita de flor de la niña vecina desnu-
dándose sus medias terribles

muralla de vidrio oblicua astronómica agua de espejos sobre
los niños dormidos encima de Raimundo que la prolonga contemplán-
dola arrinconándose contra su destino y la muralla la muralla que
crece enorme como la palabra incalculable aplastándolo arruinándolo
pero la gallina negra le picaba despacito la rosita a la Rosita
debajo del peral del parrón solitos tiene la sonrisa colorada arriba del
chiquillo situaciones de diamante y él la pilló solita a la Rosita aga-
rrándole la rosita a la Rosita que tiene calzones que huelen a durazno
peludo la desvestiría despacio oliéndola las tetitas la boquita las
patitas los labios de la camisa rubia adentro de la zarzamora más cal-

deada de Pelarco ¡ay! pequeña como muñeca de invierno si como botella de incienso campestre como la mosquita que anda jugando a la canción adentro de los retratos antepasados o como la jarrita del alma con los viajeros atardeciendo a caballo en los caminos galopados de astros malos seguramente don Raimundo caballero don Raimundo la barba plantada sobre las cabalgatas profundas

comparable a quien se pusiere a gritar en la última punta del globo avoca la parada eternidad la tranquea se tira adentro de las siete veces siete circunferencias lo azota todo lo que no existe cubierto de ese rebenque siniestro que asesina con vacío choca contra la nada le caen ausentes goteras de infinito desde lo uno a lo otro evidente

ahora talón de soledad sonando diseminado en melenas de vagabundo en palomas de presidiario ahora en la sangre de la noche ahora el que tropieza con sus pies el que mira en redondo porque se presume incognoscible o lloviendo el que anda sembrando umbrales para matarse y el que nació con la barba crecida como los ríos entristeciéndole Raimundo Contreras echando bocanadas de invierno chimeneas todo solo cara de año sin flores bonitas la amistad mal afilada del estrafalario que tiene vergüenza de que tiene vergüenza ser lúgubre amontonado de timidez empuña su miedo y anula enarbolando la puñalada del pálido que es soberbiamente ofensiva limosna de mendigo sublimidad que esplende furiosamente por dentro de las aguas burguesas

sollozo de llamas del otro fondo de la vida son los incendios amarillos del cogote y del azufre espeluznante humo de paja con cerebros quemados la lengua espesa lamiendo los costados del mundo en ese presente inútil circulatorio quemante de vinagre infinito con diablos pelados como sapos o como lagartos en las rendijas huracanadas y el costillar del infierno crujiendo

la defendería Raimundo la levantaría sobre las acequias astronómicas para que no se quemase los ojitos

y el olor de las iglesias como el olor de las cebollas y los ajos pisados que paren entonces los agostos olor a sexo caliente propiedad velluda y confusa peligrosísima como quien muerde muerte o higo podrido desnudándose

galopa el potro de la noche los asfaltos estrellados el escorpión de los pajares y los corrales se emborracha con inmensos vinos de cicuta adentro de las agonías enlutadas Raimundo Contreras plantado medio a medio ¿cómo se esconde de lo oscuro? y piensa gritando sudando clamando que se le muriese alguien-padre alguien-madre porque todo anda loco en tales ciudades sin medida y hasta el jersey de los barrenderos es temible

sin embargo los organilleros no son pájaros mecánicos y traen otoños en la garganta

lo mucho difuso de la enfermedad lo atraca lo integra al universo es la célula en libertad revolcándose en los barrocos cósmicos con

relinchos de animal desensillado huifa ¡ah yegual... por eso Raimundo nada entre las sábanas los abiertos contentamientos del sportsman y bajan cantando las huasitas los pollos negros los cabros negros los quesos regüenos la vaca morena con el vestido a la rodilla que se parece a Suzette Drelieux el ambiente de toronjil que echan debajo las tetas que parecen tacitas de leche florida y aquellos dientes de ternera o de potranca oliendo a sol entre las piernas estrujando laureles apretados y hacen cosquillas

igualmente a una argolla siempre para siempre muy horrible le aprieta el pescuezo la argolla de lo irremediable como mano de matón como la tierra que se raja y se junta impunemente como el agua tan dura del ahogado

la Rosita con los calzones llenos de pecados echarla a la cama cerradas todas las puertas del viento dios caído de cabeza a la espalda del infinito eternamente como quien se huyese con ella y no pueda y no quiera y no deba volver renuncia contrarrenuncia por diosito semejante al que se comiese una tan sandía de veneno pegados aguas abajo resbalándose como canasto rojo dando grandes saltos vagos de animal que se cae en la muerte

encerrado en esa gran botella de murallas de ladrillo

no le sujeten las manos a ese que tiene la boca tapada con tiempo Raimundo Contreras

lo ofendió a "El" Raimundo a "El" el escupido figura de canto en desorden

Raimundo

parecible a un sol creciendo y ardiendo le desgarran las entrañas Dios parecible a un sol desmesurado que alumbra más que la luz más que más mucho más estableciendo obscuridades acumuladas estados de éter sonoros ingravidos gozosos con gusto abstracto a química de donde emerge el pobre iluminado de incoherencias con fuego lo mismo que alguien que sacase naranjas de las sepulturas

cría la matita de hueso del basural del occidente morado entre las malezas de la tarde

aun la lluvia insufla queso rancio en los asombros religiosos que son geométricos e impertérritos tanto cuanto tabernas de acero humedece de cuadrantes melancólicos la rabia ansiosa del niño mete un invierno de provincias de atardecer por las roturas de las tristezas de Raimundo...

TODOS LOS CAMINOS

entra pisando niebla tocando tambores de piel de fantasma sonando y tronando enriqueciendo lo imaginario con aquella tal hechura de castaño nublado cargado de pólvora y sol Raimundo

apenas le cuelga el poema mismamente que la enfermedad a los terrenos

arrastra la creencia muerta rodeando a una escuadra de velámenes americanos y el dios podrido del triste le envuelve en humaredas de difuntos ese tremendo traje de laureles derrotados

huele a duraznos artificiales esqueleto de naftalina parecido a la muñeca muerta de los manicomios

viejos gansos rojos echan a volar desde la cruz emigran en situación de banderas difíciles arbolando los extenuados ocasos entonces y además tiene toda la vida metida adentro del sexo ¡oh! adentro del sexo de todas las mujeres él Raimundo Contreras como una dual lengua crecida que anda lamiendo el suceder de ese pez alegre incandescente entre medio mojada la cara en jugos de frutas grandemente negras como quebrándose huevos de tinta azul en la espada indominada o como pasado a cosas viscosas redondas en redondez de vinos en desnudez que se repite de alegría incombustible

alguien desde antes de la infancia le llama llorando: ¡Raimundo!... él se responde él le responde a la mujer desaparecida quebrando los actos en razones con heliotropos llovidos despertándose agarrándose a las tinajas del instinto

va gimiendo adentro de su actitud de mujeres abiertas mordiendo y oliendo sombras que parecen que le parecen grandes matas de plátanos de obscuridad acorralado de terrores genitales semejante a aquellos a quienes les crece una uva única y enorme demorosa más solapada que reloj de ladrón y les traslada la energía desproporcionándolos haciéndoles un órgano rama de viento que se retuerce arrancándose del vacío

vigila su condición Contreras su corazón rural como un huevo de perdiz con miedo eterno

es una especie de canto de gallo amarillo en día lluvioso o de quejido de paloma de cementerio o de lamento de enfermos pero de bastantes bastantes enfermos ese que él expele y le envuelve apartándose encerrándole aislándole e independizándole a heridas.

digamos que deviene cargado con pensamiento con un pozo o con un hoyo cargado con la ausencia de la carga y eso es infame cargado con abismos metafísicos con religión caída fe hedionda a tumba abstracta con libertad con soledad muy errante que abre ciudades cortadas a pico de espanto en espanto horizontes verticales y lamentables que zanja tanta situación a cuchillo y no obstante oscilan como antenas

continúa la huasa amarga que lo dejó cubierto de mujer dolorido y pegajoso de mujer empapado de mujer e inmensamente atónito enfermo a ombligo a intimidad a sobaco al pobre Raimundo Contreras que amanece desflorado que amanece deshojado solo entre las rosas manchadas

Corina González rajada cubo de potranca azul con los pechazos libres cimbrando carcajadas de material caliente como dos insultos o dos zapallos de substancia tremenda y un sexo pujante y oceánico que arrastra retrotrayendo bielas de suplicio a horcajadas encima de Raimundo hilando sus ganas enajenándolo aún a setenta leguas con tanta evidente forma turbia montada en Raimundo tendida en Raimundo desde los lenocinios talquinos atornillándole la belleza desafiada de la inmundicia besándolo y manchándolo en la orgía de llanto

ahora un onanismo que embriaga como los cigarros malos tiriándolo y estucándolo de borrachera borrachera de cuba de vino volcada en incendios de ciruelos nuevos

niña rubia rima de lluvia de los poetas románticos que confunde al cazador entre los guairabos al domador de bestias alegres al joven soberbio y moreno cabeza de potro que nada cantando a la siga de las felices truchas y le entrega la ceniza de los primeros libros un color funeral de choclo muy maduro o diario muy antiguo

trenzas de colegio en oración de madre selvas provincianas marchita la vecina de Raimundo y piernas gruesas de tonta

sin embargo la chiquilla a pata pelada meando los naranjos del conventillo puchas que levanta entusiasmado a Raimundo Contreras en ese entonces enladrillado como con ópalos de historia de bandido

porque las noches de Raimundo no se estiran encima de los cuatro silencios parecidas a inmensas yeguas no echan agua negra enervándolo dominándolo ahogándolo

ahora él quiere situarse existir haciendo palanca del hecho y del sueño obrar en dirección e iguales a guindas maduras se le pudren los actos se le pierden los gestos copiosos quiere todo viaje agarra la posibilidad de todos los prólogos toma todas las fórmulas y se le abre la mano ardiente como cacho de granada

crece un ateo en la ansiedad forma de vidrio de grandes cristales pálidos que ascienden desde la llaga y antiguos acordeones le enternecen el porvenir

o anda brillante a topadas rodeado de locura mordiendo tics funestos adentro de La Capital desenfadado aeroplano de artista haciendo otoños pintados de prostitutas **todo solo**

ALCOHOL
EL MIEDO Y EL FUEGO
LA LOCURA IMAGINARIA

palanca de humo quebrada de la voluntad destruida entre las colillas amarillas que persiguen esos grandes ecos saldo de formas emigrantes paquete de fiebres ingentes inertes o aumentadas en poliedros de suicidio

adentro del bostezo la naranja atropellada bola con viento enfermo girante polilla ladrando soluciones destronadas

es un ruido que abarca que agranda que agarra enrollado a la noche partida un ruido que va saliendo un ruido que va creciendo y desenvolviéndose arrastrando a Contreras entre las patas velludas de sus neumáticos parte del eje psíquico y remonta al alma en confusión y alza puñados de cosas sin destino y anda llamando las últimas voces estipuladas produciendo cataclismos organizando sus vaivenes contra Raimundo sobre Raimundo volcándolo o volándolo o volcándolo confundido como terremoto vergonzoso palanca en giro alrededor de sus islas fatales aristadas de peligros semejanza de sepulcro en arriendo a la orilla de un mar desterrado

Raimundo Contreras el espirituoso es decir calentura de sobresaltos el que tiene terrores de teléfono agonizante y el que anda pisando oblicuas el que arrastró escobas nerviosas sobre los otros otoños en actitud de impeler lo amarillo barco ciego viviente de capitanes borrachos si matonería y melancolía alcohólica

¡ah! besando siempre pies de amores metafóricos bestias de llanto trazadas en la abertura de las noches como lobo de sol podrido la pequeña novela sin calzones y "entre cortinas verdes" la fruta oscura con mareos premeditados de tranvía carajo ser retriste ideas con vinagre no los versos piojentos con los piojos de la tristeza fomentando astros masturbados lamento de planta en los sesos crecidos de flojera sin peinarse

un acordeón de edades universales bramando en la sepultura de Raimundo humaredas de inviernos añejos provincias del calendario sombra en sombra mordiendo su pan funeral a saltos a tumbos hacia la estrella ¡Jesucristo! rueda de cansancio olor a piedra tremenda

¿cómo va a mejorar el que está enfermo de salud? ¿el prudente y el exuberante a la vez por ejemplo: un cataclismo de madre selvas

el que abunda mucho pero tanto y gravita empobrecido de abundancia? yo lo declaro podrirse es llenarse de ruido de silencio de silencio dice Raimundo Contreras entonces y fermenta la tinaja emputecida criando y cuidando la verdad criminal que le ha nacido expresamente asomado a su ansia inútil

cuando comienza la mañana a colocar pájaros en las banderas del día ¡ay! Raimundo ese vino grande que se quiebra sonando a ventana de invierno ese vino libre y polvoroso vino de puta en catre salvaje negra tonada corazón ofendido y andariego

toronjil en alcohol la concomitancia terrible que establece Raimundo entre su leyenda y el volantín amarillo de los suicidas entre su leyenda y ese hueso triste de las familias en copretérito ese hueso triste de la cazuela de la antigua abundancia averiada ese hueso triste que parece hoja de otoño entre su leyenda y la palabra siempre novio de estrellas muertas con aquel animal adentro del horizonte calentamiento de apancora hombre que anda sufriendo este olor a muerte que tiene la luna en la camisa y goza llorando a la manera del que camina retrocediendo o del que orina ennegreciendo ventanas curiosas si Raimundo Raimundo amontonando lo andado cuidando losa a losa de no pisarle la cabeza a un muerto mandando a Talca como nublándola como lloviéndola sobresaltando la gravitación familiar asustando y espantando echando a volar los crepúsculos dormidos en la gran tonada del álamo

bornea Raimundo la lazada imaginaria entonces la volición fallida lo domina lo arrastra empujándolo lo arrastra el proyecto lo arrastra el deseo el embudo de la tromba adelantándose y él se persigue persiguiéndose destruido arruinado en las fuerzas superfluas

qué ganas de matarse tiene Raimundo Contreras tan apasionado tan atrabiliario y con tanto cansancio arrinconándole tan valerosa cobardía qué ganas de tener ganas de matarse manera lujosa costumbre luciente y gris de suicidio de otoño semejante al individuo que educa piojos en los sobacos deportista en entrenamiento al estilo de ese que lame vinagre con espanto en la ojera dramática y dinámica para entender el sentido del agua si eso parece que fuese pero no no no hay sistemas del arbitrario del que arde y cunde sin objeto definiéndose como la ola ociosa en acciones trucas nubladas ciegas con la mano derecha del ideal cortada sí el obstinado el cejijunto en la voluntad dispersa y no rasga pero llora el calzón de la amiga sin embargo él va a alguna parte es decir va a ninguna perfectamente en buen caballo con dominio de sus finalidades seguro y soberbio de su egregia incertidumbre abrigado de amargura utilizando los ajenjos de la caída desvencijada en cálculos de alacrán o de asesino o de dios falso o de extranjero en todas las leguas que lo afronta todo por todo porque empuña siempre siempre irremediablemente siempre en condición de amo a plena grandeza de hombre tranquilo en las últimas cosas algo que le defiende ¿qué? la muerte

y además literato ¿literato? literato es decir una gran máquina es decir el que riega duraznos con petróleo y el que siembra

terrenos a dinamita y ara a patadas o balazos es decir el que esteriliza y produce aquella fruta egregia del veneno: el poema gran quimica metaquimica si Raimundo Contreras el literato reencuentra al poeta incendiándose

es inabordable el animal es inabordable se canta Raimundo el que ve lo que ve sin arañas aislado en limite determinable condicionado por espacios humanos por eso le domina la prostituta y no la goza entera le gobierna la prostituta y queda extraño y hambriento la imaginación usada en vigilia en espera en figura de sed bebiendo y todo le confunde ante la bestia por lo mismo porque su luz es indivisible y le destierra en la inmensa circunferencia de soledad Raimundo Raimundo Raimundo apenas él aguanta su actitud cadena de presidio va arrastrando la personalidad por debajo de los grandes puentes del suceder Raimundo afirma su derecho otoñal el hombre cósmico y álgido que emerge del ingente adolescente y todas las cosas se le encogen se le esconden arrojándole la tristeza para que resbale haciendo lo vago cayendo y sufriendo en la ecuación forastera mal amigo tristeza y prejuicio de mujeres atribulado de pedregales aventureros ¡ay! borrado gallo cantando en las comunas transatlánticas perro de lluvias con muertes eternas virgen el triángulo de la faz egipcia porque él es fino y duro estampa de rosa de piedra azul y herida e irradia voz de sol enojado parece niño toro o cordero ese monstruo de violetas ese que significa Raimundo Contreras casa de instintos desafortados piño de audacias contradictorias todo hombre el hombre

rodeado de amores mentales entristecido de besos imaginarios agazapados en las rendijas de la noche enorme vampiros de sombra agobiado en la remolienda astronómica afronta la realidad defraudado y defraudado afronta el sueño inmóvil disco de vidrio que gira parado en las últimas torres

piando caen los frutos heridos de las escopetas son las castañas del cielo crepita la hoguera del otoño y un aroma a bestia asada agranda la garganta de las tinajas el humor cerebral del vino la situación de golondrina de aquella naranja postrera que se olvidó en la memoria del tiempo el calzón amarillo del balneario los pollos nacidos que van lloviendo desde la pálida hoja de la tarde a esa laguna de humo que cava Raimundo Contreras de punta a punta de la vida

chirimoya de cementerio amarga naranja morada higuera de fuego y de hierro imponente pera muerta de la tristeza de Raimundo

él querría querer querer algo un dios un perro un deseo una mujer la vida ¿y para qué? ¿y para qué? entonces le sucede eso tan turbio e irreparable eso tan falso eso tan frío que se parece al que va a pegar un hachazo y agarra un espectro en la tiniebla o al que caza pájaros de goma o al que se va a matar porque se va a matar no se mata y compra un ataúd blanco en la taberna eso estado de comedia en el cual gravita la bomba madura de todo lo funesto dinamita olvidada tragedia vestida de lirio desgracia sin tiempo

de repente asoma la naturaleza entre las grandes aguas marchitas doblado hacia adentro atento a la imperial polea psicológica escuchando los anillos del indefinible herido en heridas afuera del suceder kantiano Raimundo mirando su soledad en todas las cosas no alcanza a ver la tierra

busca los actos logrados porque son algo algo hecho con cuerpo directo algo estructurado en geografías e individuos independientes busca los actos logrados y reconoce pequeños caracoles eternos altos y anchos hongos viudos que viven alegres arriba de los esqueletos extranjeros (ocupación de animales augurales) y encuentra eso que parece tiempo del tiempo ancianidad del tiempo y son los actos logrados hinchando la ecuación vital llena de acciones como bellota de castaño como barriga de botijo echada a la sombra de los olivos cósmicos por eso los hechos añejos bornean la trizada voz llamándole gritándole desde adentro de los mundos

siente como tristeza como vergüenza de ser y ataca defendiéndose ciego de espadas tajeado por la propia cuchilla oblicuo en cascabel de burla inútil o espantosa

hombre de noche deshojado desteñido de banderas invernales cuadricula Raimundo cantando lloviendo los pueblos del alma aullado y agachado y arrumbado así rompiendo lágrimas entre esos dientes de diamante ultramarino sonando a tumba vacía llorando gritando ladrando hacia la condición infinita

EL DESCUBRIMIENTO DE LA ALEGRIA

un día Raimundo siente que quiere y entra entra en la tierra aque-
lla e igual al zorzal de ojos escucha la arveja del siglo abiertamente
creciendo en lo infinito distingue las aguas de las aguas se abotona el
cinturón de la rosa épica justamente que vestirse de río o sol adelantado
y enorme

parecido a una caricia de árboles al bramido del automóvil apuña-
leado en las tinieblas altas a un ataúd que tiene raíces y además al
militar del horizonte el corazón de Raimundo Contreras sí

ahora al caminar va levantando los pájaros colorados pisa y
revientan grandes hongos dulces que tienen bastante mundo en las pu-
pilas arrumuradas de esteros eternos habla y sonrien todas las ma-
terias ¡oh! habla habla y setecientos camarones entusiastas emergen
del elemento del universo embanderados los cuadrados lomos dando
olorosos saltos de potrancas en soledad Raimundo entonces Raimundo
abraza la vida la monta y le revienta loros de tinta peras de gritos
agricolas

entran las guitarras y un gran chacolí rancagüino llora la cueca
llorada del roto choro la llora pero la llora realegrememente remolienda
de la empanada y la aceituna y el carajo de Raimundo Contreras gri-
tando y cantando como un arrollado picante repuchas la naranjada de
invierno que anda mamando el güaina

¿en dónde llevará entonces esa tal canasta oceánica de tortillas de
rescoldo y aquella cachada de aguardiente y aquel ancho poncho guacho
que declama en la proa de las noches fomentando grandes vientos fuer-
tes corriendo a la orilla del molino del mundo siguiendo el color arterial
de un cielo ausente pero alegre y de carácter rubio y éste y ése bastón
para muchos hombres poderosos que afirma el tiempo y sus techumbres
y es un río fragante a pataguas andando y saliendo de la naturaleza
encima del minuto?

diariamente le corresponde la niña cartucha del establo el mate de
vino que tiene el vientre agreste entusiasmo la situación subterránea de
Raimundo Contreras concursos de huasitas se desgarran los potitos de olla
o de fruta ño Raimundo empuña la pinga de santo ño Raimundo ño
Raimundo ño Raimundo

canonizado de cebollas el corredor de Raimundo recuerda bodegas de otoño uncidas a esa gran humedad olorosa y elevada del año que siempre sucede alrededor de las vasijas

un contentamiento que esplende soberbiamente su elocuencia de co-pihues en trapos negros sus anchos barriles de chicha de maqui sus ar-dientes enormes tunas agobiando lluviosos muros caídos a la tonada del verano en aspecto de animales profundos y su mar que levanta un pa-bellón de gritos azules que esplende soberbiamente un contentamiento que esplende soberbiamente felices pavos reales encima de Pelarco y revienta en Raimundo su huevo de agua saliendo de los psíquicos cósmicos subterráneos como chorro de inocencia incontestable

Raimundo se formula de dónde emana la tristeza y entiende y adquiere su carcajada

entusiasmo de tomates colocados encima del cielo sobresaliente la sociedad blanca del río que lame noches verdes erguida de pescados infantiles alzada de labios y cosas en significado de circunferencia brillante el día trenzado de goteras de boqui la vihuela morena de las lavanderas batiendo su desnudez feliz orillas del estero —¡qué te parece Raimundo!— y Raimundo arremangándoles las polleras a las lechugas besándole las tetas a la tarde mordiéndole los pechos a la muerte y de vez en vez durmiendo en la guatita de las cabritas lamiendo duraznitos que parecen meloncitos que parecen es que que parecen montoncitos de miel sobre hojuelas la vida ¡ay! Rosa gritazos de animal satisfecho y vagabundo flojera de gañán bostezo de peón hartura de gañán desvergonzado como los zapallos y la Julieta y la María que imponen sus potos calientes y muy buenos en las arenas tan maduras por debajo del fruto de sombra del sauce humilde y la Carmen Gómez que parece lioica y tiene gruesas y negras las trenzas sobre la pechuga de diamante y oloroso a jarcia naviera el melón de las verijas y la rubia Lucía lán-guida como yegua gorda y Rosalía la colorina la que es semejante a una frutilla de julio la pequeñita que se esconde en Raimundo y desnuda y mimosa y la negra Marina pálida como mula nueva y la bruta rabona de la Pancha arruinándole a culazos revolcándose lo mismo que golondrina salvaje en los cementerios de la porquería hermosa y babosa como dios borracho hasta la cacha

miren cómo va cantando el reputas de Raimundo a la grupa de las carretas costaneras arando la obscuridad cerebral con la yunta grandiosa y todavía la putita fina de "las parralinas" la de los senos chiquitos y parados campanas del mundo hablando en el jardín amoral sus luces ingenuas e ingenuas la de los ojos honrados arriba de las proxenetas la flaquita que maneja un pescado de rubí y es como gata de invierno entonces maduran las callampas hacia el sol desnudo prudentes vidrios celestes y un olor nacional a hoja podrida un olor genital a noria tranquila o viñedo transatlántico

encumbra el volantín de las provincias la bola profunda del astrónomo y del encendedor de naciones el globo del juez testarudo y educa

astros claros con ese hilo fuerte para siempre que amarra mundos y
muertos tira carcajadas contra el cielo y un mar antiguo ciñe su cintura
alegremente como idea de cadáver honorable alegremente alegremente
danzando en pelotas Raimundo

a horas tremendas Chile retumba en los bramidos en las palancas
de Raimundo Contreras el bruto

GEOMETRIA DEL RAZONAMIENTO
K A N T
LA LOGICA TRANSATLANTICA

grandes planos que refieren grandes libros implantan su eje cuadrado en las astronomías de Raimundo

comprende que comprende y está la seriedad enarbolando eminentes y elocuentes banderas en el solar español de Contreras entretanto Contreras se extiende colocando puentes de trenes urgentes encima de sus situaciones soberbias

sin embargo hay una higuera de fuego muerto en su juventud de metales

él anda abstracto totales-imperiales-rurales soledades con dominio astrosiquico como aquel que después encontró que encontró lo que encontró e iba llorando desde para siempre y anda orgulloso y aplaudido en sus entrañas estipula su vértice y obra tranquilo porque el suceder le topa y no le toma el alma le deja intacto obscuro antiguo el teorema del corazón

actos que se le caen se quiebran pero se quiebran no lloviendo acumulando la voluntad con sonido de mármoles continentales

sólo en lo inmenso de Contreras en lo eterno de Contreras algo le duele bastante a Contreras lo algo clásico la guitarra agusanada a tonadas desde los tiempos abuelos

poleas de sueño devienen en el laboratorio de Contreras

parte la madre línea matemática vihuela de Dios desde el hombre agujereando lo desproporcionado riel de imperios llorado de signos y gritos palo de bandera del mundo timón gran timón de un país naufragado en carcajadas desvestidas gran timón

cien mujeres indescriptibles le lamen la voluntad llenan de sexo el triángulo de energías educadas en lo valiente y lo cobarde simultáneamente se le cuelgan gozando

frecuentemente los tumultos le despedazan las amarras del límite otras abruptas olas que suceden soberbiamente establecidas y acumuladas y son lo mismo que mucho tiempo bruto reventando su dinamita incalculable en veces de veces se le quiebran todos los vidrios y desde todas las lenguas usadas lo acusa un Dios asesinado

madura ese poema grande-grande amarillo y asustado que vive entonces todavía entre rendijas de razones ese poema neutro ese poema cierto y apaleado sin volumen astrológico

recordando la pintura trístisísima de los cielos de los charcos un hoy prematuro oscila sin embargo en la ansiedad parada y definitiva de Raimundo Contreras en su voz lograda con temperamento redondo de epopeya en sus frenos mundiales y terribles con parecido a auroras apresuradas que presumen el porvenir de reventarse grandemente

ahora va a sujetar el tiempo ¡sujétalo! ¡sujétalo! Raimundo

ya no le requiere nunca aquella lluvia inmensa sobre tejados de provincia de invierno a tales minutos son truenos tremendos con acero adentro corresponde un temporal duro y recto de ametralladora un temporal de máquina un temporal de símbolos que adquieren la colosal electricidad rodeando las bayonetas de Raimundo los cementerios las poesías de Raimundo su luz determinada las treinta culebras de su país mordeiendo su verdad

y tiene sonido de ley la arquitectura de Raimundo

BODEGA DE VINOS Y CHICHAS

estableciendo sus reciedumbres honorabilísimas Raimundo Contreras está ocupado y amarillo

hay una cosita azul ardiendo apenas adentro del hombrote duro un departamento de debilidades felices un aroma de pueblos que nadie conoce olor futuro y sagrado aquel perfumamiento genial del almacigo del espíritu cuando se formula la primera tonada querida cueca del destino se torna profundo colgando duraznos en las higueras de siempre

¡ay! entre las lagunas encieledas la extranjera de Raimundo ¡ay! su montaña triste pero verde ¡ay! los cansancios preocupados de orden inminente y admirable testarudos como si se supiesen los objetos del cansancio no el objeto del cansancio si el objeto del cansancio ¡ay! tu juventud enamorada de tu juventud ¡ay! lo que acaricia lo que asesina entre los brazos preciosos de su noche estrellada de suspiros

canto de pascua de las obras caídas anteriormente en lo morado y lo violento

día de santo a la naranja querido de violetas abundante de capones en melodía de asado eterno la trayectoria de Raimundo demuestra barriga contenta y bastante de parrones elevados en tardes rurales y anchas

y luego arranca como loco sin embargo a la carrera de su gesto que es su sueño y retumba

arruinado de pájaros pálidos Raimundo persigue el galope de las águilas muertas flameando en aventuras de aluminio y la culebra psicológica le infunde su destino ultravioleta

parece que ese pariente astronómico de Raimundo Contreras anduviese anidando elementos infinitos y le parecen alas las pestañas

del oriente es Gumercindo Fuenzalida y su gran caballo muerto o ciego lo mismo que el horizonte partiendo la altura del año rajando la granada negra de la noche orillas de Raimundo tatuado entre sus tinajas sobre el petate de ópalo en donde pidenes y chiriguas encienden la vihuela de las totoras orillas de Raimundo que parece otoño de abejas orillas de Raimundo Contreras que está plantando matas de cerebro y de ciruelo en tierra de siglos entonces Gumercindo Fuenzalida se ríe del humo inmóvil que emerge y desciende desde Contreras sentado

crecido de callampas agosto ese agosto arrastra el mar en sus
barbas de barco y el camarón de tiempo y del pueblo le añade un río plan-
tado de callampas agosto en la puerta mojada del calendario

aquello le sobrepuja a Contreras es su esperanza superior a su es-
peranza

así como quillay como maitén como peral nacido de semillas
ese gran castaño de sombra a Contreras da sombra y empequeñece como
el hijo al padre

JUGUETE DE DIAMANTE

soledad de picaflor romántico pero dramático corpiño de golondrina y una dual figura de penacho de garza guagua en las ojeras tiene la hermosa niña de Raimundo

es pequeña como la niebla inmensa que aumenta las sementeras del crepúsculo entre las lágrimas

parece un pollito de mar en las rodillas arrodilladas del talquino que tiene vaivenes de mundo y pecho de rojas rosas rotas

y sus botitas de queltegüe taconeando el corazón de Raimundo Contreras

veces de veces le parece a Contreras que ella no sucedió desde afuera hacia adentro como manzana madura sino desde adentro hacia afuera como lo caído y tremendo de las cosas futuras que son el pasado de la esperanza y como obra suya apenas cree que existe y la llena entera de lamentos

pero la desnuda y la encuentra indiscutible

¿han visto ustedes el signo que formula el río columpiando a la grupa la rosa llorosa de vergüenza rosada?

y lo mismo exactamente que el sol que monta la tierra agonizando

Raimundo quiere que reviente para siempre ese huevo negro de la noche una noche como mar sin tiempo edificada de infinito a infinito en situación de gran cama profunda amarrándolos abrazándolos en su miel oscura y tan aguda que extiende terciopelos de leguas de lenguas muertas en lo amarillo de las playas amadas

esas grandes bestias melancólicas del provinciano rodean a Lucina averiguándola afligiéndola y sometiéndola a temperaturas álgidas como ceñida de incendios de sueños muertos

y porque Contreras se detiene rugiendo escarbando los cementerios arrojando sombras históricas contra las palomas del límite buscando y tronchando su ecuación total amontonándola de bramidos con todos los toros de su océano acariciándola a lenguadas de animal obscuro alucinándola de gestos de cantos de gritos que suceden desde las eras soberbias y elementales la niña de Raimundo se asusta se arranca y se esconde en la propia ternura llamándole desde lo cotidiano buscándole desde lo presentido

en condición de criatura de guerrero olorosa a madrugadas deshojadas y a tierra bíblica

hay muchas palomas de ingenuidad en sus ojos frutales anidando cielo a cielo por lo mismo formula su vuelo vario alegremente entonces pero entonces él se entristece y desgancha los crepúsculos a puñaladas moviendo los cabellos en la gran aurora

ansiedad de león y de perro manera de obedecer mandando amor que lame pasión que muerde tirando abismos contra la muralla del temporal cosa muy triste por demasiado alegre brutalidad de dios judío exclusiva y acuciosa brutalidad hermética como el fruto del árbol que no da fruto y está siempre ardiendo obsesión de santo y de tonto al cual sangra la herida de la idea fardo que parece astro y es de soles azules gesto de piedra triangulado de diamantes amarillos en ese terrible pabellón enlutado que arrastra cielos muertos encima de universos en orden lúgubre y funeral de navíos de sombra naufragados en otro tiempo cuando no había tiempo en otro tiempo que canta helado su actitud desaparecida

el olor de los astros casados enormemente toda la perfuma iluminada por la antigua flor del mar demuestra un nido de guitarras en la melena embanderada de alegres vientos negros marinera gitanilla del occidente danzadora que tiene ilustre pecho de violeta y un árbol de azúcar a la orilla guinda semidesnuda guinda cutis de ajo a mujer infantil oliendo

agranda el cuerpecito de Lucina aquel gran collar imperial que es la brújula de las altas almas desterradas aquella gran alhaja de niebla aquella gran alhaja de esplendor navegante que llora en la figura de los pobres dioses olvidados entre pueblos olvidados estremeciendo las cenizas el crucifijo de compromiso con lo infinito la joya preciosa del ahorcado y del juez y del asesino y de todos los santos y que parece signo de rubies o cuchillo de guillotina o espada de rey o de ladrón o de capitán del mar o avalorio de bruja o de loca o dulce torcaza de rocío cantando y volando entre la ropa interior de una flor o pecho de ciruela lo más fino lo más azul lo más puro y entrañable del entrañable muerte de animal joven balando debajo de la noche y la madre y el espanto rabia de genio cintura de estrella o de poema golondrina literaria liga de niña de colegio

estilo de cerámica recuerda las islas del cacao y del flamenco —habanera y jamaíquina— las morenas cafeteras y ese aroma egipcio o hebreo de los herbarios o de los libros antiguos o de los altos y anchos pájaros de la geografía que es la poesía del sedentario recuerda la sonoridad oceánica del caucho y de la chancaca y del grano de atardecer del maní criollo tan alegre y tan ardiente recuerda la alegría de los hermosos loros tristes su vaivén tropical de canoas y de palmeras y el sol y el charlestón y la flor negra de las colonias y la barba rubia del tabaco llorando los cantos de la marinería

Raimundo la quiere y la huele como a una naranja pero la aprieta mucho y ella llora sola haciendo pucheros de uva entonces él le corta rosas de risa y amapolas

“la adora” y quiere matarla establecer lo transitorio en lo absoluto irremediable tallar el tiempo tallar el beso en piedra de mundos pose-

yéndola contra todas las cosas durar en ese instante definitivo comerle las
entrañas a todos los que la miraron sí pero ya algo enorme la rodea
algo de sol de miel de luz madura sandia madura guitarra madura
corazón de santidad

mira a Lucina y rememora el caquí profundo la guatita de la ollita
de Talagante la curva entera de lo humano enarbolando su luz dramática
de escritura de cementerio

¿por qué convergen a Lucina todos los caminos? porque convergen a
Lucina todos los caminos de la misma figura que al poeta todos los suce-
sos por convicción del ser cósmico porque rodean su postura de ejemplo
adorándola los fenómenos

Raimundo Contreras comprende que disminuye su abandono y solloza

E L H O M B R E
QUE SE OLVIDO DE TODAS LAS COSAS
ANTIGUO DIOS ABANDONADO

lo mismo que el crujido a la rueda aquella niebla cierta y aquel ademán vago e indescriptible a Raimundo Contreras

tiene la cara torcida hacia el otro lado del mundo

parece que hubiese pájaros muchos pájaros muchos pero muchos pájaros alrededor de Contreras o que oyese diálogos cósmicos y aun que hubiese muerto y que hubiese muerto antiguamente en la Mesopotamia llorado de estrellas caldeas y animales

aquesta gran humareda es Raimundo es Raimundo aquel incendio sin fuego y sin leños aquel problema de humo poesía derrotada que espande altas olas confusas en azules incalculables

porque Raimundo está redondo no cóncavo es decir sonando es decir cubriendo toda su actitud como la gallina echada o Dios en el primer día del misterio cóncavo muy cóncavo semejante a la distracción del cielo que es completamente cóncava en aquel parecer distraído que emerge de las cuatro esquinas del mundo gritando azul ardido y está situado en ausencia

toma a Lucina en condición de recuerdo sin material humano como un hecho o como un sueño de ella en él o viceversa y la toma integra

es como si a la tinaja que contiene vino le preguntasen qué contiene y contestase oliendo verificando la verdad primordial de ese alegre rumor de años haciendo vino hirviendo vino siendo eso: un sonido de abejas formidable

hay una sonrisa recordando en Contreras la marea en los peñascos no es que sonría es sonrisa todo él sí a la manera del sol que no canta es canto canto del canto inamovible

"Lucina" "Lucina" balbuce como quien llama a una paloma de olvido y Lucina lo está besando como quien llama a una paloma gimiendo poniendo miel a la llegada y la tiene adentro en el sentido del sonido en la campana y como si un hombre cualquiera se pusiese a tomar tragos de cielo grandes tragos de cielo y se volviese invisible a la luz y como el pan la cual tonada es de las eras

caminarán mil años mil años cien mil años ciertamente Raimundo Contreras y Lucina

CRUZ DE LO UNICO

crisis del rumbo ahora que conoce fin camino escrito en ladrillo de civilizaciones de esmeralda limite de miel amargura

ya no será capitán de ladrones ni herrero ni pirata ni trovador-cazador de búfalos en las novelas ni vagabundo de aventura ya no será el borracho que duerme en los pajares cosmopolitas ya no será el solitario y el sinvergüenza que agarra libremente la fruta sonora de los caminos y sonríe ¡ay! Raimundo ya no serás ni asesino ni santo ni extranjero en todas las fórmulas

una luz rodante va parada en la alegría poderosa del huaso que florece frente de automóvil

digamos que Contreras arrastra la carga sagrada de su felicidad y es semejante a quien camina entristecido de carcajadas

Lucina le conduce alegremente sin saberlo como a Dios los pájaros es la idea que duele y que arde no es la idea es la herida que duele y que arde no es la herida no es el umbral tronador de las banderas y los suicidios la flor oblicua el alimento incendiario en las entrañas desventuradas del enamorado la imagen-perro que le muerde el placer degollado el placer destruido que expande dolor irremediable

escribe un acto y piensa impone un tranco y sueña llorando su actitud perdida

e insiste como los molinos o lo mismo que los recuerdos sucios o la ley biológica o la ley mecánica o el calendario el amante viejo feo y sin jardines

¡por Dios! Raimundo tiene Ud. siempre la misma pupila en las pupilas universo igual e infinito igual

arena del cerebro mal vertical cuchillada puñalada de sándalo gritadora voz obsesión de la gotera en las provincias empapeladas de aburrimiento mar humana edificio que se construye y se derrumba y se construye y se derrumba y se construye y se derrumba como la epopeya oceánica o la paradoja desterrada que escribe el atardecer en las pizarras quebradas

ya va sumada a él rigiendo su costumbre es su costumbre si es
su costumbre su mirada su pie su sexo su boca y el ademán de su
boca su juventud el péndulo de la enfermedad y la eternidad goteando
los números del suceder bergsoniano

fenómeno monótono y sublime como el mundo

poco a poco Raimundo extravía las distancias pierde la llave hu-
mana francamente pierde la llave humana y entonces ella se sumerge
adentro del afuera del adentro en él y él no la ve

¿qué sucede?

Raimundo Contreras está vivo y está muerto contemplándose en ese
presente infinito

o solo llorando

A LA MANERA DE LOS SENTIDOS DESPARRAMADOS

conciencia dispersa no construcción de niebla en niebla de niebla
arquitectura despedazada hay voluntad en aquella congoja deshecha un
principio útil de superfluidades lo que amarra lo que orienta la disgre-
gación celular del difunto aquel fluido feliz de formas porque se cons-
truye lo mismo parando que tendiendo es decir canto o llanto o nudo
oscuro ordenamiento...

MATEMATICA DEL DESTINO

como hombre que recoge piedras así Raimundo reconquista su estilo
estaba enfermo del problema psicológico
ahora le conviene lo contrario de lo contrario los obreros engrande-
ciendo murallas partidas indiscutiblemente la manía dominadora la tra-
yectoria industrial del hecho

sí

furioso entusiasmado acapara esperanzas disgregadas gobierna
su barco salvaje tira un grito riéndose y lo agarra en la punta de la
espada desenvainada y cuando se le caen los pantalones al universo
patea la tierra ¡reputas! ¡carajo! hay que ver a Raimundo libre grande
fuerte en pelotas desensillando estrellas desnudas y soles chúcaros en
este instante que huele a quillay descuerado mierda enderezando la
verija como toro oliendo las montañas sudorosas

porque empuña la vida y los cuchillos de la vida en majestad de
guaripola único

¿emperador? exacto emperador de leones rey cavernario y tro-
tamundos hijo de fiera padre de fiera nieto de fiera en las tribus erran-
tes peludo chivato moreno entre ovejas antiguas cohabitando

¡hurra! su libertad ¡hurra! su corazón ¡hurra! su porvenir su tal
pana chilena

la guagüita idolatrada lo mira y lo quiere al animal divino del mari-
do a ese Raimundo que anda saltando épocas de continente a continente
con tranquilidad sin ley posible imaginable

aquella tan polvareda que hierve metales amarillos en todas las gar-
gantas de las montañas es Raimundo Contreras que arrea piños de vacas
azules rebramando puchas el macho remundial de Raimundo puchas el
jodido puchas el niñazo "le zumban las babas le cuelgan los mocos"
entrecrestas si parece topeadura de colchagüinos riña de gallos riña de
potros pelea a cuchillo riña de perros borrachera de asesinos remo-
lienda de ahorcados trutruca de indio horriblemente rojo y negro en la
amarilla Araucanía astro que revienta en sangre

igualmente a alguna cual pulguita oceánica que sucede en la arena
de la arena emerge del subconsciente la tristeza geométrica ecuménica del
himno ese cristal verde de parecer absoluto

comienzan a despuntar ciertamente a madurar las cordilleras en-
sangrentadas debajo del ciprés del ocaso los gallos casados de los pueblos

el caracol azul y agreste de la mar chilena en la superficie expresiva e inaudita de Raimundo y los designios estupefactos de la raza le aran la cara de responsabilidades vagabundas barros de almas gritos de almas inminentes

como ratones en nidos viejos o como lagartos como culebras en nidos viejos así se crían en Raimundo esos oscuros esos peludos esos inmundos poemas de santo suciamente humanos suciamente amargos vergas de helecho indecorosas

él no es un conjunto de perros aullando ni un conjunto de yeguas relinchando ni cien leones emocionantes rugiendo adentro de la noche no caramba no él es un gran ademán educado un carro enorme y ardiente de animales salvajes pero con gobierno esa inmensa fuerza de lo regido el tren que emerge desde lo obscuro hacia lo obscuro enarbolando la luz oscura de las catástrofes por dirección única y álgida egregiamente la bala que arde y cruje y va lanzada eso lo férreo lo geométrico la música pitagórica de las matemáticas que son la libertad dirigiendo la libertad el hombre entonces

determina su deseo lo enseña lo agranda y le concede lo mismo que la escopeta a esa bandera tan blanca que enarbolan las palomas llorando

Raimundo es Raimundo

si por compasión un riel le partiere la cabeza agarraría la cabeza y la iría acumulando la iría edificando pacientemente como un verso o como un templo día a día

va montando un potro terrible pero él es más terrible él es mucho más terrible que un potro terrible

escarba la tierra como los toros gozosos llena de bramidos de bramidos la tinaja ultramarina de su país natal saca la pinga y la besa "entonces" se ríe inmensamente antiguamente como los esteros desafortados entre las quebradas como el vino en el chuico como las segadoras entre las sementeras tragando a carcajadas aquel sol frutal que las agarra de las tetas aquel sol frutal que las levanta de las mechas mordiéndoles las verijas

¡chupallas la huasquita que anda trezando Contreras! mango de luma florecido en albahacas rebenque de pellejo de buey salvaje hecho a setenta tientos argolla de hueso de muerto

Raimundo Contreras el chileno

pateados de cebolla con harto ajo y chacoli de Pocoa de Parral de Pelarco patas de chanco y aceitunas

"¡ah chitas el gallo pueta ¡oh! y tan güenazo pa la copa por las reconchas!..."

rodean a Contreras sus hijitos Lucina se hace la chiquita entre sus besos implacables de campeón ¿de campeón? de campeón del tiempo Santiago de Chile le ofrece un poncho de dudas como dos lobos hermosos Dionysos le saluda desde los viñedos y las bodegas de la antigüedad

¡y eres bien hombre Raimundo Contreras!

IMAGEN

de la materia que es seguramente porosa como esponja o como recuerdo de amante muerta o como atado de agua de alma él obtiene algo duro muy duro y lleno de esquinas: dios químico inmóvil y difícil que canta viviendo a la manera de los espectáculos

palomas paradas a la orilla del tiempo

comprende que el diamante se rie entonces solo enormemente abriendo la cara que la piedra es tan animal como el sueño que el material del vidrio del himno tiene sangre blanca o sangre negra pero nunca roja como los deseos ni como los cuchillos o los cardenales del poniente y por lo mismo no simula la naturaleza amasando la cochina objetiva en compases de barco o de tonto

humo de piedra que ondula arrastrándose derrumbándose como mono de plomo bestia de hierro con lamentos y sin embargo percharán muy elástico y muy eléctrico y agilísimo ciudad mental y ausente

alegría tan igualita a vaca desnuda o a río blanco y ancho con pescados negros terriblemente sin crepúsculos es lo contento de Contreras postura y lazada de viento la ecuación del canto del sembrador cuando ha sembrado del forjador cuando ha forjado y tiene derecho a la tarde la alondra estremecida de los picapedreros y los borrachos y los poetas y los bandidos el grito inmóvil del que descubre mundos sublime vil altura de los que administran peligros: armas de fuego mujeres epopeyas países sepulturas esperanzas y otros errores como el tiempo o el mundo. y también alegría de serpiente enamorada y también alegría de huaso rico tomador y comedor cuando el otoño deshoja la primera guitarra amarilla

frecuentemente gira y canta adentro de su imagen alguna estación de naranjas triste de mujeres y aceitunas sin horizonte provincia del recuerdo en aquel parecer lluvioso que retumba como día de invierno en los osarios

gallina del infinito que pone olores domésticos vieja del rescoldo comadres del mate con tortillas de causeo de parientes de violefas oliendo a azúcar quemada y lejana historia de antepasados queso de

familias a la lámpara con pueblos con muertos eternos con versos
imperdonables "posada del Tiempo" aquella flor abierta que no floreció
renunca

toma la paloma del presidiario ave de hambre y cria soberbios
polluelos contentos

estilo de cosas que no sucedieron él las agarra las abarca las
aplata estipulándolas en significado de verdades inabordables y **pro-
duce el orden**

PELIGROS DEL POEMA
HOY — LA CURVA OSCURA
EN DESPOBLADO

así como los caminos son esteros de almas muertas persiguiéndose llorando tiempo y hechos y es la tierra ingenua como rodilla de mujer el corazón del hombre siempre se parece a un dios pelado o como son pelados los niños o como son pelados los viejos y ambos asombran o lo mismo que nido de bruja de heliotropo de vaca

por eso Raimundo parándose en horrores empuña inauditas pólvoras asesinas que son elementos egregios con su prudente mano de padre

olas de silencio altas olas de silencio lo van arrinconando contra la montaña de fuego todas las hienas de la soledad y su actitud la propia memoria lo escupe lo araña le tira espanto a los ojos insultándolo en la inmensa noche abierta entonces se abre las entrañas y mete adentro a Lucina y mete adentro a sus hijos y a sus hijas y les hace camas de besos y echa a rodar mundo y cielo abajo terremotos de carcajadas bolas de llanto que revientan contra las piedras eternas del siglo trombas de miedo bombas de sueño que retumban como el mar y el sol en la desgracia y aun como los muertos ellos cuando caen adentro de la nada

de repente tiembla pero tiembla porque el alma le invade la geografía humana y se teme se teme como se teme el que camina solo de noche y no sabe si él es él o su sombra y no sabe de dónde depende lo obscuro y lo obscuro de lo obscuro exactamente y no sabe lo que es menester ignorar tiembla porque el pellejo se le hincha de espíritu como la fruta o la vida cuando se pudren cuando se pudren

oficio de partir piedras con los dientes o de cortar cielos con el prurito de hacerse trajes azules calidad de emperador en el desierto y un sentido de desviar los vientos y quebrar los ríos y ponerles el hombro a las estrellas aunque se haga pedazos la columna despavorida de la voluntad deber de emprender un camino sólo un camino que no empieza y no continúa y no acaba y es evidente como el ladrido de un perro o el suspiro de un muerto y arrastra al artista como la lengua al ahorcado ocupación de bandolero y de solitario ocupación del que hiciere murallas y comenzara a botarlas a patadas furiosamente y construyera edificios formidables torres de hombres asesinados de sudores puertos

para mares sin sentido palancas lo más difícil y lo más inútil y se
pusiese a trabajar todos los años de la eternidad destruyendo lo creado
aguanta Raimundo Contreras a la espalda unos mil sacos de an-
gustia ya se revienta ya se condena pero no afloja

día a día deja caer su fruto horrible manzana de oro de la tar-
de que es zapallo o racimo de azufre en la cocina del pobre y las
mañanas que son aplausos quebrados

¡ah! querida cuando ni siquiera es posible entretenerse degollan-
do dioses malogrados

soberbiamente Raimundo Contreras el soberbio hojea la natu-
raleza tomando su aguardiente imponente adentro de la impunidad de
todas las almas humanas y Dios juega entre su familia

El Canto de Hoy

1930 - 1932

MITOLOGIA A LA MUJER EMBARAZADA

A tu bosque de soles, a tu gran archipiélago de sangre clamante y blancos, rojos, negros números, a tu drama de pájaros cósmicos, el material azul destino.

Desde mi angustia exacta, categórica, humana, enarbolando llaves de noche, como grandes palos de locura, en altas islas, en anchas olas, aterrados, la especie saluda la especie, su dirección de esmeralda, de amarilla azucena, de horrorosa escritura, trabajando por adentro de sus túneles de rubies resplandecientes, aquella tu belleza de flor madura, expresándose en rosales preponderantes, mi dulce amiga, desde mi angustia exacta, categórica, humana, en valores patético-dramáticos tallada, como un libro de piedra.

Son tus felices lunas de niña, resonando de grandes árboles, el paisaje de lilas tibias y la escolar casita, toda sola, en añiles cielos de moneda, tierras de oro, ríos de guitarra, estatuida; es la señorita de la cabellera enlutada, quien se recoge a tus entrañas; son los océanos y los anónimos laureles atlánticos, que imploran hecho y sueño en tu presencia de son ultramarino.

Naranjas de cristal social, tus colores de cárcel fragante, en cadena de leyenda formulada, decoran, y unos metales blancos dan sobra a tu cabeza tierna, entre sus frutos; el tiempo se detiene a lamerte con su actitud de perro deshojado; desde muy adentro de tu estirpe, canta el mundo la historia humana, encadenando pechos de tórtolas de fuego a aquella situación pitagórica que se parece a una encima azul y sin tamaño: dos ríos de cosa inmóvil, por láminas de lágrimas constituidos, circulan tus sollozos de geografía; un Dios florido, como un número, pulsa tu ánimo, haciendo proverbios de países o de ciudades o de naciones de humo con los "nomenclolvides" humanos que deshoja tu cotidiano; pie de pinares europeos; y un aroma a palabra entristecida emprende un vuelo boreal desde tus nidos.

Caballos de azabache galopan tu juventud ahora; tú vas montada, egregiamente, y tu ideal besa el estribo, contra los sonoros crepúsculos y la paz guerrera del occidente; arde un verano de trigales durante tu mirada.

Echado a tus riberas, huelo a trigo, morena amiga, a buey asado en los desiertos, a piel mojada, a estrella aventurera entre esqueletos azotados; escribo al idólatra antiguo, así, preñada, así, madura y redonda como un mundo; arden montañas grandes a tus pies, y una gran pelea de leones, con rugidos sacratísimos tu religión saluda, entre tus mares de gigantes, moviendo los soberbios sueños de la pequeña hembra con sonido volcánico de historia; tú y tu gato celeste ocupan todo el tiempo sin suceder; desde los lagos eternos te hablan las fuerzas altas, en anchas jerarquías definiéndose, poderosas y ataviadas de instinto.

Trabajados por años humanos, tienes la edad preciosa de lo infinito, niña, madre de dolores, y nuestro amor serio es tremendo de anarquía.

Soplan las formas tu hálito de llama santa hacia nosotros, como al azotar piedras la grandeza, como si nos opusiéramos a la tempestad matemática con hecho eterno, como si todo nos desconociese, estando adentro echado, en actitud de mito que anhela arte y orden, furiosamente.

Apretados contra la nada, hacemos hijos llorando en la alegría tremenda.

Mi soledad te cuida como un perro un nido; tu actitud echa a volar un pájaro amarillo por el callejón del otoño y él retorna con las alitas heladas; pero los leños arden de verdades; golpea las puertas el sol poniente con su bastón de canción tronchada y los troncos pálidos se conducen lo mismo que difuntos; una gran música de ánimas viene; agobian las hojas delirantes la flor de tu corazón y yo comprendo tu cabecita de poesía; es ahora la guerra de bronce enorme.

Un porvenir agrícola, sin embargo, difunde tu inocencia religiosa de espíritu y una dual laguna.

Estrellada como un cielo, tu cabeza, tan digna es, que canta; hija de Dios, la abeja asalariada te extrae miel del pecho y, jugo puro, tu claridad se defiende resplandeciendo; un musgo colosal de lunas muertas se te hizo ceniza divina.

Y la gloria reposa en tu perfección de lágrima.

(“Antología de poesía chilena nueva”, por Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim, 1935, pág. 100).

Canto de Trinchera

1929 - 1933

FRAGMENTO

La congoja oceánica, que existe en lo amargo y lo salado de la lágrima, el horizonte de grandes verdades enluta.

Un canto terrible, inmóvil, inmóvil encima del tiempo, en las últimas vigas, como un viejo cuervo negro y sin entrañas, avizora los sepulcros de los oscuros dioses olvidados.

Pero, por adentro de las ruinas, la magnolia soviética viene partiendo los elementos.

No es un sistema económico; no, es un mundo, sólo un mundo, todo un mundo quien se va de espaldas, o no es un axioma económico, es la belleza capitalista, es la verdad capitalista, es la grandeza capitalista de Occidente, la cultura de Occidente que perece, enormemente; es la jerarquía falaz, en la falaz escala de valores, establecida, cayendo en los infiernos amarillentos; es la nueva valencia, que ocupa sitio y hora en lo histórico.

Ciertamente, habrán de abrirse los presidios y los osarios, y el Gólgota abominado clamará su miedo en los huesos modernos. ¡Ah!, pero la mayor espada, la más soberbia, la más siniestra, no es capaz de degollar el espíritu...

El proletariado inicia la marcha del hambre sobre la civilización contemporánea; la propiedad privada araña el corazón social, anida en sus entrañas, dormida en sus entrañas, como el gusano en la fruta madura, mordiéndole las vísceras de patetismo; el sufrimiento es la bandera ensangrentada; la era moderna, como un gran pájaro de ceniza, revolotea sobre las urbes dramáticas, graznando los cantos amenazantes del humilde y del rebelde; y la ciudad futura, livida y trágica, en actitud enorme, emerge, cristalina, de las ruinas heridas, con la plaza roja, medio a medio del pecho.

Enarbolando toda la época, semeiante a una oscura relación de ilusiones inferiores, camaradas, se está pudriendo una gran bestia: el burgués.

Jesucristo

1930 - 1933

CADENA DEL PRETERITO

Desde muy adentro y muy abajo de la existencia, padres, allí donde están revueltos los primeros elementos y grita el radio del barro de "Dios" su victoria, de ese presente cósmico, me arrebatasteis hacia las provincias.

Niños de España, cristianos, en Castilla y Vasconia ardió la vuestra humana sangre, su cantidad numerosa y trascendente, de imagen épica

Eras tú, Ignacio, el hombre de la mirada verde, de planta y agua, y mandíbula de carnívoro, y tú, Laura, la novia marina que nos robamos a la grupa del estupendo alazán novelesco, digno y alto y puro en su galope, y los dos, un nido de águilas.

Si en los lluviosos años cantáis aquella gran tonada de los muertos, yo os escribo en la historia humana.

Jóvenes, de flores crecidos y familia, la vieja estampa superasteis, viviendo con acento eterno de multiplicación heroica y océano, y, junto con vosotros, divisé el primer cielo del mundo.

P A B L O

I

ENIGMA A ELLA

*En aquel entonces, tú eras endeble y apasionada como la flor de las églogas, columpiando la mañana llena de polluelos de golondrina; una gran magnolia de miedo ardía entre tu pie y tu ilusión, e ibas llorando, distraída, aquello que aletea en la otra orilla de las últimas rosas... Yo rimaba signos, y era romántico y dramático, como el ideal de las mujeres muertas. Varonilmente, empuñaba la palabra del asesino infinito, contra la mentira de humo, y el marxista ya crecía del adolescente *incendiado*, con la oscura aritmética del exceso.*

Posiblemente, la tonada embanderada que vivimos, entre la miseria y la soberbia estrellándonos, fuera la eterna voz recuperada en las nuevas vihuelas, porque todo hombre inventa el mundo cuando quiere y cuando muere, pero nosotros, si, nosotros fuimos los primeros habitantes del país humano. (La arreligiosidad absoluta nos hizo místicos).

A estas alturas, un estilo de espadas quebradas incendia nuestros huesos viejos. Es la valentía guerrera y soberbia de aquellos que vivieron entre el azote y las llamas de Dios, estremecidos, y encadenaron los elementos adentro de sus corazones de leones. Y un frío temible y cerebral, como el océano, castiga las almas trizadas, estriándolas en aquella chimenea inmensa, Winétt. Acorralados entre montañas grandes, nos golpeó la cara con su látigo de mares calientes, bramando, aquel viento de piedra que ardía en la razón nocturna de las tribus hebreas, aquel sol rabioso de Dios, ansioso de Dios (*la materia enigmática*), aquella gran tristeza aventurera del antiguo idólatra. El amor nos mordió quemándonos, y el dolor nos lamió con tan amarga lengua la llagadura, que el corazón se nos trituró de canciones. Extranjeros y expatriados de todas las tierras, gritamos hacia el oriente la ansiedad revolucionaria, retorciéndonos los cerebros, a la orilla

de las espantosas murallas, sumando los llantos humanos para echarlos contra la sociedad maldita y sus orígenes. La gran técnica dió su enorme grito de oro: U.R.S.S.

Llegaron los hijos desgarrándote, como a una higuera, la abundancia. Unos vivieron, otros murieron pisoteados, perseguidos por la eternidad, como el animal por el hombre y el hijo del hombre, semejantes a palomas guillotinas bajo la cuchilla de Dios. Cinco niños, como cinco libros de oro o cinco caminos de diamante y un azahar, defienden tu pecho de la soledad asesina, y dos recuerdos te llaman desde la tiniebla, a ti, cruz de tribu proletaria.

Sembrados de escrituras de osamentas están los desiertos del arte; amarillos esqueletos pueblan las leguas, la cantidad vacía, como grandes mitos macabros de esclavos encadenados a la gran piara sangrienta; son los camaradas caídos; sí; son los que no murieron y están muertos, completamente muertos de muerte infinita, en los rebaños. Desde sus memorias sin lirios, arañan las viejas víboras los corazones arados de sol y de batallas. Blanquea, como un nido de plata, tu cabeza enormemente flor y mar; lo mismo que una gran ceniza de volcanes apagados, toda la tristeza del siglo espolvorea mis cabellos —espíritu con tierra, con llanto, con sangre—, cabellos de animal sagrado, y un sudor violento y chileno, rojo y soberbio como vino asoleado, me baña el alma, perfumándola, como al cuchillo la garganta enamorada.

Semejantes a perros de fuego, aullamos por la bondad infinita, por la justicia infinita, por la verdad infinita y la organización bolchevique, desde aquella gran humareda del abismo. Y las palabras rebotan del negro al rojo, del rojo al negro, calcinadas sin calcinarse, amartilladas en aquel metal del espíritu, en aquel metal de sufrimientos apagados, que clama adentro del corazón del mundo y es su ley maldita. Un ideal de horda nos tatuó capitanes.

Ahora no son besos los besos, no, ahora no son besos los besos, es un beso doloroso y perfumado, aterido y perfumado, vagabundo y perfumado como una rosa negra, comparable a la herida de un violin anciano, revolcándose en fragantes tardes degolladas, comparable a ese atado de dolor, que crece y arde en lo hondo de lo hondo de lo hondo de la humanidad su fragua enorme, y parece la materia de donde se hace lo divino, comparable a una cabeza cortada entre dos ejércitos.

Así se comprende, viviendo, *lo absoluto, devenir del devenir*, y el carro de barro de la historia.

Suspira aún entre la yerba espesa de mi pecho, aquella niña preciosa *que fuiste, toda pequeña diosa, pequeña forma pitagórica. Aquellos ojos* eternos, agonizantes, debajo de la cabellera enlutada, negros, infinitamente negros, hechos de oro negro, en el cristal del cuerpo nuevo, del cuerpo tierno, ingenuo, y la ciruela del sexo; aquellos ojos inmensos..., puros brazos, finas piernas vegetales, y un pie tallado en agua inmóvil. Nada tan

matinal, nunca, tan sacrosanto, tan delicioso, tan de flor religiosa como tus altos pechos duros de virgen, agreste y urbana en su capullo.

Evocaría el trigo del África, la flor noruega, la manzana y la castaña y la naranja del más dulce otoño, la uva madura en el viñedo, la malva florida en los patios de las casas de españoles, el pan, la miel judía, el sol de los últimos besos, la golondrina vestida de cielo, para hacer tu canción de antaño.

Ahora no nos preguntamos qué es aquello que nos empuja y nos orienta en la desilusión definitiva, aquella fe tremenda y soberbia, fe de león, fe de volcán, abrasadora, ecuación de altas llamas blancas, abstraída, infinita, sin materia y materialista, contra la opinión pública del mundo; ahora no nos preguntamos por qué nos hemos quemado la vida, alevosamente, tranco a tranco, como aquel que conoce el vacío y el misterio de la existencia; ahora no nos preguntamos si queremos o creemos, o si queremos lo que creemos, o si creemos lo que queremos, o si queremos lo que creemos porque lo creemos y lo queremos y lo creemos, y la voluntad de conocer es conocer, y es conocer hacer, y es conocer poder, y todo lo contrario, no, cargamos a la espalda todas las cosas invisibles, doblados, callados, como los antiguos aventureros a la siga de las hijas malditas, mordiendo cuchillos sangrientos y andrajos de venganzas.

En este instante sin tiempo, como un rebenque de siete serpientes anudadas, aúllan los sarnosos lobos, y en las nuestras cavernas de santos, el gusano y el toro y el batracio y las águilas, otorgan su gramática al alma humana. ¡Eh!... Con nosotros todos los forajidos sublimes.

Es menester el profeta, no el poeta, Winétt, el incendiario rodeado de salamandras, la autoridad de metales incandescentes que produce Juan de Patmos, la substancia volcánica de Job y Ezequiel, aquellas afirmaciones eternas, de acento egregio, que formularon las razas cuadradas del Asia, y los escritos, rojos ladrillos, amiga, y es menester Lenin, sí, es menester *Lenin*, y la insurrección proletaria: "*clase contra clase*". Por eso queremos la antigüedad, la más antigua antigüedad *futura*, lo antiguo. Astrólogos-dialécticos de la época, dirigimos su matemática enorme, su futuro desde su pasado, el colosal terror del porvenir, desde los altos números de la Mesopotamia, la jerarquía democrática del comunismo, el hecho-quimera-historia del materialismo, desde los infiernos amedrentados de la pequeño-burguesía.

Adentro de nuestro hoy inmenso pelean la bestia y Dios, con grandes palancas de silencio, y un son heroico columpia banderas de pólvora encima de tu voz pequeña y tronadora, como la ley del átomo y la revolución proletaria; la rebelión social nos nutre; y arde con nosotros el gran poema de clase, anticipado a la era obrera, el canto de la Tercera Internacional Comunista.

Mi vida salvaje encontró ecuación queriéndote y me desperté taciturno, solitario, poderoso, como un general desterrado; así creció mi espíritu encadenado en la total voluntad de la cadena y el límite, y la epopeya fué la anarquía que rebasa la máquina matemática, rompiendo y tronchando

el engranaje, y la substancia metafísica: mi voz te lleva adentro como un antiguo tesoro perdido.

Parecida a una hermosa canción, la juventud se derrumba y se deshoja, rodeada de amarillas frutas, de amarillos pianos del crepúsculo, y, aunque mi poema acaricia siempre tus siempre veinte años, con el pelo suelto a la espalda, algo se muere, se hunde, se pierde, y entra un mundo mojado, desde el pretérito.

Parece un canto lleno de gente muerta mi corazón, y tú, aquel ramo de nidos o aquel jarro de vino que perfuma la caída del sol y sus guitarras, Winétt; un gusto a higos dorados tiene tu lengua; y una elevada lluvia golpea los tejados y apremia la cosecha de las hojas, invitándonos a la antigua poesía del invierno, antología de todos los idilios de la historia, desde que nace el hombre, y agoniza queriendo: suspira la provincia los olvidados campanarios provincianos; lo mismo que trajes raídos, los apolillados recuerdos y sus flores, tristes flores, van llorando vidas.

Y estalla la aurora soviética de Jesucristo, y sus obreros.

SUBLIMACION DEL DRAMA HUMANO

Era la estrella de papel desteñido, de los dieciochos y los velorios y los pueblos llovidos de ánimas, a la cual estaba pegada la barba de los magos caldeos, y, abajo, los desiertos despavoridos, cortando los años cuadrados, como una gran espada, o aullando, delirando, resonando su enorme autonomía; adentro de un resuello de animales, estaba el niño, como el agua en la jofaina, estaba el fruto de los establos abandonados, lo mismo que una rosa en una boca inocente; un balido de ovejas azules, talladas en oro, cubría de racimos de jacinto la miel de los ríos dormidos, y un son de canciones de pastores de regiones infinitas, acumulando lo divino, florecía y renacía entre las lágrimas del cielo.

He ahí que había en Jerusalén un varón justo y pío, hombre de nombre Simeón, el cual temía a Jehová, y, adorándolo, creía en la consolación de Israel, y creía en el Espíritu; así, cuando a Jesús adentro lo metieron del templo, para circuncidarlo, según la ley escrita, el buen anciano, abriendo de alegría los brazos, levantó al pequeño a mucha altura, diciendo: "agradecido estoy al Señor, porque, viejo, no muero sin haber mirado la gloria de las tribus hebreas, señoreándose encima de la apostasia y los Gentiles"; José y María se maravillaron bastante y mucho, porque, escuchando los entusiasmos, entendían, como quien sueña despierto; él dijo, entonces, a ella: "una gran espada te partirá el corazón de doncella, tu dolor llenará de luz a los errados, malvados y equivocados de la raza, por la causa de Dios, y tú estarás triste de alegre"; y era presente Ana, profetisa descendiente de Phamuel, tribu de Aser, la cual estaba iluminada e inspirada, hablando.

Crecía en espíritu Jesús, y fortaleciase, sumando carne de desastres para la suma heroica.

Atravesada de asesinato, parecía una gran bestia oscura, revolcándose en barro de sangre, en charcos de sangre quemante, y era lo mismo que un gordo sapo viejo, o lo mismo que aquella babosa inmensa, que manotea en el origen de las cosas, degollada, entre los murciélagos espesos, la noche; un enorme llanto de madres agujereaba los sepulcros con su punzón feroz, y el corazón de Herodes huía, ladrando, por las aldeas abandonadas, clavando aullidos quebrados en la distancia, perseguido por todos aquéllos, acosado y acusado, tropezando en las cabecitas cortadas, gimientes, doloridas, humildes, como pobres flores de alambre enloquecido, enredándose en la telaraña desgarrada del degüello, aterrado, aplastado, arrasado de cobardía, alacrán de dolor, acogotado al terror de las mujeres pisoteadas, encima de los vientres vacíos; millares de luces azules llenaban la atmósfera de avechitas perseguidas, de estrellas o ausencias o abejas azotadas de escarnio, del rumor esencial, que hacen las tristezas definitivas, chocando contra lo infinito, en la tiniebla...

El borrico tenía la conciencia muy azul, debajo de la niña parida, y el hijo de aurora; e iba trotando, según la estampa de Nazareth, bendiciéndola; un clima celeste, fluía del viejo, del asno y del camino, como el canto de la tetera hirviendo.

Así como los troncos históricos se sonrien, rosadamente, por la herida de la flor, la ley mosaica, atravesada de heroísmo, fuego sobre fuego, piedra sobre piedra, hierro sobre hierro, tallada de valores duros, por aquel feroz puñal judío, que ardía en el Sinaí, labrada, acuchillada, forjada en lamentos de granito, paría aquella magnolia de luz dulcísima, cantando, entre los fariseos de la sinagoga, su actitud azulceleste.

Inmensa presencia de sarmientos entristecía las aguas sangradas, como el cadáver retratándose en ojos azules, y el Jordán, jugueteando con Jesucristo, contribuía a la fábula blanca; Juan vertía el licor infantil, cielo a mundo; desde su nido, arriba, la paloma de Dios volaba con *contentamiento*.

Adentro de aquel suceder apretado y espantoso de la arena, la tarde era la única flor, y, entre el chacal y el león, escritura de serpientes, o el sol de Dios, bramando; a la orilla de Jesucristo, la soledad, y saliendo de adentro, y, semejante a un lago de palo, el tiempo, parado, desvinculado, arrancándose de las arterias del vidente, extendiendo su pellejo siniestro, entre la conciencia, la sangre, la tragedia y el infinito amarillo de Jesucristo, contra el desierto, contra el espanto.

Creciendo de aquellos océanos, lloraban los desposados, aquel epitalmio azul y fatal de la última cántara, y la sed llegaba, como un viento de fuego, en su amargo caballo pelado y enloquecido, mordiendo las arenas; hervían los puñales ya en las cinturas, parecidos a antiguas fieras de acero de invierno, con la mirada amarilla; un collar ardido, de carbón o de dolor, un nudo palpable estrangulaba las gargantas asoleadas, argollándose, como un atado de culebras, como un racimo de coyundas de lamento, como un puñado de vergüenzas, o lo mismo que un gran animal de aguas calientes,

ondulatorio, un gran animal ciego o muerto, mirando con toda la cara; y fué viniendo un río de aromas y abejas, por el cual reían mujeres desnudas, entreabriéndose, derramando sol maduro, y era vino, sí, era vino, vino de lagares; en la primera obscuridad, en la siniestra, en la tremenda obscuridad de su corazón, arrinconado, avergonzado, acongojado, Jesucristo lloraba, y estaba enormemente.

Parecida a una sabandija amarilla, la tristeza civil le aullaba adentro de aquello, y "*habitó en Cafarnaum, la marina, en los confines de Zabulón y Neftalí*", acorralado, lleno de miedo, acogotado, como un animal que bornea, enloquecido, de oriente a poniente, la cola, y arranca, sangre meando, por el callejón de los diablos.

Aun arrastraba también los oscuros bultos, de aquel pavor, de aquel terror de Dios, aumentándolo, como un bandolero nocturno, como un asesino con aquellos dedos lumbrosamente negros, haciendo, pudiendo, queriendo luz; águila de fuego, vestida de palomas celestes, iba a orillas de la mar, sembrando espanto dorado en corazones pescadores: "Ven, sígueme, te haré pescador de hombres", o estableciendo un dominio de lindos lirios finos, hachazo de alma, en el quillay retorcido y agrietado de la raza ardida y maldita; entonces, pues, desde los rescoldos cósmicos, crecían los apóstoles...

Soberbia voz pujaba, desde en especie, por adentro de las almas, por adentro de la vida, por adentro de la nada, rompiéndose contra la historia: "padre nuestro, el de los cielos"...

Frente al puñado de lamentos, Jesucristo no estaba, porque estaba en él; y, al arrojar la enfermedad de la iniquidad, la echaba de él, porque entre él y el leproso no había ni tiempo, ni espacio, ni tiempo, y era entero todo mundo; no le impelia la caridad, le impelia la voluntad, ejercida sobre sí mismo, porque *él era él* y el enfermo.

Semejante a una brazada de azahares, o a una naranja o a una manzana, Jesucristo arrojó su ansiedad al niño, y a él llegaba, humedecida por el centurión, desde el origen del hombre.

Era un árbol de aguas, florido árbol de aguas, que iba creciendo adentro de la vieja judía; y Pedro estaba, como a la orilla de la mar, tendido; despuntaban las mañanas del mundo, todas, las primaveras, murmurando, las golondrinas, las sementeras, murmurando, la égloga de ese banquete maravilloso del milagro.

Con grandes escobas, azotando y escarbando el crepúsculo, los endemoniados venían; una luz negra, entre vientos negros, fea y terca, entre tiempos muertos; y los demonios aullaban, adentro de la sangre tremenda a histeria, como perros locos; Jesucristo los vió, y echólos fuera.

Rodando, comparable a aquella piedra negra y terrible, como la belleza, que camina, dando saitos vagos por adentro de la humanidad, desde el origen del origen del origen del hombre, y es como una gran fruta oscura, que maduró espíritu, como espíritu, haciendo con fuego eterno su parábola, la voz heroica, desde lo infinito, desde lo absoluto gritaba: "*Sígueme*."

y deja a los muertos enterrar sus muertos".... gritaba, como una llaga que habla, como una llaga que anda sobre sí misma e irremediable, gritaba el himno de los héroes y los mártires, todo blanco, todo rojo, todo negro y amarillo, como Dios, y sin lógica.

"Entonces, levantándose, increpó a los vientos y al mar"....

"Saliendo de las tumbas", del país de los gadarenos, extraños, "pesados", amargos de edad, polvosos y asoleados, dos endemoniados llegaron, y con ellos llegaron el absurdo, el error, el misterio, el espanto y las túnicas acuchilladas de sol oblicuo; él echó los demonios adentro de los puercos; "y he aquí que se precipitó toda la piara, escarpa abajo", lo mismo que una gran manada de personas, panzudas y en pelota, por los abismos.

Del escriba al sofisma, del sofisma al escriba, iba la araña escribiendo su encaje polvoriento; las mil pupilas mil pupilas de la turba, llenaban de flores enfermas, de luces viciosas, de maldades, el ademán del taumaturgo, recorriendo su corazón, en oscuros ganados, en inmundos rebaños, en oscura, en inmunda grey oscura; y, escuchando la infamia, perdonó y mejoró al paralítico.

Desde el principio de la vida, Mateo estaba "sentado en el telonio", averiguando su figura, "sentado en el telonio", a la orilla de las épocas; y Jesucristo le ordenó: "sigueme"; publicanos, pescadores, fariseos y dulces rameras, formulando aquella maceta de flores marchitas de los entristecidos, le iban ciñendo; él dijo, entonces: "no necesidad han de médico los sanos, sino los enfermos...; misericordia quiero y no sacrificio; pues no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores...; vinos nuevos en odres viejos, no, vino nuevo en odres nuevos"...., porque habían dicho, *blasfema, va contra la ley*.

La mucha belleza, matado había a la niña; yacía en la muerte, dormida, como una violeta en una montaña de humo; *lo sintió y lo miró* sonriendo.

Como estaban todos en sombra, la voz venía oscura, más oscura que la mirada: "apiádate de nosotros, hijo de David"; con la fe ardida, que ellos traían metida en los ojos sellados, tocólos en los ojos sellados, entremurmurándoles: "mirad, que nadie, nunca, lo sepa", y vieron; pero lo supieron todos los pueblos.

Cuando él arrojó los demonios del sordomudo, dijeron los fariseos: "en el príncipe de los demonios, arroja los demonios"....

Predicando los caminos, iba, a la orilla de la geografía estupenda, entre sus pueblos; encendidas las lámparas del evangelio, su luz absoluta, como un pie de diamante grande, quemaba la aldea, y la ciudad humana, sin incendio, sanando y curando las desgarraduras; y un anonimato de muchedumbres le iba llorando por adentro.

Agrupándose, en bosque enorme, ceñían al profeta Simón, *el llamado Pedro*, y Andrés, su hermano, y Santiago, el del Zebedeo, y Juan, su hermano, Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo, el publicano, Santiago, el de Alfeo, y Tadeo, Simón, el Cananeo, y Judas, el Iscariote...

“...predicad el reino de los cielos... diciendo: *adviene el reino de los cielos...*; enfermos sanad; muertos resucitad; leprosos limpiad; demonios arrojad... demonios arrojad...; no adquiráis oro, ni plata, ni bronce, para vuestros cinturones... ni alforja, para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni báculo...; he aquí que yo os envío como ovejas en medio de lobos: sed, pues, astutos, como serpientes, y sencillos como palomas... y seréis odiados de todos, por mi nombre...; no les temáis, porque nada hay tan cubierto que no se descubra y oculto que no se conozca... y no temáis de los que matan el cuerpo, y el alma no pueden matar...; no creáis que he venido a lanzar paz sobre la tierra: no he venido a lanzar paz, sino cuchilla: pues he venido a dividir hombre contra su padre, e hija contra su madre, y nuera contra su suegra; y *¡enemigos del amo, sus domésticos!*...; quien hallare su alma, perderá-la, y quien, por mí, perdiere su alma, él hallará-la...”

Y sufría porque veía la inmundicia de los inmundos, lamiéndole, como un perro.

Resbalaba por la muralla del sigilo, oscuro en lo oscuro de lo oscuro, Nicodemo, y su actitud tenía un carácter disimulado de violeta; así, arrebozándose en la tarde de la tarde, fué al profeta de Nazareth, cauteloso y requerido; era el tigre príncipe, castrado por lo doméstico, la burguesía y la burocracia, tendiendo los terciopelos sangrientos al rebelde inadaptado, el asesino del infinito, que vende laureles; Jesucristo no lo miró, lo habló, porque la palabra es la ofensa y la patada del espíritu; y el hombre corriente emergió de la penumbra, agradecido, porque la bestia del hombre corriente arrastra las cosas en la boca, como la tinaja el vino y la vasija el trigo, resonando su inútil tiempo muerto, en verso de madera.

Dulces rosas, grandes rosas de rocío, llegaron piando a las murallas del presidio, anidando en la piedra acerba; eran las palabras del Nazareno; Juan, el Bautista, entendió a Aquel *que iba viniendo*, en el sonido de flor, que preñaba la atmósfera histórica y el color augural del año, y, sabiendo que *él era él*, envióle sus discípulos; ellos se iban tornando transparentes y esenciales; y Jesús proclamó: ... “no se ha levantado en nacidos de mujeres, mayor que Juan, el Bautista” ...

Aquella tal enredadera de azogue incandescente, flor de rencor y de dolor, árbol de estufa, pegajoso y polvoriento de mar caliente, que puja, aúlla, suda, irradiando su gran aroma sexual, el pescado azul y quemante, que expande adentro de la obscuridad aquel instinto viscoso del mundo, crecía en las masas hebreas, baboseando al iluminado; y dijo, entonces: ... “vino Juan, ni comiendo ni bebiendo, y dicen que tiene demonio, vino el Hijo del Hombre, comiendo y bebiendo, y murmuran: “he aquí un hombre glotón y borracho, amigo de fariseos, y vividores y publicanos y ramerías”...; un tormento irreparable y oblicuo, de estructura amarilla y amarilla flor, creciendo en la tragedia del ser, terriblemente, la colosal llama de oro muerto de los desgraciados, aquel cuchillo fatal que parece diente de demente o sol vendido, o Dios enfermo, o pájaro encadenado a

una lágrima, y, aun, sociedad de bestias negras, resonando en el hueco de un mar muerto, y Jesucristo era un anciano muy joven entre las montañas; su primera tristeza era su primera conciencia; crecía la hombría en sus entrañas, semejante a una culebra en nidos de paloma, retorciéndose.

"Venid a mí, todos los trabajados y recargados, y yo os refrigeraré".

"¡Ay! de quien echare "vino nuevo en cueros viejos, vino nuevo en cueros viejos"; porque la fuerza violenta del mosto rajará la vasija, derramándose del odre informe en acequias perdidas; vino nuevo en cubos nuevos, vino viejo en cubos viejos y nobles tinajas; y es imbécil echar remiendo de paño nuevo en manto viejo, porque la tela joven desgarrará a la vieja, imponiendo su alarido de energía, y lo arbitrario de la naturaleza auténtica; además, quien bebiere añejo, el reciente rechaza, diciendo: "prefiero de lo viejo".

Evolucionaba una gran águila.

Crecía entre la agricultura, enarbolando aquel canto con pájaros patético-dramáticos, hecho con huesos de leones muertos; y grano comían los discípulos; entonces, dijeron los fariseos: "he ahí que hacen lo que no debe hacerse los sábados"; y él dijoles: "señor es del sábado el Hijo del Hombre"; luego, en mil edades, alzando los brazos a la altura de la voz, exclamó: "licito es los sábados hacer bellamente".

Solitario, entre cien árboles, anduvo, negros, altos, haciendo su historia inconcebible, sus grandes números; una gran campana de asfalto; y el puñal de Dios, medio a medio del corazón clavado, eternamente, clamando.

En aquel instante, Jesucristo ascendió a una altura muy alta y dijo: "Bienaventurados los espíritus disminuidos e infinitos, porque son dueños del reino de los cielos; bienaventurados los mansos, porque ellos poseen y les posee la tierra; bienaventurados los desventurados y llorosos por la desgracia, porque han de merecer una consolación grande; bienaventurados los hambrientos y los sedientos de justicia, porque serán hartos; bienaventurados los humanitarios, los misericordiosos, los iluminados del prójimo, porque en tales reside la misericordia; bienaventurados los puros y limpios de corazón, porque su corazón ve a Dios; bienaventurados los pacíficos pacificadores, porque los llamados hijos de Dios, serán por los pueblos del mundo; bienaventurados los perseguidos por la justicia humana, porque son dueños del reino de los cielos..."

"¡Ay! de los satisfechos, los ricos, los poderosos; ¡ay! de los tiranos desvergonzados, glotones que escupen su hartura sobre el hombre pobre; ¡ay! de los perezosos y los solapados de espíritu"...

"No juzguéis y no seréis juzgados; ¡ay! de vosotros los alabados y adulados de muchedumbre, porque así alabaron los antepasados al falso profeta, y a los estafadores espirituales; amad, no sólo al amigo, no, amad al enemigo y al amigo del enemigo, y al amigo del amigo del enemigo; bendice a quien te calumnia y te desprecia; y a quien te abofetea en la mejilla derecha, ofrécele la mejilla izquierda"...

"Y, a quien te arrebatara lo que posees, ardientemente, bendícelo, porque no existe la propiedad, ni lo mío, ni lo tuyo."

Claman las caras malvadas su triángulo pálido, y Jesucristo arde

entre los fariseos, sobrepujando aquel aroma a fritanga, a grasa quemada, a religión, que expanden las túnicas, y el sol judío de las túnicas; olor a tristeza de invierno, olor a mar ardido, olor a poema de espanto, con las alas quebradas —canción de adiós, oblicua y filosófica—; adentro del aceite infraconsciente, máquina trágica, sueño del eco del tiempo, que no sucede, culebra de barro, la palabra encanallada, dice: "...no arroja los demonios sino en Belzebub, príncipe de los demonios...", "...no arroja los demonios sino en Belzebub, príncipe de los demonios...", "...por esto digoos: todo pecado, todo pecado y blasfemia, perdonado será a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu, aquélla no será perdonada...; o haced el árbol hermoso y su fruto hermoso, o haced el árbol enfermo y su fruto enfermo; pues por el fruto se conoce el árbol... Engendros de víboras, ¿cómo podéis lo bueno hablar, malos siendo?, pues de la plenitud del corazón, habla la boca, y el buen hombre, del buen tesoro, echa lo bueno; y el mal hombre, del mal tesoro, echa lo malo"...

Dicen los escribas: "Maestro, de ti queremos señales ver..."; y El diceles: "así como estuvo Jonás en el vientre de la ballena, tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre, tres días y tres noche, en el corazón de la tierra... Y he aquí más que Salomón, aquí"; y calló mil años, en ese instante.

"Y, cuando el espíritu inmundo ha partido del hombre, circula a lo largo y lo ancho de inacuosos lugares, buscando y no hallando reposo. Entonces se dice: "a mi casa tornaré, desde donde hui"; y, viniendo, la encuentra reposando, barrida y florida. Y he ahí que va, y toma consigo siete otros espíritus malos, más peores que él, y, entrando, habitan adentro, y, de aquel ser, se hace lo postrero, peor que lo primero. "Así hablaba a las turbas. Y uno dijole: "He ahí tu padre, tu madre y tus hermanos, que quieren hablarte". Entonces, él contestóles: "No los conozco". Y, derramando su actitud, más encima de sus discípulos, exclamó: "He ahí mi padre, mi madre y mis hermanos".

"He ahí que el labrador fué a sembrar semilla, y, como los granos rodaron, unos, encima del camino, llegaron los pájaros desocupados, y se los comieron; y cayeron, entre medio de la tierra liviana y poca, como entre cuero y carne y piedra, otros, surgiendo y creciendo, furiosamente, pero el sol los retostó, en la órbita de su grande hoguera, naciendo; y, entre malezas y espinas, los otros cayeron, las cuales, cundiendo, los cubrieron; y cayeron los otros, por adentro de la tierra gozosa, en los surcos, hacia el corazón, arraigándose, y dieron frutos bellos"...

"Aseméjase el reino de los cielos a hombres, sembrando hermosas semillas, en su tierra; a la cual, agachándose, de noche, el hombre enemigo, mientras los otros durmiendo, llega y siembra la cizaña, medio a medio del trigo, y huye confuso; y, cuando madura el fruto, predomina la maleza. Y vienen diciendo los criados: "Tú, hermosas semillas sembraste, trigo, y nació cizaña". El diceles: "El hombre enemigo ha hecho esto". Ellos le responden: "¿Quieres que vayamos y cojamos, apartándola, la yerba funesta?" "No, no sea que arranquéis lo bueno y lo malo reunido". Y agrega: "Dejad, que crezcan unidos hasta la siega, y entonces, cuando la cosecha,

diré al segador: recoge, en atados, la cizaña y quémala, echando el trigo en los graneros”.

“Aseméjase el reino de los cielos al grano de mostaza que siembran labriegos en los campos, el cual, siendo la más pequeña entre las más pequeñas simientes, multiplicase en grandes árboles, y adentro de los que habitan los pájaros.”

“Aseméjase el reino de los cielos a aquella levadura que enterró la mujer adentro de tres quintales colmados de harina, hasta que se leudaron, abultándose; o aquel tesoro que encontró aquel vecino, en el campo, y lo escondió, y, gozoso, se fué, vendió la vivienda, vendió la hacienda, y compró el campo; o a un mercader que, buscando muy hermosas, entre muy hermosas perlas, encontró la más preciosa perla, la cual valia mucho, y compróla con todo su dinero.”

“Parecido es el reino de los cielos a una red echada a la mar-océano. La cual cubrióse de peces muchos y muy distintos y diversos, y la cual fué traída a la playa, entre las gentes de la aldea. Allí se echó en vasijas todo lo hermoso y arrojóse lo podrido. Así será en la consumación de los tiempos, los últimos tiempos: vendrá la majestad y hará distancia entre lo bueno y lo malo, echando lo malo a las hogueras del abismo, en donde residen el llanto y el luto y el rechinar de dientes, para siempre”. “¿Entendéis?” Dices: “sí”. Y él diceles: “se parece el iluminado al dueño de casa, hombre el cual arranca de su tesoro nuevos y viejos descubrimientos.”

Iba la viuda de Nain siguiendo, por adentro, aquel lamento del muerto de recuerdo, y su agua tan pesada; y Jesús dijole: “no llores, amiga”; entonces, no fué la enlutada, fué el difunto quien escuchó el ademán absoluto y la gran palmada en el espíritu, enarbolando los pájaros cándidos de lo maravilloso y sus valores.

En aquel entonces, tornó al país de su infancia Jesús, y predicó en las sinagogas nazarenas, arrobando al vecindario. Pero sus parientes decían: “¿de dónde extrae éste la sabiduría, éste, y los poderes? ¿No es éste del carpintero nazareno hijo? ¿No es María madre de éste, y los hermanos suyos José, Santiago, Simón y Judas, y no conocemos nosotros a las hermanas de éste? ¿De dónde, pues, entonces, la categoría que asume?” Y se burlaban, escandalizados, mirándose, por debajo de las palabras, maliciosamente. Y él dijoles: “Nadie es profeta en su tierra”. Y él dijoles: “No hay profeta deshonrado, sino en su patria y en su casa”. Y quisieron asesinarle, cuando él se fué con una gran congoja.

Primero, la primavera desnuda, destacando un árbol blanco o un pájaro, que arde entonces, soñando y bramando, en espirales oceánicas; niña de fuego, parece, joya o paloma o rosa de idólatra, incendiando las barbas hebreas; y una enorme flor abierta, como una mujer, habla en los ritmos míticos, la tragedia musical de la geometría, mordiendo de un sol maduro, la gran fruta de un sol maduro, que goza ardiendo; existe un aroma a pimienta quemada, y a sexo y a vino caliente; cuando la realidad despunta, arriba del hecho, dos esclavos levantan, encima de un lago de plata, un alicanto degollado.

Polvo de montañas del espíritu, contra lo sublime, ardidas y eternas, y un Dios quemado en la boca; "dame tu agua"; la mujer tenía, entre el cielo y el mundo, la cántara samaritana, como un pecho de niña, desbordándose; "yo te daré del agua viva y eterna, del agua viva de la vida"; cantaba un río de aguas por el vientre de la hembra antigua, y al atardecer, llenaba el pozo de amarillos pensamientos, o de caras con pena, o de naranjas, o de hojas de yerba de herbario, llenaba el pozo de ánimas; y, de adentro, venía saliendo la vida de Samaria y las samaritanas, por aquella emoción soberbia; gorjeaba la primera estrella en la frente de Jesucristo, su marca de sangre viviente, y el sol hebreo ahogábase sobre sí mismo, arañando cabezas de profetas, sepultados en la luz mosaica.

"Dios es espíritu, y en espíritu hay que adorarle, en espíritu y en verdad hay que adorarle."

Acongojado de años y llantos, yacía a orillas del Bethesda; cojos, ciegos, mancos, paralíticos, sacaban del pozo la maravilla esencial del instinto, cantando y llorando su alegría; pero él estaba amarillo de abandono, y era sábado, fiesta del mundo; entonces, Jesús le ordenó: "toma tu lecho y anda"; y los judíos acusábanlo porque destruía la verdad jurídica, y la verdad jurídica significaba el infinito.

El pan crecía, aumentaba, cundía, multiplicándose, e iba quedando azul entre los tres peces celestes; la turba y la luna tenían la misma entonación; y miles de panes y miles de peces llenaban las canastas de jardines sobresalientes, en donde cantaban las palomas del absoluto.

Como toda la substancia es lo mismo, Jesús andaba sobre las aguas; hendía la mar su copa enorme, y un sonido de verdades trascendentales, colmaba el gran pájaro azul, a cuya espalda mil gaviotas jugaban con cien vírgenes, completamente cristalinas; padres y madres de especie reían, desde el corazón de la materia; entonces, Pedro venía hundiéndose, encima del océano, con paso quebrado de hombre, con mucha gran angustia, y Jesucristo dijole: "¿Por qué dudaste "; era la primera reflexión del cristianismo.

"Yo soy el pan de vida, el pan que descendió del cielo; los judíos antepasados maná comieron, y murieron en los desiertos; no muere quien come espíritu, no; porque mi carne es verdadera comida, y porque mi sangre es verdadera bebida; comed pan de alma, comed pan de gracia, y viviréis."

He ahí que la chusma traía a una mujer, diciendo: "adulteraba, en el lecho del amante, desnuda, nosotros la tomamos, y la ley de Moisés ordena que ella apedreada sea; tú, ¿qué dices, entonces "; mas, Jesucristo escribía, agachado, sobre la arena, aquella infinita tristeza; pero, alzándose, de repente, dijo: "aquel que esté limpio del alma, arroje la primera piedra"; y se inclinó hacia la tierra, agobiándose de pesadumbre; uno a uno, retirándose, fueron alejándose, distanciándose, como quien resbala en la conciencia, abandonando, frente a frente, al hombre y a la mujer herida, solos, infinitamente solos, en la gran soledad del espíritu; él, enderezándose, murmuró: "mujer, ¿y tus acusadores?"; contestó: "ninguno condenó, ninguno"; "tampoco yo condeno, vete y no peques".

"Sálvame la hija enferma, Señor", arañaba la cananea, "sálvame la hija enferma, Señor"; "no es honrado echar a los perros el pan de los hijos, soy judío"; "sálvame la hija enferma, Señor", decía, e iba besando, e iba mordiendo la aureola astronómica del profeta, como quien come dolores, y va hambriento; "grande entre grandes grandes es tu fe, sea"; y los demonios abandonaron a la muchacha, atropellándose en lo oscuro.

Llamada gran colorada, que enciende, terriblemente, su conflagración en el instinto, y es como la ley de la tempestad, irrumpiendo, estallaba en Jesucristo, resonaba y maduraba su luz soberbia, "y él quería ir a Jerusalén"... "y padecer mucho, del anciano, y del príncipe, y del escriba, y del sacerdote, y del fariseo"... "y morir"...; y Pedro dijole, en aquel entonces: "Señor, ten compasión de ti"; pero, por adentro, la espada enarbolaba su gramática enorme: "aquel que quisiere ir conmigo, niéguese a sí mismo, échese su cruz a la espalda y sígame".

En ese instante, un yo resplandeciente, rodeado de toros de oro y águilas, abría su monumento de azucenas extranjeras, medio a medio del número, resonante y admirable; y Jesucristo brillaba en aquella soledad inmensa; porque no estaba transfigurado, sino reintegrado, reencontrado en el vértice del espíritu, como el abismo en el abismo, contemplándose.

Cuando "la bestia interna" del lunático escuchó la mirada olorosa y colectiva, su corazón se confundió, y, emigrando desde la tarde subconsciente, la voluntad razonadora encendió sus grandes incendios, equipó sus verdes progresos encima del océano intuitivo-genérico, "y el mozo fué sano"; entonces dijeron los discípulos: "Maestro, ¿por qué echarlo fuera, nosotros no pudimos?"; y Jesús díjoles: "en verdad, en verdad os digo, que si tuviereis fe, como un grano de mostaza, diríais a las montañas": "trasladaos de allá acá", "y las montañas se trasladarían".

Adentro de Galilea, desde el pariente subterráneo y la familia, aúlla la profecía tremenda: "el Hijo del Hombre será vendido al verdugo, y azote de hombres sufrirá, y morirá escarnecido y confuso y abandonado, en soledades formidables", acongojando sus apóstoles.

Niño de plata y oro, rosado de poesías en flor, entre el enorme azul, fragante a pecho de manzana parida, aquel que Aquel colocó al centro del cielo diciendo: "verdaderamente, os declaro que quien no se hiciese como los niños, no entrará en el reino de los cielos, y quien se empequeñeciere, como ellos, tornará engrandecido, a la patria eterna, y quien recibe y acoge a los chiquitos, a mí me recibe y me acoge adentro del alma, quien recibe y acoge a los chiquitos, y aquel que les escandalizare, arrójese a la mar, con una gran piedra al pescuezo".

"Si tu ojo o tu pie o tu mano te inducen a errar, córtalos, y córtate la lengua si la lengua te induce a errar."

"Si tu hermano peca, perdónalo siete veces, y siete veces siete veces, y siete veces siete veces siete veces, y perdónalo setenta veces setenta veces siete veces."

"Y el reino de los cielos es semejante al rey que perdonó la deuda, y a quien la perdonó, no perdonó al vecino, y el patrón lo entregó al verdugo."

Entonces, viniendo los fariseos, dijéronle: "¿es lícito al hombre repudiar la mujer esposa por motivo determinado?"; y él díjoles: "cuando Dios los hizo, macho y hembra los hizo, y dijo: "padre y madre abandonará el hombre, y se unirá a la mujer, y forjarán uno, dos siendo, y una carne sola, una carne indisoluble, porque el hombre no separe lo que amarró Dios", "y quien repudia a hembra no adúltera, adultera, y quien desposa a hembra divorciada, no adúltera, adultera"; y dicenle así sus apóstoles: "si tal cosa es tal cosa, no conviene casarse"; y él díjoles: "no me dirijo a todos, sino a esos a quienes me dirijo, porque hay eunucos que nacieron eunucos de vientre de madre, y hay eunucos que son hechos eunucos, y hay eunucos que se hicieron eunucos a sí mismos, en función del reino de los cielos...; el capaz de ser, séalo".

Y he aquí que uno díjole: "maestro bueno"...; y él díjole: "sólo uno es bueno, uno: Dios".

"No matarás, no adulterarás, no hurtarás, no hablarás calumnias; honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo, ama a tu prójimo como a ti mismo; da a los pobres todo lo que posees, y sígueme."

"Y primero pasará un camello por el ojo de la aguja, antes que entre un rico al reino de los cielos."

Acumulando toda la astucia de la historia y su costumbre, el fariseo díjole: "¿quién es mi prójimo?"; y él díjole: "un paisano iba de Jerusalén a Jericó, solo, de viaje, de Jerusalén a Jericó, y unos ladrones de noche lo robaron y lo acuchillaron, abandonándole en la soledad pública del camino, todo herido, y pasó un sacerdote, y se hizo a un lado, y pasó un levita, y se hizo a un lado, y pasó un fariseo, y se hizo a un lado, y, mucho más tarde, venía de Samaria un samaritano, el cual, mirando lo desgraciado del hombre, llenóse de misericordia, y, acercándose, lo recogió, lo vendó y lo curó con aceite y vino y salmuera, y, estableciéndolo en la cabalgadura, lo condujo a la posada, dió dos denarios, y dijo: "cuidadlo bien, que pagaré todo lo gastado al retorno"...; "¿quién te parece el más prójimo de la víctima, su más próximo?"; "indudablemente, el samaritano", contestó el fariseo, entre confundido y cauteloso, contra sí mismo; y él díjole: "ve y haz lo mismo".

Y era rezando Jesús en la campiña, cuando un apóstol le dijo: "Señor, enséñanos a orar, tal como Juan enseñó a los suyos"; y Jesús díjoles: "así, cuando orareis, decid: "Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino a nosotros, y, hágase tu voluntad, en los cielos y en las tierras, el pan nuestro, de cada día, dánoslo hoy, y perdónanos, así como yo perdono, y nosotros nos perdonamos, no nos expongas a la tentación, y libranos de Satanás".

"Quien pide, recibe, quien busca, encuentra, quien llama, encuentra también respuesta; al hijo que pidiera pan, ¿qué padre le dará una piedra?, ¿y al que pidiera pescado, una culebra?, y al hijo que pidiera un huevo, solamente un huevo, ¿qué padre le dará un escorpión?; si; vosotros sois malos y dais comida a vuestros hijos, y os alegráis alegrándolos, y el padre del hombre, el Dios cósmico, ¿no llenará de espíritu a quien le pidiera

el espíritu, ansioso de alma, buscando y creando lo santo, con su grande anhelo?; porque a la voz lanzada responde su eco".

Entonces, había un histérico *mudo*; Jesús le arrancó el demonio de la enfermedad nerviosa; y fué hablando.

"Compararía el reino de los cielos al propietario que va a contratar jornaleros, por la mañana, al mediodía y en el instante, en que cae la tarde, y paga un denario a cada cual, y dicenle: "posteros, los ociosos sólo han trabajado una hora pura, y andaban por las plazas, despiojándose, entretenidos con el tiempo inútil del mundo, mientras nosotros nos retostábamos sudando, y tú pagas lo mismo a los primeros y a los posteros"; y él diceles: "amigo, ¿es malo tu ojo, porque yo soy *bueno*?"

"He aquí que nosotros vamos subiendo a Jerusalén, nosotros vamos subiendo, y el Hijo del Hombre será traicionado y azotado y crucificado, por la autoridad enfurecida"...

"Y, al tercer día, volverá de entre los muertos"; entonces la esposa de Zebedeo vino a decirle que sentase sus hijos a la derecha y a la izquierda, en el reino de los cielos; y él dijole: "eso no puedo determinarlo".

"Y el primero será el último, y el último será el primero."

Y, cuando salían de Jericó, he ahí dos ciegos, clamando a orillas del camino: "Señor, queremos ver", y Jesús les palpó, y vieron; y, como vieron, le creyeron y le siguieron siempre, para siempre.

E iban entrando a Jerusalén; él delante; atrás ellos, atrás de atrás, *siguiéndolo con espanto*.

Promediando Bethfagé, la colina de las olivas, Jesús dijo: "id a la aldea del Sur, y traedme la asna atada, con su pollino, al sicómoro o al algarrobo de las murallas, y, si alguien protesta, decid: "el Señor lo ha mandado"; esto fué hecho; entonces, el galileo, a horcajadas, cabalgando, remontó la ciudad imperial, sonando entre palmeras; alfombró la multitud de corazones el camino; un oleaje de muchedumbres omnipotentes quebraba sus cristales contra el sol de Israel, cruzando el océano histórico, en aquella gran audiencia infinitamente divina; "¡hosanna al hijo de David, hosanna, hosanna en las alturas, bendito quien viene en nombre del Señor!"...; y Jesucristo iba muy triste, recordando su muerte futura, entre cien laureles despedazados, amontonados de angustia, frente al número de Dios, que resplandecía su carabina amarilla, en todo lo hondo del ser, expresando la unidad en la luz de luz, y música de círculos, frente a su actitud, grandemente convergente, frente a la espiral astronómica de las masas humanas; tierras de júbilo, palmoteaban las quebradas entusiastas.

Entonces, Jesús fué al templo, y llegó y entró en él, tranquilamente; adentro, había comercio abierto y negocio de monedas; y, empuñando un gran látigo colorado, agarró a azotes a los mercaderes y a los miserables traficantes, diciendo: "fuera de aquí, negociantes con lo divino, esta casa es casa de Dios, y no cueva de ladrones; fuera de aquí, fuera de aquí, fascinerosos"; y los animales emprendieron la libertad, resonando; por encima de los mercados abandonados volaba una paloma del evangelio.

Tenía la cara penosa y oscura, aquella higuera eterna, y la cabeza gris, del gris lluvioso de mujeres, y era tan árida, que la esterilidad le

quemaba las entrañas asoleadas y sus rojos metales, dramáticos, feroces, de vanguardia, llenos de pájaros muertos; y, como tenía hambre, Jesucristo llegó al árbol y pidióle frutos, como pechos a la querida; aullaban las solteronas del mundo, en la planta errada y sin vientre, y un viento, tremendo y negro, la azotaba, la incendiaba; "nunca más, para siempre, nazca de ti fruto", dijo; y murió estéril la higuera, la higuera aborrecida de Dios, perdida y maldita, en el amanecer de Bethania.

E iba hablando cosas tan hermosas, que la mujer aquella, saliendo de adentro de las multitudes, dijo: "bienaventurado el vientre de donde viniste, y benditos los pechos de que mamaste"; circulaba un grande silencio; y él dijoles: "no, bienaventurados los que escuchan y conservan la voz de Dios en las entrañas".

"La antorcha del cuerpo es el ojo; si tu ojo es claro, tu cuerpo es resplandeciente, y, si tu ojo es turbio, tu cuerpo es tenebroso y gemebundo; acaso es tiniebla tu luz, aunque lo ignoras; porque, si todo tu ser es luminoso, y no hay manchas oscuras, dividiéndolo, quebrando la unidad cristalina, el universo resplandecerá, iluminado por aquella gran antorcha, y un resplandor de sol irá a irradiar tu corazón, desde tu corazón partiendo."

"Hijos de víboras, de cierto, de cierto os digo, más canallas que los publicanos y las prostitutas del mercado."

"Es comparable el reino de los cielos al patriarca, que plantó una gran viña hermosa, y cavó y labró un lagar en buen pellejo de buey, y, rimando una torre alta, con dominio panorámico de la propiedad y su horizonte, entrególa a los medieros, y se fué a la distancia; a la estación de las vendimias, envió por partición a sus domésticos, y los recibieron a puñaladas; entonces envió a su hijo y, como envió a su hijo, lo recibieron a puñaladas y lo azotaron y lo escupieron y lo aplastaron a calumnias, entre el rodaje de la letra mosaica".

"Es comparable el reino de los cielos al hombre rey que, concertando matrimonio al primogénito, invitó a las bodas al vecindario, y no vino ninguno, pues cuando los criados les dijeron: "he ahí los toros y los gansos y las palomas torcaz del himeneo, y el alegre vino", ellos los cogieron del gahzate y los apalearon; y él ordenó: "id por los caminos, e invítad buenos y malos"; incendió la ciudad ingrata, y, al ingresar a la fiesta, dijo a los soldados: "agarrad a los no vestidos de boda, y echadlos al mucho lloro y el crujir de dientes, para siempre".

"Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, hipócritas, a Dios lo que es de Dios."

En aquel tiempo de historia, llegaron los saduceos, y le dijeron: "Maestro, un hombre tenía mujer, y murió, y, según la ley antigua, tomó su hermano la mujer, y murió, y tomó su hermano la mujer, y murió, y tomó su hermano la mujer, y murió, y siete hermanos hicieron lo mismo, ¿a quién pertenece la mujer aquella en la resurrección eterna?"; y Jesús dijoles: "en el cielo no hay casados"; entonces, los fariseos vinieron en horda, y dijeron, uno por uno: "¿cuál es el precepto más grande entre los más grandes de

Dios?"; y Jesús dijoles: "amarás a Dios y al prójimo"; y Jesús preguntó: "¿de quién es hijo el Cristo?", "de David", le dijeron, y él dice entonces: "¿y, cómo David le llama Señor, le llama Señor, en Espíritu?" ...

Y ellos callaban, atónitos.

Entonces, Jesús se dirigió a todos los pueblos, diciendo: "sobre la cátedra de Moisés, se sentaron los oradores, los fariseos, los charlatanes; de tal manera, que lo que os dijeren que hagáis, hacedlo, mas no imitéis sus hechos, sino la doctrina poderosa, a cual son uncidos, porque dicen y no hacen, y son racimos de palabras usadas; y echan enormes cargas de deberes sobre la espalda acongojada del hombre, empujándolo a la distancia; cacarean sus actos, manifiestan sus hechos y obras, tocando sus trompetas tradicionales, para ser mirados, fotografiándose en el prójimo, hinchados, como atados de vanidad, pavoneándose y contoneándose en los primeros asientos de las cenas, en las primeras sillas de las primeras filas de las sinagogas, saludando a derecha e izquierda, para ser llamados Rabbí, Maestro, para ser llamados Rabbí, por el sirviente humillante; mas todos sois como hermanos, paralelamente, y tenéis un maestro: el Cristo; y vosotros, ¡oh! fariseos hipócritas, ni entráis ni dejáis entrar al cielo, y oráis, robando a la viuda, amarrados a la fórmula, enyugados a la cábala, juráis por el templo y por el oro del templo, juráis por el templo y no por Dios, que está adentro, y andáis buscando prosélitos, ¡oh! fariseos hipócritas, para que os encumbréis, pisoteándolos; ¡oh! fariseos hipócritas, adoradores del código y no del espíritu del código y la misericordia, coláis el mosquito, y tragáis el camello; ¡oh! fariseos hipócritas, sois como sepulcros blanqueados, llenos de huesos de muertos, de podredumbre, sois como sepulcros blanqueados, porque limpiáis las afueras del vaso y, por adentro, el gusano y su baba, por adentro, la mentira, por adentro, la hipocresía, simulando la justicia; así decís: "si existiéramos, entonces, no hubiésemos asesinado a los profetas", pero, si yo os envío profetas y escribas, y profetas de profetas, asesinaréis a unos, crucificaréis a otros, y a todos los perseguiréis por las iglesias, de ciudad en ciudad, como a ladrones; desde la sangre de Abel, el justo, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Barachías, al cual matasteis, entre el templo y el cielo, toda ella fué derramada por vosotros; ¡Jerusalén, Jerusalén, que apedreas a los profetas, y acicalas a los canallas, como la gallina junta sus pollos, por debajo de las alas, yo quería reunir tus hijos, defender tus hijos, y no quisiste; y, ahora no me veréis, hasta los últimos tiempos" ...

Sentado, a la ribera del templo, Jesús dijo: "no quedará piedra sobre piedra, y la desolación pasará, arrasando y aplastando las ruinas, con su vuelo de águilas trágicas".

"Impostores y falsos profetas, comerciantes y charlatanes divinos, llegarán diciendo: "soy el Cristo"; hermanos contra hermanos, padres contra hijos, madres contra hijas, amigos contra amigos, vecinos contra vecinos, nación contra nación, pueblo contra pueblo, país contra país, enarbolando una gran batalla, traerán la delación, la cobardía, la traición, la calumnia, la miseria, traerán el hambre flagrante a enseñorearse en las masas bélicas y embrutecidas, rebaños de animales miserables, traerán al espía y al mendigo y al ilota desventurado, en todas las tierras, y estaréis aborrecidos entre las gentes y entre vosotros, peleando o traicionándoos; ¡ay! de las

preñadas y de las paridas, en los siglos aquellos...; entonces, como el rayo, que atraviesa, de oriente a poniente, el Hijo del Hombre aparecerá, encima de las estrellas muertas y los cielos vacíos y oscuros, y el sol tronchado y la luna colgada, como cabeza de asesino, arriba, iluminando la última verdad del tiempo porque el cielo y el mundo pasarán, y no pasarán mis palabras."

"Es comparable el reino de los cielos a diez vírgenes que iban saliendo a recibir al esposo; y cinco eran precavidas, y cinco eran distraídas; las primeras pusieron aceite en sus lámparas, y las segundas no pusieron aceite en sus lámparas; como el novio tardara, se durmieron; la noche, ya sellada, llegó el casado, y encendieron importantes luminarias; entonces, las tristes dijeron: "dad aceite"; pero las prudentes contestaron: "id a comprarle, porque es posible que si damos, nos quedemos todas a oscuras"; al retornar, golpeando y suplicando: "ábrenos, señor", él dijo: "no os conozco".

"Es comparable el reino de los cielos al hombre que, yéndose al extranjero, llamara su servidumbre, diciendo: "tú, cinco monedas, y tú, dos, y tú, una moneda sola, a cada cual, según su facultad"; erraron los tiempos, andando, y retornó con Dios, el buen camarada, diciendo: "¿qué hicisteis?"; y el primero dijo: "he aquí que dupliqué los talentos", y el segundo dijo: "he aquí que dupliqué los talentos", y el tercero dijo: "he aquí que enterré el dinero, porque comprendo que lo requiriríais, con justicia y dureza de propietario usurero, toma tu regalo"; él exclamó: "dad la moneda a quien posee diez talentos"; "porque el perezoso y desconfiado, conociéndose perezoso y desconfiado, pudo los dineros entregar a los banqueros, y mantenerle, multiplicándolo, y echadle a las tinieblas ciegas"; "pues quien posee, espíritu requiere más del más espíritu"; y, cuando el Hijo del Hombre descienda sobre aquellas muchedumbres venideras, situará a su derecha los unos y a su izquierda los otros, diciendo: "venid, venid benditos del Padre, a heredar la propiedad, trabajada desde la fundación del mundo, porque tuve hambre y sed y me disteis pan y agua bastantes, e iba desnudo y me vestisteis, y estaba encarcelado, enfermo, escarnecido, y no me abandonasteis nunca", y, diciendo: "id, malditos del Padre, sobre la llama eterna de Satanás y sus demonios, porque tuve hambre y sed, y no me disteis pan ni agua, jamás por jamás, e iba desnudo y no me vestisteis jamás, y estaba encarcelado, enfermo, encarnecido, y me abandonasteis, y no me visitasteis, y no me consolasteis jamás por jamás"; dirán: "¿cuándo, Señor?", los primeros y los segundos; y el Hijo del Hombre, dirá: "yo estaba, enteramente, en el hambriento y en el sediento y en el desnudo y en el encarcelado y en el enfermo y en el escarnecido..."

Y, abandonando la palabra estipulada, dijo: "llegada es la Pascua, y el Hijo del Hombre ha de ser crucificado".

Entonces, el Sanhedrin y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, se reunieron, en la casa del Pontífice Caifás, y deliberaron cómo asesinarlo, prendiéndolo por engaño.

Y decían: "es menester no conmover al pueblo".

"La heredad del hombre bastante rico, se había incrementado mucho, tanto, que rebasaban las cosechas; y él díjole: "ahora, mi amigo, a comer, a dormir, a beber, con bellas mujeres"; pero la voz interior, díjole:

"hoy van a reclamar tu alma, desde muy lejos, y entrarás a la tumba, desnudo".

"Es menester ser rico en solo una cosa, rico en Dios."

"Imitad, amigos, los lirios de los campos: ni labran, ni hilan, ni siembran; y Salomón, con toda su gloria, no anduvo jamás vestido como ellos..."

"No acumuléis lo perecedero, ni hagáis palacios en la arena de las vagabundas arenas; no; porque allí donde está tu tesoro, allí está tu corazón."

"Un hombre tenía dos hijos; el menor dijole: "padre, quiero mi herencia"; él se la dió; entonces, él partióse a lejanas tierras, olvidando los antepasados, e hizo vida de soltero, bebiendo y mujereando bastante: así, se malgastó la fortuna; de manera que, cuando aulló la grande hambre en la provincia, el mozo tornó en pastor de cerdos; pero, ni aun comía las bellotas, porque suyas no eran; y he ahí que, reflexionando, recordó los satisfechos labriegos del solar paterno, y decidió retornar al hogar de sus mayores, tomando el camino del pueblo, cargado de tristeza y de ausencia; atardeciendo, según la cotidiana costumbre del triste, el padre divisó al trotamundos, destruido y sudoroso, entre la polvareda, y fué a su encuentro; mas, cuando le apretó contra el corazón, la ingrata criatura dijo: "contra el cielo y contra *tí* pequé", y lloró: pero el hombre padre dijo: "traed el principal vestido y el principal anillo, y un calzado de piel bastante fina, y carnead el toro más gordo, y allegad el vino más rico, y hagamos fiesta, porque el ausente ha llegado a la casa"; cuando el primogénito vino, no quiso entrar, diciendo: "regresa el ingrato, y degüellas la bestia de rezago, y a mí, el fiel, no me regalas un carnero para comerlo con los amigos"; entonces, él dijole: "hijo, mi hijo, tú, conmigo siempre, y lo mio es lo tuyo, y engendra la convivencia un hábito pálido y monótono, mas tu hermano era un muerto y ha resucitado, un huído y un perdido reencontrado; hay pues que holgarse mucho".

"No es posible servir a dos señores: a Dios y a las riquezas."

"En ese entonces, había un rico muy rico, que vestía la púrpura plutocrática y el lino fino, siempre de convite estando; y, a la puerta, había un mendigo, lleno de llagas, Lázaro, el cual quería y no podía comerse los desperdicios del poderoso, porque los perros se los arrebatában, mordiéndole las heridas y el estómago; los dos murieron un día; desde muy adentro de la tiniebla eterna, el aristócrata divisó, ahora, al paria, reposando con reposo, encima del seno de Abraham, y comenzó a clamar: "Abraham, padre Abraham, ten misericordia de mí, y di a Lázaro que empape el dedo en el agua de Dios, y me refresque la lengua, porque la obscuridad me quema el alma"; así clamaba, muerto, el rico; y, dijole Abraham: "hermano, una gran sima nos separa, purifícate del mal que hiciste, acumulando la desgracia en la riqueza"; y, él dijole: "envía, tan siquiera, a noticiar a la familia"; y dijole Abraham: "a Moisés y a los profetas, óiganlos, porque, si no escuchan a Moisés, porque no escuchan a Moisés y a los profetas, no escucharán tampoco a quien se levante de entre los muertos"; y callóse."

"En donde yacieren los cuerpos, allá están las águilas."

"Dos juntos subieron a orar, el uno fariseo, el otro publicano; de pie, el fariseo oraba así: "¡Oh Dios!, yo te doy las máximas gracias, porque

no soy como los ladrones, como los hipócritas, como los farsantes, como los orgullosos, como los embusteros, como los asesinos, como los deslenguados, ni siquiera como ese sucio publicano; yo ayuno, yo rezo, yo doy primicias a Jehová"; arrodillado, herido, de hinojos, el publicano oraba así: "Señor, Señor, compadéceme".

No fué Zaqueo, sino la estatura de Zaqueo, quien ascendió al árbol del horizonte.

Estando en casa del fariseo, acercósele la cortesana Maria, mal llamada Maria de Magdala, mujer de placer, prostituta y pecadora; apretándose al Maestro, bañaba en llanto y nardo sus rodillas, y el gran aroma mezclado estaba a las lágrimas, a las lágrimas tantas de la mercenaria, más hermosa y tremenda en lo dolorido, y la cabellera caía, derrotada en flor deshojada, a los pies del hombre enorme; el anfitrión reflexionaba: "sí, seguramente, fuese profeta éste, sabría quién lo adora, acariciando"; mas Jesús, que escuchaba su pensamiento, dijole: "Simón, un acreedor poseía dos deudores, el uno le debía quinientos denarios, y el otro le debía cincuenta denarios, sólo le debía cincuenta denarios, y él, a los dos perdonó la deuda, ¿cuál estará más agradecido?"; "el primero", dijo Simón, y Jesús dijo: "Simón, bien haz juzgado"; e inclinándose hacia la caída, dijo: "¿Ves a ésta?; ni agua, ni aceite, ni beso disteme, mas ésta, ésta me ha besado, enormemente, y todos los pueblos de todos los tiempos recordarán su nombre conmigo"; y añadió, dirigiéndose a Maria: "Maria, porque mucho has amado, mucho, son perdonados tus pecados; yo te perdono, porque amaste siempre; levántate, sigue tu destino en paz".

Cuando la mujer sangrienta lo tocó, no lo tocó allegándose, no; lo tocó como se toca la belleza, admirándola, y mejoró su vientre herido.

Igual al animal de diamante, Magdalena, la hermosísima, derramaba su luz vagabunda, a la espalda del Rabbí de la barba quemada; y era un perrito, un gatito de invierno, la propietaria de aquellos pechos repletos de miel, y aquellas caderas de yegua, enormemente olorosas al aroma del mundo y sus racimos, y una gran abeja de llanto le picaba el sexo; la cuchilla de Dios la hería.

Suya la sabía Jesucristo, suya, a lágrimas.

Deshojaba las pisadas, debajo de los sicómoros hierosolimitanos, e iba sufriendo hacia adentro Jesús, cuando Marta, la hermana de Lázaro, cayendo a sus pies, a modo de paloma herida, dijole: "murió", y lloró él entonces, entre muchedumbres sollozantes, mucho, porque lo amaba; dijo: "no ha muerto, duerme, y no ha muerto", acercándose a Bethania; entonces, como un ramo de violetas, María se hizo chiquita, a orillas del Maestro, y lloraba tanto, y clamaba: "si tú, con nosotros hubieras, no hubiera muerto; Señor, ven y ve"; adentro de la piedra soberbia, Lázaro se iba haciendo muerte, perdiendo forma; como del otro lado de las montañas, la voz tremenda, omnipotente, mellando su hacha de fuego en la tiniebla, le golpeó el espíritu en desorden, y Lázaro adquirió significado: "Lázaro, ven, Lázaro", y tornó al dolor, amarillo y polvoriento de eternidad, Lázaro.

Años y mundos, a la espalda, aterrado, llamaba la nada, solo, a gritos, desorientado entre las apariencias.

Un día, comiendo Jesús con los hermanos era; y frente a frente, a él estaba Lázaro, estaba Lázaro, estaba Lázaro, el resucitado; Marta, afanábase de hechos y actos, y María miraba y miraba a Jesús; entonces, Marta dijo: "ella haciendo nada, y yo trabajo; es menester que se ocupe de servirte, no hilando inutilidad, sentada como estatua"; y él dijo: "Marta, Marta, mucho te ocupas de las cosas de las sombras del mundo".

En aquel entonces, Jesús, cogiendo una más blanca toalla, fué lavando los pies a sus apóstoles, lavando los pies heridos, en las polvaredas judías.

Blanca como vaca, o como agua, o como casa, y ancha y clara, era la mesa aquella; ausente Jesucristo estaba, como el árbol en la montaña, y un águila de fuego escribía grandes símbolos pálidos en su amargura; y, enalteciendo pan y vino de Pascua, dijo: "he ahí mi cuerpo, he ahí mi sangre, comed y bebed, en mi memoria"; empezó a caer la noche, encima de la cara del santo, y una gran materia lamentable fué arrastrándose, entre medio de los discípulos, como un grande invierno; "uno de ustedes me venderá, uno de ustedes", balbucía él, como no hablando; y dió a Judas un empujón con la mirada, un estrellón con la substancia del corazón, contra la historia; nunca más tristeza hubo acumulada.

Desde muy adentro de la angustia, dijo: "Pedro: esta noche misma me negaras tres veces", y continuó caminando los pensamientos dolorosos.

Pues, iban llegando al Gethsemaní, el huerto de los olivos; y andando, muy bosque adentro, con Pedro y los dos hijos del Zebedeo, dijo a los apóstoles: "aquí quedaos, allí voy yo solo conmigo, a orar, porque mi alma está triste, triste hasta la muerte; aguanta el espíritu, pero la carne enferma"; y, sudando sangre, cayó y oró en tierra, diciendo: "Padre, aparta mi destino, si es posible, pero haz lo que quieras tú, no lo que quiera yo", y sufría mucho; entonces, tornó y los halló dormidos, y tornó, a orar, a la gran soledad definitiva, y tornó, y los halló dormidos, y tornó, a orar, a la gran soledad definitiva, y tornó, y los halló dormidos, mientras su corazón era de la otra orilla el habitante; la luna helaba el huerto.

En aquel instante, un hachazo alumbró los olivos despavoridos: era el beso del Iscariote; atónita estaba la manada humana; Jesús dijo: "¿a quién buscáis?", "a Jesús de Nazareth", "Yo soy", y cayeron de espaldas.

Armada de palos y gritos y hierro y linternas, vociferando, la chusma judía, entre cien sayones, de alharaca en alharaca en alharaca, arrasaba al profeta de Nazareth, a la orilla de Anás; soplaban el aire quemante del infame: él dijoles: "como a ladrón me prendisteis, armados de cobardía y autoridad, como a ladrón".

Ciñeron a Caifás los testigos falsos, y el primer jurero dijo: "éste dijo que podía, si quería, derribar el templo de Dios, y reedificarlo en tres días".

Levantándose, el Pontífice dijo: "¿qué respondes a la acusación echada?"; el estupor rajaba las caras; un dios caído, avergonzaba rincones de tribunales. aullando: "¿qué respondes?, tú, ¿qué respondes?..."

Y Jesús callaba.

Caifás dijo: "te conjuro, por el Dios viviente, que contestes si eres

tú el Cristo, Hijo de Dios"; Jesús dijo: "tú lo has dicho"; Caifás dijo: "blasfemado ha, blasfemado ha, ¿oisteis la gran blasfemia?", y desgarró sus vestiduras; dijeron: "culpado de muerte es"; y le escupían y le abofeteaban, burlándose del abandonado; un esbirro o soldado lo abofeteó en toda la cara; he ahí que él dijo: "si he hablado mal, demuéstremelo, y si bien, ¿por qué me hieres?"

Decía la canalla: "profetizanos, quién te ha herido", y le golpeaban por la espalda.

Y Pedro estaba arrinconado en los patios, sentado, solo; entonces, lo vió la criada, y dijo: "éste era uno de los que andaban con el Nazareno", y él dijo: "mentira, no conozco al hombre"; e iba llegando a la puerta, cuando la otra criada dijo: "tú, de los mismos eres", y él dijo: "no"; pero lo vieron los ociosos que andaban curioseando, y también dijeron: "ése es hombre galileo, de los discípulos del impostor Jesús es, es de los discípulos", y él dijo: "mentira, mentira, no conozco al hombre, mentira, no conozco al hombre"; entonces, cantó el gallo, y lloró Pedro, porque recordaba las palabras del Maestro: "Pedro, Pedro, antes que cante el gallo, tú me habrás negado tres veces".

Hacia el Pretorio.

Cuando lo llevaron a Pilatos, Pilatos dijo: "¿de qué le acusáis a éste?"; dijeron los judíos: "si no fuera malhechor, no lo traeríamos"; Pilatos dijo: "tomadle y juzgadle vosotros, por vosotros, de acuerdo con la ley hebrea; dijeron los judíos: "no podemos matar"; Pilatos dijo, dirigiéndose al Nazareno: "¿eres tú el Rey de los judíos?"; dijo Jesús: "¿lo preguntas por tí, o te lo dijeron?"; Pilatos dijo: "¿soy yo judío?, tus sacerdotes, tus paisanos, tus polizontes te han traído, ¿qué has hecho?"; dijo Jesús: "mi reino no es de este mundo"; Pilatos dijo: "¡ah! eres rey, tú, eres rey"; Jesús dijo: "tú dices, tú, que yo soy rey, tú, yo he venido a predicar la verdad"; Pilatos dijo: "¿qué es la verdad?"; dijo Jesús, levantándose, en trance gigante: "¿la verdad?, la verdad soy yo, yo soy la verdad".

En ese instante, la esposa de Pilatos escribió a Pilatos: "él es justo, anoche he soñado y sufrido por él".

Entre tanto, Judas ascendió, vociferando, al Templo, arrojó las treinta monedas de la infamia —precio del justo— a la cara de los pontífices, y se ahorcó: ellos no cogieron el dinero para la comunidad sagrada; compraron los campos del alfarero, para cementerio de extranjeros, y lo llamaron "campo de sangre", *haceldama*.

Auroreó Pilatos en las terrazas, y dijo: "no encuentro crimen, ¿a quién devuelvo la libertad?, a Jesús o a Barrabás?"; "a Barrabás", aulló la bestia pública, y Barrabás era ladrón.

Entonces, ordenó a los verdugos que lo azotaran, y los verdugos le azotaron, y lo vistieron de púrpura, y, como lo vistieron de púrpura, lo coronaron de espinas, como a un rey de sainete; así, abofeteándolo, le decían: "¡salve, rey de los judíos, salve, salve, salve, rey de los judíos!..."; pero él callaba, humillado y ofendido, y su silencio era un insulto de piedra, arrojado, medio a medio, del rostro de la canalla mercenaria.

Y, mostrándolo a las muchedumbres y los sacerdotes, Poncio Pilatos dijo: "he ahí el hombre".

La autoridad constituida dijo, y el pueblo: "crucifícale"; Pilatos dijo: "no es criminal"; dijeron los judíos: "tenemos ley nosotros, y, según la ley, porque se hizo Hijo de Dios".

Fué a Jesús Pilatos y dijo: "¿de dónde dependes?"; él no contestó; Pilatos dijo: "¿no me respondes?, tu vida y tu muerte poseo yo solo"; y estaba desesperado; dijo Jesús: "tú no eres lo divino".

Cobardemente, Pilatos quería salvarlo, e iba de una a otra orilla de sí mismo, titubeando, como los culpados; pero los judíos, vociferando, decían: "si lo perdonas, traicionas al César, porque quien se proclama rey, conspira y ataca al César, y tú no podrías ser cómplice de conspiradores, ser cómplice"; y hacían eco de multitudes.

Adentro de aquellos momentos, Pilatos se declaró en tribunal y dijo: "he aquí vuestro Rey"; dijeron los judíos: "ajustícialo"; Pilatos dijo: "¿cómo?, voy a crucificar a vuestro "Rey"? ¡a vuestro Rey!"; dijeron los judíos: "no tenemos otro rey que César".

Pilatos se lavó las romanas manos, y entregó a Jesús a la chusma; y la chusma echó la cruz encima de las espaldas apabulladas, lo empujó al Gólgota, o montaña de la calavera; e iba andando, tranco a tranco, el Nazareno; como estaba todo herido, sudaba, tropezando, y caía en las quebradas israelitas, ensangrentando los guijarros y los guñapos de la bufonada; llamaron, pues, a Simón Cireneo, el campesino, y lo obligaron a *ayudarle*; algunas mujeres lloraban bastante, siguiéndole, a la distancia, cuando él dijoles: "hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por los hijos de vosotras, y por los hijos de los hijos de vosotras y por los hijos de los hijos de los hijos de vosotras..."; dos delinquentes o malhechores, acompañabanlo.

Entonces, lo echaron y lo clavaron en dos palos cruzados, y lo levantaron, entre cielo y mundo; a la derecha un ladrón, a la izquierda un ladrón; reía la canalla, insultándolo, mofándose y burlándose del hombre de dolor, cobardemente, con cobardía de policías, pero él dijo: "perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen".

Encima del crucificado, Pilatos, el romano, escribió: "JESUS DE NAZARETH, REY DE LOS JUDIOS"; protestaban los sacerdotes: "¿por qué dijiste rey, y no soy rey?, soy rey, y no rey, debiste haber dejado escrito, para su escarnio y mofa"; Pilatos dijo: "porque lo escribí lo escribí..."; y, como pidiese agua, los sicarios le dieron salmuera y vinagre, en un estropajo empapado, y él los rechazó, dulcemente; soplaban los vientos espesos del tiempo muerto, y, gota a gota, caían horas encima; estaba Jesús, cansado de angustia, sudando, y ensangrentado al sol, cuando, clamando, exclamó: "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?"; dolor y calor había; y una especie amarilla de terror espeso y tremendo azotaba las madrigueras del león semita, hería las sabandijas, mordía chacales y culebras, con su colmillo de locura, y el mundo tenía frío y miedo; colgaba la atmósfera como un animal muerto, en la carnicería.

Llegaba la sombra, crujiendo, en aquella gran yegua siniestra; sonaba

su galope; lo negro con lo muerto, atravesaban, de infinito a infinito, acuchillándose, con su espada oscura y de luto; hablaba la nada; retorciendo sus riñones, en aquel instante milenario, Jesús dijo, con grito:

“Padre, Padre,
a tu actitud entrego mi espíritu”.....

III

MUNDO AL HEROE

Monedas de perro al perro, cadenas de perro al perro, monedas, valores, cadenas, al borracho, al idiota, al cobarde, al enfermo, al canalla, al demente . . . y a Dios, el escorpión de Dios.

Era un hombre y su desventura; pero su grandeza, requiriendo los nuevos métodos, generaba la nueva grandeza, y la nueva grandeza de la nueva grandeza, y la nueva grandeza de la nueva grandeza de la nueva grandeza; por eso erraron el sacerdote y el psiquiatra y el fariseo; la espada a la espada responde su eco trascendente y degollado, y a lo podrido lo podrido, y a lo deshecho lo deshecho; rompía las valencias, Jesucristo, con hachazos de piedra.

He ahí el héroe, únicamente el héroe, su sangre quemada, aquel que transforma la fuerza, aquel que domina, aquel que modula la fuerza, según el imperio de su instinto.

No era la paloma con espíritu del clérigo; ni era la violeta homosexual y llorante que ofrece, inútilmente, su corazón de anilina espantosa en los mercados de Dios; ni era la aurora siniestra o la herida tremenda que cabalga el papado.

Siempre emerge desde adentro del infierno de las calumnias el león incendiado del Nazareno, y su águila.

Buen colibrí de Monseñor, ordeña las estrellitas místicas, hacia la montaña de la gran hiena, y él, celestialmente, él, las desnuda sus calzones de nomeolvides, con un diapasón oceánico, trágico, de director de orquesta *en torbellino*; coronado de flores blancas, las aguas adapta en situación de chocolate; pero la oratoria cardenalicia no le alcanza, técnicamente, para ni adquirir una belleza de espinas.

A caballo en una cureña, una botella colgando a la cintura del evangelio, ridículo y católico, bendice al asesino.

Abominaríalo el asno que come diamantes, aun si hubiera sido una

pulga rubia, con un pájaro pálido por lengua, o un palacio edificado con vírgenes del horizonte, o un sembrado, o un manzano, que emprende una gran carrera en su carro de vidrio blanco y ojos azules, y se detiene, de repente, en la misma orilla del mundo, en donde existe y flamea aquella bandera del vacío, por la cual camina un monito de greda...

Aplastado entre sus polleras de nube, pone un huevo de oro todas las mañanas.

O es la yegua judía a quien desvisten los canónigos y besa el sacristán melifluo, o el gran buey del *corazón de Jesús*, o la mula antigua y heroica de los masturbadores sagrados y la sodomía; o el caimán demente que hace caimanes con el cielo; o la cacatúa épica que siempre desciende, entre angelitos, desde el vórtice de la estupenda tempestad literaria; o un tontito con un ramito de sabandijas; o aquella obsesión tremenda que persigue y ensilla y desvirga al seminarista, como un cerdo vidente, rezando los rosarios y los trisagios del ensimismado.

La bruja nocturna del cielo se lo colocó en el vértice, sollozando, y aunque el pobre menea la ciega estrella del muerto, hay tantas águilas desgarrándolo, que el catolicismo se revuelca, resplandeciendo en los estercoleos, y el soldado de Dios lo azota, divinamente.

Es aquel verso de vaca de la Iglesia, y su animal negro de fuego negro, y el tonto de palo de los negocios, a caballo en el régimen capitalista; sí; pero, por adentro de la encina, un roedor le corroe las entrañas desesperadas a la burguesía, y el perro de Cristo, maldito y divino en la economía, el perro de Cristo les tira peñascos a los riñones, haciéndose el humilde, en su ataúd de cascabeles.

Palo blanco de los juzgados del crimen, quebraron los bandidos su gran espada.

El león de Roma lo anda trayendo en su carreta de vergüenza, COMO UN SOLO SOL DESVENTURADO; le echa imperios y teología, en grandes barriles de amatista infinita, y él come, come con su actitud de ganado de milagro, entre la noria y la feria; la gallina de Jehová le pone un huevo de hierro en la boca.

Sinceramente, no ha lavado la poesía, desde la época de la calavera hebrea.

Así, empleados de vaselina, invitándolo al prostíbulo del sábado; la sociedad, besándole el diamante amarillo del infinito, arde en grandes ciudades imaginarias, riéndose o llorando capullos blancos, en rosado amargo; y el hombre del ideal piojento le adquiere disuelto en su vino de mito de pillo, a la ribera de las ruinas; porque tan pegado va a la barriga del corazón, y en tal manera de cotidiano lo pintaron, que ya espanta al cielo y al pájaro del cielo, crucificado en las máscaras del éxito; la enamorada le siente amante y le vende, abismo de maridos, la perla burguesa.

Asciende del chisme, enarbolando su escapulario de ópalos, y se acuesta en la cama de las santas humanas, en elementos de religión desnuda.

Los verbos horrendos del cura, y la aristócrata llovida, alegremente, por el malestrom de la Iglesia, las papisas blancas, alumbrando los confesionarios, y Belcebú, agarrándoles las alitas a las niñitas de conchaperla;

el incesto y el estupro visten de laureles: "Lucrecia", azul y desnuda, da a besar a Satanás la rosa estricta del ombligo.

Como fragantes piñas, negros sexos de vírgenes, queman las hogueras, perfumándolas, y el palo de escoba de las brujas agranda el objeto de la Inquisición, del incubo al súcubo, enarbolado, encima de la montaña de Dios.

Rojo de lujuria, Alejandro VI orina la cristiandad, a caballo; entre la alquimia y la astrología, oliendo a pólvora, pisoteando cabezas cortadas, gritos de angustia, y un error que arranca bocas y lenguas de la raíz fisiológica, el Renacimiento se baña en agua de azucenas escogidas, entre cien naciones; medio a medio de la Edad Media, chirría Gerolamo Savonarola, como un gran asado a la parrilla.

Y la última bruja aborta el último sábado, lo mismo que un sapo un parto de heroína, y una tal rosa de estiércol.

El Cristo rojo de los héroes, el Cristo azul de los santos, el Cristo negro de los mártires, el Cristo amarillo-morado, que parece juez o profesor, y aun una gran rana casada, de los gobernantes y los delincuentes, y el Cristo del color del dolor de los cementerios, y también el Cristo aquel rural del niño, con una manzana nueva en la cara . . . A cada animal su Cristo. Y el culebrón de los degenerados, tocando a degüello, su comercio en los cementerios.

Comía y bebía, acariciando a las muchachas de su tiempo, el atleta sano y soñador de Nazareth; y era borracho y enamorado hasta el éxtasis; vagabundo, remolador, nocherniego, tenía hermosas queridas y deudas de dineros, como todos los grandes profetas del espíritu.

Rebasaba su organismo la personalidad hipnótica, como una enorme cuba de aguardiente de esmeralda; siempre estuvo fuera de la ley, como los ladrones, los poetas y los héroes; abominaba su clan de burgueses crepusculares, en el cual la paternidad florecía los cuernos soberbios de la santidad cívica, enyugada a una paloma blanca y negra, simultáneamente.

Porque era fuerte, era un místico, trágico, lírico, y sin sombrero, a quien asesinaron los mercaderes oceánicos y el "hombre de orden".

Hay una langosta degollada, a pata pelada, nevada, de oriente a poniente, aullando; es una montaña y es una piltrafa y un animal disgregándose, aquella gran carroña resonadora, creciendo en afán de podrirse: unos animalitos negros, o también morados, y gordos, le pican las pupilas enmohecidas; allá, debajo de la cola, llora un perrito crucificado, entre diez ladrones; y toda la jauría del megalómano le reza, le lame, le ladra chillando, tocando sus acordeones y pasando el sombrero de las vihuelas.

Centro a centro de la metafísica, la mariposa celestial de Nazareth se eleva en la tercera incógnita y rie, encima de la fábula; la santísima trinidad tiene buen estoque; los quesos divinos de San José levantan a María por encima de la cristiandad arrodillada.

Lo veo sentado en su sillita de la cruz, amarrándose los pantalones de diamante, a su arrobamiento de solterona de esmeralda; a los sagrados hipopótamos, pidiéndole dinero sellado en lágrimas; al gran orangután, que posee pechos de señora hermosa, para amamantar al gusano regalón, y al carnero en camisa de batista, como las más afamadas cortesanas; a cule-

brones que venden su leche, y a tiburones que venden su lecho de atardeceres; y escucho carcajadas tan dolorosas, que casi invento una religión verdadera, para sabandijas y caballeros de granada, con su grande recuerdo de hombre.

Una gran teta de astro le azota la cara lunada de comediante, adentro de la estrellería católica.

Echada sobre España, la Macarena exige la bacinica astronómica, pero su hijo le ofrece una gran manzana; la harpía checoslovenska dice en nieve su actitud al gran judío del incendio; una marrana rubia de Rabelais se entretiene restregándose contra las amarillas costillas del crucificado, y lo amamanta en la vagina.

Sodoma y Gomorra claman en las gárgolas de la catedral gótica, desde el corazón de los conventos.

Es el tontito de Pascua, en su canasto, en su saco, en su atado de imbecilidad, y el coronel muerto, que es una inútil yegua y un magistrado colorado, enjaulado en el destierro; es el poeta de barrio de pueblo de atardeceres; es el Dios de aserrín divino de las esposas gordas del empleado, y sus nomeolvides espeluznantes; es el alcahuete y la celestina de las fracasadas maracas; y es ese amable maricón de Jesús de los mercados y las tabernas y los garitos y las parroquias abandonadas, a la orilla de las vinerías del arrabal, abriendo su actitud de paloma; y es el yugo leso de las burguesas; y es el rey egregio y soberbio y tremendo, todo de oro, de los tiranos verdaderos; y él, sacando, por debajo, su cabellera de diamantes, su poesía de leones; él, resplandeciendo en la doctrina desordenada, como un anillo de oro en las tinieblas.

Carlomagno agarra la cruz y le raja la estrella a la impiedad, de un garrotazo; es la miel de Nazareth, que emerge; y unos chivatos gordos y negros se arremangan las polleras, y arremeten a balazos contra el hereje, bendiciendo, con las balbas, los rebaños embravecidos, y la grey divina.

Un enorme pitecantropo de azahar echa su bendición feliz y se agacha; desde la capilla sixtina le responden cien mil eunuco; y una gran señora pare un suspiro tan triste, que se nublan todas las mañanas del siglo, en la frente del fraile celeste; la tierna monjita pide un asno; Satanás N. S. le regala una banana de caucho, que le ofreció a él la más florecida y entreabierta de las madonas de Rafael, soñando.

Atado de lirios morados, el crucifijo aulla sobre el vientre de la mujer desnuda, entre los pechos y los muslos de las vírgenes, velando su sueño de fuego, ensangrentado, obscuro, enloquecido, al aroma rojo de las hembras dormidas.

César Borgia preña a la Iglesia, la cual pare un toro de oro, y un pescadito colorado, con una bandera colorada, y una palabra colorada, que se va poniendo amarilla a medida que la enarbola León XIII; la teología dice que sucede un huevo, o un loro de madre selvas; sin embargo, nunca las águilas, como los obispos, anidaron en las carabinas de las sacristías de adoración clandestina.

Todas las señoras de Dios se perfuman la azucena en Lourdes, bidet con sirdil divino, y dan la agüita a la caridad proletario-cristiana; y el

loco, el demócrata, el ciego se alivian tanto que llegan a predicar a la provincia; la administración del milagro florece más que los más piadosos nidos de besos de Montmartre.

Colgado del animal azul y soberbio del convento, parece un hermafrodita sin porvenir y un ataúd en forma de cosa: negro como sexo de colegiala, o como anillo de ahorcado solitario, o de sacerdote del horizonte, acumula la desventura del relámpago del ritual gangoso, de latín grasiento y su cadena tan oxidada, enrollándola a su pobre y triste pluma de demente; solo en las libres torres dice algo claro el pájaro de viaje: así, la sierva ardida del claustro le acaricia entre sus pelos de fuego, abriéndose, oscura y sangrienta en la soledad, como una gran naranja de carne preciosa; y el deseo de todas las santas escarba su espolón de oro.

Mal que mal, a cada cadáver le corresponde su ataúd, y en él se pudre como puede, adentro del horizonte hediondo y sin límites; sólo el infeliz Jesús de Nazareth le logra podrirse con todos los tontos del mundo; y da lástima verlo, con su actitud de trapo o de plomo, corroyéndose de podredumbre religiosa, a la ribera de las calaveras eternas, y su enorme llanto.

Mas rebasa su gran ánima atropellada las medidas del hombre corriente, y un feroz rayo de alma emerge, pálido e impertérrito, de los cochinos crucifijos heridos, agujereando la materia; es la voz sin entrañas del héroe; y aquella verdad siniestra del vidente y del valiente, que va arrollando en su látigo trágico, todas las rosas del camino; la religión utilitaria, acuchillando a quien la empuña, es la culebra que se retuerce contra su amo; y ese ojo fuerte y oscuro y la espada negra de la mirada negra, que tajea la tristeza, abriéndose arriba del mito, en cruz, terriblemente.

Por debajo, en penumbra, por adentro de la vida, el caimán roedor del catolicismo abre y arde su flor lúgubre, trasmutando en la enfermedad moderna, la inmensa, eterna, abierta salud del Galileo.

Da lástima filosófica el invertido de Binet-Sanglé, el teomegalómano histeroide, pintado con barro en la estrategia jesuítica, el imbécil divinizado; pero la Magdalena recuerda aquellas noches sangrientas y el enorme acento del profeta; aun las tabernas galileas refieren el bastón del varón de acero, tan acuchillado, que parecía platino, o gemido de platino, o martillo enriquecido de dureza gran, tremenda, relaciones de valores patéticos, expresándose en metales fragantes y boreales; comiendo y tomando, vivió el robusto Jesús; y lo crucificaron porque arrasó, a patadas, a los académicos de Dios y su literatura.

Parece un murciélago cualquiera, presidiendo los sacramentos de la bestia humana, baboseado de mentira y locura, entre los ejércitos.

Una catacumba sucia, alcantarilla de las letrinas infinitas, atraviesa la civilización contemporánea, llorando su miseria; arrinconado en las lunas vendidas, el revolucionario comunista del Gólgota pontifica a los desperdicios; así lo amaron los payasos desarrapados, así, comiéndoselo, los reyes-jumentos, las ranas santas, las vacas santas, las gatas santas, los lagartos santos y sabios.

Y el Salvador comanda la tienda inmensa.

Aburrido de tinieblas, adentro de la enloquecida soledad, y sin sentido, Dios esculpió en barro un hombre de barro y le otorgó vida en suspiros; después lo acostó en su cama y le sacó a Eva de una costilla; entonces plantó un jardín blanco y negro, y los echó a él, completamente desnudos y en camisa, diciéndoles: "portaos bien, comed de todas las frutas y bebed, menos de la fruta del árbol del bien y del mal, pues si coméis, moriréis"; pero Eva, la señora de Adán, se encaramó, rosada, al chirimoyo, y Adán, desde muy bajo, le besó la manzana a ella, porque ella se la nevé en la boca; se llegaban a desmayar comiendo en el somier, cuando Dios los pilló y los echó a espada del Paraíso, prometiéndoles, a la vez, que una gran rosa habría de tener un guagüito, que le aplastaría la cabeza a la serpiente, que había sido quien se le había metido a Eva en la barriga; así son los misterios; como él estaba muy enojado con sus huéspedes, se alegró con María, la esposa de José, en figura de Espíritu Santo, y floreció una guagua, que fué Jesús de Nazareth; ahora, la guagua era el mismo Dios, y el mismo Dios era el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo era su padre, el padre de su hijo y el hijo de su padre y la tercera persona del padre del hijo del padre del hijo del padre, y el hijo debía ser crucificado para desagraviar al padre y el padre era él y el hijo era él, y los que lo crucificaron fueron malditos, pero los que lo crucificaron, si no lo hubieran crucificado, no se habría verificado la redención del pecado de Adán, por el hijo del hijo del Espíritu Santo, del padre del padre; no importa, Jesucristo fué crucificado, y nosotros nos aprovechamos las medallitas; porque si el padre *no se enoja, el hijo, es decir, el padre, no se engendra por el Espíritu Santo, es decir, por el padre, por el hijo y por el Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios no más...*

Como cien docenas de iluminados se están bañando en la historia, toda la civilización contemporánea hiede a cloaca.

Suda el tiempo, y hombres barbados van a adorar un huevito de San Jacinto de Arimatea, el bonito, o a una niña que le salía agüita florida, y a cualquier tiburón enamorado del "Corazón de Jesús", que parece una solterona rubia y soberbia, meneando el cielo en la hostia divina.

Bien que bien, no ha de sentirse tan mal, el pobrecito, disfrazado de crucifijo, entre los calzones y los corsés y las camisas sacratísimas de las magnolias más piadosas...

Parece un astro de señora, blanco, florecido, claro, con los pelitos de la divinidad en la cara; y aquella actitud de litoral al cual están inundando, mira las babosas del techo, con ojos llovidos y entontecidos de sacristán, de cura-rubia, de cardenal de árbol caliente; ¡pobre Jesús de Nazareth, caído entre los cocodrilos divinos de occidente, crucificado y en camisa!...

Es natural que su naranjo remonta valoraciones macizas.

Hasta las suegras concluyen por domesticarlo; le compran sombrero, y lo babean, y lo montan, y lo enyugan a su espantoso charquicán cotidiano, con aquella gran cintita de terciopelo de aspavientos del siútico; y el pobre gigante judío se desmaya entre las fórmulas póstumas de las harpías.

Es, realmente, el Chaplin del tonguito, orinado de lágrimas, al cual la Iglesia católica, ardiente, le arremanga la poesía.

Los emperadores humanos pelean por besarle el sombrero, por lamerle el pellejo de los sueños, y alcanzar, a gatas, la altura trascendental de su desprecio no maduro.

Vestido de abismo, lustra todas las botas de la suciedad capitalista.

Verdugo y juez invocan su nombre; escapulario del ajusticiado, paloma de las carabinas asesinas del código, halcón del puñal cívico, Jesús de Nazareth; poetastro y bailarina de los calabozos.

Adentro de la literatura íntima de las solteronas, un perro y un Cristo aúllan.

Solemnemente, camina a misa el burgués del domingo; estalla la calva entre la cera sagrada de las velas sagradas, ceroteando palomas de usurero; gran ministro de pompas fúnebres, cultiva la muerte, siempre la muerte, para su destino; el lagarto sagrado, pintado de comediante divino, brilla, como una dual materia de sol, medio a medio del altar-escenario, con asombro del mercader católico; adentro de la sacristía, un confesor desnuda su tesoro.

Violetas de cardenales contagian su rostro al Divino Maestro, y las salamandras papales, iguales a inmensas bestias ajenas, se entierran en el infierno, la fortuna del estado imperialista.

A la manera de un pato de barro, cabalgando a una montaña, el catolicismo se levanta sobre el hambre candente y oscura del proletariado, y la madre esclava y tuberculosa recibe en las entrañas la patada del crucifijo; el perro negro, el cuervo viejo y siniestro de la metafísica, lame insultos de plata y oro, y orina agua bendita; un traidor, mendigo y castrado, buey de aceite, predica la conformidad celestial, atragantándose de capones platónicos, encima de los rebaños amarillos de espías, de bufones, de sicarios, que se revuelcan en la guitarra roja de las masas obreras, como cerdos locos de sangre; las yeguas sagradas entregan su pabellón mensual a la caridad pública; arreado entre la policía y la guillotina, el Nazareno arrastra la oligarquía prepotente y su carreta de vergüenza.

Invocándolo, se apuñaleó al hambriento, al obrero, al enfermo, ametrallándolos al sol de la justicia; invocándolo, se degolló a viejos y mujeres y niños; invocándolo, se escupió su propia imagen por los asesinos engreídos del imperialismo y sus laureles de servidumbre.

Los asnos furiosos de la Inquisición lamían a la nobleza contra el siervo-obrero, intelectual, contra el siervo-maestro, quemando o ahorcando o descuartizando por anhelo; los marranos embanderados del número establecido defienden la atonía capitalista, la riqueza por la riqueza, poniendo el tintero al servicio de la economía, vendedores miserables de una gran montaña, traficantes de verdades trascendentales, polizontes de la moneda falsificada de Dios: rico, roñoso, neutro, el fraile espanta, el fraile aplasta, con el sexo, la figura proletaria del carpintero galileo, revolcándose en la metafísica teológica.

Y la Iglesia es la gran vasija del Estado.

"Como el régimen capitalista lo inventó Dios, es menester que exis-

tan ricos y pobres, amancebados en la caridad católica"; sí; y curas rotundos, alimentados con oro rociado de lágrimas de ánimas a la cascada, prelados enormemente cebados y canónigos con pechos egregios de golondrina.

Existe el miserable para que la salamandra eucarística desemboque su compasión, y las prostitutas y las cocineras, para la cama del gobierno.

Cura la limosna los chancros del abismo: la dama florida, pisoteando desventurados, expresa las arritmias hereditarias de la oligarquía, y el pobre le sirve, como el garañón a la estrella; los cristianos destartados se revuelcan en el socialismo amarillo; el orangután sagrado cubre a la tortolita olorosa y cuando expresa un lagarto, o un buitire, o un chivato en sotanas, para la santa cosmogonía, toda la madura un espíritu; la democracia católica se entrega al animal, y brilla Dios, rugiendo entre los relámpagos.

A unos les parece una gran vaca pálida, a otros un caballo con hermoso lecho de prostituta, o un pescado de amatista, o un gusano de esmeralda, a otros una tal sociedad gastronómica, a otros la planta aquella de cochayuyo sacrosanto, que produce estupendas miniaturas amarillas.

Encima del cielo de yeso, chorreado de poesía de anilina de sabandija en matrimonio, gritando sus bravuras elementales, viejo sol ciego, con sombrero de guagua, el ajusticiado de Nazareth, bandera del proletariado crucificado, recibe el numen aristocrático en la tacita azul y frutal de la idea; bendiciendo camas de frutas, preside la amorosidad dominical y burguesa; cualquier borracho rural lo orina de felicidad y lo patea, como a la mariposa traidora, acorralándolo entre las monedas y las botellas; viaja de la ruleta a la taberna, de la taberna a la ruleta; todo lo roñoso del burgués, su actitud de piedra vieja, que anda celeste con la iglesia, la asquerosa cobardía oratoria del oligarca, se la pegaron, a la manera de un caracol de oro, o un corazón de podredumbre, de violeta, de comediante, de gallina embarazada, que procede, alegremente, a cacarear su huevo en las tinieblas; perros y perras le lamen, entonces, la herida.

Y un animal de fuego levanta dos palos cruzados.

IV

MATEMÁTICA DEL ESPÍRITU

Palacio de mosca, rizo de guitarra, océano, *máquina del número índice*.

Era la eternidad del átomo, del núcleo mundial, que huele a fuego, a harina, a llanto, y es posible, como el lomo de la culebra negra.

Juventud de novelas de estrellas olvidadas, él, palanca sin objeto.

Con relación a los símbolos acumulados, autorregulándose, peleando, asesinando, dominando con hachazos de voz, de acento, sin orgías monumentales, enormemente.

Apuntalada como el sol en el sol, organizando su actitud en su actitud, el sentido de su luz en el sentido de su luz, el sentido del sentido de su luz en el sentido del sentido de su luz, el sentido del sentido del sentido de su luz en el sentido del sentido del sentido de su luz, toda en toda, y el sobrante del espíritu disperso.

Aquel color total.

Tenia altura y crecía más alto, más alto que toda la altura; tenía anchura y crecía más ancho, más ancho que toda la anchura; sobrepujaba los límites de sus límites, y era el límite de lo ilimitado.

Su designio y su tragedia.

Y como todo lo bueno le engrandecía, y como todo lo malo le engrandecía, y todo el bien de todo el bien y todo el mal de todo el mal, apenas le lamía la abierta, obscura hipótesis, y poseía aún su bien y su mal, y el bien de su bien y el mal de su mal, y el bien del bien de su bien y el mal del mal de su mal, y todo lo contrario y lo contradictorio y lo que es completamente indescriptible, eternamente, su dimensión le quemaba, ¡ah!, le quemaba la desgarradura, y podía y quería y debía morir, en función de expresarse definiéndose-consumiéndose-refundiéndose.

Su designio y su tragedia. La libertad matemática de su encadenamiento, el eje del torbellino y del terremoto, que parecen libres, y son pitagó-

ricos, y lo es la hormiga, con acento a aquella esclavitud sin ilusión del héroe *Su designio y su tragedia*.

A tal instancia, viéndose, persiguiéndose, conmovía la hora cósmica, cantaba y amaba las cosas, no por las cosas, no, no, sino porque él se buscaba en las cosas, y, así, su amor era su pasión y su amargura, y la verdad le gemía en el cuerpo, y la verdad le crecía y le entristecía, como la naranja al naranjo, y la castaña al castaño, y la manzana al manzano, y el hueso del viento a la tempestad, y él la andaba encontrándola siempre, en este instante, en ese instante, en aquellos instantes egregios, siempre, en aquel siempre maravilloso, que posee el tiempo de las almas sumadas, porque la poseía la deseaba, y era ella y la substancia de la cual se hacen las verdades.

Venía a preguntar por una flor de niña o de luna, y salieron culebras y arañas de los capullos oceánicos, y aunque lloraba un lirio todas las mañanas, y tenía una gran lágrima estrangulada en la garganta, Jesucristo, y siete palomas en el instinto, la idea y el animal de la idea, lo mordieron.

Calavera extranjera, calavera agorera del Dios atlántico, que floreció alma ancha, vasija de pequeñez hermosa y difícil, son que deviene cuerpo sin sombra y cristalino, y pura fuerza rubia.

Miraba y la mirada miraba, y la mirada sola, temblando, pura, atravesaba la substancia del corazón, y, aunque era parecido a una finura esencial y absoluta, a una delgadez de filo de hilo, tenía la energía colorada de las cuchillas, y, como era fuerte y dulce y grande, ofendía, y como era fuerte y dulce y grande, daba ganas de asesinarlo, como a las manzanas, o a guatita de mujeres adolescentes.

Parecía forjado de espumas y era forjado de espadas, parecía un vaso de nieblas, un nido de formas distraídas, parecía lo indeterminado, y era la voluntad del universo, desesperándose.

Andando en penumbra, telaraña del infinito, agonía del infinito, cuerpo muerto, ardiendo, pujando, hirviendo, cuerpo muerto, florecía helados espantos amargos, soles de hombres absolutos, piedra vieja, piedra nueva, piedra siniestra y azul natural de entraña, lo negro, lo rojo, lo blanco, que desplaza gritos de aves mundiales.

Acaparaba todo lo extraño y lo problemático, lo inconcluso y lo excesivo, lo huidero y lo infinito, lo que está afuera y lo que está adentro de adentro de adentro, y era querido y explicable como animales.

El monumento, el rascacielos de la voluntad, arrastrándolo, llenándose de árboles poderosos, acumulado, flameado, tronado de banderas enlutadas y absolutas, el eje de su actitud, como un gran álamo amarillo, y aquella tal alma peluda, aquella tal alma confusa, ejecutada en excremento de diamantes universales, multiplicando todas las cosas, en ese enorme aumento.

Sí.

Aquellos ojos del color del color, a una altura azul, llenos de viento con agua de fuego de tiempo de sueño sin espacio, siempre en aquel presente de la cara, aquellos ojos o aquellos cabellos de amapola olvidada, grandemente liberales, olorosos a verdad vegetal, coronando esa figura nueva, de platino a la luz de la luna, gota de silencio, parada entre montañas de miel, con tantos pájaros, que la totalidad se sumerge en el canto de

los pájaros de los pájaros de los pájaros, y emerge un sonido de banderas.

Y cuando hablaba todas las fórmulas gritaban la cabeza con ojos.

Tendida, bocarriba, encima de Jerusalén, llenaba su figura leguas de leguas, llenaba su figura, tendida, bocarriba, encima de Jerusalén, territorio de poesía, el crepúsculo la proyectaba, la agrandaba, la iba echando sobre la enormidad urbana, semejante a una violeta o una gran tempestad de dulzura.

¿Traía un Dios asesinado adentro? Traía un Dios asesinado adentro; sin embargo, pastaba en su corazón el ganado estelar, y la geometría del Sinaí, tronchando golondrinas rurales, triangulada y arbitraria, lamia su evangelio.

Lo mismo que a los emperadores adolescentes, su condición noventa y nueve de madrugada con gallos blancos, su juventud de sandía o de comida sin atardeceres, campesina, su actitud de fruta gorda, le iba creciendo, terrible, en su vestido de manzana, solemne, gigante, con gestos acerbos de culebra preñada, que va a parir un día lluvioso, zarzamora dolorosa del espíritu, y él andaba muy serio entre sus palomas, invitando desterrados a la fiesta de su asesinato.

Esa gran higuera de fuego, organizada en lo íntimo, y aquel viejo viento nuevo, que canta del otro lado de la vida, del otro lado del otro lado de la vida, del otro lado del otro lado del otro lado de la vida, y aquella palanca inmensa, que inclina el mundo hacia un costado...

El quería huir y no podía huir, quería huir de su destino, sacarse del pecho, quitarse del alma aquella condición egregia, aquella bandera, aquella marea del predestinado, su gran locura triste, y el alegre adolescente lloraba en él, por las naranjas y las castañas y las manzanas y las botellitas olorosas del olivo, y por aquellos pechos y aquellos vinos y aquellos sexos de niña tan fina, que parecen aceitunas, aquellos sexos que no habrían de emborracharle *nunca, nunca, nunca*, y por aquella mujer clara y alta, aunque muy pequeña, que no conoció jamás, *nunca, nunca*, y por aquellos días y por aquellas noches, en que debió haber estado tendido, de costado, pegado a la tierra, de costado, escuchando el rumor colosal de adentro.

Estaba muy preocupado de ese diamante amarillo, que se aloja en las entrañas, y va creciendo, como espejo al sol, o como un gran caballo en las llamas, y refleja y proyecta todos los incendios, y arde y cunde y duele y se triza, en sollozos de piedra, estando situado en la inmovilidad cardinal de lo abstracto.

No es que la lágrima sea de condición afligida y dolorosa, no; la lágrima, como el rocío, es, seguramente, un mundo de agua, pero es la flor de los lamentos, toda la flor de los lamentos; él era toda la alegría de la tristeza, aquella gran alegría de la tristeza, aquella gran situación blanca de ser lo negro, absolutamente negro, aquella gran situación blanca de ser lo blanco, absolutamente blanco, aquella gran situación blanca de ser lo rojo, absolutamente rojo, porque él era alegre como hecho, no como significado, como hecho, no como significado del hecho, y, así, la muerte es alegre, con su organización helada; de él nacía la tristeza.

No hacía cantos, su acto era su canto, su acto era el canto de su

canto, su acto era el canto del canto de su canto, porque no hacía cantos, vivir era cantar, hacer era cantar, y justificarse.

Afirmaría que era de piedra y no era duro, no, no era duro; avanzaba la arista inmensa hacia afuera y, antes de hacerse efectiva, la había precedido la otra, y la otra de la otra, y la otra de la otra de la otra, la simultaneidad sucesiva de ese terrible espíritu en oleaje, ardiente de presente y olvidado, como la antigua cuna del mar; no era hachazo, era esa gran magnolia de puñados que se abren; y así como la rebelión oceánica acaricia el barco en la mano negra de la tormenta, él acariciaba las almas humanas, en su tal tempestad de sueños.

Dicen que anhelaba la eternidad, que la buscaba, que la llamaba y la llevaba adentro, como quien persigue la distancia que contiene.

Hombre sin sombra, cristalino, traspasado de luz; he ahí el hombre sin sombra, el único del único hombre sin sombra, la voluntad de cristal, perforada de universo, e inmensamente existente, inminente y evidente, como aquello que desplaza el volumen del volumen del volumen, y es la cantidad, y no es nada, y es nada, y no es nada, sino lo que es indispensable; era la inmensa casa de vidrio de los iluminados, el estilo de agua de humo de agua, tan flúido, que no se opone, que no está situado, y está situado porque es la situación misma de adentro y de afuera, la personalidad ubicua.

Afirman que amaba y es locura, no amaba; el amor no partía de él hacia un objeto, fin o destino, no partía ni venía; *estaba*.

Por eso no buscaba el hijo, *su hijo*, no buscaba el hijo, ni la materia, ni la palabra, ni la figura del hijo, ni tenía padre ni tenía madre, y comenzaba, agonizando en él, muriendo en él, y estaba cortado y pegado y tronchado y clavado al mundo, de tal manera que no podía querer sus objetos, sino su sentido, su volumen, su designio.

Y he ahí por qué, entonces, no murió por él ni por el hombre, ni por el hijo del hombre; murió por el engrandecimiento de lo heroico; murió así, porque es menester que mueran así los hombres-campanas, los hombres-collinas, los hombres-murallas de la existencia.

"*Yo soy el camino, la verdad y la vida*", y era la lágrima de Dios; Pilatos oía el mundo, veía el mundo, y el océano del mundo; sentía cómo crujía; su corazón clamaba por el Imperio, y las ruinas romanas, blanqueando al sol usado de todos por todos los vientos, aumentaba la cantidad dolorosa: "Yo soy la verdad", "Yo soy la verdad"; entonces, lloraron los esqueletos, enjugándose toda la sombra.

Era la materia en actividad, en ocupación enorme, su cuerpo; la lámina de material apretado, en la cual nada descansa, nada termina, nada reposa en lo ajeno, como en los racimos: el vértice de la bala lanzada.

Superior a la muerte, porque la muerte entra en la física, por entre medio de lo que vive y lo que parece lo que vive, por esa relación muerta que sostiene lo vivo, así como el grito sostiene al niño y el vacío al astro, en lo alto plantado e independiente, y la obscuridad al ciego, por la zona cósmica, que existe entre lo uno y lo otro.

Responsabilidades de diamante, totalizaban la más universal, la más individual arquitectura de elementos.

Semejante al antejo, que reúne el sol hacia un vértice, y lo empuja, reconcentrado, integro, él tomaba su vida, la vida de su vida, y la sumaba a la vida, en cualquier instante.

Buscaba su luz adentro de adentro de adentro, la geografía de la psicología.

¿Alguna vez extravió su cara en su alma o su alma en su cara? Si. Alguna vez extravió su cara en su alma o su alma en su cara.

"Aquel que esté limpio del alma, arroje la primera piedra."

Punto de sombra, descaminado, mito de niebla, su corazón trazaba signos en la arena, trazaba, e iba borrando el desorden de su corazón, porque su corazón lo conducía, lo arrastraba, engañándolo, y no estaba la adúltera en la fatalidad de su gran mentira, estaba él, estaba sólo él, escribiendo soledades absolutas, bajo el sol rotundo, estaba él.

No son los espacios desocupados del espíritu los que producen golondrinas; él era lírico y matemático como el álgebra; un metal infantil engendraba poesía en los huesos de sueños de hierro de sus articulaciones nocturnas, circulando por adentro de la médula.

Quien lo miraba no lo veía, porque no es posible ver lo que no está situado en la naturaleza, como el oro en la mujer desnuda; lo veía quien se miraba; y, aun, quien se miraba en él, y, aun, quien se miraba en quien se miraba en él, y, aun, quien se miraba en quien se miraba en quien se miraba en él; quien lo miraba, miraba lo que andaba encontrándose y olvidándose, encontrándose y despreciándose; quien lo miraba, miraba lo que miraba, es decir, el límite de la mirada, el reflejo, el acento, el sujeto lamentable de la mirada, rompiéndose contra la mirada, la joya de las cosas redondas.

Parecía la esponja, que absorbe y elimina, antes de absorber, y absorbe; transforma la cantidad, la trasmuta, la trasvita; y no aumenta su volumen, ni disminuye el volumen ajeno, extenuando la libertad de sentirse libre entre libres; definitivamente blando y duro, sin contradecirse.

Entregó a la Magdalena un beso terrible, desprendido de la substancia geométrica de su organismo, como una uva de una gran estatua; él era el beso, era el beso, pero él no iba en el beso; había una tal distancia acumulada entre él y su beso, que la hembra ardida comprendió, por todos los siglos futuros, la fatal dignidad del hombre; Jesucristo no la amaba, es decir, la amaba, pero no la amaba; le acontecía aquello que le sucede al cazador de verdades o de países: la buscaba para encontrarse; sí; y no era la trenza soberbia, ni el capullo del pecho o del sexo; no, no; quería la herida alimenticia del héroe, del asesino y del campesino, que iban adentro de su entidad indomable.

Como a una oveja de fuego, la pastoreaba, callado y autoritario, la pastoreaba, pero era ella quien iba siguiendo el látigo de miel terrible.

Aquella gran amapola judía incendiaba los trigales; solo, recto, él dirigía la palabra a los blancos pájaros del evangelio, y ardían los caminos hebreos; lo lamía y lo besaba, abriéndose; la montaña de Jehová,

sudando, regaba la higuera sin vientre, la higuera enloquecida y gris; el perro de la Biblia, polvoriento.

A la orilla de la sombra del sicomoro, el terrible dios sonriente arrasaba la gracia violada y aventurera.

Con odio inmenso la quería; apenas la palpaba; y como estaba alto y sonoro, como un templo o como un verso, no podía acariciarlo, porque la caricia disminuye el horizonte; él lloraba por la ley humana; un diamante hecho pedazos hería el sexo del fuego de la cortesana.

Canción del Sinai, sed de metales rojos, sed calcinada, polvorienta, congajosa, como hueso viejo, sed caliente, era ella, moneda de llanto, era ella.

Y él arrojó espíritu en la lengua quemada, espíritu que es incendio, incendio del incendio, incendio del incendio del incendio; era lo único que poseía, era lo único; en la lengua quemada, rosas quemadas, hojas quemadas, formas quemadas, y aliento de aceituna.

Había una sonrisa, sonriéndose, en la amargura estricta de la sonrisa de la sonrisa.

Persiguiendo aquella gran mariposa azul de Nazareth, anduvo toda la infancia, carpintero de Galilea en Galilea, persiguiendo aquella gran mariposa azul...

Venia por el corazón de la raza, cielo abajo, mundo abajo.

Estuvo en ese vértice ancho de Abraham, y en la canción morena de Rebeca, la aguadora, en la zarza ardida de Moisés, en la tonada larga de las cítaras de Babilonia, en el amor y en el dolor de Salomón; bramando en el desierto sin contorno, contra el ladrido de los chacales, los ladrones y la apostasia; escarbando los últimos de los últimos de los últimos cantos de los profetas y los bardos hebreos, y, clamando o tronando en la lepra de Job, maldito y soberbio de estrellas caldeas, hablando en la cerámica eterna; a la orilla del error de Dios, entre sus lágrimas; y adentro del principio del principio del principio del principio del principio del principio del principio, anticipado a la esperanza de todas las doncellas y las esposas de Israel, rompiéndoles el vientre ardiente.

Dió un grito enorme alrededor de las murallas de Jericó, y cayeron; resplandecía en los cementerios abandonados; y ardía, medio a medio del templo de Jerusalén, rigiendo los océanos de la gran majestad tumultuosa, con la luz única y pálida.

A la claridad de los lagos, predicaba la fruta madura, y un sonido de grandes materias dulces.

Apretado de mujeres enamoradas, comiendo sangre y tierra, escarbando y escarbando en la substancial podredumbre, poseía más inocencia que el pájaro blanco y su blanco canto blanco, y estaba sucio y puro, simultáneamente, adentro de toda la blancura, como la luz humana.

Semejante a una polea, girando entre dos ejes equidistantes, semejante a una polea, su actitud se iba entregando y retornando a él, eternamente; daba el alma, no como quien da una naranja o una montaña; otorgaba la continuidad sustantiva e infinita del espíritu, conservando lo obscuro, que genera el sistema de todos los círculos.

Si hubiese establecido la verdad afuera, y hubiese dicho: "*he ahí el ideal, adoradle*", una mentira nueva hubiese abierto los ojos; pero él decía: "yo soy el ideal, tú eres el ideal, sí, tú eres el ideal, porque el ideal sois todos vosotros, y los hijos de vosotros, y los hijos de los hijos de vosotros, y los hijos de los hijos de los hijos de vosotros"; ¿creía en el hombre?, posiblemente, creía en el hombre, es decir, merecía ser crucificado.

Anillo de materia sin documentos.

¿Qué sentido tienen los espantosos vendedores de calcetines de meretricies? ¿Y las grandes madres que paren cien asnos de oro, y llaman Homero al más boticario o al más sacerdote o al más peluquero? ¿Qué sentido tiene el onanista de pies enormes, y el juez cornudo y el rey obeso? ¿Y la cortesana embarazada por una gran águila, y el sodomita del pene demente y gran defecadera, y el héroe, dirigiendo los mataderos de los aventureros y los sepultureros, y el sabio con ombligo y zapatos, que le reducen la conciencia? ¿Qué sentido tienen los grandes poetas, acariciándose las tripas, maduras de podredumbre? El tenía significado. ¿Qué sentido tienen los pálidos capitanes de multitudes, y aquel corazón de material inmundo, que les hicieron los pueblos, como un hijo a una culebra? El tenía significado. ¿Qué sentido tiene el hombre lleno de nada, que ilumina las alcantarillas, llorando, y la ramera enamorada, que malpare sangre de ciudades, debajo del alma, y administra un cementerio de dioses, y contiene luz y produce sol, en aquella gran tierra de penas? El tenía significado, y era el hombre lleno de nada y la ramera enamorada, que malpare sangre de ciudades.

No arrojaba el corazón hacia el destino, arrojaba el destino del corazón hacia el destino, apenas, y no como quien arroja pan a los perros, no, lo iba torciendo hacia lo derecho, lo iba volviendo hacia lo derecho, como quien se distrae, estupefacto, cansado, y tenía la energía multiplicada de lo espantoso.

Actitud de material exacto, por ejemplo, teta de niña virgen, vidrio fino, álgebra de automóvil de carrera, sexo de diosa, antejo de telescopio poderoso, vocabulario de poeta, ojo de artista pintor, ojo y vino de artista pintor; así: él estaba hecho de valores encadenados, de orden puro, de orden duro y terrible, como las matemáticas o la dentadura del asesino; la caridad era en él la abundancia, la excesiva riqueza, no el sucio y negro bienestar del predicador de enfermedades en la montaña; sin embargo, la caridad le disminuía el estilo, le desordenaba el estilo, le desconstruía el estilo, era su crimen, su único crimen, el crimen de la humanidad; actitud de material estricto, actitud de material antiguo, atravesada de ratones enloquecidos.

Unía la sonrisa de la guillotina, al canto del campo con establos, al platicar ancho de la manzana, que es muy importante y deliciosa, como el vientre de la primera novia o la pantorrilla de la colegiala.

Adentro del corazón del corazón, guardaba el hoyito de la pulida mujer aquella, y su flor abierta en racimos, algo bastante alto, con relación al mar, algo con pájaros, algo con tanto encanto blanco, que pareciese una gran fortuna del mundo, y el sentido de todo lo rojo, violeta de la otra

paloma, recuerdo del recuerdo del recuerdo del recuerdo del recuerdo, que trae el hombre, entonces.

Parado en lo alto de aquella vieja higuera, la más hermosa rosa, cantaba sola.

Su acento era el miedo y el eco de la inteligencia, naufragando en el no-consciente; era el hombre confuso y obscuro, era el hombre atropellado, cuya acción nunca suma la voluntad total, sino el hecho disperso, el hecho ajeno a la órbita geométrica, el hecho cósmico; tiritando, se afrontaba, tiritando, destruido, antes de mirarse; fué la hora tremenda del huerto, y aquel minuto de mil años mil años, entre el cielo y el mundo, crucificado, entre el cielo y el mundo, solo, ahí, solo y solo, entre el cielo y el mundo, temblando, porque se tenía miedo; vagaba por adentro de sí mismo, dando gritos de espanto, grandes gritos de espanto y de locura; cargado de amarillas banderas, de horribles palabras, sonreía con rocío, detrás de esa gran máquina de fuego, que era su alma, cuando era su alma; conciencia en desamparo, acumulándose, construyéndose y destruyéndose, eternamente: ¡ah!, gran historia sin tiempo y sin mundo, epopeya del universo, drama de la raza humana, destino y drama de la raza humana, emergiendo del esqueleto del nazareno; puñal de dolor, que resplandece, alegremente.

Delante de la toga romana, era el humilde y el terrible individuo elemental, el campesino que no conoce, que no define, el campesino que no requiere la jerarquía, porque el agua es hermosa y el hielo es hermoso, y ambos son buenos amigos.

Más poderoso aún, mucho más poderoso que el poderoso, más poderoso aún, es quien no ha menester del poder; no lo aprecia, no lo desprecia, lo ignora completamente; como el escorpión, como la oveja, como la paloma, como el dictador, bondadoso y asesino, asesino y bondadoso, desconoce que desconoce que desconoce, y es tan bueno, porque es tan malo.

Jesucristo, el impostor, es decir, el hombre que inventa su alcurnia, creándola, y establece una gran mentira, que es verdad, porque es la mentira de la verdad, la mentira de la mentira de la verdad, la mentira de la mentira de la mentira de la verdad, y otras canciones.

Nunca lo amaron, ¡nunca!, nunca lo amaron; era muy fuerte, y atraía, como atraen el espanto y el abismo y la pupila del espanto y la pupila del abismo, y el vértigo del rodaje innumerable, o un sol con los ojos vaciados; se ama lo que se domina o se supera, se ama aquello que necesita ser amado, y él era alegre, como excremento de mujer enamorada; no lo amaron, porque no lo conocieron, no lo amaron, lo siguieron, y creyeron que lo siguieron, creyeron que lo siguieron que lo siguieron, creyeron que lo siguieron que lo siguieron que lo siguieron, libremente, como si existiese la libertad para el esclavo; no lo amaron nunca, nunca, no lo amaron nunca; no fué lo suficientemente miserable, lo suficientemente despreciable, como para ser amado.

Grandes águilas, grandes páginas de fuego y piedra, y piedra y fuego, y llanto y fuego, y sueño y fuego, y barro y fuego, y un hombre enfermo, que corrige la salud del mundo.

Afirmo que era bello y tierno, como una hermosa pierna de mujer, que una gran paloma cuidaba su nido de serpientes, y que un sol obscuro daba

la más inmensa luz abrumadora, adentro de su alegría campesina, como los ciegos producen la mirada ajena: afirmo que estaba encarcelado en la libertad del mundo; afirmo que realizaba su retrato contra las cosas, contra todas las cosas, contra todas las cosas contra todas las cosas, y era el instinto de la materia; afirmo que, sin moverse y sin mirarse, existía; afirmo que era un macho de metal claro y amartillado de cuchilla, fino y duro.

Racimo de llagas, en alegre horror, en enorme horror, oloroso a fruta podrida, semejante a un caminante ensangrentado con la sangre de todos los pueblos, la cabeza cortada a la espalda.

Y estaba escalonado en ecuaciones de piedra, mundo a mundo, tiempo a tiempo, como una gran catedral, exactamente, como una gran catedral; sin embargo, su espíritu no era inmóvil, pues era inmóvil la ley de su espíritu; su espíritu giraba alrededor del eje de su espíritu, porque su espíritu fluía y llovía sus verdades, desplazaba su orden integro, como un poema, o a la manera del hombre honrado, la mujer preñada, la nación profunda; pulido de finura, y poroso, atravesado de multitudes cósmicas; tal vez su unidad penetraba y se penetraba de los fenómenos y los fenómenos de los fenómenos y los fenómenos de los fenómenos de los fenómenos, destruía la presencia, respetándola, integralmente.

“¡Lázaro!...”, dijo, y lentamente, muy lentamente, abrieron las últimas puertas su boca de sombra; una gran humedad amarilla salió de adentro del mundo, o de adentro del mundo de adentro, llenando la atmósfera humana, y el tamaño de la substancia ilimitada; hubo mucho viento y mucho sueño en las pestañas de las palabras; y no apareció Lázaro, aparecieron el rencor y el dolor de Lázaro, y aquello era Lázaro, y, también, la tristeza definitiva de Jesucristo.

No era montaña, era colina, y el sol caía detrás de las montañas, que están detrás de las montañas, y Jesucristo estaba encima de la colina, y, estando encima de la colina, empezó a decir: “bienaventurados”... y bendijo lo negativo; emergían de la tiniebla, el despreciado y el doloroso y el vagabundo y el destruido y la ramera; la espada ensangrentada del sol muriente atravesaba el corazón de Jesucristo, y Jesucristo iluminaba el grande paisaje de muchedumbres; a la espalda del Dios, todos los esclavos lloraban; un calofrío de esqueletos estremecía las seis mil columnas del templo de Jerusalén, una gran argolla de fuego estrangulaba las gargantas al sacerdote y al fariseo y al escriba, y tronaba sobre Roma, tronaba sobre Roma el clamor de los humillados; desde el sepulcro de Abraham, clamaba el Antiguo Testamento; se rajaban las tablas de Moisés, la piedra eterna, y los profetas del azufre incendiado y hueso y hierro sacaban la cabeza, por entremedio de los símbolos, espantosamente.

Andando, sin solemnidad, trotando, el alegre asno llevaba a Jesucristo entre los hombres, igualmente que esos jóvenes ciegos que acarrear azucenas; pisando corazones de mujeres, *el hijo del hombre* abría palmas y almas; todos los pájaros de todos los pueblos de todos los tiempos cubrían la mañana evangélica; olía a coronas el mundo; un viento enorme y humilde, y unos errantes y ardientes y azules caballos, galopaban el horizonte, en gran-

des compases guerreros, que, únicamente, oían las pupilas amanecidas del vidente, y su corazón a la orilla.

Sonando a muchedumbre, un silencio, atravesado por un estero, y unos árboles; y, adentro del silencio del silencio del silencio, Jesucristo; y, adentro de Jesucristo, adentro de adentro de adentro de Jesucristo, la humanidad, llorando, como un sol oscuro. Era la época sin tiempo. Y, aunque tenía todo lo humano, agonizando en él, la soledad lo rodeaba, lo rodeaba, como una gran culebra de fuego negro y helado; un viento terrible mordía las piedras del mundo y el huerto de los olivos; sonaba el cielo, moviendo su eco eterno en su eco eterno, y todo callaba, y todo callaba, sin embargo, todo callaba, todo callaba, escuchando la amargura única, la única amargura que hacía ruido en aquel vacío que iba creciendo, desde su eje. "Padre mío, padre mío", y sudaba sangre la cara sagrada, y sudaban sangre los huesos del mundo, los tiempos del mundo, la raza. Todas las cosas de las otras cosas, sobre los discípulos dormidos; olía a mucha luna el descanso de aquellos simples, y su bondad era su maldad admirable de animales; Dios mordía las apariencias y se quejaba. "Aparta mi destino, si es posible, pero haz lo que quieras tú, no lo que quiera yo." Jesucristo dudaba, dudaba y clamaba, perseguido por su corazón, huía de su corazón, perseguido por su corazón, atravesando los pueblos futuros, las antiguas, las oscuras tribus, las escrituras amuralladas de leones, y nunca produjo el hombre tristeza tan inmensa.

Crecía de la tierra, no estaba plantada en la montaña, salía de la tierra, como un árbol, salía de la tierra y de toda la historia de la tierra; era un puente construido *entre el cielo y el mundo*; abría la perspectiva del horizonte, como una gran sabana, y adentro, medio a medio del cruce terrible, en donde todos los caminos hallan su vértice, había un alarido infinito: Jesucristo; era un fuego, que ardía crucificado, era un fuego, un racimo de llamas, entre dos ladrones: "¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¡por qué me has desamparado?", las piedras rajaban su luz, arañando los símbolos y el vientre de tres mujeres, y el sol aullaba, a la espalda de la cruz, solo, como un perro.

No vivía la vida, tampoco la inventaba ni la encontraba, no, absolutamente, no, la proyectaba de sí mismo, la obtenía, la destilaba, *se vivía*, era el objeto del objeto del objeto del objeto del objeto de su experiencia; como quien cría piojos en el corazón, criaba hombres, criaba seres de alambre infinito; y no era la doctrina, ¡jamás!, no era la doctrina lo que él predicaba; él *se predicaba*, exactamente, él *se predicaba*, es decir, se extendía de infinito a infinito, de absoluto a absoluto, y cruzaba, horriblemente, por encima de sí mismo, y cruzaba, heroicamente, por encima de sí mismo; como quien cuida su perro, su dinero, su cuerpo, cuidan la vida; pero él no establecía, frente a frente, la segunda bestia del yo, no emanaba del animal el espejo del animal, como los caballos en las lagunas, o lo mismo que aquellos que hacen dioses con el estómago; él era él, únicamente.

Era de aquellos que van a la carrera, enormemente, a la carrera, atravesando los propios abismos, y quedan parados en un signo, en un alto, en un eco, y emprenden el viaje terrible, florecidos de música, dominantes,

imponentes, superiores al suceso y a la naturaleza, el héroe; era de aquellos que poseen un jarrito de agua en los ojos, y son duros y oscuros como la eternidad, y llevan, adentro del ansia, una taza de agua, una taza de agua, que estuvo cien noches de noches de noches recogiendo, en el agua, toda la tristeza de las noches, y el ruido frío del espíritu, en la inmensa noche; era de aquellos a cuya palabra de tres filos convergen una acción de tres filos, un dolor de tres filos, una maldad y una verdad y una bondad de tres filos, y una cara de tres filos, y una lengua de tres filos, y una actitud de tres filos...

¿Quería el poder? Quería el poder. No quería el poder. Combatía su voluntad con su voluntad, y su voluntad era la emanación, la ordenación de aquella gran pelea; queriendo no querer, así, no querer, *quería*, como nunca se haya querido; triste de tristes, trágico, su amargura no emanaba del suceso o del tiempo o del objeto, no suponía la contingencia, brotaba y bramaba en el ademán psicológico, torbellino infinito, cataclismo infinito, acción-dolor-terror-clamor, que propende hacia la hechura definitiva, su vértice y su límite; porque el mar no persigue el oleaje, y la autoridad soberbia del oleaje, no persigue nada, se persigue, no persigue nada, existe y manda; ¿quería el poder?, tenía el poder, vivía el poder, y el poder era su calvario, así como la luz es la cruz de la estrella, y el tormento y el destino de la estrella, y la escuela de la estrella, la enfermedad de la salud íntegra, cósmica, multiplicada, ardiente de verdades agonizantes; poderoso es quien supera el poder, no quien anhela el poder; él no blandía la espada, esclavo de la espada, no blandía la espada, era la espada, y el significado de la espada.

Persigue el hombre su destino, quema la vida persiguiéndolo, quema la vida el servidor de su esperanza, el servidor de su estatura, el servidor de su alegría; él no seguía su destino, no, él no seguía su destino; como un gran perro, en la tarde soberbia y sangrienta, su destino lo seguía a él, sí, su destino lo seguía a él, y él era superior a su destino y al destino de su destino y al destino de su destino de su destino.

Manea de miedo y de hierro, y una gran bandera enarbolada en un mástil pálido, oceánico, trágico, en un cerebro, en un instinto, manzana de oro, palabra de barro, de sangre, de llanto; así era bueno, horrosamente bueno; porque ser bueno es contener lo bueno y lo contrario de lo bueno, y lo contrario de lo contrario de lo bueno y lo contrario de lo contrario de lo contrario de lo contrario de lo bueno y lo bueno bueno; aquella enorme iglesia, en donde relucen los demonios su diamante negro; la caridad del buey rumiante, olorosa a trigo y estrellas, el mar huracanado y terrible, como el corazón del hombre, coronado de lágrimas de niños muertos, la paloma, asesinando la hormiga, entre las violetas, y, adentro de la teoría sacrosanta y pavorosa, Jesucristo; porque, es menester sumar a Satanás con Dios, y no ser la suma, ni la suma de la suma, ni la suma de la suma de la suma, sino la séptima suma: *el hombre*; acumulaba la totalidad, lo uno eterno, en el acto.

Vestido de llamas, sobresaliendo entre sus llamas, era la llama vestida de llamas, sí, la llama vestida de llamas, el incendio del incendio del incendio del incendio del incendio, núcleo del fuego del fuego.

El sacerdote, el juez, el comediante, el pastor nacional, bestia de tribu.

aquel que ordena y cree que domina, exponen su gesto en su rostro, su doctrina y la obscura dinámica de su doctrina, en su actitud, y persiguen su actitud, como un perro un hueso, caras de drama, viven peleándose, porque viven defendiéndose, y no alcanzaron la inmovilidad del movimiento absoluto, la tercera relación, la tercera situación, que permanece, alegremente, dominando la periferia de la rueda lanzada sobre sí misma; Jesucristo tenía la sonrisa de la espuma, en la catarata precipitada; el valiente no hace el valiente, no redunda, no fracasa en actitud facial, no vive, afuera, la incógnita psíquica, no, la resuelve, la reduce a una infinitud lograda, realizada, alegre, como todo lo definitivo: por eso la más feroz cuchilla es fina como el pétalo, como el átomo, como una idea y una luz y una infancia de mujer; no se parecen los asnos rotundos al águila, que sonríe, terriblemente, comiendo culebras fatales y heliotropos, y una sonrisa, eternamente, una sonrisa, es una batalla ganada.

Afirmáramos que la verdad nacía y crecía en Jesucristo, y es mentira; él era el funcionamiento de la verdad; la verdad era su ecuación, su actitud, su devenir matemático, la verdad era la hechura de su espíritu, la verdad, toda la verdad existía, porque existía su sistema psicológico; no habría podido dejar de ser la verdad, no habría podido; he ahí, entonces, la más gran tristeza, la más gran desgracia, lo divino, es decir, un incendio inacabable de la materia; ser la verdad no es poseer la verdad, ser la verdad es verificarla, sustantivarla; Jesucristo era la verdad, ¿era limitado en lo ilimitado?, era limitado en lo ilimitado de lo ilimitado de lo ilimitado; ser, es límite; y existir, dolor de las murallas ilimitadas; pequeño de grandeza.

Era un hombre, era un hombre alto y ancho e imponente, como un toro, y, parecía fino, transparente, puro, porque el espíritu no tiene tamaño; buen comedor, buen bebedor, alegre y enamorado, buen vividor, acaraba los lagares y las mujeres, con amor velludo y rotundo, y no vivía para los lagares y las mujeres, vivía para ese sol abstracto, para esa luz química y metafísica, que corresponde a esa esencia de infinito, que emerge, soberbiamente, de los lagares y las mujeres, como la voz de Dios, entre los pueblos; asoleado tenía el cuero del cuerpo, como grano de avena, porque los vientos salados del océano lo habían columpiado y azotado con sus grandes látigos, y el aire terrible de las montañas lo había acuchillado, y era transparente y cristalino, porque la divinidad le ardía, traspasándolo; las prostitutas y los vagabundos lo entendieron, y lo entendieron el humilde y el agreste y el errante y el pisoteado, porque él hablaba lo categórico humano a lo categórico humano, y el hombre es hombre hombre, y la mujer mujer en la unidad innata y en la unidad recuperada, en la experiencia tremenda del barro, sangre de la tierra, sangre de la vida; Jesucristo era lo que no se mide, era lo que no se vende, era lo que no se sabe, el ser cósmico, y eso buscaba, el ser cósmico, detrás de la presencia aventurera.

Su actitud no venía, completamente, de su garganta o de sus entrañas, como el Dios de los océanos, no, venía de los trigales y los panales y los rosales y los viñedos galileos, venía de la esmeralda sonora del Tiberiades, venía de los caminos enarbolados de dulces sicómoros tristes, y un sol cuadrado.

Una mano dura, caída del infinito, mano de muerto o de mundo,

cargada de tiempo, una mano dura, cargada de tiempo, de viejo tiempo, de viejo y ciego tiempo, estaba sobre él; era un peligro y un concepto de otros mundos, acorralando la cristalina persona, acorralando su condición de álgebra cándida, de gran aritmética, algo como ceniza ardida, algo como materia inmensa, como pavor, como dolor, como terror, sin alaridos, sin conciencia, sin historia algo que es terrible, porque no existe, y es terrible, algo pavoroso y extranjero, como la flor de los mil años, al pie de la muralla de los mil años, negra, algo de llama inmóvil y universo; adentro, vivía, adentro de ese terrible elemento, que hace un ruido enorme y no se oye, cuando hace un ruido enorme; sonreía y daba espanto, pues sonreía que sonreía que sonreía, y la sonrisa iba a terminar en aquel círculo de formas inefables, pero estridentes, admirables, pero estridentes, indescriptibles, que era él, y que era semejante a un esqueleto abrazado a una mujer desnuda, sonreía y uno pensaba en la muerte, sonreía y uno pensaba en los astros judíos, ensangrentándose contra la idolatría en las montañas encadenadas a Jehová, en aquella mar hebrea, a cuya negrura de petróleo convergía toda la congoja de los iconos pisoteados, en el abismo estricto del alma, en aquello que arde y aúlla y hierve, a la espalda de los sacerdotes malvados, sonreía, y emergían, de adentro, todas las cosas fundamentales; comparémoslo a un problema, a un axioma, a un esquema de lo heterogéneo, rodeándolo, a una figura de sentido disperso y elemental, con grito de niño.

Había un pelele, un mono, un fantecho enfurecido y lleno de vergüenza, lleno de locura, adentro de lo íntimo cosmogónico, un idioma metafórico, de triste y simple indole, parado, arrodillado encima de la cara, llorando afuera de la cara, desterrado, abandonado, despreciado, flojo como tonto de estrella, comiendo lirios mojados de lágrimas, una risa negra y blanca, simultáneamente, blanca y negra, recorriéndole el organismo, como una gran culebra de fuego.

Acaparando su gran tónica psicomáquica, vestía un pellejo de demente, un enorme cuero de pavora, un enorme cuero de vivencias elementales, arrastradas del no-consciente humano, lo caótico, lo genérico, lo diabólico, el sublime contenido colectivo de las imágenes primarias, *los arquetipos*, hacia la periferia, psíquica; y aquel material obscuro y tremendo, aquella gran laguna sedimentaria, en la cual hervían, ladraban, ardían, lloraban, gemían, reprimidos, los movimientos funcionales de la máquina psicológica, los recuerdos abandonados de la humanidad, desde aquel antes de ser la humanidad, enormemente, entonces, desde aquel antes de ser la humanidad, aquella gran historia adolorida, que encadenaba, íntegra, íntegra la parábola trágica de la especie, emergía, tronando, rompiendo, manchando, atropellando, desde la no-consciencia humana a su actitud pobre de hombre aterido, azotado de verdades lamentables, con huesos enfermos, con carnes cansadas, con nervios deshechos y voz nublada de judío; el volcán interior era la suma humana, atravesándolo, quebrándole y rompiéndole la arquitectura del sentido; grandemente, así como las apretadas aguas despedazan las tuberías subterráneas, e invaden los negros dominios, los neutros estadios, la lava oscura de los subsuelos, teñía de sangre dispersa sus costumbres; Dios y Satanás, lo llamaban de adentro de adentro de adentro.

Parecía una gran piltrafa estremecida, un pingajo, azotándose, mundo

a mundo. año a año y siglo a siglo, entre dos murallas, entre dos abismos, entre dos palabras de fuego, entre dos verdades de piedra, entre dos valores de piedra, estrellándose, desgarrándose, superándose, hacia la última cumbre, contra lo bueno y lo malo, lo blanco y lo negro, lo bello y lo feo absolutos, contra los contrarios definitivos e irreparables, adentro de cuya relación, de cuya relación, vida y muerte ardiendo, resurgiendo, contradiciendo en lo opuesto, se produce la unidad heterogénea de lo heterogéneo heterogéneo.

Aquella mesa inmensa de kilómetros, blanca, como de una gran blancura de harina florida de harina florida de harina, poderoso territorio doloroso, hervía un vino rojo, como rojo palacio, y un pomo comparable a los pechos morenos de las hebreas, o a su vientre redondo de manzana y de guitarra, oloroso a tierra llovida, perfumado a violetas, a naranjas, a palomas de olivo de camino, y unos manteles de océano, con sol honrado; semejante a una espada, la partía la presencia de Jesucristo, y sus apóstoles, unían de costumbres, los pedazos abandonados, por la gran máquina que era aquél; gritaban, en silencio, rasguñando las azotadas palabras, mordiendo la piedra de la pena, oyendo los años futuros, muriendo a la orilla de la cena última, entre la última cena, y Judas, maldito, reía y lloraba de gozo, tal como la mar encima del mundo y el poderío del mundo; un pájaro grande y negro, libre y negro, graznaba a esa culebra enrollada a la garganta ensangrentada, y, adentro de la situación cósmica y sacratísima, en la cual cantaban los primeros elementos, la epopeya de la inocencia inmaculada, un escorpión de sangre y fuego, de sangre y barro, de sangre y hierro y misterio, mordía la fruta de un vientre humano, con los colmillos amarrados.

Una niña blanca, una niña roja, una niña negra y una niña azul, desnudas, eran a esa higuera desnuda, un gran collar de sexos con miedo, oliendo a manzana; y la higuera era Jesucristo, la higuera era el deseo de las hembras pequeñas, desflorándose; porque él había abrazado y poseído a todas las vírgenes, en aquel terrible lecho del sueño, en donde se abren las muchachas, iguales a una sandía, mostrando las entrañas ensangrentadas, adentro de la rosa preciosa y apasionada que les florece entre las piernas.

Desgarrada sombra proletaria, su actitud empujaba multitudes de muchedumbres, contra la propiedad y la propiedad de la propiedad y la propiedad de la propiedad de la propiedad, mordiendo el animal de la riqueza, el alacrán de la riqueza, hundido en los corazones podridos; azotaba al publicano, al hipócrita, al fariseo, amasado con barro sagrado, y, una gran lengua eterna, como un cogote degollado, ladraba y bramaba hacia el Imperio, enorme, pariendo los cimientos venideros, la profecía infinita de la rebelión, negra, turbia, pujante, torva, arrasada de canciones enlutadas, el latigazo de la justicia definitiva, el puñetazo del herido y del maldito; era el odio, sí, era el odio, que ama llorando, y aquél rempujón, que emerge desde la sombra, como una gran patada, quien gemía; entonces, aullaba la revolución proletaria, y un alarido de mujer caliente, debajo de los machos humanos, se retorció a las columnas del cielo, en oleajes viscosos de yedra de sombra: "clase contra clase"... ..

V

MOMENTO A LOS PROLETARIOS EMANCIPADOS Y SUS MUJERES

Errados y desventurados poetas de antaño, nosotros no vivimos, camaradas, es decir, no quisimos sino en función de lo enigmático, a la manera de quienes evaden la constatación objetiva de que, únicamente, existe la medalla de la materia y su estilo, como expresión perentoria, dinámica, sustantiva, de un suceder histórico-dialéctico, temporal-espacial e infinito, simultáneamente, y el cual, íntegro, a ella afecta, y del cual es génesis y orden.

Así nos escondíamos de la naturaleza, adentro del arte y su religión pitagórica, y, buscando lo absoluto en lo transitorio, no miramos, cara a cara, la existencia.

Creamos los mitos, de la misma substancia de la cual estaban hechos el terror y el dolor humanos: por eso, adentro de la mitología de lo bello, resuena la tempestad cavernaria; y la belleza fué la disculpa de la cobardía interior y el puñal de la acción tronchada, y, también, la expresión de la ilusión burguesa, incapaz de vivir la vida *como una obra de arte*, respirando su gran atmósfera heroica. Es posible, quizá, un mundo de sueño en la pupila nuestra, y he ahí por qué la ojera metafísica, creciendo con crecimiento redondo, nos extenuó, como un vino terrible: el ladrído de *la eternidad humana*. Por tanto, rodamos a la nada, vacíos y espantosamente espantados del espanto, preasesinados por la tenebrosa tiniebla, como pingajos, que hubiesen vivido uncidos a una coyunda invisible, a una cadena o a una persona de delirio, creada por los abismos mitológicos, que abriera la poesía en la unidad del ser viviente, con quejido gigantesco.

No requerís, vosotros, camaradas, la verdad irreal de la realidad, como objeto de belleza, sino como belleza, y la necesidad del sueño ha muerto.

Entonces, yo os recuerdo aquella canción mítica, a una canción mí-

tica —Jesucristo—, último Dios enigmático, como quien, sumando el drama horrendo de los años, entrega un universo de llamaradas, vértice y límite de la mentira subjetiva, razón de existir y sufrir y morir en las tinieblas, heroicamente.

Los 13

1933 - 1934

LENIN

A mucha tiniebla su corazón respondía:
pero estaba claro y celestial, como el sol o como el vestido de la hermosa
mujer,
mirando la humanidad, residuo de parturientas.

Pálido y trágico, terriblemente,
el diamante de su ser, era sin embargo la más florecida y cristalina durabi-
lidad áspera,
lo masculino definitivo,
el espíritu dramático, el cristal cerebral, unciendo aquella gran unidad acerba
y estratégica, enormemente dura, alta, pura
y semental del toro que lame entonces, bramando, el sexo a la hembra.

Aullaba su tranquilo y soberbio esplendor entre los proletarios,
porque sentía la justicia y sus métodos,
como el sublime animal la necesidad de existir entre sus montañas y el
océano sin palabra.

Ardiendo, como un puñado de tierra,
grandes larvas verdes, acumulando su tórrido clima,
gritos y gestos en orden enorme.

Apagaba su alarido de muchedumbres,
el redoble de tambores moribundos, que le rajaba el pecho,
con la cuchilla definitiva del héroe.

Vladimir Ulianoff, qué enorme,
qué enorme hombre acumulado en las entrañas,
como un saco de angustia, ardido,
ardido entre las guitarras, ardido entre las palomas, ardido entre las naran-
jas y los eternos cementerios,
ardido a la orilla de la guillotina amarilla:
Lenin y su águila,
en la economía marxista, poniendo su incendio egregio.

Y las masas futuras sobre su frente sin clase.

Arreaba los búfalos rusos, enarbolando la oratoria colorada,
y los cronómetros de la revolución marcaban su tiempo en la historia subje-
tiva de Ilich,
con la espalda de la Internacional Sindical Roja.

Sonreía como las espigas,
e iba girando, espantosamente, de espaldas sobre sí mismo,
desde el eje del suceder dialéctico.

M A R X

La voluntad socrática, ardiendo con fuego aritmético,
cuadrado y helado, regia
aquel gran corazón sin entrañas.

Su horizonte astronómico
de las máquinas biológicas la precisión teniendo, y lo dramático y lo dinámico,
era del material relativo del infinito;
algo muy duro, como hecho, limitable en volumen inminente,
y cuya expresión cristalina buscaba las aguas.

Piedra y hierro besándose por amor preciso y definitivo.

Amaba con el cerebro.
a aquella humanidad eterna de su laboratorio.

Un mapa sonoro atravesábale las vísceras,
y el animal que habla y que llora,
era un hecho, no era un sueño en su estatura.

Y anhelaba, matemáticamente, lo armónico.

Su sentimiento era su pensamiento pensando,
y existir era su misterio.

Sin embargo, creía en la vida regida por el hombre.

Huían los dioses hacia la superestructura histórica,
frente al puñal cerebral del materialismo y sus métodos,
como una gran bandada de navíos;
la canalla metafísica, hoy, en el instante de la verdad heroica y el enorme
cara a cara a la existencia,
el celeste crimen ahorca en el palo solar del oriente que adviene.

Primero el hombre, el hombre y su dominio,
la verdad-sociedad, generando la historia expresada y definida en héroes,
mañana, el arte gigante y sin clase, como mito.

Comer y procrear, certidumbres,
flor de la lira marxista, escalonándose en pirámides,
canto del álgebra, poesía comunista.

Expresando la razón técnica,
en la escala jerárquica de los valores, la conciencia específica,
intuye los fondos oscuros,
arrasa la causalidad temporal-espacial y emerge
su actitud, goteada de espanto,
ortodoxa y estupenda de razonamientos.
y la pálida matemática.

Cabeza de libro, Marx,
y un orden del orden que canta, rimando su gramática,
clavel de miel sociológica.

Bramaba la tonada de la plusvalía,
el poema de los cálculos matemáticos, y la belleza y la justicia económica,
la canción funeral, a la verdad burguesa;
y el viento de fuego de los héroes, azotando su esperanza,
hacia flamear su ideal, como un pabellón rojo.

Lección de virtud científica,
piedad ecuménica, bondad astronómica, arrasando
la compasión capitalista.

Presencia, energía, dureza,
un metal infantil, modelándose en grandes edades.

Dios sin leyenda.

Marx, la matemática antimesiánica, el sol cuadrado y pensado del
entendimiento,
el instinto y su ley infinita y aterida;
y las pupilas ultravioletas, resonando. . .

LEON TROTSKY

Hasta la tierra le ladra, bramando, persiguiéndolo, enorme,
y él arranca, agarrándose a los ladridos,
como un tiburón acosado, en circunferencia, huyéndose y hallándose hacia la
misma orilla,

ahí, en ese vértice blanco y negro,
inmóvil, ante el errante, flor de vagabundos.

La imprecación soviética sobre el titere, traidor y tronante, traidor y
terrible, y el animal venenoso.

Es el perro vendido, el perro sarnoso, el perro maldito de las profecías,
con la gran idea de oro en el hocico.

Atorrante, "sin Dios y sin ley", gigantesco y dolorido,
arrodillado, sin embargo, y crucificado en la más estricta geometría,
estrangulado
en la anarquía matemática del comunismo en devenir, León Trotzky.

Su corazón, chacal de los ejércitos, aúlla.

Paloma, toro, serpiente, guiso de huevos de águila, fenómeno,
al cual la genialidad regula, según lo imprevisto,
según el intermitente suceder biológico y su luz de ángulos resonadores,
según lo vivo eterno en la fórmula.

Por la bestia tremenda
y la trágica matemática de su albedrío.

Contra las ideas, contra las heridas,
hebreo soberbio, recamando la ley mosaica con acero.
viaje sin agua,
y la obscuridad puntiaguda del límite,
conciencia que clava y clama,
los espantos escalonados del ser pensante,
tornillo infinito, maligno,
sí, coronado de espinas y pájaros.

Encarna al militar idiota, lleno de genio de hechos,
y al artista equivocado de la *revolución eterna*,
y al orden objetivo, el orden del desorden subjetivo-cósmico

La gran voluntad, empuñándola, bella y justa,
farsante, corta el viento,
en tal cuchillada trágica.

Planta de guerrero, del alma, síntesis,
eje que deviene periferia y hombre tétrico,
eternamente a espada.

Sobriedad de carbón, sol negro o incendios encadenados.

Todo de como era la violencia ultraterrena
de la materia, en problema de vivencia, expresándose.

El capitán de los machos cabríos.

León Trotzky,
arrinconado, pronto al ataque iluminado, medio a medio de la tierra,
contradictorio,
humareda, importante de ciudades, con resplandor, selladas,
el solo, el rabioso, el loco enorme.

Es razonable Rusia contra Trotzky, es explicable Trotzky contra Rusia,
pero son trozismo los excrementos de Trotzky,
la metafísica del Satanás rojo, utilizada en alimentos de gusanillos.

Pajarraco desplumado de la mitología,
último dios de Shakespeare melodramático, poeta de palo santo, y contrarrevolucionario,
Trotzky empuña la cuchilla enmohecida del vidente.

Cava un espanto,
entierra el eco del cuerpo, en función de congoja y rugidos,
y queda desnudo, por esqueleto.

Oda a la Memoria de Gorki

1936

Desnudo y despavorido,
todo rojo, en la sombra tremenda, resonando y avanzando, contra las cosas
y las formas,
regresas a la nada, de donde viniste.

Un silencio de tormenta, francamente como preñado y cuajado de la heroici-
dad insurreccional, cubriendo los sindicatos,
abatió la gran águila de la bandera roja,
y tu agonía llenó de clamor a todos los obreros del orbe, arañando las masas
humanas,
haciendo bramar las máquinas, como libres bestias,
paralizando los tentáculos trágicos de las fábricas y las heladas plantas
hidráulicas,
como si se le hubiese partido el corazón a la humanidad obrera,
y tu puñado de cenizas llenase de cal funeral todos los ámbitos, de mundo
a mundo.

¡Oh! escritor, hombre de clase, piedra y fuego, criatura de basalto y de
quejido,

Alexis Maximovich Pyeshkoff,

desde que caíste adentro de una mujer, y mamaste dolor en los pechos
maternos,

el destino se te enroscó, como una culebra, a las visceras,
y, muerto, eternamente muerto, en la gran agua morada, navegando hacia
el origen de todas las sombras,

Gorki —el Amargo—, una inmensa gota de sudor, corre por la barba
de la vida.

Rebasando los desheredados, la antigua hoja marchita de los ex hombres
y los vagabundos del Mar Negro,

tu estilo dió el sentido a la insurrección proletaria,
alto y santo bolchevique, poeta del explotado, ilusión de los desterrados y
los presidiarios sociales;
¡en qué raudal de horror mundial bebiste tanta inmensa agua!;
porque nada de lo humano te era extraño, te era lejano e indiferente,
he ahí que creciste, hinchado de temporales violentos.

Ya te llorarán los inmensos presos políticos, los flagelados y los torturados
por los esbirros, el humilde y el valiente, con toda la cara, los
amarillos, los negros, los mulatos,
la sociedad comunista, desde todo lo hondo de la URSS, resplandeciendo,
y las mesnadas italianas y alemanas,
enarbolando los puños cerrados, de todas las razas, en tu homenaje, contra
sus caudillos, contra sus corsarios, contra sus bandidos, "contra
el *fascismo y la guerra*".

Desde tu lengua, a mucha altura e ímpetu,
clamaron los desesperados, toda la historia de los hechos y los siglos y
los sueños,
y, ahora, las anchas murallas del Kremlin te acunan;
no; vas, oliendo a soledad, entre las multitudes insurrectas, *muerto*, entre
las muchedumbres subversivas,
soldado del Partido y gran aurora ensangrentada,
tu pasión militar de militante, energía y eufonía de la causa obrera,
inicia la marcha de los regimientos proletarios,
la marcha inmensa de todos los tristes y todos "los pobres del mundo",
la marcha eterna y soberbia, hacia el comando,
el grande avance concreto, marxista, rotundo de los conquistadores sudorosos,
contra la bestia fascista-capitalista, arrasando el imperialismo y los
lacayos del imperialismo, contra el bruto nacista,
hijo del pueblo, honra del pueblo,
cien millones de pechos te llevan adentro, como cimiento y estatua,
amparándote contra el olvido.

La entonación política ciñe tu anhelo,
aquella canción lograda, sudando todos los oficios, todas las costumbres,
todos los empleos y humildes artesanías,
y fué recto y serio tu lenguaje campesino.

Corre tu muerte abierta, de aldea en aldea,
porque tu voz, atropellada y obscurecida por la verdad sepulcral de lo infinito,
busca la boca humana —niños, mujeres, viejos—,
en donde echarse a llorar, como un pájaro trágico y sin ventura,
y tu *ilusión está durmiendo en proyectos de tristeza*;
pero la epopeya egregia te calienta los helados huesos, amargos de desventura,
y la mano sagrada de Lenin saluda, en la inmortalidad, tu retorno.

Exprimiendo lo humano de lo humano, hallaste lo divino,
héroe a mártir, mito y signo del hecho, en tempestad forjado.

tu realismo "comunista", a grandeza relampaguea,
y un enigma de sol relumbra y hace misterios en el vértice de tu espíritu,
como el recuerdo de las primeras frutas;
es la ley de errores y horrores, echada en la submemoria,
como un toro del dios de los herejes.

Y, aunque aquella baba espesa del aristócrata y los amarillos asesinos del
imperialismo
gritaba en ti, síntesis, buscando los brazos de tu dicitario,
tenías la dulzura suficiente para sellar la medalla del sueño y del llanto,
al dominar el veneno y el dinero,
dominando la propiedad y su clan de terrores elementales:
máquina de luz, deshecha y vencida,
entonces, irás a errar con los huesos de los dedos, cargados de naranjas.

En obsesión de andrajos y lamentos,
todos los heridos, los desamparados, los congojosos, los enfermos, los sinies-
tros, los objetos del espía y el krumiro,
el que no alojó jamás en dulces colchones,
junto a una mujer desnuda, y no tuvo vestidos, ni tabaco, ni alcohol, ni
caballos, en los crepúsculos.

fué sirviente, y los malos esclavos lo abofetearon,
y los que murieron en la horca del sicario, sonando y clamando, como
grandes campanas,
te saludan, Gorki, siguiendo tu féretro,
siguiendo tu grito, siguiendo tu canto y tu frente sudando, y crucificada
en las estrellas,

el horror que empieza ya a inundar tu figura,
como si nunca hubieses vivido y nunca amado y nunca llorado, Gorki.

Un gran huracán te desganchó, camarada,
te derrumbó, arrasándote, como los altos castaños, a la orilla del océano,
o a la montaña de las epopeyas.

Olor a multitud, pasada a cuchillo, te circunda,
y aquel ataúd de dios, abandonado en los precipicios del idólatra,
se te ofrece, como un barco, en la ansiedad de las aguas eternas;
de abismo en abismo, vas cayendo. ¡oh! solitario,
de cabeza, ¡oh! desterrado, azotándote contra los muros que no existen;
¿quién detendrá tu potro de fuego,
arrancado de la historia humana, rebasando y superando su límite,
más allá de la voluntad social, desgarrándose?
a grasa quemada en tiendas de tribus aventureras, a puñal, a gran montura,
a comida, a cuero, a vasija, a licor animal, a crónica,
a sol y a camello, y a gusano, huele tu grandeza de obscuro macho cabrio,
compañero proletario, y la Internacional flamea
adentro del drama tremendo, que juega la materia con tus entrañas;
Esquilo y Satanás y Dionysos, comen tu comida,
junto a claras palomas de corazón indescriptible, y a justas y puras
canciones.

porque es el *mundo* tu mundo, y se derrumba,
arrastrando en la gran catástrofe histórica, techos de pueblos y verdades,
como un continente que desaparece, tiempo, mar, cielo abajo.

Entre sus ajos, el cargador de Marsella te recuerda,
y los ferroviarios y los marineros, desde Nueva York a Hong-Kong, te desti-
nan su tabaco de naufragios,
los mineros, los petroleros, los caucheros, de sol a sol, encadenados a la
lágrima,
suspiran tu nombre, entre sus chiquillos y sus salarios, a la ribera de la flor
de sus mujeres,
y los artistas revolucionarios montan guardia frente a tus restos mortales,
mientras los brazos obreros de Stalin te conducen, gloriosamente, a la
Plaza Roja,
llenando de soberbia las banderas.

El látigo de los amos
restalla en la tonada acumulada, echando sangre y suerte, a la egregia
humareda de las novelas,
tu canción popular esculpe soldados y lacayos,
mártires, o esclavos encanallados en el régimen del bruto, del miserable,
del siervo;
aun el verdugón del mujik te avergüenza la miseria;
palanquero, pinche de cocina, zapatero, mensajero, farolero del año lluvioso,
amasando burguesía asesina y mercachifles sin leyenda,
atorrantes, criminales, comerciantes, organilleros y aventureros, ladrones y
cabrones apuñaleados,
bramaba e iba creciendo la revolución en tus infiernos;
la maldad *burguesa* expresó su crimen de clase, negando la maldad *humana*,
y "el hombre es bueno" en tus relatos,
bueno como el pan, como el agua, como el sol y el animal de las marinas islas,
contradiendo al capitalismo, que crea malvados.

Por todo aquello, emergen tus "poesías",
y, enormemente —collares de dolores—, aúlla "la insurrección" en sus
entrañas,
como un buitre, rugiendo por adentro,
escarbando y sollozando hacia la justicia social y la dialéctica;
es el marxista-leninista, desarrollándose;
sí, el comunismo le dió ámbito y fruto a tu persona,
y conociste tu sentido y tu destino,
como un rol concreto, en la poesía infinita de los fenómenos,
Máximo, ¡oh!, agrandado en la ausencia;
ejemplo de varones, excelso y eterno ejemplar de mi oficio,
resplandor de verdad, escrito en rubies sangrientos,
atmósfera, hipérbole, relámpago, torre y símbolo, leyenda, conciencia, novela
de la naturaleza,

como un cosmos, forjando, con barro sagrado, su órbita.

La popularidad —su enorme enredadera—
anidó en tus formidables campanarios comunistas, la gran alondra, emi-
grando del infierno del fascismo,
y hoy arrea, de polo a polo, sus banderas de luto.

Sonando en los espacios deshabitados,
tu espíritu raja la nada y hacia la nada avanza, heroicamente,
enarbolando la hoz y el martillo,
cerrado el puño macabro de cadáver combatiente, en incognoscibles ejércitos.
girando, girando contra si mismo,
Alexis Maximovich Pyeshkoff, Gorki,
"caído en actos del servicio".

M o i s é s

1937

En grandes, terribles aguas, como entre plomos cósmicos y abejas,
acumulando en manzanas de fuego y hierro primitivo,
el terror auroral del límite, la sangre, la cuchilla, la muerte, la esmeralda
incendiada de los lagartos y el puntapié de los humillados y los
ofendidos del mundo,
contra serpientes y llamas, contra leones y sombras,
navegaba la criatura popular, ardiendo y bramando en la soledad dramática.

Ardida, la levadura, triste y fuerte, besando azucarados muslos de
azúcar,
entraba a la hembra, su actitud de virgen quemante,
esencialmente, ciñéndola de caldo de sol de barro e historia, y el abandonado,
sobre pájaros y látigos,
se iba dormido entre los pechos de la princesa egipcia,
flor de Israel, plebe de azotes, arando canciones de corazones de faraones,
país de carbón en ciudades de volcanes, amaneciendo, entre sus
cuchillos,
y el dios poniente, se quejaba en el pretérito,
ladrando, atropellando la antigüedad iluminada, entonces.

Así, creciendo, Moisés, traía la Mesopotamia hambrienta,
adentro de los desiertos tremendos, las tiendas, la arena, las bestias añejas,
la calavera aventurera del humilde,
los ejércitos históricos de Jehová, tronando,

Era el hachazo por debajo, en síntesis,
con sesos, con escombros, con voz desenterrada y contra sepulcros, con sudor
judío y egipcio;
el hacha del pueblo, del terror, del tiempo, tajando con relámpagos,
aquella gran cabeza de tragedia de súbdito, restallada de imperios y tribus,
que caía entre granitos y ladrillos, rugiendo;

he ahí que buscaba el corazón de los mundos, adentro, por eso, en lo
caldeado y espantoso de la materia,
sumergiéndose en el ardiente y presente caos.

Enormemente, ardía la zarza,
como una condecoración roja entre los esclavos y los ganados despavoridos,
como un grito de clase, como un astro;
y el dios opresor, asesino, el dios agresor del patriarca usufructuario, estaba
adentro, ladraba, atropellando, amenazando: "yo soy el que soy"...
sapos y plumas aterradores
gritaban hacia la muralla desventurada del indómito,
y el horror le hinchaba el pellejo.

Aun el corazón, las yuntas y los pozos de Madian guardaba,
como el vino en la ancianidad de las bodegas;
y la luz de Séphora, su ancho caballo blanco engrandecía,
cuando Moisés la sentaba sobre su asno,
todo tan solo y de plata, pero con viento remoto en las pupilas;
por eso peleó con Jehová, proletario
conmoviendo con misterio horroroso la posada del mundo.

Entre cien serpientes, y una, Aarón y el Faraón yacían,
por el oro y el canto y el fuego abrumadores, pasmados y aterrados como
pingajos;
hacia la vara de Dios, toda violencia, convergiendo,
callaba la magia de los magos y las astas mágicas del arte,
devorando a cualquiera fuerza:
caídos en la fórmula y la matemática, llorando y tronando, con espanto
acumulado, el profeta y el aristócrata,
criaturas del atardecer, encendido en los cuatro puntos cardinales...

Encima de siervos, su idioma de industria y hechicería,
ceñido de sacerdotes, cercado de polizontes, entre sus lacayos, sus rameras,
sus ministros, el rey brillaba;
entonces Moisés, el hombre del hombre, alzando los brazos, terriblemente,
hizo el agua sangre, los ríos, los océanos, los lagos, todas las aguas del
Universo,
arriba de la dinastía, en lluvia de tumbas sangrientas;
sólo el toro judío bebía el licor claro y santo de la tierra eterna y su himno,
hijo del mito, del signo y el destino, rojo.

Desde los charcos podridos, avanzan las ranas, heladas y macabras,
dando terribles saltos de cadáver,
echando sombra, echando baba, echando pena sobre el Imperio,

en las casas, en la comida, en las camas, en los jardines, en los viñedos, en los trigales,
hediondas como mundos muertos en la monarquía...

Y todo el polvo de la tierra se volvió piojos,
y piojos de piojos, y piojos de piojos de piojos, y piojos de piojos de piojos
de piojos,
grandes como el hambre del pueblo,
piojos de abajo y de ahora y de adentro, horrorosamente,
llenos de materia oscura,
piojos de manta de vagabundo, o de héroe o de presidiario,
piojos de dios, tremendos, piojos,
piojos del régimen burgués, del santo y del sabio proletario, gritos de la
montaña,
animales formidables del explotado y su órbita,
bestias del llanto, del sueño, del luto y la cuchilla, en las cabezas guillotinas.

Vinieron por entre medio, desde todos los pantanos y los establos,
las moscas,
oliendo a muerte, a locura, a epopeyas tronchadas, a ceniza,
creciendo y rugiendo y mordiendo, hinchándose de cadáveres, de enormes
tambores incandescentes.

He ahí, entonces, que el escorpión del Señor degolló a quienquiera y
cualquiera bestia.
y fué asesinando los caballos, los ganados, las ovejas, los corderos, los
camellos, los becerros, las vacas y los toros y el buey y los
pájaros y las gallinas queridas del pobre y no los rebaños
acumulados de los ricos,
porque los dioses, ellos los hicieron, los poderosos, para explotar a los
oprimidos;
caía, pues, encima del pueblo, triste y fuerte, la sangre de las víctimas
acusatoria y clamante, chorreando egipcios y judíos proletarios;
hinchados de sol y gusanos, ardían aquellos cuerpos tremendos,
como grandes frutas del cielo y del mundo, pudriéndose, abiertas a la poderosa
eternidad humana, aterradoramente;
océanos de materia hedionda corrían hacia los capullos, amenazando y
nutriendo la vida:
una gran carroña, como un río, resonaba:
era el cadáver de la justicia de los pueblos, saliendo de la tierra,
semejante a una inmensa flor de sombra;
figuras de cementerio, a la orilla de las apariencias pasajeras,
navegando en enormes cubas de pus rubia,
como miel de podredumbre, echando ladridos ardiendo, estaban plantadas.

Enarbolando su máquina, echó ceniza Moisés, contra el cielo
mágicamente,

y cayeron fibromas y tumores apostemados,
o llagas terribles, productos de infierno y hechicería,
aquel espantoso dolor, que no existe,
sarna del alma, e imagen indescifrable, gran mito deforme.

Entrañas de fuego y truenos, llama entre llamas fuertes, destacándose,
adentro del granizo ardiente Jehová bramaba y rugía,
respondiendo, a la alzada mano del profeta, desde los tormentosos abismos
y el látigo dramático del relámpago,
borneaba sus tristes banderas de catástrofe,
arrasando montañas ardidas,
en lagunas de pasión y de terror resonante,
contra la tierra repleta de larvas,
mordiendo los hierros del viento, con crujido de cadenas,
o quebradura de espinazos;
en árboles, desenganchándose, la tempestad gritaba, y sus chacales
contra los perros hambrientos de los pueblos,
abrían, polvorosos, la poderosa dentadura del espanto.

Hacia la vara mágica, el viento oriental, azotándose,
arrastró langosta colosal sobre Egipto,
grandes bestias fuertes, cargadas de espíritu inmundo;
y ellas llegaron, como bramando,
blancas, rojas, negras, en enormes colores bermejos,
todas rojas, del color del terror y del arte,
con las mandíbulas escalonadas de dientes feroces, como toro,
hambrientas, por hambre obrera y eterna,
cruelles de indole, al modo del hombre que pone desorden,
estriadas de acero;
y así, marcaron los campos, deshabitándolos,
quemando y tronchando las cosas,
abandonando los huecos tremendos, entre las arenas y las tristezas pobladas
antes de cantares.

Cuando la obscuridad ardia, negra, en las tinieblas,
y, como plomo, todo era pesado y unido, en una gran masa lejana e inminente,
los judíos iluminados, brillaban;
unas terribles frutas de oro, desde lo remoto, apareciendo,
sonaban como campanas sin ruido,
y nadie veía el dolor ajeno en las espadas desenvainadas del espanto,
porque la sombra echaba sus capullos,
y el sueño sobre el pueblo, caía, alucinándolo,
en aquella ilusión siniestra,
como los vinos floridos en el corazón del pobre;
sangre negra, cabezas negras, muerte negra,

un solo son roto, en el tambor de la congoja definitiva,
sobre aquella gran polvareda.

Entre el fuego y el pueblo, entre escorpiones, entre símbolos, entre horizontes,
el varón nacional, emergía
solo, entre sucesos, entre muertos, entre sueños, entre proverbios, entre cementerios, entre recuerdos,
interpretando las masas ardidadas,
como la voz del clan místico, épico, del país ensangrentado,
entre el hombre y Dios, rugiendo,
peleando, sollozando, resonando, terriblemente, desnudamente, como un potro
contra la montaña alucinada;
así, Jehová, es decir, su propio enigma, lo llamó y lo echó hacia su destino;
entonces, a cada familia le mandó degollar un lechón de agua,
y, asándolo, lo comieron, enriquecido de lechugas amargas y pan ácimo,
vestidos y calzados de aventura, y ungieron
aquellas puertas inmensas de sangre y viajes, marcando sus pascuas, la
estrella roja del éxodo,
porque la santidad relampagueaba en sus cabezas,
y el iluminado empuñaba el bastón popular del rito y del mundo,
Moisés, como una enorme lengua de acero soberbio;
y he ahí que Dios degolló a los primogénitos egipcios, a hora nocturna,
quedando los descabezados, llorando por sangres y madres,
porque un terror colosal fué creciendo por todo Egipto, y viviendo y rugiendo
su ola enorme,
como un animal tremendo,
ensangrentándose las patas quemadas en el espanto.

Grandiosamente, salieron los ejércitos de Jehová, cerrados y circundados,
hacia las tierras del Cananeo y del Hetheo y del Amorreo y del Hebeo y
del Jebuseo, que enorme leche y miel manaban,
con las altas cenizas de José en el vértice, ardiendo, medio a medio;
irradiando, desde el eje y el corazón de la inmensa nube, y columna de fuego,
con miedo eterno, Dios conduciolos;
rugía la violencia del cielo,
sobre la congregación religiosa, su política dramática, y grandes símbolos,
ciñendo en los aventureros las tortas sagradas de la huida.

Sin embargo, la esclavitud sonaba y bramaba su recuerdo,
agitándose, como un pájaro de látigos, en un hoyo, sobre las espaldas
azotadas de salario, de lacayos y servidumbre,
y el pueblo clamaba a Moisés, por el azote de los amos,

gritaba y lloraba, entre Pihahiroth y Baalzaphón, a la orilla del océano, y
los bermejos océanos,
cuando los carros tronaron, contra el desierto, desde el ardiente ladrillo
egipcio,
empuñando la ciudad imperial hacia la manada del siervo,
el orgullo de oro rojo, como epopeya, la jerarquía astronómica de las pirámides,
la magia sagrada y las momias y el ceremonial fúnebre.
y todo el polvo milenario de la cultura,
los hábitos matemáticos, los pálidos, hieráticos, trágicos ritos, oro, añil, sangre,
el sexo y la muerte,
las lámparas de olor funeral o marino —estrellándose de tempestades
gigantes—,
como de pulpa y de bestia o como de hongo
—sol con ojos humanos—, el círculo de abismos y heridos en la batalla.

Y Jehová dijo a Moisés: "Escucha,
no escuches al pueblo por el pueblo, escucha la voluntad del pueblo, y su
origen,
y alza la vara sobre la mar bermeja";
levantó su ademán el taumaturgo y, entre dos muros absurdos, los israelitas
pasaron;
estallando la vanidad militar, avanzaron los estupendos regimientos faraónicos
y la caballería egipcia,
pero los hechos unieron los elementos,
y el abismo se tragó toda la fuerza armada en su estómago.

En religión política, agitando a Jehová y su resuello, sus números,
su espada,
revolviéndose encima del pueblo y su gran caballo
entonó el conductor la oda heroica, de reluciente ímpetu y resonante vuelo
con acero.

Bramando, cayó el sudor de los puñales,
seco, y hubo sed, apretada sed en el desierto, sed terrible y enorme de hombre,
a la ribera de las aguas amargas;
hinchaba el sol los egipcios muertos a la orilla de la mar, en la distancia,
bajo los cantos abandonados de Maria, la profetisa;
y la grandiosa multitud se levantó contra Moisés, amenazando;
entonces él endulzó las lagunas metiendo ilusión y voluntad adentro, en ima-
gen de árbol.

Y, arrastrándose, lograron las vegas hermosas de Elim, a la sombra
de las sesenta palmeras,
cantando, entre doce puentes cristalinos, la maravilla de la alegría,
y se sentaron a reposar, en aquel paraje de cristales de raudales, gemelo al
agua tranquila y alegre.

Tornaron los hebreos a la revuelta, murmurando y protestando, con
espanto acumulado y difícil,
comiendo vidrios oscuros, a la lumbrera de las encrucijadas,
haciendo o como queriendo hacer el héroe, a cuchilla, en el gobernante, sa-
cando del caudillo razón de existir, y porvenir, sacando lo
humano, sacando
la ansiedad social del individuo,
como quien extrae palomas y gusanos del vientre enorme y azul de las
espadas;
y Moisés exclamó: "es contra "ÉL" la pelea; yo soy pequeño";
mas, he ahí que una gran bandada de codornices, cubriendo los cielos,
aparecía,
y algo muy bueno, semejante a una hojuela con azúcar,
o al pan que comíamos en la aldea de la infancia, o al sexo o al vino o al
tabaco,
caía, a manera de tortas,
desde el límite de donde emergen y esplenden, sucediéndose, días y la tem-
pestad, unidos.

Brilla el espejo del desierto, y su ojo de sol rojo,
ahogando en todo lo cóncavo la leña quemada de las costillas, los corazones
amarillentos,
y ardan las gargantas, como tragando plomo y ceniza,
cuando la pantera de la locura, sacando los dedos en las pupilas, arañaba
la tremenda naturaleza,
con gestos torcidos de raíces...
y, al golpear Moisés el Horeb, salió el licor de Dios del peñón sagrado,
murmuradoramente,
e inundó la agua copiosa, el horizonte de Sin y Rephidin colmándolo,
lleno de alas y algas y dulce alfalfa y pescados indescriptibles, que sonrien
como caballos heroicos,
galopando en la sombra líquida... ..

Estaban, a cuchilla, Israel y Amalec peleando;
colgaba la batalla ensangrentada, desde las manos del profeta, como un
cuero de muerto;
y el sol crecía a la orilla despavorida.

Abandonando a Madian abandonado, entre sus sepulcros, entre sus
leyes, entre sus panteras,
como sol muriendo, Jethro y sus mujeres arrastró a Moisés, su pueblo,
en liturgia, en burocracia, en leyenda o como en cenizas o como en palomas
domésticas, o como en laureles sacerdotales,
dolor con tradición en las troneras,

hacia silencios, hacia murciélagos, hacia conceptos y gran retórica...
y como el yerno escuchó al suegro, la roja araña del código,
hizo su nido en la tragedia israelita,
trayendo fórmulas y símbolos, trayendo cábalas, trayendo
el rigor colosal de la forma.

Relámpago cabalgando, dramático,
Dios descendió hacia la montaña, ardiendo con fuego tremendo,
y humo echaba:
entonces lo contempló Moisés, cara a cara, entre la batalla, y lo entendió
porque lo admiró en esplendor y agonía;
tronaba el Sinái, llameando y humeando en grandes terrores,
como si una gran águila de luto agitara las alas tronchadas en las
tinieblas,
y el dolor del horror se derrumbase;
hablaron los dos, frente a frente, y pecho a pecho, la colosal gramática,
entre dioses, entre sacerdotes, entre hombres desesperados,
agregando a la máquina de la tempestad el lenguaje terrible de lo divino;
resplandecía el diálogo mágico,
y un terror esencial crujía adentro de los huesos hebreos;
eran la llama y el azufre de lo santo,
cuando él ascendió la cumbre sagrada, con paso eterno y aterrador de héroe,
pisando sangre, tronchando
calaveras de esqueletos extranjeros, mordiendo serpientes, mordiendo diatri-
bas, mordiendo naciones,
con la tradición ardida entre las manos,
solo y enorme, como los sepulcros oceánicos, rugiendo,
y enarbolando la gran bandera de la barba;
abajo, el pueblo y el mundo abrían su mirada de reptiles,
contra el sol que les golpeaba la miseria.

Venía el vate curvado, pues traía la verdad al hombro,
cuando, voz saliendo de las entrañas dijo:
"no matarás, no robarás, no fornicarás con la mujer ajena, no mentirás,
honrarás los antepasados, santificando los ritos públicos, no ca-
lumniarás, no codiciarás la felicidad vecina, amarás a Dios y a
tu prójimo".
"Tú, con nosotros", decía el pueblo,
"no podemos mirar a Jehová, faz a faz, porque su resplandor nos asombra",
"colócate tú entre él y la masa judía, tú, únicamente tú",
y temblaba el poeta político,
en función de la voluntad popular, que iba haciendo un dios tremendo de la
soledad colectiva,
como cuando sólo del oro y la madera sagrada emergen sombras,

o como crece en serpientes el cabello del muerto, eternamente, obscuramente
ajeno a su órbita.

Tronaba la montaña santa, y, ardiendo desde adentro de la montaña,
la trompeta de Dios estremecía los contornos,
cuando el santo fué a platicar con Dios en las tinieblas.

No como látigos, sí arañas, sí cárceles, sí espadas,
la represión social crecía del miedo de Moisés a la naturaleza, como el valor
del terror, predominando,
y el sacerdote y el delincuente ladraban en el Levítico:
tráfico y clínica, la ley amarga de los usufructuarios, y el grande y triste
azote del explotador, rugen desde los códigos;
la maldad aparecía en la maldad, como un hecho de conciencia.

"Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano,
y pie por pie, herida por herida, traición por traición, patada por patada,
ofensa por ofensa,
el puñal al puñal, el azote al azote, el terror al terror, marcando los
estómagos".

Crujía el latigazo del amo sobre el espinazo del siervo,
bajo la mirada de Jehová, solo,
el legislador estaba encima del victimario y el victimado, engrandeciendo la
tragedia social con su látigo mágico;
pero el yugo del esclavo hacia esclavo al verdugo:
y una sangre sucia y religiosa dragaba y manchaba la raza,
como afrontándola, con la bofetada cotidiana,
entristerciendo los lomos curvados, con su obscuro sonido de cadenas.

Pero el ansia santa, rodeada del terror de Dios, marchaba a pisadas
de espanto,
y el fervor transformaba el dolor de los hambrientos
en canciones, en símbolos, en verdades artísticas y eróticas,
creando los sueños y los mitos sublimatorios,
arriba de la realidad desfigurada, por la horrorosa condición soñadora.

A las doce columnas respondieron las doce cabezas de tribu,
cuando el profeta ascendió del altar hacia la presencia inmensa, sembrando
en la gran familia alucinada
la sangre sagrada y desventurada de la alianza,
y, exaltándose, dejó a Josué, el ministro, en la afuera dramática, como un
toro contra las figuras,
y se presentó a la eternidad, que era ardiendo y era zafiro y era tremendo,
y entró al pabellón en ignición y estuvo cuarenta días y cuarenta noches y
cuarenta días, sumergido;

entonces Jehová, hombro a hombro:

“He ahí el homenaje de varones primogénitos, oro y plata y cobre,
y jacinto y carmesí y sombrío,
y la gran púrpura roja y lino fino y pelo de cabras,
y cuero de carneros rojos y cuero de becerros rojos,
y toros y águilas y lomos de buey sagrado y aceite para las lámparas,
y especias y aromas hacia los óleos aromáticos,
y piedras de mármol y piedras de ónix y piedras de cuarzo y maderas de
áloe, preciosas,

y rubies y esmeraldas y diamantes,
y pieles de serpientes, cazadas en los desiertos estremecidos de lágrimas;
con palo sagrado de Sittim y oro, y fe y oro y verdad y oro y juventud
y oro y filosofía y oro,

habrá de estar hecha de ella de ésta el arca,
y dos y medio codos de largo y codo y medio de alto y codo y medio de
ancho, igual a una laguna, es decir, como un toro,
yo, adentro, enarbolado de arcángeles,
desplazando los candelabros y el símbolo cósmico de las manzanas,
entre el perfume, como a sexo, y la ira
sobre la sangre y sobre la muerte, ardiendo, con negro lamento que enrojece,
sonando, extraordinariamente, bramando,
entre las víctimas y la épica de las víctimas, o rugiendo
hacia la cara quemada de lo místico;
y emergen de entre cortinas y columnas,
Aarón, Nadab, Abiú, Eleazar e Ithamar, sus hijos, destacándose
contra el sangriento y el añil y el nocturno,
entre aromas, entre doctrinas, entre campanas y ritos terribles
y serpientes y laureles
y majestad, con ancho ámbito de epopeya, de oriente a poniente,
consagrados, con pánico bárbaro,
por océanos, resonando los tabernáculos, las tiendas inmensas y aventureras,
con miedo épico,

y el “clan vital”, en cárdeno, en carmesí, en púrpura,
pero, en tales instantes, Dios puso silencio inmenso en el secreto de su
lengua;

bajando, el santo, cargado venía de doctrina,
sin embargo, entre la liturgia eclesiástica, copiosa, redundante, hinchada,
bajo sus frutas, como un vientre inmenso,
y, encima del esoterismo clasista de la oligarquía sacerdotal del indómito,
las dos tablas de piedra del testimonio rugían como dos vacas de niebla,
estremeciendo al iluminado,

a la gran técnica épica de su heroísmo,
y la trompeta tremenda del yo le rajaba la espalda.

Las cuchillas contra las ideas brillaron,

y cayeron sobre las piedras tronchadas los ídolos, acumulando mares de
sangre a la represión política,
porque lo amarillo y lo infinito de la libertad gritaban
adentro del metal tronador de las imágenes, arrasando y arrastrando,
soberbiamente, la mitología del orden por el orden, hacia la
barricada revolucionaria,
como un viento de derrumbes, hasta la planta llagada de Moisés, girante.

"Arriba, en la tronchadura de la más alta montaña,
en donde convergen todas las fuerzas, en vértice y braman las águilas épicas,
yo cruzaré, rugiendo, a tus orillas,
adentro del torbellino vagabundo y poderoso de catástrofes,
echando relámpagos dramáticos,
con bramador acento, en la orquesta aterradora,
moviendo los tiempos eternos,
y, como te taparé los ojos con mi mano enorme y terrible,
tú me oirás rugir, desde la muerte,
pero no has de mirarme, jamás, cara a cara, jamás, jamás y nunca el rostro,
y, en las tinieblas que espantan y relumbran,
temblando, tú, únicamente, sudando, tú, como un costillar de cadáver, a la
tempestad lanzado,
te mostraré la gran espalda".

Brillaba, cuando bajaba con las escrituras de Dios, como un dia-
mante rojo,
y, viendo los hebreos la llama de Moisés, veíanlo,
en voz, en ser, en luz, lo mismo que a las matemáticas,
aureolado de sí mismo en sí mismo,
golpeando, azotando, dominando las apariencias.

Gigante, aterrador, enorme, en actitud de bestia de presa,
emergiendo su estampido de substancia,
desde el ardiente caos elemental, cargado de gusanos, andrajos y mariposas,
a la manera de un murciélago terrible,
o como un toro con las entrañas a la rastra,
el templo, el templo, el templo,
arrastrando el sacerdocio, la casta sellada y eclesiástica, la gran araña de
los ritos,
el animal colosal de la religión,
echando espuma, echando violencia, echando espada y sangre oscura,
rabioso, entre los siervos hambrientos y sus explotadores.

Nacia la metafísica del desierto.

Y la ley acerba, su culebra enarbolaba,

llena de púas, de veneno, de plumas y puñales abotonados,
 moviendo su cuero negro;
 gritaba la dentadura del levita, en obsesión de códigos y símbolos, su
 egolatría,
 y el Narciso obscuro del sacerdote,
 al contemplar su técnica trágica en las lagunas de asfalto,
 lloraba, con llanto anfibio;
 porque era la yerba inmunda de la malicia y el crimen de todo lo divino,
 la máquina teológica, la mística, expresándose
 por la histeria religiosa y su gran válvula romántica;
 sacerdocio y policía, crearon los bestiarios,
 la bestia perversa, satánica, siniestra, acoplándose a la virgen viciosa,
 el incubo y el súcubo anticipado a los milenarios desterrados,
 el alacrán con entendimiento de juez o de bailarina o de prostituta celeste,
 la rana peluda que escribe sonetos bonitos,
 la pantera y la culebra, disfrazadas de dioses llorones y aun de capitanes
 de miserables,
 el maricón verde, que parece flor con purgación y cortesana,
 la esposa terrible y caliente, que seduce y ensucia y escupe al profeta,
 abofeteándolo,
 el idiota que amaba a Dios, como a una ramera,
 y el verdugo y el espía eclesiástico, todos ellos con la cara hedionda y sin
 esperanza;
 entre sus patas, el Levítico engendró el corazón con estiércol del polizonte,
 y la verdad genital y aventurera del gran teócrata castrado, como un loro
 de asesino,
 el mitrado de guata blanda de carnero,
 acoplándose a la obispa, encima del tabernáculo, que cruje como el catre
 de la maraca,
 cuando el sucio y tierno burgués la va a visitar escondido.

En formación de escuadras, adelante los capitanes,
 emergieron los ejércitos hebreos, desde las doce tribus, resonando, desde
 las doce tribus, los estupendos regimientos andariegos, superando
 la montaña sacratísima,
 y la teocracia aventurera comenzó a caminar detrás del símbolo;
 un gran bandera de agua de jardines cubríalos, desgajándose del cortinaje
 astronómico;
 y sonaban las trompetas, con grito tremendo y sacerdotal, bramando,
 a la orilla del pie de Dios, lo mismo que el quejido del suplicio heroico de la
 humanidad entera,
 en todo lo ancho de la historia.

Decía el pueblo: "El aroma de los ajos y los pescados y los gansos
 y las toronjas y las cebollas,

el olor a fritanga y a carne asada, nos perfuma la memoria del corazón,
afligiéndonos, haciendo con nuestros recuerdos una gran
cosecha de llantos,
y queremos carne, carne, como en el Egipto,
comida, no hambre, y tú das hambre, no comida, ¿a qué trajiste este pueblo
por los desiertos tremendos?
esclavos, pero no hambrientos";
dice el héroe: "Señor, ¿he parido yo a esta manada?;
además de mi vida, la suya sobre mis hombros,
asesiname, librame de mí mismo y de la sociedad acumulada en mis
instintos!";
y habló Jehová, en aquel entonces: "Ancianos coge setenta,
que te ayuden a gobernar tus tribus errantes,
e irán a reventar de llenos, como cerdos, que se revuelcan en la propia
bazofia,
hartos de mollejas y lomos de toros asados";
y, así, llegaron los patos salvajes, en innumerables y horizontales
bandadas...
pero llovió fuego del cielo, y viento con fuego del cielo,
y sangre con fuego y espanto con fuego y muerte con fuego, y
belleza y verdad y grandeza con fuego inmenso y números,
cayó el dolor, desde el vértice y las últimas causas,
y enfermaron los hambreados, porque comieron y bebieron naturalmente.

Cuando María, la leprosa, dijo: "Yo tanto más cuanto él hago",
porque el legislador amaba a una hermosa mujer etíope,
Dios exclamó: "Por símbolos e imágenes infraconscientes, por sueños y por
ecos de palabras, hablo con vosotros,
mas al camarada Moisés le converso de amigo a amigo,
porque lo estimo mucho, por hombre muy hombre y varón substancial, de
buen entendimiento,
tranquilo y preciso en palabras, en hechos, en ideas,
capitán de pueblos, solidario y poderoso y distinguido de carácter".

Emigró, pues, la embajada de doce varones,
hacia las tierras que alegre leche y miel manaban, con ancho boato de
príncipes,
fornidos lomos judíos, la expectativa sosteniendo;
y, quizás, arrastrando el fantasma, regresaron, el poema de la abundancia
substancial y resonante;
trigos y uvas trajeron, enormes como melones,
y trajeron una gran tinaja de vino y apretadas calabazas de panales,
y trajeron peras y manzanas y brevas y naranjas,
llegando con asnos cargados, que tenían jugosas sandías en toda la boca,

y lagares de pellejos de becerro, picoteados de abejas;
venían con harto espanto, por visión de gente enorme e indescriptible,
tronadores, como elefantes, bajo la montaña;
y hacían comparaciones de volcanes y terribles y feroces cosas,
como, por ejemplo, la sociedad y la muerte sumadas.

Avizoraba el político, trazando los cálculos matemáticos de la estrategia,
sobre lo sentido por él con la pupila diplomática, acumulando los soñados,
antepasados números,
cuando el bando del Capitán Coré se levantó en armas,
ciñendo de puñales la dictadura y la teocracia del iluminado,
muerte cargando a la cintura;
dominó la rebelión el imperialista, haciendo RELIGION DE RELIGION
y obra de magia;
porque, abierta la tierra, se los tragó, ardiendo,
y, sobre sus sepulcros de llamas, la rosa grandiosa de las juventudes, dijo:
"Nosotros, por nosotros, conquistaremos lo prometido".

Entre las doce, la única,
cuando las tribus judías, a la orilla de la fiesta inmensa,
todas las varas estaban en invierno,
y comieron, en la de Aarón, almendras, como granadas de alegres y
primaverales,
cargadas de jugo de pueblos;
voluntad de Jehová, en pos de él, gravitaba su plomo aforme,
el corazón social habitábalo,
tocaba la bocina de fuego, en las entrañas teocráticas,
y el soplo de Dios, horrendo todo de oro,
le abría, con espanto, la llaga sagrada de la garganta.

Entonces, del "pecado del santuario", nacieron los parásitos,
la santidad degenerada, satánica y dramática, encadenada a frutas podridas,
en fuego y vicio y tumba y mundos y piojos y barro con relámpagos
y grandes corazas de serpientes y de leones,
el animal de Dios, sagrado y hediondo, en la tragedia,
la bestia ociosa y extraña y abyecta, con frío hocico de murciélago, y patas
de rana, que come aceite y gansos y mostos y pavos salvajes,
el sacerdote sensual y grosero, bestial y mugriento en su pantano;
todas las abejas del mundo les picaban la panza y el corazón, como un lugar
de vino;
se comían todo lo bueno, sin nunca arado, ni sembrado, ni cosechado,
su corazón era la cábala mágica del impostor, adentro del cual la divinidad
antropomorfa dice:
"Dad a ellos los carneros mejores y las más bellas y locas vírgenes".

Gigantescos camarones amarillos,

la lengua tremenda de la lujuria, bramando entre cabritas en flor, la espada,
la botella del sol, su vino adonde,
cruzando los lomos, los poderosos y espantosos lomos del predestinado,
al cual va terciada la carabina del sexo;
álzase, pues, desnudo y terrible el sacerdote, ceñido de puñales de diamante;
entre vulvas fuertes de mujeres ensangrentadas,
así como enormes hongos genitales, acumulando cielo con estiércol,
emergen los falos de los santos israelitas.

La clerecía hiede a bestia inmunda,
a raíz genital, a hechicería, a paloma, a mar, a puñalada,
a idea, a fritanga, a historia,
y flamea, como una gran pluma amarilla, en las figuras,
pintando con gallos morados el estilo;
saca la callampa embanderada, entre cien mujeres, el delirante sagrado;
medio a medio del deseo, la religión, su arte violento,
enciende como cuchilla, en la luz tremenda y grandiosa de la sangre,
y Dios estalla en la garganta guillotizada.

O como tremendo pabellón, ardía la vaca bermeja, como bandera de
violencia y grandeza,
y Eleazar al ensangrentar la llanura,
con fuego ardiendo, regaba, desde el enorme animal degollado, que estallaba
y era incendio por incendio constituido,
flor de sol y puñales,
tierra y puñales, máquina y puñales, sombra y puñales,
mito y canto y puñales;
forjó un país de alegoría, la ceniza en las aguas sagradas;
pero los enfermos,
aquellos que traían, gritando a Dios en las entrañas,
con horrorosos murciélagos mecánicos, en síntesis,
veían la golondrina celestial, en la gran agua al agua eterna comparable,
y su espejo,
raíz de religión, paloma,
atando los océanos, el olor musical del barro-cosmos, la fruta cuadrada.

Acero y sombra y sombra, desde María, la muerta,
echó su terror sobre las tribus heroicas, y clamaron con clamor macabro,
por las granadas y las higueras y las sandías,
hasta que brotaron las plantas de las aguas de la abundancia, del corazón
de la piedra tremenda,
y descendió, entonces, Aarón desde la cumbre a la muerte,
en soledad de Zin, entre desiertos, entre costumbres, entre sepulcros, a la
historia.

Bramaba ya, enroscada a la bandera, desde el origen,
y su oro ardía y crujía sobre el Israel indómito,
a la manera del dios prohibido y clandestino de los místicos, a la manera
de un sol abierto, mitad a mitad de la noche,
a la manera o de un puñal o de un laurel o de un trépal, crucificado entre
dos relámpagos;
por eso aquellos mismos, los mordidos de las víboras,
sonaban, cuando miraban a la serpiente ardiente, atronando pabellones
sanguinarios;
y eran tremendos los muertos, mirándola,
los desorbitados, los iluminados, entre el vértice y la atmósfera del país,
rugiendo,
sus grandes caballos sin límite,
la arboladura de sus cabelleras estupendas, incendiándose,
el violín de cristal de los histéricos,
los santos cavados de horror, en el confín de la raza judía,
la crisis cíclica, el hambre,
el pueblo, el hambre, el hambre, expresándose en religiones,
el hambre terrible y rugiente,
sonando su cascabel amarillo de alaridos.

Había hecho pelea ya mucha el pueblo de Dios, degollando,
y eran tronchados los escudos de Og, rey de Basán, y el Cananeo y el
Amorreo yacían a cuchilla, desguarnecidos,
cuando Balaam, solo, entre dos murallas, clamaba:
"¿Qué te sucede? ¡Anda!, porque si tendría las hachas te mato, ¿entiendes?,
¿me comprendes?"
"No", contestó la burra,
y el ángel de Dios emergió con la espada desenvainada,
frente a frente al capitán atónito.

Desnudos y entrelazados el príncipe y la hermosísima,
bajo un gran collar colosal de jóvenes ahorcados, cara a cara al sol de
los hebreos,
en el corazón y medio a medio a medio de la noche;
ella, morena era y fina, terrible y ardiente, como la paloma de los desiertos
acerbos del Génesis,
luz y pescados, contra la botella de vino del pecho y poesía
en las rodillas cristalinas de madianita, para el amor ya madura;
entre el diamante trizado del alba, adentro,
Zimri y Cozbi, temblando y sangrientos, como dos capullos de oro o de barro,
con la cuchilla del sacerdote clavada en las entrañas.

Soberbiamente, tinajas, panales, espadas de vidrio, las hijas de
Salphaad sumaron, rugiendo,

encadenadas a la tradición hebrea,
acumulando los andrajos antepasados, en la vida cívica.

Copioso y sonoro, el árbol de los ritos judíos,
abría su liturgia, la catedral esotérica y sellada del régimen político, la
tenaza, la cadena, el mito, la mazorca,
gritando los andrajos del pueblo;
fué Josué, pues, consagrado, por santo humano, jefe de naciones;
el escorpión tronador del ceremonial, arrastrándose,
llenaba la materia mental, con la ilusión de las fórmulas y las cábalas,
y estaban las masas hinchadas de mitología.

Sangre, religión, muerte, gargantas y trompetas,
la guerra sagrada, el degüello de Dios, relampagueando, los gritos, los
muertos,
y las hembras preñadas de Madián, sollozando,
encima de los asesinados, que mamaban dolor y terror en la política,
era el enorme Israel de Moisés, entonces.

"Contra los agoreros y los adivinos y los hechiceros, los mágicos,
los jureros falsos, los que hablaron en los sueños con los muertos,
contra quien se ayunte a bestia,
contra el que comiere sangre de buitre y camello, cerdo, conejo o águila,
contra el pederasta y el incestuoso y el onanista,
contra el gran idólatra, subversivo y estupendo, inventor del orden del
hombre revolucionario,
apedreadura de la opinión pública";
después, ascendió Moisés, frente a frente de Jericó, a la montaña de Nebo,
y Jehová le mostró Galaad, hasta Dan, todas las tierras,
y las tierras inmensas de Neftalí y las tierras inmensas de Manasés
y las tierras inmensas de Ephraim, y Judá y las vegas soberbias
de Jericó y Soar...
y dijole: "He ahí el país que prometí a Abraham, míralo";
entonces lloró y murió, fué llorado, y lo enterraron en Bethpeor, la tierra
extraña,
y lo lloraron,
y lo lloraron, a Moisés, años de años de años,
y nadie, nunca, vió su sepulcro,
y lo lloraron, con llanto amargo de cítaras y cantigas funerales,
y lo lloraron, a Moisés, años de años de años,
porque tenía ciento veinte años y estaba fuerte y triste y grande,
y tenía oro en la mirada y la palabra,
echando espanto, y no se levantó profeta, de varón y mujer nacido,
tremendamente,
a la manera de Moisés, por los siglos de los siglos.

Gran Temperatura

1937

OBSESION DEL MATRIMONIO PROVINCIANO

Con hachazos de bandera, de océano, de manzana,
por adentro resplandeciendo, infinito de absoluto y gran aurora,
a soledad incendiada oliendo, o sonando
con espantoso lamento de águila o máquina de cementerio a la orilla del
mundo,
así, rompiendo tus entrañas, penetrándote,

Tú y tu flor de muchacha, aquí, conmigo.
en piedra, en vísceras, en hierro y eternidad abrazándonos,
contra y cuando en ese límite braman las palomas
y la violeta saca la espada de dios, entre los corsarios enfurecidos,
porque el clima del siglo suda a pólvora,
y yo, directo y sin esperanza, *tronando con árbol y todo, como un reggi-*
miento de espaldas,
te esgrimo sobre el hombre, con la sociedad al hombro.

Gimiéndote, besándote, lamiéndote, llorándote,
únicamente por ti y en ti relampagueando con relámpagos de montaña,
anhelando, con beso eterno, esculpirte.

Es tu música, es tu número, querida,
y la línea melódica de tu acento incomparable,
quien emerge de entre valientes amapolas,
superando los espantos encadenados, su ámbito y su látigo, como de
culebras,
y el horror del himno, Winétt de laurel y tormento.

Todavía la infinita sensación, la cuchilla, la cadena, la rendija del sol,
gritando,
aquella tal palanca, que, enormemente, dura y puja rugiendo, con trabajo
desesperado de agonía, sin mástiles,
arrodillado a tus riberas, arranco los años, los potros de los años,

entonces los sujeto con frenos tremendos, y escribo para comparar la eternidad a una laguna
en la cual lo que fué revive, retorna, renace, circulando.

Tu juventud soñadora y sanguinaria de virgen silvestre o ídolo,
alimentándose de terrores, construyó su mito y su signo, a expensas de esta
materia soberbia, que, entre pecho y espalda, se me subleva,
y yo satisfice tu ensueño, despedazándome, (¡despedazándome!),
construyéndote un universo con las migajas ensangrentadas, mujercita y
azucena,
para tu ser infantil matando toros rojos.

Cosecha de vino amarillo, con estampidos que maduran,
agua de fuego, a cuya presencia de esmeraldas derretidas, acuden los pájaros
muertos contra muertos atardeceres,
he ahí que te lamen estos mares, con su actitud de perros de miedo y oro,
amiga.

Contra el invierno que levanta su muralla de árboles desventurados,
y te enfria la espalda, echando plumas de agua y suspiros a esa inmensa
atmósfera romántica,
enarboló tu luz preciosa y morena de entonces,
haciendo poema tu belleza, escribiéndola en las arenas aventureras,
haciendo estatuas de agua de ansia,
haciendo edificios de energía, monumentos de esperanza, imágenes,
religión, Dios, la guerra eterna,
levantando tu figura, más allá del tiempo y del espacio, heroicamente,
gritando y tocando la trompeta en las tinieblas,
encima del ejército de cenizas, en el cual resplandece una gran cabeza
de muerto.

Así, criatura de estaño, como volando entre espadas.

Recoge los últimos mitos, como quien recibe sangre y muerte en la boca,
o como duraznos de pulpa santa.

Autónomo, tremendo, dinámico,
ya asoman las auroras rojas, niña linda, y nosotros lo divisamos
el tiempo de las estrellas enarboladas...

ALEGORIA DEL TORMENTO

Entre la vida y la imagen de la vida, combatiendo,
mi corazón,
como un animal rojo, bramando, escarbando lo sagrado, gritando tierra
y cosas,
su drama eterno de guerrero,
contra el error y el terror, desplazándose...

Ahora, con ancho látigo, azota el mito mi certeza,
mientras la sociedad me inunda y mi zapato contra el océano batalla,
mientras da águilas mi enigma
y va a estallar el sol del yo, crujiendo,
mientras la materia relampaguea en todo lo alto de mi pecho,
mientras crece el presente su árbol,
mientras la ciudad boreal asoma su paloma de substancia.

Arrasar la personalidad abstracta, la idolatría mítica,
el drama tremendo, las chimeneas de la anarquía, cielos negros con cemento,
reconstruyendo,
y al abismo entre el ser y su impetu, arrojar todas las murallas.

Parado sobre sepulcros, en central ciudad de desorden,
busco mi flor de pólvora,
mi caballo muerto entre hierros, sin escudos, sin palancas,
la eficiente cantidad de fusiles rojos,
el volumen del hecho del subsuelo del sueño, hinchando sus velámenes
la fruta de la realidad abierta y espantosa
como montaña, como hueso, como paloma o lenguaje.

Ser, en vértice, agrandando lo cotidiano con relámpagos,
es decir, viviendo lo enigmático,
sembrar la verdad en la incógnita y los hermosos ríos del fluir, entre sus
montañas.

No es existir en función-religión de la idea;

de llamas y frutos de piedra, sí,
acumulando la ansiedad vital entre tres paredes, cerrando,
todo lo poroso y de penumbra;
mi alma y su servicio social, que es su verdad, y su culebra, y su pantera,
y sus leones,
porque lo tremendo, pero lo cierto, es lo concreto;
tenaz, acerbo, fatal, lleno de saliva y ladrillos de iglesia,
el camino del hombre y su gramática,
cuando de mesas de palo está nutrido, estalla y comienza el génesis.

Síntesis de los caballos encadenados,
espuma de hierro de cielo o acento de la marea sublimatoria del individuo
contra el universo,
no soy yo, sino lo heroico y sus chacales
mordiéndolo el número burgués, lo metafísico, el ámbito de hijos de la tiniebla,
enredando la personalidad, creando la celestial araña de palabras, creando
el enigma y sus ángeles de sangre.

Por eso, aquello, todo lo rojo del ímpetu, aquel extraordinario afán sintético,
deviene fuego sublime, mano y cuchilla de oro,
y arranca el espíritu del rodaje, como del rodaje el imponderable alarido
de poderío;
ya la heroicidad comunista, su estrella de trabajo,
océano de heroísmo soviético, organismo materialista, en las águilas histórico-
dialécticas, resonando
y levantando los puñados de la existencia.

Sí, no el profeta, no el iluminado,
no el terrible megalómano de metáforas, salteando los potros heroicos,
no,
adentro de la historia, haciendo la historia, expresando lo que fluye, sucede
y gravita,
contra mis símbolos, azotándome, desgarrándome,
en virtud de la verdad marxista, colectivamente, la dinamita de mi ser estalla.

CANCION DE ADIOS

A hoja caída del océano,
a religión abandonada, a espiga, a garganta, a bandera de dios moribundo,
a relámpagos, despedazándose,
amiga tan querida...

En este enorme tiempo, que nos invade con su agua azotada, con su agua
gigante y valiente,
graznan los negros pájaros de espíritu,
y nosotros nos arañamos, defendiéndonos de nosotros de nosotros, con la
última muela de la poesía, y su actitud de rosa de palo,
uncimos los proverbios a las máquinas,
y nos quedamos aún más ancianos, más helados, más amargos.

Ya las guitarras a agonía relampagueando,
y el acordeón solloza, porque todos los barcos zarparon, hacia la sin riberas
mar quejándose,
cuando tu actitud echa a volar la paloma despedazada.

¡Ah! tu pelo y tus pechos, niña de antaño,
y el pie de sol, que era la sociedad, la flor, la ley humana, su juventud de
diamante incorruptible,
yo estoy barbudo y acuchillado de edades,
castaña, chocolate, paloma de río, lira blanca, ya viene lloviendo desde el
poniente,
y los recuerdos tamborilean las ventanas hacia la nada,
un sol helado asoma su aurora de esqueleto, el terror esencial del atardecer
crucificado,
criaturas de pasado, abiertas a la tempestad las alas tronchadas.

Hinchada la boca de misterio, de invierno, de silencio con huesos,
rosal —Winétt— canción de la primavera remotísima, copa de santo de
aquellos otoños oscuros a gran substancia,
chiquilla bonita de las cosechas ultramarinas,
durazno, tonada, estero, violeta, castaña, naranja, manzana, libro de otros
cielos.

Carcajada de amapola, ya dormida, entre sus pájaros,
canasto de sombras a la lámpara,
vidrio de provincia feliz, botella azul de las casas vacías, ladrando a los
áramos abandonados,
emigran las golondrinas amarillas desde tu frente plateada,
y un sol cargado de faroles nocturnos
empuña su canción invernal de cuchillo sangriento, y anchas, terribles garras
de llanto,
medio a medio del espantoso fluir moribundo.

Mordida de pescados de cerebro, gran animal rubio,
juventud, autora del mundo, la yegua soberbia de oro, el león, el chacal
del instinto,
galopan las carreteras de occidente.

Gritando hacia las tumbas, corriendo, así partimos en la soberbia adolescencia,
sollozando, hoy bebemos la primera de las postreras copas,
pero, al espantar los fantasmas indescriptibles, suenan las tibias, entrecho-
cándose,
y un andrajo de infinito, como espantoso murciélago,
nos azota la cara, helado, agonizando, defendiéndose de la realidad definitiva.

Llueve, y adentro cantan las muchachas descalzas del cementerio,
y aullamos por el sol, el sol, el sol que se derrumba,
solo, gigante, rojo como un toro, entre sus granadas.

Arrastrando pájaros, océanos, ámbitos,
tu canción juvenil, en trigales revolcándose, contra sus viñedos y aguas,
se fué, sollozando, para jamás nunca...

POESIA FUNERARIA

Indiscutiblemente, en casas de arriendo,
a la ribera del pan y su situación aldeana de sombrero de sol,
contra empleados grandes o desesperados
y viudas terribles, que desprenden cabellos de estructura amarilla,
así moriremos, tal vez, al bramar contra la montaña.

Después de haber gastado electricidad y pantalones,
sudando terror y dignidad de asesino al cual van a fusilar los aterrados
soldados,
y mirando, con la dentadura repleta de misterio,
cómo la querida mujer ya estará ruïnosa y rajada de años, y enormemente
grandiosa de grandiosidad inútil,
y aprieta su triste carne contra las murallas,
o estará llena de llamas, como en la época del durazno que fué paloma,
y cuando nos miramos ante un muerto.

Se destruye la esperanza humana, la azucena,
y su escudo va corroyéndose de herrumbre entre azules tiestos y serios di-
funtos, en espectáculo,
luego se gasta la gana llevada adentro
y unos orines con cementerio azotan este sepulcro de condición boreal, que
el catre parece, resonando.

No haber bebido,
¡ah!, no haber bebido más tinajas del principal vino tinto, del substancial
elemento de abejas eternas,
no haber tenido el cinturón del general de tribu,
y aquella gran cama tirada de mundo a mundo,
en donde creciesen bestias agrestes,
abejas de funeral, panteras del tormento a la guitarra, relampagueando,
y una gran espada roja
con la cual escribir la revolución proletaria,
y, en aquellos millones de atardeceres,
en los que nos sacamos los zapatos, sollozando,
no haber venido la luna desnuda
que florece, eternamente, a consolar a los moribundos.

A la criatura, cómo se le despluma y cómo se le inunda, a la simultaneidad,
el reflejo de materia de sepulcro,
porque es lúgubre cuando fallan las glándulas,
y en lo hondo del hígado del hombre se deshojan las violetas.

Hay que poseer el heroísmo de agonizar correctamente,
clavando los dedos de los ojos y su puñal en la tiniebla acumulada,
sin abandonar la voluntad de podrirse.

Ahora, si sabemos de qué manera las plantas de los pies rajan la miseria solar
y alguna vez le oímos la bala a la tumba,
el oro y el hecho en la garganta se nos van a atajar.

Si catre de bronce adquiere, morirá el burócrata contento como gusano,
con la lengua afuera entre la familia,
enderezando su conciencia de bruto y de pájaro y de siervo,
como quien levanta la casa
y la va a ubicar en donde concluyen las cosas.

Se apagaron todas las lámparas, gotea el viento,
y el sol toma la forma del embudo.

En aquel entonces entenderemos al que asaltó y degolló a la humanidad
para comprarle laureles a su amiga,
al que edificó su tribu en la plaza pública gritando como acero,
al que desgarró mujeres y naciones y se revolcó con todos los relámpagos,
en la sociedad y sus potreros de desventura,
y no nos entenderemos nosotros, porque todo ha sido inútil y se ha perdido:
un traje, heroico de terrores, cubriendo tiempos eternos, y el infinito
alimento provinciano,
morir en colchón, enormemente estupendo y afligido,
rempujando amargos carros de tercera, rempujando empeños, rempujando
cantinas, rempujando abismos, rempujando palomas, abandonados,
porque el que se muere es él y su corazón, el que se muere, entonces,
y a quien invaden las poderosas arenas, el mar-océano, su caballo gris, y la
perla obscura, que está dentro de la naranja,
aunque se designe Lucho o Domingo o Pancho.

Los que ardientes y alegres estábamos,
cabelleras de sepultura arrastrando, nos iremos descomponiendo y haciendo
aceite,
haciendo narices, haciendo gusanos, haciendo historia,
hasta que quedemos desnudos, sin carne, sin entrañas, sin huesos,
nosotros, sin nosotros,
solamente un agujero de lo que fuimos, cuando con esto éramos esta misma
lengua,
cuando ni siquiera el hombre
nunca fué lo que quería y lo que podía, nunca,

y torna, también, hacia la vida dispersa,
cansado e insatisfecho, como los caballos del idealista.

Allí, una sola uva será igual a una culebra y a una idea, o a un becerro de
parafina,
y el escorpión sobre muchachas en violeta,
o anidará la araña religiosa en cuna de pájaro, desnudándose;
deshojando sus árboles, los acontecimientos
cubrirán el rol de la hoja caída, su silabario amarillo;
a tal altura, miserables botellas de soldado,
la espantosa necesidad de agarrarse a los propios suspiros, arañándolos col-
chón abajo, derrumbándose,
cuando inicia la agonía su invasión de naufragio, de inundación tremenda,
y pierden los muebles hecho, empieza a hacerse uno todo girando, gritando,
rodando en vorágine,
para que caiga ahí el difunto en su pellejo.

Rosas sobre negro y negros pueblos de viento,
amargura en fermentación de adioses, temporal de tripas a las lágrimas,
creciendo los pelos en la obscuridad su alarido.

No digamos el porvenir de sollozos,
cuando la futura ciudad con nosotros cal y cemento organice,
entonces, soledad colosal del átomo,
contra nuestra forma y su ámbito: su ámbito, ¡oh! naufragado corazón,
la intimidad desencadenada,
su no oído grito, su grito tenaz, su grito de sangre que perece,
recuperando el terror inicial.

Solamente, no haber podido nunca comprender adentro, en los huesos,
que lo substancial no somos nosotros, nuestro proceder, nuestros zapatos,
nuestros amores, nuestros sentidos, nuestras costillas, nuestras ideas,
sino el universo infinito y la sociedad, aclamándolo,
la energía histórico-dialéctica, expresándose por la persona y la transitoriedad
de la persona,
sobre estos atados turbios y polvorosos,
que pudiesen ser manzanas o pólvora grande,
la afligida costumbre, el héroe,
lo abandonado, lo obscuro y copretérito en las burocracias acumuladas,
el afán de afanes, tantas cosas duras con pecho rosado,
en las que ubicamos nuestro poderoso amor y su látigo —y a alga marina
su calzón echaba aroma—,
porque la abrazábamos desnuda, se ponía más bonita,
riéndose, blanca como plata o como agua, al agitar la bandera negra del pelo
contra los desiertos,
encima de este, aqueste montón de terror en el que nos morimos.

He ahí la conciencia y el ser, mezclándose de árboles incendiados y panoramas, a la canción pretérita,
revolviendo sesos y versos en la memoria —un grande espacio—, y entra
el muerto
a la izquierda, y aquel pájaro en cántico de los álamos del cementerio,
peleando con nosotros, agusanados, como sardina podrida, o embalsamados en caricatura de almacén triste,

Porque tiene gusto a muerte la comida,
y olor a adiós y a muerte la piel y todos los negocios,
la fruta, la plata, la ropa, la sepultura,
y sólo la hoz y el martillo nos alumbran la materia,
como grandes casas de hierro con incendio.

CANTO DE TRIBU

Patagua del milenario,
a cuya influencia descanso y escribo la lengua eterna,
como los racimos de barro
encadenamiento de raíces resplandecientes,
vivienda de cuero.

Unidad familiar, herida,
"bodega de frutos del país", tinaja de instintos,
paloma de sol y pan.

En lagares de piel de buey, brama el vino de los antepasados,
hoy, nosotros, con el puñal entre los dientes,
peleamos contra los cementerios, rodeados de sepulturas y osamentas, a
toda historia,

encadenados a la antigüedad húmeda,
buscando lo humano en los subterráneos, entre chacales, entre águilas, entre
leones y tribus guerreras,
ansiosos de supervivencia, como plantas, como animales, como cosas,
repletos de esa vida bruta, que relampaguea en las botellas y aquel resplandor
de divinidad en lo eterno del pie femenino.

Contra las fogatas edificadas más allá de los péndulos,
arden las danzas y el alarido y los llantos,
al crepitar de las encinas desenganchadas, con viento inmenso, quemando
nidos, quemando huevos de cóndores,
y nosotros nos encadenamos a la patriarcal aurora.

En prehistoria, en especie, en documento de médula, relampagueando,
en raíz, en verdad, en canción nos definimos,
desnudos de huesos y de actos, de sangre brillante y aterradora,
siendo la substancia del mundo,
su actitud proletaria, hambre de clase, su poderosa y asombrada juventud,
el ímpetu como de águila,
siendo sociedad pura y tremenda,
cadena, expresión, polea de rodaje indescriptible,

clan auroral, con inmensos ojos de uva,
risa de materia, hoja de substancia, en proceder de abejorros,
los mostos eternos y su pantalón de barro,
danza de vientres, de palomas, de flores que asumen elementales vellos de
sexo,
castaña de toro, asada en el no-consciente,
leyenda de cuchilla, rey de costumbre, saco de mundo de dios de sueño.

El ademán emerge, pues, desde cuando adoraba astros el hombre,
y, adentro de nosotros aúllan el chivato, el orangután, el cabrío, macho entre
machos, la bestia astuta y su hartura, su lujuria, su bravura,
el carnívoro — ferocidad y eternidad y cráneos —,
o llorando en la lengua obscena el sacerdote inconmensurable.

Sí, en ardientes camas de estiércol,
sembrando los mitos del amor, lo sagrado y lo esplendoroso,
flor del clitoris, el dios vaginal que llamea,
paloma del himeneo, toda roja, y como madura de valores,
a tal manera de misterio nos sumamos,
o enamorando en colchones de llamas la materia, reduciéndola a expresión
pura,
incendiándola, sublimándola en el yo social y su enigma.

EMPRESA NOCTURNA

Empuñando su corona de espinas y muchedumbres,
brilla el terror de los moribundos,
como un reptil de vidrio y frío matemático, en los pantanos de la sombra.

Desde los sétimos subterráneos,
sacan al fantasma los eternos angarilleros sin cabeza:
el árbol de los zafiros da altas páginas de lágrimas,
al enigma horroroso de la materia,
y un océano azul, enormemente azul, inunda todo lo hondo:
es el instante de la soledad definitiva,
gritando su horror esencial adentro de los huesos, clamando
desde el hombre, su desventura;
¡oh!, cómo pasamos...
a cada estrella y su lamento,
le responden jerarquías de cataclismos, altos, enormes llantos,
y el perro de Dios araña la tiniebla;
esqueletos sin médula en los que silbará la eternidad su bramido.

En lo oscuro relampaguea la historia del hombre.

Sobre las masas dormidas, amontonándose contra la miseria, sudando y echan-
do llanto,

flamea la bandera roja su alegría comunista,
ardiendo su árbol con ancho látigo ciñéndose, y la insurrección levanta
el pabellón del porvenir proletario;
trabaja la substancia del cementerio, su velocidad resplandeciente,
el ojo de la unidad dispara su rifle,
su actitud de fuego y de piedra, de espantoso gusano, de cataclismo,
su viento de hierro y de tormento,
y, encima de los muertos, crecen el invierno y su gran máquina,
arden los sexos y los océanos y los perros, y grita
el cañoneo de las muchedumbres;
como un animal de espaldas, llora el mundo
debajo de la eternidad estrellada,
como ojo de mujer o como asombro de filósofo frente a una paloma,

y la alegría universal entristece a las criaturas;
entre tu destino y el sentido de tu destino, corazón, están tu ataúd de diamantes
y tu edificio de magnolias sangrientas,
y las águilas degolladas de tus oscuros instintos,
porque a cada cual le corresponde su tormento.

Anudándose, en colchones de fuego, jadean las bestias del amor, su alarido;
abriéndose, retorciéndose, mordiéndose,
y encadenados a una tremenda actitud de esqueletos de asesinos,
los cuerpos, en lo hondo de los lechos,
afrontan la retórica macabra, en humana flor de incendio sumados.

Como máquinas, como océanos, como fábricas, quejándose,
sueñan las masas, en ardiente terror echadas,
y un buey oscuro brama en lo alto del misterio eterno;
desde el Oeste, gritan grandes vientos;
como un adiós gigante de mares desaparecidos, como una enorme bruma,
se levanta el espanto de los muertos,
medio a medio de la noche inmensa, sollozando.

Hay una distancia indescriptible, entre las cosas y las sombras,

Es el lenguaje de los huesos vacíos,
la antigua voz, que anda buscando lengua en la tiniebla,
el quejido de los asesinados por la ley humana;
los bultos absurdos del terror agitan su esqueleto sonajero;
flamean las guillotinas, se escucha el tiempo y su gotera,
arando los campos de batalla, llora la bota de los soldados su lamento
grotesco,
y en los calabozos ruge el héroe.

Feroces gatos fantasmas,
arañando vidrios de luto, trizan la guitarra del firmamento,
y el hambre corroe al proletariado;
debajo del invierno tiritan las prostitutas y la madre obrera;
desnuda y preciosa de sol y comida,
la yegua burguesa, arrastrando los carros dorados del imperialismo,
entrega el vaso de vino de su vientre.

Crujen los mundos errando en la obscuridad infinita de la infinita luz eterna,
y, desde adentro de la tierra, suspiran los muertos;
pare, en aquel instante, la mujer más amada, el hijo de su belleza;
arde un jadeo de lechos y besos,
porque, abrazados, duermen, desgarrándose, los enamorados,
y en el dolor se engendra la vida;
canta la copa quebrada de aquella risa de niña a la cual estarán poseyendo;
asomados a la pregunta horrorosa,

frente a frente al enigma del ser, al sentido y al objeto de la existencia,
el hambriento y el agonizante y el ansioso de amor levantan
las murallas del terror contra el sepulcro,
pero las bocas de las tumbas se abren, gigantes, bramando,
y todos naufragan en los océanos tremendos;
rasgan las águilas su ímpetu, estrellándose contra las sepulturas, contra las
memorias, contra las calaveras y los símbolos,
buscando, adentro del hombre, el triste origen de todas las cosas.

Azotando la mar oscura,
van a naufragar el barco del cielo y su velamen.

Los toros furiosos entierran sus astas de plata en el límite,
hierve el vientre de las bodegas
y las arañas van constituyendo su universo de saliva,
como quien escribe himnos,
como quien reduce a fórmulas matemáticas la materia del sentimiento.

Hay una angustia horrible y un alarido de cadenas tronchadas, resplan-
decido,
parece que rompiesen su órbita los astros humanos, e incendiándose,
cayeran a la eternidad vacía y sin sentido, a la cual cae el hombre solo y
lleno de lágrimas.

Como un eco de los mundos náufragos,
mi corazón recoge noche enorme y lamentos dispersos,
hacia el quejido social del lenguaje.

Suma la sombra y arrasa las apariencias,
y el individuo da la batalla contra la unidad oscura y tremenda,
gritando y defendiéndose, con espanto,
o abriendo los elementos del universo, en su camisa de hierro y de fuego,
igual al animal que ahorcan;
y, entonces, el hombre se diluye en el hombre, disuelve en especie,
aquel su colosal contorno de cemento;
pero, por adentro del adentro, de aquella arena interna, que llamea,
llora la cobarde soledad, la espantosa, la estupenda síntesis,
el hueso del muerto, en donde cantará la eternidad, deshojándolo,
la bestia gloriosa y lamentable,
el ser ardiente, copioso, tronchado, violento.

Agachadas sobre sus hijos, lúgubres,
cantan las paridas, terriblemente, amparándolos,
con el terror de las tonadas.

Ferozmente, nos acomete la realidad horrorosa,
su volumen agresivo, tenaz, espantoso de materia,
y su actitud vacía. . . ;
a tal batalla y modo, emergen la ilusión interna y su hipótesis,
situando sobre andrajos la persona.

Una gran máquina roja atruena la existencia:
es el corazón que palpita;
y aquellos ríos oscuros son las arterias, alimentadas contra la sombra.

Vestidos de desnudez eterna,
caemos, con nuestro tremendo afán, hacia las aguas sin sentido,
y nuestro porvenir se diluye, deshaciéndose,
como una piedra, o un ferrocarril, o una bestia, o el amor
engrandeciendo la cara humana.

Y el sol de la unidad brama en lo infinito, obscureciéndolo.

ALEGATO CONTRA LA TINIEBLA

Ni cielos, ni mujeres, ni vinos, ni la gran montaña del sol,
ni la ciudad colosal, ardiendo como los pechos de la verdad desnuda, entre
cien torres iguales,
ni el amor, ni el dolor, ni el terror del arte, en ímpetu cósmico,
nada, jamás, nunca, sino la revolución proletaria, únicamente, la revolución
proletaria, resplandeciendo,
y la gran sociedad sin clases, hacia las entrañas.

Desde muy abajo, como tajando la dialéctica,
semejante a cuando, inmensas, paren las madres, o se raja la granada, en
función de la semilla,
e hincha el lagar el licor, y lo revienta, entre abejas,
emerge, épica, enorme de muchedumbres combatientes, enorme de multitudes
bolcheviques, enorme de trabajadores,
y el soviét flamea, como un árbol, a cuya sombra descansan los mundos,
gozoso y sonoro, en consigna de la naturaleza,
o encadenado a la historia de la historia y sus catástrofes (castaño,
naranja, manzano de octubre).

Unidos, manuales e intelectuales obreros, los explotados, los humillados, los
azotados,
el campesinado colonial, gentes de héroes, guerrearemos contra la burguesía
asesina por **la tierra, el pan y la libertad**, por el enorme
orden comunista,
por el marxismo-leninista y los soviets, comandando el suceder político,
como toros rojos.

Océanos dialécticos, ejércitos dialécticos,
corazón y salud racional, enarbolando la bandera ensangrentada y sus síntesis,
todo lo heroico, como destino y conducta;
he ahí que la justicia relampaguea en nosotros, poderosas llamas de plata,
y emerge, de entre las barricadas, el honor del hombre, entonces;
contra el fascismo, contra el imperialismo y la guerra, cimera del agonizante,
encima de la tierra humana, la U.R.S.S. y, encima de la U.R.S.S. la **Plaza**
Roja y la Internacional y **el Partido**, resplandeciente,
como una gran espada de oro;
y el camarada Lenin saludando, en lo obscuro, desde la muerte.

Todos los añosos, los sobrecargados de gran congoja,
enyugados de familia, de pueblos, de fantasmas, y un dios trágico y des-
venturado, como al hombro,
a la ribera de la dictadura proletaria,
firmes, unánimes, libres, levantándonos contra los últimos crepúsculos,
cuadrados como soldados.

RELIGION DE LOS ANTEPASADOS

Cadena de esqueletos,

las tumbas están abajo y las pisamos, somos tumba, pan de tumba, materia
de tumba,

en el fuego, en el amor, en el vino,
la guitarra desparramada, su flor enorme,
avanzando desde los sepulcros.

Es la muralla espantosa y aterida de la humanidad, que relampaguea en
nosotros, océanos de océanos,
y el rugido de dios en las tinieblas,
la mano tremenda que se levanta, por adentro de los hechos y los muertos,
resplandeciendo.

En los tiempos, en el destino, en los años,
historia echando, bravura y agua muerta, agua negra de símbolos,
el hombre desprende eternidad, desapareciendo,
mucho luto los recuerdos acumulan, bastante de bastante llanto con llanto,
en costumbre, crucificados, a gran velocidad, detenidos,
a la espalda ya caminan los lamentos, desde el principio de las cosas,
grandes en árboles, tremendos e inmensos como el pabellón comunista.

Hay leones muertos, y huele a espadas desenvainadas,
huele a piedra, huele a muerte, huele a sombra y resuello, con mocos húmedos,
huele a dentaduras prehistóricas,
porque de las hueseras emerge un ojo negro, solo, y enormemente impávido
de lactancia.

Relinchos con rocío y aroma a bestias, acoplándose,
el asombro de los primeros leños,
y el terror del tabú genital, los cultos fálicos, saliendo desde adentro de la
tempestad oceánica,
cifiéndose de historia, cercándome el yo violento,
me dan la sociedad, montañosa y colectiva, la interdependencia heroica,
dinámica, jerárquica, dramática,
el ser, su luz y actitud, definiéndose de realidades resplandecientes,

pues los cementerios son hechos eternos, como eterno el eterno tiempo eterno
del espíritu,
van, a la vanguardia del pasado, gritando, como atados de pájaros trágicos,
o como difuntos,
y, encima de ellos, los pueblos, los sucesos, los tiempos, ardiendo, y la
revolución obrera, flamean,
enarbolando la cuchilla grandiosa del bolchevismo y la bandera roja.

Bajo los castaños de sangre y de bronce,
al pie de las tiendas, en los desiertos estupefactos,
contra las murallas de la guerra,
están, estamos, estáis, ¡oh! despavoridos corazones...

Chivateo cavernario del poema;
aceite de grande cadáver, penetrando los andrajos desventurados,
las grietas inmensas de la colectividad y su ladrido,
el eje del hombre, hecho de piedra tan ciega y sin horizontes;
el animal obscuro y peludo de entonces.

Emerges de entre los osarios,
tú,
como el sol, rugiendo, fina de racimos, heroica, oceánica, grandiosa,
a la entrada de la historia humana.

Sumando los barros primarios,
botella de licor substancial, figura de tiempo, águila cósmica,
estás, relampagueando, como una gran bandera de ritos,
adentro del clan familiar y las tribus errantes, mundo a mundo,
sal ardida,
botón de soledad, hermosa bestia divina,
máquina de oro con pájaros.

Resuenan en ti el abismo y la evolución cíclica,
y, sin embargo, clausuras la historia, con altos candados de sol campesino,
tus huesos, tu carne, son sociedad y antepasado,
"clase contra clase", insurrección y revolución proletaria, gran consigna
comunista.

Costumbres hechas verdades o instinto,
gran hacha mística, derribando el sol lógico, lo conceptual arquitectónico,
azotando la montaña histórico-dialéctica,
intuición religiosa y derrumbada,
echando lo imaginario, como humo, o como vino, o como lamento y paloma,
desde los subterráneos tremendos,
flor de sol obscuro y omnipotente, como un planeta.

Bestias en celo, poderosas mandíbulas cavernarias, ladrido velludo,
ardiendo, enormemente, adentro del alma,
y el terror asexual que produce dioses sangrientos...

Un hombre obscuro aúlla,
son los abuelos, su alarido sanguinario, como de piedra de puñales,
la tribu caliente y aventurera,
los mitos heroicos, de sangre, de guerra, de muerte,
dios y alcohol con huesos,
la divinidad asesina, entreabriéndose contra lo obscuro,
el perro, el chacal, el cerdo, que braman debajo.

También y además, empleados y aldeanos de provincia,
curas de pueblo y tinajas,
pequeño-burgueses de aguardiente, enchapados en plata mala,
carne de cogote y matronas y vino y medallas,
dolor polvoriento, dolor agachado, dolor de oficial del Registro Civil y de
panoplias,

lo siútico, lo reaccionario, lo lirico y deplorable,
encadenado a esa novela feroz, con difuntos y días de santos falsos,
y policías, y solteronas, y amanuenses,
don Neftalí, don Bautista, don Exequiel, Merceditas, la señorita,
todo lo tremendo en el vértice.

Adentro de nosotros, encinas desganchando, enormes, con hachazo oceánico,
la bestia grandiosa de Gobi,
puñales de sílex, y su garrote de gigante árbol,
cuero y piedra,
o cantos guerreros, a ferocidad olorosos.
el mono, el toro,
el gran animal carnívoro y volcánico, con inmensos cuernos de oro.

Llagan la espalda del proletariado los latigazos del sicario y los amos,
restallando su tragedia en mi tragedia,
sangriento, el pellejo de los esclavos, me duele encima de las mismas costillas,
y soy y sois revolucionarios desde la prehistoria,
porque la admonición proletaria empuña las banderas y las consignas rojas
en los huesos
y es traicionar los huesos de los huesos, traicionarla,
arrancando los andrajos, enarbolados en la vieja tronera de los imperios.

Así, qué enormes pájaros de fuego, de poesía, de hierro,
y qué peces alegres, borrachos de naturaleza,
y qué animales y reptiles y minerales, de cabellera soñadora,
y océanos de petróleo y una gran laguna de cielos,
y las montañas resonadoras como un regimiento de caballería,
los barros cósmicos,
y el dios radioso y tremendo del relámpago que reluce su joya terrible.

O como rompiendo estos pantalones muertos, de héroe,
de escorpión social, de civilizado,
y este cuchillo de gran alma humana y oro flagrante, como los hábitos,
el pitecantropo cazador y sus fogatas y sus garrotes;

ELEGIA DE TODOS LOS TIEMPOS

Camino, ruta, sendero, callejón de soledad, con esbirros,
embanderado de mujeres y de ciudades, por océanos, o árbol trágico y mate-
mático, a aquella gran ribera desesperada,
vía de luto, calle de dolores, senda de llanto,
gran vereda asoleada y floreal como trigo, como montaña, como pecho de
serpiente, lago de oro, dios enloquecido,
todos van hacia la misma orilla...

Allí donde están tendidos los muertos y los recuerdos de los muertos,
y la desgracia humana se reúne y se azota y se precipita y se abruma contra
el oleaje irremediable, como una gran vaca idiota,
porque, de un gran amor, de un gran amor, sólo quedan los sexos vacíos.

Azotado o poderoso, humillado o altanero, alegre como el vino o la mujer
desnuda,
triste y grande, como la caída del sol, profundo
como la unidad y sus misterios, como la voz que emerge, desde la especie,
por debajo del hombre enorme.

Lenin o Jesús, las grandes banderas,
el hambriento, el rico, el enfermo, el que tenía una sola flor, y se la robaron,
y el amo de la propiedad atrabiliaria,
éstos, aquéllos, éstos, a la muerte desesperados, irán cayendo, irán cayendo,
irán cayendo, despavoridos,
aunque se agarren a la humanidad, que se derrumba y se desploma con ellos,
o con nosotros, con todos nosotros,
como un carro de cosechas, en la quebrada cordillerana.

Sí, el ser perece, pero, por adentro de la historia, naciendo y muriendo,
heroicamente,
todo y sólo lo humano, enarbolado de trabajadores, sobrevive y resplandece,
encima de la gran tiniebla,
la sociedad, coronada de obreros.

Eternamente, las masas humanas son lo eterno, individuo-universo-infinito,
en multitud orgánica y dramática.

condensados, estructurados, sumados, soviéticamente, en enormes soviets
de voces.

Muere el hombre no tronchando nunca la cadena,
la cadena encadenada, de fuego y hierro del suceder económico,
porque tiempo y mundo son lo mismo;
astro de angustia, manzanas de sueños, naranjas de miedo, vientre de flor
celeste,
y en los cementerios culmina la vida.

Apretándose y destrozándose, hacia la muralla enlutada,
agachado el proletario, bajo los látigos del explotador, que restalla la huasca
ensangrentada y difícil,
como una inmensa copa de salud, empuña la dialéctica.

ESTILO DEL FANTASMA

Ya por añejos vinos,
corre sangre, corren caballos negros, corren sollozos, corre muerte,
y el sol relumbra en materias extrañas.

Sobre el fluir fluyente, abandonado, entre banderas fuertes,
sujeto tu ilusión, como un pájaro rojo,
a la orilla de los dramáticos océanos de números;
y, cuando las viejas águilas,
atardecen tus pupilas de otoño, llenas de pasado guerrero,
y el escorpión del suceder nos troncha la espada,
mi furiosa pasión,
mi soberbia,
mi quemada pasión,
contra "la muerte inmortal", levantándose, frente a frente,
enarbola sus ámbitos,
la marcha contra la nada, a la vanguardia de aquellos ejércitos tremendos,
en donde relucen las calaveras de los héroes.

Sí, el incendio en las últimas cumbres;
guarda las lágrimas en su tinaja el vendimiador de dolores,
y sopla un hálito como trágico,
de tal manera ardido y helado, simultáneamente;
suena el miedo, de ser, entonces.

Encaramados a todos los símbolos,
feas bestias, negras bestias nos arrojan fruta podrida, cocos de tontos y
obscuras imágenes hediondas,
y los degenerados de verula,
vestidos de perras,
largan amarga baba de lacayos sobre nosotros;
es, amiga, la familia del mundo,
no, es la flor del estiércol, es la flor, es la flor morada y roñosa de la burguesía;
pero a la medida que nos empequeñecemos de años y de llantos, para bajar
hacia la montaña de abajo,
y la figura de la verdad nos marca la cara,
avanzan hijos e hijas, retozando en la historia, derrochando, derramando
grandes copas dulces, y el vino y la miel rosada de la juventud, se les caen

como la risa a la Rusia soviética;
tú y yo nos miramos y envejecemos, porque nos miramos,
y porque el arte patina las cosas,
levantando su ataúd entre individuo e infinito.

Ahora, si nosotros nos derrumbamos,
con todo aquello que nos amamos y nos besamos, mutuamente, cargados de
vida,
y en lo cual radicó el honor de la existencia,
va a ser ceniza la figura del sexo y de la lengua y del pecho y del corazón,
que ya alumbraba,
y en los pies estará todo el peso del mundo,
y ya nos vamos llegando, aproximando a la órbita, llenando de dispersión,
colmado de sombra,
y tu belleza batalla contra tu belleza...

Emigran las golondrinas desde tu pelo de pueblos;
el tiempo de las cosechas del trigo y el vino
flamea en tu corazón cubierto de huevos de tiempo y manzanas,
es decir, como tarde, cuando la tarde arrea sus rebaños;
nosotros dos, nosotros, cómo nos morimos, y cómo,
en ti la niña marchita, tan linda,
entristece de dignidad feliz a la mujer hermosa y profunda, como un carro
de fuego,

en mí, el adolescente agresivo y entusiasta,
yace en este animal desesperado, con pecho tremendo, que agita la dialéctica;
país de soledad, adentro del cual golpea y revienta el océano,
y es una enorme isla, tan pequeña, que da espanto, y gira rugiendo,
porque dos criaturas están abrazadas;
huele a agua mojada, a paloma amarilla, a novela, a laguna, a vasija de
otoño,

y un horizonte de suspiros y sollozos
suspende una gran tormenta sobre las nuestras cabezas;
el pájaro pálido de las hojas caídas
aletea a la ribera de los recuerdos, entre los braseros arrodillados,
y retornan las viejas lámparas del pretérito,
la angustia resplandece, como una virtud, en nosotros,
y el terror de los proletarios abandonados
nos raja el pecho, desde adentro, como con fuego tremendo.

Imponente como la popa de un gran barco,
amarillo y espantoso de presencia,
el sol inicia la caída definitiva, tranco a tranco, como el buey de la tarde
eterna;

besos de piedra,
todas las máscaras de dios se despluman,
y caen destrozados los penachos;
un ataúd de fuego grita desde el oriente.

Imprecación a la Bestia

Fascista

1937

Contra el pueblo y su ley, echando babas, bufando, echando sangre y
montañas de barro,
mordiéndolo los estercoleros,
andrajos de caverna, miserables, horteras de convento, bestias negras,
fariseos espantosos de la dignidad humana,
sudando, bramando, mostrando la dentadura, ensangrentada de horrorosos y
amarillos puñales,
echáis al gran animal contra el horizonte,
ensuciando al hombre y al siglo y a "dios" con vuestro comercio de alcantarilla.

Niños y vírgenes, escarneciendo,
os revolcáis sobre los vientres de aquellas madres, inmensas como manzanas,
¡oh! eunucos, ¡oh! soberbios y enloquecidos marranos,
y un clamor colosal de víctimas os va siguiendo, os va rugiendo,
os va mordiéndolo el pellejo de las vísceras.
tras la bandera de los héroes y el océano.

Asesinos mercenarios de inocentes,
honra y gloria de los hospicios, honra y gloria de los burdeles, honra y gloria
de los presidios,
explotadores de homosexuales,
toda la tierra entera, a heroicas multitudes fragante, va escupiéndolos
desde el vértice de ópalos trágicos de la España incendiada,
los niños caídos en el degüello, las niñas caídas en el degüello, y los ancianos
muertos, las adolescentes violadas y meadas por vosotros, profanándolas,
os maldicen desde la muerte, os escupen, apuñaleándolos con el puñal de las
últimas lágrimas,
todos los ofendidos y los humillados del tiempo, los campesinos, los proletarios,
desde su faena de acero, y el intelectual a la orilla,
la esposa embarazada, a quien le asesinasteis su león, por la espalda,
los trágico-dramáticos huérfanos, que echan gran página en los cementerios
de sus progenitores,

los enamorados pisoteados por los anchos caballos del fascio,
la heroicidad romántica de los antiguos matrimonios castellanos, crucificada por
vuestros lacayos, por vuestros espías, por vuestros esbirros capones,
el triste, el empleado, el pobre, el que tenía la palomita de oro y se la mataron,
cobardemente,
los paisanos de las aldeas, horrorizadas por la sucia lujuria de los degenerados
y la hez hedionda del fascismo,
el soldado popular, terciándose la carabina...

Escarnios y escorpiones y andrajos y gusanos y espantos, rodeándoos,
al cinturón de calaveras, pegadas las babosas,
riéndoos, después de haber arrasado los dormitorios y los gallineros del
pobrerío,
valientes de sainete, una gran corona de estiércol
ciñe vuestras sienas, bamboleándose sobre las inmensas orejas de asno.

Con negros hocicos escarbasteis la santidad y la humildad de los ingenuos,
todo lo sagrado de las aldeas,
y vaciasteis la bacinica de las concubinas en el agua bendita de las creencias,
¡oh! fariseos, ¡oh! filisteos de la retórica asesina,
¡oh! lacayos borrachos, sobre el santo, el alto, el magno pueblo infinito,
verdugos del Cid, corchetes de Cervantes, rufianes del Quijote, "podetas"
cabrones, soplones, sicarios,
¡quién os pegara un puntapié en la bocal,
así, entre llamas, entre sangre, entre lodo, entre laureles y huesos sociales,
atragantaros de pólvora, clavaros el puñal en las entrañas,
traidores de Dios, comerciantes de Dios, repletos de brutalidad y escapularios,
bufones sangrientos, peleles sangrientos, ladrones sangrientos,
ladrando contra la cultura y la grandeza del hombre, ebrios y en cuatro patas,
desde el montón de basura fascista:
charlatanes-delinquentes, Herodes de trapo, de sangre, de charco, rellenos
de aserrín católico,
arrasáis los pueblos hispanos, con Jesucristo en las verijas,
por un infierno de opereta, de pantomima, de bufonada, demonios con anteojos,
sois los aventureros de Shakespeare, con los pantalones abajo,
las viejas podridas, enamoradas del adolescente,
los poetastros oscuros y hediondos, a los cuales se les cae la baba en el
cementerio,
las prostitutas barrigudas del oportunismo,
las celestinas tuberculosas y apasionadas, como cerdos santos de Freud, las
marranas,
los eunucoides enfurecidos y ambiguos del Vaticano
las comadres calientes, con los bigotes ensangrentados de angustia, medio
a medio del tablادillo...

Reuno mi musculatura, empuño mi vida, asumo mi alma,
frente a vosotros, mal paridas bestias,
mazorqueros, garroteros, maromeros, guaraqueros internacionales,
ratas de sepulcro, chacales del sable, idiotas,
sí, idiotas, idiotas funerarios, perros de las hueseras, cerdos de las hueseras,
muertos comiendo muertos.

¡Oh! lacayos desesperados,
histéricos de clínica, que manchasteis con vuestros hocicos la flor de las viñas,
enemigos de las mujeres y las ciudades,
la gallina rabiosa del Duce cacarea en vuestros laureles, y la gran idiota
Adolfo Hitler
saluda al megalómano salvaje, ofreciéndooos,
maneado y encadenado por la garganta, como un obscuro y acerbo y he-
diondo presente de galeotes;
el dios de los verdugos y los degenerados os preside,
encima de la fiesta tremenda de las matanzas, cuando arrasáis enfermos y
lisiados, flamea la camisa amarilla de los locos,
y el social-demente chillaba en vosotros, como una zorra vieja; es la perra leída
y universitaria (¡analfabetos de biblioteca y de prostíbulo!)
quien escupe, por vuestras inmundas lenguas,
calumnias de invertido, mentiras de homosexual enamorado,
babas de tonto procaz y sin destino,
religión de caballos o gusanos, predicada por quincalleros literarios,
babas y sangre, sangre y babas, chorreando la dignidad obrera;
y ahora, sobre España, la épica, arreando los negros carneros de la Iglesia,
los asnos sádicos y mercenarios, los asesinos asquerosos de la Legión
Extranjera,
los moros panzudos, que ejercen, magistralmente, su profesión de delincuentes,
¡oh! aventureros malditos, degolláis las masas heroicas, en nombre de la
libertad y el patriotismo, histriones,
rufianes sanguinarios, arrasando las aldeas grandiosas de los comuneros
castellanos,
arrasando la nacionalidad española, los campos sagrados y ensangrentados
de Iberia, la magnífica,
arrasando el inmenso tesoro popular de las Españas,
entre las botas mal herradas de los generales traidores al honor militar y a la
hombria;

¿qué instinto de serpientes monárquicas y católicas,
qué aberración de chacales o de alacranes o de frailes falaces, o de panteras,
qué destino de manicomio sanguinario os impele?:
¡atrás, oh burros trágicos, la sombra egregia, inmensa del Quijote,
los manes de Cervantes, de Miguel de Cervantes,
la memoria sonora de Góngora, el fusil proletario y dolorido de Goya,
apuntáooos,

los héroes picarescos y el gran capitán don Gonzalo de Córdoba,
el pueblo, todo el pueblo, el gigante, el santo, el sublime pueblo polvoroso y
aterrado, empuñando la hoz y el martillo, os maldicen!

Sois los monstruos babosos y abyectos de la época,
conmemorando el Apocalipsis del imbécil, los bодоques políticos, los zafios
capados y amancebados
en mancebia horrorosa con el demonio,
payasos de sepultura, engendrados de la carnicería estúpida y estática
de la guerra,
traficantes ambulantes del corazón humano;
carceleros de las ideas, carceleros de la libertad, carceleros de la belleza
matoides:

déjame de vuestra sombra braman las aguas envenenadas,
y la bandera enlutada de las viudas grita desde su mástil ardiendo,
hacia la amarga flor proletaria,
un llanto enorme y negro, contra sus verdugos.

Cosacos macabros de la demagogia,
hasta las palabras os salen hediondas y envilecidas del hocico,
como el gas de los pantanos,
calumniadores de héroes y de mártires, espías del diablo,
envilecidos en la propia bazofia.

El desprecio del mundo aun no os aplasta,
bien comidos y bebidos cerdos, Shilocks de los abyectos estercoleros,
pero el recio puntapié de los trabajadores
ya dibuja y ubica su actitud en las posadas mercenarias, con gesto rotundo,
para clavaros, como pingajos, en las murallas de la dialéctica;
la criminalidad internacional os aclama, blandiendo sus puñales ensangrentados;
sí, sí, con vosotros están los mercaderes de cañones,
los prelados y los bandidos de la grey romana, la delincuencia oficial de los
agencieros y los usureros católicos,
las señoras emputecidas de los burgueses,
los respetables maleteros-patrioteros-bandoleros de la oligarquía.

Comiendo pólvora, oliendo pólvora, mordiendo pólvora, panteras del
"idealismo",
defecáis la caridad cristiana, a puñaladas,
envolviendo en el evangelio del fariseo la carabina y las bombas sagradas,
y ensangrentando las polleras a "la Virgen Santísima",
os acostáis, borrachos, en Sodoma y Gomorra, riéndoos y envileciéndoos.

Bandidos, sol y flor del régimen capitalista,
orgullo de los lacayos uniformados de la burguesía y la policía burguesa,
honor del cabrón eminentísimo.

"Hombres de orden", es decir, delincuentes,
batalláis por "la raza", "la familia", "la patria", la "religión", combatiendo
el comunismo,

pero son presidiarios vuestros héroes,
piratas, facinerosos, ladrones, carne de cárcel y de clínica,
Mesías que predicán la doctrina del crimen,
alienados sanguinarios, apóstoles de la cuchilla y de la matanza,
profesores de la paz en los sepulcros.

Todos los hambrientos, todos los enfermos, ahora, en este instante definitivo,
todos los muertos, parados al resplandor de las ametralladoras,
levantan su lamento, esterilizadores de mujeres, de mundo a mundo contra
vosotros.

Cara a cara a la historia, os crucifico:
que aborten, horriblemente, vuestras hijas en los pantanos,
que os estalle hinchada la lengua,
que la maldición proletaria se os enrosque a la garganta ensangrentada, como
una gran vibora,
y vuestros descendientes se avergüencen de sus antepasados,
que la tierra, ardiendo, abra la tenaza de sus abismos y os trague, des-
pernancándoos,
como a bestias funestas, escarnio de sabandijas y alimañas.

Cinco Cantos Rojos

1938

JURAMENTO A LAS MASAS OBRERAS DE CHILE

Desde el que parte gigantes, negros y muertos soles,
y, hundido en el corazón feroz del carbón, escucha la fecha tremenda y
elemental de la tierra,
sus árboles crucificados, su fuerte sangre verde,
la atravesada voz de los milenios y los venenos del mundo,
el terror del grisú, y su grande espanto de sombra,
y está arrasado, sucio, pegajoso y aterido de rebelión y tuberculosis,
con sus setenta y tantos hijos al hombro,
hasta el que compone sátiras con vísceras y culebras y desciende de burgueses
que se gotean
padeciendo el hambre quemante.

Todos, los espantosos y dolorosos peones de las haciendas, los
santos esclavos,
en los cuales, en terrible clamor, grita la muerte, abierta sobre sus caras
atroces, el alarido del inquilino,
girando su látigo cansado, como lengua de tonto,
la anciana acongojada, sobre sus pañuelos de miseria y sus finados, a cuya
faz retorna la historia de la explotación centenaria,
la madre obrera, siempre parida, siempre sufriente, siempre grandiosa,
el camarada de las fábricas, engrandecido y acuartelado en su gran
conciencia política,
el rojo y piojento toro nacional de las calicheras,
el colosal vagabundo, presidiario, limosnero, sobre el cual anda la araña
del Código y restalla el azote de la autoridad constituida,
el cura macabro de los pueblos, con su religión apolillada como la sotana,
el policía, que azota y humilla a su hermano de clase y de leche, engañado
por los filibusteros de la ley escrita — en el
trasero de "las cien familias"—,
los roñosos y rotos seres, que adoran a Balmaceda entre sus piojos,
los infelices empleados provincianos, que, durante miles de edades, se invitan
a sollozar vino de lágrimas y nacen raídos,

como la familia Díaz de Licantén, y son beatos y borrachos,
los últimos huincas de la fornida y maldita Araucanía, los marinos y los
soldados de Chile. . .

Aquellos que braman y lloran, desde el horror mineral de los con-
ventillos a los cementerios,
y trabajan por la raza chilena, agonizando entre sus verdugos,
¡que enciendan aquí, en este cardumen de cantos, la bandera social, pre-
cisa y grandiosa, de la liberación proletaria! . . .

P A B L O D E R O K H A

ODA A LA U. R. S. S.

Como un galope de setenta potros y cien espadas y setenta toros y
cincuenta leones y sesenta jaguares,
a la cabeza de un ejército de fábricas,
como un rojo y gigante cóndor, como una gran montaña, que anda y habla,
elocuentemente, desde el instante inicial de las cosas,
como el río de la humanidad, estallando,
y en el cual se baña la historia, desnuda y brillante,
como una mujer o una copa de vino,
como el sol, cubriendo un potrero de vacas,
como una gran máquina, o una gran lágrima de oro,
en las que estarán escritas las antiguas leyes futuras...

U. R. S. S., proclamas
tu brazo popular, sagrado y tremendo, de entre los escombros,
iluminando los precipicios políticos.

Tu corazón, copioso de frutas,
huele a mar, a novia, a bandera, a dios, a religión, a gran mañana en
las montañas,
la dignidad de las criaturas dichosas,
es el laurel de hueso y hierro santo del Partido, su condición social de
epopeya,
y el heroísmo relumbra en tus hogares, como una olla de comida;
sementera del universo, crecen en ti las espigas maravillosas de la organización
bolchevique,
y el proletariado emancipado es una y sola gran mano abierta,
cuando el reloj de La Internacional canta la hora feliz de la redención a los
hambrientos y los sedientos del mundo;
por entre medio de las ametralladoras burguesas,
tu voz de oliva y de agua y de paloma surge y gravita, resplandeciendo,
encima de la plataforma giratoria del Ejército Rojo,

y un estupor de aviones soviéticos escribe en el horizonte la Hoz y el Martillo
de la eternidad marxista,
mientras las jaurías de la burguesía asesina braman
y ladran al pie de tus murallas de pechos, de tus murallas de trabajo, de tus
murallas de fuego,
ladran, echando babas y calumnias y balas
y trotskismo y gusanos y dineros y espías y prostitutas y artistas homosexuales,
ladran echando versos, ladran echando pelos de muerto,
y puñales y barro de iglesia y ladrones y curas y venenos y tumbas.
ladran ladrando, ladran y echan ladridos,
como echa lodo el mal animal y voz hedionda la sociedad burguesa:
el sabotaje está lamiendo el acero de tu figura,
todos los corsarios del imperialismo fascista propician la cuchilla contra ti,
baluarte del hombre, tronera de las avanzadas proletarias,
y el menchevismo engorda su gusano en tus rodillas;
el pabellón amarillo de Trotsky tajea las tinieblas,
pero, grandemente, nuestro Stalin está seguro y tranquilo, en su chaqueta de
soldado de la revolución proletaria,
alimentado por la entonación épica de las células.

Encima de las ruinas, de los presidios y las garzonieras y los hospicios y
los manicomios y los hospitales y los cementerios de la decadencia,
cantan las industrias su enorme carro de vendimias,
y los obreros acumulados gozan la libertad como el cuerpo nacional de sus
mujeres,
porque la juventud soviética es un canasto de formas rojas,
en la dignidad de oro y de sudor popular y de hierro de tus trabajadores.

Relumbra la democracia en tus orillas,
y el gran océano del pueblo hincha el tiempo de espigas azules,
con el enorme trival de la verdad colectiva.

Retumba, palpita, navega como un inmenso navio dichoso,
tu país, rojo de banderas,
y la heroicidad comunista da a la tierra ese buen ambiente a confianza, que
da el pan a las panaderías.

Acción y carbón te bañan la faz obrera,
tu casaca de soldado está olorosa a manzanas maduras y a médula,
y tu destino es el camino del mundo,

APOSTROFE AL FASCISMO

Es la ola tremenda que estalla, despedazándose,
la cuadrilla del dios amarillo y asesino de los verdugos del hombre, el di-
mante muerto del atardecer capitalista,
los retornos oscuros a la bestia;
camaradas: ¡preparad los fusiles proletarios!...,
hacia el fuego y el hierro,
entre palomas, entre sesos de muerto, entre cinturas y fusiles, y viento negro
y huesos y oro y sexos mortales,
y vientres de mujeres despernancadas,
y columnas y gritos y banderas y puños y guitarras y tripas y pólvoras y
lenguas,
y quejidos y muertes de héroes y lamentos,
tú, pariendo medio a medio de los océanos del pueblo, la gran culebra,
entre guiñapos y barro, entre pingajos y barro,
pisoteando las altas troneras de la humanidad, pisoteando la calavera de la
libertad y la dignidad del hombre,
fascismo, estás parado,
todo de historia rojo, y lágrimas y botas de bandido... ..

Su cabeza de palo de fascio retumba,
un tajo enorme le parte la cara manchada y ensangrentada, como el oro del
mundo,
el tajo del horror, el tajo
de la traición y la maldición reaccionarias, y la gran puta podrida de la
Iglesia Católica,
y sus masas bestiales,
ardiendo en los degenerados, los lacayos, los mercenarios de carnaval de
prostíbulo,
dan la patada a la época.

Son las bestias, las bestias, las bestias españolas contra el pueblo de
España, las bestias italianas, las bestias alemanas, contra las
masas hermanas, bramando,

es la bestia humana, arrasando las dulces y grandes mujeres etio-
pes, son las bestias de Dios, asesinando los niños heridos de Guernica, las
bestias borrachas de alcohol y pólvora, las bestias oscuras, que
pisotean ancianos y enfermos y recién paridas,
son las bestias perversas, con sólo un ojo, medio a medio del estómago,
las bestias que persiguen al colosal, gran niño chino, a todo lo largo y lo
ancho de los milenios, escarbando la antigüedad heroica,
las bestias sádicas y trágicas de los estercoleros sociales y los hospicios,
las bestias que se criaron en los cementerios, en los hospitales, en los leprosa-
rios, revolviendo pus y gusanos con el hocico hediondo,
las bestias tremendas del hacha y del garrote y del fuego,
las bestias con los sexos cambiados y los traseros al revés, por la gran
miseria del homosexualismo y la sodomía,
son las bestias de los mercenarios y las prostitutas y los esbirros y los
policías y los verdugos amarillos,
son las bestias del Führer y el Duce, los lacayos afeminados, que cantan la
guerra, porque la guerra enciende los complejos subterráneos
de su estructura sanguinaria,
son las bestias de la esclavitud burguesa, las bestias acerbas, las bestias
abyectas del imperialismo,
las bestias marcadas por la naturaleza, con el puntapié del degenerado y la
baba helada del maricón sin remedio,
las bestias inmundas, con el saco de muertos a la espalda.

Tiemblan las preñadas, y las viudas rasguñan su vientre y su llanto,
gotean las bodegas vino muerto, sollozos muertos, luto muerto,
y las banderas santas, las santas banderas rojas rugen por la dignidad del
mundo:
una culebra gorda se arrastra por las organizaciones obreras,
su veneno letal corroe el medallón de la política, sembrando la ceniza y la
demagogia y la desidia del sabotaje fascista,
y el gran espía Trotzky se abraza al gran traficante, al gran asesino, al gran
delincuente Pancho Franco,
como un sapo a un sapo, sin ofender al sapo, encima de la guata hedionda
de Juan March, por debajo,
por debajo de la historia humana, por debajo:
no pariréis hijos de fascistas porque os quemaréis las entrañas, esposas,
y vosotros, perros roñosos, daos los unos a los otros.

Cien madres, cien mil madres, cien mil miles de miles de madres van
llorando,
su dolor empapa el mundo,
ruge como un océano, arde como un océano, crece como un océano, o un
león o un poema,
azota, arrastra, inunda,

por los amados muertos, por los asesinados, por los hijos, esposos, padres,
muertos entre los muertos,
por las víctimas acumuladas del fascismo,
por todos aquellos a quienes les quebraron los huesos o les quemaron los sexos
en los campos de concentración fascista,
por los que dejaron las costillas en las cadenas de las cárceles,
por los que sufrieron el azote vil y la lujuria de los carceleros degenerados,
en las setenta noches del suplicio,
por los que presenciaron, aterrados, la violación de sus mujeres,
por los que comieron diez inviernos el pan de sangre y mierda y muerte de
los pederastas y los sodomitas del fascio,
por los que cayeron con los testículos despedazados por la máquina eléctrica,
y no delataron jamás a nuestros camaradas comunistas, muriendo como im-
perios, entre espadas y banderas, medio a medio de un sol
heroico,
hasta rajar la tierra entera con sus cuerpos,
por los que encendieron las mechas de las bombas en los bolsillos y al estallar
bramaron como setenta mundos,
por los viejos heroicos del Madrid, capital del siglo,
lloran las que parieron la carne heroica, la carne proletaria, la carne gran-
diosa de los ejércitos de la democracia,
claman y van clamando, ladran y van ladrando,
como inmensas leonas de oro, entre sangrientas espigas tronchadas,
y el tiempo está gritado de amargura,
lloran las más hermosas, las más fecundas, las más grandiosas madres,
las madres que antes fueron novias,
acusando a los asesinos amarillos del imperialismo,
con su dedo gigante y sublime,
con el cual algún día, en algún pueblo de algún mundo, alguna madre le
acarició la mejilla al fascista.

Muros de grandes pechos se le oponen,
la espada democrática se yergue, pura, soberbia, roja, por la solvencia moral
del hombre; y los aventureros
hincarán la rodilla en el polvo...

Regimientos de tambores enlutados,
calaveras y ataúdes sin porvenir, tablas de naufragio, ruinas de incendio,
piedras del pasado y pueblos muertos,
saldos de familias tronchadas,
restos de banderas y puños de espadas y trozos de vasijas y pendones,
zapatos de soldado y licor funeral de puta,
rodeándolo,
lo van cercando, ahorcándolo, ahogándolo al fascismo,
envenenándolo con los propios venenos.

con la propia bazofia y el puñal y el terror y la propia escoria,
como a un escorpión formidable.

El bosque de fusiles del Frente Popular resuena,
los olorosos vientos, los clamorosos vientos de la multitud lo azotan,
son las muchedumbres en rebelión, las muchedumbres
recién salidas de la naturaleza y sus cuadros vitales, gritando,
con los ojos cuajados de rocío.

Bajo los autos blindados y su teatro macabro,
la tierra hambrienta, el hambre ladran,
cruje el orden policial, como la galería apolillada de un viejo circo muerto,
que se derrumba,
y su botón de latón amarillo relumbra entre los costillares lamentables,
es el uniforme de andrajos, de ceniza, de gusanos, e inmensamente funeral
de los anónimos,
sí, el hambre carcome al fascismo, su gotera tenaz, su vago llanto falso,
el hambre de los proletarios y los campesinos, arañando las murallas desha-
bitadas, en donde ruge el sol poniente,
el hambre de las criaturas en las casas vacías,
el hambre de los niños y los viejos sin esperanza, al rechinar las oxidadas
cadenas del suburbio,
el hambre y los huesos crujiendo entre las bandas y las marchas militares.

Echan las máquinas su lágrima de herrumbre, encima de la devas-
tación agrícola,
el pellejo de los ganados tuberculosos es el granero de las moscas,
y un bramido de hienas atruena la gleba hambrienta, la tripa vacía y
maldita del pueblo, entre sus hierros:
es la guerra fascista que emerge entre el derrumbe económico,
la caída de las dictaduras, aureolando de ametralladoras, caballos y pinga-
jos destripados en los páramos abandonados, su grande naufragio,
la tiranía hundiéndose con su hospital de soldados macabros y la
maternidad acuchillada,
la policía teatral, exaltada a la altura de un régimen, perdiendo su aserrín
oscuro en el callejón de la matanza alucinada, los paranoicos
del águila imperial mordiendo la trágica entonación de las derrotas,
y el cesante pacífico, que asesina a su hermano, el cesante pacífico de la
otra orilla,
el explotado matando al explotado,
el hambriento al hambriento, el escarnecido al escarnecido, el paria soldado
al paria soldado, al colosal paria soldado de los criaderos-mataderos
burgueses,
el pobre al pobre, por el rico, el pobre al pobre para siempre, nunca:
sobre las retaguardias desoladas, cuervos.

mancos y cuervos, ciegos y cuervos, locos y cuervos y el llanto nacional
de las viudas,
la muleta tremenda, sonando en los pueblos vacíos,
el dolor popular, que es andrajoso y polvoriento, como el crepúsculo, como
las palabras "presidiario, solitario",
cuervos y muertos, cuervos y perros y granadas, que estallan entre la familia;
cuando, en grandes incendios amarillos, piando
arden las hojas, también arden las botas de los soldados muertos,
y los labriegos beben en cascos de metralla;
detrás de las provincias, las almas podridas de los ex combatientes echan
humo, echan baba, echan sangre,
y echan la gran neurosis de las guerras modernas,
el tableteo espantoso de las ametralladoras, sonando en las cabezas de
los tontos y los locos, los lesionados, los aterrados para siempre,
los destrozados en el espíritu,
el pobre y triste hombre de los empleos públicos, en cuyo ser terrible
grita la pólvora,
el malhadado y desconfiado pingajo, que retornó con la gran cruz pegada
a las costillas, cojo y heroico y solo, castrado o manco, con
los ojos deshechos y los pulmones enmohecidos, quemados por
el gas, y encontró a su mujer preñada por el cura,
el que partió dilucidando las antinomias kantianas, y volvió con una gran
herida en el trasero,
y el que murió, entre las carnes hediondas y los fusiles, entre el lodo y el
piojo de las trincheras, mordiendo los cielos del cigarrillo,
las novias aquellas, que se hicieron putas, después del bombardeo de las
ciudades abiertas,
y el que se arrancó de la vida y se arrojó de cabeza al infinito, desde la
misma orilla del mundo;
cruza el fascismo, y se marchitan todas las corolas,
las corolas de las botellas, las corolas de las mujeres, las corolas de las
palabras y los sembrados y los viñedos de la alegría,
piafan los caballos, como ante la muerte, como ante los poetas y los fantasmas,
y los degenerados en camisa, los macabros, los cerrados delirantes negros,
azules, pardos, los criminales bélicos declaman
mostrando el culo a los trotskistas.

Avanzan las masas pisando grande y fuerte,
¡a las armas!, camaradas,
apuntad al fascismo, medio a medio de la frente inmundada,
¡a las armas!, camaradas,
y sobre el barro de los emblemas rotos, ahí, mostrando la dentadura,
la calavera de los corsarios políticos
habrá de quedar echada, como un sapo en un tarro de basura, terrible e
infinitamente espantoso.

HIMNO SACRO AL FRENTE POPULAR

Te parió el pueblo, en el pecho del pueblo y hacia el pueblo
orientas tus banderas,
rugiendo en las entrañas santas de la masa, como un despliegue de pabellones,
como una gran fiesta sagrada,
con tu puñal de dolor entre los dientes.

Braman el hierro y el humo y el hueso de las fábricas,
y el olor genital de los establos,
en tu garganta fuerte, forjada en la fragua de los trabajadores y en el clan
provincial y el orégano de las clases medias chilenas:
arruga tu faz la polvareda de las tremendas carretas costeñas y las
siemprevivas de la hembra obrera,
y el aullido negro de los mineros,
la lágrima trágica de los proletarios y los campesinos sin límite,
el horror legal de los presidios,
la clarinada de los cuadros épicos del Partido Comunista,
el genio insurreccional del pueblo, y su ímpetu:
la canción nacional flamea en tus pabellones colosales,
y la historia del país converge
a tus grandes círculos de multitud orgánica y dramática.

Como el combo y la pala y el azadón y la pica y la barreta
parten mundos y piedras y abren tumbas y surcos y socavan el ensueño
tremendo y milenario de las minas,
tú, herramienta de las masas obreras,
cumpliendo tu rol democrático de transición, muriendo como una gran
larva marxista,
las llevarás al poder político,
hinchadas de aliento popular, bramando y forjando la revolución
socialista de Chile,
el gran día de gloria del proletariado.

Afrontas la bestia fascista,
con tu organización de masas, con tu aliento de masas, tu juventud de
masas, tu cerebro de masas,
y a la invasión imperialista opones tu puño de pueblos,
tu flor de paz, crecida en el trabajo, regada con sudor obrero, con sudor
chileno, que goteó entre enormes frentes, por las gloriosas banderas;
entonces, cuando acumulas la experiencia de las horrendas luchas obreras y
el grande combate cívico,
el clamor de las matanzas y los asaltos de la policía,
el galope de los caballos de los cosacos uniformados, y un sonido de sables
salvajes acuchillando la atmósfera histórica,
el cotidiano infinito y polvoroso de las costureras,
el grito de espanto de los mendigos y los heridos por la ley burguesa y
los explotadores.

Brillas en las pupilas enfurecidas del comerciante minorista
y en el traqueteo tenebroso de las escuelas públicas,
en el índice acusatorio de los flagelados y los escupidos y los pateados
del régimen,
en el pecho de ciruela de las novias,
en los mártires de las cárceles políticas y en los demócratas auténticos.

Tú das bandera y flor a los apolíticos,
desenmascaras la demagogia policial de los reaccionarios y los fariseos
de los reaccionarios
y aterras al rábula, al idealista retórico, al Mesías amarillo
con tus realizaciones exactas, precisas como axiomas, estallando de realismo,
uniendo, estableciendo el acorde dialéctico,
das dignidad al anárquico, al ególatra, al utópico, al rebelde,
contrarrevolucionario,
castigas al extremista infantil de las izquierdas,
madurando la unidad, la gran unidad de las fuerzas eternas del pueblo,
el ímpetu
de la masa heroica,
la energía unitaria, avasallando.

Poblado de empresas y mundo,
arrasas las barricadas reaccionarias y el terror fascista, rugiendo con el
porvenir nacional en las entrañas.

EPOPEYA ESPAÑOLA

A ti retorna el hombre buscando su origen, España,
la tremenda leche de sangre, el tono del pulso, la agonía espantosa
y aterrada, adentro de la cual resplandeciera,
su base heroica, frente a frente a la muerte,
la gran leyenda subterránea de tempestad, que ciñe y rige su espíritu de
animal terrible,
el sonido elemental de su esperanza, su grandeza y su violencia.

Ahora entenderemos por qué el oscuro pitecantropus, bramando,
asaltó la divinidad, desde lo hondo y lo ancho de la caverna prehistórica, y
se proclamó la bestia divina,
y el enorme y humilde altar de piedra, por el cual corrían lágrimas,
y sangre y sollozos y muerte del corazón de las víctimas, elevando los
sacrificios sanguinarios más arriba de las posibilidades humanas,
y los sepulcros herrumbrosos de los caminos y los desiertos,
y los ídolos, en los que la muerte y el amor y la sangre, eternamente la
sangre, la sangre resplandecía, como una enorme joya,
y las cenizas de los muertos, rugiendo en el corazón de las tiendas:
la claridad psicológica choca, terriblemente, contra la historia y se ilumina
la cabeza inmensa de los guerreros y los mártires,
los mártires y los héroes, y los que murieron entre las ruedas de los carros
de los tiranos,
y emergen, brillando, los santos y su candente pecho de oro y las vírgenes,
con su flor de diamante sangriento y egregio
afuera de las entrañas, y los formidables delincuentes políticos, medio a
medio de la humanidad, parados,
enseñando, repeliendo, abrazando los océanos en el grande azote,
como terribles lomos de monstruos que rompen y hunden y parten
los edificios de las apariencias:
estallan las barbas de los profetas, su gigante fuego en nosotros, y entre
los troveros y los bardos y los mendigos de la lira y los versificadores
miseros o cínicos,

arden los dioses, empuñando los relámpagos dramáticos,
enarbolando la obscuridad abominable e indescritible de la religión,
enarbolando
el bastón colosal y muerto de la tiranía metafísica.

España, tú creas las nuevas estrellas del mundo,
la tremenda luz que alumbró lo de abajo y lo de adentro y lo eternamente
luminoso,
la llama del hueso y del cetro, más allá de las tumbas heroicas.

Orgullo de ser pueblo, de ser raza,
orgullo de ser hombre, irrumpe, como un chorro de sangre, de siempre
sangre, desde tu presencia,
pueblo entre pueblos, tu pueblo,
ardiente de fusiles, empuña el destino de la humanidad, empuña
la voz del pueblo, el corazón del pueblo, la congoja
del pueblo, en pueblo pueblo, expresándose, como la flor roja, soberbia,
sola de todos los pueblos, España,
como el pan nacional de las democracias del siglo.

Ya relumbra, crucificada, entre el cielo y el mundo,
como una gran víctima, España,
y el clamor colosal de las alturas te azota y te tajea el cuero del cuerpo,
te encumbra, grandiosa y democrática,
por encima de las cabezas de los asesinos y los mercaderes y los
fariseos fascistas,
por encima de los ladrones y los piratas políticos,
por encima de los gobiernos totalitarios y sus verdugos, más allá de los
cielos manchados de Inglaterra,
a la altura de los trabajadores soviéticos y los obreros comunistas.

Con las entrañas rotas, amamantas las razas humanas,
el licor popular de tus pechos,
gran madre obrera, florecerá en las bocas de las generaciones futuras, y
toda la historia del mundo
te mirará en los siglos pasados, sobresaliendo,
agarrando en tus manos callosas la bayoneta miliciana, agarrando, trágica
y matemática,
el pabellón rojo de los humillados y los ofendidos,
agarrando la dignidad humana, como un jarro de cantos, España,

Tu actitud es tranquila, como una gran patagua de nidos y huevos
sonora,
y enormemente, grandiosa y frenética y furiosa, como las leonas aterradoras
de la Biblia,

y ardiente y fragante y agreste como la cama de las vírgenes
y generosa, como las espadas, o las botellas o el amor de las últimas
viudas del crepúsculo,

o las casadas apasionadas,

o las hembras egregias, que paren mineros y soldados del Frente
Popular y paren

poetas y profetas, en sus camas de fuego,

y alta, como las inmensas torres de la Mesopotamia, y sellada y cuadrada,
como el libro de hierro de los pueblos hebreos,

y eminente, como la carabina de dios, disparando en la montaña santa;
recuerdas los barcos cruzando la soledad oceánica,

la antigüedad del lenguaje, azotándose, contra las cavernas,

la lluvia inmensa de los cementerios,

la violencia estupenda y gigantesca de las arenas, en la cual están
enterradas las esperanzas y las religiones olvidadas o ahorcadas
con la primera letra del abecedario,

como un enorme murciélago amarillo y también como una gran
cabeza sin ojos,

recuerdas el viento de oro que azota las juventudes heroicas,

recuerdas a los caballeros enamorados del ideal, en su montura de siglos,
guiando su caballo en tus llanuras,

recuerdas los barcos cruzando la soledad oceánica,

recuerdas el camino de la humanidad, España,

recuerdas las mañanas maravillosas, en que los hombres engendraron a
los dioses;

te pareces al sol, al vino, al espanto, al mar, España,

a los sepulcros de los mártires y los héroes,

te pareces a los ríos antiguos, que abonaron los campos y los arrasaron
con ímpetu cíclico y poesía,

a las expediciones descabelladas que encontraron continentes sumergidos,
a los peñascos abandonados en el cerebro de los grandes artistas
y los revolucionarios, al gran poema.

a la unanimidad de las banderas rojas y los corazones proletarios,
al fruto de llanto, que da la historia, cada mil millones de tiempos, a las
palomas y a las guitarras,

al puñal enorme y terrible, que empuñan los muertos,

a una célula de trabajadores, sesionando en lo infinito,

te pareces a ti. España de las Españas.

Océanos de petróleo, amenazándote,

empujan la avalancha macabra de los degenerados a la orilla de tus
montañas,

y el mercenario y el aventurero y el bandido te acosan.

Desde tu voz de espanto vuelan gallinas y batallas,
trigo santo y trompetas,
y caballos y altares y sepulcros y limones de suerte,
y medallas con pelos, con corazón, con vientos,
y una gran ametralladora blanca, con cabellos rojos, como de loco y
pies azules...

Parada y bañada de gloria, eres la bandera roja de los pueblos.

El buitre del fascismo te clava las garras en las entrañas,
y tú sonries, linda y popular y santa, con el racimo de uva de las pupilas.

Sobre las cruces de tus héroes, brama la eternidad como una vaca.

Te patearon el vientre ardiente y la boca,
los locos borrachos y ensangrentados de la swástica, los siniestros y los
hediondos,
a ti, la más hermosa señora de estos tiempos,
la dignidad que echa llamas y lenguas de llamas y relumbra como un
pensamiento degollado,
la verdadera e infinita madre de Dios y de los hombres;
pero los mineros de Asturias constituyen las avanzadas de la raza humana,
el ciclón arterial, que amamanta corazones de leones, la gran tronera
del siglo, comparable al Madrid inmortal o a la espada de José Miaja
o al pecho de hierro y oro del Camarada o del enorme Lister o a la
madrugada colorada de La Pasionaria y sus ejércitos
de héroes dramáticos, como los cachorros, que siguen a una leona de fuego,
o el catalán, con el Mediterráneo en las pupilas, o al vasco,
todo, santo, a la sombra imperial del árbol de Guernica,
o a todos tus monos azules, atacando a dentelladas y a patadas y a
bofetadas de dinamita la materia monumental del Alcázar, la piedra
pétrea de Toledo;
tú y Cervantes, tú y el Goya, tú y Quevedo, tú y Juan Ruiz, tú y la gran
catedral del feudalismo,
tú y Ruy Diaz de Vivar y su tizona, tú y tus frailes, tus pícaros, tus
hembras de la novela picaresca, tus santeros y tus troveros
espadachines,
tú y Martín Pinzón, por el océano, en tres tablones de sangre,
tú y Gonzalo de Córdoba y tus caballeros castellanos, todos, como tallados
en madera de naranjo sagrado,
tú, España, pueblo de España, y tu pueblo, al cual está amarrada la
esperanza del mundo.

Arbol de púrpura, fusil, máquina con cabellos de sangre,
y pies de sangre y manos y cara y pecho y voz de sangre y cabeza de
sangre y corazón de sangre,
pisando sangre, bramando sangre, llorando sangre.

El Frente Popular chileno te abraza, y todo el pueblo,
por encima de las cabezas desventuradas de sus gobernantes y sus policías...

Galopa tu caballo, haciendo sonar las montañas del siglo,
los contrafuertes y los callejones de la historia contemporánea, y tú vas
muerta y viva, viviendo viva y muerta en la eternidad
resplandeciente,
empuñando las riendas tremendas del hombre!...

ABRAZO A LA INTERNACIONAL

Por adentro de ti, arrastrando los siglos incendiados, galopa la
historia, galopa
la cólera social de los hambrientos,
galopa la revolución, galopa el mundo y sus multitudes de muchedumbres
enfurecidas, galopa la estrepitosa carrera de los explotadores,
frente a frente al alto puño santo de la clase obrera,
galopan los cosacos y los bandidos imperialistas, galopa el cadáver de
Trotzky.

Gran madre universal, madre y poema,
océano sin dioses vendidos, el oleaje de los procesos dialécticos atruena
tus fronteras,
el ramaje arterial circula tu organismo,
en enormes ríos rojos, que resuenan, que estallan, que revientan en el corazón
de las células,
y la justicia de Dios relumbra
medio a medio de tu frente obrera, como un sol de oro, como la espada
desenvainada de la humanidad, como un toro de sangre,
como la Hoz y el Martillo de los trabajadores,
como el terrible y santo nombre de Lenin, entre su tremendo acero sangriento,
como la estrella roja...

La cabeza de Marx, toda de piedra y fuego, toda de piedra y hierro,
en cien kilómetros a la redonda, brilla,
cubriendo el volumen del universo entero, cubriendo
las setenta mil leguas del Partido y la política del Partido, cubriendo los
sucesos históricos,
y, desde el vértice de tu organismo, brama la doctrina,
como un león de metales santos, brillando y resonando, clamando y
trabajando, por el derecho, entre los hombres;
José Stalin está parado en tu pecho,

a cuya espalda ruge Vladimir Ilitch Ulianoff, y arde el pabellón del
proletariado y el campesinado, en grandes llamas sociales,
como la barba de las montañas santas;
sobre tu vientre se levantan los patibulos de tus mártires, avanza la
humedad ensangrentada de los calabozos, en donde los héroes
más héroes, tus héroes, padecieron cadenas por la redención
humana, y restalla
el látigo de los negreros y los aventureros de las faenas del caucho, del
carbón, del oro, del salitre, del cobre sufriente y del petróleo,
el oro negro, el negro oro, que servirá para envenenar y asesinar obreros y
cubrir de seda los rosados y floridos traseros de las queridas
de los millonarios y los policías y los arzobispos y las
nalgas pintadas de los maricones del régimen,
y tu ser biológico entraña el mapa egregio, de la gran batalla democrática,
contra el fascismo, contra el imperialismo, contra la guerra, por los tesoros de
la cultura, por la libertad, por la dignidad y el espíritu.

Irradias un orden egregio,
como un árbol, das sombra a la esperanza humana, y una gran águila
de fuego anida entre tus cabellos,
en tu ramaje cantan las bayonetas soviéticas, por la defensa de la paz y la
felicidad obrera,
y el heroísmo proletario es tu figura.

En ti brama la táctica política
y el corazón del marxismo arde y fluye, poderoso, desde tu gran maquinaria,
depuras la doctrina y la ideología,
confrontándola con los hechos concretos, haciéndola surgir del grande rodaje
de los acontecimientos, combativa y leninista,
pura y roja, como la garganta de Dios, precisa
y exacta en el dictamen,
eterna y soberbia y abierta en la cerradura argollada de la disciplina,
y tú y el mar-océano se parecen en que convergen
a él y a ti los ríos, todos los ríos del mundo y los inmensos vientos de los
ríos del mundo,
trágicos, entre pájaros y atardeceres... ..

Resuenan en tu origen los primitivos combates de clases,
el hambre de los judíos y los caldeos, y los egipcios y su inmenso Dios ham-
briento, justificando los tiranos,
el hambre de los chinos y los sirios y los indios, contra la oligarquía asiática,
el hambre de los negros hambrientos del África, muriendo de hambre, entre
chacales salvajes y culebras y leones y panteras,
todos los guerreros y los esclavos, bajo el Dios y la religión del hambre,
explotados,

haciendo leyes y reyes, tetrarcas de gran tiara áurea y emperadores, con el
hambre, y con el hambre, creando, en sangre y hambre, las
culturas de los corsarios y los bandidos,
la grandeza negra de Espartaco, el corazón social de Tupac Amaru,
combatiendo,
la catedral gótica, amartillada en piedra y hambre, en fuego y hambre, en
alma y hambre, y en la cual braman y flamean el sudor y el
terror de los hambrientos, intimando al feudalismo,
la endecha de los trovadores hambrientos y los aventureros y el espadachín
hambriento, al pie de los castillos y las troneras...

Tú, de la lucha de clases naciste y en la lucha de clases pusiste tu
impetu, la gran parábola política,
forjaste tus armas, experimentales, creaste, inmensa, la huelga general y los
brazos caídos, que hacen aullar a la gran burguesía imperialista,
y das consignas puras, que responden a los hechos,
porque en tu vientre, rugiendo, está la sociedad comunista,
como un potrón colosal, que ya relincha entre la sangre, entre racimos y
tinajas, aplastando los bombardeos, arrasando
la bestia torcida del fascismo,
y tú traerás la felicidad, como una gran canasta de lechugas, o un cuero de
vino, o la paloma,
la paloma del sol, relampagueando,
o la obrera, que acaba de parir y nos ofrece el combatiente bolchevique, riendo,
y también, como un cuchillo de oro.

Aúlla, entre tus bases, el carro de los imperios desaparecidos,
y en tu actitud mundial brillan las costillas de los dioses y el puñal del altar
de Abraham tajea el cielo,
las horcas inglesas y la guillotina de Robespierre, como un toro.

Si, gran universidad marxista,
¡oh! Estado Mayor de los pueblos y los ejércitos de los pueblos,
todas las águilas del mundo picotean tus narices,
regimiento de tanques de sangre, avión de la voluntad revolucionaria,
base del hombre.

Morfología del Espanto

1942

LENGUA Y SOLLOZO

Domando errores y padecimientos, Winétt, con acento mundial, se hace posible esta gran magia trágica y sublimemente heroica del arte, adentro de la cual construye el hombre la misma congoja, y la unidad, que Cervantes y Job, o Esquilo, estructuraron, encadenando lo antagónico.

Tú, la criatura más vecina mía de estos extraños mundos de soledad y horror definitivos, poeta y ángel de las penumbras, recoge en tu corazón inmortal este alarido grande y ecuménico, quizá uno de los últimos y más tremendamente acerbos que formule, porque ya la garganta se me está llenando de ceniza y eternidad, como los sepulcros, y los huesos son como puertos sin mercadería.

Hecho de piedra y hierro fui, como un túnel internacional; soy varón probado en la batalla; pero el fuego de adentro me calcinó el espíritu con su garrotazo tenebroso, y, he aquí su expresión sangrienta, que entiendes tú, únicamente única, como creadora e intuitiva.

Explica a nuestros copiosos hijos: Carlos, el gran poeta niño, entre todos los Demonios del cielo y del mundo; Lukó, en la cual estalla, como un siglo, la granada azul de la pintura; Juana Inés, que encontró la cadena de jacintos divinos, que une panales y guitarras en una y sola luz de melodía; José, el cual araña las entrañas de Dios con la caricatura; Pablo, que habrá de forjar estupendos edificios libertarios para que habiten los futuros hombres rojos; Laura, aterrándose a la orilla de un nido de perdiz edificado en la poesía; Flor, expresión del sol y el mar en un capullo, en el que resuenen los pasos helados de los antepasados; y dirígete a los dos heridos, que se hundieron en la naturaleza, enlutando, para siempre nunca, el pabellón social de los de Rokha con la gran claridad negra que desprenden, desde adentro del abismo, enseñándoles cómo esos tremendos ecos son lo mismo que aquel que bebiese rojos, hirvientes, alegres mostos en un lagar forjado con su propio y terrible cuero, y se echase a bramar al gran animal fugaz, que durmió en tan abrigada y olorosa pesebrera, entre naranjas y manzanas de entraña, cuando la tempestad acuchillaba el horizonte, coronándolo de yataganes y rugidos, como los soldados de Chile.

Todo, y como yo, es tuyo y del clan familiar heroico, "MORFOLOGIA DEL ESPANTO" y en ti, morena y universal, descansa antes del viaje obscuro hacia la humanidad que adviene, desgarrándose.

PABLO

EL HUASO DE LINCANTEN ARREA SU INFINITO CONTRA EL HURACAN DE LOS ORIGENES

Todo es uno, uno es todo y funciona, enarbolado contra su imagen,
sin embargo, yo existo porque yo escribo, soy único, únicamente único, y
ahí radica la tragedia, que es el degolladero de todas las campanas,
y mi conducta es mi caballo, sí, gritando, como un nogal herido, entre las
grandes bayonetas.

Necesito bramar ditirambos y matemática, integérrimo, categórico,
ecuménico,
decir el dios nacional, que contiene un depósito de petróleo, horriblemente
degollado, y suda horrores y gusanos,
y la sombra lluviosa y de león, que está muy detrás de la materia,
el deslumbramiento de la unidad, el cual levanta un chorro de sangre,
adentro del pulmón del mundo, adentro, obscura, de la agonía
de la esperanza geológica, adentro de los pantanos originarios,
la verdad gutural de las cavernas de la poesía, suciamente infinita.

Guerrea mi abismo contra mi abismo,
y mi congoja contra la paloma de la humanidad, contra su origen-perro,
contra los dioses idiotas de iluminaciones, figura
sin trompetas, de la cual yo soy el gran cadáver.

Andando, me voy andando, andándome,
persiguiéndome, como quien se mordiese la cabeza, dramáticamente, como
quien se mordiese las propias banderas,
como quien se mordiese la columna roja y ardiente que le crece y le hiere
el infinito,
con su gran temporal de sangre;
estalla mi estilo en indescriptible suceso, madura su desarrollo, afronta la
construcción angustiosa de lo extraordinario, criado con relámpagos,
yo retorno a la inmortalidad, de hito en hito,
y he regresado al pueblo de fuego, en el cual gravita un círculo, que deviene
inabordable;
entonces, sale un buitre del hocico de Dios, o un terrible cerdo, tan negro

como la leche, de esta gran cama furiosa y mundial, en la que estoy
sembrando grandes soldados muertos por la quijada de Caín, y
emigran,
volando, dos esqueletos que parecen azucenas
o casas en descanso o piedras rabiosas, que atacan a dentelladas a un
pajarito o lunas en arriendo
o águilas, que conducen bueyes amarillos.

Una gran piedra de sepulcro brama en mi corazón, por los siglos de
los siglos, la angustia de tener cortada la cabeza
el honor de hablar un lenguaje que entienden, únicamente, los desgraciados,
la rabia y la pena de no tener rabia ni pena, sino un león de hierro, amarrado
a una estatua caída,
y un sol crucificado, medio a medio de la boca.

Si, la edad temporal me sitúa entre los catres y sus patíbulos,
pero soy viejo como el mundo, y alto y ancho como el mundo y, como el
mundo, incendiadas las barbas malvadas tengo, rugía
como un anciano toro, cuando nacía y venía regresando de la eternidad,
completamente desnudo:
sin embargo, me crecen parrones y sarmientos del pellejo, o aquella ceniza
tremenda de Shakespeare,
que ruge en todos los naufragios, entre los poetas que zozobran:
porque uno es tan eterno como la empuñadura del cuchillo o tan eterno,
como su camisa o como su bravura, pero,
pero el tambor del pecho se nos desgarran entre la roja pólvora.

Comiendo fusiles heridos y extraño dulce de zapatos, yo viajo gritando,
con un huracán atravesado en el gaxate,
y una bandera roja, empuñada como un revólver, o la cabeza de mi enemigo.

Ensillo mi orangután cuartago y, galopadamente, diviso, desde mi
montura, la eternidad y sus riberas,
saco el lazo y apeguo al animal del mundo,
y las espuelas me cantan, a dos guitarras, la tonada universal de los
degolladeros:
mi abuelo fué un cadáver, del cual salían muchos ríos y una gran
patagua negra,
nací del maíz arrinconado en el sarcófago de un Faraón, que peleó con el
león egipcio, y me amamantaron
tres serpientes viudas, sumamente aficionadas a la baraja:
como ardidos ulpos de aguardiente entrañable con dinamita, en anchos
jarros de palo de sapo,
y duermo en colchones aborígenes, entre sepulcros y palancas,

abrazando a una montaña de cien años, con la cual yo ando casado hace
dos milenios y medio;
moriré cuando se me acabe la figura, definitivamente,
y ya no pueda dármela con mi rifle de tristes varones universales, y una
flor con pabellón de fuego
porque me estaré ahorcando por adelantado;
soy soldado del regimiento de jornaleros y enterradores extranjeros,
soy fusilador oficial de la poesía,
soy el patriarca de Rokha, fundador de tribu y conductor, tetrarca de clan
pirata, varón de ley de la clase obrera;
prefiero ser arriero a mariscal de la Legión de Honor de la Mesopotamia,
chancho a genio floreal, o impostor adentro de la literatura, alimentada con
pajaritos de azúcar, y sol usado, Dios o verdugo melancólico,
a artista divinoide o asteroide, florido de lagunas;
manejo mi hacha de cuatrero y mi faro de profesor de filosofía,
con santo espanto nacional, remoliendo
en todas las tabernas y las posadas de la antigüedad española;
tengo un tanque amarrado a una bandera, ¡cómo brama!, ¡cómo grita!,
y, ¡cómo aúlla, lamiéndoles las carcajadas a los cien cóndores a bencina,
que vigilan mi gran caverna,
cuando yo parto a cazar guitarras con mi escopeta de azucenas!;
porque afirmo es porque conozco y porque distingo y porque soy el que
soy, entre los poetas, y porque
¿por qué mi corazón es un barril de piedad acusado de asesino?,
sí, lo comprendo, perfectamente, a la vecindad de este gimiente océano,
que asusta;
comiendo vino asado, vivo adentro del viento eterno,
contra mis símbolos rebota la rabia sagrada de la naturaleza, y gravito
con mi soledad de tiburón en la mano izquierda:
como soy astrólogo, y como la canción nacional me crece entre los dientes,
echo tanto humo, como una gran encina,
y bramo, azotándome, contra las piedras preñadas del cielo.

Voy a crear el mundo, de nuevo, en siete días:
el primer día crearé una pareja de ranas, tan altas como la catedral de
Reims, con dos cuernos tremendos en el hocico,
el segundo día, un poeta con cabeza de muerto, y pies enormes,
el tercer día, los cuatro gusanos del Apocalipsis, uno de los que debe llamarse
Job, y ser amarillo y tartaudo, como el rinoceronte,
el cuarto día, un cerdo cantor, viejo y especialista en enfermedades mentales,
el quinto día, una vaca viuda de Walt Whitman, canonizada por el Papa
Eunuco XIII, y enamorada de Jesucristo, el conocido presidiario
de Judea,

el sexto día, un mar de botellas de vino, en el cual cantan desnudas,
completamente, todas las señoras de la Roma Imperial y Babilonia,
y el séptimo día, un asno sagrado y cargado de mierda, que está diciendo
misa con pigüelo y sopaipillas infinitas, en un altar de barriles
de aguardiente obispado...:
después, me echaré a descansar, como los santos de la antigüedad, que
dormían con cincuenta putas benditas, en camisa,
me compraré una ballena roja, para montar a caballo, y un arado para
sembrar estampillas de correo, horrorosamente destruidas, en el
océano tremendo
me quedaré dormido, completamente, adentro de un peñasco furioso.

Si un zapato llora por sus hijitos, o la botella desesperada del
régimen anda sin calzones,
dad vuestro pan de acero al sediento y asesinos frente a frente,
porque todas las cosas, en estado normal, tienen la cabeza iluminada, aparte
del gaznate,
por el estupor de los sueños frustrados;
el marido de la piedra patea a su esposa, como completamente todos
los caballeros,
y yo lo escucho gemir, con el pelo en desorden,
he ahí, entonces, por qué tengo la chaqueta encanecida, como las estatuas;
como, naturalmente, como espadas asadas
o viejos roperos de arriendo, con aceitunas desvestidas en caldo de sapo santo,
soy robusto, como escaño de aldea,
y echo enormes, tremantes, horribles lenguas de fuego, de adentro del cuerpo;
remeciendo el gallinero nacional, braman los patos macabros, entonces
los casi escucho, a conciencia de que no son toros, ni águilas, ni son potros
del universo, libre y fuerte como el pegal del arriero,
sino inocentes e inofensivos traficantes de Dios, que andan borrachos.

Así como el bastón al peón, le debe servirle para asar patrones, o
para labrar astas de banderas rojas,
yo ando trayendo mi ataúd domesticado,
el cual aúlla, terriblemente, cuando nos topamos con el cementerio;
sí, son encinas paridas, aquellas que sollozan, horriblemente desnudas, como
fieras doncellas muertas, medio a medio del huracán nocturno,
y el alarido de las montañas desenganchadas por las catástrofes,
es el que perfuma las chimeneas del hogar, en la gran resina de las hogueras
y sus ríos de viento tremendo, forjado de pechos guerreros, entre
los cuales los fusiles del Señor estallan,
porque yo tengo, adentro, el resplandor de las batallas del hombre y la
naturaleza,

un complot sideral me persigue, azotándome el costillar desvencijado, el cual
costillar se parece, posiblemente,
a aquellas viejas, inmensas murallas mojadas, sobre las cuales se escucha todo
el frío del invierno;
al trote macabro, estirándome, voy rodando, definitivamente cuadrado, des-
cuajeringándome, desacomodándome, desaclimatándome,
hasta llegar a quedar completamente crucificado,
entonces, el pobre animal que yo cabalgo, se echa a llorar a gritos, porque
cree que voy a redimir el mundo.

El cuatrero de Dios se parece al contrabandista,
y es tremendamente igual al pirata, conquistador de planetas desventurados,
al juez asesino del esqueleto absoluto,
he ahí por qué yo poseo trescientas tres cabezas, todas de oro y agua de flor,
y un puñal de cañón de fusil antiguo,
y soy el intelectual, más capitán de aventureros de la pequeño-burguesía.

Tan largo y tan alto y tan ancho como Chile, constituyo el territorio
nacional, de Norte a Sur y de Oriente a Poniente,
los caballos ensangrentados, los toros violentos y dulcemente polígamos, entre
sus hembras sin espanto, la oveja completamente violeta, los chiva-
tos y los carneros, que son profesores universitarios de la Hélade,
las tinajas-bandidos-guitarras, y el tiuque de costumbre proletario-
campesina,
se revuelcan, soberbiamente, encima de mi pecho nacional, relampagueando:
lleno de huevos de yegua o de perdiz o de vaca o de castaño, trajino de aldea
en aldea, comerciando en monumentos,
con mi viejo loro muerto en el escudo;
porque soy Chile y chileno, y como Chile y tomo Chile y en Chile Chile
Chile,
manejo mi sepulcro de Chile, entrañable como pajar solo,
lo mismo que colchón de nido de vino pascuero, en las afueras preciosas
talquinas.

Entre junio y julio, mi chacolí, ennoblecido, invita a la harina del ca-
labazo dieciochero,
y en jamás de los jamases habrá de faltar el pavo que se recibió de notario en
la Universidad Católica, y el chancho con ojos de gato en chun-
chules, porque se los quité al burgués vecino,
mientras, más afuera, los perros hambrientos de la lluvia devoran obreros en-
fermos, y recién paridas, a la sombra de las iglesias.

Cien castaños de espanto dan botellas y dientes macabros o cometas,
calaveras y azucenas y bayonetas,
desde mi vientre, azotado por todos los vientos del mundo,

y el águila, que parece esqueleto, y es carreta, a gasolina, y conducida por un chófer muerto en versos pasados, brama, como tanque, pidiendo ulpo pigüelo, en este enorme pecho de palo de hierro, que flamea sus grandes banderas de humo, tremendamente literario y doloroso, mientras, ladrón nacional, completamente de Temuco, vestido de prostituta colorada, merodea, salteándome, alrededor de mis definiciones; cuatro enormes gansos, con abrigo de piel de chacal, me vienen a preguntar cómo se escribe Pablo, yo les doy vino maldito, en la bacinica de Napoleón, el salteador de la Revolución Francesa, y les invito al martirio de San Jacinto, celebrado por espantajos y mamarrachos domesticados, en los corales democráticos, con el objeto de entregar a cada cual lo que merece: son los chanchos castrados de Nabucodonosor y las Pirámides araucanas, los piojos divinos y homosexuales, las putas rabiosas y las mulas del Chillán del resentimiento, los babosos, administrados por el marrueco arrebolado y por el trasero crepusculario, en remate, en la vía pública, el esclavo oportunista, que aceptó hacerse maricón, por esteticismo, y posee tetas de tonto, compradas en París, a los cabrones "surrealistas a máquina", desde los cuales todo lo gangoso del Freud de los gigolos, le gotea, los mancebos descamisados del arrabal de la literatura, ensuciando la hoz sagrada y el martillo, al cual dejaron más llorado que palo de gallinero. . .

Sí, putillos en pelotas, cuchilleros del atardecer literario, comerciantes criminales, os estoy haciendo la autopsia psicológica, por si encuentro rugiendo adentro el estilo que le robaron al "Manifiesto Comunista" o a "Los Gemidos", limosneros de la burocracia ensangrentada, sacerdotes —simoniaco— mercachifles, degenerados, espías de Dios, traficantes y traidores a la Internacional obrera.

Mi soledad es su cuchilla y su gangrena, siempre, ellos son hediondos y cobardes, frente a frente a mi doloroso heroísmo proletario, de varón familiar, tranquilo y soberbio, capones con cria, sospechosamente amamantan su longaniza de discípulos, que son efebos, aedas y augures usufructuarios del trasero del maestro, en el cual habitan, solteros y en camisa, eunucos de la religión chorreada de Sodoma, mamarrachos, carajos deslenguados, indignos de ser queridos de mujeres, revolucionarios del Poniente, invertidos del estilo infinito, fantasmas sin sexo, esporas de la asimetría.

Irradió un orden tremendo y frutal, el gran potencial animal, de aquel
que es la naturaleza desencadenada,
la piedra inmensa de la ley, lo cósmico y lo categórico,
un mandato fenomenal, duro y redondo, como el mundo, lleno de fiero y
terrible viento paradisiaco,
es decir, de la época en que el hombre comía hombre
y las señoras usaban aletas de tiburón en las axilas, y cola de perro en el
circulo occidental del horizonte.

Llorando, los finados antepasados vienen a saludar mi onomástico,
levantan la tapa inmóvil de sus sepulcros, se sacuden las telarañas de los
tiempos y los sueños de la eternidad, acuchillan su gran fria ceniza,
y, chorreando misterio tremendo,
los esqueletos, forrados en sus andrajos inmortales,
tranquean hacia la casa en donde parece que parece que vivo, lúgubre, entre
mis chunchos y mis buhos, y, como estoy en todas y en ninguna
parte,
sentados, acurrucados en el sueño fundamental y negro de los desventurados,
se diluyen;
sí, porque mi corazón está entre los vivos y los muertos, con la pierna derecha
en la luz, y la pierna izquierda, gritando, al otro lado, al otro lado de la luz,
al otro;
atropellando cunas y tumbas, galopo en los acorazados blindados, que amanto
con vino ardido,
tratando de arrancar de la muerte, persiguiéndola, tratando de cazarla y
matarla, tratando de apretarle el gáznate con la argolla de mi
ansiedad de infinito-absoluto,
temiendo irme de cabeza, contra las estrellas.

Desde adentro de la tierra, ruge la noche, mostrando su puño de
siglos y telarañas,
el crepúsculo se quedó con la boca abierta, escuchando la gritería espantosa
del sol, agonizando, revolcándose, ensangrentado y soberbio, entre
sus trompetas de fuego del cielo,
y el gallo de los pueblos chilenos evoca la historia del atardecer, y se pasa
la garra por la barba.

Cuando el catre larga un escupo, y las damajuanas se ponen a vomitar
fantasmas,
indudablemente, asoman las orejas del invierno, y es menester apertrecharse
de hojitas de matico, para hacer agua de toronjil, porque las cuencas
vacías ya remontan la montaña grande,
trayendo sangre, desde antes del hombre, en la gran patada de los mitos;
viviendo en el sillón de perdis, en el cual naufragan las montañas,

tomando en cuenta que mis abuelos eran un tiburón y una serpiente, que, en
ese instante, soy propietario de cien espantajos, y tan alegre
como el funeral de una antigua vaca,
combato con matapájaros de trinchera, con cachimbas Colt y trompetas de
sacrilegio, a los inmensos piojos divinos;
he ahí, entonces, por qué, cuando esa joven breva, a tan temprana edad, ya
demasiado viuda,
muestra las piernas al marrano, que está diciendo misa en taparrabos, con un
crucifijo labrado en dos penes cruzados,
mientras un volantín maricón le toca el piano, yo me pregunto cómo serían
los calzones de la Magdalena.

Mi vecindario de todos los tiempos y todos los pueblos del mundo
protesta porque ordeño la golondrina, que está amarrada con una gran cadena
de siglos al horcón principal de la caverna,
porque no saben que mi mujer y yo y mis hijos nos alimentamos con licor de
animal católico —ballena o ángel—,
o de antiguos, inmensos y principales castaños, tremendamente plantados por
Dios, en la fosa común de las perdidas religiones
o de sangre de lenguaje, con cocimiento de escudos nobiliarios.

Levanto mi escopeta, a la altura de mi dignidad herida,
y disparo al único pájaro, completamente sentado en el cielo, él me saluda, y,
entre sonrisas y banderas,
va a orinar al pie de la tribuna del sol, que es una gran pantera de llanto;
voy silbando entre las hogueras desesperadas, en las que crepita el árbol de
toda la historia de la humanidad, cargado de leones, de señoras, de
chacales y religión, llorando y echando resinas grandes y malditas,
soy el hombre eterno y mortal, el mortal, soy el hombre que inventó el vino y
el lecho de la voluptuosidad inmortal, soy el hombre entre hombres,
y en mí reviven los perdidos tabúes y las costumbres de los terribles dioses
carniceros, a los que arrasó la apostasia, comadrona de la idolatría,
porque fueron sus pueblos pasados a cuchilla y pisoteados por los
otros bárbaros.

Recuerdo haber peleado, como legionario romano, a horcajadas sobre las
pálidas águilas, a las órdenes de Julio César,
fui el gran capitán corsario John Brand, y degollé, ya muchos años muerto,
como marino vikingo, a una docena de guerreros de Gran Bretaña,
después de beber aguardiente en los cráneos galos, de los ahorcados,
soldado de Castilla, tomábamos guarapo con pescado, en los mesones, con un
manco muy macabro, mal llamado Miguel de Cervantes Saavedra,
me acosté con la esposa de un rey babilonio, a quien agarré por las barbas, y
revolqué sobre las estrellas ensangrentadas de su trono, entre los
idolos aterrados del sacrilegio (¡los muy cabrones!),
y era el centurión fantasma, que mandaba las tropas polvosas del Gólgota.

Caballero del Mataquito, es decir, roto de la pata rajada, chileno de
guargüero de cóndor,
capataz de gañanes, carrilano, peón del Norte, carretero, amansador de los po-
tros de fuego del fundo de Esquilo, poeta,
obrero de las minas de toda la vida, trillador y viñador enfurecido,
tomo mi trago de hortigas, en mi callana, o en mi calabaza, grandemente labo-
rada, en mi canco de barro,
y mi corazón curicano, relincha, pateando de entusiasmo.

El camarada proletario, comunista, desde las entrañas me comprende,
y yo lo miro, rugiendo de contento,
porque las señas tremendas y universales, que escribo aquí, en las losas de las
tumbas abandonadas, con clavos furiosos de difunto y rabias de
cuchillo,
son el reto del pueblo, espantosamente muerto, a sus asesinos.

Comprendo que moriré bramando, amarillo y horroroso de soledad, des-
nudo entre dos contrarios,
como un Dios, al gran temporal enfrentándome,
que soy el tiburón sin filiación, entre sus esclavos, el más apuñalado por la
espalda de los antagónicos, —aquel feliz león de hierro y yeso
de perro, con demasiado invierno por adentro—,
el que no tuvo maestros ni discípulos, sobre la tierra,
ni envidia, ni antepasados, ni melena, sino un enorme gancho mundial,
tenebroso,
con el cual grababa su nombre en la edad oscura,
de la misma manera que paren contradicción y universos los cementerios.

Azoto el sol, cavando una gran laguna de fuego,
en la que echaré la antítesis universal, cabalgando su esqueleto de ceniza,
mientras invento los abecedarios de América.

UNICAMENTE

Fruta de tumbas o de imperios, sangre de medallas, sangre de aceitunas, sangre de banderas, y un Dios parido de cuchillas, todo lo mágico del vino, del amanecer, del hierro y las dulces torcazas, el pan trascendental, que crece, enorme y sangriento como una vaca, en los hornos de la vida, y canta aceites de gran luna cristiana, borneando pabellones enlutados, la leche lluviosa de los fusiles o las vendimias o los laureles, lo agosto y ultramarino de las criaturas del Apocalipsis, que son inmensos derramamientos de la materia cerebral de las estrellas...

Tu configuración de miel cristalinísima es tremendamente ardiente, como el pequeño palomar, que existe en los barcos náufragos o en el pecho de cielo de las vírgenes cosmogónicas, haces la tarde mirando el mar, y te defines, contra tu propia muerte, en canciones, en donde enormes acompañamientos fluviales arrastran la carroza de un picaflor joven, que se ahorcó con la liga de su novia de humo, y a cuyos lagares van a apagar su sed de hambre gigante los proletarios y los campesinos sin posada porque en ti la unidad relampaguea en equivalencia entre el pétalo y el ácido, los dos pechos inmensos de una misma fruta; si, desde el Paraíso Terrenal corren tus pulsos en tumulto, surgen los toros tremendos, tremendamente tremendos, que braman en la cuna de las niñas morenas, la brigada floral que maúlla entre sus mantillas, el puñado de vino que se derrama, gritando incubos y súcubos, precisamente, en el vientre candente y funeral de las criaturas extraordinarias —coronando sus rajadas noches gigantes—, y a las que guiará la oveja ciega de Jehová, por los abismos; tu juventud se acoraza de plata repujada, como un volcán, en el que se enterraron los primeros sueños del sexo, y un aroma a comedor de antepasados circunda tu actitud sublacustre;

pero la niña herida de genio y divinidad que fuiste, porque el terror del amor te llamaba desde las Amazonas de las epopeyas, y la doncellez te quemaba las entrañas, nombrándome, ríe aún, entre tus azucenas desgarradas por mis besos de varón de pelo en pecho, con aquella alegría redonda e invernal de las castañas, o las soperas esplendorosas del onomástico.

El hogar te protege, como el oriente de sangre a los héroes, como la cadena incendiada y tenebrosa del primer cristiano, o lo mismo exactamente lo mismo que un jardín familiar, crecido entre mortajas y pirámides.

Winétt, panal, arteria de lirio o revólver iluminado, piscina de hondos ramajes, en la cual habita un pez negro con la mirada terriblemente roja, tonada de campo, en las aldeas, en la que una gran ventana de familia da a la sociedad sin clases, que parece la franca montaña llena de yeguas coloradas y potros, que son mundo rabiosos, vihuela de Lincantén, en la cual se desnudan las chichas más sagradas del futuro, yo te destino a questo canto de macho nacional, cabalgando el universo, asentado en su montura de bruto, terrosamente chapeada en pellejo de difunto amarillo, chapeada en el cuero del pueblo del país, que sostiene agarradas las entrañas del puñal de los setenta dioses.

Tu cruz humanosocial corresponde a la golondrina, que arrendó el corazón de la ametralladora, y al clarín del fusil, adentro del cual hay una violeta bañándose, o a la heredad escolar, en donde relucen todas las cenizas de todos los ojos de América.

Conduces tu ideal omnipotente, por el engranaje negro del siglo, y una abeja blanca pone un olivo de rubí en la tendida mano del Todopoderoso, ceñido del horrendo frac, tuna l'ovida, de garzón o de poeta burocrático, tú sonrías a la mañana marcial y ecuménica, tú, en donde el huevo del sol te ofrece su gran antología, y todos los novios del año, entre los cuales relampaguean sus vírgenes, vienen a saludar a nuestros jóvenes hijos, trayendo un ternero de inmortalidad, que pestaña, como los ópalos, cuando les van a degollar un cabello.

Pero es la naranja y su perro regalón, es la manzana y su pie de cristal de canción de gran ciudad submarina, atlántico-pacífica, es la castaña

y su asno bramador, o la ciruela encinta, quien te resume, bajo su poncho de
dignidad agreste,
por eso aquello tan sacrosanto que envuelve al maternal mugido del establo,
en la catedral colosal de la pesebrera estupenda, aquello, de
aquello, de aquello, del carbón vegetal, durmiendo entre milenios,
te ciñe y te unge de divinidad, entre las madres del universo y sus banderas.

Hay una campana azul echada en tu pelo, amiga,
y tu cabeza está formada de golondrinas dolorosas, o del gran mar de
invierno de Talca, y, cuando sonríes,
retornas a la muchacha de catorce años, que se rompía las rodillas en las
novelas;
las gallinas extranjeras, moribundas, de Jericó, te vienen a obsequiar un
árbol de llanto, y los sagrados gallos de Judá te saludan
desde la cumbre del Gólgota, enarbolando la flor de los volcanes,
el puñal de Dios, que es la misma cabeza de Dios, convertida en amapola:
tu corazón está lleno de mosto caliente,
es decir, atravesado de espadas, lo mismo que la rosa más roja de las
montañas,
o como la vida íntima de Jesucristo.

Un libro de leche campestre bala en tu felicidad blanca,
y la agricultura te bendice, con el lenguaje de sus bueyes, porque la santidad
de los surcos preñados
da el acorde justo a tus epifanías.

Relinchan mis caballos originales en tu juventud, incendiándote,
desgarrándote, arrasándote, y los búfalos y las águilas de mi desesperación
heroica
escriben tu epopeya en mi epopeya, con una gran pluma de león americano,
en la cual van talladas las armas de tus antepasados piratas, y un buitre
inmenso de Inglaterra,
todo de como bronce y sangre de espada, todo de como
un metal ardiente como la palabra HORROR, o un pétalo del pecho de
las doncellas.

Pequeña eres, pero las más rotundas catedrales se te parecen
exactamente,
su espanto elemental, tremendo, de bosque enorme y de caverna de Dios,
su atmósfera de relámpagos, su actitud de mundo y de fruta de
sol te rodean,
a ti, preñada, embarazada de iluminación y congoja.

El amor sangre, el dolor sangre, el terror sangre, el fuego sangre,
el agua sangre,

ruge en el clan mínimo y de flor, que es tu cuerpo,
a cuyo potencial de número, todas las fuerzas del universo convergen, de
la misma manera de las ovejas al matadero, exactamente
como el toro al cual van a degollar escupe el cuero del lazo,
y gozan las palomas, orinando al atardecer lugareño, a la orilla de las
enormes e hirvientes marmitas.

Una gran mirada negra echa a volar azúcar y habas santas, desde
tu faz querida, en la cual comienza el crepúsculo a afilar su cuchara de
armiño,
y la lluvia madura te cubre con su vestido de naranjas,
mientras las hojas caídas del mundo te picotean los zapatos desesperados,

Yo era un joven mancebo y un guerrero de Satanás, tú, aquella
siempre heroína triste,
acribillada por los sueños espesos y desesperados, de la gran alga marina
que se engendró con el horror que es el sexo y es el miedo y
es el pavor de la infancia, atribulada por la virginidad, y los
símbolos, acongojada por la mucha angustia, que significa la
alegría,
entre los cuales madura la profunda noche oriental, entre los cuales se
desnudan las señoritas, entre los cuales un acordeón acaricia a
una paloma,
y emerge un potro rojo, acariciando yeguas negras, adentro del potrero de
tabaco y anémonas, que, como un lobo que se mordiese el corazón,
empieza a la ribera del lecho de fuego de los adolescentes,
cruzado por un río de vino, en el que retozan cien amantes;
te rodeé de caricias indescriptibles y canto de tinajas, que hervían amargos
caldos milenarios, medio a medio de la inmensa noche coagulada,
rugiendo, de formidables animales de la antigüedad y grandes
fantasmas,
que alargan la garganta funeral, por adentro de la tempestad de doctrinas
y murallas que, inmensamente, se derrumban, generando el aparato
del estilo, como el corazón de Dios entre ortigas podridas;
los sapos plagarios, los culebrones que ordeñan cocodrilos, que educan
tiburones, para escribir como elefantes, el orangután versificador,
las ranas sagradas
nos arrinconaron, nos mordieron, nos acorralaron contra nosotros, fuera de
la ley, como vagabundos o santos, furiosos o extranjeros o asesinos
de la sociedad, o héroes, nos ladraron, animándonos su gran perro
amarillo, su gran cielo invertido de batracios,
y nos engrandecieron, nos chorrearon de infinito y padecimiento,
otorgándonos el origen de la inmortalidad y el destino, con todo su odio,
adentro del cual gruñía el chanchito de Sardanápalo;
así, enormes, sobre razones acumuladas,

nos crecieron estos tremendos elementos del lenguaje, que son finados
despellejados, que aúllan, amamantados por antiguos dioses,
cosas y climas sin desfigurarse, clamando,
y, entre cuyos dientes, brillan la pupila de la unidad y sus síntesis,
sangrienta y atronadora;
mamando leche de serpientes o degolladores, nos criamos, pastoreando
chacales y leones rojos,
aunque un gallo bramaba, en todo lo tremendo del maderámen,
hacia los cuatro vientos y los cuatro mundos de la humanidad,
grandiosamente, heroicamente, furiosamente, cuando tú llorabas a
la inmortalidad, echada en su automóvil incendiado,
a las riberas del gran clan familiar, circularon las arañas declamando una
gran tiniebla, que les salía del estómago,
el alacrán pelado y antropófago del calumniador y el difamador, en
puntillas, el que él arrastra, ensombrecido, las entrañas de Dios,
gritando, entre las magníficas, mortales mandíbulas, el comerciante
en corazones,
nos aulló en los grandes crepúsculos verdes,
y el cadáver del dolor nos bramó, desde los tejados, entre murciélagos y
anónimos, descolgándose, desde el Poniente, con bastante y mucha
gran furia.

Huevo de violeta, laguna de aguja, puño de cigarra,
a ti convergen los niños difuntos de Bernardo O'Higgins, a pedir su ración
de palomas y novelas,
yo te comparo, gran incomparable, a la Revolución Bolchevique.

Tragedia de sol, espada, el orégano de las victorias te destina sus
augustas admoniciones.

El toronjil y el arrayán del arrollado clamoroso y sacrosanto,
la hierbabuena, que parece una viuda de pueblo o una cuba de trigo feudal,
y las pataguas
con su conversación de señoras del Sur, la dichosa
canción del cedrón provinciano, del limón y los canelos de religión, lagrimeada
por la alfalfa, los queltehues, en blanco y negro de aterrada
manta araucana, y los pidenes que remuelen, grandiosamente, el
anochecer nacional, enarbolando su escupitajo, como los soldados
de la República,
el vestido de greda de pena de la menta acariciado por las loceras de
Quirihue, los rotos con tordos y matico
del país, te sonrien, en familiar gramática, a la cual responde la cueca
morena del matrimonio, que inventamos, desde el origen del
entendimiento.

Un bramido frutal, fué tu vientre, cruzado de alas, cargado de
savias elementales,
si el buitre del Señor te mordió las entrañas con la maternidad copiosa del
castaño, y el horror nos persiguió desde los cementerios,
mi corazón te exprime como un racimo de guitarras.

Recuerdas la cabellera del océano, olorosa a libertad y a mundo
mundo, la sal animal del mar, sus vientos sexuales, cargados de
orígenes y cochayuyo venturoso, de universos sepultados y
enormes palomas de substancia,
el gran cristal quebrado en los mariscos, que son la risa bendita y las
visceras, entregándose, boldos o pianos submarinos de la forma,
ella, que emerge, sola, sangrienta, rota, atronadora, desde la multiplicidad
de lo discontinuo, clamando el cosmos por el caos por el cosmos,
ansiendo la matemática y el terrible orden,
como un animal muerto, a la siga de su madre, o Thor saliendo solo del todo,
y haces resollar la humanidad en la naturaleza, enormemente organizada,
como mito.

Tú, en las placentas de la vida bárbara, escuchando el crecimiento
de las apariencias,
la mística feroz de los fenómenos,
el español de ladridos tremendos, que estalla en imágenes.

Aldea de domingo, tinaja de agosto, religión de Chile,
escarbo los vocabularios lacustres, para decirte la bestial medalla despavorida,
rememoro los alfabetos místicos,
donde los dioses son cebollas o choapinos o culebras,
o lagos inmensos, habitados por castellanos de alcohol, poblados del presagio
de lo fabuloso macabro y las tinieblas de Dios, o andrajos
o colchones desventurados, que deslumbran.

Terror del animal tabú, lo voy siéndolo, tabú, todo congojoso como
el retrato del hombre,
drama de plata, tú, y cumbre marina, gritando los peldaños de la Atlántida.

Pabellón de tristes y pobres, bayoneta colorada de la liberación
comunista, figura polar, dilema y número.

Canto tu canto de ilustre material catedralicio,
y te ofrezco, Winétt, mis manos cortadas de capitán, bramando
estas letras negras del conjuro...

SANCHO ROJAS, CAPITAN DEL SUR.

DEFINE LOS ACTOS MAGICOS

Todos están muertos, entre las sardinas y el sebo y las palomas y el
vino inmortal de los barrios,
les corre un río enorme, desde los ojos a la boca, errante,
y lloran, por el último botón de los viejos chalecos, la bandera descolorida
y el dios de las botellas y las monedas, solos.

Por muñones sangrientos, por fantasmas acometido,
acorralado, acuchillado, acogotado, asesinado, pisoteado, eliminado, despe-
dado,
con el bastón y el infierno del cerebro, ¡oh! infeliz,
mordido por asnos irreligiosos y aventureros, sin cabeza, entre su gran
muscultura,
y besos de muerto florecidos de espantosos caracoles.

Tu país naufragó, y tu vasija de llanto y tu columna,
vas a esperar sentado la fundación del mundo, Sancho Rojas, y el derrumbe
de todas las tinieblas,
el instante de acometerte furiosamente.

Talca, rodeada de piedra, de un clan de angustia y piedra, rodeada
de amarillo y de espanto, rodeada de horroroso,
pelos y huesos de antepasado, que está de espaldas, comiéndose una
cadena rota,
cucharas y dentistas y maletas y bultos de loco y cinturones, espantables,
que persiguen a antiguas ranas de esplendor,
angustioso sol con hierro clamando, y dentadura de vidrio de siglos,
espantajos de esqueleto jubilado y mariscos, que vivían en pies de náufragos,
y pálidos hombres de hambre, fragante a horror genital y águilas,
soledad a inmortalidad, tan moribunda,
el metal y el orín del amor, que es tiempo y corona de mitos...

¡Qué terrible traje de familia, y su macabra y desnuda lección de
horror.

y qué piojo subversivo y pesimista, lleno de lenguas de fuego, remontando
la historia, a caballo en su desesperación,
mientras la lluvia saluda, enarbolando su último adiós,
desde las negras bodegas, en donde las costumbres le cosen una gran mortaja
de naranjos tronchados y violetas al sol! . . .

Ruinoso amor deshecho, en el cual estaban las colegialas desnudas,
levantándose los vestidos con tallitos de heliotropo,
y había un cigarrillo apagado, en el pecho de un muerto, que tenía raíces
de tigre degollado,
más atrás, una gran pieza de conventillo, con la laguna del Señor adentro,
con altos caballos y buitres furiosos asaltando a una muchacha,
a la orilla de la provincia, la mujer abierta
y circulada de toros y choclos de sangre, con rojos óleos, medio a medio
de los cuernos,
de los cuales el grande y negro era yo, antaño, encadenado,
con mi cinturón de animales, en aquel ramaje esplendoroso, rojo de potros
y yeguas, pastando oro con ópalos, en aquel territorio del firma-
mamento verde,
y, adentro de aquellos tiempos de fusil,
el joven salvaje y provinciano, y su chaleco de piedra, y su terror y su puñal
y su pasión, buscando su hembra, tú
la niña nacida en un temporal de bayonetas.

Sí, temerario Sancho, sí, arbitrario comedor de entrañas y guitarras
de esmeralda,
moriste, Sancho Rojas, y caminas, muerto, de aquel paisaje gigante, de cuero
de lagar de hierro de ciudad, cuadrada y furiosa,
muerto, entre todos los tuyos, que humean en la eternidad, arañándose,
muerto, entre los espejos muertos, las maletas muertas, los pellejos muertos,
muerto y muerto, definitivamente.

De ti emerge la soledad, levantándose por encima de las montañas, la
soledad que es un sudario raído y piojento;
contigo se hunde el orbe antiguo y su cuchillo de puta de patíbulo, acosado
de héroes degollados, en la noche de la muerte, y, que aun gri-
tarán, con la lengua afuera, por los siglos de los siglos, arrastrando
las tripas cortadas,
y tu bramido feroz posee la realidad espantosa de lo que no existe;
el terror te corroe y, mientras hay una sandía sin camisa, allí, en donde relin-
charon las mandíbulas, y un escorpión en el hueco del sexo, tu
esqueleto
golpea las tinieblas con la gran hacha que heredaste de tus antepasados
cabrones,

levantando el "polvo de los siglos", la puerta helada de la humedad, en
donde reside y adquiere significado lo que no existió nunca, el
saco de llanto de los adioses;
tu animal se baña en la garganta de todas las palabras,
tus trancos tenaces rajan las tablas de la obscuridad, abriendo su potrero
tremendo, a todas las bestias de lo absoluto,
de Oriente a Poniente, y la unanimidad rodea tu presencia fuerte;
la carcajada de la mañana americana perfuma tus látigos, bañados en
aceite de pescado,
comes cerdos y banderas y ranas y botellas y piojos,
o un gran buey decente, que parece obispo o notario y capón de faisán
o pavo maricón o ganso, o santo, o pato, o gallino con
alcohol de prostituta;
el atardecer del romanticismo te ofrece cien mujeres en una carreta blanca.

Deslumbrador y terrible, arrasador de las cabezas de los difuntos,
Sancho Rojas, los murciélagos de tu aldea tienen bramidos de espadas
antiguas, en las polvorosas panoplias;
tu voz galopa, a horcajadas, sobre un león muerto,
y eres un soldado de plata y piedra, con ojos vacíos, que posee un canasto
de calaveras,
colgado a la majestad del esqueleto, brillando
en la antigüedad horrorosa, en la cual apaga la vela de los siglos un
fantasma con su espada,
que relampaguea entre azucenas extranjeras;
muchacho de provincias, tremendamente crecido de acacias y puñales,
en ti se levanta el clamor de los muertos,
con la gran lágrima estrangulada en la garganta.

Todos van solos, y el alacrán les patea la cabeza;
una hermosa vaca de ébano pare en la fosa común, un niño de vidrio que
se pone a llorar horrorosamente, y se pone
a bramar como un cerro, con la lengua inmensa,
en el instante en que lame el ave descabezada el farol del mundo y su
humo oliente;
sí, forzados, encadenados, presidiarios del dolor, terrosos,
nos vamos nosotros a nosotros, tremendamente acometiendo, mordiéndonos,
hiriéndonos, comiéndonos las vísceras crudas;
y es el alcohol del corazón, esta gran bandera de barro, que patalea en
las vihuelas;
entre caras de luto y sexos muertos, flecos de perro, quesos negros, ¡ah!
palanca desamparada, llorando
las inmensas yeguas sufren junto a los brutos,
suspiran los catres toda la historia, y los braseros y las tinajas se
estremecen de sollozos, contra la luna vacía de hogafío.

grita el polvo a la espalda, el sol se derrumba, desesperado, en las botellas,
y la voz de Dios aparece debajo de los guardapolvos, la voz de Dios, que
es un ataúd degollado;

a cincuenta leguas de mí, todo lo mismo,

criatura de cabellera, que es un país lejano, un país de piel de viñedo muy
precioso y universal, un país con tantos pájaros como cánticos,
sólo tú, como saliendo de adentro de aquello, que me define;

pero, tejados y ganados, todo lo remoto que tienen las costumbres, todo
lo remoto,

todo lo remoto, que es la voluntad de este presente tan pretérito:
volantín de amor, en mundos de lluvia, cantando los cantos mojados y
desplumados de Pelarco;

se destiñe el mar, y el canto de los naufragios emerge,

absoluto, unilateral, espantoso, manejando su tonada de esqueletos.

Desde tu muerte, un águila, yo mismo mordiendo tu cadáver,
bramo,

porque tu nombre, Sancho Rojas, enarbolado lo llevaron los abogados,
los astrónomos, los pederastas, los fotógrafos, los boticarios, los
policías y los jueces, los onanistas y los reyes, los vagabundos,
los presidiarios, los marineros, los presidentes, los poetas, los
sacerdotes, y los marranos amancebados del régimen, los viejos
putos lesos que comen dioses,

así tenía que matarte, porque tenía que matarte, y te maté, para que rugiese.
eternamente, Pablo de Rokha;

muerto, ¡oh! muchacho de hierro, atardeció tu parentela de petates y tías
de guindado, de totora, de pigüelo y onomástico, y el velón de
pasión, siempre a la orilla de los cementerios,

tú y tus borracheras, con poncho hediondo y tu causeo de difuntos, en el
Maule,

tu montura de pellejo de fantasma, en la cual iba la cuchilla desesperada
del Inquisidor Loyola, echando infierno por las narices.

Como ella fluía esa columna de sol, que poseen las mujeres de ojos
negros,

y una gran lluvia oscura le caía desde la cabellera, sobre el azúcar del
pie y su campana de oro,

tú, pequeño macho talquino, te suicidaste en mi corazón, terriblemente;

¡oh! amigo crepuscular. ¡oh! hermano furioso, tremendo, maldito entre los
hombres y los héroes,

cómo tu sueño te asesinó con su volumen,

ahora que tiene figura de catafalco todo lo humano y estalla todo lo pasado.

Contra ti sollozo, acariciando mi aeroplano doméstico, con látigos
santos de sal quemada y dolorosa,

te culpo de existir, como el ataúd a su madre,
me corto y me como la lengua, en tres grandes mitades de hechicería y
sacrificio espantoso;
eres mi sombra, maldito, y lo que adentro de ella se canta,
eternamente, horriblemente, la desbarrajada voz de todos los siglos,
derrumbándose, con sonido,
y el grito del muerto inútil, que arde.

Extrapotente animal de Dios, te crecieron las edades desaparecidas
en la cuchillada del cerebro
un tiburón de alquitrán, ardiendo, meneaba su cabeza de comerciante en
ataúdes, enterrado en el barro santo de lo prehistórico, que en
ti ladraba,
y grandes helechos blandían un garrote de piedra, moviendo la cola y
rugiendo;
una gran manada de monos criabas en los sobacos, alimentándolos con vino
ardido y grandes rifles verdes,
¡oh! provinciano estrafalario, tu catre de puñales y murciélagos
navega a velas desplegadas, por las vías públicas del siglo timoneado
por tu cadáver.

Relumbra en ti la magia sagrada del chuncho de vidrio, y la momia
que besa al antiguo dios, vendido como esclavo,
la magia de las espadas en las panoplias ensangrentadas, y las palabras
del moribundo,
la magia de la herradura de la lotería, cuando un gato de soldado se
levanta desde la lámpara matemática, prediciendo lo pasado o
resucitando el Apocalipsis, en sirio-caldeo;
cantaban las arañas del carbón en tu vihuela,
olor a siglos y a edad gutural de catástrofes, circulaba tus pantalones, de
aceite bramante y arruinado,
y un bienestar amarillo, los patibulos físicos de tus ilusiones cubría.

Truenos y rayos estallaban en tu pecho de perro,
y aún recoges toda la fuerza dispersa en los fenómenos de la naturaleza,
cruzados los brazos sobre el abdomen, en donde murió la paloma;
pero ya nunca más cantarás, ensangrentándote el pellejo de emoción y poesía;
como cuando estabas tú asesinado por ti mismo,
e ibas cruzando las murallas, en las que el tiempo puso a orear la cabellera.

Sancho Rojas, matador de Sancho Rojas, ¡oh! epicúreo,
¡oh! sol, ¡oh! marrano enamorado de las alcantarillas o del pie de las
jóvenes diosas,
que tienen un racimo de uvas en el vientre;

estás y no estás, y tu sombra terrible cruza, croando y aleteando, en la
obscuridad de los átomos,
aterrorizando los cementerios, los despoblados, los conventillos, las
leguas difuntas,
espantando, tronchando, arruinando los tejados, en donde escribe el alacrán
su canto a la grandeza del Señor de los Ejércitos.

El caballo de madera bebió todo el vino del mundo,
y un pájaro boreal, la soledad del año picotea o azota y humilla con su sable,
la mujer desnuda, sin embargo de estar desnuda, está helada;
una enorme hoja de otoño pone su huevo de oro, y llora, porque le
mataron todos los hijos:
don Ignacio, don Celedonio, don Jacinto, don Juan Zamora,
ya no van a tomar chicha bendita, con charqui asado, en la pianola de
Maria Rosalba, cuando los paraguas parecen banderas de
nafragio,
porque todos están sin boca, callados y podridos en el estómago
del pretérito.

Es inútil bramar con la lengua afuera, como una maleta,
con la lengua afuera, como una carreta, que le aúlla al atardecer,
ahorcado en las montañas,
porque no sacamos nada con cortarnos la cabeza y tirársela a los leones.

Hay una claridad mágica y enigmática,
porque estamos adentro de un vidrio, y el tiempo está parado, frente a
frente a nosotros, leyendo su libro cerrado,
y es la hora que no empezó ni terminó jamás en el mundo;
de repente, desaparece el sentido de la naturaleza y todo está en presente,
y está en terrible inactualidad, estallando su dinamita;
el león del horror se asoma a la misma orilla del universo,
todo lo que somos, lo que seremos, lo que fuimos, se nos presenta,
horriblemente, tremendamente, con pavor velludo, desmuelado,
horrendo, astronómico,
y el vacío, abriendo el hocico, ladra, amenazándonos,
desde el origen de la edad, el caos rugiente, y el principio de todas las cosas;
un callejón con una vela en la punta,
y, en la punta, un dios asesinado nos ataca furiosamente, moviendo la cola
y las orejas de la cola:
lo problemático naufragó, emerge el destino con los brazos cortados,
tropezando en su muleta, tropezando entre el paisaje de horcas y cuervos,
que se insultan mutuamente, tropezando en la muerte, que viene
rugiendo,
en el olor sexual del lenguaje, su relámpago y su bramido de océano,

la vida se ha parado en la vida, a definir la vida, y lo percedero, porque
lloran todas las frutas, la caída del sol,
y moriremos en funerarios lagares:
Sancho Rojas va solo y muerto, por la eternidad, caminando
con la cabeza entre los dientes:
desgarro los ijares de mi caballo de piedra, con las rodajas incendiadas,
pero lo sujeto frente al agujero tremendo del infierno,
en el cual bufa un culebrón, en cuya frente lleva escrito: "todas las cosas
tienen la cara en la luz y la espalda en la sombra";
cuatrocientos presidarios amarillos tocan "La Marcha Fúnebre", de Chopin,
en el crepúsculo,
y la soledad truena en la tarde, vestida de solemne negro de muerto, con
banderas de pellejo de señora viuda en las pupilas;
todo es como todo y todo, indescriptible,
colosal, tremendo, funeral, con gestos siniestros de perro,
a cuyas orejas converge un escuadrón de piojos;
va la estampa del primer hombre, con un dios atravesado en las mandíbulas,
arrastrando a la primera mujer desnuda,
horrizado, huyendo del primer incendio en el primer día de la madera:
el sol es un joven idiota, guiado por un anciano;
truenan las cavernas, pobladas de hilachas de fantasmas, porque las penetró
lo sagrado y el terror de lo sagrado horroroso,
y un atardecer gutural troncha el lenguaje;
sí, el tiempo es redondo y agusanado, gran leyenda con fuego adentro de
las palomas;
no hay posibilidad alguna en aquella noche bravia;
el bienestar de la legumbre y la marquesa de caoba de poema,
desaparecieron, entre los muertos imperios...

Arañando las rendijas de la aldea, cantan las diucas clásicas de las
trasmochadas y las remoliendas
las diucas y las putas y el alcohol negro, de muerto de pueblo,
los vocablos parchados de dolor, usados como corcho loco, el desabrimiento
funeral de la provincia, un bastón paternal maldiciendo el esqueleto
del bisabuelo,
aquí, demostrándonos el atardecer,
que somos lo errado y lo melancólico, la forma raída, las telarañas del
paraguas del murciélago, que fué juez en aquel invierno,
sangre triste, besos viejos, hombre chegre, que ruge, terrible, a la sombra
de las últimas bayonetas de dios,
a cabezazos con el destino, agonizando.

Estallan las fogatas y las callampas, en el Sinaí de los ídolos,
mis zapatos beben la sangre de los degollados antepasados, enyugados al
vino genital de los sacrificios, tórridamente,

el atroz diploma del muerto y su azahar espantoso,
el espantoso catre de bronce, manoseado en los embargos de la casa vacía, y
el rifle y el álbum y el sable funeral de "los venidos a menos",
el coronel, polvoroso y derruido, entre sillas de Viena, reumáticas,
el terrible piano, tan negro de óperas, en el cual falleció la señorita tuberculosa,
que escupía poesía,
el honor de las familias alimentadas con antiguos huesos de jubilación y
deudas,
la violeta de la miseria, que crece debajo de los antepasados, echándose versos
de tiempo en la carita,
el bastón del siútico, cuando suena a çanilla de tinterillo moribundo,
el novio de la niña antigua, florida en su caja de sardinas, en la cual hay
una maleta de viaje,
lo pretérito del petróleo subterráneo o del funeral glorioso . . .

Tu pantalón sobrenatural, Sancho Rojas,
la vida mágica de tu pelo de ciego, en el cual brillaban las cadenas del corazón
egipcio o hebreo,
y se suicidaban las águilas, tu ataúd amarillo
empuña en mi padecer su escorpión rojo y negro, atravesando el mar,
atravesando
el desierto sacerdotal de la Mesopotamia.

Sin embargo, la primera canción de ojos negros
y ternura de moneda desaparecida,
terciopelo entre sandías y manzanas, botella de recuerdos, sobre recuerdos,
deshojándose, como el entierro de una cigarra,
arde en veinte leones, canta gran desnuda aquí, fijando
los naranjos maravillosos de la juventud que se desploma, haciendo enorme
estruendo;
sí, como corriendo adentro de un aro de plata,
arrancándose del atardecer, que exprime su dentadura de calavera, entre
sonatas podridas,
rasga su risa, olorosa a cama conyugal;
su pecho huele a estrella, como la primera vez que la desnudé, como la primera
invocación a la inmortalidad, que entonan las recién casadas,
y, en este derrumbe de huesos y guitarras y familias y vinos tenaces, como
el funeral del mundo,
su cabeza de ceniza eminente recuerda la negrura de antaño,
el adolescente grito de niña, que se desnuda entre naranjas y lagunas.

Murió la Chepita, el rucio Caroca, la Lupercia, murió el conductor
Andrade,
murió el cura Gómez, el compadre Labra, el Chucho Pérez y don Juan de Dios
Alvarado, murió mi padre y murió mi madre.

murió el quinto nuestro hijo Tomás, y todos los abuelos,
y si reuniéramos los esqueletos y los quemáramos, aparecería
una gran cara helada, que sería yo mismo.

El elemento milenario y la agresividad horrorosa de la víbora y la máscara
creciendo en los murciélagos despavoridos de los sarcófagos, y
su voz de vidrios y mitos,
la magia macabra, que irradia el sexo de los números,
el siete y el trece de la abracadabra, la hechicería de las yerbas de las ruinas
y los sepulcros, y el sol crucificado en la uña de la Gran Bestia,
el resplandor hipnótico de la sangre sagrada de los ópalos,
la piedra sangrienta de esclavitud, de las Pirámides, mordiendo los dos sexos
abiertos de la Esfinge, que tiene una gran garra en el hocico y
un eunuco preñado en el vientre,
el hachazo de lo santo, bramando en los manicomios y los cementerios, o en
el dios antropófago de la Custodia, a quien devora el sacerdote,
los ojos rojos de los zapatos abandonados en el copretérito de las polvorosas
borracheras provincianas, y su cardumen de océanos de petróleos,
que enarbola la bandera de la ausencia hipotética,
esa araña negra del horóscopo, que ruge debajo del catre, como el cachorro
de una vaca de piedra, y la domesticidad inmortal del huaco de
pinacoteca, que es un viejo dios emputecido,
el tonto de palo santo, que aúlla en pelotas, en el estómago del astrónomo,
del teósofo, del astrólogo, del alquimista y del curandero, o de la
vieja ramera, ya cabrona, echando azufre sagrado sobre la co-
munidad sangrienta, desnuda y de rodillas,
el brebaje clandestino y religioso, que la bruja se extrae de la vulva con
la cuchara de un dolmen arcaico,
el hogar furioso del falsificador de monedas, del jefe de tribu gitana, del
hipnotizador y del capitán de asesinos, con su arboleda de pu-
ñales y ladrones, sin taparrabo, a la impiedad de la noche tre-
menda,
el acordeón azul y feliz del anormal, que apuñalea con las ideas,
el alcohol de terror y clamor inmortal, y la luna partida del esquizofrénico,
que está con la horrenda cabeza abierta, gritando,
el perro cerdo del neurótico, el asno chanco del histérico, con los demonios
cohabitando,
el incubo del místico, que posee una gran cadena de corcho, con la cual
amarra de la jeta de la lengua a los súcubos, para que no se copulen
al Arzobispo de Alejandría,
los piojos divinos y enfurecidos de la santa, preñada por el sapo gordo y
coco del convento,
la oblicuidad permanente del invertido, y el atardecer que le llamea el culo,
como cuando la empleada está secando los platos de loza,

(masturbadores-homosexuales, tirando los carros de dios sobre la historia, santos, héroes, genios, delirantes — paranoicos — anormales — héroes, hirviendo en sangre, mugrientos, y en divinidad, y mierda santa crucificados),
el espejo negro del infierno, medio a medio del medio a medio del siglo
once, rugiendo los milenios,
el silbido de alucinación de la cobra sagrada y el maricón divino de Ceylán,
y los triángulos trágicos del mexicano, los círculos del boliviano,
la llamarada blanco y negro del araucano amarillo,
el hierático, el caliente, el dramático hipo de cópula de "La Pantera Siria",
la atracción trascendental del precipicio, que comienza en lo infinito y termina en los ojos de los muertos anónimos,
la botella y la baraja, horadando la noche capada,
el escorpión de los adúlteros, que es el animal de las letrinas y los pantanos
y las lagunas desamparadas, y tiene un ojo en un pecho, que parece tubo o gusano,
la cara maldita del gran poeta, que escupe sol y naranjas maduras,
la universalidad del crimen del astro del triste atardecer, en el que se ahorcó el último de los leones, y el culto de los prepucios, la gran copa hinchada de sangre, el degüello del Cordero en el Sacrificio de la Santa Misa,
el índice de la viuda tremenda, cuyos pechos son como sembrados de balas,
la polilla de las verijas del Espíritu Santo, cuando más santo más parecido a una bacínica o una poesía, o a un dios-sol asesino, arando los escombros de lo arcaico,
los pingajos de los retratos de los antepasados, eructando sus comistrajos sentimentales,
la antigua voz de los caballos, asesinados por el Arcángel de las inmensas batallas, y el animal esotérico de las iglesias,
la canción trizada y maldita de los masturbadores sagrados,
la ojera neutra de la pollera del sodomita, y el culebrón de alcanfor negro del pederasta, investigando lo absoluto, y la unidad, en sus traseros,
las cinco ciudades, llorando las cinco mujeres, violadas por setenta degenerados,
los moluscos petrificados y viciosos, amándose a tres millones de años de la existencia, entre olor de siglos y mundos que se desgancharon, anocheciendo, la risa sombría de la silla, y el espectro de cerebro, que se sienta en ella,
todo lo macabro, que contiene el pellejo tenebroso del brasero tremendo, sobre el petate de las abuelas, frente al águila de plata,
la fijación patética del coleccionista de alpargatas o de cabelleras de soldado,
la joroba, la sal maldita, la sotana, los pergaminos y los crucifijos apolillados de las viejas prostitutas muertas y los idiotas,
la droga de la meica peluda y el gallo negro del Esculapio de Sócrates,

el espanto del marrano del Carnaval y los sábados, asesinados, entre dos
palos quebrados, en cruz, por un gusano.
la baba trágica del iluminado, que descubre lo divino en la epilepsia, bus-
cando el uno del uno.
el tic funeral de los gallos de los pueblos absurdos, cuando braman, a me-
dianoche, que se están ahogando en la eternidad, y están desnudos
, y podridos en el fondo de las épocas,
el vestón del abogado, el bastón del presidiario, los dos con ojos vaciados
y horrorizados,
la ollita en donde, eternamente, come el muerto de las razas primarias, y
cuya gran figura va a recordar un dios con los testículos hinchados
de sagrado vino, y el pene hirviente, como la ostra de la diosa,
a todo lo alto y lo ancho de la divinidad, enarbolado, entre sahu-
merios y cocimientos,
el terror-horror con que aúlla el ensangrentado altar-totem-tabú del druida,
al cual consuela la mar sagrada y humana de adentro del sepul-
cro que llora,
el alarido de la edad sin edad de la humanidad, en todos los peldaños, que cu-
bre el traje de cocodrilo, de adivinador, de mamarracho, de sepultu-
rero sacerdotal del gran artista, y, adentro del cual hay una paloma,
debajo de un chacal, que tiene catorce leguas en contorno, y aúlla,
como un tiburón internacional, sacándole la lengua a una marrana
de oro,
lo obscuro, lo enigmático, lo absurdo, raíz de lo lógico, ser terrible del ser pen-
sante, que, desde el origen, viene con la cabeza desenvainada, gri-
tando así, en la Santísima Trinidad, tremendamente sangrienta y
arcaica, como en el triángulo mágico de la Masonería, atorado por
los gusanos sagrados,
nos escupe, nos aterra, nos inhibe, acorralándonos, acuchillándonos, solos, a
una velocidad roja, como de imagen tremendamente ahorcada, pre-
cipitándonos, entre nuestros propios huesos, de aterrado caballo en-
ganchado a un sepulcro, que corre y corre y corre y corre y corre
hacia
y contra la suciedad iluminada, en la cual naufraga la existencia humana.

La triste camisa del siútico, en la cual vuela una gran botella negra, y
el piojo ilegal del onomástico, con un vals de casa de huéspedes y
un compadre en la barba, y el sable terrible del General jubilado,
que apunta a un pantalón zurcido,
las románticas heráldicas, meadas por las tremendas tempestades antiguas,
los Gómez, los González, los Pérez, los Díaz, en aquellos coches arrastrados
por abogados de aldea,
el bastón del horror de los trescientos acompañamientos locales.

GRITO DE MASAS EN EL ORIENTE

Desde la botella azul del conventillo, brota la callampa de llanto,
y se derrumba la eternidad de los desventurados, el farol de terror de la
mina, el horror de la parición absoluta, entre cacerolas y agonías,
cuando los inviernos muerden la reivindicación sindical, y en la consigna,
el mocho es sólo humareda.

Un mastín imperial, su estómago político araña a las asambleas,
el hambre,
el hambre de los trabajadores tronchados, el hambre, el hambre de la
culebra de piedra, contra la piedra de la piedra arremetiendo,
y desembarca la policía, montando su animal destripado, bramando con
las patas,
o el traidor, que come sangre de mujer, que come vientres amargos y
desesperados, y el gran chacal social-demócrata,
degollando al proletario, con sólo una hoja de papel amarillo.

Están asesinados, jamás muertos los obreros,
ahorcó al orador la oligarquía, y él conduce a las masas, ajusticiado, con la
lengua soberbia de la doctrina, que es una canción roja y una
gran bandera,
porque la revolución tiene eternas las entrañas, o de puñales.

El piojo universal, el látigo y el pánico universales, al sudor
inmortal saludan,
y el explotador desnuda a la plusvalía en todos los lechos vendidos del
fascismo al imperialismo, porque el capital alimenta la pantera,
con la carne y la sangre espantosa del mundo;
una negra uña de amo degüella a las criaturas recién nacidas en su cuna
de llagas,
y una gran lágrima de cemento, del tamaño de una puñalada, grita en la
garganta del trabajador, con rugidos de montaña herida en el
vientre,
el funeral de los polvorosos documentos:

en las caucheras, en las algodoneras, entre los cuales azota la boa su
jeroglífico terrible, en las salitreras de alucinación e infierno,
encima
del pantano tropical del tabaco, en el cual arde la malaria, amarillosamente,
su ladrido,
brama el drama de los esclavos, en tambores de pechos de muertos, tocando
la marcha hacia la nada;
¡no, que se levante el puñal de todos los sepulcros obreros,
y le cercene la lengua al capitalismo, tremendamente, de un tajo!...

Sollozan las viudas, acariciando bayonetas a retaguardia,
en tristes colchones de sauce despreciado por los hambrientos, asesinados
por los hambrientos,
que aullaban en la propiedad ajena, y paren lágrimas
en la fatalidad de los cementerios burgueses, que parecen regimientos
destripados
por donde, únicamente, comen los cerdos de los ricos.

Por los tubos tremendos del petróleo, enderezándose, desde el eje
del mundo al cielo, ascienden
hombrecitos pequeñitos y amarillos, a los que azota un sapo con la "Legión
de Honor" en la barriga del cerebro,
el cual eructa un chorro de oro adentro de la Sociedad Anónima,
asentada en trabajadores que escupen sangre, en proletarios de sufrimiento,
con ojos grandiosos de héroes, en mujeres que devienen piedra
santa,
y el invierno agarra las pocilgas y las estrangula;
barrena las espaldas del asalariado, el sol, disparando su fusil colorado,
la desgracia del jornalero anda a gatas, hiriendo el estaño-sangre,
y, a cien semanas de distancia, está el presidio o el banquillo, entre las
sogas y las bocas de las horcas, agarrotando al huelguista;
entre la caña chancada, hay materia gris, y un ojo señala a un dedo
la tragedia,
del cafetal al arrozal, la gran jornada del crucificado, hierve de látigos y
viboras, un sudor de horror cruza el espanto,
y el grito del cooli es lo mismo que la galleta de veneno del peón
o el poncho del pongo,
la maquinaria enciende la cesantía, y los parásitos, arando los sobacos
del proletariado, amplias masas lúgubres labran,
en las maderas de acusación de los patibulos;
los aullidos del Mapocho parten la tarde en tres mitades y echan adentro
el lumpen-proletariado, por cuyos andrajos, arrastrando va la
miseria su carrito de recuerdos,
el frío patea la cabeza de los niños heridos por los cuchillos del hambre-grande,

la garra de la bestia nacifascista les arranca el corazón, les arrasa el cielo
del pecho a los trabajadores intelectuales, y un buitre cristiano
les revuelve los sesos a los viejos soldados de España,
porque el fusil popular de los héroes se les cubrió de naranjas maduras.

Un latigazo de cinco mil épocas ruge contra el lamento tremendo
de los explotadores sociales,
el horror milenario de los esclavos brama, y, entonces, suda la cara de la
tierra, y, entonces, la Hoz y el Martillo aparecen en el Oriente,
colmados de aplausos de sol, y, entonces,
el Partido se levanta entre dos mundos;
sí, detrás de la carnicería, la revolución asoma su garganta de espada,
y brilla la historia como un diamante rojo.

Enterrados en el enorme basural amarillo,
los rascacielos hinchán sus raíces en la sangre social, echando sangre y
podredumbre por las chimeneas,
echando madres muertas, malas-costumbres muertas, toses muertas, echando
humo de perros, echando
fetos muertos, viejos muertos, sexos muertos, pelos muertos, besos muertos,
muertos muertos, ojos muertos, lenguas muertas, anos muertos,
papeles muertos, pechos muertos, adioses muertos,
todo lo muerto viviendo en los subterráneos de la burguesía,
el clamor de horror de la clase obrera, horrorizada entre las patas herradas
del capital fascista, asesino,
el puñal cargado de duraznos envenenados de la miseria,
la mano pelada de los subhombres, su lengua de lata ardiendo, los tarritos
menesterosos de comida de basura y morgue macabra,
los vientres vacíos y mordidos por los cerdos hambrientos,
el terror de morir en cuclillas, a la orilla de la infinita desolación de los hijos,
muertos de terror por el terror milenario del explotado,
un orangután sagrado y cornudo da la bendición papal a los cadáveres, y se
acuesta con su marido
las bacinicas del Vaticano sacan la lengua y recogen la margarita de la so-
domia universal de la Iglesia, para ofrecérsela a las masas de las
tumbas, en la pastoral de León XIII,
y el cardenal colorado monta al sacristán amarillo, entre un escupo de
campanas:
el Presidente de la República, restregando los calzoncillos contra una piedra,
decide que fusilen a quinientos obreros, por hambrientos,
y se atraganta de democracia y caridad de fusiles,
patea a una muchacha, que lame las murallas del hambre, y a la cual violaron
los carabineros,
y cien curas paridos se deshacen, masturbándose, junto al sexo de una
mula rubia,

pero se avergüenzan, porque un picaflor de "El Mercurio" canta sobre un
plátano, tremendamente desarrollado, elaborando
un editorial de homosexual contra el Partido Comunista,
en el que cabalga "la familia" de la "bandera" del "orden", en dirección de
los antepasados.

Mil millones de horrores edifican un abrazo innumerable: "Trabajadores del mundo, uníos",
del oro, del petróleo, del yodo, trabajadores del salitre, del carbón, del cacao,
del estaño, del tabaco, del café, del caucho, del trigo, del algodón,
del vino, del maíz, de la madera, de las fábricas, las industrias,
las usinas y el mar-océano;
uníos, cobrizos, negros, blancos o mulatos, uníos,
uníos, alrededor de la gran estrella roja, que clama trayendo el puñal y el
fusil de la revolución, o trayendo un canasto de sol y palomas;
de pan, de paz y libertad, glorificado.

Por debajo, el canto de los esclavos, subterráneo, repechando los
milenarios,
enarca la espalda azotada, la degollada faz deshabitada, la de llagas y
babas cabeza, el pavor animal, estupendo, de los secos pellejos ne-
gros, la agonía,
de asfalto, frente al gran capataz-capado, que aterra la manigua, azotando
los encadenados héroes;
piedra y sangre, dios, barro y sangre, todos los mundos ardiendo, lacayos
sagrados,
el aullido del bucanero estalla en el corazón de la sociedad burguesa la
tremenda voz de los látigos, el clamor funeral que traducen los
verdugos del Código y el asesino sacrosanto, el grito de los pue-
blos marcados:
racimos de caballos lúgubres relinchan,
una gran yegua inmensa en la cual cabalga el inventor de las pirámides,
solo, con las tripas afuera, sobre los chacales azules,
o Espartaco, todo pintado rojo, a Lenin estirando los brazos cortados,
y un potro arranca, a todo lo largo y lo ancho de la historia, arrastrando
entre los dientes
la cabeza degollada de La Comuna.

Explotados contra explotados, degollándose por el oro del otro, ame-
trallando aldeas de miseria, por el otro,
el que está violando su madre hambrienta a retaguardia,
por el otro, capitán de explotación, asesino financiero, enterrado entre dulces
vientres y vinos de diamante innumerable, amamantados en la
parra burguesa,

mientras las familias de andrajos, tiritan, por el otro, engendrador de la man-
tanza de los pobres contra los pobres,
y danza desnudo y borracho el explotador con el crucifijo de Jesucristo en
los testiculos, sonando su badajo, en función de la guerra fas-
cista, tremendamente cagada por el vientre del nazi-fascismo
internacional agonizante.

Adentro de los templos negros de la prostitución (Marsella — Port-
Said — Valparaíso), arañando los tremendos, rotos espejos de
las Casas de Cita y las despeinadas pensiones de rufianes, mor-
diendo los suburbios,
y su pan criminal, de sangre, debajo de los malditos puentes, que son pudri-
deros municipales de homosexuales
frente a frente al animal muerto, que aúlla en el pantano de los extramuros,
gritando con la lengua podrida, la obscenidad de la corrupción
infantil, el terrible himen desesperado de la virgen proletaria, los
partos macabros, en los que, aullando, la tuberculosis araña las
almas recién nacidas,
en el corazón clandestino y alevoso de las cocinerías, entre las cuales camina
un tiburón idiota, azotando a los mendigos, con sus grandes aletas
de aserrín tenebroso,
medio a medio del resplandor morado del presidio, en el cual el barro se-
minal, chorreando los calabozos, cría un arcángel de palo malo y
sabandijas, en la última raíz de las glándulas,
la protesta contra el régimen, que cria enfermos, que siembran la desgracia
en la historia, y su tubería amarilla,
estalla y rebota su relámpago, y un galope de regimientos se levanta, desde
todo lo hondo, rodeando la poderosa caballería proletaria, brillante
de estandarte.

La clase obrera, la sangre humana, clase-sangre, la dramaticidad sa-
grada de la clase, de la sangre, lo santo tremendo...

Una voz, una gran culebra, una flor de gargantas y potros, partiendo
un nido de llanto, que es el mundo y cien cien millones de traba-
jadores clamando, con gritazos que parecen bayonetas.

Todos los niños, a todos los pechos les extraen nada,
es decir, un viento de fuego, completamente negro, un huracán rojo, aullando,
con el pellejo destrozado,
como un león, sobre el cual disparan los ladrones.

Millares de millares de millares de cesantes aúllan a la sobreproduc-
ción, entre un grande sonido de tripas y huesos,
y un cadáver de setenta metros, toca la trompeta de canillas de los
tuberculosos,

el grito de fuego de los Bancos, entre cuyos dientes alojan los chacales
de ojo terrible y Cuenta Corriente, encima del corazón negro y
de luto,
las mandíbulas marmóreas de la plusvalía, tan amarilla como un asesino,
el fusil de pellejo del Gobierno, que sirve para ahorcar vacas y degollar ma-
riposas o formalina.

Desnuda va la yegua negra, la yegua negra, relinchando a la pros-
titución burguesa.

Ejércitos de ejércitos de ejércitos de ratones roen la propiedad pri-
vada, la religión, la familia, el derecho burgués, sus grandes mu-
rallas de muertos, ejércitos de ejércitos de ratones de ratones roen
el arte-puro de los esteticistas,
cruje el régimen, la rotunda proa, el maderamen, medio a medio del océano
de sangre grande, sangre de cadáver,
las moscas preñadas infectan sus verijas, entres los hierros tremendos paren
babosas las culebras desesperadas, y el hambre, sus fauces, al
hambre hambre abre,
por lo podrido, navegan ataúdes, a vela, inmensa flor de boñiga, la guerra
degüella niños y madres con serrucho mellado,
el sodomita y el pederasta se revuelcan adentro del catolicismo, oliendo a
misterio, y la Santísima Trinidad les ofrece un papel de lija y un
clavel empapado en vaselina amarilla, como la filosofía de Max
Scheller, o un nazi en pelotas,
la máquina corta brazos, corta cuellos, corta piernas y vientres obreros, de-
jando el mundo vacío,
por el cual va ladrando un asno tan flaco, que parece un gran poeta, a cuya
montura van a alojar las culebras y los marranos.

Pero, desde el Oriente, la epopeya de la URSS, inmortal, derrama
su canasta de cosechas sobre la Humanidad, y
vomita plomo ardidamente rojo, encima de los pechos y los sexos al revés de
los ensangrentados idiotas de Alemania...

DEMONIO A CABALLO

Por entre mundos, entre muertos, entre
edades que destilan suerte y vientres de siglos, en verde aceite de eterni-
dad, amontonados,
navego, a mil estadios de mí y mí mismo, solo.

No entiendo cómo soy, ni en dónde soy, ni cuándo soy, ni soy,
o yo soy otro, distinto, universal, acumulado, absorto con mis
águilas:
abajo, un mar vestido de culebra, mordiendo un crucifijo incendiado, un
dios de épocas y piedra,
medio a medio, un tubo de llanto, de luto de atardecer, y, encima, una gran
estampa de caballero degollado, desde la cual aúlla un discurso,
con chaleco de temporal, echando los siete relámpagos regla-
mentarios, por adelantado;
¿qué significa escribir lo que significa escribir, si ignoro si estoy muerto o
estoy muerto, o soy un antiguo muerto, vendido como esclavo a
una antigua reina de cera?
no, empuño mi cabeza y se la arrojo a los leones:
¿a cuál persona me refiero cuando afirmo que la inmortalidad me rasguña
las entrañas con un rifle quebrado?

No me parezco, soy un campo de batalla, un antiguo edificio amarillo,
construido en los desiertos de Abraham, un potro de oro, un
soldado enormemente romano,
gritando adentro del traje de acero, con un gran gusano de fuego en toda
la boca,
y a quien le emerge una humareda roja desde el pelo del pecho, formado de
peñascos milenarios y una gran costa druida;
me pienso y pienso un volcán de licor extinguido, un lagarto decapitado, be-
sando a una paloma de provincia, un león entre dos banderas,
por adentro de mí ser aúllan los monos furiosos y las montañas recién
paridas,

un clamor gutural de animales, la bestia de dios, tremenda y alucinada, hu-
yendo de la catástrofe cósmica, y el orangután horriblemente triste.
porque deviene hombre.

Me hundiré con el continente que habito, con mi siglo y con mi
pueblo, con la tierra entera y sus planetas, con los ejércitos de los
ejércitos, rugiendo,
en el espantoso océano infinito que soy y del cual soy náufrago,
sin haber entendido nunca, comprendido nunca por qué se existe, qué existe
y qué no se dispersa, derrama, disgrega, qué es lo que constituye
el yo tremendo, qué es lo que constituye la diferencia de lo que
difiere, la médula del átomo, mi átomo, tu átomo, que son los
átomos del muerto y no son el muerto, y lo querrían,
cómo se gasta el tiempo, si no es un cuchillo ni un zapato en el cuello de un
muerto, y que muere, cuando muere el hombre y muere
en sus pupilas el último atardecer, agonizando con espanto de cataclismo,
arrastrando todas las cosas en esa gran caída sin fin, en la cual
adentro nos derrumbaríamos;
pero, por algo existo y respiro, existo, como existe un puñal, un sombrero
de perro zorrero, un fakir o un caballo,
y no soy el escupo del gusano, ni el pan del militar, que traicionó a un cal-
zoncillo estrellado, y lo fusilan por la espalda, ni el ideal de la
puta divina,
ni el moco del tonto, al cual le amarran la banda tricolor en la guata;
porque yo no comienzo aquí y termino ahí, no, yo no comienzo, yo no ter-
mino, yo comienzo en la gran época en la cual se forjaron todos
los mundos, cuando la nada flotaba en la nada, es decir, yo co-
mienzo, en donde el principio es el principio del principio,
yo termino en el tiempo del ojo del muerto, en el espanto de la muchacha
asesinada por un fantasma, a la orilla en que el hombre se cae
al vacío, en el alarido del aterrado frente a frente al infierno,
en la cuchara abandonada por sus antepasados, en los extramuros de la
ciudad maldita, entre cerdos, niños, perros y mujeres, que
en grande hambre emputecieron, en la aldea abandonada, en la
vasija abandonada por el antiguo soldado de Pompeya, en el
santo de palo santo, que posee un sexo de cuero de pecho de
trueno, y un ojo de oro,
en el ideal que la señora apasionada tiene metido debajo del ombligo, como
la espada de las matanzas,
sí, en los degüellos históricos, en los cataclismos de las guerras tremendas
de religión y sus batallas, sí, en las masacres de clases, sí, en los
fusilamientos del Ródano y en la hoz amarilla de la guillotina,
sí, en la bandera negra que los corsarios enarbolaban, medio a
medio de su hombría de varones de sangre;

he ahí cómo y cuándo los antiguos dioses perdidos, rodeados de apostasia,
musgo de muros muertos, infinitamente solitarios, gritan en mi
interior el resplandor de las religiones perdidas,
sí, Jehová y Thor pelean un hueso de perro en mis entrañas,
moviendo los hierros del trueno, que aterró al antepasado, y la tempestad
desgarradora, que engendró la oración y el poema.

Mi ser consciente ruge cuando piensa, brama cuando habla, gime
cuando crea, cargado de instinto, discontinuidad y síntesis,
el lenguaje me desgarrar el ser, llenándome de sangre bramante, me parte en
diez mitades, rompiéndome y uniéndome, con su gran pasada
de monstruos, y el mar y el funeral del mar claman su aliento
grande y convulso en mis pretéritos
sin embargo de ser mudo, con relación a la verdad del mundo;
soy yo y no soy yo quien hablo, porque habla la bestia en celo: habla la
vida y todas las formas de la vida, habla la cópula brutal de la
naturaleza animal, mineral, vegetal, todo y uno y todo, acoplán-
dose y desgarrándose en la gran orgía del amor, y habla el
mundo, relacionado y encadenado a su límite;
expresión de unidad y estilo, imagen de origen, mito magno y substancial,
hombre, afirmo lo que ignoro y lo que ignoro afirmo, y afirmo por-
que afirmo,
creciendo, tronando, cayendo, con todas las rodillas del espíritu, desgarradas
en la espantosa crucifixión, levanto
mi existencia, y azoto a la naturaleza, y la naturaleza me responde con su
tremendo de pellejo hocico, entreabriéndose al sol de dios, cuan-
do mi poema la cornea y la monta, engendrándole una gran cría.

Si me atropello y me aflijo y me atraganto, atorándome de sangre
tremante, es que me atracan la garganta los viejos pueblos, las
razas ancianas y sus tribus, los añejos clanes que inquietan, que
exigén expresión en mi palabra,
y aquel clamor mundial que irradia es la voz abandonada de los viejos
cultos, las antiguas creencias, los viejos mitos y las culturas
deshabitadas: el culto del sol y del falo y del triste himen de las
vírgenes, el culto de los muertos y los sueños, el culto de la
antropofagia sangrienta y del SACRIFICIO de la Misa,
masoquismo, mística del asesinato, gran orgía sexual, el culto
de la vaca, del andrógino, de la luna y de la culebra, el culto
de las cocineras de Esculapio, a cuya gran cebolla, tremendamente,
convergia la defecadera de Júpiter, el culto de los números y el
fuego, el culto animal de la comida y el acoplamiento, y el terror
infantil de los pretéritos dólmenes druidas, la religión acuchillada
del sacerdote eunuco, legislador sagrado, divinoide, y ejemplar tabú de
de aquella gran casta macabra;

las anchas oscuras masas sociales atropellan mi vocabulario, el resentimiento,
 el rencor esencial de los oprimidos y los explotados del mundo,
 lo echa mi lengua, expresándolo, afuera, y el pecho de negro de
 los esclavos, lo hablo, plantando una rosa blanca en el poema;
 seguramente no soy yo, sino un anciano rey vikingo, quien empuña la
 palabra, como quien empuña la espada, en aquel potro de hierro,
 que escribi entonces a una herida,
 acaso es un imperio sepultado quien se levanta en estos verbos con ojo
 tremendo, o un país extinguido o vagabundo, o el mar de los
 sargazos y su enorme caos de barcos fantasmas, de sanguinarios
 esqueletos desterrados, empuñando sus pantalones, solos, en la
 soledad de los tiempos, o el amante que asesinó a la esposa de
 dios y se colgó del sol, o el filibustero, o el negrero
 que hizo degollar toda la población de la ciudad, y se ahorcó cuando se
 ahogó el ruiseñor de su querida en un botijo de aguardiente,
 o la Tercera Persona de la Santísima Trinidad en el instante de meterse a
 la cama de la Virgen María, o Sócrates filosofando en el Mercado,
 o el Crucificado del Gólgota después de habersele caído los
 calzoncillos,
 o el toro de oro, a quien adoraron los israelitas, durante el ciclo de siglos,
 en que Moisés escalaba los relámpagos dramáticos del Sinaí, con
 la historia del mundo en el pecho,
 o el mismísimo Javé, con la tremenda barba de culebra, azotando con
 gusanos quemados a sus tribus, por haberse robado la fruta del
 árbol de la Ciencia del Bien y del Mal y haberse entregado a la
 sodomía en Sodoma, a la gomorra en Gomorra, a la adamia en
 Adama, a la seboinomia en Seboim y a la segoromia en Segor,
 y haberse embriagado y haberse acostado con los tres ángeles del
 Señor, borrachos, o las trompetas tremendas
 de Jericó, cuando lloraban las murallas del mundo, y el último ratón de la
 ciudad se mató de un balazo en la sien, frente a frente al
 crepúsculo:
 uno y todos, gravito, desbordándome, empuño mi ser guerrero, mi ser que
 existe, como todo lo que existe porque existe, y no pregunta, sino
 que contesta lo que no pregunta, la interrogación perentoria,
 absoluta, dolorosa y trascendental, que son los fenómenos, como
 aquellos dioses inmensos de la antigüedad, que degeneraron en
 cacharros, porque ya los pueblos no creyeron en ellos,
 la unidad es mi estilo, pero mi estilo es la expresión de lo que nadie conoce,
 por ejemplo, un león imperial que discute a Kant y usa revólver,
 un potro en las tinieblas, un tigre furioso porque el asno de la
 vecindad se le arrancó con su querida,
 mi estilo es el caos con ojos, o el cosmos con manos de alacrán de fuego
 y dientes de demente iluminado, o un emperador con la cabeza
 cortada, es la matemática esotérica de lo discontinuo, es el

incoherente trascendental de la mecánica psicológica, automáticamente gritada ella misma por ella misma, sin perseguir un objetivo que ignora, desde un punto de partida que ignora, hacia un punto de llegada que ignora, ignorando todos los caminos e ignorándose, y UNIENDO lo antagónico.

y yo soy un callejón de aldea, por el cual camina el veorio del vecino asesinado, completamente lleno de muertos, porque todos son muertos que conducen muertos, en caballos muertos, en carretas muertas, en avios muertos, por chilenos muertos, por muertos, en muertos muertos, muertos;

seguramente, si alguien destapa mi voz, un aliento tan tremendo a antigua... le salta a la garganta, que aquel se iría de espaldas contra el infinito, como si un dios rabioso le cogiese del gáznate con su puño de material de siglos, o la rana peluda de la divinidad le pegase un garrotazo con la Santa Custodia, que es un sexo de niña y el sol con todos sus rayos;

son los números de Pitágoras, el fuego inmóvil de Heraclito y Demócrito y las matemáticas, los Sábados Negros del walpurgis, las danzas báquicas de Dionysos, rajando las épocas pánicas y la Catedral gótica, el Carnaval con todos los demonios rojos, enarbolando las matanzas desesperadas de la San Bartolomé, y los degüellos de aborígenes, a la salida del sol, entre canelos y trutucas, o los ahorcamientos de millares de millares de inocentes, engendrados por los conquistadores heroicos o por los piratas heroicos, y enormemente malditos, como todo lo heroico, o lo santo sagrado, y los pogroms siniestros, con los cabellos ensangrentados y enormes hachas de luto, y los degollamientos de las vírgenes desnudas, sobre las olorosas, poderosas, resinosas piras de pino, madera de vasijas y edificación, acrisolada de sacrificios, y la pasada a cuchilla de las niñas cristianas y los herejes, entre tambores amarillos, los ahorcamientos de embarazadas, de ancianos, de niños, de enfermos, por los iluminados y los degenerados sociales de Hitler,

o las horrendas masacres obreras, en las que los caballos de los verdugos hundían las pezuñas en los sesos y los sexos de los varones y en el vientre de sus mujeres, y la policía asomaba el hocico entre las verijas de sus yeguas o sus mulas,

los que aúllan, rugen, protestan, bramando y tragando sangre y abominación por todos los heridos, los lisiados, los malditos, los vagabundos, los *extranjeros*, los *perseguidos*, los *expósitos*, los *desterrados*, los humillados, los presidiarios, los explotados, los aventureros, los poetas, los artistas, los desventurados, los "finadores", los descubridores, los inventores, los fracasados y los humillados de todos los siglos, en estos poemas serios, que parecen cuchillas o fantasmas.

Sentís, ahora, rugir la religión de los caldeos, ladrar las esfinges acorraladas y las gárgolas de Bizancio, roer a Job el sol del estercolero, bramar a Zenón de Elea, por el descubrimiento del átomo, llorar a Aben Gavirón y Maimónides, tranquear los coturnos de Esquilo, pisando catafalcos sellados, aullar las águilas de espíritu de Juan de Patmos, dirigiendo los dos océanos enganchados al carro santo, pelear los mármoles de Laotzé, azotar a Dios, a Protágoras, mientras Plotino golpea las tinieblas con un gran martillo de sombra, comiendo únicamente vestiglos, matarse a Nietzsche, ahorcándose con su culebra, envenenarse a Hölderlin, a Arthur Rimbaud, a Dostoiewsky o a Lautréamont, cociendo un veneno en cocimiento funeral de imágenes, pelos de tiempo o siglos podridos, entre los cuales circulan los gusanos, como en la ley burguesa, emborracharse de vino y de mito a Rabelais, dialogar en piedra muerta al Alighieri y al Tintoretto, sentados en cuatro anchos bancos de humo y eternidad, precisamente, tranquear el jamelgo de arriando de don Miguel de Cervantes Saavedra, los despoblados castellanos.

Yo estoy cantando mis costumbres, las costumbres del pueblo, sus costumbres, la historia social, y la leyenda, su drama trágico y, desconociendo su origen, reflejo y ordeno mis himnos, que son mi pueblo y la materia vital de mi pueblo, hago anchos cantos furiosos, de negros belfos espumantes, como el caballo de Atila, y no hago retratos de mi país, sino mi país, sencillamente construyo mi país, lo construyo con una gran vaca lechera bramando en la melena del Continente, con Caupolicán crucificado, entre Atahualpa y Moctezuma, con un rotito lipiriento y fabuloso, vagabundo y amarillo, atravesado por una gran tempestad de relámpagos, que se derrumba desde el otro mundo, con la guitarra y el puñal y la tinaja de espanto del arriero, del soldado, del minero, del peón nacional, todo eternamente solo, con un finado, que está pitando un cigarro de tabaco ensangrentado, en el atardecer de todas las cosas, mientras clarea la estrella de sangre en su pecho; adentro del sueño tremendo, hablo sueño, canto sueño y el sueño del mundo gotea desde mi fuente incendiada de infinito, sueño, y desde él emergen los pálidos antepasados, atropellándose, al aullido de los cementerios, a su gran manada de elefantes innumerables, al fantasma negro de ellos, contesta una gran luna degollada, rugiendo encima de los suburbios y los escombros, y todos los muertos, de todos los tiempos, de todos los pueblos del universo, se levantan de la eternidad, lloviendo, al viento los crecidos pelos, rotos los pontros remotos, en los que brama el gusano final, re-tumbando, perdido el sentido de los huesos,

relampaguea entre sus rifles la faz cornuda del europeo conquistador, el rostro de ladrido quebrado del asiático, la cara cruzada de maldición y enormidad, de religión y antigüedad del africano, el ojo de alga del oceánico, el lomo de toro elemental del americano, enorme de azotes y águilas simultáneamente, entonces, desde el vértice del huracán, toda la historia del hombre estalla, en ese instante, brillando, respirando, mostrando su omnipotencia a la naturaleza; de repente una calle sola se me arranca desde la lengua, o un acordeón pega un grito porque le clavaron el puñal en las entrañas o un lagar de vino suspira tristemente, si, la libertad de lo determinado es lo determinado, el poder de caer al abismo, la grandeza específica de morir uno, el uno que es uno, abandonando las cosas, afuera, porque el polvo de los caminos es grande cuando lo pisamos, y es nosotros, mientras nosotros somos, y no somos toda cosa, en el minuto en el que el universo nos invade y no podemos imprimirle ese espontáneo orden del yo y la personalidad, porque murió lo que éramos, tremendamente, abandonados por habernos abandonado; echando llamas nos morimos, no habiendo reencontrado nuestros viejos orígenes, ni aun en la magia sagrada de la poesía, que es la boca de la tierra, ni en el terror del horror del amor y su alucinado caballo, atravesando la tempestad de cadenas quebradas y simbolos, que establece su arco iris de fuego, desde el Oriente hasta el Poniente del mundo, ni en la religión, que regresa, por el asombro, a la antropofagia sacratísima de Caín y Abel y el dolmen, santo entre lo santo, ni en la sangre, ni en la muerte, originarias del pensamiento, que posee un zapato de espanto y una gran trompeta; porque el régimen capitalista da la materia en descomposición, el caos con gusano sacro, subversivo, magro y terrible, todo lo cósmico de la historia, y nosotros, enormemente, nosotros, o sacamos el orden del desorden, o morimos, morimos en la inmortalidad fallida de lo que no fué estilo, así morimos, siempre para siempre, soñando caballos macabros, que exhiben una gran peineta de ramera en el esqueleto, terriblemente extranjero a sus entrañas, tremendamente agorero, como los trágicos, pálidos, álgidos pájaros máximos, que croan en los barcos náufragos, sobre los muertos, y los muertos océanos; es inútil querer hacer una gran máquina con humo, con discontinuidad e incoherencia, con eco, con material perforado, atravesado, cruzado de larvas, que hierven, gimientes;

no, hagamos sangre, saquemos del horror de la substancia social el horror de
la belleza total, creemos el hombre, forjemos el arte con lo mágico,
lo adivinatorio, lo trágico y elemental en la unidad abismal de la
persona metafórica,
que naufraguen los que no naufragan, porque naufragan, no los héroes, no
LOS NAUFRAGOS, no los mártires del naufragio.
ordenad el instinto según el instinto, y, cuando las masas obreras por lo
bello rujan, dad a las masas obreras el estupor de las masas obre-
ras, ardiendo como complejo tremendo, que emerge, sumergiéndose
en el inconsciente, y asomando la cabeza feroz del arte;
naturalmente, es el instante en que estalle el yo, es el instante de agarrar
la inmortalidad por el cogote y sumergirse, brutalmente, en las
tinieblas.

Resuena aquí la circulación de la sangre de los sepulcros, de la san-
gre de los osarios y las espadas, y el clamor del fusil del sol-
dado No. 13.
el corazón del hierro y del musgo, el mito de vino de la piedra, cuyo pulmón
de carbón de horror es resonante como las norias antiguas del
pueblo, el infinito alarido de las hojas caídas,
y aúllan los gritazos desesperados de los zapatos que abandonamos, cuando
nos matamos.

Brama el sol en los corrales del arte, su lomo de rojo fenómeno sólo
enriquece mi poema, adentro del cual menea la cola rabiosa,
sin embargo, la naturaleza está afuera, arañando, gritando, escarbando mis
imágenes,
porque mi mundo lo sufro más allá del tiempo y del espacio, en el cual re-
lampaguean los sentidos, como aperos de chileno.

Os corroyó a dentelladas las entrañas desesperadas el poema,
porque le pisasteis la tremenda cabeza de víbora, y os mordió la lengua con
sus dientes de arcángel, os partió la boca de la cara con un bo-
fetón del espíritu.
os asesinó mi lenguaje, degollándoos, como a vacadas de matanza, que no
entienden lo que no entienden.

El cadáver de Dios, furioso, aúlla en mis entrañas.

Son los germanos acuchillándose, gritando Rhin abajo, entre jaurías,
los soldados alucinados, sudados del conquistador, y las tripulaciones de los
barcos negreros del pirata, tremendamente borrachos de sangre,
azotando de escupos y botellazos al ahorcado en el palo mayor,
el antepasado mapuche, bramando los cantos de guerra, a la paz
del gran canelo.

la manada emputecida de los cosacos, a caballo en la muerte, los endemo-
niados del desierto y los místicos antropófagos, que se comen al
jefe de la tribu y a su madre, asada,
los cazadores de leones, haciendo estallar los mazazos contra la aurora de
la humanidad y los orígenes, y escuchando los sonidos de un sol
adolescente, los sacerdotes y los matarifes divinos, degollando a la
doncella desnuda, entre las hogueras y los cuchillos...

La teja caldea y el ladrillo fundamental de la Mesopotamia, cuando
humean las chimeneas de mis huesos suspiran.

Sobre la gran cebolla incendiada de los difuntos de Chile, sobre las
parrillas y las cazuelas, que empuñan su guitarra de agosto,
el chacolí del siglo aletea en las tinajas que yo comprendo,
y a las que les pregunto y les arranco a puntapiés el sentido de la naturaleza.

Aúlla la lluvia, como una gran bestia preñada, a la cual le partieron
el vientre,
el asno en celo del ventarrón le responde con rebuznos tenebrosos,
y el río bala tremendamente a la vaca de la noche, en la que la última águila
pare dos perritos blancos;
yo no entiendo la naturaleza,
el horrendo y esencial misterio de la brutalidad desencadenada, el corazón
inocente y asesino del mundo, el átomo de sangre, en sangre con-
cebido y en cuchillas y gargantas,
los ancianos propietarios abriendo su hocico de panteras
y agarrándose a los toneles, que son las raíces de las escrituras, y las cara-
binas de la ley, ellos, los perros tremendos,
con chaleco de lana, fornicando en los excusados a las hermosas señoras
católicas,
que poseen un sexo de rosa, enormemente florido de marisco divino, con el
misterio de la reencarnación entre las piernas de la lengua,
o los soldados que le desgarran a mordiscos los testículos al enemigo:
el sol corrompe a las azucenas, las mea y las ordeña, como a viejas rameras
un fraile obeso,
la luna arrasa con los iluminados, envenenándolos, y alucinándolos, con su
leche de cobre oxidado, en la cual cien monedas de humo se suici-
daron, ahorcándose.

Un caballo se saca los zapatos y dice misa ante el altar del Señor, una
joven mula le está mostrando sus calzones,
y el león de los magos y los santos le pasa la lengua por el trasero,
mientras el Altísimo, desde lo altísimo, se hace agarrar las barbas sagradas,
por el más homosexual de sus arcángeles.

Adentro del yo subterráneo, entre terribles sangres sublevadas, aúllan,
 gravitan, pelean dragones y volcanes y leones muertos,
 orangutanes y pitecántropos con difuntos dioses que son vacas, cebollas, pie-
 dras, espíritus de idiotas en deshonra, vasijas, historias, tonadas,
 palomas, crucifijos, vientres de mujeres, fenómenos, vísceras, re-
 lámpagos, sapos con zapatos de pescado, gusanos, estropajos, ma-
 rranos, ídolos que mean fuego, iconos acoplándose a perras
 sangrientas y a sacerdotes celestiales, por el ano,
 polleras de religión y chanchas, santas, tremendas, inmensas rameras divinas,
 preñadas por monos sagrados, eunucos de palo de tonto, repre-
 sentantes de Dios, que parecen putas locas, maricones con cabeza
 de angelito,
 serpientes que devienen jueces o escualos o sardinas o mujeres de onanista
 o de sodomita o sandias o bandidos u obispos masturbadores o
 notarios amancebados con conejos sabatistas, pederastas, anarquistas,
 borrachos con apio de maricón, calientes, hediondos, feroces,
 como todos los cobardes,
 sí, en el océano hermético del instinto, en el pantano del instinto, en el so-
 cavón, en el arcano del instinto, en el estercolero fenomenal e
 incendiado,
 gritan las ruinas de todas las cosas, las ruinas de los siglos malditos y las
 ciudades acuchilladas por los guerreros a caballo, las ruinas de
 los barcos anclados en el mar vacío,
 los esqueletos de los cementerios de todos los pueblos y los tiempos,
 las esperanzas despedazadas de los náufragos, sobre los cuales se levanta la
 soledad oceánica y sus siete columnas, el grito de piedra de luto
 de los expatriados y los procesados, el alarido inhibido de los
 calabozos, en los que lo lóbrego es eternamente lóbrego en el arenal
 de los presidiarios,
 el sollozo final de los últimos pájaros de las islas,
 el canto de guerra de los aborígenes y su tam-tam lúgubre, de pellejo de
 difunto, a cuyo son tremendo están danzando los adolescentes,
 la mirada infinitamente macabra del buey al cual degüellan, en sus paja-
 res natales,
 el aullido de los esclavos y los parias sociales, los explotados, los ofendidos,
 los humillados por la ley de Dios, y los hombres, las prostitutas
 y los vagabundos, los niños perdidos en los abismos de la sociedad
 burguesa,
 el ladrido de los ladrillos de las tumbas,
 el infinito clamor extraído del infinito horror, de los que mueren jóvenes,
 el sollozo de los tronos y los templos que quedan vacíos,
 el lamento, enormemente tremendo, de todos los hombres de todas las razas
 de todos los pueblos de todas las lenguas, agonizando entre bra-
 midos y crujidos de historia,
 el gritazo de la ceniza del Dios único... ..

Horror de pensar, horror de vivir, horror de crear, horror de morir,
horror de engendrar, horror de amar y de todas las cosas,
horror de escribir y no escribir, horror de la naturaleza, horror del ser humano,
horror como individuo, horror como sociedad, horror como uni-
verso, horror de la verdad, la bondad y la belleza,
horror de horrores todo, porque todo pasa y nada subsiste, sino el horror del
horror y la nada vacía,
horror de la felicidad, horror de la inmortalidad, horror de la celebridad, hor-
ror de la tristeza y horror de la grandeza y la miseria social y la
miseria psicológica y la miseria moral, horror del pasado, horror
del futuro, y horror de todos los pobres del mundo, horror de LOS
EXPLOTADOS y horror de LOS HUMILLADOS de la tierra.
horror de los que no nacieron y murieron, horror de los muertos y los hijos
de los muertos, y los hijos de los hijos de los muertos, y los hijos
de los hijos de los hijos de los muertos,
horror de los niños, horror de las mujeres, horror de los viejos, horror de las
naciones, los pueblos, los países, que son engendrados en el horror
y vegetan en el horror y son destruidos en el horror
y encima del horror perecen, gritando, a caballo en sus intestinos;
horror de estos horrendos hechos del horror que, horrorizado, yo formulo...

Ruge la muerte, galopa su sombrío caballo, por adentro de la memoria
del mundo,
y nosotros nos vamos rodando, aproximando a su gran órbita indescriptible,
en la cual aúlla el abismo, girando sobre el abismo, y llueve para
siempre,
no, agarrémonos a la sangre social, a la suerte, que es el bramido del principio,
agarrémonos a la voluntad y su gran espada desenvainada, aunque nos cor-
temos los dedos, tremendamente erizados,
agarrémonos a los propios ladridos de la derrota:
soldados sangrientos, sudando, o como llorando, encima del desfiladero del
espanto, conquistadores cabalgando su esqueleto, piratas de la más
tremenda carnicería sin enemigos,
nuestros crujen hierros de inútil configuración guerrera,
y los cascos sagrados reposan sobre cráneos tristes de burgueses;
salud, ¡oh! viejos carajos de la utopía,
revienta la hora en la cual tienen los dientes la primacía de la calavera,
y el pasado es un andrajo de borracho,
y la naturaleza está caída e inexpresable, como un rostro milenario,
y las cosas aprietan las mandíbulas.

Desde el oriente, el sol empuña su garrote de idiota,
yo estoy mirando mis ojos, en torno a la naturaleza, ulular como dos
demonios,
y el espanto está parado frente a frente... ..

LOS DIAS Y LAS NOCHES SUBTERRANEAS

Como a una espalda de años, la azota la cadena del mar, y rugé,
cuando la gran águila roja, por la cual caminan todos los muertos del
mundo, cavando sus sepulturas, estremece el atardecer ululante,
mi palabra de sol, sentada como montaña.

Tú, entre navíos y fusiles,
desnuda como un puñal de oro, con sólo un ojo en la cabeza de plata santa,
con la lengua untada de miel y chirimoyas,
expandiendo el maíz y el frêjol y las chichas y las fogatas y las hojas de
marzo,
rodeada de maderas y gallinas y flores y buques y reyes,
sentados en la funeral piedra, a la puerta de los pueblos antiguos, comercian-
tes en aceite,
con tus tres retratos en la cara.

Ganados y canastos, la gran azúcar negra del crepúsculo,
de donde emergen los cuervos, estrellándose contra los cementerios subterrâ-
neos, contra los crâneos de Dios en la tiniebla,
y adentro del cual las azucenas paren lagartijas,
o pescados de sangre y de muerte, llenos de lluvia, como los castaños del
Sur de Francia,
o estrellas de vidrio o palomas o la agricultura...

Sí, naciente, relampagueante, surgente,
a la manera de las pataguas llenas de torcazas del año,
y también religión en los viñedos,
cubres mis poemas, la cuchilla social, el amor, la tinaja eclesiástica, en donde
arde y rugé el vino,
poderosa, Winétt, estrellada por el grito del cielo,
clamante, como un álamo trágico, a la entrada de la estación caída,
viajera de los abandonados pueblos y los cortijos,

en los que murieron los dueños, y todo es pasado, antepasado, pretérito, como
el último lanchón de las bahías,
y llegas, cantando la tonada matemática de las cántaras,
toda de humo, fina, sin tiempo, guinda de aquellas huertas inmensas, que
engendran la primavera.

Sobre algas fuertes como sexos o coyunturas,
y árboles submarinos, cargados de moluscos y pescados y patos santos y
canarios de océano,
gravita tu cabello adolescente.

Un caballo mineral galopa la historia,
y ha anclado un gran navio en tus pupilas, un gran navio empavesado
de banderas corsarias;
soy como forjado a cuchilla,
hecho a balazos o a hachazos, con la herramienta de piedra de las cavernas,
con el combo de los herreros,
con el puñal de los que afrontaron la suerte y la muerte, cruzados por el
cinturón de los héroes,
con la voluntad afilada del cazador de tiburones o de elefantes, con la mo-
chila del espía y el pecho de hierro y cruces del soldado y del
pirata,
con el elemento colosal del panfletario,
del orador de masas, del político dramático, que tiene un dedo de fuego,
con la espada del alacrán, clavada
en las entrañas de Dios, como un corazón colorado,
o una gran idea,
con las plumas de los recuerdos extranjeros,
con el león de ceniza, que está rugiendo en la soledad de las culturas,
con el gahzate de los asesinos,
con el canto enorme y augural de los carreteros, de los arrieros, de los pa-
lanqueros de la aurora...

Aquí, el chacal de los presidiarios siberianos, aúlla,
el toro del Sinaí, la lepra judía y el estercolero de diamantes elementales,
las tetas hinchadas de sol, entre los cuernos de Dionysos,
el desierto de asfalto sin ruedas, fruta de goma regia y vientres de serpiente
o idolo o ébano,
el tambor de cuero de muerto de los guerreros del occidente,
el veneno renacentista, en la azucena de esmeralda y ópalo de las marque-
sas, que arden perfume y sexo,
el tam-tam oscuro y precolombino.

Palparás las entrañas del cielo y del mundo,
oirás su grito de piedra, cortado y desventurado, sin lágrimas,

porque el hombre creó el dolor y el sueño,
sentirás cómo te crece, entonces, un gran árbol infinito y amarillo en medio
de la lengua,
cómo Tamerlan y Lenin te saludan desde la muerte,
y cómo tú comprendes por qué el héroe bolchevique es imprescindible para,
en carne y sangre, entrar a la historia, entendiéndola,
cómo se refieren el mundo, el sol, el trigo, en el pan cotidiano...

Con sólo andando el Gran Poema, en el vértice de vértices irás
distribuyéndote,
haciéndote cosas y sombras y espíritu,
tú que eres una canción pura, de torrentes y finos puñales,
tú que empuñas la bayoneta florecida del himno,
tú que vienes, siempre, desde el origen de los números, entre terribles pieles
de víbora,
y estás en la libertad crucificada,
bajo el signo social de la hoz y el martillo, y la persecución de los antro-
malvados acosándome, desde el pelele

Guitarras sin figura, como pájaros viudos,
cantan en las almenas, en las murallas de la edad del tiempo,
y el sol ruge como un toro.

YO CONTRA YO

¡Qué tempestad, qué corazón, qué buitre enorme, vestido de piedra,
un silencio de espectros de la base humana, de las orejas de la materia, del
vértice dramático,
y un sol náufrago, condecorado de alaridos!...
¡qué responsabilidad de masa inútil y acuchillada!,
¡entre vestiglos y banderas,
un hombre y un mundo, los dos ladrando a la última luna de los últimos de
los últimos crepúsculos,
y aquella gran cuchilla de laureles, que parece enormemente,
un racimo de uvas, un vientre de diamante, dividido en tres mitades, un
saco de muertos
y de edad, en la milenaria tiniebla!...

Entre águilas y espadas,
águilas y guitarras,
águilas y manzanas, y un puñal gótico.

El costillar del Faraón, desde el cual rugen un río de licor funeral,
coronado de moscardones, de ataúdes, de corazones negros con
azul adentro, de costumbres y de naciones milenarias,
el dedo inmóvil del caballo de Atila,
la vejez de tambores de pellejo de esclavo, en la cual naufragan las barbas
de Jehová y sus ejércitos, a la orilla del río enorme, en donde
braman las tumbas de los líderes,
la tremenda corneta de oro, que tocan los guerreros muertos, en el invierno
de Shanghai, el grito
de Sócrates, cuando la intimidad desgarró la serenidad socrática, como una
enorme tromba de océano, las mejillas del niño, y las naranjas,
la caballería colosal, que galopa los crepúsculos del dios abandonado,
—el Buda, el Cristo, el Wotam, el Júpiter, todos con olor rojo a cebolla, a
sexo, a paloma, a orangután humano, a caverna, a asesinato en
las montañas—,

y desgarrar con los cascos manchados y ensangrentados la sábana de la
mar eterna,
el bramido de los imperios muertos, entre cenizas y batallas, sujetando los
pájaros del sol con las mandíbulas,
la santidad de hueso viejo de las multitudes heroicas,
que nacieron, crecieron y murieron con el resplandor de Dios inútilmente
florecedo en las pupilas,
aullantes de eternidad y terror animal ante la muerte,
estrellándose, azotándose, derrumbándose contra las guillotinas sagradas,
hambrientas, entre azotados y ahorcados,
el moscardón sin alas, que bramaba, rugía, gritaba en la soledad del Ecle-
siastés judío,
la pluma tronchada y feroz de los poetas anónimos,
el regimiento espantoso de la Catedral avanzando contra los elementos...

¿Por qué y en qué depósitos de material podrido y oscuro,
en cuál fábrica roja, establecida en las entrañas del ser y su impetu, me voy a
asesinar,
degollándome, con mis propios errores,
dejando los sesos botados en los nidos de los mitos, en su terrible llama de
plata, toda espectral, y sola y toda rota eternamente?... ..

Cruzando lo milenario, me ascienden desde el vértice, pueblos y látigos y yugos,
el cráneo del hombre de Neanderthal, esqueletos que recuerdan, entre cavernas
inmemoriales e hilachas de siglos, la llaga social de los grillos
y el azote de la humanidad, sepultura y ataúdes,
en los que florece el rosal del amor todavía,
tumbas de niño, que poseen un roble o un sauce de zafiros, por relámpagos
incendiado,
o un trueno de oro, que estalló en el atardecer terrible,
o una gran botella, a la cual le desgarró las entrañas santas el rayo,
países con la cabeza en el vientre...

La angustia está parada aquí, medio a medio del medio a medio, cara
a cara, frente a frente del frente a frente:
truenan las lágrimas por el rostro del mundo, con un sonido de carretas
de cosechas, o con un bramido gutural de los adoradores de
animales,
y en los barrancos de Dios aulla el muerto.

¡Sí, vivir y escribir y morir, solo,
hilando entre los dedos sombra, y sombra de sombra,
arañando sombra, escarbando sombra,
comiendo sombra, mordiendo sombra, diciendo sombra,
entre sombra y sombra,

tenebrosamente, hoyando lo inclinado, lo tremendo, lo desgarrado del límite,
que comienza y termina en la obscuridad absoluta!... ..

Tú y tu alma de anillo en flor o de serpiente cristalina
están conmigo, a la ribera del océano, mirando cómo rugen los cadáveres,
mundo abajo, cómo se derrumba el envigado del universo,
y, en la santidad de tu cabeza hay tinieblas,
y cenizas de volcanes muertos y soles y ciudades hundidas en la desgarradura
colosal de la desgracia,
y un crepúsculo, en el cual zarpan, llorando, los barcos del mundo,
porque tu pelo conyugal toma el énfasis triste y grande del árbol que da
semilla, y refiere
una gran fábula a los corderos...

La orquídea sensual y satánica, que posee un sexo enorme y caliente
de virgen viciosa,
el Moscú de oro y sangre y barro, en el cual bramaba el falo de Pedro el
Grande,
la civilización hedionda y oscura, con pelos tremendos, y pequeñas ubres
de andrógino, en su masculinidad terrible, el sapo
de fuego, que babea la religión, la llama y la planta
velluda, negra, color sangre negra, con cerebro negro y sobacos, el hígado
azul y fundamental de las montañas,
lo que me es presente y terrible, castigándome, como los pecados sin ojos,
que viven en las tinieblas.

Tengo mi pueblo edificado en los sollozos,
a la orilla de la locura, entre enormes vientos y enormes fuegos y enormes
cielos de acero,
que se desgarran, como los vestidos de la chirimoya,
de la misma manera que el corazón de los héroes, que es como un animal
aparte, escarbando las entrañas desesperadas, arrasando,
la habitación sangrienta de lo heroico;
cantando en miel, echas tu flor de durazno y tu gran primavera nevada,
tu actitud de azúcar de higo o de vino asoleado,
tu abecedario, plantado de manzanos y cerezos, en los que lloran las tinajas
de junio y julio, y maúlla el pabellón del otoño;
es el horror de comprender que atardece,
que, irremediamente, el occidente se llena de esplendor doloroso, y un
vagabundo son afila sus cuchillas en los pueblos del cielo,
que se acerca la calavera en su carro de Francia,
y el ornamento de terciopelo, que da al funeral la calidad de los siglos,
emplazando al oro oxidado de las marchas mortuorias,
que las personas del barrio no existieron nunca entre sus panaderías y sus
proverbios.

porque no existió sino lo que fué subjetivo,
y no existimos nosotros más que, apenas, en la irrealidad vecina, no existimos sino en su existencia, sino en sus seres abstractos,
crucificados,

en la órbita de las apariencias,
entre los dos murciélagos, a los que se les caen las hojas ahora;
y es inútil empuñar la soledad y azotar el siglo,
o detenerse, de repente, a la orilla de la propia cabeza, interrogándola, porque nadie le responde a un muerto.

Jamás ya tornarás desde afuera, te buscaré, inútilmente, en los mundos,
porque tú eres yo mismo, yo solo, yo vivo, y tu cielo de tal manera es mi cielo, y el cielo de mi aldea,
que, arañándome el corazón, te quiero sacar de sus entrañas, Winétt, para besarte, contra mi mismo,
a espaldas de mi mismo, a orillas de mí mismo, entre los cerezos y los viñedos, que remontan la bala remota del espanto, a la grupa de cien bueyes de luto,
semejante a quien se sacase los ojos para verlos, o a quien buscare a Dios entre los hombres.

Andrajos y degüellos, la santidad genital de los mártires,
los dioses cabrios, peludos, sangrientos, en los que la sexualidad revolotea, como una gran salamandra deslenguada
y la oración bestial que le desgarrar el sexo a la virgen,
el himno social, el canto coral con las entrañas ensangrentadas, desenganchadas entre los cultos fálicos,
la misa mágica, erizada de maquinarias sexuales y símbolos tristes,
y vestiduras, que emergen entre casullas y liturgias el narciso feroz del sacerdote,
el orangután caliente y sagrado,
sangre-vino, pan, vino-sangre, y el resplandor satánico y dramático del cáliz, todo
lo complejo y subterráneo de la unidad, todo
lo todo, que aúlla y está ardiendo y gimiendo en lo pretérito.

Exactamente, por eso, adentro de mí está rugiendo el estómago del petróleo, y la cópula del mineral se enciende,
abriendo sus babas azules, y grita la electricidad, y la historia de las entrañas del universo
revienta en las violetas de agosto, en los pulpos y los cerdos del poema,
en el amor de las amapolas literarias, que son horriblemente corrompidas,
horriblemente arbitrarias, horriblemente enemigas de la naturaleza,

y, cuando yo desgarré el lenguaje, es porque en mi corazón se rajan las
montañas,
o están pariendo las leonas, sí, las leonas que paren banderas y cuchillas en
los patíbulos.

Al anochecer, se confunden la espada con la violeta,
el que peleó en cien batallas y el truhán son dos crepúsculos tremendos,
en los que el tambor de Dios toca sus marchas lúgubres,
a la orilla de un camino, en donde los viajeros son muertos, viejos muertos
que conducen muertos;
y cae el héroe, con sus hilachas y sus medallas,
de la misma manera titubeante, a igual abismo sin ventura, sin esperanza,
sin grandeza,
sólo, como toro en campos de matanzas.

Todos son vencidos por todos: el coolí milenario y degollado, que
se pasea, sin cabeza, en la multitud histórica,
el que jubiló en la plaza pública, celebrando la primavera familiar de las
criadas,
el que iba llorando, desde Madrid-París-Berlín, al Stalingrado colosal, y,
orinó en las ciudades del Bósforo y del Báltico, la gonorrea per-
niciosa que le regaló el amor de la Mesopotamia,
el que sintió aullar el hambre en las entrañas, y, al estirar la mano, recibió
un insulto o un latigazo o un escupo en la cara,
el héroe-héroe, al cual las muchedumbres eminentes le regalaron una gran
casa dorada y un sepulcro, precisamente, allí, en donde conver-
gen todos los caminos del mundo, en el que se pudrirá dichoso,
el que fué un traidor a su clase y a su madre, como Marcos Chamudes,
y el que suspiraba en las provincias, entre naranjas y violetas y tinajas,
siempre como de novio con las aceitunas, o fué un hereje, un
apóstata, o un idólatra, a quien mordieron los perros, las mujeres
y los pueblos.
el tonto de plata o de piedra, que se parece, enormemente, a Neruda,
el lacayo, el basurero, el verdugo, el Presidente de la República, el policía,
el bien llamado Lenin, Lenin, el más grande entre todos los hombres
y los dioses,
el que siembra oro en tierras de oro y siega oro con cuchillos de oro,
manejados por esclavos negros, por obreros negros, por hambrientos negros,
por enfermos negros.
traicionados por los krumiros,
y el que vive a la sombra de una mujer, de una nación o de una vaca, y
el que se arrojó contra las trincheras del capitalismo, y se des-
garró las entrañas, como comunista, y el santo de los suplicios,
con Dios crucificado en la endocrinología,

y el que empuña la epopeya de los regimientos,
y el que mata a la amada, y se mata, disparándose un tiro de montaña,
destrozándose las quijadas, a patadas, furiosamente,
el bolsudo y el cornudo, que se orina en sus queridas, como los perros de
las esquinas del barrio,
y el que nació con la barba crecida, y murió, ha setenta mil años, en una
gran batalla, en la cual fusilaba su corazón, el niño y el viejo,
la hermosa mujer y el fantasma y el artista,
que iba montando un caballo de sangre, al cual le resonaban las herradur-
ras europeas,
todos, espantosamente todos, horrorosamente todos,
el que, en función de pensar, agarró a dentelladas a los idolos, haciéndose
iconoclasta, porque lo puso furioso el espíritu,
y el luchador social, lamido de vacas,
todos, apabullados, agachados, arados de años y desventura, acogotados de
terror y sudor, arañando las apariencias, escarbando las aparien-
cias, se derrumban en la muerte, sudando, todos,
y llenan de ojos la tremenda noche de los cementerios.

La tragedia social araña nuestras espaldas,
y el significado de acordeones indecentes, que poseen los andrajos desven-
turados, que el capitalismo arroja a las alcantarillas del invierno,
como huesos para muertos, como golondrinas degolladas, o como gloriosos
estandartes de podredumbre,
nos golpea la persona, la personal congoja, la historia de incertidumbres
épicas, y el drama inútil que somos,
a la manera del vendimiador, cuando estruja las uvas.

Retorna la flor del siglo con su vestido de muchacha:
sin embargo, nosotros no comprendemos sino el otoño, el otoño y sus pu-
ñales de hambre y oro, apuñaleando un clamor pasional, el otoño,
en el cual se degüellan los potros,
el otoño, que tiene los pies helados...

Humean las fogatas del atardecer de los recuerdos,
huele a pan y a angustia el sol asesinado, y suenan las cadenas,
y los grillos malditos de los presidios,
la órbita mundial, sellando sus candados emerge y brama
el cadáver de los adioses...

Canto Al Ejército Rojo

1944

¿A cuál entraña virgen le vaciaste un mundo de fuego, y te forjaste,
en condición de espada y mito?
¿De dónde emerges tú, ceñido de banderas ardiendo y cabezas de tormenta,
criatura asombrosa, la cual abarca mil leguas reales de punta a
punta del corazón?
Carro de oro de la antigüedad, ¿en qué océano de sangre hirviente se
bañó tu cara de gloria?

Rumorosas bayonetas, amapolas de sol, dan grandes vacas dulces
y extranjeras, nacen los padres-rios en ti, y su gran barba
conyugal se incendia en el ciclón de horror de las batallas, en
cuyo enorme y gigante lomo cantan las naranjas, con su pollera
de jovencitas estudiantas;
un caballo de espanto te cruza, gritando con una puñalada en la garganta,
mientras tú montas tu león, aparejado con la montura de Dios en las
montañas del Génesis,
todo de rojo son libertador ungido,
los antepasados de Alemania besan tu frente de sauce tronante y de jornada
de toro,
y la Humanidad se te entrega en su lecho de llanto.

Si, las antiguas sombras del Señor de los Ejércitos te sonríen,
la voluntad mundial de Stalin relampaguea en su cuero de siglos, picoteando
los acrisolados fusiles proletarios,
y la ley divina te ampara, porque EL SOLDADO LENIN marcha a la
cabeza de tus héroes,
desnudo, tremendo, glorioso, desde la muerte, atravesado de inmortalidad,
resonando, todo enorme como un tambor militar,
con la sociedad emancipada a la espalda.

Eres un lagar bramando y un jardín rugiendo,

la cólera de Dios bendice tu piedad, Dios camina, gritando, junto a tus
 soldados de asalto y categoría
 (altos niños santos de azúcar y sangre)
 y un buey radiante ara los terrenos de tu epopeya victoriosa, cosechando
 estupendo pan de sudor, arrecido, furibundo, en el cual una
 paloma feliz
 pone un huevo de lágrimas, bañado de palacios blancos,
 para las familias de los obreros emancipados, alegres, como enormes ancas
 de vacas;
 los agricultores y los poetas te abrazan, vestidos de abis
 como el viñador a su padre, como los cachorros a la montaña inmortal del
 relámpago, como el ciego a la aldea natal, lo mismo
 que la madre selva sagrada a la pataguna;
 alumbra tus entrañas el abastero, con su traje de carne oceánica, ancho y
 claro, como patio de provincia,
 el carpintero, el albañil, el alfarero, cocidos en madera y barro, la capa
 inmensa,
 de piel de tempestad, enarbolada en el pecho de fierro del minero, del
 labrador que raja la montaña y siembra adentro huevos de
 muerto y ventanas-cataclismos, o rayos pintados de olor
 agonizante, del cavador de tumbas de niebla,
 el pollo de guitarra de los zapateros y los ganaderos rurales,
 el gran ataúd, parecido a un barco submarino, de los pescadores inocentes
 en su ojo azul, solo, medio a medio de los hombros;
 hay carretas de heno y hay monturas y tibias de cosaco o de corsario,
 y el huracán del explorador Admunsen en la honda y remota hoya antártica,
 remece tus cabellos, y tu voz de túnel,
 e Iván Pavlov, el capitán de "los reflejos condicionados", está dormido
 en las riberas de Timoshenko...
 ¡Oh sol! ¡Oh caballo de Dios! ¡Oh Todopoderoso!, eternidad y raíz
 colosal de la especie, poeta de trinchera,
 entidad inmortal, como el átomo, inmortal e inmortal de inmortales,
 inmortal por los aposentos maravillosos de tu levadura y por tu gran
 placenta maternal, inmortal como hecho y como sueño, saliendo
 del misterio eterno,
 inmortal, por la inmortalidad avanzas con tus trenes blindados y tus
 aviones, inmortal, inmortal, inmortal.

¡Oh! Heráclito con relámpagos para tu gran Escuadra,
 oloroso en tu pellejo de durazno y de aceituna infinita, recordando al altar
 inmortal, en el que crece para siempre el antepasado de los
 dólmenes, inmortal justiciero del asesino;
 ¡quién es capaz de mirarte, cara a cara, en la faz y cantarte, ¡oh! iluminado?,
 quejido de herramientas y martillos con quejido, la artesanía de los botijos
 y las vasijas en los ritos mortuorios del "Libro de Los Muertos"

y la gran Pirámide solar, al Satanás domando del desierto, el
hueso de perro de los rebenques del fundador de ciudades,
todo comercio de esclavos y la prostitución redimes..

Pueblo en armas, reivindicación de millones de años de llanto,
avanza, avanza, con el Mariscal Joseph Visarianovich Dugasvili STALIN,
en su gran leona vegetal,
la historia está a tus pies, como la gallina bajo el gallo,
que la tempestad de sal de tu metralla raje el vientre triforme del
imperialismo y haga parir al mundo un canto de liberación
proletaria,
y que el potrón colosal de la clase obrera enarbole su látigo,
encima del lomo de los verdugos de los pueblos, su látigo de setenta y una
serpientes, con siete ojos de oro y de rubí, mordiendo, su látigo
trascendental y tremendo
como la inmortalidad de Dostoiewsky y la flor del pan.

No gran máquina militar, no disciplina, no jerarquía,
sí disciplina, sí jerarquía, sí gran máquina militar, de la organización
estratégica, himno con hocico de hierro, águila de pólvora,
canto de fuego y de ferrocarriles, tú, que sales del vientre de
la U. R. S. S. maternal,
¡oh! animal de resplandor e hipnotismo, cabezas pisando cortadas;
areópago y montaña azul, pala santa, viento hecho fuego en las generaciones,
montura de crucificado;
os entrego la heroicidad humanística de Marco Polo,
el grito general de Martín Alonso Pinzón, y la voluntad cuadrada o
matemática de Mahoma, en el día inmenso de los orígenes y
de la Egira — que era una yegua de asfalto —,
el pecho de perro y de santo león, de Job, en el corazón de la Mesopotamia,
la pelea estupenda de Jacob, hermano de Esaú, con todos los demonios de
los desiertos o el enorme Dios de su egolatría,
el terror de Agar y de la viuda de Nahim, todo completamente hecho de
sangre,
y la tinaja de miel de Ruth, la cual venía arrastrando su zapato de durazno
con su terrible yunta de picaflores,
el cementerio de pirámides de Amenophis IV, el hereje del gran funeral
a la memoria del Nilo,
la horda terrosa y amarilla de Gengis-Khan, investigando qué es el
heroísmo y el infinito, por los desfiladeros de Birmania, con
un pellejo de aguardiente encima de los cuernos directos, hechos
de pueblo y patria,
el clan de degolladores y laboradores de cabezas de horror, de religión, de
terror y piedad de los indios jibaros, contra el invasor bestia,

las pacíficas burguesías idílicas de la inmortal Alemania popular, que
 "comía ganso, toro y cerveza", como el buen Arusa de Egipto,
 y "quemaba incienso para Osiris".
 la monumentalidad de Miguel Angel, el cual lloraba en piedra sus terrores,
 el sol de la espada sacrosanta de don Juan de Austria y la natural pluma
 de cuero de Cervantes, que se parece a la esfera del mundo y
 es su origen, el pingajo
 sobrenatural de François Villon, flotando y gritando en la Plaza de la
 Concordia,
 los carromatos ensangrentados de Atila, brillando al atardecer, por la
 defensa y la grandeza de sus pueblos, entre fogatas, entre
 vasijas, entre monturas y látigos pálidos,
 el gritazo fenomenal del hombre de Pekín, frente a frente a la primera llama,
 el vozarrón con sensación de Emperador del Cid, y su pellejo de guerrero,
 que relumbra, en Babieca, como plata o cuchilla santa, en su
 armadura castellana, impoluta, trágica, y su bastón de varón
 ancestral enfurecido, como un cacho de alcohol de muerto,
 el son materno de la alfarería hitita, ardiendo en siete ciudades más abajo
 de la Hus caldea,
 los aquellos altos y vagos cantos de la marinería en las bodegas de los
 veleros corsarios, levantándose de grandes puñales y esqueletos,
 a la orilla de las horcas eternas que forjaron Gran Bretaña,
 el grito de los castillos, entre los cuales subterráneos aullaban los pueblos
 debajo del caballo de los Señores,
 la poesía destruida del inquilinaje, el quien remonta por un callejón de
 soledad, al comenzar la noche tremenda su canto de sapos que
 son recuerdos, y toda la piojada SANTA de la profetización de
 Paracelsus y Jacob Boehme,
 la vieja querella de miseria que le plantearon al Faraón los esclavos del
 antiguo Egipto,
 la cuchilla del portavoz que escribió, por su mano con muerto el "Mane-
 Teecel-Phares" de los explotados de Babilonia, sobre una gran
 muralla de vino de siglos,
 el amanecer dramático de Espartaco sobre la espalda ensangrentada del
 siervo con el siervo yuntas hechos,
 la inmensa revolución político-social-estética de Abraham, el gran
 sacerdote-hereje, patriarca y reformador y legislador religioso
 que, en todo lo santo, santo de la montaña, degolló la teofagia y
 los asesinos sagrados,
 el viento negro de los magos caldeos, buscando lo santo en la astrología,
 y lo santo santo de la predicación popular de "LOS
 ILUMINADOS",
 los testimonios de Elias, el profeta, que incendió su tiempo con su carro de

fuego, arrojándose mundo abajo, aterrado, bramando, con Dios
 en las entrañas,
 la investigación hechicero-quiromántico-plebeya de los sacerdotes druidas,
 flúidos, tallados en óxido de plata, marinos y metafísicos,
 y el sayal congojoso del grande fraile mendicante, el cual hacia sonar el
 terror, entre los esqueletos y las calaveras del siglo XIII,
 o la matraca de las antiguas cuaresmas oscuras, en el ataúd de lo pueblos,
 gritando,
 la tragedia de poeta de sepulcro, Gutenberg, inventor de los libros usados,
 y su muerte de pobre histórico en hospital inglés, por haber
 enriquecido la industria y el porvenir sombrío del género humano,
 el comercio de acero intelectual de Cristóforo don Colombo, judío de Italia,
 que se extrajo un Hemisferio del esqueleto,
 el llanto, tremendamente santo de los esclavos encadenados en los buques
 negreros, con toda la negra negrura del Africa en las hondas
 bodegas y el terror ancestral del pirata al cual explotan los Imperios,
 Drake y Cavendish en los subterráneos de Inglaterra, cavando tumbas de
 castas, borrachos,
 con la sangre de clase, que sacrificaron, con lomo y todo, al león colosal
 de Liverpool, o a la prostitución internacional de Marsella,
 heroicos, idiotas, mugrientos varones de patíbulo en cementerios-mausoleos
 durmiendo,
 perros de fuego, con hueso tremendo de funeral salvaje en las mandíbulas
 y chaleco de cazador frustrado o de Notario por Isabel II, capado,
 la agonía patibularia de Hierolamo Savonarola encima de las piras del origen del
 Renacimiento,
 la cantata total del RESENTIMIENTO de Rabelais, quien inventó un
 universo de poesía, y se metió en él, pagano popular, soberbio,
 por la libertad de la inteligencia,
 la gran montura de plata y piedra de don Luis de Argote y Góngora,
 creador y cura español del arte,
 el precio de pueblo de los ritos ígneos de Melquisedec y la ortodoxia pode-
 rosa de la Francmasonería, peleando, por debajo, las batallas de
 las ideas, como terribles mundos,
 Marat y la Comuna, ajustando la máquina ensangrentada de la Revolución
 Francesa a la gran viscera popular contra los verdugos de
 Francia: LA GUILLOTINA,
 aquella la calavera inmensa y vagabunda de Cromwell, el dulce héroe Oli-
 verio, que fué enterrado y ahorcado en panteón de Emperadores
 e ignominia y cuyos viejos y muy flacos huesos recorren los
 negros Museos —en los que defeca el cornudo— y las librerías
 polvorientas,
 además la carroña de Tut-Ank-Amón, yerno de Nefertiti, la hermosísima,
 hecho majestad y pueblo de compraventa en los milenios,

la dual estampa de Moisés, creador de Jehová, en el Sinai, de la Arabia,
 quien organizó y agonizó en las cúspides de las cúspides, entre
 los golfos de Suez y de Akaba, porque toda LA CULTURA
 BAJO DE LAS MONTAÑAS,
 el poema bestial y social del joven Arthur Rimbaud, antes de hacerse
 comisionista en especulación de "EBANO",
 el llanto de palo amargo de los asesinados en los pogroms y el clamor,
 MALDITO por LOS MALDITOS, del judío azotado de escupos,
 expatriado en la soledad incendiada del errabundo infinito,
 la redención del cargador negro, en negro hecho social estipulado,
 y la prostituta, tremendamente pateada en el vientre por el rufián en las
 casas de citas, cuyo horizonte es grandemente desventurado,
 el sudor y el clamor de los vendimiadores, y sus claras mujeres, cargando
 sol maduro y azúcar o vino futuro con los estómagos vacíos por
 magros salarios de andrajos con espanto,
 la conspiración de Catilina contra la burguesía, como de oro negro,
 la faz inmortal de Sócrates irguiéndose desde la muerte, que iba andando
 hacia el corazón más varonil de su época, y diciendo, perfectamente
 derecho: "CRITON, NO OLVIDES QUE DEBO UN GALLO
 A ESCULAPIO, Y PAGALO",
 Empédocles y Demócrito arrojándose al materialismo, a la manera de un
 lago de fuego,
 Lao-Tsé y Li-Po diluidos de infinito en infinito, infinito, humo en humo,
 agua en agua, eco en eco, como vasija de vino vaciada al mal,
 Jesucristo
 gritando, medio a medio del mundo de dos palos cruzados: "¡PADRE,
 PADRE MIO!; ¿por qué me abandonaste?",
 el luto enorme de Lincoln, libertador de los esclavos, asesinado por los
 esclavos, en la cabeza de Norteamérica, en combate singular
 con los enemigos de su patria, recién parida en el Mayflower,
 el pabellón de cóndor popular de Luis Emilio Recabarren y su carro de
 santos, arrastrado por cuatro caballos de plata,
 la barba agraria del padre Marx, ancho como un barco, a cuya cabeza de
 titán le rugiese un león muerto, ha setenta siglos, en las batallas
 del Mahabarata, la lluvia inmensa y tremenda
 que cubrió los rostros remotos de los condenados de Chicago, cuyas grandes
 bocas bramaban como fusiles o como volcanes,
 el genio del pueblo, que gritaba en las trompetas de Jericó, cuando el Arca
 de la Alianza, cargando sacerdotes castrados, relampagueaba su
 religión de sangre terrible de cuchillas y gargantas,
 el saco de lágrimas en la espalda desventurada de los eunucos, que veían
 orinar a las señoras con el ademán de las yuntas,
 el horror de todos los complejos de castración —origen de religiones—

que desembocaron en los hospicios y en las iglesias, y estaban originados por antepasados hambrientos o sifilíticos, por la vida interna de los castrados, los llantos rajados, como polleras de tonto, de los tuberculosos, los borrachos hereditarios, los dementes precoces, y el grito de los mendigos de la China, sembrando costras de lepra, cuando los pasaron a cuchilla los otros hambrientos, desde los viejos, negros versos bíblicos, hasta la gran época de los Monopolios y las acumulaciones de capitales en los inmensos "trusts" financiero-bancario-especulativos, subhumanos, subterráneos, subcansados por la mendicidad agonizante, la osamenta estupenda de los que murieron, encadenados por los tiranos en los tenebrosos calabozos espantosos de los castillos o se los comieron los bruitres o los tigres de la tronera feudal, la gran audacia de las degolladas, por haber violado el cinturón de castidad y el terror del hombre enorme de la Máscara de Hierro, el arrastre congajoso y polvoriento de los endemoniados, los alquimistas, los hechiceros, los sabatistas, los taumaturgos o los astrólogos, hijos del pueblo, equivocados, servidores de grandes señores, entre los cuales florecía la demagogia, el corazón social de los terroristas rusos y los anarquistas ahorcados por heroísmo, la fe cuajada en los dragones, en las vacas sagradas, en las serpientes o los elefantes inefables, allí, en donde ardiesen en Dios Buda y Confucio, o en el país de las espadas santas y el Sol Naciente, antaño, hoy azotado de militares y comerciantes "amarillos", los gatos sagrados y las cebollas divinas de lo egipcios, los grandes dioses crueles de los fenicios y los caldeos adivinadores de naciones, y el dios babilónico, degollador o flagelador de sus súbditos, toda la creencia de la plebe latina despavorida y los primeros piojosos cristianos de las Catacumbas, capados o alucinados por el Señor, para el servicio de las divinidades sanguinarias, que reflejaban la miseria, la avaricia, la tristeza, la geografía y la geología, o la lujuria desesperada y terrible, el clamor popular de las catedrales de la Edad Media, las que sonaban como campana real, y su sol rotundo a muchedumbres o a multitudes futuras, que gritarían la polvorienta cabalgata vagabunda, a todo lo ancho de la historia, representándose, como retratos del Estado y las Teogonias, hechas por las fieras de la santidad, el piano-árbol de Juan Sebastián Bach, cargado de naranjas o castañas o manzanas o vino inmenso, y los templos ateos de Wolfgang Goethe y de Beethoven, el desmelenado, el bordón de los trovadores y los atorrantes de la poesía que expresaba el

feudalismo, como llanto, la bota vinera de los bardos, el arte gigante y secular del vate, ensombrecido por los siglos huidos, como la espada del conquistador en las tinieblas, y su montura de héroe, cruzada de relámpagos y esclavitud, la honda y la lira de David, la miel silvestre, en cueros de fierro de Juan Bautista, el Ensenio, y su Salomé, que lo degolló porque mucho y tanto lo amaba, los piojos sagrados del anacoreta, el ataúd de los oradores populares, apedreados por los tiranos, por los lacayos de los tiranos, sobre la sangre y los degüellos de la de San Bartolomé y las masacres políticas, iguales en Jerusalén, en París, en Madrid o en la Manchuria, ensangrentada en su juventud, el dolor peleando con el terror de las tribus errantes que buscaron los pastos y el amor en las colinas del Mediterráneo de entre las cuales emergió Roma, a las orillas del Nilo, del Ganges, del Sena, del Rhin, del Hudson, del Ródano, del Guadalquivir, del Amazonas, del Tigris y del Eufrates, del Titicaca, del Orinoco, del Guadarrama o del Amarillo, del Golfo de Persia o del Mar Negro, del Bio-Bio frutal, al pie de los Urales, de los Pirineos, de la Sierra Morena, de los Apeninos y los Cárpatos, de los Himalayas, del Gaurisankar y los sagrados Andes americanos, en las mesetas del Altiplano, de Castilla, de la Mesopotamia, antiguamente mágica, del Tibet, o en la gran hoya hidráulica-antártica, en la cual solloza la ballena azul sus golondrinas, y está nevado el frac de los pingüinos, y tallaron el huracán de Dios en los cuernos de los renos, asesinando bestias con flechas de piedra y cuchillos de sílex, que son los lobos padres de la religión, el proletariado oficial, comandando los sindicatos, y la política dramática del hachero milenario, espantosamente y tronadoramente sepultado en el obrero militante, palanca de nuestro hondo siglo y su imagen, el instante del "shock" y del colapso mundial, en el que Heráclito, el Dialéctico, frente a frente a la historia paralizada, dijo: "TODO FLUYE", o cinco milenios después, cuando, abriendo un tajo de mil años, el Manifiesto Comunista pronunció aquella frase soberbia, que aun resuena: "un gran fantasma recorre Europa"... y definió la lucha de clases, y el minuto en que Platón percibió la intuición de la Atlántida, la hora absorta de pólvora de Waterloo, en la que el error del Mariscal Grouchi, impidió, por consolidación del soldado, que la egolatría napoleónica se sentase a fumar encima de Europa, el siglo de un día en que Dios detuvo el sol sobre los judíos desarraigados de Josué, para que señorease el Decálogo, a caballo en todos los pueblos,

la circunstancia estelar y espantosa que originó la autointrospección de Pablo de Tarsos, herido por el rayo divino de su yo y su neurosis, el cual haciendo de la predicación del Tiberiades un clan político-demoníaco que echó abajo a Roma imperial, esclavizante, después de ser mercader y verdugo, se entregó a los desamparados, apredreándolos y acuchillándolos, la eternidad, desde en donde adentro de la zarza ardiendo, que eran sus cabellos, Dios se dirigió a su Caudillo, y aquella voz del Todopoderoso, que se desgarró rugiendo: "Caín, Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?", el chivateo popular-demoníaco de los surrealistas, su gran magia, lograda en blanco "lapsus" falso, de colchón de sudor, de hechicería de cocina y mercado de aldea, la condición onírica y dramática de su intelectualismo, vaciado en los andrajos del infraconsciente, y las carnestolendas del negro, a cuya negrura, el negro sueño negro coloca flecos negros de vientos negros ennegreciéndolos, la cual lujuria es desgarradora y proletaria, y está debajo de una gran callampa negra, que desgarrar los vestidos y es tan negra, que es más negra que la negra muerte, con su dentadura luminosa, en lo obscuro, la copa de sangre popular, sangre-carne-sangre de Dios, al cual devora el sacerdote en el sacrificio de la Santa Misa, los zapatos desesperados del emigrante, a los cuales se apega la tierra natal, con su atado de mujer, llorando en todos los pechos convulsos, toda la sombra, la sombra, la sombra inmortal de los cementerios extranjeros, en los que muere la muerte lluviosa, arrinconada en la soledad estupefacta, como vieja y terrible bruja de palo, como un toro sin cabeza, que parece un lagar de vino o un león o un faquir de llanto, que es, únicamente, un fantasma y su abrigo de pieles, el recuerdo de los dioses muertos, abandonados en los pueblos abandonados, la lágrima que recorre los campos de batalla royendo la espada de los héroes, como aquella rata funeral y blanca que anida en las caídas coronas, el espectro de las familias pospretéritas, en el sexo de fuego, con anchos tejados, de las provincias, el clamor del que murió en la gran catástrofe, ceñido de mujeres adolescentes, y era apuesto y varonil, como un gran poeta, o como el toro de oro, que forjara la apostasía hebrea, al pie del Calvario, el pelo de los niños muertos en el pecho del pueblo de sus madres, olvidado en los alambrados del pasado, como un verso no escrito nunca, el mundo de futuro y categoría de la inmortalidad soviética, grande como madre embarazada, acumulando la libertad y la dignidad de la Humanidad en altos y anchos carros de riqueza, que comen el hombre y la mujer, como son gozosos y contentos de vivir organizados,

el pulso innumerable y duro de las Democracias el cual descansa en los soldados rojos, como el fusil en los victoriosos hombros, toda la potestad de la especie, desde el Jefe de Tribu, y el clan antropófago, hasta Joseph Visarianovich Dugasvili STALIN, el más civilizado y la más alta montaña del siglo, el pabellón internacional de Chile, ensangrentado en San Gregorio, acrisolado en la mar-océano de Iquique, porque todos, los vivos y los muertos y los que no abrieron nunca los ojos, porque no quisieron nacer, los que aun no han nacido, los pobres, los enfermos, los tristes, los desesperados y los desamparados, del grande hambre, madre de dioses, las viudas y las niñas heroicas y terriblemente ofendidas o arrasadas en su virginidad, el artista, con aperos de sol, y los polvorientos empleados públicos, el cristiano, el mahometano, el luterano, el budista, el taoísta, el teósofo, el sabatista, el naturista, el abogado, el ingeniero, el médico, el arquitecto, el albañil, el cargador, el comerciante ambulante, el industrial, el sacerdote, el militar, el agricultor, el político, el soldado, el "carabinero", el marino, el que está al margen de la sociedad, por pequeño o por inmenso, los ahorcados y los fusilados por la "religión" y los degollados por la ley injusta, todos, te abrazan, todos por todos, ¡ah! sacro Ejército Rojo, ¡oh! santo y humano conductor de todas las victorias;

¿qué trueno de llanto y de oro relampaguea, como un signo, en tus pabellones inmortales? —el saludo de todos los pueblos de la tierra, ¿qué gran bandera, que resuena como la voz de Dios en los Infiernos, llama a la concordia al género humano, desde las entrañas pisoteadas de las batallas, enarbolando tu corazón, sobre la muerte? —el Partido Comunista Bolchevique, tu Partido, el Partido del porvenir humano, ¿quién brama, adentro de ti, como un toro rojo en la inmortalidad? —Lenin.

Tu caballería a la espada va uncida, como al huracán el riñón del héroe y sus testículos, a la espada, que no se empuña, ni se maneja, ni se levanta, como un grito genial, sino que se la ensilla, como a una hermosa yegua del océano, a la espada, que canta, echando espuma, como alma de vaca o de idolo, he ahí por qué caen enormes racimos de cabezas de fascistas, que tenían envenenada la lengua, aquella lengua, la lengua tremenda, que escupió la verdad manchada; tus mariscales son obreros de la civilización, trayendo el fuego tremendo de Prometeo en las mochilas, y tus soldados sufren, cuando matan, el tormento de los cirujanos inspirados; eres el vértice de donde partirán todos los caminos, todos los caminos del dolor hacia la felicidad humana y un cordero de Dios, inmolado en los altares sacrosantos,

por eso, pájaros y bestias, te dan su leche profunda, con ruido de hijos,
porque en ti naufragó la máquina,
y comenzó la criatura social, por cuyo corazón la sociedad respira, solloza,
aclama su organismo colectivo y permanece.

La voluntad y la misericordia,
la primera de las cuales es una serpiente negra y la segunda un lobo que caza
palomas para un tigre enfermo,
circundan tu cabeza de dios oceánico,
y Jehová, Thor, Vichnú, Júpiter, Odín, Brahma, Moloch, Osiris, Manco-
Cápac, Huitzilopóchtli, arrastran tus tanques tremendos
enganchando setenta veces setenta potros a su mitología.

Si el grito de las Vírgenes del Sol te pertenece,
y la primera canción del acanto te saluda, arrojándote a la cara sólo una her-
mosa pava azul y un sollozo,
es porque arrastras un panal de abejas en los potreros del pecho,
y la Columna Prestes es tu condecoración preferida y la espada de honor de
tus columnas, en las que resuena la epopeya de Stalingrado, como
un tambor de dolor y oro:
como a un Dios milenario, chorros de vino te cruzan la barba cuajada de Dios,
y en tu corazón crecen los granos y las bestias, que dan comida a las
generaciones,
el honorable pan del mundo, por el cual clamaban las gargantas proletarias,
las marmitas sacrosantas y aterradas de religión, adentro de las cuales el hom-
bre calienta las arterias y se alegra por los antepasados, en sus
riñones, la poesía
dulcemente amarilla del samovar doméstico, en cuyo vapor de olor a intimidad
ruge el invierno,
el delicioso matrimonio del asado de buey con la cebolla, que es tímidamente
tierna, como teta de niña o flor de colchón antiguo,
el gran hogar tribunal de las viejas hogueras, abuelas del brasero de bronce;
destino de hoy y mito del siglo, avanza, con tu huracán de dinamita proletaria,
y tus regimientos de trabajadores manuales e intelectuales,
avanza, avanza, ¡oh! corazón crucificado,
avanza sobre la historia, avanza resucitando la perdida grandeza del hombre
e inundándolo, avanza a la sombra de tus estandartes generales,
invade su actitud de espectador del aterrador poema,
conquista la naturaleza poniendo por destino que la naturaleza no domine,
humillándonos, a la naturaleza inmortal;
canto al Ejército Rojo, al cual abrazan unánimemente
los ejércitos de los ejércitos de los ejércitos de Dios y, adentro del cual Gran
Breña y Norteamérica, la China, la Francia, la India, están
sumadas, y el pueblo alemán, el pueblo italiano, el pueblo japonés,

todos los pueblos de todos los pueblos, cantan, aúllan, gritan por
el destino del hombre,
como grandes toros de comida, y la gran Esfinge
cuenta con la lengua de la piedra, la eterna verdad de la especie, no antes
más grande;
¡malditos sean, por ti, los machos cabrios del azufre y la metafísica,
los demonios enmascarados de la Quinta Columna, que echan la tiniebla por
el hocico y calumnian la literatura,
el Arcángel Gabriel, vendido a Trotzky,
malditos sean, por ti, los predicadores del incandescente idealismo de cua-
resma, en siniestras carnestolendas degenerado, como leche de ser-
piente negra,
malditos sean, por ti, los que salen con sables de humo a provocar al ene-
migo, y huyen, llorando,
malditos sean, por ti, los que escupen y rehuyen el combate singular, embos-
cándose en tu gran vendaval de metralla y filosofía,
malditos sean, por ti, los eunucos que juran tu santo nombre en vano,
malditos sean, por ti, y por todos los siglos de los siglos de los siglos tus
enemigos, enemigos de las entrañas del hombre,
malditos sean, por ti, y por todos los siglos de los siglos de los siglos,
los impostores, los desertores, los traidores, los espías, los quintacolumnistas
y escúpales la boca la tierra en donde nacieron!...

Una gran trompeta de oro cubre tu frente,
y tus mariscales inmortales son soldados, enarbolando los dictados de la co-
lectividad proletaria,
eres un pueblo que pelea, un mundo que pelea, un siglo que pelea.

Ejército político, y, por lo santo, humano, suma, dirección, guía de la
multitud ecuménica,
Napoleón y Pedro el Grande juegan en tu rodilla de semilla, y la catedral
gótica no posee la gran cúpula de sonoridad que tus océanos de
muchedumbres de multitudes agrandan,
si la cuchilla de la justicia enarbolas, reintegras la criatura a sus orígenes;
el pelo de tus muertos te acaricia las mejillas, como un río natal los pies del
antiguo emigrante,
y tu actitud recuerda la armadura de los hidalgos,
¡oh! engendrador de naciones, ¡oh! libertador de ciudades, ¡oh! hermano, ¡oh!
hijo, ¡oh! esposo de la verdad, engendrado en la Revolución de
Octubre,
dichosos, eternamente, aquellos que empuñan tus fusiles, con el gesto inmenso
del redentor social en los cabellos,

Europa, resonando, escucha las descargas libertadoras,
y al mal animal de Hitler se le está cayendo, en este enorme enero, toda la
baba del terror y va muriendo y perdiendo excremento,

la bestia obscura que hizo banderas de cadenas y negros garrotes con crucifijos,

Churchill, Roosevelt, abrazan a tus Voroshilov y a tus Rokossovsky
geniales,
y las pobladas democráticas del universo saben que sobre millones de héroes
asientas tu planta, la planta cuadrada, que aplasta sabandijas
amarillas,
cuando tu paso de parada da majestad a la tierra soltera.

A la memoria de la Internacional, tu lenguaje
habla la lengua sangrienta y sin mancha de los mundos recién nacidos,
y en tus manos crece el árbol del conocimiento.

Oloroso a campanas, florecido como el sol, sonando, y cuajado de pan
y madre selvas,
cargando, como un atado de monedas, el dolor de todos los pueblos,
hasta la negra salmuera de las lágrimas se te transformó en levadura, establo
y panadería de infelices,
y en ti comienza la nueva era a dar cosechas,
Pascua Negra y rito gigante de categoría y volumen blanco,
hecho con pellejo de siglos:
fenómeno dialéctico, poema, obra de arte, toda como tallada en carne,
tu cañón central, feliz, apunta al fascista,
como la flecha del primer héroe cuando les destruyó el corazón a los antiguos
monstruos del miedo;
das leche, das palomas, das gente, en su gran fábrica de sangre,
el puñal del Hacedor, tú se lo arrebataste a Jehová, entre truenos de fuego
y alcantarillas,
vuela un caballo grande contra mares de piedra en tus dominios,
el hacha de los leñadores prehistóricos perfuma tus manos de labrador, en
la alta montaña sacra,
y cuando vas a degollar un tigre fascista,
se te florecen las bayonetas coloradas, como un árbol de mármol ensan-
grentado:
a era antigua es comparable tu tribuna,
en la cual sacrificaron viejas bestias de presa y toros los profetas y los poetas
mundiales,
coronados de hechicería y símbolos,
y en donde emergen, ahora, poderosos sacos de trigo proletario y alimentos
populares:
relumbran, como monedas de oro en bolsillos de trabajadores,
la Hoz y el Martillo, en parición solar, emergiendo del vientre enorme de la
lucha de clases,
como el arcoiris entre cien dragones degollados,
y tus ímpetus cíclicos relampaguean a todo lo alto y lo ancho de la Humanidad
civilizada.

por lobos hambrientos acorralado,
mientras la tempestad de Dios te cruzaba la cara.

La verdad militar fluye de ti, civil, cae y madura en acontecimientos,
no se hizo el hombre a tu imagen, tú te hiciste a imagen del hombre para
su servicio y mitología,
por lo cual estarás sobre los dioses, enarbolado;
como la muerte no domina la vida florida en tus clarines, y anchas marchas
militares
cincundan de penachos tu voz sangrienta,
tu afirmación de la inmortalidad heroica emerge, circunscrita de epopeyas
y pólvora grande;
caballero de la paz, con la espada al cinto,
en ti resurge la fiesta pánica y dionisiaca, en grandes lagares de mosto,
como sangre de potro,
cuando es menester que florezca la forma de la bomba;
de verdades universales, gran universidad te proclamo, con los brazos
abiertos, gran cátedra social contemporánea,
gran posada, ofreces tu caldo caliente a todos los viajeros de todos los
caminos,
cuando la noche gravita como un enorme cuero de uña y lluvias y tumbas
sobre el hombre;
aterrador misterio, engendrador de los nuevos estilos,
entre tus cuernos de macho central, el "grande arte comunista", su expresión
ejecuta,
mandando una gran carga a la bayoneta a la retórica,
pisoteando lo caduco burgués, originando los contenidos colectivos del
fondo-forma revolucionario.

La médula viril de Stalingrado da águilas a tu configuración pétrea,
higado de tu hígado, su trompeta de fuego, te brama dentro de los
huevos eternos
la canción inmortal de los trabajadores,

Parado yo, pisando mil estadios de poesía,
vistiendo mi casaca de toro y catástrofe del lenguaje, completamente ceñido
de vestiglos y antigüedad,
abrazo tus insignias dulces, como fuerte espada,
tu formación en escuadrones, universal y agraria, como la bandera de las
familias de Chile,
tu nombre grandioso y varonil de soldado sumado a soldados,
¡oh! corazón bienaventurado de estos siglos, hechos de lágrimas de hierro,
salud y dignidad a nombre del hombre!...

Los Poemas Continentales

1944 - 1945

EPOPEYA A NORTEAMERICA EN 1944

El arado y la Biblia te forjaron la médula de águila, de máquina, de
fábrica, pueblo de hierro, hecho de fuego y madre selvas,
y tu dictamen republicano emergió de los hachazos santos de los leñadores,
como un volcán adentro de una lágrima rubia, en la pupila azul de los
puritanos;
dulce y fuerte de condición, la agricultura
resplandece en la fama sagrada de tus ciudades inmortales, tentaculares,
grávidas,
y Dios relampaguea en tus vecinos,
con el alarido del individuo inmortal por el infinito, como el más cotidiano
de los paisanos democráticos,
entre la buena voluntad de tus anchas leyes justas;
la paloma del sol sonoro picotea la epopeya monumental de tus héroes,
los que resurgen vivos, desde la muerte y el corazón de la tierra,
a habitar en la inmortalidad, eternos, completamente bañados por
los siglos de los siglos.

Condecorados de sencillez, Lincoln, Jefferson, Jackson y el estupendo
campesino Franklin,
ingresan a la humanidad definitiva,
en uno de los cuatro caballos del Apocalipsis, justicieros y primitivos de tónica,
con el globo del mundo en cada mano blanca.

País en el cual la industria ruge, y brama la vaca de la agricultura,
en el que enormes masas ya cantan la victoria de las banderas democráticas
bajo los cerezos de Washington, cumpliendo el deber tremendo de
sonreír a la mutilación de sus jóvenes héroes,
o dan la batalla en las trincheras, abrazando el pabellón estrellado,
unidos por la salvación del mundo, a la espada de oro de los ejércitos soviéticos
de la U. R. S. S. o a la gran voluntad armada de Inglaterra;
tú clamas por la vida tranquila de las chimeneas de invierno, por el hogar
y el amor en el cual estalla, únicamente, la granada olorosa, rural,
religiosa de la leña rústica, bañada de resina, como un cuerpo de
mujer desnuda,

tú anhelas la paz republicana de tus universidades,
tú amas la garlopa y el azadón, las estupendas, infinitas herramientas del
hombre, las hachas, las barretas, las palas, la hoz y el martillo,
y, aunque en todo lo hondo de tus entrañas llora el negro la maldición
imperial de su enigma melancólico,
y el gran capital aúlla a la espalda de los sindicatos obreros, que son el
granero de la libertad y de la dignidad porvenirista, tú, tu espíritu, tú,
la caldera y la belleza de tus madres sagradas, Norteamérica, derramando
contenidos religiosos, extiendes encima de la historia tu actitud
sacerdotal,
y Roosevelt es el gran profeta, el gran caudillo, el gran patriarca que bendice
desde la Casa Blanca (Sinai de la epopeya contemporánea)
una nación pura de ciudadanos que son soldados, ignorándolo porque lograron
la felicidad;
república pacífica, que haces la guerra tremenda,
enérgicamente, te alzaste contra el fascismo, coronada de amapolas agrícolas
y balidos con rocío de gentes rurales, y olor de reses y de preces,
empuñando la espada sacratísima del General Jorge Washington, dando un
tajo le partiste la cabeza a la Quinta Columna,
y te arrojaste a la batalla mundial, por la liberación de todos los pueblos,
patria de Whitman, soldado de Dios.

Antiguo y oscuro varón de Chile, lleno de pueblos en gestación telúrico-
ciclópeo-dramática, biznieto de Dionysos,
pongo mi planta firme de fuerte ensamble americano,
sobre tu tierra, hoy de luto por tantos amados hijos de tus hijos y te abrazo,
en ademán de militar, Norteamérica, llorando por adentro, para
no dar vergüenza a mis antepasados de pólvora;
hijo del mito, me sobrecoge el asombro, padre del amor, ante tu bandera,
ando de rodillas tus montañas, y me doy a cantar con pecho abierto de
toro de Chile, tus mujeres y tus ciudades,
o sollozo en tus cementerios de eternidad y lágrimas.

Únicamente el grande muy grande es grande y es sencillo,
y únicamente tú das la sensación de la planta regada con horror, dando
dulces frutos;
el rugido del metal feroz de California y sus andrajos más preciosos
baña la paz agraria de tu protestantismo, y el colosal aullido del ciudadano
racional, a quien trituró la fábrica,
es el canto de llanto amargo de tu proletariado;
de enfrente, te pareces a un dios de espaldas a cuya derecha y a cuya
izquierda comienza el mundo,
y el mundo te pertenece, relativamente,
por la gran tonada amarilla de la plusvalía.

Tus masas sociales ondulan como banderas, bajo el huracán del siglo,
y muchos millones de trabajadores postergan su sentido de clase, heroicos
y definitivos,
por la conquista de la rosa hermosa de la paz y la victoria;
la desocupación pública no aterra a tus multitudes ni a tus muchedumbres
de la postguerra con sus rabeles de hambre y esqueletos
amarillos,
porque el lisiado mundial habrá de arar la tierra con sus muñones,
y la aldea natal, recibiendo el crucifijo destrozado que le entrega la guerra
fascista, lo plantará en su pecho, como un árbol.

Tu arquitectura republicana es un soneto de acero, en el cual la fe
florece exactamente, una nomeolvides,
y el comunista es el hombre enorme al servicio de la patria,
la clase obrera y la ciudadanía popular, la ciudadanía de Roosevelt, a la
espalda de la Carta del Atlántico, la ciudadanía de los mártires
de Chicago,
eminentísima, como los trofeos de la Independencia,
creadora del rascacielos, a cuyas cúpulas asciende el sol, y gimen los violines
de la luna;
tu potencial económico-industrial-bancario baña el devenir político,
y tu situación financiera, ya amedrenta a tus océanos con sus océanos de
riquezas, en oleaje formidable de grande sangre grande,
si el hacha del predicador cuáquero canta al fondo de tu mundo mercantil,
como una paloma pura
o el maíz colosal de Henry Wallace plantea el problema agrario con el
acento augural de la Última Cena,
entre grandes hombres de especulación y finanzas;
tus multimillonarios sospechan que Jesucristo fué un honorable comerciante
galileo,
y entregan a la sociedad capitalista los cuadros comprados con el sudor
proletario, porque son hombres buenos y justos, a quienes la
moneda usa como intermediarios del régimen, y la tierra socava
en sus entrañas,
y un día eterno como los ojos de Dios, van al tribunal de la posteridad,
sentados sobre el mármol blanco
terribles, omnipotentes, triunfales, pero comidos y vacíos como cortezas de
encina o grandes banderas de ausencia,
porque la muerte no está sujeta a la ley de la compraventa en los mercados
de valores;
junto a la iglesia está la usina, el canto-llano de Sandburg emerge del
vientre estupendo del monopolio de salchichas, y la doncella
americana,
nadie absolutamente sabe si es más soldado cuando es madre o es más
madre cuando es soldado,

pero es humanamente divina, porque es divinamente humana, toda amada,
toda frutal, toda herida por Dios en las entrañas, con la flor
de la maternidad democrática,
pare hombres grandes y sencillos como un atado de espigas maduras,
y es la gota de agua y de dolor sobre la cual descansa el honor de
Norteamérica.

Puja y suda tu carro de cebada, y un avión imperial picotea tus cabellos,
barriles de whisky ardiente y el tabaco de Walter Raleigh confortan tus
atardeceres urbanos,
y la granja abraza a la ciudad con su bramido de leche,
chaquetas de cuero de potro abrigan al chófer nevado como un ancho
campo de batalla,
y produces la alegría standardizada de la disciplina,
en serio, como grandes tarros de conserva, en función de la salud infantil
de tus contemporáneos.

Habitan tus rascacielos millones de millones de corazones anónimos,
es la apretada humanidad aterida, que busca refugio y sentido y amparo,
espalda contra espalda,
soledad contra soledad, restregándose,
llanto contra llanto y sueño contra sueño, en la soledad infinita de todas
las cosas,
debajo de un firmamento habitado por hombres de negocios,
encima de una gran tierra, poblada de fantasmas, poblada únicamente de
sueños de muertos y expectativas, que son pasado,
poblada de pretérito funeral y grandes gritos tristes, Norteamérica;
atravesada de misticismo aldeano, claveteada del misterio eterno, rugiendo,
tu voz campestre, montañesa, lacustre, afligida y amarilla por
el espíritu,
se enfrentó a la técnica y creaste tus mitos, arrancándotelos del corazón,
tu cultura, tu libertad, tu grandeza, frente a frente a la cual nos plantamos,
estupefactos.
nosotros, los analfabetos del Sur, Norteamérica,
propietarios de las materias primas y el gran océano español, criados entre
el oro y el hierro que nos dan hambre,
encogidos de heroísmo singular, al pie de las montañas, que dominaron
los antepasados;
sí, Norteamérica, aclamo tu democracia de acero con cemento,
el triángulo de las grandes Potencias del antifascismo, y la
estrella de tres triángulos por cuyos ámbitos relampaguean
Roosevelt, Stalin, Churchill
(tu Roosevelt, el "pescador de hombres", según el Evangelio),
pero acuérdate que Jesús de Nazareth era justo y no era rico, y que los
ricos lo crucificaron, los ricos contra los ricos en gran pelea,

acuérdate de Dios y abre créditos a la industrialización de tus hermanos,
acuérdate que la grandeza de las estrellas define la grandeza del sol, padre
del hombre y de la luz que nos alumbra,
y acuérdate del *vanitas vanitatum et omnia vanitas* del Eclesiastés de ceniza.

Y no te opongas a la historia, ¡oh! imperio democrático,
porque el hombre hace la historia, tanto cuanto la historia hace al hombre,
no te opongas a la historia,
afírmala con la maduración definitiva del régimen.

Como un ojo oceánico, Chile te sonríe, con la cara de sus montañas de
duración indefinida
(mi país infantil, serio y justo por el manejo nacional de la espada y el
caballo, y la costumbre de ascender volcanes), e Hispanoamérica
comprende la política popular del "Nuevo Trato",
¡oh! gran amigo, qué difícil es tener amigos ricos, ¡oh! gran amigo de tus
amigos, Norteamérica
la bandera de la estrella inmortal te habla del alma desde mi garganta.

Escucho el rumor de tus pasos encima del siglo,
la voz de Roosevelt como la voz de Ezequiel, en la antigüedad
mesopotámica, el alarido de violoncelos de Nueva York,
y el resuello internacional de tus grandes poetas.

Todas las razas conviven, comiendo tu pan contigo,
tu pan fraternal, que es tu pueblo, tu pueblo y tu pan substancial, para la
unidad americana,
y tus soldados luchan por la libertad del mundo;
como el bisonte es un león de la agricultura, él es el dios tutelar de tu
escudo y las águilas tu bandera;
riguroso y colectivo en la Democracia;
cargado de orden egregio ecuménico, avanzas "por el camino del progreso",
condecorado de dólares americanos,
y, desde las entrañas de la sobreproducción, gritan las contradicciones del
régimen;
da la sensación de la grandeza, tu gente tranquila y democrática y tu
capital, en donde las telas de Rembrandt están colgadas en la vía
pública, sobre la conjugación archimelódica de locura y conducta;
en grandes barriles de sol guardas la espuma maravillosa de los antiguos
vasos,
y por tu tradición camina Don Quijote, con la espada desenvainada, dando
mandobles a derecha y a izquierda, contra la canalla,
porque eres grande de indole y son tus abuelos los caballeros amarillos de
Cromwell;
tu Democracia te pertenece, es tuya, tu Democracia, y tú la has de superar
en ti misma;

¡oh! país amado y relampagueante,
¡oh! querido y fraternal gigante del Norte, el problema del hombre es tu
problema, y tu destino es el destino del hombre, el destino del
hombre y su gran enigma circulatorio y solucionado,
por eso, mi acento social te ciñe y te unge de aceite santo y uvas feroces,
mi canto, en el cual anidan cien cóndores, y los doscientos huevos de sus
hembras,
mi canto, el más arcaico y contemporáneo de todos los cantos,
mi canto de energía y de aventura, en donde se impone un orden inaudito
a la naturaleza,
y lo problemático adopta la forma patriarcal del fruto.

Gigantescos, los monopolios se entrechocan como cocodrilos, entre la
oferta y la demanda,
de la superproducción emerge el hambre social, en el corazón de los
enormes stocks de productos, y la cesantía abre las fauces,
planteando la estupenda dentellada horrorosa al Gobierno grande de
Roosevelt,
la riqueza colosal crea las condiciones de la miseria colosal, en el oscuro
vientre del régimen
y el régimen empuña la espada de lo antagónico contra sí mismo,
porque la propiedad no llena el fin humanístico de servir a la sociedad
común de energía y plataforma colectiva, base de sangre del
valor,
y se consume como una gran llama de hojas de otoño, en la anarquía,
entre el desorden organizado.

Aquí suda el obrero y la joven señora, tan hermosa como cien naranjas,
el trabajo es sagrado como la oración de la tarde,
y nunca tan preciosa estuvo la señorita americana, como en aquel instante
cuando brillaba entre las verduras definitivas,
como una gran manzana de oro, olorosa a aldeas y a domesticidad dichosa,
cocinando para su corazón mutilado en las trincheras, los guisos floridos
de los antepasados:
pero, entre el rodaje burocrático, prospera el necio y naufraga el genio,
porque tú, país inmortal, permites que asesinen tus leones, los gansos
cebados de la retórica standardizada,
la cual se vende, rodeada de hojalata, como una vieja isla de espanto:
sobria y justa nación catedrática, leñadora y puritana, soñadora y
deslumbrada por el idealismo y el gran capital, simultáneamente,
el gran capital es tu corona y tu horizonte de servidumbre,
gran patria, cargada de frutos militares, encima de la industria planificada,
tu ser ingenuo da el acorde de la época,
y tus cañones el rugido de la inmortalidad contemporánea.

SINFONIA MEXICANA

POR tus arterias de oro corren fuego y pólvora verde,
encima de tu pecho brama un toro negro, el tiempo de las culturas
desaparecidas, y cien volcanes ciñen tus riñones
con un cinturón de rugidos y de banderas.

*

Lujosa sangre antigua vierten tus montañas,
y un gallo sonoro, como un pabellón victorioso, tronador en el corazón de
tus estatuas tronchadas, grita
la rebelión de los humildes contra los poderes de la tierra;
el cura Hidalgo está a caballo, en los orígenes, bañado de voz y de res-
plandor republicano,
y la espada santa de los patíbulos de la libertad, la historia
de los partidos democráticos de América, la paz inmortal de los que son
ceniza, martirio, leyenda y huesos, que relumbran como bramidos
de toro,
toda la victoria, resplandece en su uniforme,
el cual no era absolutamente nada menos que la popularidad definitiva;
nadie te siente, México, como yo, medio a medio del cerebro,
en la tierra inmensa del alma, que es materia social, y, a tu alarido liber-
tario, estupendo en Latinoamérica, responde con clarinadas tro-
nadoras de corvo de roto,
mi hacha de creador, forjada en las montañas de Chile, mellada contra el
hocico del fascismo,

*

Tu corazón estalla, no reposa, en tres veces tres triángulos de
dámante,
lavas sacras bañan tu cuerpo ardiendo, y, adentro del misterio de fuego,
que eres, tus cañones
disparan a la inmortalidad tu puntería infinita.

Al reventar tus madrugadas, son como inmensos cráteres de sangre y
 piedra ardiente,
 adentro de cuyo enorme relámpago, no retórico, dialéctico,
 resuena la heroicidad de Cuauthémoc, recorrida de espadas encendidas,
 y lagartos,
 ensangrentada en la médula del semidiós, antiguo
 e inmortal, como un lobo que tronase por debajo del Amazonas, adentro,
 en donde residen las entrañas:
 florece un capulí terrible, tu esqueleto de acero con cemento,
 y una gran bomba sagrada tu espíritu,
 oh, país minado, que va a estallar, entre sus bosques azules, como los
 oscuros petróleos,
 azules como el granate del cuerno del buey sacrificado,
 azules como la pantera azul, que es la más roja de todas las palomas de
 tus catástrofes,
 y, desde tus barbas fluviales, habla la barba del mundo;
 ostenta la hembra de México, la más alta cántara, enorme y crucificada
 sobre sus hombros de miel, y la maternal poesía
 de su vientre florido, como naranjo cae de sus ojos, lo mismo que caen las
 tardes hermosísimas, desde el presente al pretérito, o lo mismo
 que la lágrima de fuego del diamante,
 y tus hijos, tallados en hierro forjado, aran las tierras de tus antepasados,
 México, como soldado, con las bayonetas;
 escucho, aquí, en ti, un crujir de corazas y caballos, en galope horizontal
 de héroes, y hay mástiles
 de barcos de santo sobre la mar sagrada,
 como coágulos tremendamente históricos de una gran batalla por el infinito,
 a la manera de las armaduras de antaño,
 y un Dios prehispánico, anterior al petróleo, predramático, investido de
 amarillo, con triángulos, que se parecen al lenguaje matemático de
 la catedral gótica,
 se reviste de majestad, y bendice tus océanos.

*

Zapata y Juárez son la voz del sol, en la inmortalidad sonando,
 los ganados y los estragos de la tierra, en la cual las balas dan semilla fu-
 riosa y maíz infantil, como pecho,
 y los grandes disparos dulces del ágora.

*

Academia y revolución poderosa,
 en Avila-Lombardo-Cárdenas, cimentas tus cimientos, para la construcción
 republicana, hacia

un proletariado y un campesinado de héroes,
y, por la C. T. A. L., la sindicalización obrera de estabilidad volcánica, de
inmenso granito sangriento a tu ciudadanía,
roja, como obra del corazón y el rifle.

*

Pancho Villa, entre los santos más santos de antaño, levanta
su canción popular de árbol, con pescados de plata, en la cazuela del pobre,
y, enarbolando, como un profeta, el pabellón de los explotados y
los expoliados sociales,
rememorando los látigos de Jesucristo, azota las espaldas imperialistas.

*

Invade tus ejidos la carcajada del avión nacional, y tu ciudadanía
es de señores, pertenecientes a la majestad trabajadora, de personalidades
de diamante y de combate, de estampas de extracción popular o
militar, fuertes como puentes ferroviarios,
construidos con elementos espirituales;
la verdad esencial de tu raza va en el tesoro de tus cartucheras y tus librerías,
tu arte
es gigante y ciclópeo, como tu gran americanidad de toro,
y un Siqueiros, un Rivera, un Orozco, asumen el trance tronante de la
creación, eminentes, como pabellones de acero.

*

Va a reventar la aurora del norte latino en tu clase obrera,
un olor a laurel victorioso te circunda, como el trance de la inmortalidad,
por el esplendor de las ruinas sagradas,
y la santidad de los sarcófagos antiguos penetra tu subsuelo.

*

La carnosa ley del maquey levanta su imprecación rotunda en tu
dictamen,
y cada catedral anda como llama, porque es siempre la lengua inmensa de
una gran lámpara, u oración que insulta, amenazando,
el henequén circunda de crucifixiones tu territorio,
y el maíz origina la poesía, económicamente infinita, de tus ladrillos de
degüello, e idolatría, el maíz,
la roja piedra gótica, hecha de volcanes en ignición, sobre tus banderas;
ciudad de alud, edificada en las catástrofes antiguas de la antigua humanidad
prehistórica.

un aluvión, una paloma y una culebra, un idolo mortal te irá ciñendo los
pechos,
la cuchilla de Netzahualcóyotl y la Era Maya decoran las joyas de tu
gigantesco poderio doloroso, y Latinoamérica
te ha condecorado de tormentas y pabellones políticos,
a ti, el país de Mexitli, feliz conjugación atlántico-pacífica, en la gran
Meseta de Mesetas;
sí a cada mexicano le corresponde, justamente, un bastón de honor y su
montura,
y el tribunal del mundo te corona de empresas y de ciudades, yo, enarbolando
mi categoría y el hierro de fuego de mi estilo,
¡oh! nación de pasión, con corazón de trueno,
y pies de turquesas bañados al agua marina, oh pueblo sediento de sol, con
sol nutrido,
oh México, gran México de epopeyas y bayonetas, te aclamo inmortal!...

*

Claveles de Iberia, iberos, de España, hispanos, en madres árabes,
rosas de plata engendraron,
y naciste tú, país colosal de la naranja volcánica,
y país infantil y envejecido, todo de rojo, como un potro, que va a contraer
matrimonio.

*

La serpiente emplumada agiganta los ritos agrarios,
que sacaste de los volcanes del océano, allá en la edad inmortal de la
pirámide y el calendario azteca,
como quien se arrancase el insondable yo, de un retrato o de un espejo,
y un pañolón de balas, soberbiamente cantan tus guitarras de amor y
bebida fuerte, y, eternamente,
hay una manzana y un dolor sobre tu vida.

*

Colosal capital federal, edificada sobre gargantas degolladas y
coloradas banderas y símbolos,
con rojo material volcánico eternamente ardiendo y rugiendo, como un león
de horror, entre la artillería monumental de tus catedrales, que
apuntan al cielo los fusiles de su postgótica terrible,
y a la cual majestad da una cintura de cañones el órgano de tu gran serra-
nía geológica,
el corazón de las doncellas sacrificadas, suspirando aún, todavía, canta en la
espada del henequén de Yucatán, la dual tonada maya,

y un subsuelo de huesos de viejos héroes azotados brama por debajo de tu arquitectura.

*

Contra el terror de los cultos fálicos, y el enorme dios antropófago, sentado en lo prehispánico de tu carácter, elaborado por asesinos maravillosos, como un cerro encima de un mundo de religión y patología o cual una paloma de oro, sobre el vientre de un guerrero, bisnietas de Hernán Cortés y Malinche, avanzan tus madres futuras, con su virginidad continental, ceñidas de varones intelectuales, campesinos, proletarios, sosteniendo la pasión y manejando su impetu, como quien llevase una bomba en la boca.

*

Español y patriarcal e indio, de india madre amamantado, es tu ciudadano mexicano, caballero de piedra y luto, a cuya sombra marcha un huracán, quien no altera su presencia, ni la dignidad de su heráldica, y su caballo tiene del jinete la cortesía y la educación pública del mundo, relampaguea la democracia en los ejidos, sostenida por la carabina de la justicia social y la libertad charra y en cada "pelao" hay un capitán que posee pecho de hierro.

*

Alta y ancha es tu frente, México boreal, bien amado de la Estrella Solitaria del Sur, bien amado de la insular nación en la cual nos parió a los rotos chilenos, alguna leona sagrada, adentro del hocico de un volcán, alta y ancha es tu frente, México, como la carretera interamericana o como un templo o como un eco atlántico del horroroso continente sumergido, alta y ancha es tu frente, México, y, en tu boca, hablan las vanguardias democráticas de esta enorme era de todos los pueblos, en la que el dios de los pueblos se levanta con la espada enarbolada contra la cabeza de los explotadores, y el hacha del Señor cae sobre Hitler y sus bandidos, degollándolos en el nombre enorme de la naturaleza.

*

Mano a mano con los regimientos democráticos, junto al Ejército Rojo, en quien todo lo heroico del mundo se reúne,

la pólvora social de su carácter da una bandera con racimos de degüello,
o un escuadrón de voces que parece, soberbiamente, un estupor de cemento
con muertos, rugiendo por la libertad del mundo,
y tus pirámides arcaico-antepasadas son el alarido del infinito por el infinito,
la risotada de la dentadura del maíz, coagulada, la risotada del henequén
o del maguey terrible, o del gran nopal nacional, en alcohol ca-
liente expresándose, como una palanca dura de fuego.

*

La tempestad militar, al huracán vertical cotidiano, entrega el trueno
del atardecer, mundo a mundo,
el cual es un redoble de tambores por la muerte del sol, y los antepasados
dan una doncella a dios diariamente, a fin de que el Caudillo del Puñal de
las Virgenes le arranque el corazón con su cuchillo de configura-
ción tan inaudita como infinita,
porque la tarde come sangre y pies helados de difunto,
aquí, en donde, entonces, cualquier árbol de cualquier iglesia es un soldado
a caballo, y la cigarra no es guitarra sino una gran cuchilla que
relampaguea.

*

Se parece a una señora que va al funeral del mundo,
la espantosa mariposa del color de tus inmensos cielos negros, y el águila
de México socava las entrañas de la serpiente
sobre tu escudo de esplendor, en el cual galopa y retoza la historia, como
una cadena de oro,
con la que ataron del corazón siete grandes tigres.

*

Tus charros montan el toro de la inmortalidad, domando el pulque
y el chile,
domando el mole, estupendo milenario alimento, cuajado con rugidos y ri-
ñones de negras piedras sagradas, domando
la montura charra, toda de plata, como su jinete,
el que es naturalmente jinete con caballo y no caballo con jinete, y es un
racimo de sepulcro o la gran bandera hispanoamericana,
atravesada y enarbolada con las veintiuna repúblicas.

*

Yo, cómo sujeto mi corazón, para que no se me arranque hacia las
montañas coloradas de tu historia,

mi corazón, que es un vaso de vino, que se va a derramar sobre la muerte,
o un animal cuyo nombre solo aterraría a la humanidad desesperada, si
alguien lo pudiese pronunciar con toda la boca.

*

Te azota y tú la azotas a la naturaleza, México,
tu corazón es el látigo de ti mismo, y un brasero de dignidad, ardiendo
y rugiendo, medio a medio de tus entrañas;
hay una eterna vaca de plata, un león de piedra, setenta yeguas overas,
completamente de obsidiana y amatista,
un águila de hierro y una serpiente, toda de barro esencial, una serpiente,
adentro
de un inmenso volcán apagado, el cual se levanta, brama y da coletazos de
ciclope al Hemisferio,
entonces, el dedo del sol escribe: "son los símbolos",
y una tricolor bandera de tres colores ruge como un tigre a los enemigos de la
paz americana;
rodeados de animales degollados, descolgándose por Alaska, mundo-abajo,
los sacerdotes-poetas-soldados, del color de la piedra ardida, sembraron tus
ciudades precortesianas, cociendo los años sagrados, con relámpagos y machetes,
y, hoy, la revolución arde y hierve, en una gran máscara de acero, que es
su política histórico-dialéctica.

*

Dió un puntapié a todos los fascismos,
tu actitud, y obsequió una gran espada a Francia, cuando la libertad bra-
maba como leona en celo,
y tus héroes pelean a Indoamérica, en Europa.

*

Tu estilo electrifica el Continente, y tus grandes plantas libres
echan pasión y piedra, pasión o jugos báquicos, pasión que da material
mental, echan rigor y menta de alcohol en tinajas blandas, como
nalgas de mujer lacustre,
y das pescados o cantos amargos, que endulzan la garganta con su licor
imperial de residuos milenarios, oscuros;
va terciada la carabina de la justicia infinita sobre tu resplandor social, la
mortal paloma de los héroes es la condecoración de los muchachos charros,
y la artesanía popular borda tus costas, como si fueras una obra de arte,
una obra

de la joyería general del mundo, una obra de la sangre, el sol y la muerte,
todo lo cual es, exactamente, lo mismo, y todo lo cual es, exacta-
mente, cosa de hombres muy hombres,
y la universidad, de donde emerge el mito, como hecho y conducta.

*

¡Afirma tus jinetes. México, para la batalla mundial por el pueblo! . . .

*

Churchill, Stalin, Roosevelt, estrechan tu mano de macho,
y los justos orgullos del hombre, en los judíos, la India, la Polonia, la China,
o la España Republicana, encarnándose,
saben que existe, erguido y seguro contra el imperialismo.

*

Cuando tu corazón da su enorme flor política . . .

Carta Magna de América

1941 - 1948

I

RETRATO FURIOSO

Empuño tu nombre como una canción nunca escrita o como pañuelo de viajero, en este instante alto y ancho con la altura y la anchura total de un ataúd y un sudor popular de muchedumbre a las médulas agarrado como el manotazo del atardecer surge en galope horripilante de tabla de náufrago desde el ser espinal del orbe a la criatura de peripecia que soy yo solo, exacto, indescriptible, con el puñal a la altura del corazón.

Si enormes congojas me azotan como grandes puños hinchados por añejos vientos con olor a agua y a sombra, por látigos de "salvación" u oro boreal y las vacas cristianas de la Dictadura de la Burguesía me escarban las entrañas encadenadas a la desesperación desde la antigüedad polvorosísima con cuchillos de niebla y de piedra, el pueblo me defiende de mí mismo envolviéndome en su frazada de acero y mi jornada de peón colosal de la literatura da categoría a mi estilo continental, que es mi destino universal y mi abismo o lenguaje de amante enfurecido, un airón inmortal me chorrea de sangre las metáforas y contemplo todas las cosas y su sombra como si me fuese a morir de repente...

Retumba el sol arando los sueños a la vertical del tiempo lleno de banderas mojadas, ineluctablemente grito con rugidos de dios vencido en los riñones, inmensos llantos impresos en la greda de los altares violados y pisoteados por caballos de maldición, sin que acaso nadie me escuche sino la multitud y las últimas formas, sólo como "roto" difunto, Winétt, aunque te ande trayendo como adentro de un panal de miel

y me respondan la memoria y el eco completamente muerto y lleno de volcanes apagados de mi vocabulario, porque yo estoy hablando ya para el porvenir del mundo.

Como los dos llenamos el siglo de hijos, grandes canas verdes echan materias muertas como llanto de estupor sobre estos dos espejos de sol poniente y lágrimas con los que yo, combatiéndolo, reflejo desde adentro el gran huracán capital-imperialista, que es como el huevo de un crepúsculo, y estamos desplumados bramando debajo del Plan criminal de los Monopolios, lo mismo que una gran pareja de leones de antaño en aqueste hogañó de espanto o un matrimonio de carácter asombroso, por la U. R. S. S. inmortal, que es el vino de oro de la Humanidad, con los huesos ardiendo de criterio y congoja como el primero de los últimos discípulos de Marx; la política atómica siembra la guerra vomitándola y el hambre se abre de fauces mordiendo la población mundial escarnecida, pateada en el vientre, meada y ensangrentada por el neofascismo y cruje como tren fantasma la sombra inmensa del verdugo; el lenguaje social lo encuentro aquí comiendo dolor y terror de multitudes con cucharas de desgracia a la orilla de un estupor que desapareció y la tragedia capitalista se me refleja en cantos de barro con espanto y sangre, porque es la sociedad mi lengua y soy un comunista que monologa en francotirador despedazándose contra el explotador y contra el cómplice del explotador en el poema, como un volcán que se sublima y se derrumba precisamente en virtud de la gran llama lanzada al pie de los sepulcros.

Resuenan los aceros de los hidalgos entrechocándose con mi familia en los sótanos de la heráldica, el espadón mandón del segundón de solar y portalón herrado que aspira a la Caballería y los pendones de los Señores de Aldea y Villorrio que decían con don Iñigo: *"Las letras nos embotan el fierro de las lanzas"*, llorados de moscas, de años, de pulgas feroces con polvo adentro del alma o de la trágica chinche del crepúsculo en donde Job la allanó, en la soledad de los despoblados y los extramuros y los cementerios, contra el Dios Oficial y los Caballeros Cruzados de Santiago que van a saquear el Santo Sepulcro, a comerciar en especias y a controlar los Oriente-Dardanelos para la España tan piojosa como inmortal, tan hedionda como remota y católica, echando llave con el Cinturón de Castidad al capullo de rosa de sus amores, y el Señor Feudal implanta la horca en mis antepasados empobreciéndose y emputeciéndose en un callejón sin salida en donde fusilan a un héroe;

criatura de asombro soy y espanto, por eso entiendo la noche y todo lo que se le parece: como por ejemplo la miseria y la calumnia, comprendo la tarde a la caída de los Emperadores y aprecio los lagartos embalsamados de las ruinas, las viejas y negras espadas, los fusiles ensangrentados y enmohecidos en cuyo cañón todo el horror de la guerra resuena y la Poesía Española del Siglo de Oro tanto y cuanto la fanfarronada soldadil y apolillada de
Quevedo.

y es por aquello por lo que Manrique y Cervantes, que son como peñascos de la literatura, me ofrecen la espada y la posada y el licor colosal

del cual está forjada y cruzada y condecorada la epopeya que yo compongo montado a caballo desde mi montura-ataúd, entre arañas y piratas, mujeres y corceles, santos, héroes, locos, descubridores, aventureros, conquistadores y fundadores-conductores de ciudades en las que fueron Alcaldes o Notables de la pena inmensa y en la cual los ahorcaron:

¡qué enorme pelo de pueblos voy cargando a la espalda de la palabra!... y ¡cómo las cadenas de los presidios resuenan en lúgubre trompeta de condenados y de fusilados en la ilegalidad de mi literatura,

cuando yo levanto mi voz a la cabeza de los calabozos de la libertad política, alto como un parto al amanecer!.

porque el marxismo no lo aprendo, lo encuentro coincidiendo con los grandes clásicos materialistas, como la intuición de mi rebelión milenaria, y el trotskismo lo vomito como el alcohol falsificado;

mi lenguaje de Chile es lenguaje rajado de mundo y el mundo levanta como un eslabón su pabellón de sombra en mi interior que es público y notorio, porque en él rugen los pobres del mundo,

porque cuando me duele el corazón, le duele el corazón al pueblo, y calumnian a la Humanidad cuando me calumnian como cuando calumnian a cualquiera de los desventurados mundiales y mi llanto es el llanto del siglo;

soy un caserón de provincia lluvioso y telarañoso, con cabellos de difunto y los letreros obscenos ardiendo en las murallas y adentro del cual, entre candelabros degollados, como la cosecha en el grano de trigo o el amor en el vientre rugiente de la tempestad, que es la flor de acero del invierno,

estalla la sociedad comunista.

• Probablemente no he nacido nunca, por eso escupo mi retrato y estoy hundido hasta las entrañas en la memoria de la tierra mordido y transido de larvas, cuando me escuchan roncar en cien leguas a la redonda,

en el llanto de toro del universo por el funeral de la vivienda, reflejando sus catástrofes, su historia social, sus huracanes y sus tempestades, el nacimiento inmemorial de los océanos y el hundimiento de los continentes, entre volcanes verdes y montañas que paren oscuros dioses que echan fuego y tiempo por la boca, el surgimiento del

sol en el sistema planetario terriblemente resonando como un
carro de barro de relámpagos.
y cuando emerge el hacha del alma del hombre del corazón de la naturaleza
yo sigo mirando su deslumbramiento inicial. . .

Las jarcias, las horcas, las lanchas marcadas de yodo, de salitre, de
moho mundial, de petróleo, de sales y de sangres y antigüedad
ya usada y el mar de John Esquemeling, sabroso como un torso
de mujer o un asado de pescado, las marinerías entre sus cuchillos,
sus acordeones, sus marmitas, o aquellos inmensos recuerdos
que huelen a hembra portuaria,

Walter Raleigh y su mascarón de proa, que eran los pechos desnudos de
Gran Bretaña, desde los cuales surgía un cadalso,
el corsario, el filibustero, el gran pirata Pier le Grand y su tripulación de
presidarios, asesinos, vagabundos, misioneros, ladrones y cabrones,
curas, tahures, locos, poetas, bandidos, artistas y héroes como
Marco Polo, sabios, santos, zafios, soldados, capitanes y almirantes
con enorme panza de sapos,

don José Santos Ossa y los atacameños, encima del nitrato tremendamente
robado a Chile, y las guaneras de Mejillones,
"Recuerdos del pasado" y su autor vegetal el semental caballero don Vicente
Pérez Rosales, el último "don" escritor de la época, y el capitán
Pineda y Bascañán o Pedro de Oña y el forastero español majestuoso
como la Catedral de Burgos, en el Descubrimiento y Conquista del país
de O'Higgins, don Alonso de Ercilla y Zúñiga en sus testimonios a octava
real de "La Araucana", gran tribuna
de Pedro de Valdivia,

Juan Godoy descubriendo en Chañarillo el cinturón de plata de la República
popular de Recabarren
y los parlamentarios radical-francmasones de Tarapacá — Antofagasta
— Atacama — Coquimbo — Aconcagua, el químico-poliglota-dionysíaco
Domingo Sanderson, periodista y polemista de material grande con su
sombrero de Escocia y su gran levita finisecular,
ellos todos muertos, con las mandíbulas aradas de eternidad y los huesos
rujiendo cantan cuando yo canto mi canto,

son mi voz y mi condición de chileno como crujiendo en un gran huracán
de hojas, como saliendo y como rompiendo los viejos andrajos
del antaño antaño de antaño,
como un cañón disparado con atraso de mil años en un sepulcro;

el dolor que derramó el horror del hachazo mal pegado en la montaña y
la congoja gris del inventor fracasado, funeral-funerario, delirando
en tristes hoteles o en cuartos de barrio de alquiler con millones de
pantalones parchados y el complejo de inferioridad del escritor rico y
tonto, la maldición de los conquistadores fallidos y de la moneda ilegal,

la última mirada de Giordano Bruno a sus asesinos, los verdugos de la
Inquisición, cuando les dijo desde las parrillas de la Edad Media:
"Tenéis mucho más miedo que yo, vosotros"

y la agonía soberbiamente espantosa del enorme Papa y maricón mundial Alejandro VI, el gran salvaje y gran amante clandestino de la Iglesia, su querida, a la cual desnudaría en todas las plazas públicas de la historia, como a una meretriz cualquiera, la patada de burro de Sócrates, el asno genial de la moral del Estado, tan macabro como Kant, "el reloj de Koenigsberg", porque se es un genio y un bruto idiota cuando se dá a los conceptos el valor de generadores de la realidad, como lo hizo Plotino o Platón, su ama de cría, o el gran sacristán metafísico Hegel y su criadero de existencialistas capones, todos, hasta cierto "famoso" necio con sus alforjas y con sus redomas y con sus pelotas al sol, aúllan en mis imágenes, en las que restalla el látigo de los negreros de América encima de la rebelión de los trabajadores, por caminos de fusilamiento: si las piedras furiosas empuñan grandes espadas montando una gran yegua de mar, ladra un volcán moviendo la cola y rugiendo y el último de los árboles agita una gran cadena de presidiarios en el atardecer, pronunciando un esperpento tan idiota que parece un discurso del Pontificado, mi conciencia, entre cien líderes, se integra de estallidos del infinito natural y el instinto se me desencadena como un perro de fuego que mordiera un saco de arañas, porque soy lo mismo que el Faraón Hereje Akenathon cantando al Dios-Sol-Agricultura, que dá comida y definiéndolo en imágenes de imágenes, como fenómeno artístico, desde el hongo de moho de las Pirámides, que son los urinarios del ultramundo, o que el postrero de los rotos chilenos ametrallado por el pobre González abandonado de Dios, y cuando la gran tormenta social del siglo le desgancha la rama del espinazo al esqueleto de la Gran Burguesía Americana, resurge la India ancestral, emerge la China popular adentro del imperio de la caída del sol, el proletariado flamea como bandera ensangrentada y el capitalismo cruje de ratones con inmenso horror, ¡yo estoy haciendo grandes procesos de multitud que avanza al asalto de las barricadas tremendamente atoradas de cadáveres y sujeto los leones oceánicos desde el presente a aquel enorme ayer cuando tus pechos eran dos jarritos de plata, sujeto las leonas oceánicas encima del minuto en el cual la Humanidad se pone a llorar y a bramar a gritos contra la Humanidad por la gran matanza internacional organizada por los neofascistas de Wall Street, en sociedad de asesinos con el Vaticano, hasta que la U. R. S. S. levante el sable de la justicia definitiva sobre la tierra y les destine a los verdugos de los pueblos la gran patada en el esternón!...

¿A dónde estarán los almaceneros quebrados de antaño en las provincias, los últimos empleados públicos de la aldea natal que

bebían aquellos enormes vinos de luto en el atardecer de mi padre recordando lo pasado, siempre recordando lo pasado antepasado por preterición tan pretérita como el abogado Abarzúa: el Notario, el Oficial del Registro Civil, el Preceptor del pueblo o el difunto de hojalata mal llamado de Puturraga, que cantó y plagió mi gran estilo de hombre el cual le ajusta a él como al burro la jáquima? . . .

¿Y el procesado por abigeato o por haber robado por hambre o por haber matado por hambre colosal o haberle degollado al millonario, no la mujer ladrona, sino la flaca y magra e inútil oveja de los hambrientos, porque es la entidad metafísica del Estado burgués carcelario y aterrado y el agusanado brebaje del triste que emerge de la necesidad de acumular comida?

El caballo de santo de polvo inmortal del único Miguel de la literatura, ¿no estará haciendo restallar los siglos con el oro del llanto en este presente, como grandes tablas que se rajasen medio a medio del techo del mundo?

Todos los anónimos, los horrorosos anónimos que hicieron a patadas la Catedral Gótica o la casita a la orilla del río y se metieron alegremente adentro, los que tallaron las Esfinges de vientres sexuales y los barcos vikingos con baba del alma y los que parieron en flor los caminos del Inca, todos, definitivamente todos, he ahí que aquí están gritando por debajo de la tos pulmonar de Hispanoamérica.

Y el tal "Hernán" ¿andaré tan borracho y degenerado como y cuando ejercía la prostitución? . . .

Y Rubén y "Santana" y Tomás, con "Eleazarcito", Oreste, "Manuelrojitas", por cuyo prontuario corre la sangre tenebrosa de la calumnia y la difamación y la mentira, ¿aun no los ajusticiaron en las inmensas horcas huracanadas? . . .

Como un ataúd que volara y cruzara el gran océano desde para siempre, mi poema no tiene edad ni dimensión, existe a la manera inmortal del universo y sus catástrofes, no tuvo principio ni fin, aunque de origen piojoso e hidalgo español con indio adentro y va cargado con la voluntad del mundo, con el mundo en las alforjas, edificando con los anhelos de la época la estatua de la época y llorando los llantos tronchados y acumulados de las criaturas en un escrito lleno de huevos de toro exactamente que hablasen los vivos y los muertos cuando yo hablo.

Soy un explotado social expresando en la metáfora contemporánea del explotado social expresado y popular toda la cadena social de los encadenados sociales y su heráldica degolladamente dramática, con pelo crecido de muerte rugiente e inconsolable, explotado entre explotados, desde los subterráneos épicos de la mocedad

y mi libertad de existir está condicionada por mi posibilidad de encontrar
la verdad del trabajo mundial
como un potro amarrado a una palabra en la flor de las botellas.

Heroicamente vivimos y queremos y creamos,
asoma la pelada vejez su gran hoja de invierno total, pariendo entre la lluvia
inmensa de los cincuenta años su antigua paloma podrida,
como una gran flor en la cicatriz del pretérito somos los solos definitivos,
y aunque tú eres eterna como el mundo, el anecdotario social cuelga la
hilacha vital de un siglo poniente en nuestra gran figura y está
llorando en nosotros,
gente pobre vestida de pobre gente, pero polvosa y aterradora como la
pólvora o un azahar en el traje de novios de los antiguos muertos,
poetas conscientemente marxistas, creadores de vocabularios que retratan la
historia y se retratan en su corriente de alcohol enorme y que-
brado que va a naufragar a la mar oscura de un complejo,
pequeñoburgueses que devienen héroes y se derrumban como murallas o
cuencas de viejas calaveras en el huevo de hueso de "Dios"...

Un poco cenizas y leños, con el fusil del escritor democrático terciado
sin embargo y cargados de responsabilidad y misterio
como un pabellón enlutado, Winétt, congojosos,
echamos llamas bramando y llorando al pronunciar las viejas palabras del
amor de antaño, en un crepúsculo terriblemente decrepito de
profesor a la luz de un eclipse.

La sociedad está preñada de fuego y tú pareces una especie de
manzana de sol en las tinieblas o una gran canasta de nidos de
huevos de perdiz,
como todos los viejos no creemos ni en la nada ahora, sino en nosotros mis-
mos como mito,
y en la gran doctrina que nos domina y dominándola estamos tan estupe-
factos, sudando de terror como en la juventud remota en el
momento del endurecimiento arterial y el gran otoño dramáti-
camente cruzado por el caballo de fuego de Mao Tse Tung,
percherones de comerciante, tiramos los carromatos del trabajo del explotado
en despoblado,
trabajadores intelectuales, como trabajadores intelectuales del proletariado
continental vivimos y sufrimos el enorme callo del alma,
sublimando la peripecia en la epopeya de la creación estética
y al amasar las propias entrañas, el linaje mundial emerge del agonizante
relinchando como caballo colorado.

Echo de menos mi polvorosa-antañosa escopeta de leñador y mi gran
hacha antigua para escribir el devenir humano
y cuando les fallan las glándulas a mis contemporáneos y se suicidan
arrojándose a la bacinica,

a los poetas se les cae la conciencia como a un imbécil los pantalones y comienzan a sollozar las montañas arrodilladas en la soledad universal, como si ellas también fueran ovejas a las que un corbarde va a desgollar,
¡yo contemplo, querida amiga, la figura de la revolución futura saliendo de adentro del pecho de la Humanidad despedazada, porque quien dice "Stalin" nombra la libertad!..

¿No te parece que siempre deviene oro el barro cuando lo quemamos? Es entonces endureciéndonos como la piedra de los sepulcros como nos plantamos frente a frente a la invasión histórica, y quedamos como los acueductos subterráneos en el corazón de las urbes modernas, cantando por abajo la gran tonada del agua incomparable, que es una niña pura con vestido de cristal o un toro que brama con la garganta llena de uvas en todo lo hondo de la historia, allí donde la espiga se transforma en sangre, relincha como potranca, y rugen las médulas del hierro o el corazón de los héroes.

O como adentro de atardeceres de degüellos y ahorcamientos, con quebrazón de mundos y caída de cadáveres de regímenes debajo del arado de la Revolución, se derrumban las infamias y las iglesias arrastrando los Negociados con la lengua afuera y nosotros nos erguimos precisamente encima de antiguas catástrofes como los cascos de los soldados después de la gran matanza. ¿Atardeciendo o amaneciendo alumbran los astros antiguos? Ronca la aurora en los escombros de la noche y el parto colosal se anuncia con quejidos y bramidos como la parición de las leonas...

II

SURLANDIA, PULSO DEL MUNDO

O "LAMENTO AMERICANO DE LAS COLONIAS"

Oro y piojos a la manera de un tambor funeral de adentro de la majestad de los pueblos surgiendo, salitre y piojos, petróleo y piojos, diamantes y piojos, hierro y piojos, carne y piojos, trigo y piojos, yodo y piojos, vino y piojos, carbón y piojos, plata y piojos, aves y piojos, frutas y piojos, azúcar, caucho, canela y piojos, ríos y piojos, mares y piojos, lagos y piojos, montañas y piojos en la fiera, en el pez, en la bestia de labranza y en el hombre, piojos andando por los sobacos y los espinazos sudados del Continente, que es un buey comiéndose una piedra,

adentro de los pueblos piojentos y completamente inmensos de Chile y de Méjico, del Perú y del Uruguay, del Ecuador, del Paraguay, de Venezuela, de la Argentina, de Guatemala y de Nicaragua, del Salvador, de Honduras, de Costa Rica, de Panamá, de Haití, de Santo Domingo, del Brasil, de Puerto Rico, de Cuba, de Colombia, del Canadá, de Bolivia, de los Estados Unidos de Norte América crucificados por los **Monopolios** en la Cruz Gamada del neo-fascismo militar-financiero-imperialista, como si las mandíbulas se mordiesen el vientre, miseria sobre riqueza y piojos macabros como un zapato que echase una flor, piojos sobre los negros, piojos sobre los rojos, piojos sobre los blancos, piojos sobre los mestizos, piojos sobre los mulatos, en la Florida y la Carolina del Sur, piojos en Harlem de Nueva York, piojos y piojos de piojos y piojos de piojos de piojos en la camisa de fuego de América, con horroroso resplandor, en donde patronos y peones dan la batalla social, los primeros como verdugos, los segundos como obreros con los torsos heridos por el sol de Dios, por el cual camina solo un piojo enorme como el mundo: el piojo del corazón.

Adentro del régimen, las contradicciones del régimen y sus grandes panteras: los financieros, como el gusano en el cadáver del Capital de Exportación, muerden el régimen capitalista-imperialista completamente podrido y lo empujan a la matanza como un gran caballo degollado los soldados de antaño, mientras Pío XII grita por Mindszenty como barraco recién capado, engendra la plusvalía el hambre por sobreproducción y paren hambrientos las máquinas haciendo pan, la superabundancia pasea su fantasma de faz macabra por el desfiladero de los rascacielos, rasguñando los esqueletos vacíos como el pellejo de un ánima y no hay comida porque hay mucha comida; la acumulación de mercancías y maquinarias sobre inmensas bodegas tremendas y alimentos que se arrojan al mar clama por la demanda, y el salario es un niño de pecho que no tiene madre, cuando le ofrecen a quien posee desacreditados valores o dinero despavorido de inflación esa gran oferta de los sobreindustrializados que prosperan creando pobreza con la oferta, entre la cesantía desencajada y la huelga obrera legal, por la moneda de hambre del hambriento: **"HAY PANICO EN USA", dicen en Buenos Aires, "PORQUE LA COSECHA DE TRIGO ES ENORME";** y saliendo de entre las patas de la máquina, que oculta la Energía Nuclear para no arrastrar a la quiebra el Monopolio del Gas o la Electricidad, el hombre se come al hombre en la soledad 'del mundo y aúlla porque aúllan los hambrientos del Señor empuñando sus

puñales o ahorcándose al pie de las sucias parroquias que son
teatros de degenerados,
frente a frente a la religión y las ametralladoras, cuyos oscuros frutos
no son aceitunas de agosto,
frente a frente al Papa y al militar mal militar, que son la conjunción de
la mala espada y la mentira enriquecida y son la expresión de los
explotadores y del Estado-Comprador, del Estado-Monopolizador,
del Estado-Vendedor, del Estado-Explotador y asesino al
servicio de los asesinos, de los honorables y miserables asesinos
que gobiernan, como asesinos, con asesinos, por y para los
asesinos,
el Gobernable y el Presidiable vendidos a los "inmensos" Trusts, la Gran
Señora Especuladora en acciones, el Banquero ladrón, ocioso,
el hambreador profesional y el trabajador intelectual a quien lo
hizo lacayo como a animal comprado o el Capitán y el Mayoral
de Empresa como el Prelado criminal cebado como un cerdo
de Dios con dinero de Dios y bellas mujeres,
la hedionda y vil pequeñoburguesía social-bestial-demócrata a la cual
ensilla la podrida oligarquía que tiene un cajón pintado de negro
y un cajón pintado de blanco y un cajón pintado de rojo y un
cajón pintado de amarillo y un cajón pintado de cementerio, y
en aquellos cinco cerebros que son valijas y bolsas de sombra
echa a los que se le entregan por el sucio y rubio *plato de len-
tejas* que son los diamantes del cobarde.

Dan metralla a las masas humanas que claman por un pan
y pan a los perros falderos de las viejas doncellas ligeramente solteras a
pesar de la riqueza, los bribones y los rectores de Universidad
comprados
cuando a los pechos selectos del Arzobispo se pega la yegua de la litera-
tura oficial;
dicen que viven en el orden y queman sacos de sacos de sacos de trigo,
mientras la avena rural se pudre adentro del invierno, que
defienden la Humanidad y la justicia y ahorcan sin proceso al
negro infeliz, que anhelan la paz e invaden el Mediterráneo de
enormes bosques de fusiles cuyos cañones putos apuntan a la
U. R. S. S.; que son patriotas y humanitarios,
y unos arrastran los sesos al pie de los templos y los palacios iluminados,
disputándose los restos de los huesos con los perros,
mientras otros hartan de vinos y manjares a las bestias del boato y crían
caballos en establos que parecen cabarets internacionales;
el juez, el cura, el verdugo forjan la cultura de la burguesía, la propiedad
privada se refleja en poemas de tonto y en filosofía de esclavos
que proclaman felices la libertad de morir de hambre
y al indio lo robaron y lo asesinaron a vista y paciencia de "Dios Cruci-
ficado";
el guiñapo macabro colgado del pabellón de Norteamérica ¿es la carroña
de un perro?, no, es la piltrafa de un Negro.

He mirado niños de frío arañar las mañanas de Nueva York, en
 Brooklyn, escarbando con los zapatos desesperados
 el barro imperial de la ciudad sangrienta con los cementerios clamando por
 debajo de la nevazón
 y he mirado bajar a patadas al capitán negro, con sus condecoraciones de
 héroe nacional todo de luto desde los tranvías de ajedrez del
 Washington invernal y asesinarlo entre los oros pálidos de P.
 Street, en Dupont-Cercle,
 he mirado los hoteles cósmicos de Miami albergar gangster y estrellas de
 Hollywood, banqueros, prostitutas, obispos y diplomáticos,
 echando con asco al varón de color
 y comer basuras en Nueva Orleáns a los viejos judíos que huían de Chicago
 acosados como estropajos por las jaurías inmundamente borra-
 chas del Ku-Klux-Klan, abrigándose el estómago con los poemas
 de Carl Sandburg o con el delirio genital-religioso del Sinaí
 ardiendo;
 he mirado degollar millones de cabritos recién nacidos para la cloaca esto-
 macal de Buenos Aires,
 y he mirado los hijos hambrientos y tuberculosos de La Rioja mamarles
 sangre a las madres obreras que los parieron entre los pelos
 tremendos de la sociedad
 para darles hembras a las "estancias" que producen llanto y guano en "el
 país más rico del mundo"
 cuando la Santa Iglesia nazifascista es alimentada con trigo y vino o con
 dineros de adolescentes, como una gran vaca sagrada o como
 animal de Jehová divinamente borracho en su enorme establo
 condecorado de garrapatas degolladas,
 y he mirado a los queridos nietos del gaucho, que fué un héroe y un santo
 con caballo y todo, saludar la imbecilidad de los grandes carajos
 nazis jugando a la pelota;
 he mirado al pongo inmortal doblado y como debajo del Altiplano de
 Bolivia, en lo alto macabro y desesperado de las punas, arado
 de abismos y de milenios, como a una persona de la Edad de
 Piedra,
 trotar las leguas tremendas por el mendrugo con veneno de su mercadería
 de andrajos,
 y he mirado a la cholita divinamente herida, cargando al hijo a la espalda
 como un atado de polvo que llora,
 andar y sudar bajo la gran patada del cielo,
 entre los dientes de "estaño" de la "Democracia" imperialista que la ama-
 manta con vitriolo "porque el sirviente aguanta y si no aguanta
 no importa";
 he mirado a los mulatos egregios y piojentos de Venezuela con la panza
 hinchada de gusanos
 vivir y morir debajo de las caobas y el árbol del caucho o del pan, encima
 del petróleo colosal, enyugados por la "civilización" que im-
 parten los "Cartells" y "Reader's Digest" y en donde "el Bisonte"

Gómez violaba mujeres con el dedo, pagado y condecorado por
 Yanquilandia
 o a orillas del Orinoco y sus piélagos mortales áureos en los que suspira
 la perla doncella.
 he mirado los llaneros de Bolívar endemoniados y ensangrentados de epo-
 peya morir de hambre comiendo hambre en las sabanas y
 en los páramos de sol repleto de excrementos de jumentos
 sacerdotales,
 y he mirado hartarse de sangre a los Gerentes de las Compañías monopo-
 listas del petróleo de Maracaibo:
 he mirado "los pelaos" encadenados erguirse como Señores de la Miseria,
 al pie de la San Juan de Teotihuacán milenaria y polvorosa
 ensangrentadamente sagrada.
 y he mirado al hijo del santo de las siete cavernas robado y manchado de
 yanquis
 escalar un pasado colosal, para extraer comida y dignidad del Calendario
 Mexicano con el machete genial de Lázaro Cárdenas.
 he mirado carceleros y presidiarios aullar tras la gran cultura mortal de la
 meseta del Anáhuac.
 he mirado un Imperio y un piojo feo como un templo, un piojo y un
 Imperio en las borracherías de carnestolenda funeral del pobre
 grande hombre grande cargado con llanto:
 he mirado a mi gran hermano de Chile, macabro y ardido de coraje, arañar
 la costra de la panza de la tierra desgarrándola con su puñal
 de cólera y sol
 cortarse la lengua con los dientes y patear el mundo como un lagar podrido
 al ser echado del poblado natal como un perro, siempre como
 un perro, eternamente como un perro en la tierra ajena.
 y he mirado a la mujer preñada o recién parida, cargada de sudor y cria-
 turas tan heroicas como espantosas y con sonido de cadenas en
 el corazón
 afrontar la agresividad del patrón ahito de carne como fraile y trabajar
 años de años de años, tarde a tarde, día a día, noche a noche,
 en todo lo hondo de los inviernos colosales como catedrales al
 atardecer.
 y he mirado los vinos todos de oro hervir en las tinajas a cuya orilla caían
 envenenados con alcohol falsificado los rotos chilenos, soberbios
 biznietos de Job:
 he mirado en Panamá arrastrándose viejas negras muertas y senos con
 piojos del piojo y tuberculosis congénita, social, volcánica, he-
 didonda a congoja miserable en su miserable ley
 encima del turismo internacional y la "UNITED FRUITS COMPANY"
 hinchados de dólares robados a la americana
 por los hijos de una gran puta que predicán con el Evangelio de Jesucristo
 en una mano y la bomba atómica en la otra la paz que impera
 después de haber degollado a una población.
 y he mirado a la heroína popular desterrada del cielo y del mundo parir
 en la vía pública,

he mirado arañas y culebras cruzar el rostro del país colonizado, mientras
 corrían sombras de whisky por la faz nublada del Gerente;
 he mirado engordar al Canadá como un esclavo completamente dichoso,
 criando cerdos e hijos para la cocina de Inglaterra,
 pero al pueblo bramar de rabia (más que al cornudo pequeñoburgués
 emputecido que se agarra entre el patrón y el peón como un
 ternero a la teta materna
 cuando se acerca la diligencia del alcabalero con su gran bandera negra),
 crujir y rugir de coraje, como un barco de tradición, desde adentro del
 Partido de Marx-Lenin-Stalin, como un potro o como un toro
 intelectual,
 y como un león de dolor por las reivindicaciones obreras, acosado de ama-
 rillos trotskistas;
 he mirado al trabajador pacífico-atlántico de Colombia, que arrastra las
 algas y el sonido del mar en Bogotá,
 llorar al azotar el océano en Buenaventura con el látigo de su hombria,
 capado por Laureano, y he mirado,
 al gran ejemplar de carbón escalar la Meseta autóctono y libérrimo al
 emigrar de Cartagena, cuya gran piedra eterna está sudando
 sangre y tuétanos de páramos y soledad,
 con una novia pura que olía a manzana y era como ésa de la cual decía
 Salomón: "A yegua de los carros de Faraón te he comparado",
 y he mirado a tal ser humano transformado en literato eclesiástico tomar
 café local de castrado y de erudito sumamente distinguido y
 leidillo, con la señora azul y el sacristán que le coloca la
 montura;
 he mirado los salvadoreños hinchados de jacobinismo liberal alzarse con
 el poeta Choufroid a la cabeza;
 entre sus mugres épicas de valiente contra el bandido y capataz impuesto
 por Norteamérica con dinero salvadoreño y salvadoreño traidor
 al cual gobierna entre una bacinica y una damajuana
 y los he mirado con signos queridos de marxista en el planteamiento de
 estupor
 besar la dignidad de su patria en toda la boca;
 he mirado al montuvio litoral de orígenes continentales crujiendo como y
 cuando van a parir los volcanes en sangre tronante bañados como
 recién nacidos al pricipio de las generaciones
 acometido del paludismo y de grandes caimanes entre manglares y ranas
 tan inmensas como burguesas,
 debajo del sol mojado y la mar piojosa y oscura como la gran callampa
 sexual de la naturaleza, y he mirado y visto la Catedral de Quito
 con indios podridos e inmortales chorreándola y he mirado y
 visto los hijos de los Conquistadores y su gran penacho de
 antaño
 solo como toro de "La Biblia".
 mearse y vaciarse de hambre en los pórticos ensangrentados de la Gran
 Iglesia Matriz de San Francisco, en la cual sembrara Rike el
 trigo y el vino del gran barroco forestal de Hispanoamérica;

he mirado a lindas señoras de la traición de Puerto Rico sacarse los calzones
 en las Drugg-Stores neoyorquinas
 y entregar la bandera íntima a los banqueros soberbiamente cornudos
 encaramados encima del estupendo, arcaico cementerio de la
 Trinidad pirata, y he mirado grandes lacayos y poetas burocrá-
 ticos venderse al verdugo yanqui por las treinta monedas del
 Hacer-Dama
 mientras la hembra popular portorriqueña y las masas humanas bajo los
 anchos látigos del Gran Capital de Explotación sufrían la esclavitud y el hambre quemante que engendra el Imperialismo,
 quien hace rechinar dientes y cadenas de piratas y corsarios, las mismas
 antiguas que crujían en las bodegas de los navíos de ayer, por
 cuyos oscuros puentes de sangre erraba la luna iluminando lá-
 grimas de muerto, con cirios helados de horror
 a la faz inmensa de los verdes mares tristes;
 he mirado los yerberos del Paraguay cruzando los pantanos más calientes
 que frailes rabones,
 mordidos de sol, alcohol y víboras,
 o de la gran sífilis tropical, arreados a latigazos de capataces y de comer-
 ciantes con el machete de la policía,
 en comercio de prostitutas y empresarios,
 tan sarnosos como tuberculosos por la expoliación espantosa, camarada ago-
 rera de los pobres peones pobres;
 he mirado al negro y al mulato de Cuba
 cocinar ron y rumbas terribles en el estómago del espíritu, que parece un
 huevo de fantasma,
 envenenados de azúcar y parasitismo,
 con el trópico y el dólar negrero horadándoles las vísceras
 hasta hacerles vomitar sangre y muerte;
 he mirado sufrir y escupir los hígados al fuerte esclavo de Honduras
 debajo del sable innoble de cualquier Carías
 al cual Norteamérica paga la plata macabra del asesino por dinero,
 la Norteamérica de los "Consortios" de ladrones degolladores,
 no la gran Norteamérica de Foster y Wallace o el gran iluminado inmortal
 que fué Roosevelt;
 he mirado los negritos emplumados y aterrados de Haití
 destripar vivos gallos negros a fin de extraer de la hechicería la raíz del
 hambre enorme que los corroe, del hambre enorme y del arte
 del hambre enorme, al rechinar de las cadenas de las Guayanas,
 y a las negritas criar culebras en las polleras,
 he mirado al sucio burgués culto comprar niños y niñas a su lecho de
 puercos bendito por arzobispos de condición asquerosa como la
 silla gestatoria
 he mirado literatos de contrabando entreteniéndose en afiches de lo ma-
 cabro;
 he mirado hervir el Brasil como un hongo capaz de tragarse el mundo y el
 trasero de Dios de una gran mascada,
 y erguirse el falo del tiempo desde la cueva horrenda del Amazonas

chorreando de burgueses gorreados que violan a las señoras en las hama-
 cas de la iglesia (benditos prostibulos divinos)
 he mirado la figura colosal de Luis Carlos Prestes surgiendo de adentro
 del pueblo
 como la estatua misma del sufrimiento brasileño con el corazón atravesado
 del espaldarazo azul de los líderes;
 he mirado los chivos de Trujillo, el capataz de Santo Domingo,
 mear la boca de los reos políticos, que son presos atómicos de Norteamé-
 rica, e ir a besar y a llorar las nalgas sobadas de los banquero-
 financieros
 con el hocico de plegarias atiborrado y de falsificado coñac de maldad,
 pateando al pueblo humillado del cual se van a levantar los héroes como
 vuelo rojo de águilas
 y por cuyo corazón corre la sangre de los siglos;
 he mirado preñada a Guatemala por gigantes volcanes, parir soldados a
 pata pelada, agarrada a patadas por Ubico en la barriga
 el cual estaba capitaneado por la moderna piratería inglesa,
 y he mirado los indios, los terribles e innumerables esclavos de andrajos
 andar, rechinar, sudar desde hace muchos miles de años, car-
 gando años y dolor de nación
 toda la historia guatemalteca en la cual resplandecía el sol
 del "don" español de la Espada de don Pedro de Alvarado celeste de
 pesadumbre, terrible de podredumbre y estupor;
 he mirado estrujar como un limón de horror a Costa Rica por el "Fruit-
 Trust" poético y patético
 como quien estruja un harapo o una gran teta con el ánimo de sacarle
 sangre hasta la última gota del alma
 he mirado sus fusiles de juguete alzados con ancho espanto de ferretería
 describiendo la humanidad futura con la tinta sangrienta de lo heroico en
 grandes carteles que van del uno al otro mar,
 y he mirado al viejito inmortal Joaquín García Monge llorando a gritos
 por su patria;
 he mirado a Darío y a Sandino en las entrañas de Nicaragua levantar el
 ademán acusador en un enorme dedo de muerto
 contra el Imperio económico-militar al cual maldijo el choro-tega,
 he mirado su lago de barro meado de montañas sobre quien el avión capota
 como los pájaros baleados,
 he mirado su rebelión agreste-industrial y popular como el pan
 comandada por sus trabajadores intelectuales marxistas con el equilibrio sin
 extremismo infantil de Derecha ni de Izquierda y sin trotskismo-
 romanticismo de los líderes justos;
he mirado padecer al Perú y a la india bonita y antiquísima sonarse los
mocos con la niebla,
 al proletariado de las altas plantas petrolíferas tomando su aguardiente
 marchito en el cráneo de los antepasados,
 y he mirado al caído Incario tendido bajo los hachazos de la España real
 largados como cristianos por los piojosos-tenebrosos-roñosos caballeros de

la caballería medieval haciendo comercio ilegal y trampas de
juego simultáneamente,
y solo al cholo frente a frente a la inmortalidad podrida de sus dioses;
he mirado echar al Uruguay al fútbol como un tonto cualquiera su suerte
y su muerte por defunción retórica,
tomando mate amargo según la gran consigna del azucarero,
he mirado su pueblo de fuego enfrentándose a Inglaterra con Rodney Aris-
mendi a la vanguardia
y he mirado arrojar la combatividad popular hacia las cloacas de la
literatura,
he mirado a las masas hambrientas aplaudir a los que jugaban con las
pelotas abandonando los estómagos vacíos y malditos y reme-
morando la faena brutal de la castración. . .

La pata-cuchilla del "Albion-Word" levanta
y clava la garra del pirata-sol de la Inglaterra que explota a Inglaterra
en la gran Antártida de O'Higgins
y los corsarios rubios del Imperio whiskybibliata,
descendientes de ladrones de mar que alzan las hachas del bucanero en el
escudo social del gentleman y de negreros de talento que de-
vienen lores
arrastran la democracia en la bragueta de Bevin;
predicadores borrachos del dios vikingo y sus grandes ramerás,
o pendencieros o asesinos feudales, adentro
de la civilización capital-imperialista aplastan un pueblo de hierro sin do-
micilio entre los barrios, las ciudades, los mundos de casas, los
puertos enteros del lord borrachin o maricón ultramontano
al cual la religión le cuelga como el badajo a las campanas
y cuyo inmenso fundo se extiende encima de Europa desde el Támesis gris
a la Rhodesia que es una gran copa de ron;
la bestia comercial avanza la pata y alcanza la ballena azul del Antártico
en donde mi eterno Chile clavó su banderita de tormento cruzada como
montaña por los inmensos vientos del Sur,
pero él como la U. R. S. S. y como España es pueblo entre los pueblos,
por lo cual la empresa rubia se va a destrozár las mandíbulas y el frac
hecho con pellejo colonial de canadiense
va a estallar como el Imperio que es una gran máquina podridamente
mágica como la Santísima Trinidad! . . .

Agoniza la Yanquilandia monopolista vomitando mercaderías y ba-
ratijas de producción, como un borracho la trasnochada, ven-
diendo por oro tremendo y comprando la materia prima barata,
o robando el corazón del productor: el caucho, el petróleo, el hierro, el oro,
el cobre, el plomo, el carbón, el yodo, la plata, el estaño, el
colosal nitrato chileno,
las vitaminas y las calorías para las fábricas de salchichón y de religión
democrática, el sebo de perro intelectual para las usinas de la
filosofía, la pasta humana de lengua de escriba y de esteticista
con la cual se fabrica la saliva social de la literatura burguesa

y el forro del zorro azul de las Señoras Existencialistas, e inventa la Sociedad Mixta y el Plan Truman-Marshall,

el argumento de convicción de los conquistadores y los matones, (la horda de la bomba atómica cuya gran bandera negra exhibe un negro linchado, un judío crucificado y un comunista asesinado como escudo), a fin de predicar la paz y la libertad democráticas en las tribunas de la tercera guerra mundial, bajo los auspicios de Hitler.

y el reinado del Mesías-Dólar condimentado por los piadosos asesinos-boticarios-amarillos del "Comité Dies" que chorrea sangre y plomo y balas

bendice al Presidente imperial y a los tenedores de valores-cadáveres y bonos de llanto de la explotación mediterránea oriental de la cual Forrestall es el sirviente y el amo de los helados amos de la especulación bursátil, que posee una gran cuchilla de fuego en la lengua y cuatro ojos ciegos que contemplan la espalda de la Eternidad relacionándola con el imperialismo en las monedas de John Dos Passos, el buen mercader de las cocinerías;

el taparrabos de Jesucristo como calzoncillo del Papa esconde la sífilis nazifascista de Su Santidad asquerosa

y a base de metales áureos es rico el guiso que fabrican los maridos divinamente cornudos de las señoras apostólicas que en sables de hambre ensartan a los hambrientos,

por lo cual resulta hermosísimo bendecir a Ribbentrop con el hisopo del Mártir del Gólgota;

si los niños rojos son rojos, ¿qué importa asesinarlos? ¿qué importa?, pero ¿qué importa?, y si las madres son madres soviéticas, degollémoslas porque son madres soviéticas. (pero, con la Biblia encima del pecho),

unificados curas y pastores, ¡sacad la verga sangrienta del Estado burgués y mead el mundo, carajos!...

comerciantes-militares-gobernantes, ¡perseguid al varón de América en América y hartáos de comida y de mentiras sobre los pueblos hambrientos

que el Socialismo Oficial y la Literatura son vuestros lacayos!...

e Hispanoamérica, como un péndulo colosal, oscila entre los ladrones que venden y los ladrones que venden lo que venden los ladrones que compraron lo robado

a los ladrones de los ladrones de los ladrones cuya catedral negra es Wall Street,

porque el régimen da a más riqueza más miseria y racimos de llagas como felicitación a sus súbditos por la ley de la oferta y la demanda.

Somos pobres porque somos ricos porque somos pobres de poseer una gran riqueza generadora de una gran pobreza porque los "Gans" nos roban la ropa del alma y nos estrujan como a limones secos los filántropos del Gran Capital con salarios de esclavos, arrastrando por los cabellos la joven desnuda de la plusvalía

sobre el abismo del solar vacío en el que hubiere lechos de oro;
acumulados el sudor y el dolor del trabajador se transforman en montañas
de llanto y estallan las cajas bancarias como el ataúd de un asesino
bañando los ensangrentados pabellones del Continente
adentro del cual sollozan millones de madres obreras y conversan las grandes señoras con las chanchas;
plantemos la rosa gloriosa de la Reforma Agraria medio a medio de Hispanoamérica,
y la industrialización democrático-burguesa con el paso de santo a la edad del acero y las máquinas, inicie el galope de oro y piedra, como un gran caballo en un naranjal
y haga estallar la colosal aurora industrial de las materias elaboradas en la mercadería social infinita.

El Señor Patriota nos entrega a los "trusts" con su gran honorabilidad de maricón y nosotros lo hacemos parlamentario "estatuándolo" y proclamándolo Gran loro nacional de Sudamérica, Monseñor Gris de las trastiendas y los subterráneos de las cacatúas sagradas, Divina Bestia Humana de los Desamparados...
¿Por qué no lo ahorcamos?, ¿por qué no lo degollamos?
la vaca conventual de la literatura oficial es una ilustre puta y leemos a los deslenguados literatos mercenarios,
¿por qué no los ahorcamos?, ¿por qué no los degollamos?
¿y por qué no ahorcamos al capataz asesino de la clase obrera y al especulador con la comida del pueblo?
¿y por qué no degollamos al Latifundista abogado del Gran Capital extranjero?
Aún no están las horcas maduras como naranjas de fuego o como profundos árboles con frutos oscuros a la espalda y la lengua afuera y la fascistización americana no estalla como una gran panza hinchada.

Dieciséis millones de negros obsequian a Norteamérica aquella inmensa bandera de los sepulcros definitivos, que ostenta un cadáver de fraile desnudo como un perro,
la lágrima total que lloran adentro del corazón de Lincoln,
viene creciendo y rugiendo desde el May Flower, y los antepasados traficantes del comerciante vil de hoy tienen manchada la mandíbula con muerte de seres esclavos, aunque se devoren el Evangelio como un pavo al vino blanco,
porque el azote innumerable restalla desde la espalda ensangrentada y macabra de Wall Street en donde mis ojos lo vieron ardiendo como un murciélago de acero,
y cuando el fascista "democrático" lincha o ahorca al ciudadano de color desterrado de Norteamérica y aullando y revolcándose como una hiena sucia en los pingajos, proclama la Democracia en calzoncillos

y justifica la orgía sexual del asesinato, enarbolando el pabellón estrellado como un estropajo borracho, jes el Imperialismo neofascista el que está mostrando la amarilla dentadura cavernaria de la Sociedad Anónima y los tenebrosos Monopolios, que son la gran piedra hedionda del hígado de Yanquilandia, o la mentira comercial del Puritanismo, que predica el especulador bursátil, a cuyas espaldas los viejos negreros aventureros de piel de hipopótamo y cuchillo en el hocico le dicen: "hermano" al asesinado!...

La Panamerican Democracy brilla en el Rey de las salchichas y el último sirviente de Hitler, desde la España ensangrentada, se revuelca en el Mediterráneo, como un chanco en un baño de sangre y escupos con la baba echada sobre Europa, roñoso, católico, hediondo en la tenebrosa y asquerosa tiniebla del tenebroso, precisamente bajo los auspicios "democráticos" de los Estados "democráticos" y el gran hijo de puta monta su yegua de asesino a la sombra de las horcas furiosas de Nuremberg, aclamado por los setenta millones de lectores del Consorcio Hearst, a cuya "cultura" da información la máquina de escribir de un esclavo, que enajenara el trasero porque no tenía cerebro sino el cerebro del trasero y su "oficio de tinieblas", por cuyos estratos mana la doctrina capitalista.

Mac-Arthur les entregó el Japón ya capón de los dos cojones: Biblia y Whisky bien robado y domesticado como un perro de piedra con el hocico lleno de huevos de vírgenes y carne humana, apuntando su ojo fascista, (olvidado de la retaguardia popular-democrática y su frente interno) a los potros sonoros de la U. R. S. S. que habla la lengua de la justicia mundial, pero los perros olvidan la demagogia —y el peso del pueblo—, frente a frente del negocio vil y el militar patear al Emperador idiota o ahorca al criminal de guerra, su hermano, con el criterio del asesino que apuñalea con la ley al cómplice, a Panamá le extraen la misma esencia del esqueleto y el riñón nacional comprando panameños capados por el Papado en la gran Circuncisión política organizada por el "Gans" abstemio que quiere tragarse al mundo.

La callampa negra del fascismo echa pus desde el Este y el Oeste gran andino y su filiación sexual-militar se delata continentalmente, en la podrida metafísica del existencialismo enyugada a la canalla eclesiástica por el eslabón de la religión

como un sapo con un ataúd al hombro
en el gran crepúsculo funeral de los Profetas, los Jefes, los Mesías del
Nacionalismo y del Protectorado.

Adentro de los campos hinchados de sol y cosechas
en donde los ríos como cuerpos de plata desnudos van gritando por los
terrenos maravillosos la tonada feroz del agua,
tantos niños flacos existen que parecen descomunales cementerios de palomas
con altos álamos crepusculares los predios tremendos en donde los patrones
asesinan a los peones a la sombra de la Santa Iglesia del Señor,
con la cuchilla paternal del régimen de explotación del hombre por el
hombre;
un huracán de horrores descomunales se levanta de los zoológicos en li-
bertad y la arbitrariedad de toda la bestia rotunda se impone
en oleaje formidable
y vagan mujeres en celo con las piernas abiertas al sol
o curas borrachos y ensangrentados acoplándose a notarios, a jureros falsos
y a espías, a ladrones públicos, a cabrones, a tahures, a explo-
tadores de invertidos, a rufianes, a presidiarios, a vagabundos,
a demagogos o apoderados de Compañías extranjeras...
¿qué sucede... Truman persiguiendo al comunismo,
Chile, al comando del Sur oceánico, más trágico que de costumbre, se
asoma al abismo del destino con ancho arroyo insular
y avanza dando un paso en la eternidad,
pero se repliega sobre sí mismo y se aterra al contemplar agarrándose
a la dignidad popular, encaramándose y refocilándose en la
propia estatua de sal
a un monito del crepúsculo con una gran botella en la boca
y un discurso anticomunista, sellado con siete sellos yanquis, agarrado y
como abrazado con las patitas...

Paco Franco es un andrajo de degenerado de marrano de sangre
y gobierna divinamente al amparo de Dios,
fusila y ahorca héroes y mártires y líderes sobre el vientre maternal de
España y viola mujeres de miel y violetas
a la sombra heroica de las barbas del Papa y adentro del hocico de la
Europa Mediterránea,
porque el hombre es un Caudillo del Señor y el Señor de hoy es fascista,
como antropófago lo era en la era primera de Abraham,
fusila y ahorca como el ladrón Trujillo, fusila y ahorca como el ladrón
Carias,
o como el tonto criminal que fué Morínigo en las riberas del mundo de
fuego sobre un pueblo inmortal.

Acumulando la gran cabeza en Alaska y los pies helados en la
Antártida
colosal, un animal se extiende de Norte a Sur, de Norte a Sur y de
Oriente a Poniente cubriendo, hundiendo, pudriendo el poten-

cial americano de horizonte a horizonte, todo y hondo, roñoso,
gelatinoso, copioso, ondulatorio y hediondo
como un toldo enorme que parece el techo del mundo: el Gran Piojo, el
Don Piojo de América, el Tal Piojo de la ribera infeliz,
sólo un piojo, un solo y único piojo, sólo un piojo gigante y gordo así
como un obispo o un "perro de familia", echando baba y for-
mas fecales y orinándose

en la universal inmensidad continental...

sobre veintidós pabellones, veintidós saldos de pueblos en desintegración,
veintidós corazones, come y defeca acariciando a Yanquilandia
con el órgano genital,
mientras nosotros lo alimentamos, lo cebamos, lo santificamos y él traslada
familiarmente
a Wall Street, por Wall Street las materias primas que extrae de las
colonias económicas del Sud, creando inmensos estragos de lá-
grimas, con el hocico de los fusiles y con la Iglesia;
como posee pechos de señora muy rica y muy linda, como casi todos los
santos y los mesías amamanta al capitalista
y con sus pies terribles de eclesiástico regular aplasta a las masas humanas
de trabajadores, por debajo del plano del llanto y del horror
capital del régimen que él compara a una gran higuera florida
de botellas de alcohol,

extrae del hambre hasta las últimas médulas

y arroja el cascarón de los cadáveres a los verdugos de los pueblos
para que vivan en su máscara;

¡oh! bandidos caritativos, alimentad y organizad al piojo: ¿qué sería de la
caridad si no hubiera hambrientos?,
multiplicad los conventillos y los hospitales, los cementerios y los hospitales
para que se críen enormes anchos y muchos piojos de piojos de piojos y con
piojosos piojos se mantega la piedad cristiana;
creen que rugen volcanes y brama el piojo,
el piojo del hambre con hambre criado, el piojo del hambre del hombre,
el piojo del piojo del piojo del piojo del piojo,
el piojo que el Gran Capital Internacional
procrea y gobierna como un gran caballo de espanto continental-universal
encadenando a la Palestina evangélicamente petrolera, a la Es-
paña mediterránea, a la Grecia eterna del vino y el verde aceite
mortal de la Tragedia,
al Irak y al Irán mesopotámicos, el piojo que escarba la entraña americana,
vestido de obispo cuáquero-luterano o de tiburón...

Ceñido de esclavos económicos

el yanqui engorda a fin de arribar gordito a la patria celestial de Lutero,
como un borrego del Señor,
mientras el nativo dulcemente idiota y "patriota"
va a la guerra montada por la "Standard Oil" o la "West India" y se des-
tripa a balazos por la "Standard Oil" o la "West India", mor-
diéndose y comiéndose las entrañas

a fin de que prosperen los empresarios americanos que colonizan a Turquía
o compraron al "Mariscal" Tito.

¡Preparad la guerra contra la U. R. S. S., "incendiarios de la guerra", asesinos, engendrad la guerra, "incendiarios de la guerra", en el vientre del hambre y el hambre asole al orbe y todas las costas del orbe, "incendiarios de la guerra", elevad la guerra a la categoría de religión, la guerra de los explotadores del pueblo contra el pueblo, la guerra contra los pueblos, la guerra de los explotadores del pueblo contra el pueblo y contra todos los pueblos de todos los pueblos en todos los pueblos, la guerra criminal en la cual os caeréis de cabeza como un perro en un ataúd, levantad el tinglado funeral para la matanza de niños, de mujeres, de viejos, levantad el tinglado funeral y predicad la paz en la cureña de las compañías armamentistas!...

Tienen la muerte en las entrañas los predicadores de la muerte, la muerte embanderada de sepulcros y el grito colosal de la muerte que extiende su sombra sobre ellos, e Hispanoamérica posee el baluarte de un proletariado hecho de hierro y piedra y fuego en el estupor de las batallas y él volverá el cañón del fusil contra vosotros o aquellos que tras la Empresa Mixta aprontan la Bomba Atómica.

Países de caimanes y serpientes, la sombra inmensa de las águilas y los cultos arcaicos del sol nos doran la miseria acumulada adentro de los huesos de los muertos con antiguo y heroico resplandor, estatuas de oro botadas en charcos de sangre rugiente, el semental encadenado abraza a Hispanoamérica fajando sus riñones tronchados de joven máquina con el abrazo de los degollados; como un tambor de horror, el tranco universal del tramo del arco volcánico que asienta la planta en el Estrecho de Behring y la sepulta en el Cabo de Hornos nos engendró gente de coraje y violencia que tiene sueño de marmota y despertar de león y en el instante crepuscular en que nos matemos todos los piojos en una y sola gran puñalada, todos los muertos y los hijos de los muertos y los hijos de los hijos de los muertos se alzarán con nosotros; madres de hombres soberbios nos parieron entre juramentos, y nuestros abuelos fueron varones que domaron grandes caballos sin montura en la gran heredad sobre la cual caían los flancos inmensos del horizonte y el relincho de la bestia rodada como un peñasco azotándose contra la aurora o como el genio de Vishinsky, ¡sin embargo, como estamos "colonizados" cualquiera perra nos mea y el Imperialismo invasor y "los patriotas" nos dan su gran patada en el estómago!...

GRAN ODA CLASICA A HISPANOAMERICA

Surges de cruces y espadas terriblemente mordida entre serpientes
verdes como una gran almendra,
galopa tu nacimiento el ancho caballo español,
la antigüedad caída de las monedas antiquísimas el gran océano levanta
a la espalda de tus héroes, embanderado de catástrofes,
y echas tu fruto enorme contra los gritos de los muertos
como la médula de un volcán con el estropajo del espinazo a la cintura.

Todo está roto en tu gran aurora: desde la pipa noruega del fiordo
a la industria de la ballena azul,
tu parición ensangrienta las banderas despedazadas y los tronchados pabe-
llones de naciones que otrora fueron cuchillas que partían a
tajadas la atmósfera popular
o pájaros de México o rojos navíos o negros linchados del Sur
o perros furiosos que rasguñan la piedra inmortal y aúllan a las murallas
de las aldeas que son tiempo caído y jardines de fusiles o
ferreteria
y la médula de adiós de tu gran majestad desventurada como un patrón
castrado,
la desgarrar a la unanimidad de los siglos heridos y desde el vientre de los
pueblos maduros más que racimos de uvas,
la lengua cortada del indio araña el mundo.

Por lo cual estarás surgiendo de los viejos Imperios del Arauco
varonil, del Cuzco con duro esplendor de piedra de perro o del
Anáhuac ensangrentado, bramando y luchando por la justicia
desde la cuna a la tumba
y los amarillos milenios espantosos, tu oscura y antigua juventud
irán a bañar de sal sangrienta en su paisaje de pirámides, como la lágrima
subterránea de un crepúsculo colosal
que es terrible precisamente porque nunca nadie lo vió
rugir y crujir desde todo lo profundo de la sociedad y sus orígenes, en el
oleaje formidable del formidable abismo.

Escuadrones de varones de España dejaron los zapatos
de su Estado crepuscular, su religión y su sífilis o el sonido de epopeya
de sus grandes y oscuros sables,
clavado en el vientre de las mujeres o en el corazón rojo del negro
y he ahí que como cuando se abre una gran puerta inmensa sobre lo infi-
nito y viene entrando la humedad del tiempo o un león,
venimos llegando nosotros con olor a yerba y a tiniebla,
con la cobra o la boa azteca en el dedo funeral del portalón inmortal de
las terribles madres aborígenes, en nuestro convoy de dolor;

aun tu mito arrastra la carga de lo arcaico desesperado, paradisiaco y primitivísimo
sobre su lomo de toro de lobo quebrado por la gran patada del cielo contra el cual se estrellaría la cabeza que es un cementerio de calendarios,
si la alzase sólo dos palmos de la negra tierra yerma como cráneo mondo, pelado, roñoso, difunto, como huevo de viento inmemorial y completamente inmemorial y completamente innacional caído en los desiertos o como la última muela de Dios;
trescientos años rugieron tus guerreros de mitología a la Araucanía que se levantó como un solo pabellón negro
y únicamente los derrotaron el alcohol y la Iglesia, acumulados en la plaza pública de su pecho todo de oro y banderas de ríos, pues el corazón se lo sacaron a patadas con las espadas como quien desgarró un gran escudo, y Castilla y Andalucía se rompieron los huesos de sus santos y sus héroes de presidio, de taberna, de convento de imaginación peleando con la Eternidad
o amasando un gran atado de heroicidad y lanzándolo al océano por ejemplo, con un Francisco de Orellana a la cabeza o contra los brazos cortados de Galvarino;
con el mundo y la comida al hombro, en los pechos pegado el león americano cruza los kilómetros telúricos de América, del Círculo Polar Ártico al Círculo Polar Antártico, agitando los andrajos de Bolívar en pudrición, esa gran yegua de Dios de la libertad, siempre parida como espiga,
mientras la máscara ensangrentada del Imperialismo arrastra nuestro oro, nuestro hierro, nuestro yodo, nuestro caucho, nuestro salitre, nuestro petróleo envuelto con versos y sudor colonial, entre los dientes;
cómo se muere de hambre tu callejón de estupor, Hispanoamérica, debajo de las caobas venezolanas o adentro del Paraíso terrenal de Chile, cuando asoma la sequía con lobos hambrientos o la tormenta que aúlla en la noche inmortal, estremeciendo el pulmón del carbón que es inmenso silencio tremendo o el acordeón de bahía de los archipiélagos chilenos, ya mordiendo los túneles estañíferos de Bolivia que van de Eternidad a Eternidad como un poema por el canalón subterráneo del eslabón social quechua-aimara
en el infierno de la goma preciosa y caliente como señora de latifundista... cuando se mece como en una antigua cuna la ostra perlera en las hamacas del Orinoco o el puente colgante del Maule, orlado de zapallos desde el origen,
los barcos con granos y carnes fatigan la barriga fluvial del gran estuario del Plata,
el nitrato de sodio natural llena las bolsas del mundo y da comida a la naturaleza, por el cañón del rifle de Iquique,
a la deriva por la Amazonía baja la estampa adolescente de la madera, que es la doncella del Mamoré y el Guaporé

y estalla como imagen el diamante incomparable del Brasil, como forma o
vientre de virgen o como sombra que echa luz iluminando el ali-
mento del universo, desde el enorme caos primordial en el cual
todavía Dios anda en cuatro patas,
para que únicamente diez centavos de dólar ingresen al ingente clan na-
tivo. . .

Con ojo furioso de espanto social he contempládola y no la he de olvidar
ni postergar en los siglos de los siglos de los siglos,
a la joven preñada, tuberculosa en la manigua tropical y al obrero creador
linchado por soldados "americanos"
como un lobo por el cazador, no, como un potro o como un toro por el co-
barde vividor de similor enmascarado de policía,
pero he visto a Roosevelt dar las premisas capitalistas de la buena vecindad
al biznieto del Imperio crepuscular
sujetándome con los brazos tronchados de poeta el ataúd que adentro los
chilenos arrastraremos, desde que nacimos hasta que morimos,
por lo que pudimos ser y no seremos.

¡Como en pozo de dientes crujientes caerán los tiranos y los ver-
dugos,
los pequeños y desenfrenados titeres que bailaban la danza macabra, cuando
los colgaron de la impopularidad completamente desnudos,
caerán los Profetas y los Mesías demagógicos, caerán los alcahuetes, caerán
los traficantes del poder público,
caerán en un saco de médulas ardiendo los perros de Satanás del gran
engaño y en concubinato terrible de orígenes y porvenir des-
pedazado caerán
y caerán abajo del abajo del abajo de la historia por lo cual se cimbrarán
sus cadáveres abajo,
caerás tú traidor a todo lo santo del hombre que su convicción encumbra a
la categoría de misterio, sobrevivirán los pueblos porque los pueblos
son eternos,
y caerá contigo hasta la bota imperial que te da la patada! . . .

Vocabularios inmensamente huracanados escarban la entraña acu-
chillada del antepasado imperial
y al bergantín negrero lo cruzamos a latigazos en la epopeya
socavando, en las contradicciones de las contradicciones del régimen, el origen
comercial de la civilización,
el origen patriarcal-feudal-capital-plutocrático de la verdad burguesa, el
origen
corsario-monopolista-imperialista de todos nuestros llantos en los que la
sociedad refleja su congoja de existir
batallando con el fantasma de una gran cultura, (como pelea de banderas),
la cual estará
forjada a espada y pólvora por aventureros de España, Gran Bretaña, Ho-
landa o Francia en carne y sangre de aborígenes

que parece ser y es la máscara despedazada de un destino que escupe es-
panto e inmortalidad,
y que la Inglaterra imperialista de hoy es incapaz de comandar adentro
de los ejércitos de la historia,
¡oh! inmensa, popular, eterna Hispanoamérica,
porque tu ámbito mundial emerge desde el eje de acero de las masas,
tu pulso es el pulso mundial
y los trabajadores te aprietan la cintura de doncella como a una colosal jarra
de vino.

Hijos del pueblo del mundo, poetas-soldados de hoy,
cantamos lo que se refiere a la Humanidad como si fuera nuestro, forjando
con antaño desesperado
una gran lágrima de fuego que echamos a rodar sobre la tierra en flor,
para que vaya a rebotar en la espada popular de Markos o en el esplendor
de luto de José Díaz,
y surja ardiendo en las resonantes Democracias orientales
por el pan y la libertad del hombre como una gran águila blanca, que se
levanta desde el ataúd
con la garganta condecorada de puñales de oro.

Tú aplastas la dictadura de la burguesía y los consorcios petroli-
feros,
repudias la nación rectora y el protectorado
que como posee muchas vacas posee mucho guano y pretende con criterio
pastoril de carnero o de obispo, al paso del ganso,
erguir la edad animal y excrementicia
en la que los borregos llevan pintado el retrato de Hitler en el lomo derecho
del Gobierno del Gran Carnero;
no ignoras que un verdugo es eternamente un esclavo,
y que tanto los amos como los lacayos son lacayos del nazifascismo in-
ternacional,
odias el fascismo y amas la creación heroica del Soviet,
porque tú sabes que no hay imperialismo donde no hay capitalismo, y que
allí brilla la justicia como un puñal de oro o como un rojo sol,
y aun como un diamante en el dedo principal de los siglos;
desprecias al que inventa conspiraciones y al hambre popular contesta con
el hocico de las ametralladoras
y das la espalda del silencio al escritor artepurista,
tú, Hispanoamérica, agreste y fragante como las naranjas de Chile, la
alfalfa recién cortada o el lenguaje de Fadeev,
tú, familiar y democrática como un establo, tú
en la cual la naturaleza está embarazada de huevos de oro y retoza como
un zorro azul...

Gran sombra humana, Hispanoamérica de sol a sol
y solo conmigo te abrazo con lealtad de caballo popular, pronosticando la
huelga general revolucionaria
y entregándote mi escritura como un vino de honor.

EL LLANTO DE LOS LLANTOS

INMENSO NOCTURNO ANTIGUO

Lo oscuro es una gran patada sobre un techo de fierro; todo está solo y solo está el cadáver que canta gritando en la eternidad, sobre el terrible hueco del mundo vacío y descomunal que arrojará un hombre desnudo como un escupo desde la cama a la suciedad del trabajo burgués.

acaso después de haber mordido el vientre caliente de su hembra con el hocico desdentado y tenebroso; le romperé las sienes a la gente contra un palo de oro y estoy echado.

¡Cómo aúllan las tumbas y cómo los gusanos pelean la presa a mordiscos!...

Un parlamento de esqueletos gravita y arde debajo de la luna sangrienta y recién parida de un león y el capitán de los degenerados se masturba al pie de las banderas pisoteadas porque llegó el adiós en el cual todos los muros se derrumban y el sol caído pone un huevo negro;

las tinieblas y las culebras se identifican en este instante; y son lo mismo las brujas, las vírgenes, las putas y los pelados buhos a estas horas do murió todo reloj y está la majestad del hombre en soledad de costillar, ardiendo como las banderas, pues somos los viejos pingajos de una telaraña roja que irá rendida como la manta usada de "Satanás" sobre nosotros.

A caballo en su caballo de asfalto viene "el Arcángel" que no existió nunca llevando la religión colgando entre las patas como un par de cojones negros y un magistrado en taparrabos con la lengua afuera, por debajo de la cola, al cual consagra el diploma con estiércol de juez un asesino de policías.

Todo está roto, despernancado, hundido en una especie de podredumbre celestial que aterra, y las estrellas mean la tierra de orines negros como la conciencia de un sacerdote, como la tiniebla que invade al recién casado o como el sable enorme de un Dictador;

perros completamente muertos arañan la lámina ensangrentada que se extiende entre el individuo y el infinito,
un explotador degüella a un trabajador con un antiguo cuchillo maldito que
echa grandes llamas
y los relámpagos del Señor de los Ejércitos aplastan a la infancia abandonada, porque la justicia de "Dios" se ejerció eternamente contra
los pobres;

una tal ramera está abierta de Oriente a Poniente
y es la República "democrática" del Imperialismo, por cuyos estratos abdominales (que son una gran cripta),
asoma la bomba atómica su carcajada de excrementos
buscando un niño para asesinarlo, una madre pura, un viejo para asesinarlo, para asesinarlo, para asesinarlo,
un enfermo o un obrero, para asesinarlo en el nombre de la Humanidad...

Las vías públicas del cielo están repletas de carajos completamente
borrachos y emputecidos
y la luna es una gran vulva con la cara helada
mostrando todo aquello en que se basaron las religiones para explotar la
imbecilidad herida
y sacarle el dinero del corazón al infeliz hambriento y piojento de "Dios",
al tonto caliente e inocentísimo que se rasguña —amarillo de infinito—
la eternidad en los testículos considerados como el sentimiento
del universo.

Llena la sombra, como un árbol azulmente blanco, tu respiración, y
el océano
te lame como un perro verde,
grita y gira alzando los brazos en las inmensidades de las profundidades
definitivas y mira la caída de los Imperios al mar...

Pero "el gusano vil" lo supera y lo devora con todos los tiempos
adentro,
el gusano que es el último hijo del polvo, el gusano cuyos dientes negros
socavan el mundo y las murallas del mundo, el gusano que levanta el bastón del horror encima de la cara de la tierra,
lanzando la dentellada inmortal sobre el hombre,
el gusano rojo y solo en todo lo hondo remoto de los sepulcros,
compañero del asesino y del General que monta un potro de oro en la
batalla.

Y nos abrimos el pecho para que dispare la muerte.

La seriedad del atardecer por el atardecer nos circunda y la caída
del sol nos acosa, nos define, nos aplasta
sobre un colchón funeral de recuerdos que muerden como ladridos o chinches furiosas

y hay hojas caídas que parecen doncellas del pasado que murieron con
pelo y todo ha noventa siglos
en el corazón de las polvorosas bibliotecas,
que son estanterías de chafalonía imperial hechas completamente fuera de
la historia;
vamos por debajo de una gran cúpula, por debajo de los álamos deses-
perados que agitan la cabeza y echan terror horrible encima de
las ciudades, por debajo de los subterráneos mundiales
como sombras de sombra y la oscuridad nos apuñalea;
todo fué inútil, todo, definitivamente todo y sudando nos helamos de com-
prender que **todo fué inútil**
y que nos gastamos inútilmente luchando contra el tiempo y el sueño,
peleando con espantajos que se apuntalaban en el ruido que hacían con su
propio y terrible miedo,
matando fantasmas a cuchilladas,
matando muertos que únicamente estaban pudriéndose y sonando, porque
únicamente estaban pudriéndose y únicamente oían a sepultu-
ras y a bayonetas de soldados de antaño, matando cadáveres
de cadáver con armas ilustres...

Hay una laguna de sol adentro del mundo: tú,
y un canto de nidos te emerge del pecho entre el horrible crujido de
puentes caídos que produce la noche
o una gran calandria es tu alma.

Sin embargo me rodean animales completamente espantables
y especies de serpientes del fondo del mundo o sapos venidos de un mar
muerto
en las caídas de su juventud.

Un gris de gusano se asoma por las rendijas de las murallas
desesperadas
y las palabras-putas que arrastraron los cojonudos maricones avanzan
infantiles como arpías inocentemente vestidas de niños encima
de la elemental impunidad,
cuando los payasos se suicidan y las rosas huelen a pólvora.

El Partido es la Humanidad, la trinchera
y la palanca del pueblo,
el grito de estupor de la voluntad organizada de las multitudes,
y su sombra enorme despliega la bandera
de alaridos del sufrimiento humano de punta a punta del infinito como un
árbol partiendo los sesos del mundo.

Solos no estamos y estamos solos en lo solo adverso con la soledad
muerta en la oreja
y nuestro bastón negro estalla su pólvora azul
en los solitarios abismos en los que aulla la perra inmensa de la noche.

¡Los pueblos corriendo desesperadamente llenaron con andrajos ensangrentados la cueva de la historia en la cual vomitan los dioses su borrachera de tinieblas, estupenda, y un demonio-orangután-cornudo y tan idiota como un gran orador, derrama tinta oscura sobre la oscuridad del hombre hambriento desenganchado, enfermo, y desnudamente furioso, con la patada de dios en el corazón!...

ANECDOTARIO COMPLETAMENTE DESAFORADO

Es el huracán o la hormiga guillotizada, un gusano enfrentándose a las hachas furiosas y a las banderas, porque él viene saliendo de adentro de su terrible voz, y la sangre contra la sangre o el degollamiento de las espadas con espantoso suicidio...

El escorpión trae su farolito de luciérnagas y es impávida su actitud antiquísima de cucaracha intelectualmente aterrada, a la cual crece un pájaro inútil medio a medio del lomo, y a cuya espalda suena el tambor funeral de un regimiento de esqueletos: vestido de bruja o de ratón, de polilla, de tábano, de carcoma, entre sepulcros y hueseras, el sexo le parece un sarcófago; los monumentos funerarios dan vivienda a la criatura desesperada que se devora a mascadas su ataúd y en quien el panteón de los antepasados es Mercado y posada de comida, lecho de huesos en el que crece la lujuria.

Por debajo del león durmiendo trabajaba la substancia letal, gota a gota, los venenos negros que el sol escombró, los cerebros muertos a la orilla del río de médulas que muere en donde comienza la congoja (como la víbora en su nido) a pedir sangre y leche, y la cuchilla mellada del asesino pintada de amarillo relumbra en la muralla despedazada.

Me arrancó el corazón y se escondió en él envenenándose lanzando la mosca furiosa contra mí, la furiosa mosca del sur, el cadáver borracho y desafortunado, la hermandad de cocodrilos de cementerio, todos los incubos-súcubos que habitan el gran subterráneo de la mandrágora; ¡cómo me defiendo cuando lo defiendo como me defiendo y acometiéndolo yo acometo todo lo mío, aun lo que me contradice perteneciéndome?; sólo lo lanzamos a caballo en su porvenir y negocio la cabalgadura en los desiertos, entregado al enemigo,

estableciendo debajo del sobaco del volcán un almacén de baratijas y chucherías, como por ejemplo: pelos de fantasma muerto o sesos de máquina,
cuando o luchando con "Dios" cuerpo a cuerpo o huyendo hacia sí mismo,
sólo nos salvamos todos.

¡A mucha angustia hiede la tierra afuera, como el lomo de una gran mula muerta,
y aúllan estragos de abajo andrajosamente y espantosamente crucificados
en todas las formas de los hechos, sobre los cuales, con tremendo horror, cae la lluvia que no caerá nunca,
por los siglos de los siglos en todas las naciones, sus océanos y los países del mundo!...

EPOPEYA DE PERIPECIAS

Están crujiendo los huesos del mundo
y yo los muerdo adentro de mí como un "estado de alma" o como un llanto del que emerge una gran cadena de tinieblas.

De cada acto salta un tigre antiguo
a la médula genital que circula entre lo cotidiano y lo infinito como un culebrón o un esteta o un cascarón de nieto de perro,
y en la claridad eléctrica danzan las brujas desnudas con un chuncho en toda la boca
encima de un obrero enfermo, a cuya familia la Iglesia le da agua bendita en un ataúd
en figura de vaso de llanto.

Adentro de la botella llora un león empleado-público
y el tiempo está debajo de la cama herido y despavorido, lamentándose entre el polvo de los siglos y los mitos,
cuando un santo de palo descomunal pelea con un zapato tremendamente lanzado a la desesperación...

Ando en virtud de llorar lo desaparecido
y busco con espanto mis huellas sin querer jamás volver a la juventud quebrada,
con el vicio del pasado y el macabro afán de todo lo muerto y polvoso, lo mismo que un cuchillo que se extravió en los extramuros, abandonados, entre lagartijas y catacumbas,
que un sombrero de antaño que parece un monumento extranjero
o el costillar de un pariente Díaz gritando en el panteón de Licantén, o agarró
mi voz como un garrote negro y echo ceniza en sus cabellos.

El libro me mira furioso y escarba el guano como un toro,
yo gravito entre la vida y la muerte cuando me tomo un vaso de agua en
la cual el huracán levanta las calladas olas
y el pan exhibe su dentadura de presidiario.

Todo es rojo y popular y aunque está florido está llorando,
y ataca, acometiendo, empuja hacia la nada, es decir, únicamente a un
cambio de formas,
y la amistad nos saca la lengua en los suburbios;
estamos verdaderamente sentados sobre puñales, sobre carbones ardiendo,
sobre ciudades que aúllan como chacaes,
y encima de los túmulos que se van a derrumbar
porque están podridos y porque están heridos de herrumbre o comidos de
eternidad como un poema;
al caminar producimos lo infinito,
y lo infinito no sabemos si nos sigue o lo vamos siguiendo, si nos corre
o lo vamos corriendo, si nos huye o lo vamos huyendo
por un camino que no empezó nunca.

No sólo padezco, estoy adentro de la clase obrera
y todo lo asumo y veo como pueblo que está presente en el sepulcro de niño
que llora, porque lo dejaron solo,
o en la violeta de la miseria que se destiñe bajo el año.

Es indiscutible que a cada puñal le corresponde un corazón,
a cada patada un esclavo, a cada idiota cien mujeres, a cada garrafa un
borracho y a la cuchilla del asesino siempre el cogote,
pero el crimen es crimen del régimen que hizo los esclavos y los borrachos
cuando dibujó e hizo las rameras,
poniendo a hervir adentro de una gran marmita los sesos y los sexos del
mundo revueltos con la metafísica, que es la hijastra de la mi-
seria, que es la madrastra de la tristeza y la abuela de todo lo
oscuro y lo confuso,
como por ejemplo el ser tres y uno en la misma herida,
o el desenojarse matándose en la segunda parte, que es la primera parte
y la tercera parte, estando uno parado y uno sentado y uno
parado,
y una serpiente con pechos soberbios de Angel o de señora del Capitalismo
(ellos absolutamente todos),
entretenidísimos en hacer cornudo al obrero de Nazareth o en fabricar vino
de agua, haciendo hablar los muertos con los muertos
encima del pueblo que exige un pan a su verdugo.

Porque nosotros cuando mordemos la comida
no sabemos si mordemos a Dios o a un hambriento o nos mordemos nosotros
o nosotros mordemos a quien nos mordió antaño y está mor-
diéndonos
y la mordedura colosal, espantosa es muerte que muerde o masa o demonio
o tumba de trabajador,

Discusión oscura, negación de las cosas que son las sombras y el
subterráneo,
el puntapié en el estómago del espíritu,
la cuchillada por la espalda en la literatura, que es la puñalada por la
espalda en el pan y el pan es sagrado como el badajo del toro,
de noches enormes saliendo el pellejo del sol les cae en hilachas
y vienen lanzando espantosos machetazos furibundos como el pellejo del
amor;
difamado, plagiado, calumniado,
tropiezo en la mentira, pero no resbalo y sudando como moribundo su
botella gris asesino,
libre como sable antiguo que pegase relinchos azules
o como un potro al sol entre los álamos amotinados en sus enormes fusiles
ardientes
y alegres como cresta de gallo;
veo los huesos repletos de semillas tanto y cuanto pequeños sacos de llanto
que pudiese ser trigo o vacío o gritos
y en el estupor descomunal que dejara la fuga inmensa de los tuétanos,
las plantitas nuevas como doncellas de percal chileno parecen pájaros
fluviales
o cuchillos enfurecidos,
porque todas las formas adoptan el sí y el no simultáneamente.

Como las lámparas copretéritas iluminando toda la provincia natal,
relumbra
el triste brillo de los zapatos, ellos
que son la expresión y el clamor incalculable de la criatura desterrada
aterrada
y es posible que nos vayamos y no volvamos nunca
precisamente a fin de agrandar la distancia acumulada entre nosotros y
nuestros pies mismos.

Encima del océano, de espaldas, acometiendo al tiburón de largas
y anchas barbas,
danzando entre los obispos del mar,
tomábamos aquella copa inmensa de los desesperados
que es risueñamente lúgubre
como patada de difunto en la noche infernal de las orgias o como México,
y cantábamos y gritábamos
peleando con los espantajos desencadenados y las viejas águilas.

Chorrea las murallas de sollozos
el hambre del pueblo del mundo y el colchón nacional se subleva pidiendo
galleta y navegaciones,
pues sucede que el único tripulante de su barco de fuego
agonizó por inanición sobre el puente de combate y la garra de la miseria,
lo rodeó de acordeones apagados.

Galopa un artista de luto mar afuera
y su ataúd que está bañado de sangre como un siglo o como un niño recién
nacido
naufraga su eslabón en mi cabeza y se derrumba;
no, los navíos se hundan aquí entre nosotros o hinchada la vela tremenda
sobre cadenas y botellas
rechina el látigo los llantos pálidos de esclavitud encima del cántico de
la marinería
y el buque enorme que no existió nunca y es precisamente ineluctable, pre-
cisamente irremediable porque no existió nunca, se va a estrellar
solo y rojo,
contra el castillo feudal de antaño.

La comida envenenada del Gran Capital engendra un hambre eterna
entre los hombres y los pueblos,
y es el régimen quien envenena la manzana del sol y la naranja y echa
veneno al agua cansada de afanes y padecimientos en desorden,
con la cual mojamos nuestro pan duro de cárceles,
haciendo resonar los calabozos de los presidiarios del mundo con el galope
de la hiena difunta que montamos
como montaron los abandonados en la caballería inmortal...

QUINQUENIO DE INVIERNO

Corriendo, andando, durmiendo, cantando o llorando desde mi mon-
taña de contradicciones e incendios, emerge
y avanza con las manos cortadas y un tambor negro en el pecho,
estrellándose contra la eternidad echada como una vaca en la cama de
"Dios", que es un perro de ceniza...

Supuesto lo paradisiaco elemental, yo la comparo a una doncella
con peinetas de oro
y es roja como una chomba y tranquila como espiga o como frutilla
en la cual estalla el huracán de los trabajadores cuando el mundo arroja la
montura desesperada y funeral del Estado
y asoma el sol cantando La Internacional encima de los hemisferios,
tirado por cuatro caballos tan grandes que parecen un solo poema hecho
de hierro y pólvora.

Poesía del universo, el corazón de la revolución es una fruta pura
de miel y tormentas y la granada de árbol con pájaros de cristal en las
alturas antiquísimas
o un toro cuyo lomo aguanta cien carretas cargadas de alfalfa en su
perímetro.

La garganta mundial al pronunciar sus ojos la agranda alta y ancha
como sexo de muerto o leche de hereje.

Y yo, nosotros, como los arrieros de un ganado descomunal, acaballando de abismo en abismo
la fiera inmensa del sueño, cantamos
y lloramos en ella los barros humanos que forjamos.

BALAZO AL ESTADO NAZIFASCISTA

¿Desde dónde vienen los mitos balando por debajo del mundo?
y, por ejemplo, los sexos de las momias, adentro de los que un huracán
desencadenado habita como un perro en un templo
¿son "el polvo de las épocas", la gran araña azul de "los pasados siglos"
convertida en poesía,
las caras arcaicas y desesperadas de "Dios", que se retuerce entre cadenas
verdes y piojos de oro, como un viejo falsificador de monedas,
el tigre de sangre social de los verdugos democráticos
o la gran carroña del sol que está enterrada, allá, en el corazón de la tierra
y aúlla buscando un sentido en los sepulcros?
¿Murieron los muertos o los muertos nacieron en la tempestad de las cunas?

Emerge el hombre y la placenta funeral chorrea sus auroras-niñas
cuando setenta mil años después de nacer adora la forma infantil y la sitúa
en las entrañas mismas del alma,
porque todos los retornos son gritos vacíos y encadenamiento.

Estamos como luchando con ideas de piel tremenda, y entonces
la esclavitud general nos rodea de veredas que son presidios y espantosos
calabozos tenebrosos, como cadáveres tontos,
en los que araña las murallas un ratón clerical y anciano, que parece juez
o ballena;
sentados, los antepasados medio a medio del cementerio gobiernan desde
sus sillones tristes, que dan polillas por frutos y huelen a ropero
de arriendo, a cómoda emputecida, a huracán:
abyectas mojadas hogueras enciende el atardecer degollándose con un
barreno
y un chuncho-obispo afila la cuchilla de su canto mohoso, mellado, maldito
como los serruchos aserruchando el cogote de un súcubo
o las costillas del tal Jehová, padre y madre de los dioses:
parece que quisiesen ceder un día las vigas del cielo y troncharse con
estruendo colosal:
porque está todo como roto y suena la corneta del centinela degollado
en la soledad definitiva como un hueso de muerto cayendo muerto abajo,
afuera, gritando entre gallipollos, gorgonas, basiliscos, harpías
o endriagos de mar completamente difuntos,
hacia un horizonte de jergones podridos en el gran invierno.

Y el nido de tablas de naufragio de la sociedad feudal-colonial enseña
antiguas culebras repartiendo estupendos esqueletos...

Matemos a los muertos, antes que los muertos maten a los muertos,
y se instalen definitivamente en la propiedad de la sombra
sobre los extraños muros de catástrofes, que van edificando historias en los
escenarios estupefactos;
el ladrón social es arcaico y el nazifascismo
no sobrepuja la antigüedad, la estimula y se enmascara en lo antiguo
definitivo
como la bacteria en la arteria paralizada del difunto.

Lo caduco preña la tierra, ordenan las sepulturas, la Iglesia, las
polillas, las arañas, las marmitas de los túmulos arcaicísimos
del antepasado espectral,
la retórica y la poética académica del esqueleto,
la cucaracha oceánica, las sordas carroñas son el Estado burgués-militar
por debajo.

Asesinada la inteligencia y sus reflejos de navio adentro del andrajo
moral, vive la muerte,
y babea la bestia repleta de braguetas del "millán-astray",
cuando la Norteamérica de los Consorcios-murciélagos saluda a la culebra
de Franco poniendo los Evangelios de "Dios" y el whisky-sour
por testigos
y desnudándose en el espanto mundial de los aterrorizados soldados,
se revuelve contra los pueblos hambrientos por el acaparamiento celestial
de dólares y mercaderías
a los que se les da de comer fusiles.

¿De "dó" vinieron los mitos?: ¿del Transvaal, de la vulva de la
tierra, de Alaska, de Rio de Janeiro, de Constantinopla?
¿o no vinieron y, como no vinieron, estaban viniendo de adentro del hom-
bre que pone huevos de culebra,
como la contradicción subterránea a la psicología del grande avance enci-
ma de las tinieblas eneguecidas por el resplandor de la socie-
dad nueva?

Y el anónimo con su perro de pelos y su gran baba sepulcral en la
dentadura estupefacta,
¿no es acaso completamente macabro como si él fuera la primera muerte de
mi esqueleto?
cuando o como blandiendo aquel oscuro puñal en las basuras que arrojé
a la huesera, emerge bañado con barro, sangrando y pidiendo
limosna al sol de la agonía general de lo podrido,
¡oh! espanto acumulado desde el Estado al clan gutural arrastrándose...
como si la lengua de la hiena burguesa fuera la lengua de la sociedad capi-
talista en cada número...

ORATORIA ESTUPENDA DE LA REPUBLICA

El azul colonial oloroso a plata rajada y a océano te azota
 el pellejo de acero tremendo y gritos de salitre,
 en el cual la vegetación agrícola-forestal como un águila verde, oda sacra
 en la cual se escucha rugir el origen,
 está echada sobre el huevo de Dios en las tinieblas,
 y una gran oveja bala a la Pascua hinchada de sol y caballos de andrajos.

El huracán del Gólgota ensangrienta tu Clase Media,
 a ceniza mundial huele tu pueblo en ojotas y la sociedad futura se levanta
 apegualando un toro de lomo universal y ecuménico,
 entre el azote rojo que restalla en la espalda de tus fábricas y tu campesinado,
 contra la cuchilla social y el tonel de vino de tus patronos vascos;
 de tu pueblo y tus minas emergen el oro y la materia pura, la tempestad
 total, lo heroico, el infinito
 tremendamente encerrado en sus ánimas;
 tu voz y tu proletariado enarbolan la Pampa sangrienta, el Mar del Sur,
 la palanca de la montaña pastoreada en sus faldeos de tetas, y
 el mundo
 te escucha construir tu porvenir en un poema
 comenzado en la edad del terror y el carbón de helechos,
 cielo a cielo, tranqueando la historia,
 con un cóndor de pecho de hierro de muerto en la garganta.

Tu vientre granero de lagares acumulado,
 canta, crecido de ríos marinos, y un enorme lago de fábula mira la pupila
 celestial como
 un toro a una ternera virgen.

Pero, por adentro del régimen, cargado de duraznos y sementeras,
 tu corazón frutal, país de ojos azules,
 país del peón invernal, país del gañán sufridor, como la piedra inmensa
 de la gotera,
 Chile, llora y se derrumba entre un degüello de espadas,
 doloroso, aterrador, proletario, con la lengua cortada por sus explotadores,
 crucificado entre sus viñedos y sus héroes,
 clamando contra los asnos terrosos y enfurecidos por la redención de-
 mocrática.

Son los abandonados del cielo y del mundo dirigiéndose a los
 cementerios.

Brama la espuela de oro de tu tradición popular en América,
y tus soldados de coraje son caballeros antiguos, disfrazados de sepulcros
de imperios,
varones de una gran raza naviera y peninsular, entonando la universalidad
medio a medio de la tierra con el tricolor a la vanguardia.

Aquella gran carreta definitivamente preñada de trigo,
que hace crujir el mundo porque el mundo apenas aguanta la majestad de
su categoría,
es tu ración de honor y tu leyenda.

Tu ramaje arterial es piedra, catástrofe, fuego,
por él circulan el oro, el cobre, el hierro, el vino santo y claro de la plata,
tu sangre es sangre de volcanes
y tu respiración denota al atleta mundial, resollando relámpagos, amarrado
con la cadena negra de los truenos;
espinazo de montañas tienes, el cual redobla sus tambores al amanecer, y
las gallinas
modestas de la aldea picotean tus barbas de abuelo crecidas a la orilla de
los abismos contemplándolos.

Sin embargo, el piojo se come al roto,
el piojo nacional, canción del horror capitalista, engendrado por el oligarca
en el costillar popular, engendrado por el amo en los esclavos,
el piojo colosal de Chile araña la estrella de Chile, y el hambre
muerde el vientre de los trabajadores
con su dentadura de calavera de asesino.

Sobre tus pueblos tristes como un campo de batalla,
los Días, los González, los Rojas, los Corvalán y los Urzúa, todos comple-
tamente muertos,
muestran su chaleco de fieras, su fusil criminal de sacerdotes y su hocico
de siúuticos despacheros y sedentarios a las generaciones en escabeche,
mirando
cómo Dios envejece en el abrigo del vecino, y cómo
el atarceder estuca de amarillo lo amarillo del amarillo cementerio del
lugar y solloza.

Tus castaños no dan castañas, dan muchachas estupendamente
desnudas, relojes de chocolate, champaña de Francia,
quesos de cielo, whisky milenario, charqui de león imperial, palomas y
manzanas,
y tus álamos trágicos dan guitarras desesperadas que curan la tristeza con
el suicidio o inmensos cantos de infancia.

El hollín y el vapor internacional dan una pátina de civilización
a tus molos y tus muelles de Valparaíso
y tus limosneros horrorosos comprueban tu don republicano;
el gran capital bancario-financiero y la Democracia alegremente unidos te
ciñen entonces un cinturón de piojos;
la columna vertebral del régimen empuña el palo de tonto del mal policía
sobre las espaldas de tu multitud obrera, a la cual se le ocurre el crimen
de exigir un pan a sus patrones,
para el niño o la mujer o el viejo apollillados de tuberculosis constitucional,
y los partidos
de orden imponen el orden asesinando a los hambrientos contra el muro
de las iglesias y los hospicios;
sí, cuando la sagrada eucaristía no mata la lágrima,
están los cementerios y los calabozos para los subversivos, los cementerios
en los subterráneos de la sociedad agusanada, los calabozos en
los subterráneos de la sociedad agusanada
y los hospitales extranjeros y desterrados en los suburbios.

La carcajada maderera del aserrín en los aserraderos domina el
Sur forestal y su canto de manzanas, recordando los esqueletos
de los pellines milenarios,
en los que la elocuencia de la selva inmensa es una bandera a media asta,
y el discurso ornamental de los pájaros todos completamente rojos, aun
los azules,
llena de agua la aurora de la Frontera:
el Centro cosecha sus mazorcas y sus sandías como pavos gordos
contemplándose en canales de regadío;
y el Norte, padrastro del Norte, muerde el caliche con desesperación de
condenado a la última pena,
tronchando las barretas en la riqueza y arrancando a puñetazos el metal
áureo,
para que las queridas del fascista-imperialista se compren calzones de
diamante.

El aceite nupcial de tus limones cura las heridas
y el amor de las hierbabuenas alegra el corazón del hombre como los mostos
gloriosos de junio,
no obstante el hambre aúlla a la agricultura y la insulta
por injusta, como la hiena tiñosa del desierto escarbando los sepulcros
abandonados,
o como los lobos y el alacrán del arrabal inmundo;
entre tus huertas, el horror camina a horcajadas sobre una feroz mula de
alambre,
pateando los frutos heridos de azúcar y los hambrientos;
el pulmón de tus obreros es el colchón de tus bacilos de Koch, criadero de
esqueletos de la América, porque tu riqueza es tan colosal como
tu miseria,

tienes un mar de oro, un territorio de oro, un dios de oro, un pasado de oro,
un futuro de oro,
tus leones y tus mujeres y la tinaja militar de tus costumbres miran y rien
con sólo un ojo de oro medio a medio del porvenir y te mueres
de hambre como un perro.

Soberbiamente pastan las vacadas la dulce alfalfa de la infancia en
la hondura eclesiástica de los grandes valles centrales y el toro
levanta su pecho al saludo del sol sonoro;
nada tan nacional y eminentísimo como el vaso de chacolí de las diucas a
la caída de las banderas;
pero, como jamás tomaron leche ni los terneros, ni los hijos de las lecheras,
nunca,
ni el pescador comió pescado, ni el sembrador comió el pan colosal del
mediodía, con el queso de las majadas, ni el viñador bebió el
valiente vino,
ni las familias de las lavanderas y los ovejeros almorzaron en mantel fragante.
Chile está triste y todo es congoja y sangre humana y muerte o desolación
con mucho espanto en la historia agropecuaria;
un tiburón de ceniza se atraganta de pulmones de campesino,
se atraganta del trabajo y del esclavo y del salario y el déficit alimenticio
acrecienta la plusvalía criminal
y el robo de la propiedad privada.

Así, en túneles envenenados escarba la criatura humana las entrañas
milenarias,
y un tiempo negro y muerto les gotea el rostro;
porque son los crucificados del carbón enriqueciendo con su suicidio a
sus verdugos;
como grandes acordeones verdes cantan los océanos sobre sus cabezas,
debajo están los siglos arañándolos, debajo están los millones de millones
de millones de muertos, debajo están los abuelos de los obreros,
ellos,
y frente a frente la desnarigada ahita de grisú caliente,
todo un chorro de horror arrastrando tripas, huesos, sangre de combates
ensangrentados;
pero la compañía carbonífera, si asesina las familias, también arrasa la huelga
con los krumiros y la fuerza pública
y el cristianismo de los asesinos internacionales
transforma el asesinato en un galardón más para las yeguas sagradas de
sus altares.

Grandes pavos de sol y grandes cueros hierven la sangre espesa y
dionisiaca,
los machos cabríos mojan la barba en tus lagares
y un vino enorme, clamoroso, negro, aterrado y varonil les canta como un
gallo, en la cara,

mientras los alquilados toros amarillos escarban las sepulturas.

La hermana hospitalaria te recorre, como a un ejército vencido,
a ti, país infantil, país del tiburón social y la puñalada de hombre a hom-
bre, país del maíz esplendoroso;
galopan caballos fantasmas tus cuaresmas de luto y tus aldeas
están pobladas de piojos, de mendigos, de perros, de curas que arañan las
murallas de la antigüedad chilena
comiéndose los unos a los otros;
y un vidrio de botella negra golpea el hígado de las guitarras, cuando
la última empanada de Chile agiganta sus albahacas.

¡Qué enorme vino de luto naufraga entre tus campanarios!
La cabeza de Dios cortada a hacha, grita y retumba contra tus látigos de
piedra, y tú, llorando,
te arrodillas frente a frente a tus degolladores.

Los nazifascistas te arrojan zapallos podridos a la cara,
el espía nipón te fotografía en camisa
y el italianillo de frac te muestra su trasero de cortesana a pata pelada y
caliente,
mientras a ti, a ti mismo se te cae la baba como a un santo
y los pigmeos te hacen cosquillas en las verijas con un pensamiento amarillo.

Pero tu cuero grande como un navío, ya rajando
el huracán coronado de tempestades y valores máximos y la boleada de la
boleadora
que le tiraste al porvenir es sublime.

Un asno mineral, minero, araña a los mineros de Atacama y
Coquimbo,
y una gran papaya de pus grita en el socavón ajeno como mordiendo el
cadáver del hambre
con las piernas abiertas de sabandija que comercia en oro;
los zorros remotos y polvorosos mean el desierto, ahí, con grandes meadas
de sangre, incendiándose,
la maquinaria salitrera ruge, cavando el sepulcro nacional y la cabellera
de las chimeneas
roja de sol, bota un escupo de patadas sobre los sindicatos, que parecen
cementerios de desocupación y carabinas entre hierros, entre
océanos, entre huesos y horcas fiscales,
la pelota del día domingo tiene negra la lengua tremenda,
y los filibusteros del capitalismo internacional, condecorados por el Papado
y el arzobispado, engordan sus krumiros y sus caballos con el
estiércol de sus queridas,
mientras los rotos furiosos de sudor escarban la agonía y el clamor del
terror crucificados

en las vergas cruzadas del juez y el policía en matrimonio;
 una gran patagua de agua verde se remece entre los vacunos y la literatura agrícola, como un montón de pasión, la trompeta de la alfalfa
 llamea en el atardecer y el tambor del lagar rotundo, rompiendo cueros
 tremendos, desafía a la lechería,
 cuando los ranchos del gañán sin nombre echan a correr desesperados,
 perseguidos por regimientos de piojos tremendamente gordos,
 como canónigos;
 si la Frontera es un aserradero con amuletos europeos,
 es un enorme e innumerable árbol con ríos floridos en las raíces y con un lago en la garganta,
 y es como cien tribus de pájaros cagándose en los inquilinos y un mapuche apaleando una inmensa pulga con la trutruca, a la cual ordeña y degüella,
 debajo del poncho blanco y negro, debajo
 de la Araucanía subterránea, debajo de los milenarios
 y amarillos monumentos polvorosos de prehistoria singular y caballos de escudo, a los que escupe el salchichón nazi;
 pero la ballena azul azota la cola en la Antártida,
 llenando el Sur de sur con humo oscuro e indeterminado, aunque se define como una gran lágrima negra
 aquel océano blanco con sudario, en el que suspira la oveja de Dios, y los conquistadores
 violan las hijas de sus sirvientes revolcándolas como a perras sangrientas en el colchón de las resacas, cuando a los santos, borrachos millonarios degenerados,
 el aguardiente, entre el gazzate, les arde, bramante
 como un toro de la apostasia en los antiguos grandes desiertos del mundo;
 sin embargo tú, patria, dulce patria de aperos y monturas o arcaicos rifles dorados de eternidad,
 entre sacos de piojos te retuerces pisoteada,
 y el estandarte de quesos y vinos de Cauquenes, de Chillán, de Linares, de Talca, de Licantén, es una bacínica goteada de espanto y luz ultravioleta,
 tu bandera está cargada de murciélagos, como el pantalón de un idiota y es todo lo santo del pueblo
 y te ensilla el latifundista extranjero. ¡oh! extranjero entre extranjeros, como si fueses una vieja mula de montura o la esposa de su mayordomo;
 sí, tus "Alones" y tus "Barellas", hediondos a verija,
 echaron demasiada baba literaria, desde sus mesones de Iscariotes de carnaval encima y debajo
 de tu gran cara sagrada de epopeya y los nazifascistas maricones
 pisotearon tu ley de hombría, en camisa, como putos locos o lo mismo que frailes rabones en la sacristía,
 tu oligarquía se revolcó, como una gran puta,
 con el fascismo guata de rana y sus terribles degenerados sexuales,

en los subterráneos de la callampa social del régimen,
tus caudillos pequeñoburgueses se confunden con los criados de las casas
de citas,
y tu pabellón lugareño y polvoriento
lo usan las señoras de la alta sociedad en recoger sus aflujos menstruales,
¡oh! pueblo amado, sol de cerebro y encantamiento,
espada y palanca de Latinoamérica, cómo los esclavos fascistas de la
"aristocracia" te escarnecieron las entrañas,
precisamente en función de tu leyenda.

Pero yo recuerdo tus obreros, su sangre soberbia de maestros des-
parramada en los costillares resonantes y en tu vientre mineral,
tus obreros y tus guerreros del pueblo, hijos del pueblo y pueblo,
y mi corazón hierve un gran vino alegre y decente,
empenachado de cóndores y toros apequalando las banderas del continente
enfurecido;
tu gran Partido del pueblo, en pueblo pueblo remontándose,
echando la poderosa flor comunista sobre el enorme corazón del sol ame-
ricano en el gran Octubre;
coronado de mártires y héroes colorados,
sudando muerte, crucificado y tronchado, en clamor colosal araña la gloria
de ser enormemente azotado del régimen,
porque, así, desde allí se levanta el chorro de llanto igual al puñal ensan-
grentado de Jehová rugiendo como iluminación de la clase obrera
y el proletariado,
¡oh! Chile chileno, por la libertad definitiva de los trabajadores.

EPOPEYA DE LAS COMIDAS Y LAS BEBIDAS DE CHILE (ENSUEÑO DEL INFIERNO)

Hermoso como vacuno joven es el canto de las ranas guisadas
de entre perdices,
la alta manta doñiguana es más preciosa que la pierna de la señora más
preciosa, lo más precioso que existe, para embarcarse en un
curanto bien servido,
el camarón del Huasco es rico, chorreando vino y sentimiento,
como el choro de miel que se cosecha entre mujeres, entre cochayuyos de
oceánica, entre laureles y vihuelas de Talcahuano por el jugo
de limón otoñal de los siglos,
o como la olorosa empanada colchaguina, que agranda de caldo la garganta
y clama, de horno, floreciendo los rodeos flor de durazno.

Y, ¿qué me dicen ustedes de un costillar de chanco con ajo, pican-
tísimo, asado en asador de maquí, en junio, a las riberas del peumo
o la patagua o el boldo que resumen la atmósfera dramática del

atardecer lluvioso de Quirihue o de Cauquénés,
o de la guañaca en caldo de ganso, completamente talquino o licantenino
de parentela?,
no, la codorniz asada a la parrilla se come, lo mismo que se oye "el Mar-
tiro", en las laderas aconcgüinas, y la lisa frita en el Maule,
en el que el pejerrey salta a la paila sagrada de gozo, completa-
mente rico del río, enriquecido en la lancha maulina, mientras
las niñas Carreño, como sufriendo, le hacen empeño a "lo hu-
mano" y a "lo divino", en la de gran antigüedad familiar vihuela.

Los pavos cebados, que huelen a verano y son otoños de nogal o de
castaño casi humano, los como en todo el país, y en Santiago
los beso,
como a las tinajas en donde suspira la chicha como la niña más linda de
Curicó levantándose los vestidos debajo del manzano parro-
quial, de la misma manera
que a la ramada con quinchas de chilcas en donde tomamos en cacho labrado
el aguardiente de substancia,
o el colchón de amor, en el cual navegamos y nos enfrentamos sollozando
a los océanos tremendos de la noche, a cuya negrura horrible-
mente tenaz converge el copihue de sangre,
o la lágrima que nos llevamos a la boca, cuando estamos alegremente
cantando.

El vino de Pocoa es enorme y oscuro en el atardecer de la República
y cuando está del corazón adentro el recuerdo
y la apología de lo heroico cantan en la rodaja de las espuelas como
el lomo del animal, nadando en la tonada fundamental de los remansos o
contra la gritería roja de la espuma.

La chichita bien madura brama en las bodegas como una gran vaca
sagrada,
y San Javier de Linares ya estará dorado, como un asado a la parrilla, en los
caminos ensangrentados de abril, la guitarra
del otoño llorará como una mujer viuda de un soldado,
y nosotros nos acordaremos de todo lo que no hicimos y pudimos y debimos
y quisimos hacer, como un loco
asomado a la noria vacía de la aldea,
mirando, con desesperado volumen, los caballos de la juventud en la ancha
ráfaga del crepúsculo,
que se derrumba como un recuerdo en un abismo.

Relumbra la montura en Curicó, del mar a la montaña, resonando
como una gran carreta de trigo, resonando
como el corredor en vacas o el trillador o el que persigue a una ternera,
borneando la lazada

encima de la carcajada, chorreada de sol de la faena, en la cual la bosta
aroma como un dios los estercoleros domésticos, con huevos
inmensos de viuda.

Una poderosa casa de adobe con patio cuadrado, con naranjos, con
corredor oloroso a edad remota,
y en donde la destiladera, canta, gota a gota, el sentido de la eternidad en
el agua, rememorando los antepasados con su trémulo péndulo
de cementerio,
existe, lo mismo en Pencahue que en Villa Alegre o Parral, o Iloca o Putú,
aunque es la aldea grande de Vichuquén la que se enorgullece, como de la
batea o la callana, del solar español, cordillerano, de toda la
costa, y son las casas-tonadas
del colchagüino y el curicano, quienes la expresan en lengua tan inmensa,
comiendo arrollado chileno.

Porque, si es preciso el hartarse con longaniza chillaneja antes de
morirse, en día lluvioso, acariciada con vino áspero, de Quirihue o
Coihueco, en arpa, guitarra y acordeón bañándose, dando terri-
bles saltos a carcajadas,
también lo es saborear la prieta tuncana en agosto, cuando los chanchos
parecen obispos, y los obispos parecen chanchos o hipopótamos,
y bajar la comida con unos traguitos de guindado,
sí... en Gualleco las pancutras se parecen a las señoritas del lugar: son
acinturadas y tienen los ojos dormidos, pues, cosquillosas y re-
galonas, quitan la carita para dejarse besar en la boca, in-
terminablemente.

Y la empanadita fritita, picantoncita y la sopaipilla, que en tocino
ardiente gimieron, se bendice entre trago y trago, al pie de los
pellines del Bio-Bio, en los que se enrolla el trueno con anchos
látigos,
pero nunca la iguala a la paloma torcaz, paladeada en los rastros de julio,
en la humedad incondicional de tal época, entre fogatas y torti-
llas, tomando en la bota de cazador esos enormes vinos que
huelen a pólvora y a amistad o al zorzal tamaño del viñedo,
que es el puñal agrario del lamento,
cazado entre los pámpanos santos, como un ladrón del vecindario campe-
sino y al cual se cuece en mostos blancos,
ni el causeo de patitas, que debe comerse en Rancagua, no después de
beber bastante chacolí con naranjas amargas, sino tomando
vino de Linderos.

Cuando el jamón está maduro en sal, a la soledad fluvial de Valdivia,
y está dorado y precioso como un potro percherón o una her-
mosa teta de monja que parece novia,
comienza el poema de la saturación espiritual del humo y así como la
olorosa aceituna de Aconcagua, con la cual sólo es posible

saborear los pavos borrachos con apio y bien cebados y regados con cien botellas, la olorosa aceituna de Aconcagua, se macera en salmuera de las salinas de Curicó, únicamente, la carne sabrosa de los bucaneros y la piratería se ahuma con humo, pero con humo de ulmo en la Frontera y surgen pichangas y quantadas.

En Vichuquén se condimenta un valdiviano tan picante que arrastra el trago muy largo y al cual, como a los porotos fiambres, se le aliña con limón y brotes de cebolla de invierno, todo lo cual, encima del mantel, florece, con tortillas de rescoldo y también las papas asadas y la castaña, como en Concepción, cuando se produce sopa de choros, o en Santiago chunchules o cocimiento del Matadero, a plena jornada invernal, o en Valparaíso choros, absolutamente choros, choros crudos o asados en brasa y de peumo.

Sin embargo, no comamos la ostra en ese ambiente, en el que relumbran y descuellan los congrios-caldillos o flamea la bandera de un pipeño incomparable, comámosla en el gran restaurante metropolitano, con generoso y navegado ámbar viejo de las cepas abuelas del Maipo, comámosla lloviendo y brindando en el corazón de la lluvia, como si fuéramos a ser fusilados o ahorcados al amanecer en las trincheras.

Y en Constitución o Banco de Arenas el piure se tajea a cuchilladas, bañándolo en limones de la costa y vino blanco, tanto vino blanco como es blanco el vino blanco, mientras la presencia del pejerrey frito asoma su sol sangriento, como polvoroso oro en campos de batalla.

Porque en Antilhue fructifica una longaniza tan exquisita como en Chillán, la longaniza que se comía en los solares de la gran ciudad funeral y fué como el toro de Miura: lo único, por lo cual yo prefiero adobado el lomo aliñado en Lautaro o Galvarino o Temuco, obteniéndolo con cerdo sureño, oceánico, y una gran cazuela de pavita en Lonquimay o el cordero lechón asado en brasas de horno, con quideñes agarrados en la gran montaña del copihual araucano, en Traiguén, en Nacimiento, en Mulchén, Angol y Los Angeles o a la misma orilla del río Vergara o en Cañete o en el ilustre golfo de Arauco, como, por ejemplo, en Lebu, y aun en el espinazo de epopeya de la Cordillera de Nahuelbuta.

¡Ah! felices quienes conocen lo que son caricias de mujer morena y lo que son rellenos de erizos de Tocopilla o charqui de guanaco de Vallenar o de Chañaral, paladeado en la sierra minera, entre mineros, conversando con los burros sagrados que forjaron la minería,

en tanto dos cabritos de Illapel se divierten alegremente, en los olorosos rescoldos fabulosos del boldo de las banderas chilenas, gloriosos como gloriosos mostos.

Los huasos ladinos y remoladores de Doñigüe o Machali o San Vicente de Tagua-Tagua comen asada la criadilla, con pellejo, medio a medio del rodeo de octubre, entre el quillay o el rauli florido de las "medias-lunas", estremecidas por el bramido nacional de las vacadas, estremecidas por el coraje de los jinetes rurales y el sol sonoro, y el ñachi lo toman caliente, bebiéndolo del degüello tremendo, como en los espantosos sacrificios religiosos de la fe arcaica, horrorosamente ensangrentada, con la naturaleza y la sangre como dioses.

Si se prefiere ganso con ajo y arvejititas, cómase en la provincia de Cautín, y el curanto en Chiloé y en Osorno o Puerto Montt o en Carahue, para la época santa de las Candelarias, en días nublados, indefectiblemente nublados, mientras tiritan las hojas caídas en el agua inmensa.

Cantando y tomando, los empleados públicos del lugar atraviesan sin afeitarse de una eternidad a otra eternidad, completamente de aguardiente atorados, en aquellos amarillos, inmensos catres de bronce que cubren el Valle Central de la República de nubes azules y angelitos, y el preceptor se toma su copa de tormento, exactamente en Pelequén, en Chimbarongo, en Tutuquén o en Curanilahue.

Dicen los curillincanos que nadie entiende cómo se asa la malaya al estandarte bañada en harina tostada y orégano, sino los curillincanos y aun los más baqueanos y acampados, pero los sanclementinos, si son Ramírez, les desmienten y agregan la melleja y el pecho de ternera con hartos abundantes tallos y vinagre y bajan la panzada con guarapón de Curtiduría y avellanas bien retostadas del Culenar maulino, Maule abajo o con queso asado, de aquel que huele a coironal cuyano o a "triste", cantado por arriero, allá por el "Resguardo de Las Lástimas", a lo cual contesta el viviente de Pichamán con medio ternero al rastrojo del alambique y el paisano de Tanguao o de Huinganés con chanchitos rellenos de perdices en la brasa primaria y elemental de los roces de mayo, que son como el rescoldo de los antepasados y los primeros incendios del mundo.

La chanfaina licantenina es guiso lacustre, mito de río y ribera, fluvial-océánico y cordillerano, lugareño, aldeano, campesino, provinciano y como de iglesia, volcánico y dramático, y el caldillo de congrio, de escritas, de choros como la pancutra, son lancheros, hermanos de los valdivianos lancheros, que parece

que tuviesen una gran gaviota nadando en el caldo sagrado y elemental del cochayuyo, más que el charquicán del alga yodada, la cual lo contiene, pero lo deprime, retostándolo.

El chicharrón de ubre, comido por los carrilanos y los ferroviarios, se hace presente enharinado, a la carrera, clandestinamente, en la chingana de la estación sureña, junto a los pollos cocidos, bien ardientes de ají cacho de cabra y pebre chileno, a la orilla de la imponente pata de vaca con cebolla grande, sujeta a la relación de la tortilla, que recuerda los braseros y las castañas, entre la jaiva gordota del tren longitudinal y los huevos cocidos del viaje, y aquellos sabrosos causeos de lapas y conchas que nos ofrecen las bahías, frente a frente a la mar diversa de Laraquète, con olor a limón costino, a antigua casa de aldea con violetas, Winétt, a lluvia provincial cantando y llorando infinitamente, cuando nos hallamos completamente solitarios y trasnochados y la naranjada maliciosa nos exige lo más dramático y lo más romántico del océano en humilde plato de barro.

Si fuera posible, sirvámonos la empanada, bien caliente, bien caldúa, bien picante, debajo del parrón, sentados en enormes piedras, recordando y añorando lo copretérito y denigrando a los parientes, cacho a cacho de cabernet talquino, y la sopaipilla lloviendo, con poncho, completamente mojados, entre naranjas y violetas, acompañados del cura párroco y borrachos.

Será el chunchul trenzado, como cabellera de señorita, oloroso y confortable a la manera de un muslo de viuda, tierno como leche de virgen, lo cosecharemos de vaquilla o novillo o ternera joven, la cual, si estando enamorada ríe y come ruidosamente, elegid la melancólica, sirvámoslo con buendoso puré de papas, en mangas de camisa, por Renca o Lampa, acompañados de señoras condescendientes y mucho vino tinto, pero más de bastante y mucho, cuando ojalá se celebre el onomástico del carnicero o el santo del paco de la comuna y la niña de la casa os convida a que recitéis, como un cualquier maricón del "Pen Club", por ejemplo, pues entonces... cantad, cantad la canción nacional, proclamándoos por vosotros el Conquistador de la América del Sur, proclamándoos capitán de los corsarios americanos, proclamándoos antiguo y valeroso vikingo en jubilación hasta el alba, cuando los pájaros del amanecer cantan la lágrima romántico-dramática de la luna hundida,

no sabemos cómo nos ponemos el sombrero,
ni cómo se llamaba aquél del moscatel lagar ahogado.

Dichosos son quienes se comiesen de perniles calientes cinco o más
kilos,
medio a medio del invierno de San Felipe, si el invierno está tronado y
cruzado de relámpagos e inundaciones
y él posee una gran manta de Castilla,
con la cual abriga la guitarra y la bien amada Dama-Juana.

Y cómo flamea el pañuelo,
como la bandera soberbia de un gran barco al anochecer, si están bien
cabezonas las mistelas, si los huasos son huasos y no velas de
sebo, si arde el ponche y estalla la cueca
zapateando los entorchados, entre cielo y mundo,
el varón dibuja la escritura de la varonia fundamental de los rotos chilenos,
y la mujer fija la huída de la coquetería en los zapatos,
pues nos hemos venido a Pedegua a remojar la Cuaresma en chicha del
"Tránsito" de Paine
o andamos alegrándonos, en tomas, o haciendo
cantar la rodaja de las espuelas, o el tiento de oro de los lazos trenzados
en piel de guanaco de Las Condes,
encima del lomo de gallina de los futrecitos amatonados.

Con bota de potro o de cabro, apérese el jinete de charqui, aguar-
diente, queso y tortillas —jamás pollo, que es para el viajero
y no para el arriero—,
acondiciónese en previsiones de correones chillanejos el tacho y el cacho
laboreado, para la bebida, porque el hombre de pantalones de
hombre, viajando a caballo no tomará sino no vino ni tinto, no,
sino una gran cachada de guarapillejo ardiente
y no remuela, porque se enreda en las hilachas, sino
después de haber vestido el pantalón de bombilla, la chaqueta abotonada
con seis corridas de botones y el calzado
en punta de alfiler de los casamientos.

Como absolutamente todos los bautizos se celebran entre junio y
julio o agosto, y también los velorios y los santos y los casorios,
las remoliendas, en general, las tomateras, los esquinazos, ma-
lones, cuchipandas y alharacas, así como todos los tontos se
llaman "Alone",
si Ud. se presenta malo del cuerpo, tómese una gran chupirca de madrugada
y frótese las manos de gusto,
cómase un ajíaco de sopaipillas y el trago no bébalo puro, bébalo puro
y con torrejitas de naranja de la más agri-ácida que encuentre,
naturalmente en el naranjo más anciano de la aldea,
báñese en chacoli fuertón y corajudo
y váyase a echar esa última cana al aire mucho antes de que la pelada le
coloque la espalda contra la eternidad y el pecho frente al cielo.

Sin embargo, con cuánto anciano y varonil entusiasmo, más o menos
deslenguado,
el rotito de Pelequén o Quivolgo agarra la "mona" del sábado por tres
semanas y un día, le pone bastante sobre los bienes en Curepto,
y se acuesta en un pajar cualquiera, roncando,
con el último pan de lágrimas en los bolsillos, soberanamente mugrientos,
en los que renunca el oro nacional cantara su tonada.

Cuando comienza la llovizna, hay vacas difuntas llorando en los
acantilados y braman las quebradas,
es riquísimo el mate con carne y de rescoldo bien tostadas,
porque cuando llueve a cántaros es frita la papa salada la que nos impone
su apetitoso régimen de aguardiente,
se platica la amistad nacional fumando aquellos cigarros
de los años pasados o antepasados, de provincia en provincia, en nuestras
hermosas casas, que hoy habitan la ortiga, la ratonería y "el
polvo del tiempo", o los políticos,
y aun se echan huevitos y papas a la ceniza,
enumerando a todos los difuntos familiares y al río con navios del lugar
natal, forjado por cantos de gallos tremendamente, eternamente
remotísimos.

Es natural un caldo de cabeza, aclarando los domingos de Val-
paraíso, sobre el Puerto brumosamente viejo.

Son el mapuche y el afro-ibero sanguinarios y religiosos los que
sepultan en nosotros nuestros enormes muertos, embriagándonos
en ritos feroces,
si la dolorosa borrachera funeraria deviene asesinato,
y en alcohol y sangre el chileno ahoga el complejo de inferioridad de los
inmensos pueblos pequeños, y su enorme alegría tan desesperada
y tremante.

Un trago de guindado de antaño sienta muy bien a quien emprende,
de noche, una gran jornada a montura.

Cuando los arrasó la inundación y el huracán, a tempestad eléctrica
oloroso, los azotó con palos de fuego, impiadosamente,
los huasos costinos lagrimean el poroto con chorizos
que su mujer distinguió en la vieja y de greda callana negra, entre el
desastre y las pilchas llovidas, a los que alegró con infinitos y
ardientes huevos tremendamente fritos y de gran cebolla brotes,
comiéndolo con el puñal a la cintura y revólver de catástrofes,
pero el huaso muy rico y muy bruto lo aliña con limón tronador, entre
tinajas y bateas, desde el pecho de racimo polvoroso de la ven-
dimia, y la caricia
de las vendimiadoras le revienta uvas chilenas en la barba.

Si murieron, por ejemplo, sus relaciones y sus amistades de la infancia y Ud. retorna a la provincia despavorida y funeral,
arrincónese, solo en lo solo,
cómase un caldillo de papas, que es lo más triste que existe y da más
soledad al alma,
y beba vinillo, no vino, el vinillo doloroso y aterrado que le darán a los
que van a fusilar los carceleros o el fraile infame que lo azotará
con el crucifijo ensangrentado.

Como la más acrisolada trilla a yeguas florece en Linares, por
Longavi, Colbún, San Javier, Yerbabuenas, Curanipe o Lon-
comilla,
cuando los huasos chapados a la manera de antes, con arrees de plata y
aperos de resonante correaje formidable, trenzado en Pelarco,
galopan por el callejón de las Diucas, levantando un cataclismo
de polvo,
están las bestias en la era y llega el patrón, don Acricio Montero, con la
Rosita al anca y los guainas bien montados,
y el rucio Caroca pega la primera guargüereada de ponche de culén gol-
peado y azotado, como es menester, deslumbran los choclos cocido-
dos y la empanada está gritando caldo santo,
¡jay! yegua... a... las guitarras rompen el galope dionisiaco,
el cielo fragante a heno sonoro, ríe como gordito y gozoso a las espigas
pisoteadas, pues el mundo de enero es un antiguo rey de Espa-
ña hecho con pueblo,
que resuena, bajo los cascos sagrados de los caballos y es día inmenso,
tráguese el pipiritiuque y no se atore.

"Para el rodeo", aun quedará algún membrillo y la aloja traerá de
los soberados de invierno el verso del pueblo y sus acordeones
y el sueño del hueso de otrora
hacia los ciruelos, los duraznos, los almendros tremendamente floridos, sin
vergüenza ni medida,
por cuyo motivo a las vaquillas les picarán el sexo las abejas equivocadas
que capullos los creyeron y entrará el primer jinete y su pareja
repicando en piano de guano y bramidos,
porque la media-luna de arrayán, repleta como bandera de "rico" de pro-
vincia o como desnudez de abadesa, canta lo mismo que una
gran campana...

Cuando está borracho el año, el otoño, los rastrojos, los aberrojos,
los porotos, la peonada, los patrones y los lagares,
comienza la vendimia, la cual se produce reventando pámpanos agarrados
al sol encima de los pechos, del vientre, de los muslos de las
muchachas, que habrán de estar de espaldas, con las piernas
abiertas, riéndose,

mientras resuellan las carretas, sonando cerro abajo
y un roto apalea a una patagua, creyéndola su mujer querida y arriba
de la gran ramada de quillayes o maitenes
grita un chorro de vino, que anda por bajo debajo de los subterráneos, gri-
tando, grita, como un animal muerto, grita
mostrándole a la inmortalidad su verga de toro.

En Auquenco o Coihueco, si se prefiere, para las topeaduras del
Dieciocho, huelen a montaña las cocinerías,
y a sudor de caballo fuerte, pujan las bestias, anudándose
contra la vara de avellano, hinchadas las arterias, clavadas sobre el gazna-
te, en esfuerzo enormemente tremendo, acogotadas de desespe-
ración y águilas,
todos están tensos, dramáticos, acechando, rempujando, agarrando el pecho
de hierro de la batalla
hasta el instante estelar en el que un "potrillo" de chicha cruda, baya, con
panales, hirviente y rugiente como una hermosa hija de león,
corona
el guargüero de uno y sólo uno de los vencedores,
porque la bestia, de espuma y victoria aureolada, irá a mascar el freno
con los gañanes.

Hacia la rayuela del domingo van el Juez y el Alcalde,
el Cura, el Oficial Civil, el Gobernador, don Custodio, don José Tomás,
don Clorindo, don Anacleto, don Rosauero, las Peralta, las Díaz,
las Correa, las González, las Montero, las Ramírez, las Pacheco,
las Mardones y las Loyola,
porque la fritanga de la Carmen Chávez brilla, como un templo en el
crepúsculo de abril y Pancho Silva... no, el chucho Letelier
("don Toribio"),
acaba de hacer la primera gran quemada del campeonato, fumando y to-
mando (aunque la mayoría democrática y radical de la comuna
maneja el tejo como empina el codo) y levanta
el vozarrón de los momentos definitivos, como un puñal que tapease el hori-
zonte departamental o un panal sonoro como el lomo de un
"Mamocra",
o como las banderas de septiembre, estremeciendo la epopeya provinciana,
el medio-pelo grandiosamente oratorio y jubilado de las familias
de fotografía de matrimonio y onomástico,
y un canto de gallo destaca la heroicidad civil de las guitarras, superando
los funcionarios.

Comamos choros asados a la orilla del brasero, si la tempestad des-
encadenada ruge arrastrando sus cadenas por los abismos cordi-
lleranos y en la gran mar oceánica o queso asado,
pero, con mucho cuidado de beber bastante blanco, del moscatel blanco,
en cacho, con la charrasca a la cintura,

contando cómo nos topamos con el diablo, en el Pajonal de Los Canelos,
cara a cara, entonces le descerrajamos tal guantada en el hocico y
la hediondez de azufre fué tan regrande en Colchagua que los cuya-
nos estornudaron.

Cuando un cristiano de Rauco se muere, lo primero que debe hacer-
se es tomarse un taco bien largo del asoleado,
y enviar a la familia una gran cabeza de chanco para el velorio, ir a visitar
a los compadres del difunto e ir tomando y, tomando por el
finado,
suspirar mirando las vigas penosas de la casa, tomando a la chilena
por la salud de la viuda y los niños, por los tiempos pasados y los recuer-
dos más añejos que el añejo, por la comadre, tomando
y tomando por todos los muertos del lugar, añorándolos, entre trago y trago.

El pejerrey-cauque del río Claro no es un pescado, es un imperio
de cuarenta o cincuenta o sesenta centímetros,
al cual sólo las truchas asadas de las "Chicocas", en Constitución, le en-
cuentran la rima,
por eso cantemos a don Tomás Marín de Poveda el himno colosal de los
comedores de pejerreyes fritos y bebamos a la memoria del fun-
dador de ciudades.

El farol del pequenero llora, por Carrión adentro, en Santiago,
por Olivos, por Recoleta, por Moteros y Maruri, derivando hacia las Hor-
nillas, y el guiso del río Mapocho
del trasnochador, les hace agua la boca a los borrachos,
picante y fragante a cebolla, chileno como la inmensa noche del hombre
tranquilo del Mercado, hombre del hombre,
y el pregón bornea la niebla mugrienta como una gran sábana negra.

Primero nos elaboramos una como olla en la tierra sangrada del
patio de los naranjos,
la recalentamos con fuego de peumo y piedras ardientes,
embelleciéndola con hojas de nalca como a una desnuda y feliz muchacha,
a la cual cantando le echamos choros, perdices, locos, cabezas
de chanco, malayas de buey y ternera, patos, pavos, gansos,
longanizas, queso, criadillas, corvinas y sardinas, sellándola y
besándola como una tinaja de mosto, colocándole una gran cent-
lla en la boca
e invitando como aguinaldo al curanto a la población de La Cisterna, nos
ponemos a tomar hasta las lágrimas y el "grande mucho lloro".

La bien llamada y dulce chupirca y el imperial e invernial gloriado,
cabezoncito y olorocito a huertas antiguas, o el madrugador pipi-
ritiuque,
cómo acuden a reconfortar las almas pálidas y acongojadas y aun a resu-
citar muertos, auténticos y terribles muertos,

cuando el poeta se encuentra con amigos comerciantes en animales, con toneleros, talabarteros, carniceros o profesores primarios completamente seguros del buen gacinate, allá por Angol adentro, se han caído los puentes de los trenes por la lluvia tremenda y uno se resigna a remojar la agalla toda la semana, antes de cogerse un enfriamiento por heladas las entrañas.

Yo sostengo que la cazuela de ave requiere aquellas piezas soberbias y asoleadas de los pueblos costinos, el mantel ancho y blanco y la gran botella definitiva y redonda, que se remonta a los tiempos copiosos de la abundancia familiar y cuyo volumen, como por otoños melancólicos ciñéndose, recuerda los cuarenta embarazos de la señora.

Si tiene mucha pena y poca plata, tómese una tal agüita de toronjil con aguardiente y abríguese como un imbécil, porque ha de ser invierno, o un vinito al vapor con limón en monedas, pues también es muy rico el de substancia puro, tomado con cigarros de hoja, paseándose por el corredor de los antepasados y el con ruda o ajo o guindas o hinojo, sin dulce alguno, seco y varonil, como cacería de leones

Echando sol por todos los poros del verano, sudando como caballo galopado del mar a la cordillera, bramando polvo de oro, remonta el pastel de choclos, a la chilena, el cual se distingue distantemente cuando las primeras chichas y las primeras hojas saludan a la primera prieta de abril con una gran ostra marina.

Unicamente la Merceditas Arriagada, en mil leguas a la redonda, es capaz de asar unos pollitos tiernos, con espárragos de azules primaverales y moscatel rosado (en callampas), y Juan Carrasco, de Til-Til, esos cabritos o esos chanchitos lechones que se agrandan tanto con el aullido invernal, acompañándose por la cebolla clandestinamente brotada y la aceituna reciente o ausente, "divinamente" saboreada, cuando el gato de los tejados tocando su rabel mojado, acalora a las señoritas en la cama, las cuales sollozan y suspiran demasidado y bastante en acariciándose la propia belleza.

Sí, desayunaos con café oscuro con huachucho, diciendo: "revuel-ton anda el día, como que llueve y no llueve",

echadle un trago, como no mirando los nublados que el tiuque deshilacha
con relación a una flojera triste que Chile comprende en ausen-
tes lamentaciones,
después de haber estado rumiando y bramando.

Echada, medio a medio del verano, hinchada de enorme leche verde,
estará abierta la sandía, como guasa sin calzones,
a fin de que nosotros la comamos a la sombra de las pataguas de Chimba-
rongo, con bastante de llallis gran harina,
mientras la yegua tordilla que montamos
pasta el poleo o la romaza picoteadas de pidenes y la perdiz silba a la
majestad solar, tocando
la guitarra de vidrio que le obsequió la lloica anciana,
y todo resuella, sudando y enarbolando espigas que relinchan y un galope
de potros o de toros, atruena
la olla cóncava en donde se cuecen gigantes humitas de cien haciendas.

Como la papa asada en el rescoldo del crimen del roce,
frita en grasa la pana y el valdiviano en fuego de bostas, adornado de
huezazos y camarones de abril, en los húmedos y plúmbeos
crepúsculos de Lagunillas o Ramadillas del Lircay nativo,
y el sanco en caldo de chancho, cebado con relámpagos.

Un vino caliente torna más heroica la madrugada de la remolienda,
afirma las cinchas,
y es como una gran fogata en las montañas americanas,
bebámoslo, nosotros los viejos, recordando las buenas monturas de antaño,
recordando los lazos trenzados, recordando los caballos que
montábamos cuando estábamos solteros y disparábamos
el nuestro revólver contra todas las cosas del mundo,
refocilándonos por encontrarnos bien aperados y siendo los buenos jinetes
de entonces...

Asada, la castaña da gran intimidación heroica a la chimenea,
rememora las cacerías de torcazas y el grito del zorro del tiempo en la
quebrada acuchillada por la tempestad y es maravilloso
enternecerlas con aguardiente de la Recoleta Dominicana.

El chuncho de Hualañé invita al ponche y al mosto, a aquellos pi-
güelos soberbios de don Juan de Dios Alvarado,
en esa enorme chicha bautismal de doña Rosa Díaz, la tía del Mataquito,
cuando, por el bolsón de Leandro bajaban las vacadas de Ramoncito, bramando
adentro de los truenos épicos con Ramoncito, el tontorrón, a la
cintura,
y Licantén estaba de barracas enarbolado por mucho lloviendo, a la orilla
de abismo del invierno, que se derrumba, tiempo y cielo abajo,
en enorme naufragio de espanto.

Y pite su pucho de hoja, paseándose,
cuando la ñieula arrastrá arrea su inmensa oveja negra
por el callejón de on Vicho.

Como los locros de ñocos con cochayuyo o mariscos traen entero
el mar adentro, como rugiendo solo,
es menester cuidarse del oleaje afirmándose en la color vertical de Chile
que los rotos heroicos tragan con moco y todo, entre lágrimas
muy pálidas y muy ácidas,
y el soldado grande chileno se refriega en las heridas,
para lo cual la persona está sentada principalmente en un espino del Sur,
quemado, pero con viento tremendo,
no tomando, sino bañándose en el buen chacoli de octubre, que gritará
lleno de banderas.

O coma fuego con fierro adentro, es decir, el ají que come el pobre,
cuando come, enyugándolo a la cebolla agusanada...

APOCALIPSIS DEL HAMBRIENTO

Sin embargo, por debajo del sueño tremendo de tus esqueletos
soberbios
los piojos furiosos escarban la telaraña republicana
con sus bayonetas de leones en esclavitud, montando sudorosos caballos
muertos, entre negros ataúdes,
un millón de madres chilenas paren a la intemperie
y las Escuelas Públicas parecen criaderos de osamentas para la tumba
popular, tu pecho
cruje como la madera apolillada, y un catre antiguo
está con la boca abierta llorando y desventurado desde Arica al Cabo
de Hornos.

No comieron sino patadas y carne de rebenque
los que vivieron y murieron entre los lagares, los graneros, los corrales y
las huertas preñadas de miel con pájaros,
tragando "sopitas" botados como somieres de remate.

Con el sombrero entre los dedos sangrientos, el roto
sombrió y colosal domesticado, borracho de dolor, encadenado a la carro-
za funeral de los patrones de antaño,
devora la sopaipilla del difunto sin sepulcro,
que es la medalla huracanada de la condecoración mortuoria
y el santo del perro infeliz,
en condición de la criatura más desgraciada del mundo
y el último de sus poetas.

Como un ataúd que corre enorme y longitudinal tres mil leguas
reales,

Chile está lleno de niños muertos
y un hambre pálida, sin boca, sin dientes, sin lengua, se escucha crujir
por el contrario, entre los harapos ensangrentados.

Una gran arteria se desgarrá potencialmente de Oriente a Ponjen-
te de la República
y el Norte enorme vacía la palada mineral encima del Sur lacustre-fluvial-
forestal, volcánico-oceánico, como un tonel de vino,
pero un régimen de costillares lluviosos
como viejas arpas muertas de prostíbulo de arrabal, presenta
las armas del chileno al Continente.

Niebla de letras de oro encubre la fosa común tremenda de sonido
de colonias,
en la cual Chile se está hundiendo, se está muriendo, se está pudriendo,
Chile contra Chile, amontonado en el exilio, encadenado aden-
tro de Chile, debajo de Chile, surgiendo de Chile,
y, como a los vicarios les espantan los retratos de la sociedad llagada, res-
ponsabilizan al artista.

Cuando la mano tendida que parece raíz o cuero acerbo
llena las plazas públicas como el Día del Juicio Final toda la Edad Media
o la lepra los viejos cánticos,
echando ceniza, clamando y llorando entre los hombres
por la justicia social y la misericordia del verdugo que anda vendiendo
misas de cristiano hecho pedazos y haciendo precisamente
mendigos,
hasta que la lágrima se congele y dispare, al inmenso sol chileno del Escu-
do de Chile lo patean ellos.

MISTERIO Y PROCESO DE SUBLIMACION DEMOCRATICA DE LOS LIDERES Y DE LOS HEROES EN LOS COMPLEJOS ECONOMICOS

Contra el lamento gutural de la explotación carbonífera,
entre sales y sangres, domando el potro de plomo espantosamente rojo del
caliche y el orujo
caliente y deletéreo de las industrias,
Recabarren salta a la vida pública, empuñando el fusil proletario, bañado
de tabaco de espanto,
sobre una gran soberbia aclamación continental de océanos,
y el abrazo frutal de la clase obrera le dedica un cordero azul al bien
llamado Luis Emilio,

todo, como oro, relumbra en él, la grandeza
le es inherente, como la multitud al mar, altas y anchas masas beben sus
discursos y la oratoria revolucionaria está echada a sus pies
lamiéndolo,
cuando los pájaros del oleaje internacional remontan su gran Partido,
con todos los cielos de todos los pueblos del mundo desplegados y azota-
dos como epopeyas o como camposantos.

Balmaceda galopa la literatura de Esquilo, en gran suicida
y orador republicano, declamando los ditirambos de la tempestad de piedra,
vestido de elocuencia y sangre ardida y democrática.

Así como y cuanto se raja un árbol aúlla un animal adentro y al
hachazo contesta el bramido
de un toro enorme con el corazón destrozado,
porque la montaña es una gran madre vegetal, amamantando antiguos y
acumulados humores,
la patria se partió cuando nació Carrera;
y O'Higgins y Rodríguez fueron dos incendios a caballo, con la historia
al anca, el ordenador de naciones y el encantador de ciudades;
Juan Godoy llevaba la plata en las entrañas
y era un soldado, un sacerdote, un cuatrero, un santo de palo y un poeta
guillotinado,
el cual tenía mil lenguas en la lengua,
y eran peones y patronos, guitarras, tinajas, tonadas sus entrañas de güeñi
del género humano, solito por Valparaíso;
por aquello mismo el hacendado don Bernardo conseguía la universalidad
consiguiendo
la gran actitud de América, su rostro de mosto elemental y oceánico, su
palabra de montaña de oro,
que Manuel Rodríguez creía como cuchilla,
y él, romano de Irlanda, caballero cabalgando caballejos de la Tragedia
Griega,
sacaba un pecho de hierro sobre la montura,
como el de Vivar, Ruy Díaz, por campos sagrados de Zamora o de Sigüen-
za, galopando.

Prat estaba solo en la soledad, cuando la soledad lo atacó con su
gran fusil amarillo,
el se enfrentó a su corazón y saltando sobre los buques del mundo
partió de un tajo con su bandera la bandera del enemigo y cayó muerto
en la cubierta.

A la orilla de Camilo Henríquez, caminaba la calavera,
un velón colonial y un ganso al cual faltaban todas las plumas del escritor,
entonces
la clarinada colosal de la Independencia
atronó las alamedas y los caseríos, enarbolando la primavera nacional, y
la sotana
del fraile parecía una gran bandera negra.

Al bramido del sol, contesta
el relincho de los establos, orina la risa de las potrancas
la bosta del sol y el sol escarba los potreros.

Todos los potros son rojos, aun los negros,
los amarillos, los alazanes, los rabicanos, los overos con la estrella nacional
enarbolada entre las orejas,
los tostados como soldados de sangre entre fusiles verdes;
todas las yeguas son negras, aun las blancas más blancas y más románticas
desde las cuales
la virginidad suspira o solloza;
como un tambor azul, resuena el cielo, al galopar de los caballos desen-
cadenados,
el acero del silencio se pone a gritar y a llorar encima del crepúsculo
dinámico y dramático al pie de su gran ejército y el dios de las bestias baja
la montaña como un dios humano,
con su montura triste de leones a la espalda.

Olor a sudor remonta y el cuero del pecho del viento
azota las colas que emergen como ramales por debajo de alfalfal líquido,
cuando los jadeos del amor arañan las guitarras
roncas, atorándose de sangre brillante a maravilla.

Corre un vino quemante, como el oro,
el alcohol de las pataguas santas chorreando sombra en las ojotas
y el semental empuña sus puñales
con una gran lujuria, toda profunda de dientes atroces.

Piedras de horno y cebollas de hierro y de fuego
y la total ceniza de la zarzamora incendiada aúllan como leonas
en el canto macho de los potrones.

El astro estalla en las tinieblas, truena
como un pozo o un toro dividido en tres mitades, adentro,
en el vértice de los círculos astronómicos
ríe una manzana roja desnudándose a la orilla del mar y un cerezo
mundial echa grandes llamas de loco.

Cantan el primer pan y la última tórtola.

Galopa el tren, espantando los brujos llovidos y los murciélagos,
el buey de los desayunos pateo las teteras
y muge rumiando la bruma y el olor a aldea de la leche quemada;
al mediodía, un vino enorme
pelea en las vasijas protagonistas de la Colonia y don Juan Urzúa
come truchas grandes del río Claro,
mientras el rucio Caroca, en la horrorosa soledad tenebrosa del régimen,
escarba el cementerio con el esqueleto, buscando
la tinaja de moscatel de los antepasados del pueblo de Chile;

a la caída de "Dios" adentro del atardecer sangriento,
el finado don Custodio, todo solo, se pone a llorar, medio a medio del
horizonte,

sentado en su ataúd de piedra;
cuando la noche inútil, atravesada de inmensos caballos heridos,
se levanta desde el corazón de las bodegas,
una gran guitarra de huesos de muerto aúlla como una horrible perra apu-
ñalada y las ánimas
del camino real están llorando a moco tendido
entre las ruinas de telaraña desgarrada por el espíritu, una vaca negra
brilla en la negrura definitiva, pariendo;
los Cuéllar y los Gómez entran en la muerte a aquella hora,
y los machos cabríos de Satanás pelean
con "El Señor" montado en su gran yegua macabra y sólo él solo.

Sentada en su pajonal, la Peta Diaz
tiene exactamente siete siglos de oreja a oreja y la calabaza del vientre,
caliente
de alcohol y asado a las parrillas.

Cien yeguas muertas relinchan por el estero de Los Puercos
y el Cerro de Los Brujos crece y cunde, como de lodo y de oro negro en
lo negro definitivo y enorme,
cuando la lechuza rasga el temblor del terror, tiritando en lo humano su
hilacha,
tan ensangrentada como la memoria gloriosa de mi abuelo don José de la
Cruz Loyola.

Partido en tres edades aúlla el camposanto
"do reposan" todos los vecinos, ya sin lengua, sin sombrero, sin alma y
sin zapatos, pero con pelo inmenso y uñas,
y el grito funeral azota las tinajas y el lagar, en donde ratones y soledad
emergen de siempre.

El huracán castiga la ancianidad trascendental de Baldomero
Saavedra,
un aguardiente trágico-dialéctico patea el corazón de "ño Rosario, el mechas
de hacha",
diciéndole que todo perece y desaparece en lo oscuro.

Cuando el aletazo del guairao del campanario mea la Iglesia Parro-
quial de negro
y las piernas de la Luchita Ramírez sollozan hacia las riberas de Pencahue
en lamentable ensueño de rosa,
es que el crepúsculo toca la marcha fúnebre del poniente.

Desde Pelarco galopan caballos mundo abajo,
caballos muertos, caballos solos, caballos negros, ensillándose de ataúdes res-
plandecientes,
y a Yervas Buenas va una manada de coipos de luto al entierro del invierno.

El cura Romero está con las tripas afuera,
en aquel velorio de animitas de la enorme Quebrada de Muñoces,
mirando el Despacho del Tropezón en el cual tomaba...

Hay gran aroma a longaniza o a empanada en "día de santo" en
"Lo Huidobro"
y la Chepita se muere de hambre en el pajar de azul enfantasmándose.

Endiosa la totora sus costumbres y el abuelo del pueblo con sueño
reza como bestia
a un palo de guindo que talló el tonto Luquitas,
un tercer Domingo de Cuaresma, mirándole las tetas a la Rosita Catimba,
que estaba
despiojándose aquella gran cabellera de Serrallo,
en la cual un estero de aguas negras refleja galopando un caballo alquilado.
La ceniza del sol, como rugiendo,
solloza en las cacerolas de la vivienda abandonada...

La risa chinchosa quiebra un vidrio para
que se inunde de albor la poesía infinita del álamo solo contra todos
y ellas suspirando hundén el vientre en las aguas.

Hay una lujuria que lamen todos los potros
encadenados al bienestar burgués degenerado de los establos acorralados,
y un derrame rojo de oro en lágrimas
agranda las arcas de las vacas de la luna, que parece pesebrera de azu-
cenas.
con un resplandor de mitos.

Grita el gallo de Dios y su cuchilla
es terrible cuando abraza las aguas amargas, que lamieron
los pechos de las frescas doncellas del agro.

Una inmensa garra de sudor araña las llamas en las que estalla
un loro de luto,
calor y sangre, terror y sangre, clamor y sangre
echan las entrañas del caliche y un barreno de tormento las penetra con
su hueso de hierro de fuego.

Vivir y morir es lo mismo allí y el hombre enorme del nitrato calza
su chaleco de balas,
con el cual apunta al corazón de los monopolios,
mientras el Gerente se lava las palancas con sangre obrera y los verdugos
patibularios y los krumiros o los demagogos rosaditos o ama-
rillos
mordiéndolo al Partido de los partidos al proletariado asesinan y acuchillan
ametrallando
la espalda sacrosanta de los sindicatos obreros en los que relampaguea
como un revólver toda la historia de Chile.

El sol de Antofagasta es negro tal como la muerte,
los asesinatos obreros y las chimeneas le hollaron los aparatos de su
gran tiniebla metafísica y vil como el pecho de J.-P. Sartre,
y la Vallenar de diciembre está totalmente ensangrentada por todos los
siglos con la Pascua macabra.

Aúllan las masacres del Comadante que no estuvo a la altura de
los soldados de la Patria,
como cien perros de horror y los trabajadores levantan por encima del
hombro del mundo y sus cenizas
la sagrada y gran bandera que echa fuego por adentro;
gritando los cachuchos arden y arde el universo de Tarapacá su enorme
océano patético cuando dispara y cuando
la ametralladora oficial agujerea sin piedad posible
el corazón de los héroes que enriquecieron a los parásitos comiendo ham-
bre y viviendo muerte.

La pasión industrial y el llanto de palo de las salitreras
calcinan la puna nortina de Atacama y el Norte Grande le arroja su terrible
categoría de sepulcro.
arrasando su esqueleto rojo de fantasma.

Las "oficinas" socavaron el riñón nacional y la República
llora sus ruinas, tiritando y sollozando con el costillar a la intemperie,
debajo de la manta helada de la camanchaca,
mordiendo cerebros obreros con el hocico de la Democracia cobarde;
sí, un Dios funeral pasea sus chancros de tonto y su escopeta fusilera por las
pampas quemadas,
y un asno de cal y canto se atora con su grande estiércol,
mientras la paloma-sol está furiosa, pataleando entre la maquinaria enmo-
hecida de sus poemas de negrura;
no, no busquemos "lo bello eterno" en el comercio de cadáveres del triste
salitre,
duro como el fruto de la piedra en la cual el arcángel de las batallas se
levanta de las edades
empuñando su gran puñal militar de burgués nazifascista;
el cielo de roble americano está caliente, aplastándonos, cansándonos,
crucificándonos,
su terrible bulbo de arena de fuego y su desesperación ardida
lanzan un agua de vapor colosal que atenaza la garganta y nos ahoga-
mos encima de los sacos preñados de llamas.

Cae el azote solar que acoplándose a la explotación capitalista
y curvando los espinazos proletarios engendra dos látigos, y el roto de
Arica se arquea como bandera enlutada,
bajo el puntapié de los explotadores y los lacayos de los explotadores;
sí, la patada del Dios-Dinero restalla su gran matraca sobre la cara polvosa
de América y el conquistador del infierno del Norte
entre sus grises ensangrentados agoniza.

El abismo mineral se hunde en las formas arcaicas,
riguroso, fenomenal, arrasado, como el armamento de los vencidos en el
campo de batalla,
espantosamente sumergido en las épocas,
caído y petrificado de moluscos sin edad, sostenido como los péndulos
por un eslabón roto a la cadena de los siglos;
trueno en la campana y el desierto su cuero tremendo azota contra las rocas,
el mar saluda a la soledad con su espada
y el pie del Todopoderoso deja su huella de resplandor sangriento en
las arenas:
un culebrón de plata se extiende a mil leguas totales,
hundiendo el hocico horrendo en un enorme lago de oro y yodo caliente
del cual asoma el origen de la naturaleza
gritando, como un animal asesinado, entre cien fusiles,
por el huracán del Señor de las montañas;
un león de asfalto está agonizando y acorralado sobre cerros de miedo en el
socavón del crepúsculo.
la osamenta del cateador brilla como una perfecta joya y la inmensa
desolación enfrenta con la eternidad al hombre solito adentro de su pe-
llejo, meado de espanto y bramando;
sopla un viento de vidrio cóncavo,
el gran burócrata es un rano de barro cocido en la Penitenciaría por un
asesino de mujeres convertido en Redentor y poeta,
los mercados son helados camposantos y las pulperías
son sepulcros, en donde se venden queso muerto y pan amargo hecho por
viejos usureros con ladrillo de tumbas y babas
o los venenos embotellados del catolicismo;
la carabina es la oratoria de la Compañía y el símbolo
de la paz son dos perros furiosos,
comiéndose un hambriento en el hospital, a la luz de la luna cansada de
ser tan bruta.

La huelga empuña su pabellón de gloria
y los obreros organizados en rugientes y terribles océanos
dan a la multitud un acorde rojo,
el ritmo secular de La Nacional Internacional y sus verbos mundiales, otor-
gando
la majestad del universo al individuo.

Corre un río de angustia partiéndolo al desierto, medio a medio,
y un ancho espejo roto lo contempla desde su cabeza herida por la ido-
latría de los símbolos,
y la magia tronchada del espectro:
diríase que es un puñado de sol, un vidrio enorme, descomunal, terrible,
y como que brillase en el otro mundo, entre llantos:
el trabajador rasguña las costras épicas, a dentelladas, sudando,
y sacándose las costillas remueve los caliches

azotándolos, en los cuales derrama regueros de cerebro y toda la sangre
nacional, toda
la grandeza del pueblo de Chile, toda la heroicidad tremenda,
de los egregios pabellones antiguos y el fondo de oro de las muchedumbres
y las multitudes que se estrellan contra aquella piedra caliente.

Las lunas-malas son los mitos mágicos allí, cuando
la fatalidad levanta su cabeza entre las tumbas polvosas como armarios o
petacas o estribos de mercachifle-héroe
en las que se estremecen los dolorosos esqueletos intranquilos.

Tranquea la planta del andariego,
midiendo las leguas, rugiendo de coraje elemental, acumulando
enormes kilómetros mundiales.

Congojas y misericordia, desde las tinieblas de los humillados y los
ofendidos, rugen,
el alarido del Dios espantoso araña los catres y dos brazos quebrados
levantan una cruz tronchada sobre el grito de los barrenos, que aúllan
como personas, espantosamente mal comidas en las pensiones
de Santiago o como azotados o como degollados...

Grande cólera química y la naturaleza
como un chacal bramador muerden al hombre dominado por los elementos
arbitrarios que parecen leyes,
y una grata rata criada con whisky socava la contabilidad del "Trust",
riéndose
del fariseo y el publicano de la Administración Pública obscuramente ensi-
llados o enyugados
con el saco de llanto del simoniaco parroquial ilustre.

Asesinados sobre terrenos de acero acumulado los desventurados
nativos muestran la lengua perrera...

Pero las masas sagradas de Yanquilandia
les tienden su himno gigante capitaneadas no por caudillos sino por líderes
y por héroes
que los aprietan contra su gloria de sombra.

La osamenta amarilla del indio en los imperios melancólicos,
canta-llora-brama abrazada a la carroña heroica del español de hierro con
fuego acerbo,
y las pilchas roñosas del aventurero dan llamas,
frente a frente a la concepción épica de la existencia.

Zapatos de soldado rugen de noche, enormes,
y los clarines del Setenta y Nueve escarban las pampas del Tamarugal
atorados con puñados de coágulos de entrambos enemigos dos
heroicos
o expresan la elocuencia inútil de las bayonetas enmohecidas.

Suspira la mula doncella del buhonero que es una monja chusca,
el burro macho negro atruena las cordilleras de adioses amontonados con
escándalo unos sobre otros,
cuando la cuchilla del asesino rebana la garganta del drama
y cae un cuerpo al hoyo del tiempo, sin colchón fraternal, ni hueso de
perro que le ladre.

El Gran Capital imperialista se pasea en una estupenda yegua ex-
tranjera.

Desde el origen social de tus victorias,
Chile, tu hijo terrible proclama su figura de racimo, de pellejo, de san-
tuario,
empinándose un cacho de llanto con veneno.

Tus latifundistas bíblicos en los testamentos y las compraventas lo
marcaron,
los tinterillos consuetudinarios lo hundieron en las malditas alcantarillas de
la policía, tras de trabajar diecisiete horas,
a puntapiés, porque estaba engrillado por los verdugos;
alguna gran señora bonita lo estrechó entre sus piernas de terciopelo flo-
recido y uva moscatel, llorando, cumplido, machazo, enhiesto,
cuando lo vió ensangrentándose
la callosa mano en el fusil colosal de los chilenos de la América continental
y él mismo se asesinó a él mismo monstruosamente,
como furioso pueblo en armas, cuando lo mandaron matarse los amos es-
clavos del aventurero de afuera;
acompañado del perro familiar, el tacho y el saco,
midió, tranco a tranco, la explotación capitalista en Indonesia, El Cairo, In-
dochina, Burdeos, Dublin, París, Madrid, Berlín, Toledo, Yoko-
hama, Constantinopla, Manila, Nueva York u Odessa, la antigua,
en el Mar Negro, antaño,
solo entre solos, arreando el espinazo con el látigo del guargüero.

Ama el cuchillo y el caballo y se emborracha con vino hervido
en ponchos de hombría, atravesado de bravura y de congoja y de belleza,
comiendo cielo tremendo y poesía,
enfrentado a todas las altas batallas de su espíritu.

El piojo es su hermano de trabajo (¡apostólica República democrá-
tica!),
y él trabaja las piedras y las tumbas, domina "la Mar-Océano",
al buey y a él los enyugaron a la misma coyunda y la misma cadena de pe-
rro la empuñan tus cincuenta familias,
para engrillarlos contra las murallas del código,
cuando no lo necesitan frente a frente a los fusiles enemigos.

Fortachón y acuchillado, tiene un azúcar forrado en acero y tinieblas echado
adentro del pelo del pecho como una perdiz roja
aleteando de ternura, pero es capaz de matar con honor español de macho.

Arrastrando los dos cuartos y el espinazo por las vías públicas,
muere donde duerme, duerme donde muere, piojoso y licoreado, como un héroe de pantomima,
expatriado en su patria, mi patria, tú, Chile jocundo,
mientras el gran explotador internacional le escribe: "cual hoja marchita,
¿dó va el nativo?"
y el huaso, asquerosamente rico: "de pensión se murió el finado";
¡oh! roto soldado, roto artista, roto marino, roto arriero, roto carretero, roto
minero, roto viñatero, pescador y sepulturero o carabinero,
sólo te conocen yo y todos los rotos anónimos de Recabarren,
y te desprecian los poetas amancebados con la oficina pública y el Monopolio,
como la chinche enyugada a la vieja "marquesa",
en la cual copula el juez cornudo y sollozan las esposas de los banqueros.

Borracho por oscuros litros, tronchado
y macabro, como el arado, con el cual sembraron los camposantos,
se raja a patadas, en presidio...

CABALLOS DE ACERO

Tus caudillos, tus jefes, tus profetas, democráticos
te mordieron el pecho con el beso de Judas, escupiéndote la faz herida de
inmortalidad y jurando
los juramentos con esqueletos del simoníaco;
tus gestores administrativos caían de rodillas ante Baal y Moloch, revol-
cándose en chorros de oro extranjero,
porque extranjeros fueron los extranjeros latifundistas que explotaron la
República,
a los que el servil animal de Clase Media, lamiendo el trasero de los pode-
rosos, los encumbró en el corazón del error dictatorial, en ser-
vicio del mercader utilitario,
y el patriotismo fué el taparrabo criminal desgarrado, que cubría, grotesca-
mente, las verijas de los ladrones,
arrinconados, como pingajos de gusanos adentro de los confesionarios-
"garçonnières" de la religión católica, la cual es una vieja cuba
desacreditada:
el populismo del oportunismo y la socialdemocracia guachuchera y ama-
rilla, criaron
en los garitos de las asambleas metropolitanas o en los pigüelos de pro-
vincia, siempre a espaldas del pueblo, el olvidado y sacrosanto
pueblo de Chile,

el ejemplar de tahir y de fifi y de cabrón que asaltara a zancadas, de guata,
en cuatro patas, las pitanzas burocráticas;
y tus abogados y tus literatos te revolcaron en su honorabilidad chorreando,
como el clérigo feroz el colchón de horror de las prostitutas,
mientras a las perchas siniestras de la burocracia colgaban la mosqueada
doctrina y el ideal de penitenciaría,
que extrajeron del estómago político de sus juntas centrales cuando enarbolados los embanderados cucharones, asaltaron los fondos públicos, en el nombre de la Religión y de la Patria.

Adentro de las vísceras de los espantos, los gusanos emputecieron la realidad nacional, traicionando a la clase obrera, y el pije flagrante y bien educado, como una yegua fina, pisoteó los domingos y los onomásticos del siútico, tan sodomita-pederasta como desleal, enmascarado en la Administración Pública, como un piojo en el cogote del financiero; los esclavos reaccionarios, emboscados en los Partidos de la gran-pequeña-burguesía, apuñalearon al pueblo desde el vértice del pueblo y el gran Falstaf idiota entregó a sus compadres las vísceras ensangrentadas de la República, como de asno el bofe, por las treinta monedas del mercader redentorista, mientras las masas hambrientas se morían en la total soledad de tu historia, Chile.

El ladrón, el tahir, el matón oportunista, la ramera enriquecida y el rufián de la ramera enriquecida, aparecieron al rayar la gran alba cívica de entonces, como soles rojos de sangre, a la vanguardia de las "Derechas" democráticas o enmascaradas y a la **espalda** de los líderes y los héroes proletarios alguna verde amiba de cadáver, poetastrillo con alcohol envilecido o pintor maricón, mostrando el carajo quebraba la línea política del gran frente de combate traicionándolo, en función de aeda patológico y crepuscular del oscuro cerebro podrido; los putos cornudos y azocarrubenescos o campillos de bacínica de anciano, se tomaron los caldos regados con dolor obrero y heroísmo colectivo y las rabonas trotskistas-manuelrojistas se revolcaron a la sombra gloriosa de la internacionalidad, meneándose en servicio de la oligarquía, con los cubos pintados de rojo y el atorrante miserable ya no explotó a sus queridas, sino el sacro y santo nombre del Líder, como el criminal capoteado la U.R.S.S. y la España Republicana en la alcancía atrocemente polvorosa de las "Eclesias"; después un Corydon de vaselina de rebotica y tóxicos,

se montó o lo montaron porque se montó en la heroicidad antifascista,
agarrando
tu bastón colosal para sentarse contra su cabeza,
y la gran causa humana y democrática se chorreó de engrudo muy inundo
y materias de defecación y locura,
cuando el perro completamente negro, de provincia y concubinato "celesté"
abanicándose con la tragedia social defecaba en Washington la gran felonía
simoniaca y el Frente lloraba roto sobre rotos pingajos... por la
Derecha que lo invadió...

Los tenebrosos y seborreicos nuevorriscos de la politiquería de de-
rumbe
colocaron los sagrados culos de sus culonas señoras culonas sobre las cenizas
de tus altos héroes santos,
y "el huacho" O'Higgins, el primer soldado de América,
el roto Riquelme, grande entre grandes, don Bernardo O'Higgins se aver-
güenza y se recoge de horror en su honor mundial, manchado
por la caída filonazista y oligárquica de algún oficial de tu ejército tan
dramático y popular como un mundo.

Cualquier enloquecido bueyón de aserrín, mangoneando
tu gran amistad americana como la administración de una casa de citas, nos
estrelló contra el mar y la mole del Ande
abandonándonos entre todos los pueblos del mundo,
con la dignidad nacional en calzoncillo, solitarios y tenebrosos, en la orfan-
dad del Hemisferio, en la gran soledad de la historia y los sepul-
cros de la historia,
mientras el perro alemán del nazismo nos enroscaba las setenta leguas de
su arrollado en el cogote:
el cuatrero latifundista sobornó al escritor mulato, el cual le lamía los pies,
y la señora exigiendo entre velorios
los calabozos para los partidos estupendos acrisolados
y, a la sombra colosal de Recabarren, tres o cuatro gigolos de filarmónica
y concubinato escandaloso
hacían la Quinta Columna de la literatura, traicionando a sus líderes,
por el rico de lentejas plato de los Judas abominables y sus abominables
elementos:
los despacheros curicanos invadieron tus directrices,
los putos sombríos fabricaban sus camisetas inmundas con andrajos de tu
pabellón sacrosanto, linda patria mía,
pues, aunque tu pueblo de fuego y de hierro amaba la vida heroica
y clamaba, arrebatado por la clarinada milenaria que tocaba a degüello
en Stalingrado,
tus gestores administrativos sonreían entre botellas y ramerás.

Cruzaba aterrador el carro de fuego de su belleza, y era la época del
dieciséis estupendo,
en la cual yo rugía la esplendorosa adolescencia,

patético y dramático en la gran soledad del régimen, cuando tú, Chile, llorabas
como espantosa criatura aterida,
en tu carrito, tirado por cuatro flacos pavos de Clase Media.

El guachuchero tenebroso ocupó la cátedra, el simoníaco acusó al
impostor de prevaricación y una gran "sirvienta" juzgándolos
los condenó por atentado al pudor, un ladrón cesante
increpó al tribunal por exacción a los tesoros de la República,
el tinterillo del garitero dió un curso de moral social en los prostíbulos cons-
titucionales y el tabernero y el cogotero
y el punga imbécil declamaban sonatinas libertarias
orinando borrachos, agarrados a un carretón de la Asistencia Pública
medio a medio de la Iglesia... y eran "beatos".

Aleteaba desde la miseria un puelche furioso y ensangrentado
el simún enloquecedor de los viejos desiertos de la Mesopotamia arando los
camposantos de lo arcaico,
la voz del sol arrasada y victoriosa del Jerusalén destruido,
sí, es la masa tricolor rasgada y crucificada entre tres ladrones quien aúlla
eternamente
como un perro inmortal a las tinieblas.

Encaramados a la espalda del pueblo,
tu pueblo, hermano, mi pueblo errante y desventurado, los malvados judas
treparon
arrastrándose a los tinglados burocráticos,
la despavorida criatura desarrapada, bajo el llanto fluvial del conventillo
o la "posesión" de inquilinos, hambrienta,
siguió llorando los años cansados de la semana sin pan, gimiendo,
por la gran tuberculosis, por la gran sífilis, por el gran exantemático, y la
infeliz embarazada y el enciano y el niño y el muchacho enfer-
mo de ser enfermo y la joven enferma, todos,
criando el piojo del espanto de Chile,
arrasados y descuajeringados, a patadas, por el gran oligarca nazifascista,
tritutados, destrozados, aplastados
entre las ruedas de la gran máquina para fabricar sombras y hambrientos,
lloran.

Poetas de onomástico y espantosas prostitutas literarias
dueñas de pensión, viudas de aterradores almirantes o capitanes muertos
en la cama, ramera
y cabrones de declamación y cesantía,
aterrados tinterillos, enchapados de literatura de cocinería y maricones
de iglesia y taberna, tomaron los comandos de la cultura.

Un humo idiota de reptiles, como de baba y hechicería o código
subterráneo,
el arrobamiento de los retratos de los novios siúticos en el salón de las
aldeas, sobre el derrumbe de la dignidad proletaria,
los matrimonios cursis, de cursis cursis,

y las castas señoras honorables, que le dicen "prostíbulo" al "vestíbulo",
"la caña fistula" del retórico de "residencial" y abolengo,
y el pan cagado de moscas de los antepasados suciamente fotografiados
en el instante del gran ridículo,
cubrieron la atmósfera heráldica del país, echando
a puntapiés al león chileno y exaltando los gatos capados del régimen;
al olor de las marmitas y las pitanzas sobre la República,
colgaba una frazada de picantería, debajo de la cual engordaban el trotz-
kista y el fascista-nazista-oportunista estafando lo democrático,
y el "gigolo" de la "Zwy-Migdal" encarnaba la militancia,
amenazando y fascistizando, con el soplón y el cabrón y el matón (en
nombre del Hombre), con complejos de inferioridad exacerbados,
al marxista-antinazifascista, guerrero de la paz y el derecho,
a la vanguardia de sus grandes líderes, de sus grandes mártires, de sus
grandes héroes, agonizando,
las masas obreras peleaban sus reivindicaciones proletarias y el sindicato
clasista, defendiéndose, caía herido por el caudillo traidor y
socialdemócrata, entregado al enemigo como capitulacionista ofi-
cial, la herida
partía los partidos políticos, como un tajo en una gran piedra tremenda,
y los cimientos de sustentación del Gobierno del antaño tan cercano caían
desde arriba, estremeciéndose
ante la traición y la puñalada a mansalva,
como un tren degollado que corriese arrastrando las entrañas ensangrentadas
mundo abajo, tiempo abajo, siglo abajo,
al abismal precipicio, en donde concluye el sentido de las cosas;
el malhechor político, chantajista y cuchillero,
se bañó en el horror del confusionismo y al emerger lustral la fatalidad his-
tórica, la necesidad técnica, estratégica lo colocó en el rol de
honor del combatiente,
inflado y aumentado por embarazos de oportunismo,
según el caudal de aquellos días tremendos, de barro con santos y polvo-
rienta democracia transitoria;
el subversivo, el anarcoide, el arribista politiquero,
el compadre del cachiche y el homosexual burocrático y toxicómano, la buscona
desmelenada y caliente encima del incendio,
dictaminaron en los Falansterios y alguna chusca difusa y sobrenatural
sentada en el Pen Club, reía
como un borracho, entre dos tinajas, como un obispo,
al cual el sacristán le sobajea el trasero o exactamente parecido
a la doctrina nazifascista,
y al jefe eunuco del Reich en la tribuna.

El brindis cursi del cumpleaños de Pelequén, oliendo a ajo de pavo
eclesiástico,
se convirtió en la gran ocasión "democrática", y la doctrina
fué (como la bacínica del sodomita) la tenebrosa martingala derruida de
los mixtificadores públicos.

Así, el imbécil abogadillo de Molière y su concubina ligeramente
espantosa,
cogieron la expresión artística por el cogote, como los marineros borrachos
la teta de la yegua caída,
y el compadrón los cabroneó alegremente,
mientras San Sebastián se compraba cien docenas de sosténsenos color
ombligo de arcángel,
a fin de concurrir a la conferencia de Sodoma decentemente.

A caballo en el traidor pequeñoburgués, la asesina oligarquía nazi-
fascista
explotó con horror al pueblo victorioso y confundido,
adaptándole sus campanillas de leproso o andrajos de polichinela, de ato-
rrante, de comediante, de trashumante puto e idiota.

La feria horrenda se enseñoreó de tus panoplias, Chile,
tu corazón de Chile en Chile naufragó en la naipada y el ulpo de sebo en
fisonomía de presidiario colosal mosqueado,
escribió los prontuarios falsificados del cogotero,
y como jamás el dolor alcanzara tan tremenda categoría civil o social
actuando
como protagonista de una nación pura,
nosotros nos tapamos la cara con la cache de los puñales, y echamos
ceniza sobre los nuestros cabellos.

LA DUAL HAZAÑA HUMANO-GEOGRAFICA

GENTE GRANDE

Desde el Gran Desierto te azota el látigo solar y los plantíos
de azúcar y el subsuelo del infierno te anuncian chorros de hondo petróleo
y goma terrible
encima del pellejo de caimán del desierto, en el cual el vendaval agrícola
empuña el cuchillo de la camanchaca y se suicida en rojo;
una gran meada de fuego te destina el Trópico, avanzan los carros carga-
dos de sol por adentro,
y el Norte Verde te llena la boca de pepitas de oro,
que se florecen en los callados vinos y en la mujer imperial de La Serena;
contra tu pecho de plata o manganeso poderoso,
crece inundándolo el rifle del maíz, la columna inmortal del trigo, marchando
entre dos gordos toros rojos, la palabra subterránea de la patata,
el pájaro de la guinda y la naranja o la manzana o la castaña del burgués
contento,
el río blanco, lunar, hondo en el cual naufraga un buey comido de pescados
y camarones en aceite;
cubre el copihue tus verijas de macho azul, el quillay cordillerano

te aroma el cuero de hierro con pernos acerbos de ciprés, de radal, de
 maitén y a gran patagua enorme de agua y fragua, con yugo
 tallado en esclavo civil, resonante de arrayanes proletarios, los
 sublevados órganos de la generación se parecen
 enarbolados entre la bandera floral de sus músculos;
 Chile-Padre, Chile-Madre, Chile-Abuelo, tu cinturón de volcanes unánimes
 atruena la América,
 en el lenguaje universal de tus poetas y el pánico verde
 de tus terremotos, lo amarillo del horror condiciona, sumando lo antepasado
 al arcaico orden,
 la Frontera te sirve un callanón de digüeñes de robles pellines y raulíes
 azotados
 por la llamarada forestal y el animal asado que está bramando en el corazón
 de las fogatas con bramido grande de sangre,
 el mar-Océano su caldo de santo origen y enorme enorme arquitectura
 enorme,
 el Andes gigante su gigante cadena de candados de catástrofes y el alarido
 infinito del infinito alarido de la materia-piedra y su esqueleto
 de hemisferios
 la montaña soberana y vertebrada de la creación de culturas de altura,
 son el vértigo de los ejércitos de tu estilo, soberbiamente engendrado en las
 batallas, resonando con espanto;
 aquella Cruz del Sur tu Sur alumbra con su aleta de ballena azul, la
 Antártida
 y su gran luna triangular se bañan en aguas del Milenario y las épocas del
 primer océano, cuando el océano echaba humo o fluía la mara-
 villa del conocimiento,
 emergiendo del hervidero de las formas dispersas;
 entre la Estrella Polar y las Auroras Boreales, el lobo de tres pelos señala
 en su gran soledad oceánica
 el sol del Ecuador que estalla, todo como rojo de apocalipsis,
 e ígneo y trágico como el rey de la locura enceguecido por la tremenda cla-
 ridad, mordido y ceñido por los rayos cósmicos
 y una gran vaca de mar se columpia en la inmensa corriente de Humboldt.

Dios se baña desnudo y todopoderoso
 en la gran laguna de Llico, las estruendosas cordilleras submarinas de Li-
 cantén cantan a cien guitarras la tonada huracanada de agosto,
 y el Maule se parte en dos fusiles al naufragar en el océano Pacífico;
 resuena el pulso del mundo en las gargantas acuchilladas del Aconcagua y
 el hombre corriente o acampado
 define tus volcanes como las tetas de la tierra, cuajadas
 adentro de la quata rosada de tus montañas de coigüe, de cipreses, de robles
 o de aterrado y gran manganeso;
 yo, a cuyas espaldas solloza la historia de Chile,
 desensillo mi león en Doñihue y mi colchón lo arrojo encima del mar de
 las Animas,
 sentando el cerebro en el infierno de las calicheras.

Como un hombre pintado está parado el Bio-Bio en las ancas de la
Concepción gigante,
Talcahuano es el bacalao podrido, anclando cuatro barcazos de guerra en
las agallas y el cual emergió del tiburón de las colonias,
ensangrentado con barro sagrado de fusilería;
un ganso de palo cebado con garbanzos crucificados y vino de mito,
grita en las bateas de Curepto con un arrollado bien enrollado al ensebado
palo del trapo nacional, echándose
un cacho de guarapo al pecho,
mientras la breva pelada se le cae del hocico
como un mil pesos a un idiota, como
al tonto de las cachimbas, el calzón de la niña vecina del lugar, como a
Colibrí la baba hedionda de los babosos,
como a Santana, a Eleazar, a Correa o al "che Poblete"
se les cae la lengua por debajo del trasero y hablan podrido con el ano,
como a Plath-Plasta-Plasmada en boñiga se le cae el moco:
los "niños" maulinos parecen fantasmas de acero con una mantita hecha de
lágrimas enarbolándose en el costillar de Linares,
debajo del descabezado gritando astros-blancos,
y es enormemente hermoso tal litoral, aunque se hubiere criado entre sus
zapallos de espanto el poto Meza-Fuentes.

Si una gran lágrima de plata
está llorando sobre Copiapó y a la memoria del fusil radical de los Matta
y los Gallo, el águila de los imperios desaparecidos solloza,
Freirina es oro en llanto y los mineros
todos de ronco azar paladean la aceituna del Huasco en botellas de antaño,
con el corazón en la cacha del corvo de roto.

Amo mi Talca de hueso de brujo y caoba,
país del cónsul Aníbal, el Jara más Jara entre los venidos a menos mapuches,
de Eliecer y Jota Alberto en los libros trágicos,
de la gran "señora" que se apellidaba Enrique, el peripatético,
y en el Liceo de Hombres tocaba el arpa, tocaba
el acordeón de casa de citas del "espiritualismo" al servicio del gran capital,
tocaba la flauta macabra
del burro de Tomás de Iriarte mal llamado Manuel Rojas;
negro tal como el corazón de cualquier "alone" de alcantarillado y tinieblas
era el Estero de los Puercos, al cual quería tanto yo antaño,
y en Pelarco un otoño de tórtolas abrigaba su infinito vecindario amarillo,
cuando a orillas
del Lircay por Ramadillas-Lagunillas lloraba comiendo callampas de luto;
así también será Curillinque hoy, lo mismo que un soldado chileno marchando
por la historia con su carabina a la espalda,
tronando por Chile abajo despeñándose la gran cascada del río,
en quien cipreses olorosos a pecho de novia en el mes de septiembre,
se bañaban
el hueso del cuerpo esqueletizado,

o la poderosa cabellera polvorida de las pataguas y su ubre peluda y ven-
tolerienta,
el pecho de atleta del salmón, la vaca sagrada
de todos los vacunos que bajan la otra banda arreados por trescientos
arrieros muertos;
Putú y Colbún son como zapallos de buey, parecidos
a una carreta de borrachos que cantan la tonada de la señorita amarilla
de todos los pueblos chilenos
y el tiuque flamea enlutadas banderas:
¡qué sauce fragante amarra las agallas de pejerrey de Pocoa y qué enorme
vino de rulo,
qué chanco tan santo se come caliente y familiar en su caserío,
cuando el viento de Constitución brama como un animal muerto en los cerros
tremendos,
cuando el temporal mata grandes vacas,
cuando el finado José Caroca se arranca del infierno y va a dar a la gran
chingana de Nazariol;
congojoso y polvoriento es San Javier de Linares,
pero el cuero del sueño del ahogado por debajo de la humanidad atora sus
raudales por corredor con murciélagos,
y un enorme queso de Chanco perfuma el litoral agrícola;
cuando los primeros chicharrones caen dulcemente al corazón de las últimas
hojas,
los álamos de San Felipe levantan sus trompetas de oro,
acorralados por la melancolía y la tempestad melancólica, acuartelados en
las anchas cuadras del otoño,
la gran vaca de abril pone un huevo lloviendo negro,
y la infeliz sabandija va a alojar a la iglesia abandonada de la aldea,
el río azota la noche con su bramido y entonces
la palabra de Dios se escucha en las tinieblas, como un quejido de perro;
Lautaro y Nueva Imperial son como castaños de agua,
Temuco es un puente inmenso entre dos pantanos y un callejón subterráneo,
por el cual camina un mapuche muerto,
que va a rematar a Valdivia un tam-tam hecho con pellejo de espíritus y
costillares,
Quivolgo o Tanguao podrían ser dos pueblos o dos ríos;
Iloca es la cocinería adentro del mar y el charquicán de locos, sublacustre
y subceleste,
el catre de bronce de los siúuticos navegando,
navegando "sobre las olas" a velas desplegadas, a desplegadas, desplega-
das velas,
por eso abuelos y antepasados van a recordar cuando eran ellos
los cicateros y borrachentos curicanos de poncho de Castilla, que pitaban
el cigarro de la dignidad del lugar roncando
en el porvenir de sus sepulcros a lágrimas acumuladas en la Iglesia Parroquial
del villorrio.

Rueda la rueda del año en La Cisterna por cuatro caballos arrastrada,
brama un ganso comunal en el gran paraguas de junio-julio,
y un suspiro de ciruelos cae en septiembre sobre el celeste cielo de pelos
de virginidad, enero
se expresa en la humita que parece sandía joven
y abril es un coche antiguo entre crujidos de hojas y pámpanos.

Allá en Angol, sobre mi padre muerto, son vientos eternos los que
azotan
y si el copihue y el digüeñe dan calidad al cordero de invierno,
el roble intemporal la tempestad acumula en su pecho de varón de hierro,
la madera
está sentada en las barracas hablando del mar o tomando
un mate amargo de ceniza con cabellos de muerto y de peinetas de poema
(el trago de rango militar de las industrias),
y el dios del sol arrea un macabro chivato mojado, encadenándolo.

La chacarería de Buin un melón imperial arroja sobre Europa,
Macul es una gran vasija que parece una gran bandera y un puñado de
vientres de uvas y botellas,
Cunaco es tinto del "tinto" del "tinto" en la pipa pipeña y ancha,
y un cuero de chicha gritando al anca en la montura de Curtiduría, galopa
con un soldado español herido en tu cintura, Chile.

Andaba entre brujos y mundos Juan Godoy, y jornadas y cerros y
vientos y sudores,
solo en lo solo, obscuro, pisando obscuro, Juan, y la comadrería
juraba que estaba endemoniado, por mal impuesto, en brebaje nocturno de
difunto cornudo,
cuando reventó un reventón de plata y lo plateó íntegramente,
avanzando en chorros de mosto mineral hondo sobre el país, el hemisferio,
la época, la plata y plata plata inundándola.

El se mineralizó como un roto de estatua,
y comenzó a orillar las cocinerías antiguas hecho un fantasma de humo de
años,
hasta que el gran capital lo ahogó en papeles.

Lloran las piltrafas y el tacho del vagabundo
un par de zapatos de museo de finados encima de la República,
y el palacio de las cúpulas de oro,
con vestidos de antiguo amor apolillándose, peinetas y barajas en lo ro-
mántico,
o calzones de mujer, olientes a tumba vacía lo recuerda.

Bramó el cañón de Iquique tu categoría,
y Prat, el cual estaba sentado en el océano, tomando vino con duraznos,

se levantó y le rebanó de un tajo la cabeza al Huáscar,
entonces la Esmeralda que empezaba a hundirse disparó un cañonazo, y
apuntó, medio a medio de la inmortalidad, haciendo "fama",
luego un roto comenzó a rascarse las narices con el fusil de un general de
antaño.

Eran diez contra cien, pero poseían la mayoría en La Concepción,
por lo tanto
no fué tan gran hazaña la chilena,
porque lo extraordinario enfrentaba a toda España, en tal instante y Chile
es lo extraordinario y lo inmenso.

Les salía del pecho olor a fuego a los soldados de Maipú y O'Higgins
dirigía la contienda hachando con los brazos quebrados,
de tal manera cuando la caballería se arrojó contra las espingardas castella-
nas, bramando y echando azufre por los ojos,
el general se escupió las manos y le arrimó un puntapié en la boca al ejér-
cito de Osorio, telúrico de coraje,
después de haber cinchado su cabalgadura con cien correas de cogote de
león americano.

Cuando los soldados desarrapados y rotos, exactamente como dioses,
golpearon
las puertas abiertas de Lima, la ciudad imperial que tenía
la cobija entristecida por el débil amante sin categoría, se alegró en el cora-
zón de las entrañas.

A aquella hora en que el ladrón y el monedero falso con humo
líquido y alegoría
montan sus telares contra el cielo y el último can aúlla a los espíritus desde
todo lo hondo de la noche,
sobresaltando a la querida del asesino,
el gran poeta está solo en la soledad de los mundos, comiendo muerte y
sangre y muerte, tallando el porvenir humano,
Manuel Rodríguez arañaba las espaldas de don Francisco, el Bonito,
con lagartos, rifles, gusanos, esqueletos, arañas, maleficios, conjuros, sorti-
legios, vestiglos y martirios o abracadabras envenenándole
la conciencia con la leyenda del francotirador guerrillero del infinito
que se cargara las entrañas de pólvora como un cañón furioso de Dios y
tragedia,
en cuyo enorme pecho de héroe estaba tallada la historia de la República,
con un puñal de fuego verde, espectacular, grande y libre de épocas, en su
anecdótico.

Acumulando sacos de llanto ardió Rancagua, ardió la sangre y ardió
la muerte,
y de la sangre y de la muerte en la sangre y en la muerte, reunidos los
elementos,
se generó el caballo del Jefe, el cual engendró de la derrota la victoria.

Estaba el morro de Arica completamente bañado de sangre, de sudor,
de muerte,
los soldados "perdían excremento y bramaban", arrastrándose encima del
bosque terrible de las bayonetas
y los corvos de los rotos le partían el corazón de héroe al enemigo;
temblaba la atmósfera por un redoble de tambor que venía de lo infinito
y sonando
como un lagar o como la panza de un buey enorme y muerto,
el cerro parecía el cadáver de un mundo de llanto e inmortalidad sumergido
en la gran tiniebla;
Ramírez y Lagos rugían y les corría el heroísmo por la cara;
atónitos, los marinos de Gran Bretaña se meaban en el mar, amarrándose
los pantalones con aguardiente,
y los antiguos dioses de los antiguos hombres del mundo
Thor, Jehová o el Dios cristiano crucificado aplaudían la tragedia, aterrados
entre esqueletos.

Sangre y cuchillas, en Chorrillos, sangre,
fenómenos dramáticos y sangre sangre, de repente y medio a medio, entre
nafragios y banderas,
un clarín inmortal todo como rojo de oro, echaba a volar un águila.

Atardecía la moral nacional y los sollozos
lloraron los tejados de la Patria Vieja, hasta que de adentro del cerebro
de la Patria Vieja,
estalló Yerbas Buenas, rodeada
de naranjas, de tinajas, de manzanas de pólvora, rodeada del Crucificado,
rodeada de barriles y fusiles victoriosos,
arrojando al extranjero al coronel Pareja.

El Todopoderoso y sus puñales entraban a Lima
y la mano de Dios, rompiendo
viejas tumbas, negras tumbas abandonadas, tremendamente parecía
un pabellón de sol aclamándonos por soldados.

*

Adentro aceites de muerte respira,
los coletazos espantosos de su tiburón azotan la historia económica del siglo,
su pulmón colosal muerde la industria siderúrgica;
en aquel debate fenomenal, dramatizando los elementos, arde y ruge su
anatomía y, como un lobo de pólvora,
estalla su volumen milenario y amarillo;
hacia él estira su hocico el batracio nazi, como un perro a una manada
de llanto,
y el fuego esencial hecho lágrimas
le quema las vísceras al maricón enfurecido.

El, que descansa sobre dos caballos desahogados
y agita su violencia como un piño de vacas o una gran pipa hinchada de
vino
(oscuro maderamen tremendo y panza de lenguas y sombra),
su chorro enorme azota el cielo en una gran meada y de infinito a infinito,
gris azul imperial, entrega a las naciones,
carros de riqueza y oro negro, pan y bencina para su sol bancario,
y un standard de legumbres en el amanecer, canastas de lechugas
coronando el aparato económico-financiero del país, niñas de ópalo en lacus-
tres, fluviales automóviles, ostras de seda, señoras con perros
sagrados,
y el hambre, el hambre en las capitanías industriales...

El corazón del especulador al sol de antaño ya podrido o marchito
toca la trompeta de Dios en las fábricas por los crucificados en las tinie-
blas enfurecidas como perras de presa
y una gran leona de alcohol le amamanta.

No relumbrarían las verijas de la señora aristocrática entre sus pieles
de pantera,
con la dulzura de miel de las alhajas,
ni su pecho de manzana, de frutilla, de naranja o de vellón de casto pato
santo en la peluda noche de invierno así rugiendo
se estremeciera como una gran culebra al asalto, por debajo
de la sedería muy calentita e hinchada de vinos y frutas, si su espantoso
poderío milenario reirguiéndose
no aterrara el corazón de las usinas,
la garganta de los motores, y si la clase obrera las terrazas y las corazas
del régimen no manchara de sangre
despernancando la plusvalía tan sacrosantísima como un loro escabechado.

Con tremendos oros de asfalto, ciego de viento inmortal y espantosas
catástrofes,
caldo de historia, el reloj del terror y el tiempo de la tierra
sollozan por los viejos imperios y las espaldas de la bioquímica en su in-
mensa cazuela tremenda que da un gas antiquísimo.

*

Un temporal de lágrimas corroe el atardecer aterrador, truena la
lluvia, azota
el azul fantasmal de los siúuticos, su pantalón dramático, su corazón con ba-
rrotes de bronce, su bacínica espantosa, amarilla, de cadáver,
la niña soltera y la flor del cardenal suspiran,
una tonada y una tinaja alumbran el callejón del cementerio y alguien caído
está agonizando en la hora tremenda.

El limosnero golpea su bastón de peral, el desteñido
sol, el sol de los muertos de adentro de la más vieja maleta emerge
y los tísicos le tosen lúgubres.

Incendia sus banderas el vino,
el vino rojo, el vino de los intelectuales y los asesinos,
el vino que trae un puñal entre los dientes,
y su carcajada en las ruinas y las vigas amarillas o los tejados, revienta
como un sapo de oro.

Los huasos mañosos de los pueblos se descuelgan,
por un largo, bramador lazo de cuero de ánima y el invierno enormemente
naufraga
en una gran tempestad de rancio y terrible queso.

Parados por los siglos de los siglos en todas las esquinas, durmiendo y mintiendo
los guachucheros del funeral de Clase Media se escarban las verijas con
las manos en los bolsillos de las manos
y en uno cada ojo tienen una u otra aceituna,
el onomástico provincial les canta en la guitarra de la corbata,
en la cual hay una golondrina y una
parsimonia de borrachos profesionales, de tiburones y de elefantes del
guargüero
y un Dios tonto y diablo de provincia
se les va corriendo, como un estremecimiento, por el esqueleto,
echando pitazos cardíacos de ferrocarril de otoño.

Allí en las vísceras del alma, la mistela y la violeta rugen,
sacándose las medias a la orilla de la cama,
y un pájaro cae asesinado por escopetazos pretéritos como un lobo,
brama el colchón de los agonizantes
y el río de los pueblos caídos de la geografía solloza.

La religión, como un aceite rojo, se les entra por el hocico y se les
vacía por el trasero,
adoran a un Dios antropófago al cual devoran, forrados en sus camisetas
de franela estúpida, hartos de mostos en fermentación y longanizas de poesía de cornudo, oliendo en mujer celeste,
y la eucaristía les golpea la panza a sus mancebos:
el piojo inmortal de Jesucristo les corroe las criadillas a dentelladas en los
crepúsculos ácidos, amarillísimos,
y, entre junio y julio, se les cae la baba sagrada del Corpus,
entre cópula y cópula, haciéndose los boquiarbiertos por la espalda, comiendo y tomando,
con un crucifijo medio a medio de la guata
y un ramito de nomeolvides perdido en el corazón de los antepasados;

matrimonios de hojalata, enchapados de sepultura,
se suicidan con viejos cuchillos de prostibulos y restaurante de miserables
(como Barella, al cual nombro mi asno familiar),
y entonces un enorme cura de tocino orina la feligresía.

Toronjas a la orilla de los sonoros corredores,
entre los cuales habita el finado
y el cedrón colosal de las abuelas, pequeño y sonoro como su esqueleto.

Emerge el tren, dominando los con gatos tejados
y abandonamos los caballos desafortunados de aquella gran adolescencia,
su literatura funeral, el impetu
y la euforia alcohólica, el sacrificio y el heroísmo sin esperanzas, la niña
florida y maravillosa
que nos escribió de Santiago y ya jamás nunca tendrá veinte años veinte,
y es nuestra.

Un cielo con domingos estalla su añil pluvioso,
las carreteras provincianas van hacia distancias sentimentales, llorando
viene un coche por el camino.

¡Qué inmensa flor de zapallo revienta en las acequias de las afueras,
y cuyas polvorosas tunas atacan, como harpías, las tapias cansadas de flo-
recer todos los años,
mientras el perro del tonto Lucas las meaba!...

¿Es un murciélago o es un filósofo con muletas
aquel que cava su tumba en la "Bodega de la Damajuana Solitaria",
al pie del farol inmortal del cementerio?...

El alarido del Matadero mancha las posadas
y el terrateniente baboso desacredita las sandías y las frutillas,
con su poncho de cebollas sin aliciente,
porque es el caballo que pronuncia discursos de orador-puta
y el sacerdote con culo pintado en la Recova.

Si, un charqui precioso y cordillerano
se azota bramando contra los quillayes o contra los sauzales de los extra-
muros,
y un animal muerto escarba su noche tremenda.

Son los cueros vineros los que aroman el asado,
o el asado quien perfuma el mundo, el mundo de las provincias,
y el hambre del proletariado industrial aúlla
debajo de los soberados de cochayuyo de ultramar, falleciendo
en donde ratones calvos muerden año.

Canillas de tinterillo con guarapo, canillas de guarapo con tinterillo,
tremendamente escarban los barrios, cargados de moscas, los despachos, el
almacén funerario y oxidado y el gran comercio
y las pastelerías resumen el futre provincial, putero y entenebrecido,
la señorita querendona agarrada a su virginidad como a una gran tabla de
salvación que se hunde,
el funcionario con callos, borracho y sobrenatural, a instancias de ser me-
diocre,
el obispo barrigón, querido o maricón de oficio, entre los canónigos sifilíticos
y pornográficos,
la tía soltera, completamente soltera, con su candado de lata en la vulva,
y la soltería de aquella especie tremenda de anfibio, con pechos de perro y
ardido, invicto ombligo de viuda cesante:
la sardina fiambre, que parece un recibo de arriendo,
y esa acerba letra, por cuyo girador fué asesinada una madre sola en el culo
del mundo antaño
o el boleto de agencia de la ropa interior de la recién casada con el Pájaro
Verde:
boticarios y receptores se revuelcan entre las prendas ajenas, hociqueando
(en noche enorme)
y olfateando como buitres ciegos al difunto,
mientras la familia del Coronel inventa un causeo lo más funeral posible,
hecho con huesos de substancia y añejas banderas ajadas,
con los pendones muertos a los que destañeron los aguaceros de la jubila-
ción y el crédito:
con la fotografía matrimonial, tocando sus trompetas,
con el hijo mayor vestido de putito de la Iglesia Católica, Apostólica y
Romana,
todo ya roto, como una gran copa vacía. . .

Ollas, tremendamente rotas en lo doméstico inmortal, parecen
sepulturas estupidas de los venidos a menos,
sonriéndose en balcones descoloridos con intención de humildes contribu-
yentes tronados,
y alguna flor arrastrada y olorosa, triste flor de Chile mortal,
saca la cabeza, entre el naufragio total de la ferretería.

Tornado a la manera del pretérito,
tangencial o marginal con relación a la inmortalidad sin sentido,
un hombre obscuro pasea las alamedas:
es el Señor de las Provincias, el Señor funeral y llovido, de roñoso man-
tenimiento, el Señor de Antaño en Hogaño:
nosotros, todos nosotros y nuestros horrores,
el ataúd de la juventud aullando su mustio y roto azahar degollado,
y la inutilidad inmortal de la vida.

APOLOGIA DE LO NACIONAL y lo internacional chileno

El escudo del soldado internacional relumbra en tu pecho de hierro,
los pueblos
eternos de Latinoamérica te entienden, como un toro entre montañas,
y el fascismo lame tu océano de arsénico mostrando la lengua babosa de
policía del infierno:
grita el pájaro del huracán en tu cabellera espantosa.
y el fusil de Dios lo empuña tu pueblo de oro, en cuya gran boca está sa-
liendo el sol de Marx, la corneta
del Hemisferio, proclama en tu garganta
el sentido insular y oceánico de tu lenguaje de volcanes;
universalmente te sucedes a tí mismo
y tus dolores son los dolores del mundo, de los que ya repleta la tierra de
mis abuelos
estalla la bandera mundial de los trabajadores.

La universalidad larga la calandria de la paz popular encima del
tiempo,
y tu virtud es azul como un huevo de perdiz,
alta y ancha como el lomo de la muralla china o como el toro imperial de
los minotauros.

Te hicieron los padecimientos humano y fraternal como el vino en
la catedral de los toneles,
pausado como caballo percherón e inamovible
en tu actitud heroica de líder americano, forjado y amartillado entre la
antigua mar y los Grandes Andes progenitores de tu estilo:
a martillazos, a patadas, a latigazos te cosieron el pellejo
endurecido sobre huesos de fierro,
amargo como el corazón de los pomelos e ilustre, acostumbrado a la mon-
tura cordillerana:
escribo como arriero tu naturaleza,
en lenguaje de gañán portuario o de peón minero con la cultura colosal de
los analfabetos
o los carretoneros de Antofagasta, porque es ése tu sentido;
los rotos copiaron tu geología en la imagen sobrenatural de su vocabulario
sabroso y rotundo como un plato de porotos y arriba
en la punta de las ideas, la intuición multitudinaria que emerge desde abajo
da un grito de loro completamente rojo entre el verde saliente o el amarillo
del infinito.

Trabajadores unidos universales,
todos los chilenos pobres no son pobres chilenos
sino el mito popular emancipado.

Y da la sensación del cuero del león tu pueblo,
la sensación de lo heroico de las naciones libertadoras o de las mujeres
despedazadas por la maternidad,
la sensación de los puñales y los fusiles
de la voluntad popular y la conducta democrática te pertenece completa-
mente
como el bramido al toro.

Fusiles de Sangre

1950

PAÑO DE LAGRIMAS DE CHILE

Como una gran lluvia de pólvora incendiándose
el lenguaje internacional socava la rosa del mundo,
araña la tierra, la arranca
del cuajo inmortal del pueblo con lamentos de atardecer...

Brama el trigo y el pan muerde al hombre como un perro de fuego,
los rugidos del vino dan a la Humanidad un clima de espanto
y las aguas furiosas hierven como sangre o como el corazón del soldado de-
sertor en la derrota;
el chacal del oro, al rojo resplandor de las cuchillas, da la gran dentellada
al trabajador;
y el comedor de visceras humanas usa la luna como el impermeable imperial de
los caudillos,
conduciendo los soberbios elementos
de donde dependen la esclavitud y el crepúsculo.

Un arrastramiento de cadenas de vergüenza
aúlla por los caminos, y árboles de carne azotada y humillada como mujer de
criminal
alumbran de sombra las tinieblas.

Así Chile está, desventurado y polvoso
tocando la trutruca funeral del hambre encima de un pueblo de muertos, y las
abandonadas estatuas
tienen coronas grandes de crepúsculos;
sin embargo, entre chalecos verdes se derrite el violín del río, azul como
el techo del mundo en tierras del roto
y hay trigales que parecen montañas de pan echadas como vacas al sol chileno
o minas llorando porque les arrebataron los americanos sus hijitos enterrán-
doles un puñal medio a medio del vientre:
anima la mar sus perros y ladran las olas
a los gobernantes que parecen mercaderes y a los mercaderes que parecen
gobernantes
y los volcanes enfurecidos del Sur orinan veneno caliente.

El murallón de las aldeas cría lagartos grandes como toros, como tiburones que devienen parlamentarios equivocados, parasitarios como el camarón del espanto, como el cura de la parroquia mundial que es el papa huevo de pato, como el buey castrado del establo del Estado y hay piezas inmensas pobladas de palabras y aparecidos o difuntos tremendamente ancianos que llenan los caminos de sonidos de eternidad... .. y la casa vacía que no existió nunca.

Los tontos se rascan los piojos en las piedras de las cunetas componiendo los sonetos de la feligresía con viejo incienso que huele a babas benditas y las beatas desafortunadas dicen: "¡qué hermoso!, verso tan bello, pero ¡qué hermoso! si es sencillo como el caballo de mi marido y hasta las bestias lo entienden al Señor Colibrí. tanto como cuanto al señor Juan Lanús, tontos los dos tontos, tan tontos o más que nosotros!"; la tierra entera está podrida como una papa sucia en el basural doloroso y la solución no es la lágrima sino la lucha *por el pan, la paz y la libertad del mundo*; Ricardejo críticamente desnudito juega a las pelotas como la expresión total de este instante oscuro y pasajero como un sepulcro, al cual retrata el fanfarrón desleal de la pollera y Chile se viste entero de invierno, admirándole la popa de la proa, con sombrero de invierno y aspecto de invierno y brasero de invierno y anchas lluvias solas que caen en grandes caudales amarillos porque el hombre chileno de hoy se está lloviendo por adentro.

¡Oh!, cuánto e inútil llanto en la antigua madre del peón, sola como losa de tumba o cruz tronchada, a la cual le saliera de la lengua un terrible y gigante resplandor de "Dios"!... el inquilinaje azotado y pateado, rugiendo, se curva hacia la tierra arada a manotadas en el vientre y su voz de sol naufraga en los surcos.

Ineluctablemente, sin embargo, nosotros luchamos y cantamos por debajo desafortunados y atroces, a fin de que se levanten elementales y absolutos los discursos de las chimeneas y la industrialización chilena traiga la canasta de pan y la gran botella de vino imprescindiblemente santo, que requieren sangrientamente, sangrientamente, estos pobres pueblos de fantasmas y cadenas o látigos patronal-feudal-colonial-imperialistas, atorándose de traidores, el grito de oro o de carbón o de hierro o de estaño o de cobre o de la bencina, flor subterránea del petróleo, que es dramática de conducta, o de plata, como tu cabeza de santa, o de salitre de Chile o de poderoso y colosal manganeso,

la clarinada-llamarada de los aserraderos en los que Mahfúd y Lukó incendian
su espíritu de héroes nuevos, y crecen como grandes nietos de
tigre los retoños con el De Rokha en las médulas de león y el
rugido de las termas, adentro del cual estalla el lirio otoñal de tu
belleza, Winétt de nácar ilustre,
la electrificación nacional, que es un canto de fuegos y de frutos del país,
hecho con acero y sudor,
el clamor-resplandor que emerge de los Altos Hornos en donde las divinas
formas crujen como los huesos de la parturienta o como los sesos
de la poesía en el antiguo español
y el aspecto de montañas de espadas desenvainadas que poseen las usinas y su
corazón,
en las que, por salarios ensangrentados, suda sangre y suda furor y suda
muerte el roto que fué huaso, al pié de los lagares y los establos
y los trigales eminentes
que son comercio de explotación de los patrones a los peones
y campos de batalla social (panteones y guarniciones), y el gran crisol-ataúd
en el que se está fundiendo la República.

A la gran soledad oceánica e insular de Chile
la perfora lo mismo el chillido de mico de Tito-Judas, la pirueta ensangrentada
y lúgubre del títere Sigman Rhee, danzando como pingajo de
ataúd o el asco de sapo de "Chiang",
y la traición de los tres peles abominables
se retrata en los espejos quebrados de la nacionalidad
y sus solitarias soledades solebundas...

Estamos envenenados guarapos universales tragando
y la mundial ansiedad nos estrangula como una cadena sucia de moho que
crujiese en una tumba sola, en una tumba rota, en una tumba
fofa,
socavándonos por debajo del subterráneo nacional
con aquella tremenda barreta de los mineros muertos, que araña la crisálida
del alma y su raíz
sonando adentro, gritando adentro, llorando adentro
como los martillos cuando en los pueblos lloviendo golpean el ataúd,
o parecidamente a la caída del cadáver en la tierra natal
o lo mismo que cuando un muerto se pone a gritar de miedo a la muerte, de
miedo a la eternidad, de miedo a la grande tiniebla que lo rodea,
se agarra a la soledad de si mismo, como un náufrago a la cola de un caballo,
dominado por espanto milenario
y en la soledad perece, vestido y comido de soledad y metafísica, resbalándose
en la soledad, como el pez ciego y yerto de los sub-océanos tre-
mendos
que al contemplar el sol estalla... ..

Mientras más grandes, más tristes, mientras más tristes, más grandes,
más fuera, más nunca, más hacia
la nada usada de la inmortalidad ensangrentada,
y adentro de un círculo sin entrada y sin salida nos movemos como queriendo
hacer pedazos la historia, morir
con la dentadura hincada como palanca entre el hombre y su destino.

Es amargo ser pueblo y canto-pueblo, ser pueblo y que sus banderas
no entiendan la lengua que hablamos, es amargo
y es amargo que al disparar al enemigo se nos afirme: "matar así no es matar,
porque matar así es matar nó de la manera que debe matarse
cuando se mata, porque se mata al estilo individualista y furioso
de los francotiradores";
...mos entre los fusilados por la espalda, amarrados al banquil'o de la
opinión pública, precisamente por los aventureros de las cárceles,
que son los verdugos más perfectos,
y la pedrada vil de todos los asesinos y los vagabundos de la literatura,
rebota
contra la remota espalda azul de nuestro vocabulario nuevo y nuestro lenguaje
de realidades y pájaros de sol;
"siembra la tierra entera y te comerán la semilla los grandes buitres de ti
mismo",
la soledad me morderá el corazón largos muchos siglos todavía con su den-
tadura de escorpiona, que a hiena semeja,
y caerá sobre mí la ceniza de todos los volcanes muertos.

Acometidos de fantasmas tremendamente patibularios que habitan las
rendijas de la poesía como las chinches los catres de antaño,
sin la condecoración de oleaje de la multitud,
levantaremos la gran estatua de oro de las muchedumbres futuras
cargados de abrazos que parecerían sollozos
y grandes banderas de atardecer con aliento de imperios caídos...

Aldeas del trueno de fuego que emerge del pulmón de los volcanes
y derrama su tos colosal encima de los caseríos aterradores, agarrados a la
inflación como soldado muerto a la culata del fusil,
nos hablan la lengua polvosa de un copretérito infinitamente pasado,
en tejados de antaño y casas de difuntos en los que la telaraña es la única
flor y el acompañamiento del entierro el último espectáculo pú-
blico
y en ese lenguaje atroz nos comunicamos sin oírnos.

Porque Chile se está pudriendo
y se están pudriendo los pueblos chilenos desde el vértice funeral de la ad-
ministración pública,
mientras la gleba es un parronal de polvo

y yo camino solo, completamente solo, definitivamente solo, soberbiamente solo, contigo, Winétt, adentro de la soledad del alma, solo, por la soledad inmortal de la República agujereada como la madera de los antiguos catafalcos...

A la gran guitarra de la patria le cuelgan golondrinas muertas, y a aquellos azahares tremendos de los matrimonios del pasado horroroso que parecen moco de muerto tonto que llora a lágrima viva, gotean la lluvia inmensa de las religiones abandonadas sobre la calavera nacional,

El mendigo a pata pelada y el ladrón público condecoran la historia de hoy, el hambre quemante toca a ánimas en los estómagos vacíos y el enorme buitre negro de Dios le araña las entrañas despedazadas a la criatura chilena; todo está roto por el comercio vil y la compraventa simoniaca; y, adentro, en el corazón de las materias primas, el sablazo y la tuberculosis asesinan mineros o pequeño campesinado en servicio de la Norteamérica vil del "Trust", contra la bandera que enarbolaron los soldados de antaño,

Por abajo del subterráneo social, por abajo, empuja la guerra el mercader imperialista, alimentándola, criándola, amamanándola, como a una culebra de veneno un bandido, y va a arrojar al hambriento contra el hambriento, llenando de sangre el orbe, si no lo ataja la Humanidad con Chile adentro.

Comiendo pan hediondo y carne podrida, nos desayunamos con una gran tajada de esclavitud, cantando a la Democracia del Dólar, a la Democracia que escupe al negro y después que lo explota lo ahorca, al ciudadano de color de Norteamérica, desterrado en la propia patria suya y el cual habita dolorosamente, como esclavo, los espantos de Florida y la Carolina del Sur, y vive y muere en los presidios de los nuevos negreros de la época; los trabajos forzados de la economía colonial dan la órbita y el temperamento a nuestra libertad de lacayos, y andamos en cuatro patas como los banqueros y los vacunos de González; la Iglesia oficial engorda la Bomba Atómica como si una gran marrana negra le diera de mamar a un sapo, y el hijo de cura bendice el sable infernal del invasor que desea otorgar la libertad a Corea asesinándola y como un pulpo enorme les chupa el petróleo del petróleo del petróleo a las Colonias redimidas a patadas.

Tú y yo, Winétt, bramamos el anatema y la expresión ensangrentada
de los opositores acuchillados, irreductibles,
desde adentro del ojo de oro de la soledad, y el gran huracán internacional
nos azota la bandera rota del pecho, como el océano rojo de los israelitas,
parado, frente a frente, contemplándonos...

Termas de Río Blanco, enero de 1950.

PARLAMENTO A LA CIUDADANIA

POR EL PAN, LA PAZ Y LA LIBERTAD DEL MUNDO

Todo está roto o como polvoso y agusanado por debajo, con un pájaro
muerto adentro del cerebro,
chorreada de escupos y sangre, aúlla como un perro en un naufragio o
brama como vaca degollada en una tumba, la bandera social de
O'Higgins, tramitada por turiferarios y una vibora negra
escarba y araña el corazón de la República.

La hiena de la guerra recluta su soldado hambriento en las pocilgas.
Cae la materia fecal desde el ápice máximo del poder público y lloran los
chilenos muertos trayendo
los helados antepasados que desenvainando las anchas espadas con puño
furioso e inmortal
abofetean a estas quimeras que gobiernan como fantasmas
que tuviesen la lengua afuera y hasta la cara helada como panza de
batracios.

Caídos sobre la voz hedionda que expelen, los demagogos despavoridos
asustan
Como un aji rojo ladra la cuchara del pobre y escarba la tierra mugrienta,
pateándola, como el rutián a la esclava blanca,
mientras la bestia oportunista se harta de dinero atragantándose con oro
rabioso
desde el mesón infernal de la vida pública y el Estado se transforma en
falansterio y en cocinería.

La araña de la Iglesia cava su patria de tinieblas sobre el pabellón nacional;
los gusanos encaramados en las asambleas pronuncian discursos encima de
los funerales democráticos
y tramitan la compraventa de la nacionalidad con la Estrella del Sur en
el hocico,
mientras la breva pelada del picaro se les atraviesa en la garganta, como
un peso desfinanciado en los bolsillos de un tonto o un colmillo
de tiburón que ahoga al idiota;

mueren en serie los niñitos a pata pelada en la portada colosal de los templos que son lo mismo que huevos del cielo,
y las pequeñas madres chilenas paren la carne de cañón que requiere el imperialismo y la cual paga mañana en dólares sucios que huelen a muerte sin gente,
o arrastran el vientre enorme en las baldosas.

Un llanto horrible y temerario como el poncho del cogotero
chorrea las banderas enlutadas de la nación hambrienta e intimidada y el barro del año invernal, largo y negro como un ataúd,
suena cuando la última ilusión del hombre cae en él como un loco en un sepulcro

Matones, asesinos, soplones, paniaguados y poetastros
arrastrándose a la orilla crepuscular de las murallas dan personería jurídica a la calumnia
y se solazan las culebras de la mentira.

Chile solloza debajo de Chile, adentro de un régimen de mercaderes que da la libertad a Corea asesinando los coreanos,
y predica la Democracia con la Bayoneta.

"Hay que destripar la tierra", dicen los monopolios enfurecidos,
"y derramar sobre la Humanidad la paz de la Bomba Atómica contra la Bomba Atómica, porque amamos y buscamos la guerra los pacifistas democráticos de Yanquilandia,
la pólvora, la Sagrada Biblia y el whisky se entienden divinamente, y el dólar tiene la faz de Jehová tallada en Puerto Rico por los salchicheros de la gran mística de la oferta y la demanda,
defenderemos la cultura occidental degollando judíos o negros piojentos en el nombre del Dios de los negocios",
y arrancan del Ejército Popular de Corea, después de romperse los dientes contra la entraña santa del pueblo en armas que los persigue a puntapiés como a ladrones.

El tendero mañoso amenaza con su atado de espanto y tiembla,
tiembla porque se siente frente a frente a un clamor colosal que no desea la guerra, sino la paz, la libertad, el pan dichoso de los pueblos tranquilos,
tiembla porque él sabe que los trabajadores aman el trabajo cuando el trabajo es la flor nacional del país de los trabajadores,
tiembla porque su pueblo y el pueblo de su pueblo, el pueblo de Ohio, el pueblo de California, el pueblo de Chicago lo abandonó a él y a sus títeres
y arrastra a la espada la maldición del mundo.

"El invasor coreano invade a Corea", gritan los generales de aguardiente,
"y nosotros los norteamericanos huimos ametrallando el poblado civil,
asesinando a los desalmados que se adueñaron de "su" tierra,
asesinando a los desalmados comunistas que pretenden gobernar la propiedad
de sus antepasados,
asesinando a los desalmados insurgentes, subversivos, atorrantes como el
bandido Augusto Sandino de Hispanoamérica",
y el corresponsal de guerra agrega: "triunfamos y huyen los rojos vencidos
como cochinos,
mientras nos retiramos línea tras línea, amenazando con aniquilarlos
definitivamente y huyendo, huyendo, huyendo
a fin de vencerlos con la huida definitiva".

Y las gentes se mueren apuñaleadas sobre el clan nacional o los
surcos profundos.

El Llamado de Estocolmo baña las almas de heroicidad y coraje,
y desde el gran estadio del trabajo, el canto matinal de los martillos, como
un relincho de caballos heridos
saluda a las espigas acumuladas
en mares de grandes trigales que parecen banderas
o tambores de hombres enormes.

El nacifascista empuña su patada y arremete contra las ideas como
un burro a una máquina de oro,
las bestias oscuras de Franco menean la cola en sus pesebres
y engorda el beato, enchufándole bayonetas al crepúsculo medieval y números.

"Queremos paz, queremos libertad, queremos", proclaman, gritando
los pueblos,
sí, pero las crisis cíclicas de la comercial sobreproducción avanzan y los
negocios negros de la guerra y la gran espada ensangrentada
de la burguesía

requieren su mercado sepulcral,
carne y sangre, sangre y piojos, carne y sangre y muerte sangrienta
y tuberculosis en la población
y la boca de los cañones burgueses exige la vida de los trabajadores,
planeando el asesinato de la juventud.

el cuello del porvenir del pueblo,
la alegría campesina de la adolescencia que revienta las gemas soberbias sobre
el lomo de potro de la sociedad
que emerge rugiendo desde adentro (pueblo del pueblo).

"y es menester", contesta el mercader, "torcerle el cogote a la historia y
asesinar la Humanidad, a fin de librarla del bolchevismo",
es decir, hambrear la tierra robando los gramos macabros del dólar y hasta
el último céntimo de dólar del dólar

y obligar a patadas al hijo del llanto a comprar armas y bombas para matarse,
o invadir Corea, degollando *por extranjeros* a los varones y a las parturientas
completamente estupendas de las abiertas ingenuas aldeas y
despedazándose las mandíbulas en los soldados de acero del
Ejército Popular de la victoria, arrancar comiendo
el estiércol de la derrota a orillas del honorable mar, del ilustre mar, del
eminente mar Amarillo.

Están contra la guerra el ateo y el cristiano,
el varón sin religión y el místico, el mahometano, el budista, el anabaptista,
el taoísta, el puritano, el cuáquero, el anglicano,
pero la guerra avanza, subterránea, empujada
por el papado oficial, lacayo del imperialismo, la guerra avanza disfrazándose
de comerciante democrático, la guerra avanza y avanzan sus premi-
sas logradas por el comercio vil de armamentos, que es la punta de
lanza de todos los consorcios superindustrial-capitalistas,
y la exportación del dinero, respaldada de bayonetas, amenaza al Género
Humano con el asesinato general del Género Humano.

La Ley Maldita crea la lepra del delito judicial y obliga a la justicia a
contradecirse,
pensar y hablar son penados
y un sonido de cadenas de esclavitud resuena en la antigua libertad chilena,
el especulador universalmente se enriquece,
y el pobre más pobre deviene más pobre aún y deviene
un andrajo mundial al cual va a fusilar mañana
su hermano, el soldado acuartelado al servicio de los explotadores.

¡Trabajadores: impedid la guerra; intelectuales: impedid la guerra,
impedid la guerra fascista al servicio del imperialismo, el crepúsculo
infernado del imperialismo y la agonía belicosa del imperialismo.
y producid la unidad mundial contra la guerra, contra la guerra
fascista todos los hombres y las mujeres de buena voluntad unidos!
¡contra la guerra, por el pan, la paz y la libertad de las criaturas!...

"Democracia", 25 de septiembre de 1950.

E S T R O F A D E L S U R

Donde lluvias y grande viento rugen, donde toda
luz está rota como un pantalón negro, sopla la sombra y truena la tierra
la tierra inmensa y la humedad
hincha su panza de hongos a la orilla,
donde los humus sangrientos huelen a vientre y a mar y donde el hombre
come el bofe del sol
mojado y verde adentro de la gran tormenta,
donde el resplandor del relámpago es un puñal que da la cuchillada al
cielo de hierro.
aúlla mi corazón adentro de los mineros muertos.

Acordándome de cuando era barro y gritaba
debajo del caos macabro, bebo mi pólvora en el atardecer de la burguesía
acusándola
y comiendo hambre ardiendo y huesos con cerebro de pez.

El naufragio de Chile hunde el buque y la tempestad acorazada de
navios tronchados
canta la rabia de su esplendor de acero tremendo,
toda absolutamente roja como trompa de toro y cuchilla de asesino en
la canción del grisú;
como un santo de llanto rabioso
lanzo mi corazón a la orfandad obrera y a la viuda herida del minero y
borro mi sombra difícil
comiendo recuerdos acerbos en la lluvia criminal;
y cuando la niebla inmensa como un abrigo de piel abriga a la compañía asesina
un clamor general de hijos del pueblo y sangre obrera me remece
y mi canto es una gran espada rota a la cual el moho del mundo le corroyó
el arrebol de la empuñadura inmortal.

Las familias ensangrentadas por la explotación

digieren balas y camas calientes debajo de los altos páramos embanderados
de los árboles
y el carbón de dolor clama y ruge debajo de las plantas vendidas.

Lloran los bajos salarios bajo su poncho de piojos
cuando la tragedia bestial araña la panza del mundo rasguñándola con
rotas uñas ciegas
por el crimen enorme de la subestimación proletaria;

entre fusilamientos y asesinatos nos hundimos porque no hay justicia ni
comida, ni porotos y carne ni azúcar, sino congojas, sino
tuberculosis, sino miseria y muerte, prisiones y deportación, el
gusano del minero y el pique San Juan es la lengua de la
acusación pública;

la huelga levanta su puño en alto por sus reivindicaciones y la degüellan
y a la orilla del gran océano la sombra roja de Lota abre su majestad de
sangres sociales sobre la sombra roja del mundo

cuando estalla la ametralladora capitalista;

rajada a patadas por el desprecio y por el dinero está la carne popular
de Chile;

debajo del canelo imperial del Toqui y la familia india

asesinada con alcohol o carabina extranjera, cohabita la víbora social del
intermediario

y el especulador empuña el sable gigante de los capitanes antiguos;

la boca de la mina, negra como un ataúd, abierta y soberbia devora su
ración de obreros chilenos, copiosa y nunca ahita, nunca, nunca,
comiendo mártires y héroes;

y yo estoy gritando en los subterráneos la protesta de los trabajadores,
cargado de antigüedad en la antigüedad fundamental de las épocas, en la
cual grabaron los milenios el paso de los siglos caídos a la eternidad
mientras los grandes duques y el capitán de industrias juegan canasta.

Emigra la golondrina de las materias primas de Chile y Chile se
desangra en sucios dólares,
el invasor de Corea, matador de criaturas desnutridas, especula con el hambre
de Chile a través de sus lacayos y la patria amada y democrática
es una gran cueva de espanto.

O'Higgins, Balmaceda, Aguirre y Recabarren,
desde todo lo hondo y colosal de la historia republicana, "con ojo furioso"
y goteado de inmortalidad
contemplan la escena de los ensangrentados títeres
y los líderes del pueblo, hijos del pueblo y pueblo sufren en cárceles por la
"JUSTICIA".

Mientras millones de ladrones se enriquecen a costilla de las masas
y el pan arrancó del comedor del proletario y del campesino y lo mordió
primero como un perro de fuego
porque al pobre le llueven lágrimas cuando llueve.

Por el gran funeral de la clase obrera de Chile, no pedimos limosna,
exijo justicia,
cantando mi espanto creador y pensando en los desamparados de la tierra
entera, y escribo con grito macizo
en la unidad, por la paz entre las gentes,

"Democracia", 9 de octubre de 1950.

Funeral por Los Héroes y los Mártires de Corea

1 9 5 0

La lengua de las derrotas victoriosas,
el tambor colosal que tocan las sombras de los heroicos antepasados,
los cánticos democráticos de la multitud,
el himno del pueblo en los hogares en el gran día boreal de los nacimientos
y los matrimonios o el discurso de cemento del gran orador:
¡he ahí el lenguaje correspondiente a vuestra dignidad!...

Ni un gesto de miedo al Conquistador: la acusación pública únicamente tal,
ni el espionaje parlamentario de una lágrima sola cruzando las caras inmensas,
como montañas,
ni un gemido, ni un clamor, ni un sollozo en la tremenda voz:
temblará el invasor frente a frente a la propia conciencia como el animal,
aquel que está en la tempestad,
adentro, al pié de la montaña, solo entre solos,
en ese ambiente omnipotente en el que el rayo requiere su pánico trágico
al gran día de la ira internacional
y lo azota contra la cabeza del ejército imperialista,
en el instante en que el yanqui arranca mundo abajo, mundo adentro, des-
pedazándose como un perro de mar,
mientras la svástica de Mac Arthur le desgarrar las entrañas
y el fusil fascista se le dispara contra los que traicionaron al pueblo enga-
ñándolo y degollándolo;
si el terror militar de los respaldadores de mercaderes arrasó la población
pacífica,
una gran espada de fuego apunta a sus corazones miserables y un silencio
de acero mundial les muerde como buitres el hígado
rasguñándole las vísceras de tiburón.

La maldición del Género Humano, en piedra y fuego civil,
marca la cara de los asesinos y está callada la tierra mirando el grande
crimen que plantea la vida íntima de los chacales,
como una madre viuda el hijo muerto.

¿Cómo gusanos, vestiglos, andrajos reunir y víboras
para dar una idea de aquellas bestias tremendas con piel de militar y man-
dibulas de mandrágora, que únicamente se parecen al alma
hedionda de Víctor Kravchenko.
en la cual chorrea la eterna sangre obrera
y el sol se detiene a escupir con asco horrendo el espectáculo del traidor
y la morralla vil
como si pasase un ataúd sacando la lengua en el vacío?
Asesinando en el *nombre de Dios misericordioso*, asesinando con la religión
en la bayoneta
y la hipocresía medio a medio del pecho nazi.
escupen el cielo y el mundo manchando la ley democrática y el estilo san-
grado del hombre;
adentro de la marcha trágica de los asesinados,
entonan los asesinados la epopeya del índice acusatorio de los asesinados
y su enorme forma se levanta sola.
gigante y tronante de silencio feroz, embanderada y popular,
condensando el grito del siglo:
y ahora ¿vais a agujerear el planeta para esconder la vergüenza tremenda
comerciantes-invasores-delincuentes-impostores del imperialismo?
pero los muertos eternos del mineral chileno escuchan la llamada inmortal
y contra vosotros van a pelear por la paz, el pan y la libertad del mundo,
todas las sombras de los siglos pasados y los futuros siglos en el
Ejército Popular de Corea;
a la espalda colosal de los ahorcados de Chicago,
mano a mano con Sandino y los héroes de la Revolución Agraria de México,
el antepasado piel-roja, al cual se baleó a traición, Abrahán el
Presidente, los negros linchados y sus pateados y mutilados ca-
dáveres y las víctimas de Nueva Orleans, acusándoos frente a fren-
te al "Todopoderoso",
caminan los procesados, los encarcelados, los desterrados políticos y las
grandes víctimas del falso profeta.
o aquellos a quienes la calumnia y la mentira del esbirro condenaron a depor-
tación pública en su propia tierra sola, y la majestad de las águi-
las republicanas ondula en el gran crepúsculo...

Ahi "Alsop" está ardiendo y la gran bandera de Chile
acorralada y entristecida por el alevoso mercader asesino que negocia con
las ideas, os clava la mirada azul,
y están el Irán y el Irak objeto de comercio, destripados por vosotros.

Pero el pueblo de Roosevelt, EL se comprende como la víctima de las víc-
timas y el esclavo social de los Monopolios, padres y madres de
vuestro Dios-Degollador,
y en la invasión del mundo no estáis con el pueblo, no,

no estáis con el pueblo ni con los derechos del pueblo pisoteados por vosotros,
estáis solos con vosotros, es decir, en la soledad definitiva del
Impostor;

y como predicáis la paz con la bomba atómica
crucificando en la bomba atómica la elocuencia de la epopeya de la muche-
dumbre universal.
la Humanidad os desterró al desprecio al cual destierra al prestamista
inmundo
que hambriento de oro, de cobre, de caucho, de salitre y de petróleo, ensan-
grienta la historia humana mordiéndola e hiriéndola con los col-
millos de chacal.

Puerto Rico es la ignominia "americana" convertida en ley
y el colonizador económico-político de Bolivia, de Cuba, de Colombia y del
Chile humilde de hoy
da la patada "sentimental" a las Colonias atravesadas de pánico,
y ordena a Chuquicamata, o en Jerusalén ahorca la persona de la dignidad
humana con la prensa vendida, o endiosa en Santo Domingo a
Trujillo, el payaso funeral,
y a sus sirvientes pálidos como pálidos esqueletos;
y a la exportación de dólares corresponde la persecución de líderes y el már-
tir pisa el vil ladrillo del presidio
al servicio del bandido superindustrial,
la mentira plutocrática cubre de muerte al pabellón de Jefferson
y la gran Sociedad Anónima, a cuya salida están las bocas de los cañones,
dramatiza la periferia del planeta con hierro tremendo
mientras la Iglesia, embanderada de sacerdotes alcahuetes, bendice al nuevo
fascista de la oferta y la demanda en nidos de pólvora;
si el trabajador de acero y de incendio de la gran Pampa chilena,
el que en Alaska, acuchillado por el huracán, afila la mejilla como un puñal
en los hielos acerbos,
y el obrero de acento mundial de Niepostroi
no quieren la guerra, ¿quién quiere la guerra?; ¡oh! hermanos de la paz del
mundo, ¿quién quiere la guerra?, la guerra de agresión, la guerra
y el gran asesinato entre sesos y vientres y sexos de criaturas que
antaño sembraron cantando sobre los pájaros;
si los trabajadores no quieren la guerra, ¿quiere la guerra el Inmenso País
de los Trabajadores?, no, únicamente quieren la guerra los explo-
tadores de los trabajadores;
quieren la guerra los colonizadores monopolistas acaparadores del petróleo,
exportadores de dólares, armamentistas y ejecutores económico-
políticos del Plan Criminal de degollar el mundo, tramitadores de
corporaciones armamentistas y armamentistas de indole y negocio
porque la guerra es su aliada comercial.

quieren la guerra los gerentes y los obispos accionistas de compañías,
carteles y trusts guerreros,
quieren la guerra tanto los generales belicosos cuanto los traficantes alevosos
del patriotismo mercantil que encubre la tara oscura de Paco
Franco,
quiere la guerra el especulador bursátil que negocia la matanza como un
carnicero público
y quiere la guerra el intelectual podrido, porque el intelectual podrido canta
alimentándose de cadáveres: hiena de feria y cafetín.

El trotskista babilónico premiado como caballo y el nacifascista vestido
de proxeneta
aman la matanza por la matanza como todos los degenerados
y están de acuerdo con vosotros, ¡oh! incendiarios macabros que negociáis
en carne humana como los abuelos vuestros negreros del bucán,
que eran ladrones pero eran varones,
mientras llorando y muriendo en la bañera, deliráis con la piratería y sois
mugrientos
y roñosos como un editorial de "El Mercurio".

Culebras de tormenta o lobos acerbos,
el vocabulario anormal de la Coca-Cola da melodía a la religiosa azúcar
de vuestro lenguaje
y los paniaguados engendros de soplón y víbora
que vi contemplar la grandeza y la miseria de Nueva York con la lengua afuera
de asombro y los pantalones abajo,
os responden desde los rincones de los ratones de las más hediondas
alcantarillas;
y el demagogo espantosamente tenebroso sirve vuestros fines y viene diciendo
que os desprecia mientras negocia como un jurero criminal;
la Compañía Armamentista tiene su base hasta en la fábrica de palomas
y la "Fundation" internacional y sus anchos Bussines van de punta a punta
del globo abriendo el surco tremendo
a la psicosis bélica que se predica en la borrachería de los falsos cristianos,
en la iglesia, en la oficina, en la taberna, en la Bolsa y en los helados Bancos
que parecen cementerios estupendos,
en el lecho conyugal y donde el hombre deforme por la explotación
conquista la comida;
todos los negocios del capitalismo terminan en la guerra, y la guerra es la
gran punta de lanza del régimen;
¡oh! vosotros carniceros, fascistas, asesinos,
si invadís un país y os robáis de rodillas rezando como los zorros cebados,
los ganados y las mujeres y los metales, el oro atroz y negro de
las reservas petrolíferas,
¿cómo esperáis que os crean la mentira del pacifismo.

comerciantes de la muerte, traficantes de la falsificación democrática,
chacales y farsantes de un Jehová Agenciero?

Predicáis la libertad, pero la libertad de estar en la cárcel
y el derecho a morirse de hambre, el derecho
a ser un perro con miedo y desnutrición desde la cuna a la tumba
y fabricáis el periodismo y la literatura
como el whisky y las papas fritas, standardizándolos.

El titere-magistrado-poetastro-mamarracho con complejo de inferioridad y
bacínica,
al cual patea la naturaleza por imbécil y mal hablado,
es definitivamente cobarde y perverso como todos los cobardes y tiene una
gran yegua de silla a la cual no monta;
el adolescente idiota que se supone curado de espanto porque lo
"espaldarazaron" los asnos sagrados de la Municipalidad;
el criticuelillo feminoide y alcahuete por castración intelectual y moco de
tonto que suda criando un loro y un gorro y un piojo en potencia
debajo de su cama de macaco,
y como es un granuja nacido de un huevo de pato endiosa a idiotas
condecorándolos con dinero vil y academia
cuando la Reina Patoja, la Fata Morgana, la Burra Divina y el Narciso
exaltan al trotskista descoyuntado que deviene canónigo,
y quien exactamente como un caracol echaba la baba en el Cónclave contento
y entre botellas,
conejo literatura haciendo de miserable y de traficante de deshonestidades
retóricas en su baratillo literario de cuchipandas saturado,
con pequeñas palabras hediondas a sacristía anarcosindicalista y a
oportunismo
de amanuense que escribe el amanuense roñoso y ruin... (¿?)
el "podeta" que fué esbirro o soplón o verdugo-borracho o matón y al cual
es menester destinar al gran escupo de los traidores;
el "intelectual" que persigue como un zorro o una perdiz
la presa que arroja la mesa del Ejecutivo y que generalmente es un pingajo
todo con yodo mohoso a capa caída y a orfandad;
el politicastroliento de la demagogia y la oportunidad lamida como hueso
de perro,
que anda contando un discurso con los pantalones rojos
en los servicios higiénicos de la Universidad y aun en lugares sombriamente
oblicuos;
el que entrando por la Izquierda va hacia la Derecha
y anda buscando el Centro para la salida, después de haber quedado solo
llorando y tomando "en este valle de lágrimas",
como el último de los últimos desesperados políticos;
el que compró y vendió su corazón a la policía por un plato de lentejas
y ahora la candidatura expende como vino loco

en la borrachera general de las asambleas, sollozando como espantajo y fantasma;
decididamente la literata a cuya inmensa proa la popa responde
ardiendo como un sol adentro del gran crepúsculo o lo mismo, acaso, que
una gran copa de champaña volcada sobre una palanca
y es una de las setenta yeguas del Faraón de las Cocineras;
el Fifi "bonito" y hediondo como un queso de pomada que deviene Presidente de la Sociedad Nacional de Lechería y es un nuevo tonto viejo
que va de la boite a la iglesia peinado a la gomina patronal
como el existencialista y surcido de la literatura tratada en soneto a la imbecilidad:

El Señor que parece completamente y es a no dudarlo,
la Señora que es mucho más hombre que el literato de alquiler y sin embargo está embarazada total y eternamente de un presbítero que posee lengua de rebaño y un océano particular,
y siendo una gran estatua a las vacas del mundo escribe versos fascistas en lenguaje democrático tan famosa como robusta,
ellos, absolutamente todos dan manteca a la fogata de la carnicería, arrojan cadáveres de ciudades al gran incendio de la tierra
y gritan huyendo como conejos o como obispos o como borregos públicos cuando el estupor de ataúd-ataúd de las ametralladoras pisotea las banderas de la paz hinchada de pan y libertad,
truenan la miseria desencadenada porque se le desgarró el eslabón del trabajo, y las yuntas antiguas yacen destripadas como maquinarias al sol de "Dios" que quieren ustedes convertir en la Gran Colonia de Norteamérica y declarar "Cesante".
Corea es "la España Republicana" y Popular, en la cual se ensangrentaron los hocicos nacifascistas,
el ancho campo de experimentación del neofascismo
y la provocación imperialista macabra y con espuma de can hidrófobo a la tercera guerra mundial;
el mercader petrolífero esconde el sable de conquistador fascista en "la democracia"
y, luchando por los mercados, dice que pelea por la justicia sobre la tierra ajena y da metralla al pueblo escoltado por usufructuarios nativos,
por juvenales, ricardos, josesantos y silvacastros, eleazares, alones y barellas de cuchara y alcantarilla
desde todo lo hondo de las cloacas;
entonces tendida la red inmensa del Gran Monopolio Internacional: *El Trust de Los Armamentos*,
sobre el corazón de los pueblos hambrientos, como un pulpo enorme, bebe la sangre de las criaturas y levanta la réplica universal de los trabajadores quien le aplica su bofetón a la mandíbula.

Contra los mercaderes enfurecidos de Wall Street.

contra la bestia armada de la carabina y la oración simoniaca a la cual le
crujen terribles y chorreando de sangre los colmillos,
contra el bruto del fascio de hoy,

contra el Ku-klux-klan negrero y el gangster cobarde disfrazándose de
redentores,

contra el cuáquero comercial cínico que bendice con whisky mortal
el cadáver de los humillados y los pisoteados y los degollados del mundo:
el hombre del martillo y el hombre del arado,

y a toda persona de ley humana dad la oliva de la paz y la voluntad de
defender la libertad;

cantemos los muertos héroes y mártires de la Corea auroral;

cada corazón ido a las tinieblas toma la forma épica e irreductible de un pan
para las viejas, eternas hambres del hombre,

porque contra las tumbas cavadas a metralla por los asesinos del imperio
mercantil y del papado,

se levantan las banderas de la redención humana,

entre ganados y jardines, entre sembrados y grandes fábricas de bienestar
y de cultura,

y desde todo lo hondo de la sociedad vieja,

resplandeciente como el canto del gallo en el amanecer de las aldeas de las
infancias de lo humano,

yo anuncio que estalla la nueva sociedad!...

Campos de Talca, octubre de 1950.

F u e g o N e g r o

1951-1953

I

GRAN MARCHA HEROICA

Avanza tu carro de llantos y entra a la historia entrechocándose.

Arriba, un atrevimiento de águilas, abajo, el pecho del pueblo y en la línea definitiva, entre los altos y anchos candelabros de la Humanidad, y las trompetas que bramán como vacas, entre naranjos y duraznos y manzanos que, como caballos, relinchan, entre barcos y espadas, rifles y banderas en flor, al paso de parada negro y fundamental de los héroes, tú y tu ataúd de acero.

La multitud descomunal y subterránea, abate en oleaje tronador su ímpetu de serpiente y ataca su fantasma y su palabra, como un toro la estrella ensangrentada.

Caemos de rodillas en el gran crepúsculo univérsal, y lloran las sirenas de todos los barcos del mundo, como perritas sin alojamiento; se acabó la comida en los establos contemporáneos y el último buey se destapa los sesos, gritando; el bofetón del huracán, partiendo los terciopelos del Oriente, araña el ocaso y le desgarrá el corazón a puñaladas, cuando el fusil imperial de la burguesía pare un lirio de pólvora y se suicida.

Al quillay litoral le desgarran la pana los relámpagos de las montañas, y tremendamente dá quejidos de potrillo recién nacido en el estercolero, porque su conciencia vegetal naufraga en el aroma a sangre.

Canto de estatuas, grito de coronas, llanto de corazas y bahías, y el discurso funeral de los cipreses que persiguen eternamente lo amarillo, te rodean; nosotros, entre lenguas de perro y lágrimas elementales, no somos sino sólo fantasmas en vigencia; lo heroico, lo definitivo, la ley oscura de la materia en la cual todas las cosas se levantan y se derrumban con el único fin de engendrar padecimiento, emerge de ti, porque tú eres la realidad categórica; y cuando los pollitos nuevos del mar a cuya orilla enorme te criaste, pían al asesinato general del ocaso, los huesos de Tamerlán echan grandes llamas; escucho el funeral de Beethoven ejecutado por setecientos maestros de orquesta, frenar la tempestad, sujetándola, como el desnudo adolescente los caballos rojos de Fidias y el cielo está negro lo mismo que mi corazón; las espadas anchas, las anchas espadas que abrieron los surcos profundos que no cavaron los arados, las espadas embanderadas de historia, se te someten y te lamen como el perro del mendigo; cuadrigas y centurias, haciendo estallar el sol sonoro, al golpear la tierra hinchada con el eslabón de la herradura, le-

vantan polvaredas de migración y el bramido de las lanzas es acusatorio y terrible debajo de la lluvia oscura como la mala intención o un cobarde; adentro de las campanas choca la luciérnaga rota con su farol a la espalda, llorando; huyendo del incendio general, leones y chacales se arrojan a la mar ignota y las serpientes repletas de furor se rompen los colmillos en las antiguas lanzas; un gran caballo azul se suicida; borrachos de sol y parición en generaciones del Dios pánico y dionysíaco, los sacerdotes-escarabajos están gritando la maternidad aterradora en miel de pinares y resinas de gran potencial alcohólico, que debaten entre ramajes la violencia tremenda de la naturaleza; el Clarín del Señor de los Ejércitos empuña la espuela de oro de la gran alarma y los soldados.

Cargado por nosotros, marcha el féretro como una rosa negra o un pabellón caído, con espanto aterrador de fusilamiento; rajados a hachazos los pellines encadenados al huracán aúllan; tú eres lo único definitivo, hundida en tu belleza de pretéritos y de crepúsculos totales, caída en todo lo solo, herida por el resplandor de la eternidad deslumbradora, mientras errados, nos arrinconamos adentro de nuestras viejas negras chaquetas de perros.

Por el camino real que va a la nada marcharé (caballo de invierno), en las milenarias edades; hoy, mi espada está quebrada, como el mascarón de proa del barco que se estrelló contra lo infinito y soy el animal abandonado en la soledad del bramadero; perteneces al género humano, tétrico de matanza en matanza, y te robaron de mis besos terribles; braman las campanas pateando la atmósfera histórica en la cual se degüellan hasta las dulces violetas que son como copitas de vino inmortal; la tinaja de las provincias echa un ancho y largo llanto de parrones descomunales, gritando desde el origen.

Arde tu alma grande y deslumbradora como un fusil en botón y a la persona muerta la secunda la ciudadanía universal otorgándole la vida épica como a una guitarra el sonido; como un solo animal, acumular la eternidad, triste y furioso a tus orillas, es mi ocupación de suicida; como ola de sombra, el comercio-puñal de la literatura nos ladra al alma cansada y los cuatrerros, los cuchilleros, los aventureros y el gran escorpión de la bohemia nos destinan su sonrisa de degolladores, echada en sus ojos de cerdo.

Sobre el instante, la polvareda familiar gravita y empuña el pabellón de los antiguos clanes; tú eres el escudo popular de los de Rokha; tronchados, desorientados, conmigo a la cabeza de la carreta grande, tirada por dos inmensos toros muertos, hijos e hijas, nietos y nietas, yernos y nueras dan la batalla contra la mixtificación tenebrosa y estupenda de los viejos payasos convertidos en asesinos; a miel envenenada hiede el ambiente o a calumnia y perro; los chacales se rien furiosamente y tremendamente arañan la casa *sola como sombra en el arrabal del mundo, allí en donde remuelen el pelele* y la maldición, tierra de escupos y demagogia, llena de lenguas quemadas; porque mi desesperación se retuerce las manos como un reo que enfrenta los inquisidores, a cuya espalda chilla, furiosa la Reacción, como negra perra vieja en celo; andando por abajo, los degenerados nos aceitan y nos embarran el

camino, a fin de que el cegado por las lágrimas dé el resbalón mortal y definitivo del que se desploma en el mar rabioso que solloza echando espuma y se derrumbe horriblemente.

Juramos pelear hasta derrotar al enemigo enmascarado en el enemigo del pueblo, al calumniador y al difamador con ojo pequeño de ofidio y las setenta lenguas ajenas de los testigos falsos, a la rana-pulpo-sapo del sabotaje; juramos solemnemente cortarnos y comernos la lengua antes de lanzarte al olvido; juramos los látigos de la venganza, porque es mentira la misericordia y no tememos atacar la eternidad frente a frente, ensangrentados como pabellones.

Tranco a tranco en el pantano del horror, vi destruir a la naturaleza en ti el esquema total de lo bello y lo bueno: como un niño loco, el espanto se ensañó en tu figura incomparable, que no volverá a lograr nunca jamás la línea de la Humanidad, y caíste asesinada y pisoteada por lo infinito, tú, que representabas lo infinito en la vida humana, y el sol de "Dios" en la gran tiniebla del hombre; caías, pero caía contigo el significado de lo humano, y en este instante todas las cosas están sin sentido, gritando, boca abajo, solas, y es fea la tierra; como a aquel infeliz cualquiera a quien le revuelven la puñalada en el corazón, el perro idiota de la literatura, vestido de obispo o caracol, levanta la pata y orina mi tragedia de macho, porque como todo lo hermoso, todo lo vertical, todo lo heroico se hundió contigo en el abismo, yo soy el viudo terrible, y acaso la bestia arcaica sublimándose en el intelectual acusatorio que da lenguaje a las tinieblas; como la naturaleza es descomunal y sólo lo monstruoso le incumbe íntegramente, su injusticia fué tenebrosa con tu régimen floral de copa y el destino te cavó de horror como a una montaña de fuego; sin embargo, como soy humano, no acepto tu muerte, no creo en tu muerte, no entiendo tu muerte y el andrajo de mi corazón se retuerce salvajemente y se avalanza contra la muralla inmortal, contra la muralla desesperada, contra la muralla ensangrentada, contra la muralla despedazada, que se incendia entre las montañas y sudando y bramando y sangrando, me revuelco como un toro con tu nombre sagrado entre los dientes, mordido como el puñal rojo del pirata; a la espalda aúllan las desorbitadas máscaras gruñendo entre complejos de buitre aventurero y trajes vacíos, en los que respiran las épocas demagógicas.

Entre los grandes peñascos apuñalados por el sol, sudando como soldados de antaño, roídos por inmenso musgo crepuscular y lágrimas de antiguas botellas, tú y la paloma torcaz de los desiertos lloran; mar afuera, en el corazón de flor de las mojadas islas oceánicas, en las que la eternidad se agarra como entraña de animal vacuno a la soledad de la materia y el gemido de los orígenes gravita en la gran placenta del agua, tú das la majestad al huracán por cuyos látigos ruge la muerte su secreto total, tremendo: encima de los carros de topacio del crepúsculo, tirados por siete caballos amarillos, cruzados de llamas como Jehová, tú eres el balido azul de los cordeiros; aquí, a la orilla de tu sepulcro que ruge, terrible, en su condición de miel de abejas y de pólvora, haciendo estallar el huracán sobre los viejos túmulos

que tu vecindad obliga a relampaguear, tú empuñas una gran trompeta de oro, tal como se empuña una gran bandera de fuego y convocas a asamblea general de muertos, a fin de arrojar la eternidad contra la eternidad, como dos peñascos; emerges de entre toneles, como la voz de las vasijas, y la gran humedad del pretérito, que huele a fruta madura y a caoba matrimonial, enarbolala su pabellón en el corazón de las bodegas, cuando yo recuerdo tu virginidad resplandeciente...

Condiciona sus muchedumbres la mar-océano del Sur y tu multitud le responde terriblemente; yo estoy sentado a la orilla del que tanto amabas mar, y la oceanidad da la tónica al gigante dolor que requiere inmensidades para manifestarse y el lenguaje de la masa humana o la montaña incendiándose; remece sus instintos la inmensa bestia oceánica y el crepúsculo ensangrienta la bandera de los navios y el cañón funeral del puerto; el mar y yo bramamos, el mar, el mar, y crujen los huesos tremendos de Chile, cuando con mi caballo nos bañamos solos en la gran soledad del mar y el mar prolonga mi relincho con su bramido por todas las costas, desde las tierras protervas de Babilonia al Mediterráneo celestial de las tuyas glicinas y a los sangrientos mares vikingos, o arrastra mi voz tronchada y sangrienta como un capitel roto y mi lenguaje de campanario que se derrumba en la gran campana del mar, con tu recuerdo gimiendo adentro; rememoro nuestro matrimonio provincial-marino y la carrera desenfrenada, desnudos, sobre la arena y el sol; es la mar soberbia, la mar oscura, la mar grandiosa en la cual gravita el estupor horizontal de humanidad que azota los vientres de las madres y relumbran las panoplias huracanadas de los viejos guerreros de hierro, que ascienden y descienden por las arboladuras como un tigre a una antigua catedral caída; lagrimones de acordeones, de leones y fantasmas dan al pirata el relumbrón de los atardeceres y el tajo del rostro atrae el sable crepuscular hacia la figura agigantada; el ron furioso da gritazos y mordiscos de alcohol degollado a la tiniebla aventurera y la pólvora roja es rosa de llamas rugiendo con perros y espadas entre la matanza histórica, adentro de la cual nosotros dos rajamos el cuaderno de bitácora sobre el acero acerbo del pecho, que es pluma y rifle, Luisita; asomándome a la descomunal profundidad heroica, veo lo eterno y tu cara en todo lo hondo; naufragios y guitarras y el lamento del destierro en los archipiélagos sociales del Tirreno y del Egeo, se revuelve a la bencina cosmopolita de los grandes Imperios de hoy, con sus navios y sus aviones sembrando la sangre en los mares; pero el tam-tam de los tambores ensangrentados me desgarran el cerebro; sin embargo, hay dulzuras maravillosas, y te vuelvo a encontrar en esta gran agua salada por el origen y el olor animal del mundo, con tu melena de sirena clásica y tu pie marino de conchaperla y aventura.

Braman las águilas del amor eterno en nosotros...

El huracán del amor nos arrasó antaño, y ahora tu belleza de plenilunio con duraznos, como llorando en la grandeza aterradora, contiene todo el pasado del ser humano; truenan las grandes vacas tristes del amanecer y

tú rajas la mañana con tu actitud, que es un puñal quebrado: fuiste "mi dulce tormento" y ahora, Winétt, como el Arca de la Alianza o como Dionysos, medio a medio de los estuarios mediterráneos y el de los sargazos mar, entre el régimen del laurel y el dolorido asfodelo diluido en la colina acumulada de los héroes, hacia la cual apunta el océano su fusilería y desde la que emergen los pinos solarios, tú, lo mismo exacto que a una gran diosa antigua de Asia, la eternidad bravía te circunda; galopan los cuatro caballos del Apocalipsis, se derrumban las murallas de Jericó al son de las trompetas que ladran como alas en la degollación y el Sinai embiste como el toro egipcio, cuando tu paso de tórtola hiende los asfaltos ensangrentados de la poesía, gran poetisa-Continente; y las generaciones de todos los pobres, entre todos los pobres del mundo, te levantan bajo los palios llagados del sudor popular en el instante en que tu voz se distiende, creciendo y multiplicándose como el oleaje de los grandes mares desconocidos, a cuya ribera los hombres crearon los dioses barbudos del agro y los sentaron y los clavaron en las regiones acuarias, que eran el llanto de fuego de los volcanes: como fuiste tremendamente dulce, graciosamente fuerte, pequeñamente grande con lo oscuro y descomunal del genio en un régimen de corolas, el hijo del pueblo te entiende; tenias la divina atracción del átomo, que, al estallar, incendia la tierra, por eso, adentro del silencio mundial, yo escucho exactamente a la multitud romana o babilónica, arreada y gobernada a latigazos, a las muchedumbres grecolatinas que poblaron Marsella de gentes que huelen a ajo, a prostitución, a guitarra, a conspiración, a sardina y a cuchilla, a tabaco y a sol mojado y caliente como sobaco, a presidio, a miseria, a heroicidad, a flojera o a tristeza, al vikingo ladrón, guerrero, viril y sublime en gran hombría y a los beduinos enfurecidos por el hambre y los desiertos del simoum, áspero y trágico, y te adoro como a una antigua y oscura diosa en la cual los pueblos guerreros practicaban la idolatría de lo femenino definitivo y terrible: forrado en cueros de fuego, montando un caballo de asfalto, yo voy adentro de la multitud, como una maldición en el cañón del revólver.

Romántico de cúpulas y óperas el atardecer de los amantes desventurados me encubre, y cae una paloma negra, Luisita-azúcar.

Soplan las ráfagas del dolor su chicotazo vagabundo y la angustia se clava rugiendo, en fijación tremenda, como un ojo enorme que quemase, como una gran araña, como un trueno con el reflejo hacia adentro y la quijada de Caín en el hocico; es entonces cuando arde el colchón con sudor oscuro de légamo, cuando la noche afila su cuchilla sin resplandor, cuando el volcán destripa a la montaña y se parte el vientre terrible, que arroja un caldo de llamas horrendo y definitivo, cuando lloran todas las cosas un llanto demencial y lluvioso, cuando el paisaje, que es la corbata de la naturaleza, se raja el corazón de avena y pan y se repleta de leones; sin embargo, medio a medio de la catástrofe, se me reconstituye el ser a objeto de que el padecimiento se encarne más adentro y la llaga, quemada por el horror, se agrande; con tu ataúd al hombro, resuenan mis trancos en la soledad del siglo, en la cual gravita el cadáver de Stalin, que es enorme y cubre el Oriente en mil leguas

reales a la redonda, encima de un carro gigante que arrastran doscientos millones de obreros; semejante a una inmensa cosechadora de granjeros, la máquina viuda de los panteones degüella las cabezas negras y la Humanidad brama como vaca en el matadero; yo arrastro la porquería maldita de la vida, como la pierna tronchada un idiota y espero el veneno del envenenador, la solitaria puñalada literaria por la espalda, en el minuto crucial de los crepúsculos, el balazo del hermano en la literatura, como quien aguarda que le llegue un cheque en blanco desde la otra vida; me da vergüenza ser un ser humano desde que te vi agonizar defendiéndote, perseguida y acosada por la Eternidad como una dulce garza por una gran perra sarnosa; como con asco de existir, duermo como perro solo encima de una gran piedra tremenda, que bramara en el desierto, hablo con espanto de cortarme la lengua con la cuchilla de la palabra y quisiera que un dolor físico enorme me situase a tu altura, medio a medio de este gigante y negro desfile de horror del cual estalla mi cabeza incendiándose como antigua famosa posada de vagabundos; no deseo el sol sino llorando y la noche maldita con la tempestad en el vientre; por degüellos y asesinatos camino, y ando en campos de batalla, estoy mordido por buitres de negrura, y es de pólvora y de lágrimas, Luisita-Amor, el gran canasto de violetas, con el cual me allego a tu sepulcro humildemente; a mi desesperación se le divisa la cacha del arma de fuego, Luisita-Amor, cuyos grandes frutos caen...

Eramos Filemón y Baltis de Frigia y el grito conyugal del mundo, pero se desgarró una gran cadena en la historia y yo cruzo gritando a la siga del mí mismo que se fué contigo para siempre nunca, esta gran sonata fúnebre de héroes caídos...

II

APOTEOSIS

Eternamente atado, encadenado a ti, como un perro a una montaña, aúlló a tu memoria, ensangrentando la noche tremenda, Winétt...

Partido en dos, camino estupefacto, gritando, acorralado, revolcándome en el hachazo colosal, con la gran patada en el alma, y ya comprendo únicamente aquéllo que se refiere a tu recuerdo.

Encarno el eslabón de estupor de una cadena rota y el último y el único huérfano del mundo.

La araña-fantasma de las catástrofes despavoridas me está mordiendo el corazón de acero, que es el quejido funeral de la trompeta negra en los patibulos, herida y maldita por el fusilamiento, el palo mayor de un buque náufrago o el oscuro y triste orgullo de una gran bandera pisoteada.

Todos están muertos contigo, y yo soy el fantasma del león que persigue en las tinieblas a la amapola degollada por la fatalidad...

Manadas de buitres gigantes acosan el nubarrón de mi cerebro, y retrato esa especie de basural cósmico, al cual se van a suicidar los perros, los vagabundos, los viejos en decrepitud y los soldados desventurados del andrajo y la maldición, y del que emerge un pabellón de luto o un inmenso cuchillo mellado.

Perdió el sentido la tierra sangrienta y revienta de dolor la sociedad detrás de tu ataúd...

Cargado de desesperación, como un animal de mendigo, araño la eternidad, desgarró la eternidad, escarbo la eternidad, desenganchándome las entrañas, violento, embrutecido, gritando-besando tu nombre inmortal, y me trago la lengua cortada, ahito de furor inútil, yo que arrastro el espanto desesperado de haber querido y no haber podido siquiera matarme para salvarte, porque hasta el suicidio era inútil.

Sobre las anchas mesetas del mundo, todas las copas están rotas, y la botella de la vida partida en la cabeza del infierno.

Con llanto macabro de león herido a puntapiés por el destino, lloro definitivamente solo y remoto, y me revuelco encima de la tierra desierta, en la cual aúllan tu partida y yo, y en donde sonríes en tu actitud de laguna de la Luna, con lo infinito a cada orilla, como un galope de cadenas sobre el cielo

del pecho, que era la comarca de la Humanidad, y hoy es un piano de canto quebrado, helado, cansado que se retuerce gritando y desbarrancándose mundo abajo, desesperado, porque todas las cosas adoptan modales de puñales contra los vencidos.

Como una gran rata sombría, la angustia va creciendo y devorándose; llegará la hora aquella en la cual el terror me sobrepujará de tal manera que no estará el terror adentro de mí sino yo adentro del terror, ardiendo como el vino en la vasija o el animal muerto en su cuero; entonces ya no sufriré porque moriré de sufrimiento, y mi desesperación te seguirá buscando en el invierno de las casas vacías, disparando su cañón funerario.

Solo como toro sepulcral, soy el carcamal de los extramuros, en donde alumbraba su aborto la mujer ilegal del asesino del presidiario; ejemplo del desventurado eterno, voy cruzando el mundo con tu cadáver a cuestas; irremediamente en traje lúgubre, emerjo de adentro de Chile y el país del andrajo social y la montaña aulladora, comido de demagogía y traición, me entrega su saco de piojos para que me haga una manta de horror digna de mi estado de alma; desde tu nombre se levanta un gran pabellón muerto y el sol se pone a llorar a gritos; el incendio del pretérito se me plantea en las entrañas y la población miserable me restituye al ser consciente entre llagas y tumbas, rugiendo contra la piedra; contigo se hundieron todos y nuestra gran tragedia es la tragedia mundial que origina la historia; oscila en torno a tu fantasma mi corazón como un péndulo roto y mientras tú relumbra en el Gran Panteón lleno de perros, héroes y borrachos, como una inmensa caja de pólvora o un ojo de oro, yo tranqueo medio a medio del país apuñalado, con mi actitud de espantajo de desterrado de todos los tiempos en la cerrada artillería.

Pero es mentira que estoy aquí, Winétt, yo estoy parado, estupefacto, como un difunto rojo, a la ribera del lecho fúnebre y me quedaré allí milenios de milenios de milenios, desesperado, anonadado, crucificado, apedreado, despedazado, frente a frente a tí, agonizante.

Una gran rabia cansada me rebalsa y si la vida tuviera una cabeza yo se la cortara de un tajo... Por haber criado hijos y libros, te atacó la naturaleza hecha una perra de negrura, y te mordió el corazón de madre popular la bestia inmensa de lo desconocido, roñosa y ladrona como un juez prevaricador, Luisita... Soy un huracán sordo mordiendo fierro ardiendo, un naufrago sin brújula, un león ciego y viejo que escarba una antigua tumba...

Comprendo que aúllo inútilmente, que mi dolor se partirá los sesos gritando contra la tiniebla, como un loco en un cementerio, que arañaré la nada y la rasguñaré despedazándome, y, sin embargo, únicamente existo por tu memoria.

Cargado con un abismo, tronchado y definitivamente en derrumbe, ingreso al gran crepúsculo en el cual tu ataúd marcha a la vanguardia de los muertos, rugiendo como un horno de diamantes o parecido a una intensa flor de pólvora; y aunque no entiendo el sentido del mundo, porque des-

apareció contigo, el antiguo corazón descansa un instante; desde muy adentro de la multitud y el género humano, el espanto del ser consciente te agranda la faz divina y te incluye entre los dioses, sobre las bases de la Humanidad, en donde residen el relámpago y los héroes y la llagada muchedumbre aúlla por el pan. Querida, idolatrada amiga, El sol huido es un perro de fuego a tus pies helados, cae el arte de hablar de rodillas ante ti, y convergen a tu sepulcro todas las palomas del desierto, con las alas quebradas. Gigantescamente rodeada de candelabros y cataclismos, milenaria y nacional, ingresas a la mitología. Y a la orilla de tu nombre eterno, como a la orilla de los ríos antiguos, se escucha un llanto de madres terribles, ascender desde el vértice azul del Mediterráneo a las mesetas envenenadas del Petróleo que grita abajo. Se desgarró el pabellón de las batallas, pero una paz grandiosa arde y ruge a tus riberas irreparables.

Como un problema sin solución, ando y hablo de un siglo en el cual no habito, en el cual no creo, en el cual no existo desde tu caída en el gran abismo; sólo la muerte a la cabeza de mí mismo, avanza; y proclamo exclusivamente mi derecho a estar tendido codo a codo contigo cien edades, muerto, en un sepulcro acometedor, rojo y ancestral como los errores del hombre.

Gravitas en generaciones, madre de generaciones y países, y tú, tan pequeña como un beso, tan como paloma y zafiro, hiende tu raíz colosal en las nuevas familias, y te floreces en los nietos y en los pueblos, como la helada agua subterránea en el pulmón nacional de los frutos; luchando por la paz, el pan y la libertad del mundo, te hundiste en la Humanidad, como un pequeño barco en el inmenso océano tremendo; pero tu pabellón de popularidad y universo, resuena en los trabajadores y en la masa obrera, atravesando desde el pique terrible de la mina y el socavón del ferrocarril, al trigal colosal, al viñedo y al ganado que tanto amabas, y tu canto de niña genial y de agua santa baila en la fiesta popular o es la lluviosa oda fúnebre en el entierro del pionero asesinado por la Compañía imperialista; el cansancio de ser que va a mi espalda, como un saco de llanto, la angustia feroz, con maldición adentro, el horror del horror del horror de haberte visto morir imponentemente, se hacen posibles constatando tu liderato continental en la poesía, de la cual levantas la espada negra encima del hambriento; escucho un ladrido de cadenas y emergen los Pelasgos antiquísimos contra las montañas del Cáucaso y sus ferreterías, poblando de esclavos el Mar Egeo, y al ilota ensangrentando con látigos en la palabra o a las sagradas hijas de Esparta criando guerreros macabros, que serían carne de matanza y lacayos del Príncipe vil, bueyes de reyes, o leones castrados por el espanto de la religión, y tu voz de redención, surgiendo del infierno social de la especie, es una gran tonada de oro que consuela al hombre; todo lo humano va contigo y nadie llamará madre a ninguna mujer sin nombrarte porque durante treinta y cinco años fuiste la mujer casada del mundo; aquellas que gemían tanto en Nahuacocha, a las orillas del Titicaca, o las doncellas de Jerusalem a las que engendró un hijo el soldado imperial romano, en la

época en que Tiberio violaba por dinero adolescentes masculinos y a la esclava de ébano de Nubia que florece un hijo espantosamente blanco, todas ellas lloran, por la primera vez en la tierra, en el canto insular que forjaste dando el pecho a la criatura; y hé ahí entonces por qué, grandiosamente, las enamoradas de todas las novelas de la tierra entera te rodean en la eternidad como esas mariposas negras que se desprenden de lo oscuro definitivo y alumbran; pero tú fuiste la heroína del amor, la heroína máxima, la heroína superlativa, la heroína clásica y romántica, la heroína de las heroínas y yo tu héroe: la heroína popular del romance popular, del pueblo pueblo pueblo, completamente lleno de lágrimas, y a la cual situará en el altar de las leyendas, doloroso y polvoriento, en el instante de la gran cuchilla de fuego, la heroína del amor popular hecha toda ella de diamantes negros: desde la República de Chile, arrasada por la policía y los mendigos, tu actitud se levanta como el ancho y nuevo lianto general de las épocas.

Los por esbirros y por bandidos legales ajusticiados y por la Magistratura del cornudo, los perseguidos por los partidos de la burguesía imperialista, los calumniados, los difamados, los insultados por los esclavotiteres de los enmascarados, que manejan la baba macabra del anónimo, como la cuchilla el cogotero o el soplón o el cartillero, capitanes de rufianes, los explotados, los humillados, los azotados de la esclavitud, ahora, o entre el aceite y los viñedos de la gran Atenas de Pericles, los siervos protervos de Carlomagno, que sudaron de dolor y de terror la piedra sangrienta y ecuménica de la Catedral Gótica o los palacios de Venecia, forjados y acuchillados de espíritu por el mercader acumulador de especias del Cipango y el Catay remotos, el hereje insobornable e ilegal, que urdía la alquimia y era quemado como Savonarola, Raimundo Lulio o Giordano Bruno, por la furiosa aristocracia podrida, y el peón nacional, piojoso y encadenado a los harapos por el pálido "Bussines-Man", y por el gran "patriota" traidor, por el cual aborta a patadas la madre chilena que cantaste en grandes edades de epopeya, todos montan la guardia de honor conmigo en la gran montaña azul en la que duermes para siempre, tú, la idolatrada, entre el oleaje colosal de las muchedumbres y las multitudes que únicamente a los líderes aclaman.

Como tú forjaste con las manos del corazón, hierro a hierro, llanto a llanto, siglo a siglo, la más gran estatua del más gran destino a la más gran figura de las épocas, Lenin, como el hermano mayor de los desventurados por el Imperio del Dinero, y cantabas en la universalidad a Stalin, como al conductor de todas las víctimas del encadenamiento, cuando la Huelga General Revolucionaria estalle encima de la tierra entera su granada de sol, Winétt, —tú contra el régimen—, y degollemos el monopolio imperialista, tu nombre estará en la boca de los países, como la madera frutal del siglo: como amaste al pueblo y no lucraste con su amor, ni se coronó de payasos tu lenguaje, tu costumbre, tu constante social, limpia como tu boca, porque no hacías evangelios de histrionismo con la tragedia, todos los niños del orbe te llamarán madre; y en las fábricas, en las pes-

caderías, en los humosos puertos mojados de sal aventurera, en los campos sembrados de tinajas y bramidos, se llorarán los estadios crucificados la tragedia final tuya, y cómo tremenda y vil moneda ardiendo colocó la vida en tu pecho de alondra, como estipendio a tu grandeza, a tu dignidad, a tu justicia incomparable, que emerge de especie e inmortalidad ceñida; porque cuando los lobos roñosos y las hienas repletas de la desdicha te mordieron, tú, sublime e irresistible, sonreías a la caricia del horror recordando los explotados del mundo; la niña-abuela se florece en nietos, agreste y urbana y tu canción difícil rebota en la fea materia de la burguesía, pero, como pueblo, el pueblo entiende al pueblo que gravita en las entrañas desesperadas y terribles de "El Valle Pierde su Atmósfera"; desde el vientre de acero de la U. R. S. S. materna, la infancia revolucionaria aclama la lealtad mundial de tu cariño en inmenso mar de banderas; ¡oh! antiguo amor herido, pero no muerto, nunca, nunca, nunca, porque te defiende el ser humano que agrandas, que sublimas, que amasas como un pan enorme, medio a medio de los hechos, en el horno de oro de tu alma, melancólico como el tono crepuscular de la campanilla de las diligencias al arribar a las posadas.

¿Qué haría aquél que recibe un hachazo que divide su corazón en dos abismos? ¿Y el que posee una gran montaña, y, de repente, naufraga en el mar, o una paloma roja, con un resplandor de fuego adentro del pecho, y el huracán la arrasa, cuando el trueno y el rayo y el viento terrible lo azotan a puñaladas, o está de rodillas, (de pié y de rodillas), enarbolando la última botella azul, y resbala en el gran espanto y aún existe? ¿O el extranjero que parece un monumento porque abraza a una pequeña flor y el destino se la degüella en los brazos?.....

Silva la víbora gris de la literatura en los pantanos, y el engendro traidoramente pequeño, que exhibe un sapo en la boca, escribe el sabotaje en las murallas, rememorando que arrastra en los pantalones caídos el apellido maldito de un lacayo traidor a la República, o va la "Calchona" desforada llenando la noche horrenda de ansiedad delincuente; y yo que deseé, únicamente, ser el hombre más solo de mi época, sin tí el vacío me araña la entraña como una gran culebra y la maldad burguesa me da la sensación del fusilamiento por la espalda; como todas las cosas perdieron su sentido y contigo muerta el martirio se me planteó definitivamente, mi corazón de campeón sin dinero, sin porvenir, sin aplausos, anhela el puñal traidor del compadrón asesino, y mis músculos son como sarmientos de una negra parra vieja en un pedregal ensangrentado por el degüello de millones de millones de violetas; sólo lo heroico de los mitos épicos, entre los cuales tú relumbra, me retorna a la piedra eterna y escribo; por espanto alimentado y exasperación furiosa, huele tu muerte mi olfato de bestia en el exilio, y doy aullidos despavoridos que desgarran la oscuridad a patadas contra el pingajo sanguinolento de la sociedad burguesa, o el vecino me mira gritando como si viniera llegando del sepulcro con la barba mojada por el llanto de los dioses muertos, y es, efectivamente, aquella la verdad rotunda: soy el

que vuelve de entre adentro de las tumbas, Luisita; sólo que como la congoja definitiva me es habitual, el paternal dolor popular me entiende.

Seguramente que como el que ya nada espera, porque todo lo ha perdido, comprende que posee la certidumbre colosal de que como es tan desgraciado ya no podrá nunca ser más desgraciado, yo poseo la dicha partida y natural de los que murieron; es acerbamente tu amor tan lejano un dolor tan macabro, que excluye la posibilidad de ser herido; crucificado en la parrilla ardiendo del tormento inmortal, soy el naufrago de las últimas islas desventuradas, sentado para siempre nunca, llorando, con la cabeza entre las manos, al pie de un espantoso árbol amarillo.

El obrero, el intelectual, el minero, el campesino y el proletario identificarán tu nombre épico a la Cornelia, madre de los Gracos romanos, e hija de Escipión el Africano, a la amada de sol de Espartaco, el degollado de la historia, peleando por los esclavos como el más gran general antiguo, en los desfiladeros del Vesubio, a las mujeres de los pobres - libres y de los esclavos crucificados en el camino de Capua a Roma, a Agar heroica y esclava madre de madres en Ismael, el innumerable, tatarabuelo de Mahoma, el que derrumbó cien bueyes gigantes a la memoria de sus antepasados, a Javiere Carrera, la aristócrata popular de Chile, a Raquel judía, la esposa idolatrada de Isaac, hijo de Abraham, a quien Eliecer dió el recado del amo precisamente cuando fluía santa agua clara de la cisterna azul, y cuya furiosa tumba de acero es como el hondo sonoro pozo de lágrimas del Israel herido, en los extramuros de toda la miseria humana, a las Señoras del Dios Lar y el Penate que emergen con la familia monogámica y son deidades democráticas, entre lo cotidiano y lo infinito, a la protagonista de todas las novelas del amor, romantisísimas y amorosísimas, como por ejemplo la niña Virginia o a la dulce muchacha del "Never-More", y a Penépole, que engendra en Telémaco el gusto del mando de Ulises, Mariscal de la voluntad mediterránea, como a la María americana de Isaacs, eternamente adolescente, acuaria y floreal alhaja del campo, "delantal y trenzas negras", a la cual orilla del Cauca nos sentamos nosotros antaño...

Heridos y arrinconados contra la montaña endemoniada, llenos de lágrimas como los toros frente al degüello del hermano en el gran patibulario, hundidos en la nada helada y arañándola, perdidos, los de Rokha, son un atado de pianos de espanto con la música embravecida de la endecha real deshecha.

Andando, sin movernos, cruzamos paralogizados el Continente americano, completamente vociferando frente a frente a la gran matanza, y, de hemisferio a hemisferio a hemisferio, tu compasión furiosa y tu misericordia por la madre hambrienta me gritaba: "mira, qué espanto, va cargada como una bestia con un saco de hijos; maldito sea el régimen capitalista, bandidos, asesinos de mujeres, asesinos de niños, asesinos de países esclavizados por la "civilización" occidental, ¡hienas de presa!... ¡a esto llaman la cultura democrática estos cuáqueros negros con cara de verdugos recién

comidos?... ¡basuras!, yo voy a denunciar en mis poemas la infamia del invasor yanqui....." Ahí están, Winétt, tus cantos quemantes como la voz del Sinaí en los mitos judíos. Crucificada en tu corazón, sangraba la pateada india ecuatoriana, la estupefacta majestad de crepúsculo de la hembra azteca, adentro del ex-Imperio, ex-tremendo, ex-añejo, en el tambor imperial del Anáhuac, la pálida faz y el grito de fuego de la cholita antiquísima del Tiahuanacu, hecha de greda funeral y látigo, la madre soltera de los prostibulos de Panamá, acomodados al sol hediondo y al hediondo imperialista que reza y suda borracho encima del resplandor animal del infernal retrato de los piratas y los conquistadores de basalto, la víctima policial de los amarillos compadritos asesinos del "Descamisado", la gran pisoteada por la ahita burguesa rotunda y las doñas Bárbaras de la sabana venezolana, la doncella infeliz, vendida al gamonal caribe en los pantanos dichosamente cubanos, (en los que nos asaltaron los aquellos degenerados galenos en un cuadrillazo de espantajos), la eternamente embarazada adolescente inmortal del Perú indiano, bañada de milenios...

Voy empuñando pabellones desgarrados, y dicen: "va en silencio", porque mi silencio es el silencio con el más gran estruendo mundial adentro, y la más gran lágrima en las entrañas desesperadas; ¿cómo entonces es posible que no escuchen el espanto colosal que yo ando botando, completamente callado, completamente macabro, completamente debajo de los siglos y pegando los gritazos desafortunados de la época, los gritos-símbolos en los que el hacha del leñador de antaño brama-ladra como una horrenda gruta?; ando y me escucho tronar, gritar, clamar en el despoblado arcanal, infinito de la Eternidad, adentro de la cual tú estás herida, con los pequeños pies temblando... ..

Moriste, sin embargo, en el corazón de la República, medio a medio del hambre de Chile, solita conmigo, caída adentro del amor familiar, lllagado, huracanado, en el vértice crepuscular de la nacionalidad, entre degenerados y matones, entre degenerados y mendigos, entre degenerados y hampones, arañas tronadoras, submarinas, llegadas desde las cloacas sobredoradas de los honorables salteadores ambulantes del Capital de Exportación, perros de presa con la Legión de Honor en la barriga, colosales tiburones negociantes que azotan la cabeza de las Colonias con el Eclesiastés en traducción de Al Capone, entre camarones y caracoles homosexuales, y antiguas fieras vendidas, en alquiler, al Gran Bonetón indobovino, que posee sólo un ojo en la Zona Tórrida del abdomen y un país insular en compra-venta, entre solapados insectos subsidiarios y una gran culebra viuda, entre funcionarios disfrazados de literatos consagrados en la antología de mamarrachos de Beocia, entre sabandijas suciamente chantagistas que arrojan guano y llanto, entre poetas vestidos de marranos y entre marranos vestidos de poetas, que advienen de entre parientes con la cola polvosa de los antepasados de Vichuquén ardiendo por adentro, en el riñón nacional asesinado por la mentira, la demagogia y la miseria, entre rojos piojos locos con lengua de vitriolo, entre sarnosas hienas urracas públicas que comen aceite en-

vienenado de motores envenenados por gestores envenenados de cobre enorme envenenado, adentro del pueblo chileno envenenado, entre acreedores verdes de usura, entre derrengados mercaderes titulados de cogoteros en la Universidad, idiotas como maletas de Literatura, o como el glorioso piojo que cría el Borracho Mayor, entre estupendos demagogos amarillos, que parecen toros y son loros de material desarrapado, entre explotados y humillados sociales que exhiben, grandiosamente, más dignidad que sus patrones, cuyo valor está en razón directa de su imbecilidad y cuyo terror está en razón directa de su belicosidad para con las sagradas masas que están forjando los peldaños del porvenir, "sola como un pajarito degollado", decías, "sola" con mi soledad, entre mundos de humo que van a naufragar en camposantos de velámenes socavados en carnes de sangre de océanos...

La casa botada, enlutada, despedazada como un barco a la deriva, como un zapato en un pantano, asesinado, o como un sable que llorase, aterra, y el dolor está aquí adentro del cerebro aullando, rugiendo, medio a medio de corazones apuñalados medio a medio de Chile, medio a medio de América, medio a medio del mundo, medio a medio de todos los pueblos y todos los siglos y todos los hechos y los sucesos, medio a medio de la vida humana, medio a medio. "Yo he llorado hasta aquí a otros, proponga misericordia agora el Cielo, y llore por mí la tierra", grito lo mismo que el Colón que cayó de rodillas al gran subterráneo y se enredó en las montañas. Como tu presencia, sublimando lo cotidiano, hacia la vida humana digna de ser vivida, la faz del traidor, del saboteador y del imbécil se reflejan en los espejos del alma, hoy, en su horrible dentadura de conchaperla, es el mundo un pozo de tinieblas, todo solo, y desde adentro del cual las procelosas prostitutas policías y el invertido disfrazado de paloma, vacian su baba atroz sobre nosotros, paren la estafa del verso como el huevo la culebra, y con tremendos pechos de murciélago amamantan la mentira y la demagogia vil, prefabricando belleza de contrabando literario, disfrazado por el enmascarado.

Llamándote, acariciándote, besándote tengo tu cuerpo y tu fantasma entre mis brazos feroces, que parecen palancas quemadas o arados quebrados como esqueletos y retorno a estar contigo en el corazón de las naciones; recuerdo los tiempos en que enarbolaba la tremenda copa del contento, porque te tenía, y mi corazón se revolcaba y retozaba relinchando como un potro en libertad, yo comía como los brutos tranquilos, bebía los inmensos vinos chilenos en cacho de huaso remolador y bien montado y me reía como un racimo de uvas, desafiando y provocando a la canalla desaforada; hoy, escasamente soy un perro de invierno negro con un terrón de azúcar en el hocico; pero es inútil, araño el pasado del mundo, lo escarbo y estando tú adentro no te encuentro, estallas en los hijos de los hijos, en las hijas de las hijas y tus ojos enormes por la inmortalidad y la belleza, ya empiezan a mirar, y no te encuentro y aunque sé que eres presente y tu figura, enriqueciendo pechos de pueblos, penetra la historia y serás el único reloj del tiempo, no te encuentro; aterrado, de pie, fulminado por el horror, aún estoy mirándote, mirándote, mirándote, queriendo comprender el sentido

bestial de mi tragedia; dicen que ando y que hablo y es ilusión, porque me troncharon la boca del alma, y, únicamente, arrastro un grito cortado en la garganta o un eco negro hecho de angustia y llanto, como el fondo de la congoja universal y la conciencia rota de quien lleva la cabeza en la mano y pisa túmulos; igual al animal al cual le reventaran a patadas el corazón, soy el vozarrón de un atado de espanto que antaño organizaba su maldición en grandes canciones y hoy destrozó la espada contra sí mismo; hubo un instante en el que toda mi fuerza cayó de rodillas y fui derrotado, destrozado, derrumbado de impotencia, como la última hoja por el huracán, la sombra cósmica me arrasó, y me resbalé para siempre nunca en el gran espanto, porque mis puños no pudieron defenderte, Winétt, no pudieron defenderte del crimen terrible; cristal eras azul como de lágrima y te pisotearon la belleza todas las violencias desencadenadas, como bestias feas hechas con toda la maldad cósmica; contigo se hundió lo más lirio, lo más crepúsculo, lo más río que tenía la vida, lo forjado de uvas celestes y sol, con el discurso en agua del zorzal adentro del verano de pan agrario y la maquinaria esplendorosa del atardecer montaños, lo que difunde frutas de luna y arrebol de llanto, con tanto encanto oceánico que parece una gran joya marina, lo preciso definitivo para hacer sola una rosa con un vientre de madre soviética, florida en tus cantos enormes de gran señora popular gloriosa y desventurada... contra el oleaje de los ataúdes y los panteones.

Desatentado, extravié las grandes llaves y naufragó el objeto de las cosas; mutilado y desgarrado como un espantajo con llanto macabro en su multitud, Winétt, allá estoy contigo, contigo en los fríos abismos desesperados de la nada, contigo y sin tí, solo, mientras mi sombra enluta el mundo; vivo como vivo, sujetándome la vida maldita y mi desprecio es tan enorme como mi congoja; creía que había llorado y mentía, sólo ahora lloro y me desgarró a puñaladas el cerebro con el cuchillo a cuya lámina mortal convergen lenguas de piedras derretidas por el dolor del hombre; el chascal roedor de la retórica plantea la conspiración del silencio con la difamación entre los dientes; grandes perros verdes, escarbadores de sepulcros heroicos, violan las tumbas vecinas y echan gran baba pagada sobre nosotros, haciendo del dinero el comercio vil de los calumniadores pagados; el gran hocico de trompeta engulle alcohol y mea renglones hechos con sesos de idiota; como soy un herido irremediable, el amigo con complejo de bandido se da la alegría asesina de compadecerme y como él quiere matarme con tu recuerdo, me arroja la flor de tu nombre encima del corazón tremendamente; es el ladrido del destino, Winétt, contra la sombra y su imagen...

Cuando la noche estalla inmensamente encima del hambre y la hora azota con su garrotazo de tinieblas el pabellón sudado y ensangrentado de horror, alumbrá tu figura la más remota antigüedad, la memoria total cruza sonando el espanto del ser humano, como un gran ejército vencedor el campo de batalla, y el paso de parada de los dioses se escucha sobre la tierra; sólo lo heroico de lo humano ciñe tu nombre y tus grandes palabras rojas resumen, solas, todo el tono de la época, como oposición a la época

ca; emerge la madre, entonces, sobrepujando los escombros de la sociedad, y tú que moriste linda y fina entre los años usados y el terror, en la estatua de la mujer heroica, que domina la inmortalidad, tienes la mirada de diamante de los líderes multitudinarios; cantan las masas tus cantos sociales y tu canción popular y difícil; tu "Lider" alumbró en "Cantoral" los pueblos hambrientos y horrorizados, como un toro de sol, y "Oniromancia" asume el carácter insobornable de lo definitivo, gestando las formas épicas de "El Valle Pierde su Atmósfera", en el cual gravita la poesía social-realista y la organización general del materialismo, por dar el fondo las premisas de la forma, como el futuro del héroe hiende el vientre maternal coronándolo de popularidad y clarines negros; adentro de los cimientos del ser no estás sola, estás toda con todo lo glorioso y somos nosotros solos los únicos solos más solos del extranjero; y si cuando el pájaro de los atardeceres y el gran crepúsculo lanza el agua terrible de su canto sobre la nuestra tristeza, lloremos, consuela al desertor despavorido el acrisolado ademán popular con que te levantas del sepulcro, gran poeta de las muchedumbres... ..

Estalla mi cabeza como el rescoldo de una gran hoguera o como la antigua bala, y sufro porque tengo que cantarte en el lenguaje en que hallan la palabra el impostor y el mistificador de la multitud; hijos del pueblo, tronchados, explotados, ensangrentados como el pueblo, en todas las edades y las ciudades de la tierra, desde la edad patriarcal del esclavo, al esclavo de la burguesía industrial-imperialista, hambrientos y sedientos como el pueblo, mi canto es el canto del pueblo, como tu canto es el canto del pueblo, por los siglos de los siglos de los siglos de los siglos de los siglos, y ahí, Luisita mía querida, ahí en aquel enorme carromato de corazones desgarrados, la muerte inmortal nos amarra a la inmortalidad universal de la ciudadanía; se vendrán abajo las catedrales y las sociedades, caerán los verdugos y los sepulcros, las épocas rodarán como la última parra del viñedo, y el ventarrón del huracán ha de calcinar el polvo de los mitos caídos como la ceniza de grandes volcanes al sol remoto; en el gemir y en el crujiir de dientes se han de ir rodando por el gran despeñadero las grandes banderas de la clase burguesa, pero tú nunca pasarás, porque no muere lo heroico, y como yo destino a ti mi lenguaje impuro y ensangrentado como un peleador callejero, rencoroso, vengativo y sin retórica, sacado del espanto colosal de lo cotidiano despedazado, la popularidad póstuma del genio ya está cantada; y aunque soy el fantasma de un fantasma, mi bagaje de sangre chorrea el universo eternizándote.

Resuena tu carro de fuego, de montaña en montaña, en "lo absoluto"; por la boca abierta del sepulcro hacia la entrada triunfal al alto y ancho dictamen de los mitos y cuando la cabecita idolatrada incluía su blancura azul en el vórtice ardido y tremendo de la materia, un gran pájaro popular echaba su canto encima de la faz multitudinaria; te defienden los pueblos y yo del olvido descomunal en que se sumerge terrible y sublime el canto del genio del pueblo hasta que el pueblo le redime; y a la alcancía literaria corrompida y feroz, que socava las superestructuras como un ratón colosal

y negro, la contenta la boca abierta del lacayo, pues, en el instante de marcharte hacia la nada colmada de sol, la tormenta mundial del silencio desencadenaba la negación de los conspiradores con vacíos de conciencia por inercia y vagabundaje; como nunca a ninguna mujer la golpeó la injusticia definitiva de la naturaleza tanto y como a tí, ser líder-héroe de mártires entre mártires, y arrojar llamas siendo agua fué tu destino de crucifijo nuclear construído por la clase obrera asesinada; por eso recuerdo tu actitud única sobre la tierra quemada de horror, porque la gran materia remota lanzaba espanto desde tu figura de jardinería y estrella y tu sepúlcro grita de igual a igual a la Gran Muralla China, Campo-Santo del gran capitán cazador militar y caudillo o a los hombres-leones-dioses del Imperio del Demonio de las especias, y el alfange y la Media-Luna, sobre el verde, porque tres héroes juntos no alcanzan la dimensión de un gran poeta; y el canto del grano de pimienta subsoñado por Marco Polo incendiando el Medioevo con la Venecia renacentista del siglo XIII, el grito del Arbol de la Canela oído por Francisco de Orellana o el vino de lirios de fuego del Monje de Brabante, el tal Vampiro-Obispo, balan a la sombra inmensa de tu estilo; porque todo lo heroico de la leyenda oceánico-terrenal te pertenece y Toscanelli es tan inherente a tí como al Gran Almirante, que incluye en las cartas náuticas el sueño del mundo, desde Tubal-Cain, que forjaba las espadas enarboladas en la batalla social de los siglos y la gran cuchilla, hasta Galvarino, que cruza gritando, con los brazos cortados, la historia de la esclavitud, o el crepúsculo-lluvioso-dramático de Francois Villón, a la caída de todas las hojas de la flor de los aventureros entre catafalcos de ahorcados; soñabas la novela universal como el personaje formidable de todos los suicidios de adolescentes y eras la señorita colosal de las provincias, la gran amante que padece amor amor amor, por lo cual resuenas en los sepulcros lacrimatorios, desde la virgen azteca del Conquistador a la gran burguesa-proletaria que parte su base "como un redoble de tambores enlutados"; ondulan las banderas ensangrentadas del romanticismo, al pronunciar tu nombre y se levantan los fantasmas de las enamoradas llorando: Julieta, Virginia, Ofelia, Carlota, Roxana, Isolda, Maria, Margarita, Beatriz, Galesvinta, Ligeia, Brunequilda, Laura, Solveig y Malinzin, pero tú conduces hacia la Hoz y el Martillo el gran rebaño azul y entregas la Bandera Roja de Dolores a los sollozadores que devienen pueblo insurgente, pueblo inmortal, pueblo imponente, revolucionario-sublimado en tus figuras universales de la rebelión de todos los pueblos, multitud-muchedumbre, gran masa humana, encadenada, amarga de mujeres crepusculares, que asoman a la roja aurora, y las amantes-madres-errantes dan el pecho al hijo del pueblo en tu estilo de granito rojo, hecho con pétalos de océano; porque los instintos encadenados se organizaron en tu vocabulario y tu voz emergió en las edades del estupor, mojada de auroras, y palancas en rebelión...

Cuando la sociedad enferma se suicidó en tí, juraba a la espalda el

gran poema y su huracán, brillaba la cuchilla del destino y el antiguo herido mar como nos desgarró el corazón, lloraba; caídos definitivamente perdidos, estábamos yo y mi soledad rugiendo en el enorme y terrible naufragio; iba la gran tragedia como un perro sarnoso de lado a lado de la habitación; tú gemías adentro del espanto de un remolino colosal a cuya inmensa atracción oscura de maelstrom nos arrastraba e iba tragando el pasado del mundo, mientras la hiena mugrienta, sobrepiojenta de la enfermedad aullaba; y un ratón funeral, del tamaño de Dios rajaba su ataúd y danzaba completamente desnudo; en el aluvión del lecho de fuego de hierro, solita y atardecida por la tormenta huracanada, debajo del invierno letal, corroído de infinito, tú, luchando contra el calvario, caías en las tinieblas desordenadas, seguida eternamente por mí como de un añejo esclavo sangriento... ..

Cien noches enormes a tus pies escarbé el terror y peleé con lo desconocido, patada a patada, hasta desbarrancarme en una gran basura de estupor tembloroso, guiñapiento, destruido, extranjero, varón de dolor y hombría retorciéndome frente a frente a la imposibilidad de defenderte, Luisa Anabalón, y me derrumbé contigo en la eternidad asesina; velando tu sueño divino, que acuné de adolescente en mi velludo pecho de conjuro, humildísimo, me estuve helado, arrodillado a la orilla de tu resplandor despavorido, contra el cual se desencadenaban todas las leonas del universo; comiéndome las entrañas, royéndome, como alacrán desesperado, no es únicamente que sufriera, nó, sino que representaba el sufrimiento del sufrimiento, porque no he sentido aullar un minuto desde el entonces, el galope en desplome del caballo del pasado y estoy bañado de espanto, cargado de espanto, llagado de espanto y desesperación, como lo estoy gritando ahí, ahora, aquí y lo estoy adentro del mismo invierno del que no saldrán nunca jamás estos viejos huesos de acero que le aguardan en el enorme umbral de los siglos, hasta y hacia la gran apoteosis.

Y desde la sangre inmensa que grita como una trompeta o como un castillo funeral en el vientre rugiente de la noche, negando la desintegración, desarrollando la misma faena, retorno al servicio conyugal y soy tu amante por encima de los sepulcros, mi hijita.

¿Por qué el dios —perro— furioso no le degolló el corazón al traidor a su pueblo, al alcahuete, al policía, al demagogo general del mundo, al impostor-títere, y te atacó a tí, la más pequeña, la más cristalina, la más maravillosa y colosal de las criaturas?; herido, pateado, empuño como un fusil el ramo de claveles para tu sepulcro y me arrojé de cabeza a lo irremediable, frío y duro como un pirata al abordaje, y un miserable rol de compasión me queda mirando; quisiera la caballería a la vanguardia de mi carácter, o el azote universal de los conquistadores, y poder dirigir la venganza en algún sentido y la cuchilla enterrársela a la injusticia asesina, como a una roñosa furia, en la cual le cortara la lengua al mundo, porque espero vengar tu martirio y deshacer a puntapiés la ley cósmica derrumbándome; todo lo lejano está contigo, y, sin embargo, tú, andando entre nosotros, eres el pabellón de tormento de esta gran pelea con la naturaleza; porque

tu nombre, como todas las formas grandiosas, es ya un parronal inmenso con fuego adentro, una gran bodega de vinos en donde están sentadas las tinajas encima de la ferretería colosal de los orígenes y las maestranzas ardiendo desgarradas en el corazón de la tierra o la fábrica de los ríos en la que las cascadas desahoradas dan relinchos de potrillos en libertad o rugidos de leonas paridas, y tu ataúd brama en la opinión pública; desde tu hijo mayor a la pequeña nieta, tus grandes y fuertes ojos de oro oscuro, lanzan la mirada inmortal sobre las últimas grutas, y tu dulzura es beligerante como la predicación del Crucificado; entonces, insurgente e inefable, está de acuerdo tu recuerdo con tu poesía, y das la tónica general a los de Rokha, con tu mandato irredargüible que emerge desde la muerte, como aquella voz de rebelión que se levanta desde adentro de los milenios y los huesos sangrientos de los asesinados por los verdugos de los dioses o de los hombres; eternamente un gran féretro de llamas, marcando su tranco de caballos negros, resuena en mi aniquilamiento paso a paso a paso a paso a paso, y tú brillas adentro, relampagueando, como la agitadora del mar público...

La cúpula roja de un atardecer eterno te protege y la ancha oda sacra de la multitud-centinela.

No es montañés tu nombre ahora, es montañoso-libertatorio y profundo; resuena en los abismos y en los desfiladeros, en la mañosa soledad nevada, en la cual derrama la luna su champaña azul y en los picachos que rugen como tigres; el grito del trueno refleja la elocuencia popular que te confiere rango; en aquel emerger matinal-secular de antaño, cuando gemía la minería menor debajo del caballo imperial del capitalismo o el canibal inglés mascaba a tajadas la patria, y tú eras la niña bonita de la Plaza del Brasil y de Yungay, no comprendió nadie tu destino de pólvora y el por qué iba un día a gritar encima del techo del mundo; tu voz de rol de sol partido como un roqueño feudal por el tajo del rayo; abeja del Peloponeso, biznieta del olivo, del almendro y la vid dionysíaca de Heráclito-Demócrito y la miel del Himeto, leyenda de los nórdicos de Erico el Rojo, al cromo del edelweiss, la pompa póstuma dá la medida de tu ser de metales premonitorios; el zafiro del África rugiendo en tí, adentro del infierno del comercio negrero, arrastra la llaga arcaica del esclavo y grita, luchando en los palacios deshabitados del régimen, en el cual las copas vacías de la especulación tienen la cara marchita de las corolas artificiales y el horror funeral de las minutas de compra-venta; gravita tu imaginación continental con hambrientos adentro, encima de la burguesía, y estalla su cargamento de elocuencia celeste; son dolores de madre popular grande, acumulados tras su expresión, los que revientan tu actitud asombrosamente morena, como bandera de naufrago, y tu canto es el canto de las mujeres del pueblo sumado y aumentado desde el origen, con intención piramidal de estatua.

Como un animal con las vértebras despedazadas, al cual le pegaron un balazo en el corazón y está viviendo de la gran herida precisamente, alimentado con espanto y cuajadas de dolor, te rugiré irremediamente,

perdido el sonido de lo humano; pero, por adentro, no sólo la lágrima, como una gran gotera de panteón, golpeará su condición de eternidad contra las tinieblas, no, las caídas definitivas gritarán su derrumbe general de murallas y substancias y crujirán los maderámenes del mundo como barco en océanos enloquecidos; se derrumbó el puente de acero entre mi expresión y yo, y apenas las cenizas como cantinas enlutadas, se parecen a esa estrella negra a la cual fusiló el destino.

Asocio tu martirio a la pobreza hospitalaria, en donde se pudre, como una antigua fruta social, la miseria, la vergüenza, la tristeza de Chile, acumulada como un gran crepúsculo de arrabal en los mataderos clandestinos, que son piojo del lomo del piojo, y de donde emergen enfermeras que parecen avecillas del océano y avecillas del océano que parecen enfermeras de explotación, a la orilla del médico-héroe, del médico-víctima del Estado ladrón, en una dual tragedia de ofensas al trabajador intelectual engendrador de salud pública; pero no olvido a la vaca-sátrapa en relación de máquina-chivo-sátira y trotaconventos que le faltaba el respeto al misterio de los oscuros pulsos acongojados; y contigo estoy sufriendo definitivamente en el enorme barco-funeral del hospital, acorralado por la inflación, la especulación y el hambre tronante, mordido de espanto y agonizantes, trabajo y agonizantes, cansancio y agonizantes, bajo el mando colonial de la religión y la cocinería, mirando tu delicadeza de capullo fusilada por la espalda y tratando de silenciar al malvado animal que se revuelca entre el guano y el salto de los caballos, enmascarado en los Pensionados; el establecimiento informe y horrible parecía un tarro de llantos medio a medio del ruin Agosto y la tierra temblaba como una gran callampa o un verdugo; gemías así tendida entre el cielo y el mundo, y tu belleza irreparable echaba un resplandor de cataclismo, encima del fracaso definitivamente macabro del edificio sobre el cual crujían los carros borrachos de Atila y sus grandes bárbaros, y arañaban la desdentada oscuridad los gatos lúbricos; tus miradas irreparables me hacían la gran pregunta y yo me mordía las arterias como un chacal loco en los subsuelos de la noche; goteaban las infamias de lo desconocido su lenta gotera muerta y un frío ardiente, corvo y flagrante como la angustia subterránea que no se va a acabar jamás, en millones de millones de edades, me corría como un lagarto por la espina dorsal, arañándome con su puñal mellado de asesino del infinito; todos los ensueños y los padecimientos del alto y ancho trabajar, la vida sufrida en la creación y la crianza, y el deseo del cerebro de expresar la realidad por intermedio del no-consciente, gritaban sobre nosotros; y mi amor colosal echado a tus pies, era un perro sin fortuna y un soldado al cual quebraron la espada en la batalla contra las tinieblas los corsarios aventureros o un antiguo y querido muerto que resucitara de repente, porque yo sabía que no podía ser tu dios en ese instante; hundidos en la sangrienta sombra general del universo, naufragábamos para siempre nunca; yo iría después de haber mordido el horror como un lobo hambriento, a arañar tu sepulcro, impotente e imponente, saliendo de adentro del derrumbamiento y la desintegración crepuscular de la

República, con su pingajo de Inmortalidad cuajado de carajos-chunchos en toda su forma incomparable.

Truena la trompeta del Funeral Popular de los caudillos y grandes caballos de negrura, tremendamente enlutan la multitud acongojada, cuyas inmensas olas de mar-océano te invaden; el retrato del antepasado mayorazgo acaso ahorcado o baleado por los soldados, que alumbraba como un sol caído el atardecer pomposo del catre de bronce salvado del crédito prendario de los venidos a menos, en cuales moblajes de remate la última silla de Viena que existe en la historia contemporánea es una pobre luna de alquiler, el retrato del antepasado común, el retrato del antepasado crepuscular y granpatronal de aldea o villorrio ensombrecido, es el estandarte formidable de la victoria sobre la naturaleza y sus ejércitos; y el cuartito inmortal en el que escribía la poetisa adolescente, acorralada por el complejo de inferioridad y resentimiento del parientón de similar que poseen la mayoría de las señoritas hermosísimas, es la nueva estrella de la Enciclopedia.

Llagada por el sueño de la propia belleza, fluía tu caída voz de flor de *"Lo que me dijo el silencio"*, encima de la ferretería polvorosa del animal talquino que andaba trayendo yo adentro y *"Juana Inés de la Cruz"* era una ilustre uva de la montaña que habla, entre mis brazos tronantes de colosal provinciano incendiado sobrehumano, por el dolor que la sociedad desgarrada me derramaba en las entrañas patibulariamente, como si yo fuera un abismo para vaciar penas; relaciones de herrumbre, por sub-explotación y sub-oxidación definitiva, enmohecidos como candados de viuda o llaves de bagaje de ultramar, frenaron los altos caballos de la leyenda e hicimos cruzar la comuna rural; grandiosamente, agua al ala del chambergo tú bebiste con cielo adentro y tu risa de imperio, democrática, se había lanzado estero abajo estremeciendo con estruendo de cristalerías las calandrias licanteninas, nerviosas como señoras plutocráticas o faisanes negros, porque la pareja nupcial que protagonizábamos tenía la antigua heroicidad del romance y tú eras la doncella de oro raptada por el héroe descomunal a la crepuscular penumbra, o nosotros, desde la personalidad trágica, dionysíaca y el gran coro popular, al universo lo contemplábamos de alto-abajo, como un baúl de naufragos; vestidos de jacinto y cuero de potro negro, ascendíamos a la colina en la cual el abuelo estaba sentado durmiendo debajo de su barba, adentro, en Patriarca-Jerarca que posee inquilinaje piojoso, con la señora en las rodillas y el gran cementerio de cúpulas a la espalda; acosados de imbecilidad, empuñamos el sable salvaje del amanecer de octubre y su lágrima de lámpara azul, estrangulada, y nos echamos sobre la ansiedad de la Capital, que sudaba como una gran yegua maldita por los antiguos vicios y los negocios escandalosos de los *"Santos-Héroes-Tontos"* del Gobierno y el sudor vecinal, ardiendo; los choclos rotundos y las sandías de Buin, que no comieron los obreros, reían su esplendor de hachazo nacional, y la arcana y rota rosa roja del sueño abría una gran copa de sangre a la mañana en rebelión, embanderada con la tiniebla de tu cabellera; trastabillando en preceptor de escuela, el escritor rojo-anarco enseñaba el ateísmo insurreccional a la fe-

ligresía hambrienta, y tú llorabas como un racimo azul, herida, con los chiquitos despavoridos frente a frente a la miseria que, abierta y tremenda como la flor genital, se los tragaba desde el latifundio patronal-imperialista, con el retrato del Papa entre los dientes y la ley debajo del rabo macabro de sabandija enorme, mientras los asesinos de Chicago están comiendo encima del siglo y sus verdugos; pagando los salarios ensangrentados del patrón al peón, sudaba el esclavo rural que bramaba en mis apariencias y yo te besaba en los amaneceres protervos con que el labriego de Chile, bajo un yugo de buey apuñalado, respondía a la canalla asesina de la primera guerra capitalista o lagrimeaba contigo el poroto triste de la polvosa felicidad sin dinero; caímos al Santiago crepuscular del diecisiete, juntitos por la soledad literaria de la poesía social que, callados, nos desganchábamos, tú y yo, como otoños de encina, porque la juventud ama y crea con llanto jurando, y haciendo el invierno y su gran muralla contra la sonora horda retórico-política, nos tallamos acumulados, fuertes como grandes sacos de trigo en la miseria organizada, a cuya orilla el Diploma irremediable ladraba con su ruin hocico y el infeliz chocaba con nosotros, como el marchito zinc herido en las casas vacías o el terror contra el motor del avión que se desangra con las alas plegadas, Winétt, mi dulce violeta; poetastros de catafalco nos acosaron abandonándonos en nuestro sublime de extramuro, y nunca la vida humana vió un corazón de doble lenguaje contradictorio y único, como el nuestro, porque la gran aurora de "Los de Rokha", se iba preñando; el épico pantalón de eslabón despavorido y el pequeño de mujer zapato que tú gastabas como se deshoja la corola, echando un resplandor de heroicidad llegaron al poema arando de coraje, por haberle hallado a la máquina la poesía de la golondrina y el primero de los hijos trae un águila de oro en el vocabulario, desde la cuya garganta nace un inédito océano polémico de canciones originadas piramidalmente, ensimismadas en la gran maternal laguna, en actitud de lanzamiento al infinito; entre usureros-propietarios-agencieros-literatos de degeneración y molusco, nos acongojábamos en condición de aves mayores contra la miseria, la profetización y la mistificación de los Mesías castrados como caballos de la policía, y, desgarrándole la pesadilla a la gran máquina, entre dineros con bello tremendo y fracasos surgen gritando "Los Gemidos"; si Concepción nos sepultó debajo de enormes mantas de agua, fragantes a mariscos, a bahías, a inviernos de huracán-arrayán o peumos húmedos, y a vihuela con chuchoca del cuyo pantano bello nosotros nos extraeríamos, tú "Lolot" y yo "Cosmogonia", como quienes se sacasen sangre del alma, Valparaiso nos abrazó llorando en las pescaderías del "Membrillo", y cantaron tus geranios al arrabal porteño ardiendo pañuelos de madrugada, desde la casa pequeña y celestial como el pájaro de los archipiélagos de las quebradas huracanadas del junio-julio ultramarino, por adentro de la inmensa lluvia mojada como el poncho de un soldado, y los dos nos hundimos en el mar arcaico y portuario de la metrópoli catastrófica, en la cual gravitan las casas colgadas de los hombres-peces-húmedos del vecindario completamente yodurado y borracho de mar

y vino caliente, y salimos, con "U", "Satanás", "Suramérica" y "Formas del Sueño", a empuñar el sol de la literatura desde adentro del infierno con los cuatro chiquillos a la deriva, en un lanchón colosal, hecho de ecos con viento tremendo y sin marinería; por debajo, en los subterráneos, vil como el que saltea a un difunto, la calumnia, la difamación, la mentira, el rumor demencial, arrastrándose con tenebroso arrastramiento de culebras, y el silencio, crepuscularmente compuesto de odios, conspiración, polvo y murallas caídas sobre batallas perdidas, montaban la máquina desaforada con las manos manchadas de arterias de lady Macbeth y su triada de brujas de ceniza y el vientre pujante y copioso de John Tartufo, gran Caifás de los degenerados, la cual ladraba como una enorme perra de panteón contra nosotros; saliendo del tormento social, el canto traía la figura acumulada de los héroes, y el deslumbrón de los trabajadores y su estilo experimental nacía, porque sudaba y lloraba, como un ser humano, que, bramando, discutía, planteaba, intuía en imágenes todo el problema desesperado, pero, del feto colosal sacando lo errado, lo desordenado, lo inconcluso de la materia inorgánica, como belleza, en relación con lo definitivo universal, no con los batracios envenenados de la demagogia-literatura-alcantarilla, de la cual fluían balas de envidia contra los anarquistas-terroristas del espíritu, que erraban de provincia en provincia, en asombroso comercio de libros y cuadros, añejo, montañoso de hilachas de heroicidad, quemadas, como empresas de horror, en las cábalas subterráneas del estilo, por el gran escándalo caballar que engendra la presencia de lo inaudito entre los hombres, multiplicándose en el instante inconsolable del nacimiento de un artista; aquella gran dentellada del complejo de inferioridad del astuto y feroz eunuco, el rencor criminal del tenebroso hermafrodita y el piojo del tonto del lacayo de la literatura, pintado de payaso de carnestolendas de negrero, lo pateó "Cantoral", que traía dos muertos adentro de un ataúd de rubíes, estalló y relumbró en las arboladuras oceánico-mediterráneas "Ecuación", "Escritura de Raimundo Contreras", "Jesucristo", y tu épico "Lenin" enarboló, por mano ardiendo de mujer, la Bandera Roja en la poesía americana, rajando en dos el calendario literario, como la espada de Nabucodonosor alzada medio a medio del desierto, porque nunca en todas las épocas del mundo, desde Safo de Lesbos, a Teresa, a Juana Inés, a Delmira, a Emily Brönte, o a la segunda Juana, llegaría la epopeya femenina a golpear con su martillo lo infinito; pataleaba la literatura a nuestra orilla dando grandes saltos de orangután caponizado, y nuestro lenguaje establecía el bramido del balazo de Balmaceda en el corazón del ambiente alzándose en pirámides simultáneas, medio a medio del pueblo hambriento, en batallones de rebelión, formidable e insurgente, tú, despedazándote en hijos y libros de eternidad que te comían la belleza, cargados como atados de pasión, yo, entre insultos verdes y dentelladas de batracio, como haciendo pan a patadas, desde adentro de la sangre y la muerte forjando el andrajo inmortal del poema, todo esplendorosamente rojo, porque ya el materialismo nos daba la gran barreta de acero para abrir el

surco del mundo, y "*Gran Temperatura*" hendía con la quilla ardida de herejía, el oleaje de un gran océano patético en donde erraban cabezas cortadas de escualos inquisidores, culebras con figura de asesino, grandes chacales padres que tenían hijos del sodomita del vecindario y escorpiones alcohólicos, ladrones y calumniadores como un esteta del oportunismo alquilado como gallipavo, todos-hechos-lodos-sangrientos-tremendos en el vértice de la agonia capitalista; aldeas de invierno con callejones de hoteles y ferrocarriles de herrumbre, conjurosos, apolillados, tenebrosos, arrastraron al desgarrado héroe, al cual consideraron los degenerados y los lacayos un vendedor de mercancías y maquinarias terrestres, y tú, solita, entre los grandes escualos de Sodoma-Gomorra, la gran cazuela y el vino de los retornos, (que ya nunca jamás beberé igual! . . .), aderezabas en el hogar lluvioso de nosotros los intelectuales; como eras tan pequeña, tan muñeca, tan morena y tan popular y ultrasensible, el barriobajo espantosamente perforado de terribles pequeño-burgueses, que parían y agonizaban en jergones hediondos, con su hediondo dinero y su hediondo concepto de la propiedad privada en las mandibulas, el sucio vecino Pedro, el sucio vecino Juan, el sucio vecino Diego y la Pedra y la Juana y la Diega, clavadas de tos y de religión cropolálica, te veían y decían: "¡gente tan pobre, tan gente y tan difícil!", con lo cual daban integrada la gran soledad que resplandecía en la nuestra guitarra; pero estaba a espaldas la militancia y llegaban oscuros y fuertes minutos de sangre por el pueblo y la mente obrera porque, en ese instante de edades, la doctrina justa del comunismo, ya echaba su flor adentro del padecimiento definitivamente; balaron los paisanos enmascarados "*Cinco Cantos Rojos*", enfermedades y congojas-llantos nos echaron encima del poema y la caída definitiva del régimen aullaba su retrato y su vocabulario en nuestro lenguaje insurgentemente quemante, por oposición a la putrefacción enriquecida, la carroña social nos acorralaba con su invasión de pantanos en acecho y, únicamente nos lamía las heridas, el resplandor de la unidad materialista desde el vértice del Partido, con su actitud de gran espada desenvainada frente a frente a los asesinos; era la época azul de "*La Cisterna*", y la equivocación íntima, expiándola en sangre quemante, yo la había pisoteado, como un caballo un establo por la gran planta nocturna de la libertad, tú traías la salida del sol en las pupilas, y unidos nos defendíamos contra la fiera pálida y su incubo; de entre parrones y tinajas, claveles y gallinas, volcanes y naranjas, tallado en canelo de donde vertientes de lágrimas fluyen, por el gran atardeciendo histórico-político que los circunda de tambores agonizantes, hecho de viento y lengua y hierro simultáneamente, "*Oniromancia*", fijando los acontecimientos, echaba a andar tu lenguaje social, encima del ancho y terrible mundo y "*Morfología del Espanto*" rajaba a puntapiés montañas mano a mano con tu "*Estrofa de Oro*", tus "*Randolph*", y tu "*Agua Sorda*" o el ademán-clásico-inmortal de tu "*Celeste María*", en la cual solloza la novia de un picaflor, y a lo que blindaba "*Multitud*", parada sobre los rebaños agazapados; aunque ya momificada en alcohol de pajarón, mordía la sabandija del onanista echando por debajo ancha, m a c a b r a rabia

de frustrado y andrajos de calumnia, capitaneado por Panurgo, conocido y prestigioso violador de tumbas; pisando una gran hoja caída, que ya no volverá a ocupar el nido del rocío y llevando el día nublado en las palabras volamos sobre mayo nevado, con una campana rota en el corazón, y partimos, al clarear aquella gran madrugada de fusilamientos y estupor, llenos de otoño muerto, apretándonos uno contra otro para neutralizar la soledad infinita del viajero conyugal, sabiendo que nos disparaban por la espalda las carabinas recortadas del Pelele; chorreado de auge clamante, de sudor y de dolor augural, el Continente colonial y su alacrán de llantos, nos reflejó, entre espadas y corazas, el bramido de los aborígenes y su impacto social trizado, la explotación fusilatoria y el salteo de las Materias Santas y tú entregaste al sabotaje el diapasón genial de *"El Valle Pierde su Atmósfera"*; años de años te destiné todo el objeto del camino y sus afanes y anduve con un fusil clavado en el corazón, cuando el llanto te llovía la cara en las tremendas noches de sufriente sublimemente, o gemías en los páramos venezolanos herida y bonita, y mi ternura de varón poeta se hubiera rajado la cabeza en tu servicio, porque representabas la Humanidad explotada, azotada, humillada, porque eras el retrato de lo Bello y de lo Bueno, y porque todas las cosas y la forma de todas las cosas, por la cual se expresan, únicamente llegaban a mí en función popular de ti y yo miraba el universo por el infinito colosal de tu alma, como los koljoses de la U. R. S. S. desde lo alto de los Urales; si nos aterró el hambre gigante que grita desde la gran meseta del Anáhuac al Cabo de Hornos y el látigo de los subterráneos del bergantín negrero nos azotó en el infierno de cemento de Panamá y en el pantano "justicialista" con sus títeres apaleados o en los ensangrentados vestiglos de Bolivia, toda completamente roja de piojos, la patada mundial de Norteamérica nos insultó en las médulas; roída y acometida de ratones, de gigantes descomunales ratones, nutridos en las cloacas de la reacción académica, de ratones conciudadanos del murciélago y el nacifascista, le golpeó el hocico al ganado infernal *"Arenga sobre el Arte"* y desde adentro mi *"Carta Magna de América"*, junto al canto angular en que descubriste el Continente y quien deshojó una gran mirada de azucena sobre los bandidos estupefactos, en el instante en el cual desde sus grandes e ilustres montañas de miel echaban a volar todas las palomas del mundo, o transformó su intención de olivo en la quijada ensangrentada de Caín y azotó al gran Capataz aterrado de especulación, atorado de especulación o castigó al maricón que sembrara de anónimos y grandes escupos las Repúblicas; desintegrándose, chorreado de aceite envenenado, pateado en su dignidad, nos recibió un Chile podrido de mentira y descomposición, en el cual los literatos son empleados públicos y los empleados públicos son literatos, pingajos de marranos o poetastros enmascarados en los partidos políticos, como los piojos en los sobacos de los tontos; humilde y enorme, hacia la caída definitiva del sol suicida o la gaviota en el gran crepúsculo, y yo, maldito y varonil, contigo, medio a medio del país sufriente y crucificado entre tres traidores, a la sombra tremenda y colosal del Reinado de Las Colonias, cuya dual figura levanta su cuerno

gigante encima de la sociedad pisoteada, entre miserable gente feligrés, que establecía su actitud sarnosa a nuestras riberas abandonadas; todo lloraba solo, y el huracán mojado, desesperado pateaba la casa tronchada en la cual tú y yo agonizábamos sin dinero; por abajo, la enfermedad en tinieblas te socavaba las entrañas, cancelándote la deuda sangrienta de haberte despedazado la granada de la maternidad en siete hijos y en nueve nietos; como quien se va a ahogar en un volcán me tendías la pequeña y grandiosa mano; y sólo podía matarme y lanzarme contigo, sin acompañarte en la caída irremediable, en la cual se derrumbaron los antepasados y adentro de la cual un enorme monstruo reptante, atornillaba su gran máquina; roto giraba como en un embudo de tinieblas que rugía desde el origen del hombre; las desgracias acuchillaban tu cara y mi cara con su látigo de guerrero feudal y yo como glorioso ajusticiado, sentía que el sudor me corría por el esqueleto con su horrible llanto de idiota, sentía que sabía que perdía el destino del mundo y que tu muerte épica era la épica muerte universal, y, sin embargo, *vivía y sufría únicamente*, sentía que el bramido de "Dios" roncaba en el horizonte incendiado, aullante, descomunal... y mi cabeza de antiguo león se azotaba en las murallas, acumulando lo pasado en el pétalo de rosa inmóvil que se quejaba humildemente al pie de la naturaleza desencadenada; crugía el lecho que recluía tu agonía, a la manera del mar el crepúsculo; un ventarrón huracanado, tronador, gimiendo desde adentro de la tierra, golpeaba a la Humanidad en la matriz abierta... ..

Me cortaré la voz entre los dientes y gritaré con todo el cuerpo un ladrido tan humano. Si. Tú te hundiste en el gran espanto sola, y yo estoy hablando aún, como un sol quemado que tiene lenguaje en la ceniza. Pero, en donde camine, el revólver me está mirando con su rojo y terrible ojo. Lanza tu nombre un resplandor gigantesco y polvoroso, que deslumbra atterradoramente, saliendo de adentro de tu ataúd con el empuje de un gran vendaval desde el corazón de un lirio. Y un toro-pantera con un puñal en el hocico, escarba la tierra sangrienta, llorando. A la derecha tengo un grito enorme, a la izquierda una gran sombra de suicida que agita la melancolía como una campana rota, y las banderas muertas de un atardecer escarnecido me azotan la cara lluviosa. Angel de sangre. Sobrepujando la ley pasional, tu otra vida suda en nosotros, pues, por tu actitud azul y pálida de gran enamorada, demuestras que tu deber no era tu pasión, sino que tu pasión era tu deber y tu ímpetu.

Llenas de luto están las vías públicas del gran Santiago, y de llanto de cantos de antaño las plazas roídas, orinecidas del copretérito, en las que nuestros besos muertos humean la leña de lamentos del recuerdo, entre las sombras mojadas de todo lo ruinoso y lúgubre. Tu genio levanta un túmulo de amor caído y el oscuro terror gotea un pasado boreal, brumoso de otoño. Tranco a tranco voy cruzando los años botados en la ciudad, besando los pasos andados, despedazados, usados ya, como zapatos de asesinado, y un fantasma se levanta, hondo, por el fondo del corredor del mundo. La sangre chilena y el sudor del dolor de Chile, borran la an-

gustia personal, luchando. Porque tú eres popular y, pueblo del pueblo, la substancia constitutiva de tu ser ilustre tiene un rol político acerbo como las banderas de las asambleas obreras y lanza grandes llamas, desde su orbe público a lo humano. Por cuanto gritando, Winétt, la guitarra del lenguaje se desgarrar, hago con silencio llanto y trompetas. Entonces, crucificado en tí, acumulando, organizando, amontonando hechos y sueños sobre la nada vacía en la nada de la nada, construyo un sepulcro universal medio a medio de los ejércitos de *la Paz*, venido a dormir contigo, fuera del tiempo y del espacio, en la inmortalidad de la materia, y así descanso escalón por escalón sangrando.

Poetisa social, realista, tu estilo sin complejos encontró la relación histórica de la época y es logrado y hermoso como un león; gravita la realidad política, que es la realidad artística, sin expresión, en el corazón de su actitud última, encima del búfalo suicida de "*Las Corporaciones*", y cazas al águila azul de las superestructuras; agarras la verdad estética y la entregas a las multitudes y a las muchedumbres de hoy, como un pan a una muchacha; "el doble lenguaje contradictorio" de la realidad, relampaguea en tu vocabulario y das imagen de mujer opositora a la crisis pública del régimen agonizante en el atardecer de los Imperios Económicos, desde la cual emerges frente a frente a ella con tu grande arte insurgente; y las masas humanas se reflejan en la belleza que creaste.

Perfora la espiral imaginaria el intestino bancario-bursátil y arrancando la caricatura del Ezrael degollado, la cabeza del Minotauro la arroja al resonante oleaje formidable de la literatura universal, sonriendo; entrena la contraposición dialéctica la musculatura de sus jaguares-lirios o sus golondrinas de acero, y la construcción, mordiendo lo real ardiendo, entrega la naturaleza entera en la cadena sin fin de la gran síntesis expresional, como el trigo en las espigas, porque tu sacro canto laico es el espasmo del retrato social de la época, lanzado a la cara de la época; el negro, el rojo, el blanco y el amarillo mortal-ancestral de los arcaicos aborígenes, tocan la trutruca en el galope de caballos de basalto de tu voz insular y el celta épico-mediterráneo-nórdico corona tu figura de pájaro de mar, isleño, con la dignidad larga de lo clásico, volcánico, oceánico del territorio: gran chilena, radiante del Chile exuberante de trigales, con una gran tinaja y una gran sandía y una gran paloma feliz en el estupor que flamea como las banderas de setiembre, saboreadora de las guitarras y las torcazas embanderadas, a ninguna tan internacional acento le maduró en lo íntimo, y nunca amaron "*la patria humana*" de la U. R. S. S. como tú, en madre gigante le amaste, niña del alma, Luisa, la de los hermosos ojos; y, precisamente, el pabellón enlutado de carcajadas de tu temperamento, era el lamento nacional de la República herida por la majestad falsa del impostor, desde la cual caía la fruta sangrienta sobre los patriotas encadenados; nadie en mujeres heroínas enarboló lo heroico en la literatura, lo aclimató y lo organizó con la máquina y la fábrica asesinas de obreros, como tú, pequeña e inmensa novia-abuela, creando un estado histórico-estético que

divide la manzana del mundo y hace hablar grande a las multitudes combatientes, en el socavón de los siglos; acendrada y rigurosa, hacías rugir el mar en tus poemas, el mar antiguo e inaudito, herido e inaudito, y, odiando al yanqui verdugo y su compra-venta de cadáveres, amabas al pueblo florido de hierro de Lincoln; y si la joyería monumental de tu estilo, que, rugiendo como una rosa blanca o la Esfinge, aterrorizaba al imbécil que pide lenguaje de imbécil y arte imbécil en la imbecilidad forjado, como el burro la alfalfa, da contentamiento y belleza de ternero y de viñedo insular a la grandiosa Internacional obrera, en la cual gritará hasta el día de los Trabajadores todo el potencial bello del canto de nuestros tiempos negros; partiendo tu estrella desde la pastoral, avanzas, superando lo fotográfico, o alcanzas la fijación de la relación histórica entre individuo y universo y das a la unidad su impacto en lo sublime, haciendo poesía-terrenal-realista; claro, hondo, justo y difícil, tu estilo es el espejo de tu vivir, adentro de él gravita la soledad convulsionada, camina y suspira el mundo con sus banderas y sus miserias y sus culebras, brama el amor, ladra, encadenado con látigos de médula, a la cual recorre un calofrío de infinito y es lo mismo un pantano que un sacrario, crecen y mueren ciudades y mundos y se derrumban en un crepúsculo inmortal, los viejos ídolos de la tierra; cuando tu gran habla clásica extrae del subterráneo de los esclavos de América, su cacho de llanto oceánico, bandadas de aves australes levantan el vuelo encima del frontón del león español, y nos juntamos en la montaña donde no copula la sabandija; ni María Barkisseg, ni la Iluminada de España, la santa preñada de Jesús, ni la Sand ardida, vivieron y murieron sacando de adentro del pueblo que les rugía adentro, como tú, la belleza ensangrentada, por el pueblo y con el pueblo, porque tu arte fué creado por tu ser social-popular entero, como reflejo y fijación del proceso que va de la espiga al poema; ancha como ala de avión o balandro, un ambiente de acuario en profundidad asumes, y complejidad produces de enorme bosque submarino, en el cual ingravidas las pálidas formas, como cosas de condición originaria, relumbran o como la espada de los pueblos antiguos; construido de material inaudito, tu poema es hermoso como caballo joven o como durazno, y sin embargo, tiene la mirada atroz de los resucitados, el aroma a caoba de los abuelos muertos, la majestad feliz de un suicida entre dos puentes, y lo maravilloso es tan natural en sus costumbres como en tí la genialidad trágica del genio del pueblo, o la bandera roja del proletariado; de la elegía a la epopeya, tu poderoso, doloroso, victorioso camino, tiene la potencia tremenda de una gran parada militar del Ejército Rojo y la dulzura de las amapolas; tu faz de archipiélago dió a la estética de la rebelión un son mediterráneo de meseta de abejas y aunque el dolmen druida está lloviendo finisimamente, a la orilla de las trutucas aborígenes, son puñados de sol en engastes de platino tus grandes poemas organizados en la cadena sin fin de la fila-india, porque tu arte es arte de mujer-artista, mujer-esposa, mujer-poeta y mujer-amante

y maternal en la cocina y en la pobreza en ascensión a las superestructuras heroicas, arte de sangre y de placenta, arte de sudor popular, arte de clase y de historia vital en el cual relampaguea la materia, como la condecoración en los soldados muertos; no son las ideas enmascaradas en imágenes tu canto, ni la realidad vestida de etiqueta como prostituta de terrateniente o como gran señora de la religión, ni siquiera la bandera de un razonamiento, nó, son el lenguaje social de la naturaleza histórica y dramática, y la expresión artística directa de todo lo que está a la espalda de la expresión científica directa y no encontró vocabulario; por eso el pequeño idiota fulero de "La Ración" se suicida de furor y pide afrecho de sencillez y una gran banana en descomposición al sacristan bien vestido de muñeca y de marmita, que anda violando vacas con un cascabel del mar y es el impostor del estómago que parece una gran pelota, y se revienta escribiendo con el amuleto del esqueleto: "qué linda la campiña con pajaritos, yo haría las ciudades en el campo", por lo que su esposa le regala un gorro o una carabina negra, la cual dispara por la culata y dice: "batriacio", como los loros viajeros o los asesinos de los degollados por Thor en las antiguas cosmogonías; tu función de pasión es océano con espanto y tórtola de los viñedos de Curicó, catedral de material precioso con fosos remotos de castillo y balcones de horizonte, ojo de oro de agua en la pampa rajada en el vientre por la ametralladora criminal del Estado y pastoral a cien acordeones, sonando en la eternidad como el paso de los ganados de Job, al avanzar sobre el fantasma de la Mesopotamia leprosa; jamás la vanidad agonística de "el arte por el arte" horadó tu creación, ni el lenguaje prefabricado del Mesias populachero en el arrabal triste de comadres y andrajos, porque tu expresión fué tu condición social sublimándose y no la tesis vestida de abeja, sino el parto continental del canto que compendia, sumando materia sublime, la personalidad artística, política, científica del cantador en un estadio-trágico-humano, sobre hierro o sobre viento, con barro, con oro, con llanto y con fronteras o construyendo el gran túmulo, cama y tumba de los expresadores de imágenes y caballo del espanto; no fotografías el contenido, le das voluntad y lengua, logrando en fondo y forma la unidad insurreccional de la contradicción dialéctica, y cuando los pájaros del sol levantan su canto de lágrimas y la lluvia entona una gran sonata acuchillada por el huracán en la vivienda obrera o las cigarras melancólicas del ocaso acarician la caída del Sur, es la rebelión contra la matanza social quien se expresa: tu diccionario está saturado de antiguos volcanes atómicos, y no es un gran funeral dionysíaco, es un sistema de colinas de musicalidad, de las que emergen pequeños gigantes del siglo con una gran espada de rubies en la mano herida, y un juego con fuego tremendo o una gran fábrica de diamantes ensangrentados en la cual una niña roja les ofrece violetas y fusiles a los obreros, con la inocencia de las églogas y la heroica condición clasista que refleja el bolchevique...

Aquí estoy, Winétt, abanderado de la soledad, en este horrible concubinato de granujas, mirando atropellarse los desaforados comerciantes en

materiales estéticos, y silenciar el huracán de platino que desatas con tus canciones, tú, pabellón del materialismo, resplandor y gran piedra preciosa del pecho del pueblo movilizado; contemplo y desprecio a la humillada cucaracha literaria, ligeramente homosexual, enarcando su espinazo de materia ruin y haciendo el silencio con los dos hembros coquetos de la crítica oficial a la belleza del dilema épico que expresa tu psicología; y sonrío a la criatura ratonil, que escribe celebraciones con su criadero de inferioridad herrumbroso como rifle de cesante o como candado de borracho sin zapatos y nos retorna a la provincia y a las familias de idiotas que nos royeron la adolescencia, nos mordieron y nos hundieron en la soledad pobrísima, cuando tú eras alegre y hermosa y yo valiente, como un toro: herido y degenerado por arriba, el país, chorreado de huevos de versos, se desgarró, y yo me revuelco desangrándome en esta gran orgía desaforada, sólo con el pueblo por escudo; día a día, azotándome contra las montañas, hago mi canto organizando la médula nacional humillada y arrastrada de los cabellos, tremendamente, como una gran espada de fuego, y escupo al lacayo que difama y se esconde entre las polleras del que lo comercia y lo pateó.

Largo y terrible llanto volcó sobre su época el hombre llamado Goethe, en Mariembad, cantando amores deshechos; muy tristes lágrimas lloró Mahoma por Aixa, entre los grandes fantasmas políticos del panteón de la Meca, degollando por los antepasados las cabezas metafísicas en el crepúsculo agonal de su adivinación de gran poeta, de gran sacerdote, de gran profeta y de asesino del infinito; lloro de toro intelectual derramó del corazón el genio de Karl Marx por su hermosa y genial señora de gran Mariscal de Europa; con alcohol envenenado y literatura terrible enjugaba la única lágrima cósmica que poseía la miseria mundial de Edgard Poe y la empeñaba ensangrentado por Virginia, "la pálida luna" de su infierno; luchando contra tiranos, embarrándose en sangres bestiales lloraba Jorge Isaacs a María en la adolescencia de América; se suicidó imperialmente Marcoantonio, a fin de ir a terminar de llorar a Cleopatra en los propios sepulcros de Roma, es decir, medio a medio de toda la historia del universo, entre la crápula invasor-mediterránea, él, como el moco de un planeta en el abismo, amarillo, caído de cabeza contra la sombra de los anchos túmulos; lloró y llamó llorando a Raquel, Isaac, y su llanto inútil de encomendero de Dios y matador de esclavos, inundó la ciudad hitita y levantó la tumba máxima de la Biblia, con el salario patriarcal macabro que la patada del Angel de Jehová le arrimó al esqueleto de Jacob, su primogénito; años de años anduvo llorando Simón Bolívar a la pequeña y dulce esposa de su juventud y espantó con su bramido colosal al Chimborazo, o como llorando a Euridice, descendió Orfeo, hijo de Apolo y Clío y aún de la musa doncella Caliope, a los infiernos y encontró y extravió a la niña mordida de serpiente, entre los grandes fantasmas de la Estigia, de quienes Virgilio dice: "ibant obscuri sub sola nocte per umbras", tallando sus personas irreparables, y como estaba solo y sombrío él, partiendo piedras y puliendo fieras con su música, se lo comieron las Bacantes; sensación de

Imperio caído dió Salomón por Balkis llorándola, por adentro, en el Eclesiastés tremendo; mucho hondo llanto derramó Ruy Díaz de Vivar por la Ximena de sus mocedades, y como llorara el Cid muerto, los viejos de acero y sol araban a espada el corazón de Castilla, sudando, y con rugidos de hombre de Chile, con bramidos y patadas lloró mi padre a mi madre... ..
¿cómo no he de llorarte tremendamente yo, varón herido en las vísceras mismas, caído y deshecho a garrotazos por el destino, en quien todas las injusticias y las amarguras de la tierra hicieron un abismo horrendo y se enterraron, cómo no he de llorarte tremendamente a tí, fina y linda criatura sobre la cual cayeron los cuervos, y el buitre gigante del dolor te mordió el ideal a dentelladas, cómo no he de llorarte tremendamente, por los siglos de los siglos de los siglos, cuando los llantos gritaron sobre nosotros su pena de hienas, y entonces, treinta y cinco edades nos hallaron juntos, hasta que la vieja perra ciega de la naturaleza descargó en asesinar-te todo el horror que debió emplear para degollar cien leones, cómo no he de llorarte tremendamente, ¡oh! resplandor de las Cosmogonías, cuando tu desaparición ha dejado completamente oscuro el pulso del mundo, cómo no he de llorarte tremendamente, Luisita mía querida, adentro del país chileno, desintegrado pisoteado, intimidado por el hambre enorme y el Estado policial, lacayo del Conquistador de Minas y Pozos, con más soledad que nunca, surgiendo del cerebro y rodeándome, empuñando tu nombre pálido como un honor, haciendo del dolor lamento y piedra y con un gran ramalazo de lágrimas azotando a los asesinos, cómo no he de llorarte tremendamente, a cabezazos contra la nada helada de la cual no vas a regresar jamás, ni yo tampoco, cómo no he de llorarte tremendamente para siempre, nunca, siempre nunca, siempre nunca, encadenado a la tierra ajena, poblada de fantasmas que entrechocan sus grandes espadas?.....

Adentro del acerbo alarido industrial de New York, azotándonos contra la miseria de la riqueza expresándose en el lenguaje emocionante del hormigón-armado o en el linchamiento del ciudadano de pigmentación morena, heridos por la fermentación de la trepidación agónica y el jadeo de cemento de los monopolios imperialistas erigidos sobre anchas bases de asesinados mundiales, tú y yo nos arrinconábamos; tenía la caída de la nieve, actitud de ladrón, de falsificador de monedas, de cabrón o de orador eclesiástico al azotar las espaldas del tuberculoso o la grande hambre del cesante; y yo no voy a olvidar jamás cuando en aquel instante en el que, como un caballo ante un abismo, se paralogizó la existencia, me dijiste: "odio esta ciudad hecha de sangre, que parece un matadero, y es una gran caverna de bandidos"...

Escucho un gemido descomunal, como si ladrara el sol cayendo muerto en el océano: *es mi sombra gritando nuestro pasado; y, sin embargo,* estás en verdad con la familia proletaria, presente en pobre almuerzo de sudor, trayendo un proyecto de contentamiento general, inaudito como planeta roto; tu actitud fué chilena y plebeya, porque tú sentías, coincidiendo, la entraña popular materna, en madre gigante; leona de la misericordia,

como mito-pueblo, rugía tu figura dulce y triste a la explotación ensangrentada, y traías un vocabulario secular desde la base humana, el cual lanzabas a la cara de los verdugos, como una copa de champaña a un perro; cuando levanta la rosa su cara de sangre para que el amanecer le enjuge la última lágrima de la noche, tú andas velando, como antaño, la criatura desamparada; y no venías a luchar ceñida de animales armados y furiosos, entre corazas de esclavos y espadas de lacayos preponderantes, respaldados en Yanquilandia, la de feroz mandíbula, pues no era la pelea de mano ajena del impostor-provocador, nó, heroína y poetisa del número, lo épico se apuntalaba en tu debilidad grandiosa y era terrible por contradicción dialéctica; Chile y los rotos chilenos eran la bandera de tu orgullo y tus cantos reflejan la melancolía de acero del arriero, la intuición oceánica del pescador y el cazador del Archipiélago, tremendamente libre como tigre de mar, el sentimiento agrario-crepuscular del campesino; tu niñez insular de navío trae agua en la garganta y un sonido continental marino, de río-ritmo de migración precolombina, añejo y arcaico de índole e inmemorial de contenido, y tu canción de amor gravita a la orilla de los grandes solos mares, hermosa como un balandro latino, balanceándose en las bahías antiguísimas, y a la cual los viejos óxidos patinan la infinita emoción amarilla de la marinería fantasmal de antaño, o en lanchones del Maule enormes y vitivinícolas; entre barcos y puertos de moho violeta, tu condición multitudinaria y lacustre le confiere al gran océano lo humano e ingresa a la posteridad tu "*Callejón de Luciérnagas*", como un pabellón por el portalón de un buque náufrago.

Cuando los gallos finados de "La Cisterna" sacaban a gotear la eternidad entre las últimas brumas de Mayo, y un olor a siglos y a mitos difundían las fogatas circunvecinas, caía la sopaipilla monumental adentro del contentamiento y tú brillabas entre la familia con tu argolla de oro en el alma; eran las épocas ultramarinas del caldillo de mariscos, en la gran edad nacional de los milenios; tu actitud llenaba la casa de orgullo y de naranjas y el mundo de humo y pólvora de sangre, si bramaba adentro de nosotros, forjaba gigantes espadas de combate en nuestros poemas, a los que aullaban afuera las hienas repletas de cadáveres; todo era justo en tí, porque de tí fluía, y el doloroso bienestar literario, tú lo condicionabas; el sol lunado — azul de tu cabeza, iluminando los onomásticos con rosas de plata y violines, fluía la maravilla de la golondrina que naciera de huevo de águilas, Winétt, y todo te giraba en torno.

Indiscutiblemente, viajábamos por lo republicano adentro, andábamos lo subterráneo del origen, pisábamos los subsuelos esotéricos del país, y tú saboreabas la existencia con la dignidad completamente natural de los héroes y la doncella de la leyenda; toda era tuya mi condición de forjador de espadas y guitarras, y cuidaba de tí de la misma manera de quien posee un árbol a cuya inmensa sombra se le criaron los antepasados; resplandecía la valerosísima criatura y la gran intelectual marxista, cuando la sonora enigmática del avión colosal, frente a frente a la catástrofe o al moho

rojo de los ferrocarriles, gritaba sobre la noche preñada de los puertos, entre los muelles roídos de algas y salitre, o abollados por el manotón cotidiano del mar, que idolatrabas con tu gran alma portuaria, condecorada con gritos llovidos de gaviota y buques perdidos; sentiste tu patria hundirse, como una carreta roja en un pantano, y tu veías entre cien toneles un mono; gustando los frutos del país saboreabas la manzana de la tonada, que se deshoja como un árbol y mirabas, con ojos negros, los ojos negros de la novia herida que habita el corazón de las tronchadas arpas; y estabas esperándome solita en la pobreza, tiempos de tiempos, con los hijos pegados a los amaneceres, dichosa por el abrazo frutal del retorno; o cuando íbamos por los pueblos, calumniados, execrados, difamados a la espalda, por los social-rufianes públicos de la literatura, y mordidos por nuestros plagia-rios, escarnecidos en antologías de idiotas-delinquentes, sin editor, con niños llovidos de epidemias en la nación enferma, enfurecidos y enceguecidos por la congoja acumulada, negados por la familia, intrigados del vecindario, manchados por la miseria, acorralados por debajo, saboteados y crucificados por la oligarquía y sus patibularios, precisamente en el instante en que el cocodrilo mas famoso y amarillo disparaba desde la burocracia ensangrentada, pero remunerada, explotando mujeres y homosexuales, coronado de ditirambos y espiroquetas, entre la Quinta Columna de la traición y la organización de la tercera guerra mundial, enmascarado; impertérrita a la infamia, ceñida de convicción materialista, heroica y sin oportunismo superior al éxito corruptor de muchedumbres, te erguías sobre el enorme aldabón del espanto, como sonriendo a las espadas desenvainadas y al patrimonio del mal alevoso y bien pagado; entre la envidia y la mentira o pateando los sicarios envenenados y sus patrones-meretrices saboreábamos el tarrito del bienestar, ni hambrientos, ni bohemios, solos, peleando al contrabando general de "los letrados", con la copa del vino de la sombra en la mano o con un hijo muerto encima del pecho; apoyándonos en la verdad popular, entonábamos la canción de la acción creando-sublimando la peripecia en la epopeya y aún caíamos incendiados, sollozando, aterrados de amor en el romance de las almas humanas, acumuladas sobre la sangre enorme de Chile; criatura de vocación proletaria, nunca juraste falso arrodillándote por orgullo descontrolado o ambición, desesperándote y desaforándote, pues, superior a la tristeza, superior a la miseria, superior a la vergüenza de tener que comer el pan quemado de escarnio del vendedor abandonado, forzoso, encadenado al comercio hecho lloviendo, escribías el sudoroso, espantoso, polvoroso cotidiano con la alegría realista de aquel que posee la última bala en la batalla o encontró su corazón en el desierto; tinajas y vendimiadoras de antaño, los ricos venidos a menos por la Zona-Central adentro en tí traían, o la gran alquimia filológica del minero poliglota, ateo, exégeta, gran soñador de la masonería y el pique sin suerte, y ellos completamente todos por la ilusión forjados, eran la viajera del antepasado herido por el asesinato social del Presidente-héroe en el gran postreterito terrible; algún Urzúa o algún Correa tomador y aventure-

ro, al cual matara el caballo en Palquibudis, atropellando un enigma en su montura, la gran abuela poetisa, que difundía con su presencia de bandera la dignidad humana, acumulando toda la historia social de la nación chilena y levantándose en gigante además de majestad agraria, o los tatarabuelos Sanderson, con pantalón-pollera de Escocia, puliendo y retrotrayendo la perla flúida de tu pequeña y lacustre cabeza genial, el abierto viejo plebeyo patriarcal-patronal, oliendo a tonel añejo, a pajar provincial de rumiantes y a antigüedad de brujo-buho-pulpo con condecoración de carabinas recortadas y puñales, a talabartería y bodega y caballo y chingana, cualquier Señor feudal, fijosdalgo-espada-chin-literato en mercader y usura caído al emigrar a ultramar y quien deviene sangre materna, se levanta en tu organismo literario, y tú cantas aquellos antiguos chilenos, errantes de edades y pueblos con tragos ardiendo; pájaros de madrugada y dulces ovejas, reeditando églogas épicas, crían polluelos de cóndor en el alero de tus calendarios, y das la medida universal de lo heroico en la literatura... ..

Los ladrones y los estafadores del estilo y la gloria comprada con la lengua, los Narcisos enfurecidos y piojosos, y los baciniqueros de la crítica oficialista, muy de grande abdomen en gravidez y una viajada popa de lanchón en las famosas asentaderas, echaron gran candado de escándalo a su hocico e hicieron la confabulación del callante; porque tu arte augural por ser tu arte popular y trágico plantea la más concreta acusación y el más terrible grito de fuego a los payasos; y el impostor-mistificador enfrenta tus poemas y se ve dopado y castrado, demencial y babeantemente premiado, en aquel instante feroz en que su espejo le entrega la caricatura sangrienta del asesino por envenenamiento.

Madre-leona-botella azul, madre de madres, madre en todos los sucesos de la tierra, madre inmortal, madre nacional y democrática, Luisa Anabalón eras; y cuando caíste en el abismo, Winétt, tenías las pupilas llenas de hijos y de adioses de hijos; reproducida, en las nietecitas de diamante, tu infancia se levanta maravillosa y litoral, esclarecida y agreste, amamantando sus muñecas en el pecho del lirio y miel lacustre y un gran imperio maternal emerge del atardecer volcánico-oceánico con un mundo de sueño de humo, creado en la adolescente florida por la cuchilla atroz del genio; y te dibujo sentadita a la orilla de Antofagasta, encima de la mar ardida, ensimismadísima de escuchar el agua en la tonada de las gaviotas-madres de las bandadas blancamente ultramarinas; te estrujó, desgarrándote, la maternidad bíblica y evangélica, con soplos antiguos, eternos, arcaicos en la ternura descomunal como un sable de héroe, y los hijos araron tu belleza, que se les ofreció a la manera de la piel materna de la oveja a los pastores, o el hierro a los herreros...

Fluía amor tu corazón, gemía amor de amor y tenía miedo del día nefasto.

Desde el vórtice huracanado de una gran montaña de rosas, tu alma-violeta, tu alma-zafiro, tu alma-glicina, originaba el dual rugido de las palomas enamoradas, y las fieras traían un panal maduro entre las fauces;

la violencia feroz de la naturaleza, transformándose en tí, sublimándose, como el oro en los crisoles, establecía a la bestia burguesa en un pesebre de errores y en este instante horroroso por gutural, por tenebroso e irremediable de los demagogos de la demagogia, tú hubieras engalanado de un régimen floral mi corazón y no me estrellaría contra la Gran Bestia, con mi caballo de tribunal antiquísimo; tú dabas la batalla pero en paloma, en flor, en poesía de condición inaudita que producía el desacato de lo escandaloso por sublimidad, porque tu pasión era la belleza nueva como lo justo; tempestades de jazmines, tormentas color ciruela o abeja, abismos de jacinto, y, por debajo, la lágrima social del pueblo como antigua cuchilla divina, enarbolada en mítines universales, la espada del "Señor de los Ejércitos", la trompeta de Jericó y el puñal de Alhá reivindicatorio y terrible, saliendo del misterio de las edades, como ensangrentándolo todo con las hachas quemadas del Azteca, macabras y pisoteadas, ¡dolorida criatura misteriosa!, como un soplo de heroicidad en los hogares helados de hogañó; equivocaron los apresurados tu grandeza y te creyeron débil por organización y figura, cuando tu actitud gigante era gigante porque apenas se veía afuera: existía la energía acumulada del átomo en tu ánimo y la trasladó tu intuición al lenguaje universal que creaste, extrayendo del contenido la forma épica de la Humanidad en régimen atroz de parto; tu alegría relampagueante estallaba como el asesinato de una flor y he ahí la razón de tu estilo; buscabas el verbo y lo hallabas desde las bases de tu ser, y la realidad, una y sola, adentro del proceso social, no como la espuma de la historia, sino como su imagen, como la dinámica estética moviendo los hechos con el látigo total de los lirios, como un río de sol hablando; un invierno general a tus espaldas llora, pero, por adentro grita un resplandor gimiendo; joya de sombra, tu vendaval de heliotropos tallaba la caricatura de la burguesía arrojándosela a la faz patibularia, en respuesta a la explotación obrera, y ninguna mujer dijo más fino enigma, como ametralladora y dicterio al verdugo; porque tú fuiste, Winétt, de la misma materia acumulada que perfuma el cántico del pétalo.

Alquimistas de prostíbulo, chantagistas y curanderos-iluminados, Cagliostros de verdulería y aterradas cucarachas literarias vomitan la mentira babeando lugares comunes, estafando y engañando a la población mundial, despavorida; Stalin y Mao-Tsé-Tung dan la línea de oro del Arte Grande, por la victoria de los pueblos; y el pequeño burgués malignamente oportunista, oscuramente disfrazado de alegato y máquina feroz, fabrica la epopeya de hoy, con veneno social rimado y vaciado en la forma arcaica, como un brebaje negro en un antiguo candado vendido; avanzadas y avalanchas de la camarilla demencial requieren el ambiente ultrapotente del oleaje y se encubren por debajo del taumaturgo disfrazado y camoufflados de "ersatzs" enormes; la fábrica de reputaciones se ensancha como garganta de borracho, los asnos sagrados rebuznan su contentamiento y una gran laguna subterránea provee de moluscos de sementales y batracios a

la colonia, en la cual el hermafrodita muestra la pópa rosada del querido del César...

Con eco inmenso y estruendo colosal se agranda la distancia, y adentro caen peñascos y días bramando, encadenados; pero yo acerco tu cariño en la total soledad multitudinaria; y como al animal negro que brama en la quebrada, perdido adentro del invierno desenganchado y funeral, lamiendo las piedras de las tumbas antiguas, (esclavos o verdugos), acepto como objeto de la existencia plantear tu canto enorme e indefectible; entrego tu sepulcro a la multitud y camino entre las gentes, desconocido y despavorido, ancestral, con la angustia encadenada a la cintura; trágicos álamos pálidos yerguen su espada atroz encima del cerebro, y el Otoño pega un grito de espanto que restalla como un balazo en el naufragio general de la época; rifles y sables patean la América que tú y yo tranqueábamos, y la República es un presidio de menesterosos; azotándome contra la tiniebla, mi lamento es el lamento mundial-humano de los ajusticiados, porque no tenían *sino* la razón, y estaban manchados de escarnio, pisoteados, con los brazos quemados por la ingratitud horrenda, solos como toros entre bueyes, o como Rabelais en el siglo XVI, parados sobre las bases públicas; fusilado por desdichado, me presento definitivamente tremendo, como objeto de horror, porque la desgracia es la condición burguesa de la grandeza; una gran araña amedrentada naufraga sobre tu sepulcro, el tiempo resbala, gota a gota, desde el túmulo de Adán hasta la tumba amada y popular, como un escuadrón de los Ejércitos del Cáucaso, en donde resistes todo el peso de la eternidad despedazada, solloza la familia despavorida, y yo me rompo llorando las mandíbulas contra la piedra inmortal que te protege de las furiosas lluvias del mundo.

A la vanguardia de las huracanadas muchedumbres, la gran águila roja que anida en los destinos republicanos, cubrió tu adiós en el abrazo del gran Partido, y se estremeció tu corazón muerto, se estremeció tu ley marxista de gran artista-mujer de los pueblos y los hechos, se estremeció tu voluntad de perdurar en la Historia, cuando yo retorné a la tierra vacía apuntalándome en el coraje de sus líderes; la hoz y el martillo bañaron tu ataúd de fuego y el hierro del amor popular tu memoria; y como nadie nunca me estrechó la mano varonil enarbolando la bandera colosal de tu nombre a tal altura, la garra mellada de la tragedia se enchuecó en mi garganta, por el segundo de un segundo, como cabeza de idiota.

Remonto las viejas panoplias de Israel, cruzando el desierto del Irám-Irak antiquísimo, el pabellón de las tibias cruzadas de Pierre Le Grand incendiándose de huracanes en el Caribe o las lanzas gloriosas y caídas de Morgan a los pies de la señora de Panamá, la antigua; las banderas despedazadas de Waterloo en los pantanos ensangrentados de cañones heridos por el degollador imperial de Córcega; las arboladuras marchitas de la Invencible Armada de Felipe, el Tenebroso, rey piojento y metafísico de la gran España eclesiástica contra el hambre del Caballero de la Triste Figura; el pingajo de la medialuna de Mohamed, cuando huía en la Hégira, perseguido

como un bandolero por los soldados del "Dios" equivocado; el banderón de médulas del comunero castellano a quien capitaneaban don Juan de Padilla y su espada, la bien llamada doña María Pacheco, la cual con la derrota de Villalar en el hígado, bramó por su pueblo y por su hombre, como una gran vaca de oro, entre las piedras egregias y las caballerizas de Toledo; el trazo de llanto esclavo enarbolado, gritando por Tupac-Amaru, mordiendo el cual, entre la sangre y el barro, muriera asesinado; navego por adentro de la humanidad heroica, debajo de sables sociales o irreparables, que se sumergen horriblemente, como un caballo en un pantano, rompiendo los archipiélagos y el gran mar insular, que tanto amaste, y, rodeado de pasado, antepasado ancestral, te escribo el corazón del hombre en los trofeos despedazados de ahora.

Patea el energúmeno de Palacio el dinero de las botellas y envía su anónimo a "Los de Rokha" heridos; andamos con los pasos cambiados y un aislamiento universal nos circunda; tu viaje oscuro nos dejó en tinieblas, o tu luz es tan extraña y tan grandiosa que yo sospecho apenas su origen.

Eres un drama humano, no un dolor familiar, y está la sociedad desgarrándose en tu tragedia; tu martirio da jerarquía a nuestra miseria fatal y entre los buitres asesinos alzan las alas de las lágrimas una gran escolta de cóndores y su lección de honor, que es la categoría de tu grandeza, refleja grandeza en la grandeza, porque el enorme horror no derramó pena de nieblas rastreras, sino la pompa heroica de una gran batalla perdida; te asesinaron los asesinos del pueblo crucificado entre los ladrones del cobre y el pequeño judas chileno del Pacto Militar y de Pisagua; tu muerte fué la paloma rota en treinta y cinco años llenos de amor y de dolor, como un tonel de vino, o la gigantesca alegría desplazada entre mis flaquezas y mis grandezas de varón, y adentro de la cual estabas tú como una naranja en una montaña de fusiles-leones-volcanes, y yo, apretándonos contra la pobreza del oficio de engendrar objetos sublimes, que va a naufragar en la tragedia, capitaneada y organizada, en gran sistema de hogueras rodeándonos, aullándonos, babeándonos, acosándonos, maltratándonos o con el hócico o con el silencio, despedazándote y despedazándome en la gran tribu criada como estatua debajo de la inundación colosal de mi temperamento, a cuya tormenta de adoración llorando, iba tu balandro feliz encadenado; el piojo nacional, hijo del robo, del hambre, del dolo y la especulación, el piojo del Arcángel, tallado con escupos del impostor simoníaco en los guillotinos del Mapocho o en el sepulcro de O'Higgins, vendido y traicionado, el piojo sagrado como un caballo colosal de asfalto, mordía las murallas de "Los de Rokha", enyugado al chacal literario.

Hundido en esta gran miseria que ladra adentro de la órbita tan sòlida de escándalos, condecorada de hampones que escriben *su poema* en las murallas de las letrinas, y demagogos de la mistificación pública, atorándome con la falsificación general de la comida y la creación estética, de la personalidad humana y del vino o del mito histórico, como del soldado del

pueblo usado como flagelador, y del arte tronante del pueblo, definitivamente pueblo, de la nacionalidad chilena pisoteada de rufianes, escarnecida de gestores, del Chile pateado en su dignidad por el invasor de Norteamérica, arrasado y coronado de escupitajos, envenenándome, despedazándome, arrinconándome contra la sombra remota, perdido entre bandidos e idiotas caponizados que empuñan la literatura como una gran cuchara de cadalso, herido por la cuchillada desleal de la naturaleza, criminal como un hombre, animal como un tigre, en todo lo hondo del ser gimiente, transformo mi dolor íntimo en un dolor público para situarlo en lo humano y te levanto desde el espanto y el clamor personal, a la altura de las más altas banderas de lo acérrimo-epónimo-patético.

Enredándome en la desgracia que andaba ya arrastrándose, derrumbándose, enrollándose en el presentimiento, por debajo de la sombra caída y como forrada en antiguos y pelados cueros, traía la medicina de especulación o el ave agreste con bullicio de mercado, pero llovida, herida, perdida como yo mismo; nunca un invierno me azotó el corazón tan horriblemente, nunca tan oscura y tan profunda fué la profunda y la oscura noche velando tu sueño doliente, callado y encarcelado en la orfandad total, bandeado como pájaro baleado, escuchándote plantear las más hermosas cosas de lo horrendo; nunca la tormenta y la miseria me ladraron amenazándome, mordidéndome, acorralándome de tal manera contra lo infinito y lo cotidiano infernal; nunca un hombre entero, valeroso y temerario de índole, se tragó ensangrentadas las lágrimas, como quien se tragase un puñal mordidéndolo y rompiéndolo contra la desesperación; nunca el ser consciente se entendió tan desventurado en el instinto; morías entre el aceite envenenado, la "Ley de Defensa de la Democracia" y el pan podrido, con el país hinchado de callampas, de estafadores públicos, macabras yeguas sagradas, predicadoras de la dignidad y la castidad clásicas y académicas, y frailes ahitos o grandes patriotas cabalgados por norteamericanos borrachos; todo lo grotesco ladraba a la casa a la cual el gran naufragio y el huracán de Jehová amenazaban sobre el vecindario invernal empujado contra su hambre, y el terror se me caía de la cara chocando en las murallas y en las personas como un animal desafortado, cuando dejando llorar sobre mi espanto la violeta aterradora de tu mirada, me decías: "contigo he soñado anoche"; descolgándome del Estado policial a la deriva, administrado por espantajos de traidor, por rufianes aventureros y siúuticos de "Radio y Auto", por cogoteros-tinterillos-cartilleros-sacristanes-almanaques de remate o magros lacayos bursátil-eclésiásticos, nosotros nos hundimos en la tragedia definitiva; poblada de niños con miedo, muriendo, la familia enloquecida adentro del desorden nacional, rimaba la desesperanza con el país rajado, demagogizado, quebrado a patadas por los marranos "democráticos" que gobernaban o conspiraban de la misma manera, contra el pueblo y contra nosotros, aterrados ciudadanos desterrados de todas las patrias, solos como los leprosos, solos entre solos, defendiendo tu heroísmo piramidal, aplacando tu sufrimiento compartiéndolo, en aquella gran caída del sol antiguo, al pie de tu canto ilustre, como un lago o una

gran proeza; la marrana de la inflación alimentada por el Gobierno de los especuladores del Infierno y el Gran Capital invasor, el descontrol de la carestía y la cesantía de la oferta por ocultamiento del mercader premeditador de productos, y la lesión enorme de la función estatal resolviéndose como represión, con la estafa democrática de la agonía de la burguesía en el régimen de la economía colonial, nos estampaba la bofetada de la desgracia; tres o cuatro amigos con su maleta de palabras-fantasmas, iban a dejar caridad literaria y vieja compasión negra en el humo de los cigarros, regocijándose de no estar tan llorosos como nosotros, porque nosotros éramos los últimos desventurados de la vecindad metropolitana, en nuestros árboles caídos lo mismo meaba un perro que un héroe y la culebra amaestrada del cobarde desparramaba su complejo de inferioridad sobre el bosque de mástiles del hundimiento; hasta la última taza de dolor fué volcada y pisoteada, pues era la época del grande, terrible llanto por fracaso; caído, alicaído, como águila macho en el abismo y cargado con el peso amargo de la noche, la mano popular abierta o el abrazo del hermano, uno entre los trece, nos removió en el corazón la vieja confianza en la humanidad tronchada, pero tú y el mundo estaban, como yo, perdidos.

Retorno al funeral de Gengis-Khan, el tártaro, hijo de tártaro, guerrero, fundador del gran Imperio gran-mongol, sangriento entre caballos-soldados-cadalsos, por la pena tremenda de la estepa completamente ajena a "Gog" y a la naturaleza, molo sonoro rojo, galopando; al Laberinto-sepultura de Amenemhait III, de la XIIª Dinastía o al Dédalo de Creta, con el Mediterráneo sonando por debajo; a la inmensa marcha fúnebre de Felipe II, de España, lleno de piojos y de gloria, con todo el oro de las Indias a la espalda de la hambrienta y piadosa Iberia, ladrón-Emperador-matón, asesino y relicario de la santa Iglesia inquisitorial, que degollaba o asaba o ahorcaba herejes, encima de la meseta acuartelada por la patada militar de las esclavos uniformados de Su Gran Majestad Apostólica; al musical-historial lamento de piedra de Artemisa, la IIª Emperatriz de Halicarnaso, a Mausolo, su esposo; a las trágicas catedrales góticas, construidas por los artesanos, los albañiles, los arquitectos de la masonería internacional del Siglo VIII, en la lágrima dionysíaca del sudor popular, sobre la muerte, el hambre, la peste sagrada de la Edad Media, y, enarbolando las banderas y las violetas de toda la historia mundial del amor, te levanto a la gran altiplanicie de las amadas inmortales...

Hacia el gran invierno me acerco como el que van a fusilar por una causa pura: tu memoria; hija de guerreros e intelectuales, odiabas la guerra injusta, criada a la orilla del mar del Norte Grande, como surgiendo de la *nacionalidad de acero, al pie de heroicos pabellones y corazones de mártires-líderes*, traías la novela de las arboladuras del velamen y las inmensas bestias aborígenes, gritando y saltando en el sol quemado de la cabellera estupeña, y el balandro-sepultura del viking Sanderson, con Escocia en el mascarón de proa, entre monturas y caballos de soldados del pueblo; cubrieron

tu ensueño adolescente el Castillo Feudal y las caballerías con la belleza sublimemente plebeya, entre "Señores" y "Burgueses", como protagonista, hazañas de piratas y botánicos o el romanticismo secular de Walter Scott y el patriarca oceánico que engendró "Los Miserables", de la burguesía a la burguesía acusándola; poderosa descendencia pobladora, gigantesca como "las arenas de la mar-océano" del fundador de ciudades, colma la copa floreal de tu ilusión, y tu literatura grandiosamente edificada en la materia social del pueblo cubre el sobrante de imágenes de la apetencia de infinito y de absolutos arcaicos, que gravitan en las entrañas del ser humano, en la sociedad agonizante; a tu espalda no está la nada, sino el río de tu sangre fecunda como la tierra y la voz paternal de abajo; el dolor animal se hace posible, y se resiste su garrotazo tan vertical y espantoso, únicamente porque te hiciste útil a la Humanidad como poetisa y heroína popular incalculable; y vas creciendo como la inmensa puesta del sol de un siglo; viviste y moriste entonces engendrando una epopeya universal con el desgarramiento de la especie en tu persona de Eternidades; ahora vuelan palomas de ti como de un monumento; gran vida pública, lo tuyo íntimo ya avanza hacia la posteridad como la tercera gran marcha de masas, con la rebelión a la vanguardia.

Caerán las frutas maduras sobre tus cenizas, como el polvo del pólen enorme y tu nombre lo alzarán la multitud lo mismo que un trago de vino; todas las murallas te dan sombra y todas las formas, coronas; luz de mar preñado de sol, tu recuerdo trae arreos de vacunos y viñedos, cosechas y vendimias, tinajas y guitarras, violetas y gallinas, y relincha una potranca negra con una gran estrella en la frente, en la montaña del "Dios" caído, sembrada de tus poemas, que son como inmensos surcos.

Te consumió el tema inmundo de una burguesía bruta que procrea y que defeca en "departamentos"-cloacas, y bebe fumando o veneno o milagros, en bailes sexuales de monos con complejos de santidad y en la cual la carrera de la literatura se conquista en la política, la carrera de la política se conquista en la literatura y se fabrica "la poesía" en la garconiere miserable, la repulsión formidable al "personaje" actor-danzarín en el alambre de la popularidad manchada y al Efebo de cocinería, el asco-cansancio de una gran batalla con fantasmas, por la Izquierda, y con snobs desafiados y enfurecidos, como eunuocos que se enamoran, por la Derecha; había una fatiga gris por la moneda falsificada del ambiente, en tu carcajada cotidiana, derramada como una gran tinaja de licor encima de la tierra o como pañuelo de adioses; te cansaste físicamente de un medio idiota, porque habían muerto los tiempos egregios de Luciano o de Leonardo y del hereje inglés, corsario, poeta, querido de Isabel de Inglaterra, a los héroes ladraban los canallas endemoniados por negocio, y ya no eran las yeguas soberbias de los carros del Faraón, ni las mulas judías del Rey, ni el mediodía de la burguesía imperial que emerge en la caballería de Bonaparte, sino el tío imbécil, nuevo-rico y provincial, que se cae del catre, completamente borracho con agua-bendita y con "literatura"; el asesinato celestial organi-

zado en Norteamérica, como un gran carnaval de sangre, la matanza mundial de Corea y Viet-Nam, la rapiña total del imperialismo con su hocico evangélico y su trial máscara, la morralla total y su espectáculo y la organización policial de la compra-venta de traidores, te desgarró el corazón popular despedazándote; era una gran ofensa personal a tí misma, la calumnia a la China Roja y sus mártires, la máquina subterránea o evangélica que han montado contra la U. R. S. S. los buenvecinos espantosamente amarillos de Wall Street y sus cómplices, los héroes de la bragueta bien pagada, el sabotaje a las democracias orientales, ejercido por "cogoteros" y toda aquella cosa de tinieblas y alcantarilla, de espionaje, de cabronaje, de soplónaje horripilante, como manada de reptiles "artistas" o de patibularios, que babea al gran Partido Comunista, acosándolo como acusándolo, con el escupo del insecto a la montaña; toda la tragedia mundial de los pueblos repercutía en tus metáforas, pues la vivías trágicamente y la sufrías, clamando por las madres pateadas o degolladas por el Imperio sacro-fascista del dólar y la "Sagrada" Biblia, y por las embarazadas sublimes; estando tu ser ilustre herido por la explotación encadenada a la cultura, la aflicción social era tu aflicción y la acusación insurgente y formidable de tus poemas, la sacabas de la realidad macabra, como un rojo pez de diamante, desde el vientre de los antiguos océanos, o como un puñado de espanto de adentro de un atado de lágrimas; tu corazón era el corazón del mundo, tu ley, la ley popular, tu sentimiento, el sentimiento y el sufrimiento de las mayorías y la tragedia universal tu ámbito, Winétt de Rokha.

Alimentándonos con detrimento de la personalidad llagada, tú traías los hijos ceñidos al pecho o cargabas los embarazos, enhiesta y humilde en tu orgullo genial de gran Espada del Pueblo, y de mujer de hombre pobre, que batalla con el pobre hombre y cae luchando; y cuando nos encadenaron al éxito en el destierro del inmenso éxodo, no te conmovió el corazón ni la calumnia, ni la aclamación, ni la diatriba: a una patagua solar de Rancagua o Colchagua adentrísimo, debajo de la cual, lloviendo, balarían los chivitos y el pequeño lanar hambriento de todo un mundo, te parecías, y la dulce tórtola de las fronteras acumulaba en tí aquella canción inmensa, que rememoraban los paisanos de Licantén, a la caída del balmacedismo, bajo los látigos de Inglaterra, cuando tu abuelo don Domingo bien llamado "el ateo", estaba preocupado de abrirles el vientre a las piedras de Vallenar con un cuchillo de sombra; unos por brutos, otros por locos o por perversos, no pudieron comprender tu acento de gran gitana conyugal y no vieron el hueso de hierro adentro de la cigarra, sin disminuir la cigarra; porque tu estilo magistral Winétt, tenía más energía potencial que una gran matanza de leones, y era un átomo de sol inmenso como ejemplo, por lo cual quemaba e hipnotizaba la miel embriagadora de tus colmenas y encendiste el formidable incendio continental que levanta su palanca desde mi montura y me desgarró las palabras... ..

Adentro de un arco de llanto, que ningún ser humano ya jamás mirará, yo, borrado, acuchillado, con la lengua quemada por el ancestro del mundo, y el grito inútil, como adentro del pellejo universal, te seguiré llamando: viejo, ruinoso, muerto, sin cabeza, sin corazón, sin pupilas, hundido en lo infinito del infinito, y en el hoyo tremendamente hondo de lo irreparable, que rodea la gran soledad catastrófica con que me va a saludar tu actitud deshecha cuando me acueste, cansado de estar cansado de cansancio, a todo lo largo y lo ancho de tus riberas irremediables, despedazado en la memoria de los siglos, contigo y los hijos y las hijas y los nietos y las nietas y los padres y las madres, y los padres de los padres y las madres de las madres y los padres de los padres de los padres, y las madres de las madres de las madres, te seguiré llamando; caídos los vestiglos y desaparecido, hundido y perdido definitivamente en las tinieblas de la materia que únicamente, álgidamente, hórridamente alumbra cuando engendra, como un eco, un individuo, en aquel instante inmemorable en que no he de ser ni una sombra de una sombra, te seguiré llamando, y te seguiré llamando por los siglos de los siglos de los siglos, desde la eternidad vacía, hacia la eternidad vacía, te seguiré llamando... aprendí a escribir adorante, cantándote, idolatrándote, y hoy lanzo pedazos del mundo hecho pedazos, a tu memoria, tronchado y desde abajo, por adentro de un montón de escombros, entre la sociedad que se derrumba, agonizando, y los pequeños chacales hambrientos, que aúllan en el gran crepúsculo, en el cual todo está roto y no tiene sentido, todo está roto, todo está roto, y por cuyo abismo se levantan las hachas y las horcas, entre las llamas amargas, desafortunadas de las últimas catástrofes, con un gran cinturón de terremotos y de cataclismos; ahora la aurora no volverá a asomar más, y los mundos oscuros, entrechocándose, rodarán, conmigo adentro, a la soledad enfurecida.

Degüello mi lenguaje a tus pies y me arrojé como un toro oscuro y desnudo contra la nada.

Acumulando los sepulcros de los héroes y los mártires de la tierra, desde la gran Asia mosaica al Africa ajusticiada por millones de degolladores de "Dios", desde la Europa de Marx a la América popular a la cual ahogó en alcohol la aristocracia-mercantil-encomendera, y a la gran oceanía cósmica, pantano del pasado, a la orilla mundial de la tumba única de la Plaza Roja y en donde repose el esqueleto de Jesucristo, encima de los océanos y los desiertos de acero, a la sombra de pólvora de los volcanes de Chile, que son el temperamento de la ciudadanía, por debajo de los osarios, por adentro de los milenios y las verdades de oleaje internacional, tu epitafio de universo caído en los siglos, gritará: *"Aquí duerme y crece para siempre la más hermosa flor de los jardines del mundo: WINETT DE ROKHA"*.

III

LAMENTO EN PIEDRA

Como un guiñapo en el cielo del pueblo, tiritita la pulmonía de la última hoja de agosto, en la cual gemirá la primera golondrina chilena, y el país insular es un rostro con barro gritando.

A guitarras pateadas, a naranjas de socavón y hospital, a palancas desgarradas, a costillares negros con lamento, a carretas apuñaladas en el abismo, que están bramando y llorando desde el origen de los orígenes, a madre selvas y a locomotoras y a cabelleras que destripó el destino, a criaturas tan desgarradas como las mujeres coreanas a las que pateó y orinó en el vientre el asesino internacional, revolviéndoles en las entrañas las cuchillas del "pabellón estrellado", a verdades crucificadas vivas o a vacas marcadas en la parición con hierros ardiendo por los perros de fuego de la época que industrializa hasta las lágrimas de los muertos, mamándoles la leche de la suerte con hocico de bandido y de murciélago, se parece mi condición, Winétt, y mi situación que es un carretón de oro que de repente se pone a palpar a gritos y a dar mascadas a las piedras.

Declaman y vomitan fuego los grandes caballos de asfalto, y tus pies como de vino y frutas, escriben en la eternidad toda historia rota del género humano.

Eras la rosa de pólvora roja y profunda, tu poesía fué tu militancia, y dando poemas como el manzano da manzanas, completamente cuajada de mundo, tenías la sociedad uncida a las imágenes, como los potros al cabestro del domador que avanza pisando orujos hinchados aún por la pulpa de la uva sonora como gaviota.

El gran escándalo universal del crepúsculo enfila la marinería occidental en el océano y se suicida de pie conmigo.

Orina a orillas de su intuición la tragedia una gran meada de fuego; se rajarán las montañas a tu espalda y no las oirás, se tronchará el cable de las edades y no lo sentirás, se partirán las entrañas de los *acérrimos mares de sangre, que son panteones de catástrofes*, y no las volverás a ver, porque el olvido, que es más fuerte que la muerte, avanza sobre nosotros, los dos unidos; como una gran águila ensangrentada que cruzara el barro social del mundo, el huracán de tu memoria, Luisita, azota el esqueleto del universo; gotean los anchos tejados el tiempo y el agua, simultá-

neamente, se arrastra la noche violada y mayoritaria con su atado de andrajos negros a la vanguardia y adentro del pulmón racional jadean los lagares y los agonizantes, cuando yo estoy tratando de comprender cómo es posible que exista, y me contemplo así, botado como un sombrero en un desierto, antañoso y congojoso, sin la luz personal de Job en el estercolero; sobre mis hombros la multitud te distingue parada como un fantasma, enarbolada entre las banderas del Sur, y me duele el corazón de amarte; la vida vacía como un cacho de huaso fusilado, suena a miseria y emigra la familia rememorando los soldados de Tamerlan a la caída del héroe amarillo como el infinito; un estatuto de madre selvas trituradas, de nidos con lágrimas de ave huérfana, porque fué la única hija del mar, de patio con naranjos rotos, nos golpea la soledad como la cola de esa bestia negra que no entendió nadie y ando con el ánimo a la rastra del lobo que se dovoró a sí mismo; agarro por el gznate las palabras desenfundadas del lenguaje burgués y te escribo en granito monolíticamente; ya bajarán, mi hijita, los grandes buitres dobles que revolotean por debajo, en los subsuelos de las metáforas, sudando cueros macabros, completamente logrados en cadenas de bisagras, acumulados contra las águilas atrabiliarias, pero tan gigantes, ubicados como cumpleaños literarios y, caballeros de la imbecilidad, echarán la vaciedad de sus ritos terribles, disfrazados de viejas fieras muertas, en el gran sistema de atardeceres de la ciudadanía pánica; adentro del invierno mundial la luna preñada de sapo, ruje enfurecida entre los bohemios y la gran cara famosa; limosneros y limosneras de "Dios", con la trompeta metafísica entre sus paraguas de piojos, se rascan la lepra del corazón con desgarrones de pabellones despedazados y escupen sesos con versos antiguos y dolorida poesía negativa, y caen goteras verdes y gusanos de las techumbres apolilladas del Estado; comidos de vergüenza, colchones y zapatos, monturas y jergones de desesperación, me dan patadas en el alma, y, como un leñador solo en la montaña, agarro a hachazos mi voluntad, mellando el espadón de oro.

Desgarro a sollozos la almohada que levanta llamaradas humanas en lo negro espeso y definitivo y una rata viuda me roe la espina dorsal echando tinieblas y espanto por el hocico.

Chile se muere de hambre como un niño sin leche; la sudada y amarga feligresía se desangra en el carnaval de la traición y como el piojo es el enorme y terrible monstruo nacional que se pasea a caballo en la intimidación, con el dual bozal imperial en las mandíbulas, la República azotada, revolcada, arrastrada de los cabellos como la ramera por los cabrones, es un lodazal ardiendo, en el cual la capitulación, la especulación y el salteo legal levantan una gran tempestad apocalíptica de ladrones-matones-soplones encima de los fusilados por abigeato; la cópula feroz de Satanás y Belcebú procrea un marrano de sotana y mandil y el títere central atado al barranco del abismo, azuza la yunta trizada del bestiarío, con la bandera de la camisa afuera, alimentándolo de tuberculosis y lamentos de fune-

ral, rabioso y vencido como un cobarde perro de hacendado; la carestía escarba las osamentas y en los rumorosos corralones antañeros ya no hay cebas ni caballos, ni tinajas, sino arañas y guñapos y carroñas de inflación, correas de tiempo, y la herramienta, ayer estupenda, por estupor polvoroso bañada; la voz general de los apulmonados resbala en la desolación como un borracho en un pantano y el escupo de Hitler lo incluye Yanquilandia en sus divisas, frente a frente al pantalón del roto que es un pingajo de pabellón tronchado, un aldabón de presidio o un régimen de parches y cocinería de buhonero, criado con "tecito" diminutivo, con escarnio, con humillación, con sarcasmo y puntapiés, y la miseria echa sus hienas al carcamal mundial de la patria, como a un gran arrabal lluvioso; bocas de sombra y pánico humillan el costillar del mineral abandonado en el cual naufraga la República; el alcohol parlamentario al falsificado puchero del hambriento se ayunta y el pan vestido de andrajos solloza en las penitenciarias, como un poroto solo, y muerto como el can de las quintas vacías, ahito de riqueza vil y ajena o como el histrión o el soplón o el bufón alquilado por propietarios de revólver a la cintura; Ex-Homo repujado por las resacas, arrumbado como un animal envenenado con oro podrido, yo esculpo mi desesperación con sangre humana, tratando de encontrar el lenguaje civil de la tragedia.

Lo mismo que el buen jinete al cual, anocheciendo, se le espanta el caballo y lo arroja al abismo, contra las olas, encadenado y amortajado de ignominia, yo me derrumbo encima del lecho, que se parece a una carreta roja, a un ataúd con el velámen desenganchado por el temporal de la nada, a un zapato que grita en la inmortalidad, a una cadena de calaveras y carretas reales, con un cuchillo de piedra en la punta, a una tinaja con asombro, y allí me pongo a escarbar los cementerios a ver si te encuentro y no te encuentro sino adentro de mí, solita, buscándome, llamándome, nombrándome, mientras la última noche me abre sus mandíbulas...

Desde sus bases mojadas, el año, como el trigo crece y julio-agosto hace rugir violetas, llaves sin candado, castañas y majestad encima del único aniversario que existe: tu muerte; va a estallar, como una gran lágrima, la primera flor de durazno y los chercanes o los chincoles, como paraguas que cantaran en la guitarra de las murallas, me arrastran a la infancia de nuestros amores despedazados. Winétt, por el descarrilamiento general, acuchillados y acorralados por el asombroso huracán infinito, como a un animal de matanza; ¿cómo voy solo a aguantar la primavera, cuando el trago de llanto que me estoy tomando me quema el alma con acero ardiendo?; naturalmente el ataque al corazón me aguarda como los racimos de Nazaret a la *horrenda sed hebrea, y los alquimistas crepusculares que después de poseer a los Angeles del Señor, nos hicieron el gran bloqueo de las balas usadas, se van a desnudar gritando cuando bramando el árbol al cual los rayos helados, desencadenados, troncharon, se derrumbe como un toro que arranca con el puñal clavado, con grande estruendo, y azota la cabeza en*

un sepulcro; se derramó tu dolor como oscura sangre, como llagas de fuego, como cenizas o vino furioso, como materia y sol o peñascos, y yo sufriendo hacia adentro, como varón todo hombría y padecimiento, me derrumbé en lágrimas; te lanzaste conmigo entre pilares de ciudades a la sublimidad de los malditos y aquello lo entiendo por arriba del entendimiento, más ahora, cuando el llanto y el pánico central me agrandan la condición acumulada por el cotidiano de hoy y emergen todas las cosas bañadas por el dolor humano o como luchando, ahora, en este instante en el que la melancolía se está pudriendo como papa mala debajo del andrajo, ahora, en el país-basural, apaleado como tinterillo borracho en su actitud de carrerón de vendedor de trofeos de antaño en día lluvioso, con la burla cínica chorreándole por la espalda...

Cuando derraman la carcajada del fanfarrón los pavos de los ricos y los gallos escarban la lejanía nublada de las naciones muertas, la violeta afina la vihuela de señorita de las provincias entre los sarmientos y el ciprés funeral recoge humedad para el verano y se abriga en su gran manta de castilla, magra como chacra de tomador, yo estoy cavando en las tinieblas el hondo pozo rojo en el cual caeré contigo, desnudo y cargado de lágrimas.

Como el lodo podrido, ronca la historia nacional, las sombras lluviosas y acusatorias de los asesinados se levantan y señalan con dedo de muerto de fuego al prevaricador y un demente ebrio de mentira ofrece la redención definitiva del patíbulo; hambrientos y degenerados saturan la República oscura como biografía de roto y el último huevo nacional, huero y sin porvenir, manotea en el gran presidio, alimentos confusos descompuestos por la traición envenenan las hambres públicas, la falsificación general chorrea y se refleja en su literatura en la cual los aficionados tocan grandes arpas de prostíbulo ministerial y el creador de resplandor organizado y royendo el hueso del misterio total, ardiendo, se desgarran la dentadura contra las montañas; la inhibición masculino-femenina bornea las caderas del crepúsculo en las alfombras solas y saquea la miseria democrática entre los siúuticos tuzados como caballos del Estado o como obispos; sin deseos de despedazarme viviéndo como botella al mar, agotamos las últimas balas del alma y nos quedamos esperanzados en que alguien se mate en nosotros, como un rifle que se dispara un tiro en la cabeza, a fin de proclamar lo infernal definitivo y perseguir la Eternidad alucinado y semidesnudo, mordiendo hierro con pelos tremendos, como el incendio del sol o la quijada de un planeta en frensí, cuando Jehová sollozaba adentro del espejo del pellejo de los irracionales; degollando los gatos macabros que pueblan las ruinas, el crepúsculo me ataca como si quisiera echarme al abismo que recorre la bandera general de Chile.

Rugía tu belleza, se lanzaba relampagueando con relámpagos de huracán antiguo contra las sombras en invasión mojada, acometía y retrocedía ante su ímpetu y el resplandor de aquel combate indescriptible nos saturó de estupor la carne deshecha; a rosa caída huele tu nombre, pero con fie-

rro adentro y gran orquesta de llanto; tus padecimientos finales se me enterraron en el corazón como la marca de fuego en la paleta de un caballo y como únicamente sólo te defendías llorando, porque la lágrima fué tu único puñal, la rabia furiosa se me derrumba del espíritu y te vengo bramando y tirando patadas a la inmensidad en donde residen los dioses antiguos como perros-toros o como peñascos sin cabeza.

Ya no te alcanza el bufido de tiburón de las hierbas de los pantanos del oficio, ni el carnaval oscuro del pujante, del alcahuete, del infrahombroide canibal, manchado y dopado de condecoraciones, ya no te alcanza mi cariño varonil, chileno como mascada de carne asada, ni el acordeón crepuscular del clan familiar furibundo y libertario, como un toro que bramaba a la orilla del mar, ya no te alcanza la ciudadanía con la garganta llena de sangre, ni la vertical oceánica de la República, ni el grito de sombra del corvo del roto, fraternal como un potrillo de chicha; como un antiguo cazador herido, con la escopeta abajo, terriblemente solo, completamente solo, macabramente solo, voy cargando mis andrajos de antaño como el borracho la botella, como el malvado la cuchilla y me pongo a patear mi sombra, cuando el calofrío de la tragedia me recorre las viejas médulas; como no tenías la autarquía de la soberbia yegua conyugal del Faraón y eras más tierna que las doncellas del sol, truena mi carro de macho sin consuelo sobre las hojas caídas que gravitan como estampidos amarillos en el atardecer ensangrentado y dan rugidos de ferrocarril en celo encima del cielo vertical de las faenas; el ratón nacional del dolor me va royendo los huesos del pensamiento y me socava las melenas huracanadas del instinto, como al pulmón del roto la tuberculosis; tropezando con ajusticiados y piojosos, con apaleados y piojosos, con jueces usados como verdugos o con verdugos usados como jueces, por acaso peleles en prevaricación cocidos, ladrones y fornicadores, con grandes máscaras de digestión, especulación y comedia, entre piojosos verdes de hambres totales horado el gangocho nacional con mi disparo de francotirador herido y agito el vacío irremediable, adentro del cual ejerzo la tromba de mi voz de profeta arrabalero; bramando y mascando piedra, atropellándome contra un siglo imbécil y cargado de asesinatos, lanzado hacia abajo, la llamarada de montaña ardiendo de tu palabra es la espada que se me rompió en la cintura; para que mi tragedia fuera tan inmensa como tu belleza y a fin de que mis piés cavasen un abismo que cruzara la tierra de Oriente a Poniente, tenías que caer vencida y quedar yo botado en la soledad del mundo como costillar de cateador, escuchando los pájaros muertos de mi juventud ahorcados en todo lo hondo de las cordilleras encima de los abismos oceánicos, que rugen enormes como leones, adentro de las palabras que se parecen a las guitarras del sol, oxidándome y arrasándome en la tempestad de los siglos, como las antiguas corazas...

Cuando el bramido de colas de caballo del huracán galopa entre los campos heroicos de los árboles y la gran lluvia agonal arrastra congojas mo-

jadas, recuerdo aquellos inviernos añejos de Buin, tu cabellera estupenda enlutando lo oscuro y las castañas asadas crepitando y resonando en el olor montañés de los peumos ardiendo, los vinos antiguos, hijos de ilustre cepa, a la manera del mediterráneo, la oda clásica y jónica de configuración fúnebre-dionysíaca y el endecasílabo o los exámetros dramáticos de la Acrópolis con óleos ensangrentados por bautismo...

Como a una inmensa tabla de salvación, me agarro del lenguaje y lo cabalgo, desesperado, como si fuera un toro; bebo feroces tragos de amargura en ignición, a la luz de tu sombra bifronte, escucho crujir los huesos de los muertos y afronto la carnesto'enda universal, ahito de espanto, frente a frente a la corrupción general de valores, a la inversión y a la mistificación de los lacayos, acostumbrados a la patada prostibularia y al garrote; con la lengua afuera, el gran oportunista baila la danza hinchada de vituallas y "delikatessen" pronazis, y yo recojo todo el odio de los degenerados; como un regimiento de patriotas al cual le escupen la bandera, como el estado de alma acumulado de cuchillas y patibulos y prisiones de las muchedumbres y las multitudes embravecidas por la desesperación electoral, como el suicidio del caudillo a quien le incendian la patria y lo insulta el invasor, así me arrastro aquí, rememorándote lo mismo que el último fiel de una religión muerta...

Relincha el vino en la mesa redonda del mundo del poder burgués, mientras mis trancos suenan a ausencia y a sudor, con la sensación de ir lloviendo y giimiendo a enterrar un muerto en el barro.

El llanto de los perros nocturnos se enrolla al huracán y azota a aquella yegua enferma de la lluvia que arrastra plumas de palomas negras en el hocico; el chuncho gotea su presagio fatal en nosotros los desvelados eternos del eterno ir, cuando la antigüedad elemental de las congojas del hombre remece la personalidad humana con ventarrón de siglos o milenios; aulla como las fieras heridas el castaño o el naranjo, arrancan del parrón ladridos y lamentos de piano que perdiera un hijo y solloza el sarmiento de las glicinas; adentro del abismo tapado con llanto el mar, el mar, el mar de oro de tu juventud y tú parada en las inmensidades, en donde emerge el cataclismo, el trueno habita y procrean las hembras de los Dioses-Padres, engendra el tiempo su huevo de musgo y se contempla la eternidad cara a cara, según la vieja manera del degollado a los degolladores; las tinieblas definitivas, cerrando el candado del sol, producen el nivelamiento general de las cosas y yo naufrago en lo universal gritando tu nombre...

Arrastro mi soledad como un poncho escarnecido, y tú alumbras el resplandor del panteón de O'Higgins, frente a frente, contra los altos túmulos en los que la Humanidad se parece a la inmensidad de los desiertos; poco a poco te vas universalizando y lo último mío y tuyo, lo nuestro eterno, diluye su actitud como copa de agua en el océano; no distingo a la adolescente estupenda que adoró mi juventud, de la mujer gloriosa como una gran cereza en la madurez de las vendimiadoras, porque el tiempo levanta su mano abierta dejando caer la cara de la nada encima de nosotros, y me hago el tatuaje

de tus gestos en mis huesos como marcaron los esclavos el pirata y el filibustero; rajando tu silencio descomunal, el grito de los heridos del mundo destapa tu ataúd y se me enreda a los pasos cansados, porque la dirección central de la existencia se desgarró el corazón en la catástrofe y es exactamente lo mismo naufragar borracho en los pantanos acumulados o caer mordiendo la espada de los líderes; el horroroso menester cotidiano, que es un bastón de locura azotando los andrajos, la faena atroz de la vida, el sudado y macabro ir del animal que llora, contra sí mismo, trastabillando y tropezando por desengaño general en el resbalón del dinero, el cual hecha lágrimas, enmohecido, como el fondo de un día lluvioso, aquello de perseguir objetos en los que no creemos, ni queremos, ni podemos radicar el énfasis de vivir, y lo definitivo que está a la espalda de aquella acción-dolor, como un silencio feroz o como un feroz bullicio de trompetas, hoy cuando llevando tu pasado heráldico como el cartel litoral de un mitin, resbalan o perdieron su sentido; inocentemente hacemos del recuerdo un conocimiento del más allá adosal, sí, pero es de fuego el misterio de tu silencio y el mar se incendia y brama como un toro en el matadero, cuando yo paso trizado en la catedral del crepúsculo, queriendo y no pudiendo besarte como antaño.

El canto de saco de las botellas de los borrachos, la carcajada horizontal de las prostitutas, escupiendo anilina negra a las banderas, o llanto podrido y genital, la maldición roja del automóvil asesinado, el ladrido del martillo del chuncho, que está clavando un ataúd tronchado desde el principio de los siglos y el cual se incendia de repente, el llanto de espanto del alfarero que se encuentra la cabeza de "Dios" entre las manos, la queja repleta de siembras de fierros de la parturienta, que es un atado de sangre rugiente y un sol quemado o sandía o montaña o violeta que se rajó con desgarrón sobrenatural de estampido, medio a medio de la naturaleza en llamas, el aullido del asesinado infinito a quien rebanar la panza hinchada de hambre, colgando su andrajo del esqueleto ruin, el péndulo irregular de respiración y cansancio de quien asaltó a una antigua mujer decapitada y se revolcó en vino con dinero, como el demagogo en el tenebroso pantano de la opinión pública, en condición de redentor de masas o tañendo el cuerno del tiempo del caracol en los estercoleros, el pecho de perro de los simuladores épicos, el resbalón del pantalón amarillo del falsificador de monedas o de poemas lanzado sobre el hombre marchito y caído en el mundo de humo de lo oscuro, con todo el peso social de la noche clavado en el corazón, contemplándote con la impotencia infinita del que sostiene un cerro con un dedo y está desnudo al pie del altar-montaña, no lo voy a olvidar jamás, ni adentro del sepulcro, a tus orillas, criatura de durazno y luz tremenda...

Lo llevo creciendo del alma como la roja camisa rota del condenado a ser ahorcado o azotado por actores o por ladrones o como el sudor de majestad de los trabajadores tu recuerdo; tu amor inmortal es un remedio de acero con bramidos de toro en la garganta, contigo, en tu cajón de litoral sombrío, se fué, Luisita, llorando la tierra que tú y yo amamos tanto, y eres lo único cierto aún siendo tinieblas; existes como la poesía; por eso espero caerme muerto en el instante mundial en el cual el sollozo se me atore de sangre quemante adentro y quedé gritando mi silencio con estruendo.

Pegados a ti, los de Rokha y encadenados a tu figura colosal como a una religión laica, ellos gravitan juntos; la madre sagrada está en nosotros y la muchacha apasionada en mí, la niña-manzana-aceituna-naranja y junco-violeta departamental, en la cual se incendió mi corazón como era de enero o como espanto de hombre en la belleza; hijos e hijas, nietos y nietas, yernos y nueras, como el israelita cruzando los desiertos con Moisés a la cabeza, tú eres la gran Arca de la Alianza; revienta la ola de la multitud contra nosotros y el huracán del mundo nos azota, pero yo juro mi amor a la manera descomunal de los antiguos idólatras, cargando el saco de arena del llanto, y así, gritando, aquí, enfurecidos, proclamamos el nacimiento de una nueva diosa entre los hombres; estrella de muerte, cadena de sangre, bandera de nieve, sol negro, tronchado, macheteado de infinito, ¡Winétt!; náufrago entre sillones tristes, que se parecen a hojas caídas, entre palomas y botellas envenenadas de dolor que incendia las cenizas del alma, sólo conmigo solo, adentro de la tempestad incalculable, de infinito a infinito, quebrado y sin afeitado, con la lengua cortada de los que perdieron el sentido de la existencia y se agarran a la tabla de salvación de la poesía, como un profeta a la cola de un gran animal negro; las noches horribles me acechan, me socavan, me rodean, abrazándome de horror y de pasión quemada, soy lo hundido y lo encadenado y la gran agua maldita me inunda desde lo eterno con sus látigos descomunales y sus grandes pájaros-hambre, con garra de buitres horribles y antigüedad andrajosa...

Rugen los dioses muertos en la hondura de la eternidad sangrienta cuando me saco los pantalones llorando y me arrojo a la nada, como lo solo adentro; la casa vacía te añora, sonando con pasos de fantasma y tus conversaciones son como racimos de uvas colgados de las vigas del tiempo, polvorosos de semanas y de ausencia; escarbo con desesperación de hambriento el momento de ir sollozar hueso con hueso contigo; no a pequeña y feliz burguesa, a santa gitana, a heroína popular ensangrentada y dichosa, a mujer obrera de la literatura te comparo, justa, rigurosa, tierna, como la espada de los Caballeros Templarios; superior a toda la vieja carroña del mundo, no hubo záfiro capaz de vencerte con su destello; tenías la grandeza de los misericordiosos judíos, el genio del pueblo, y el olor conyugal de los braseros, el ojo de oro del predestinado, la cara sagrada del retrato de "Dios" en la Gran Muralla de Los Lamentos...

Como animal perdido del arreo, busco la ruta oscura de los desesperados totales, el camino del vacuno sin querencia o del vecino sin vivienda, los desfiladeros tremendos del poema-fusil y puñal simultáneamente, el aullido del perro-fantasma-laguna, el espíritu vagabundo y altanero de la población escarnecida por el naufragio social; pasó nuestro viejo tiempo en la familia, Winétt, y yo tropiezo como una bola guacha en las marchitas rosas caídas de las antiguas primaveras; soy un cortaplumas mohoso, un candado al que se le extravió la llave en las montañas del cementerio, un revólver que ya no se fabrica, un reloj de terror con una gran araña en el hígado y todo el invierno en la cuerda, un tenedor con la mandíbula partida, una carreta roja antaño, cuyo único y último buey es un león muerto de sed en el desierto, un álamo que se incendió a cinco y medio siglos en la oceanía, un puñal ente-

rrado en una tumba de la cual emergen una rosa pura y un murciélago con manta de aguas, un objeto sin sentido, cuyo único uso todo el mundo ignora, un caballero muy desgraciado que llega furioso de llorar, a caballo en su yegua de piedra siempre la media noche pasada, un grito de muerto en un socavón, un sable que emerge de un campo de batalla en el cual mataron a patadas al General en Jefe...

Así como la materia se refleja en la personalidad, el pensamiento es su lenguaje reflexivo y el sentimiento es su lenguaje intuitivo, así como la inmensa mar-océano estalla en el corazón del átomo, así tu voz litoral se levanta en mi llanto inútil y tu muerte retrata su poderío espantoso en mi poema, resucitándote, vivificándote, eternizándote, como al dios popular su patria.

Sumabas el vikingo de gran mandíbula popular y acuaria, muerto con barro gritando y todo a su espada, a la señora departamental "criada y nacida" por Curicó adentro, vinos y chichas en cráneos de guerra, y la figura intelectual, fantástica, romántica, dramática, de la niña más fina del siglo, Luisa Anabalón Sánderson; fluía el sudor de olor de los jardines ecuménicos de tu himno difícil y democrático, experimental-realista, como el arte del Dante o de Cervantes, de la misma manera que de la voz del sol los rayos cósmicos, estallidos de infinito beligerante, de la guitarra la tonada, de la botella azul el grito colosal del vino, de la castaña la palabra: "antaño", desde adentro del invierno y su gran humedad melancólica el nocturno de Chopin de las violetas, de los padres-rios las lanchas heroicas, porque tú eras la belleza haciendo lo bello categórico, tinaja de llanto Winétt, y en tu finura de diamante y oro ilustre, toda la pólvora social del siglo, si olía a romero, pegaba un grito de alarma que estremecía a los trabajadores e iluminabas los subterráneos del futuro; la Tierra de Ancho Pecho de la Hélade y el Caos inmortal intuido por Hesíodo, gravitan en tí rugiendo como el mundo en una lágrima pura, y Tales de Mileto, en Caria del Asia Menor, olivo y almendro de las costas jónicas, sumando los magos caldeos, los astrólogos babilónicos y los geómetras agropecuarios de las Teogonias Egipcias, autodidacta de la gran Cosmogonía, profeta-augur del Materialismo trascendental de Heraclito-Zenón-Demócrito, está en las bases de sangre nacional de tu poesía del universo, ¡oh! gran anunciadora; todo lo órfico, Parménides y Pitágoras, el Ser y el Número, culminarían tu actitud, si no pensasen lo intuitivo, si no sintiesen lo reflexivo por frustración equivocando los términos antagónicos de la personalidad, porque tú eras la hembra perfecta que hasta cuando canta es madre, la criatura iluminada de fantasía definitivamente infinita, como un caserón de aldea, la mujer nacional, marxista-leninista, enterrada y agarrada como la parra trágica al peñascal del cual extrae la sabrosa ebriedad, y la adolescente eterna con su Balzac florido a la cintura, la realidad preñada del hecho, cuyo gran fantasma es el sueño; el caos te estaba a la espalda y tu actitud equilibraba materialismo y subjetivismo en lo científico y lo artístico del Demócrito de Abdera al Protágoras de Abdera, con la gran Atlántida Platónica en lo oceánico del mito como tipo y morfología...

Como un lobo espantoso me aulla el horror de haberte visto muerta, junto, pegada a mí e inmensamente distante y aquél instante en el cual debí

caer y no caí al abismo irá conmigo como una gran vergüenza persiguiéndome... ahora expongo el pellejo, agujereado de estupor, como un pabellón a las balas, como un estandarte desesperado y miserable, medio a medio de lo ensangrentado y terrible, gritando con su gran hocico de materia como un jinete solo en la batalla, desnudo, acuchillado, herido; y busco lo heroico y el dolor colosal en la línea de fuego de tu último adiós, Luisita.

Forjó el terror los dioses parados a la orilla del infinito, tremendamente hechos de pueblo que se retrata en hambre quemante, y yo me agarro al canto, helado, agujereando la Eternidad con el eslabón de una cadena rota; *ambicionabas ser amada así y aquí estoy, llorando, arrodillado más allá de la muerte física adorándote*, yo, cuya mano recia no temblara ni ante los vivos ni ante los muertos; el hombre valiente y descerrajador de verdades o de leones, es tu enamorado inmortal, respira tu aliento en la historia de las multitudes, te es fiel, eternamente fiel, te es fiel y lame la cadena despedazada por el huracán, porque mi poema, a la luz de tu sombra terrible y celestial es un animal encadenado en las tinieblas, con la lengua afuera; y aunque siento los huesos acerbos, viejos, como las vigas del portalón de mi casa de Talca, crujir con tiempo adentro, yo que naciera Gran Capitán General sin capitánías y soy únicamente poeta, voy a naufragar en la gran batalla por tu memoria ensangrentado y gritando; la patada de la mañana feroz, llena de andrajos de niebla y de gotas ardientes, con la campana rota por el lamento descomunal del invierno, que bramaba lloviendo sangre adentro y barro encima de nosotros, con el velámen pisoteado por caballos de basalto, me araña las entrañas y escucho aquí, conmigo tu quejido o de flor caída que resbala en lo infinito, o de océano en tormenta de océano o de mundo que se derrumba eternidad abajo, gritando, tronchado, en el corazón de la materia; tus huesos echarán fuego, ¡oh! mi gran paloma muerta, cuando arribe a tenderme a tu lado y te abrigue soberbiamente con los hielos eternos del muerto, que estaba muerto antaño; odio un mundo que no comprendo ya y sin porvenir existo en pasado irremediable, y exactamente como el Booz de Víctor Hugo: "Hace mucho tiempo que aquella con quien dormí, ¡oh! Señor, ha abandonado mi lecho por su tumba y estamos aún muy unidos, ella casi viva y yo casi muerto... viejo se tiembla como en invierno el abedul... Soy viudo y solo y sobre mí cae el ocaso y me doblega, porque mi alma va hacia la tumba, como el toro con sed hacia el agua..."

Cuando en los altos páramos venezolanos de "El Zumbador" y "Mocuchies", nos azotó el huracán de Bolívar y el corazón de América se encontró con nosotros a cuatro mil metros de altura, con el vientre metido adentro del cielo tremendo de los dramáticos arcos volcánicos, tu sonrisa sobre el abismo era el reflejo de las hembras antiguas de los Césares y de los Alejandromagnos tremendos, ¡ah! niña antigua y superior a la naturaleza...

Cruzado y transido de muerte, se estrella adentro de mí el ventarrón *de tu muerte con mi muerte en abrazo grande y tremendo y los escombros del ser consciente* están lluviosos y telarañosos llorando en el hombre terrible que responde a casa vacía, a bodega deshabitada, a antiguo y oscuro dolor copretérito, a montura sin caballo y persona sin sentido; me da vergüenza vivir sin sufrir y morir de padecimiento y a fin de ser situado a tu altura proclamo

ser ahorcado y despernacado por caballos, bajo la gran patada del sol furioso que se desgarran las mandíbulas; la agua agraria me sabe a veneno y a sudor criminal, a lástima, a puñalada en la garganta o a pócima, y los pájaros me apuñalean el hígado con su guitarra de viñedos de invierno, en la cual resuellos peleando los antepasados con sus escudos de cuero de toro y sus yeguas ardientes que relinchan a la madrugada, porque tu muerte se muere en mi muerte, mientras no rompa mi corazón azotándolo contra la cabeza de la eternidad o degollándolo con mi cuchilla de poeta-macho de América; sin embargo, hay una lámpara azul colgada como bandera sobre el abismo, y como estoy solo y desesperado de la misma manera que el calumniado, inicuamente condenado por equivocación al patíbulo, anhela el fusilamiento mi hombría, y afirma el gran abrazo de ultratumba, de materia a materia, solos; como un lobo de oro que mordiera feroces violetas, pateo mi angustia porque más grande que su grandeza tremenda, refleja la pequeñez humana y es su palabra, y cuando emerges de entre Gorgonas y Medusas, hija de Orfeo, camarada del olivo y la sabiduría, nieta de Apolo, Niña-Madre-Diosa con antepasados en la Tracia sagrada oceánica, rugidora y montañosa, a la cual el rayo, la vid, el trueno y la abeja daban lenguaje, epitalamio de la religión solar-lunar de Ap-Wholon, tú, amapola del archipiélago, la Primavera estalla en las colinas, como el Sermón de la Montaña o la espada desenvainada de Mahoma, y la canalización de regadío canta a las pataguas y a la agricultura los exámetros donysíacos del Dios Demeter-Ceres, por la unidad antagónica de Macho y Hembra heridos de amor tremendo en la Estación Frutal de las cosechas; los Grandes Dioses "masculinos", cosmogónicos "y solares" de la Thracia clásica, ya no batallan, besan la doncella virgen Hija del Cielo, hija del mundo y Los Trópicos en llamas y aguas ardientes en tu memoria de versos lunares, y emerge de tí una religión nueva; como la leña atada al leñador, traías la melancolía de un Shakespeare nórdico mesopotámico-insular en tu gran lenguaje popular de Chile y las antiguas sacerdotisas del Mediterráneo en la cabellera oceánica, digna de las Walkirias braquicéfalas, de O'Higgins, y descendías en jerarquía de encadenamiento y espiral, de los altares sacrosantos del Himeto y la Acrópolis tronada, que miraron pasar cantando las sordas proas rojas de los Fenicios y el velámen negro del Señor-Ladrón de mar pirata; cuyo rugía barco, perlas, marfiles, sedas, mujeres, nácar y caballos, el añil imperial y la púrpura o los camellos palestino-hierosolimitanos, con oro, incienso y voluptuosidad, en recuerdo de las Bacantes de la Triple Hécate, en las cuchillas atrabiliarias y ensangrentadas por lo tremendamente religioso y en relación, asesino, por debajo del Coloso de Rodas; tu belleza irreparable era la forma hermosa de la historia social de la República, tallando un lirio humano, y la cual criaba hijos a costillas de su hermosura, y eras justa y bella, Winétt, como el "Dios" de Abrahám o como la Unión Soviética; cebollas y panteras, acumularon el sudor clasista de los trabajadores en torno a tu figura, defendiéndote, pero un sol negro, lluvioso y descomunal te persiguió como un lobo a una manzana, como un tiburón a la última flor de los abismos escandinavos, como un águila a una tórtola, como un toro a una guitarra, porque eras tú hecha de la madera azul de los adoratorios y el mesón de los obreros.

Hijo del trueno y la tormenta, la soledad circunscribirá mis abismos y llegaré solo a golpear la majestad de tus cenizas, Winétt, incomprendido en esta gran angustia, como un potro todo de dolor porque lo marcaron en la lengua.

Busco los musgos y la decrepitud heroica de los Panteones, que son corazones pateados, los extramuros con muros oscuros y húmedos, en los que el pasado está parado como un centinela fusilado "en los pasados siglos" o un reloj inmortal en las profundidades volcánico-oceánicas, las casas vacías que habitan el escombros-Dios, los candados enmohecidos, el arrullo-Sur y el murciélago, las armas usadas y antiquísimas que estallan sin funcionamiento con eco tremendo de mar encajonado, de antiguo fantasma rabioso o de montaña que se pusiese a gritar de repente con la boca abierta de los desiertos, los trajes remotos con olor a años y a amor en los que cantan pájaros cuya antigua lengua ya no se entiende, y me comparo a todo lo amargo y desventurado de todos los siglos.

Ya ahora nos derrotó la vida, Luisita, y nos tronchamos arrodillados debajo de la patada de "Dios", como antiguos extranjeros esclavos; sí; pero mis quijadas son aún feroces y agarran la pulpa sangrienta y estremecida del mundo como un tigre a una paloma pura, desgarrándole el corazón a la naturaleza con la venganza de la palabra.

Y escarbando lo apolillado y ruin lo hago espanto y luego belleza, a voz de sol al cual le asesinaron todos los hijos, desde adentro de la cual definiendo frente a la nada confusa mi derecho a la desesperación tórrida y a la funeral ceniza; escribo tu nombre en el portalón de la inmensidad y lo abro gritando, a hachazos como un leñador a caballo en su desesperación caudalosa y sin orillas, tronchando y rajando los peñascos del infinito a dentelladas expiatorias, bañando de sangre y de muerte los océanos tremendos en los que anda perdido el cadáver del primer hombre; como un loco en un hospital desierto, canto mi llanto ensangrentado del cual emerge tu memoria como un trueno de "no me olvides" y dolorosas e ilustres amapolas.

El hijo y el libro que amamantaste como quien cría esfinges, se arrojan como furioso lobo contra el olvido y contra la sombra te defienden, como a la espiga el pan dichoso y amado que es puro sol fecundo, y desde adentro de las épocas, en donde refluye el oleaje social de la historia y la Humanidad es un fantasma o un problema con la dentadura tronchada, mi alarido de animal infinito te llorará como si se pusiesen a sollozar las tinieblas, y la eternidad bramara en tu recuerdo Winétt de Rokha, por los siglos de los siglos de los siglos.

PABLO DE ROKHA

Talca, 16-VII-1953.

Arte Grande o Ejercicio del Realismo

1953

MONUMENTO FUNERARIO A STALIN

Herido y tumultuoso, te ofrezco mi saco de llanto, ¡oh! conductor del siglo, en la cabeza ensangrentada de Chile.

Desde un féretro a un féretro, engancho tu muerte colosal a todos los pueblos de la tierra, preñada de dolor, como una gran leona a la cual le degollaron el hijo mayor con un cuchillo de tinieblas.

Tu corazón de varón justo y bueno fué como un pabellón azotado entre los grandes mares de la multitud por el carro de fuego de la historia, y yo escucho crujir el mundo a tu caída y los orígenes.

Hijo del pueblo y amigo del hombre, el servicio social te entregó la espada roja de los líderes y la gran paloma de plata de la paz llevaba pan y libertad sobre tu pecho, al que cubría una lágrima pura y la espiga del trigo inmortal de los trabajadores; agricultor de la sociedad futura, minero y marino internacional, poeta y líder máximo de los pobres y los tristes; tu voz calcina como acero rojo o como aceituna poderosa sublima los pulsos humanos, da inmortalidad al sudor popular de las masas y, al emerger ardida de la tumba, se desborda como una inmensa copa de vino o un océano, como un poema de materia, como toda la conducta real de las generaciones, José Stalin.

Moriste como si muriesen millones de trabajadores contigo.

Gran figura descomunal, los hechos públicos eran las águilas de tus volcanes, tenías la mano humilde y ancha como las mesetas soviéticas, a pesar del genio del pueblo que corría, como un huracán, por tus arterias, ¡oh!, hermano de Lenin, y tu país inmortal galopa como un potro de oro en tus entrañas.

Lleno de abejas y de sol, como un lagar de mosto en cien cueros de buey forjado, yaces, vivo en la muerte y la muerte te tiene respeto, Mariscal.

Se estremecieron las columnas de la Humanidad cuando tú caíste y millares de millares de madres les enjugaron la última lágrima a sus hijos por tu gran memoria de campeón mundial de la paz, tanto y cuanto que por la paz dabas batallas, guerrero de la paz, entre los hombres; aúllan las fábricas

apuñaladas en el vientre por tu corazón paralizado; un rebaño de tigres entrega la garra y va a besar tu ataúd, en el cual reposa toda la historia del mundo y la culebra negra del Gran Capital siente que le rajaron la cabeza; atleta del entendimiento, el complejo de inferioridad de las cárceles no inhibió tu categoría; sembrados y viñedos te lanzan pájaros de luto y en la industrialización de la gran hectárea agropecuaria que lograste lloran las sirenas de tu patria con la garganta atragantada de estupor y el universo aprieta la epopeya de tu corazón contra el pecho del hombre humilde, hecho de hierro, o adentro del huracán de pabellones de la clase obrera; se desgarran a tu paso de muerto el bodegón oscuro de la burguesía y sus tabloneros rotos crujen con crujido espantosamente furioso; tu dedo índice, como oro, ordenó dar comida a la infancia del orbe y sopa de invierno al hambriento, ¡oh!, antiguo y egregio leñador de las comarcas de hogaño, cuyo traje puro de soldado olía a horno.

A la cabeza de la ferretería universal del Ejército Rojo, como un toro guiando un pueblo, tú, Jefe, Caudillo y Líder, Capitán de emigraciones enormes, como biznieto de Moisés o de Abraham o de David el temerario, patriarca y profeta, santo y sin Dios, popular y sin Dios, justo y sin Dios, originabas gran estrategia, teórico y dinámico, compañero de Marx y de la gente obrera.

No naufragó en las fórmulas tu táctica, ni el mando te convirtió en bruto; no; eras la persona disimulada y terrible que no da órdenes retórico-políticas, como un dueño de prostíbulo a las rameras o como un perro amaestrado en las perreras del capitalismo; tu posición era la convicción mandando y sobreponiéndose a la demagogia de las órdenes, como la fruta madura a la naranja que pudrió el error o la gotera; de lo cual se desprende, del Hombre Grande el Grande Hombre que cruzó presidios y calumnias, a caballo en su voluntad, a la manera del pueblo, en pueblo del pueblo transfigurado.

Tranco a tranco el comunismo, del cual no fuiste sino eres su puño gigante, avanza y la felicidad humana, en la salida del sol de tus ojos de muerto, es una gran copa cargada del llanto de la Eternidad, José Stalin.

Todos estamos solos, Mariscal, pero tú eres el menos solo entre los solos hombres; he ahí la grandeza de tu tragedia, "Acero"; ahora, la soledad acumulada por la muerte del héroe, nos arrasa las entrañas sociales con su hocico horriblemente maldito de pantano total y nos patea el corazón enlutado de solitarios irremediables, ido tú, el padre gigante y el hermano genial en las tinieblas de la vida; los que tuvimos un racimo de sol dichoso y lo miramos naufragar tragado, por la tempestad tremenda que azota los sepulcros, como un demente a una montaña, viudos del mundo te lloramos, Maestro de Maestros; camarada del blanco, el rojo, el negro y el judío explotado por el judío, camarada de la criatura social, camarada de los portuarios y los agricultores, con una gran manzana en el alma, de los pálidos intelectuales, del obrero creador de horrenda riqueza ajena, camarada

del gran ejemplar victorioso, de la U. R. S. S., camarada del pobrecito pateado, destruido por la humillación en la jungla ardida que es como la vulva de la tierra, horror adentro, en los paraísos espantosos del Africa, José Stalin; el comercio del petróleo te apellida Dictador a tí, pastor y león, guía-dor de muchedumbres; y los dólares ensangrentados, como el cuchillo de la guillotina, ensucian la conciencia de los hombres, marcando Judas y Caines con la abyección de los comprados con el dinero vil del soborno.

Restalla en mí tu último adiós como un latigazo polvoroso, como un tropezón aterrador en el corazón de un muerto, como un caballo en un abismo, como una gran naranja de fuego con el puñal clavado en el estómago, como un rifle cargado con espíritu, como un espantoso juramento pronunciado por la muchedumbre de las edades, como lepra de estrellas, como un alarido estrangulado, emergiendo de las banderas a media asta... ¡Mariscal del mundo!...

Extremo Sur de Chile, marzo de 1953.

DISCURSO-POEMA DE ADIOS A LAS DELEGACIONES

Estremeciendo las entrañas de la Patria rajada de inmortalidad, el trueno de fuego de los volcanes os saluda, un grande y triste océano de hambrientos, como un inmenso toro encadenado, llena la tierra entera de bramidos descomunales y el otoño alumbra llorando el nido de la última hoja con su antañoso farol amarillo.

Aun relinchan las yeguas en las eras de hogaño, al apoyar la espalda en lo infinito el roto empuña el corvo de oro de lo heroico encima de las ruinas de su corazón, y el hambre tronante que desgarr a cuchilladas los terrenos aúlla a las hienas del mundo,

Es la época crepuscular de las vendimias; tranco a tranco asoma el invierno-león cruzando el hermoso país de Chile en su inmenso caballo negro, a fin de que el hombre recuerde que emerge de la hoja caída la espiga definitiva y la verdad material de ir viviendo y muriendo simultáneamente; bajo los castaños altos y anchos como banderas, se paladean las primeras prietas del año, a la sombra sonora del arpa y las guitarras, que son corazones ardiendo: resuenan las espuelas del vecindario rural y las potrancas verdes suspiran como la chicha en las tinajas o como la niña en las tonadas de enormes ojos azules, por negros inmensos, y existe olor a cedrón pretérito; adentro de las sandías ya está lloviendo y los álamos llenos de torcazas son estatuas de cobre nacional cargadas de alas de plata; contra el espejo de inviernos de los primeros charcos el buey contempla su fotografía trizada por el yugo, como la familia del labriego, y los patrones lustran el calzado en la esclavitud campesina, feroces, adentro del chaleco de lana del cobarde amamantado con dinero; horror, entonces, rompamos contra las murallas la única copa que nos dejó el pirata inglés cuando nos robó hasta las médulas, o el ilustre y sangrante asesino de Norteamérica; en la montura colosal de las montañas, el sol, como un jinete chileno cabalga con una gran estrella negra en el hocico, el tricolor flamea en la vihuela agraria, y los últimos aborígenes se suicidan, por fusilamiento, al pie del cañón de los canelos agropecuarios, fluvial-lacustre-épicos en el corazón de la araucanía; yo camino solo gritando entre las banderas despedazadas de la ciudadanía y prefiero no dar la ya cansada mano, a fin de no incendiar al vecino.

Se degolló la mies para que hubiese pan, y las vendimiadoras parecieron uvas entre uvas o cigarras grandes o botellas o poesías con catedrales o pámpanos o tórtolas o lágrimas; madura en los toneles la sangre hirviente de la hirviente vid y el lagar recuerda la majestad del lecho de los recién casados, un gran aroma a costillar de chanco asado al palo sublima al rancho en majestad y al huaso en general de la feligresía, porque en ese entonces el vino llora como un tordo de agosto o un zorzal acuario o un pidén trizado entre los membrillos del antiguo comedor, muy bodega adentro, en el corazón herido y sombrío de las provincias tan olorosas a manzanas como aceitunas, como a naranjas, o como al acordeón social de los navíos; ya la tormenta va a derrumbar a patadas de espanto las ventanas huracanadas, el péndulo mojado de la lluvia, gota a gota, cansadamente, nos trazará el dibujo trascendental de los sepulcros, no beberemos el espíritu de la parra humana y escarmentada, sino las propias lágrimas, llorando como varones serios a aquella que ahora es tiempo-mundo y gran pena horrenda.

Aúlla la muerte tremenda por falsificación de alimentos, por especulación y soborno, y los hambrientos arañan con los andrajos las casas hediondas de los ricos, porque el estrangulador extranjero comerció y arrasó las materias primas, y el arriero, el hombre de mar, el minero, el campesino, el proletario tranquean a pata pelada entre los sembrados y los viñedos, en la vecindad volcánico-oceánica; como nos robaron con engaño y alevosía el dinero y el estilo, el chileno es un guachito con el costillar a la intemperie y la carabina de Ambrosio terciada a la banderola; y esta gran tierra naviera en donde el oro crece como las pataguas, a cuya ancha sombra sestearon los vacunos, y el salitre de Antofagasta tiene que hacerle espacio al metal divinamente lunar y argentífero, en la cual la ganadería del archipiélago de Chiloé aterra a la viticultura de por Villa Alegre adentro del adentro provincial, a la industria petrolífera, a la chacarería, a los trigales y a los papales, a la maderería, que es fragante como el poema de los caldeos aventureros buscando el pasto los ganados, esta gran tierra naviera en la que los aserraderos dan la medida descomunal de lo mitológico y la horticultura aroma a América de bienestar agrícola, esta gran tierra naviera, tierra-río, tierra-mar, tierra-lago, tierra-montaña y tierra-volcán, queridos desconocidos amigos, no engorda rotos sino piojos en los subterráneos de las cárceles, que son la expresión de la oligarquía ilegal de la República, su rostro con sollozos y la cuchilla imperialista en las gargantas; llovido y telarañoso, como un fusil quebrado, el retrato de Balmaceda acusa a la aristocracia vil, asesina y amarilla, que empeñó Chile a Inglaterra y el esqueleto de Chile a Yanquilandia: "Don Pedrito", el asesinado, azota las mandíbulas devoradoras con el látigo de la "Corfo" y el rebenque de llamas y sombras de Recabarren manejado por proletariado y campesinado militante, da la línea fundamental de las victorias de la clase obrera a la gran vertical republicana arrasando a los delincuentes de la Internacional Capi-

talista con el cadáver de los que murieron por desnutrición congénita y volcánica; una inmensa gota de sudor con sangre adentro cruza la cara de Bernardo O'Higgins.

El fusilamiento moral le rajó el corazón al payaso y le tronchó la espina dorsal a la sabandija política destruida y sobreviviente, aculatada en las rendijas de la reacción apolillada como un piojo del tamaño de una hiena; patriarcas de correaje montañés, tallados en naranjo continental, cayeron por hambreamiento al arrabal de los fantasmas, y los antiguos héroes chilenos cubren el hambre con medallas; la descomposición nacional escupe lo heroico definitivo de antaño, el aristócrata borracho, toxicómano u homosexual recita la poesía de la explotación agraria, tan famosa como malvada, celebrando los negociados con versos horrendos de contrabandista, y los asesinos legales de "El Diarucho" diluidos en angelitos rabones y tristes "rameros" intelectuales, proclaman el incendio de la tierra.

A la hoja caída de la miseria civil le responde la caridad sucia del provocador de la guerra cósmica, POR LA DEFENSA DE LA CULTURA "DEMOCRATICA" de los Estados Unidos, por cuyo escudo corre la sangre de los asesinados de Chicago y un negro corta la soga de la horca con los colmillos; en este presente otoño los niños descalzos y las mujeres-niñas de llanto de las Escuelas Públicas, bañan de espanto los racimos y se suicidan las palomas en el antiguo palomar vacío; sudan y lloran los tuberculosos con el naufragio social en las pupilas y el corazón lluvioso, en el pulmón de dolor del hospital que vendimia las vidas marchitas como sarmientos para el proverbio colosal de los sepulcros que como son lechos profundos, los anhela el obscuro, el desesperado, el difunto hijo de mi país caído y traicionado, como un león acosado de propietarios del comercio vil en carne humana; así y aquí lográsteis la línea mundial de la paz en los intelectuales, atravesados de padecimientos, y la guerra contra la guerra en el campo de batalla del arte, adentro del tremendo, hondo y colosal golfo de andrajos y cuchillas de oro de la chilena tierra; y, marcando con barro y fuego a los tiranos de América, creando un infierno de acero furioso en el corazón de las muchedumbres y las multitudes continentales en cuyo gigante horror se incendien los verdugos de los pueblos, tallando la estatua negra de los explotadores, la unidad democrática en la creación artística estalló en grande lenguaje como la espada de "Dios" en los viñedos ensangrentados de la Biblia; mi gran soledad de varón despavorido está cuadrada frente a frente a vosotros como un soldado del Realismo Popular Constructivo y su imagen cuya gran premisa engendrariais, acumulando la total empresa de hacer fluir-nacer-morir y madurar el vocabulario de la unidad del Continente; el vuelo de hierro de los cóndores de sangre de la chilenidad pisoteada, el empuje heroico y piojoso del inquilino, el changador, el afuerino, el portuario, el pagaloza, el peón nacional y el soldado, que es pueblo en armas, el campero y el urbano, con la cuchillada de la explotación en el cogote, la patada al infinito del gran océano, y el espinazo

destrozado de los Andes chilenos os dijeron el sentido de la poesía democrática, popular y subversiva, popular e insurgente, popular y jacobina, que fijásteis tallando el retrato social de la época, redescubriendo las características universales del instante, sobre las características continentales del instante en el estupor cruzado de las nacionalidades, bramando en el lenguaje de las imágenes el destino de los trabajadores; os estoy oyendo aún plantear la popularidad estética contra la mentira y la demagogia, contra las mantanzas encadenadas del invasor y el colonizador imperialista, contra la estafa y la morralla populachera y miserable del comerciante en multitudes, contra el formalismo, el feísmo, el esteticismo y el arte por el arte, contra el suicidio mesiánico y mecánico en función de las nuevas épocas, y por la forma exacta, popular, épico-dramática de hoy, en la escala ecuménica de la historia; como una oscura uva de horror mordisteis la materia vital de Chile, su racimo de angustia y su corazón pisoteado por los nuevos corsarios yanquis, y luchando por el peruano, el colombiano, el venezolano, o el dominicano y el portorriqueño, pateados en la cara inmensa por los sirvientes-delinquentes donásteis la tónica resonante y militante a la literatura, a la pintura, a la arquitectura, a la escultura, a la música, y, al superar lo académico y el espectáculo, acumulando lo clásico homogéneo, en cuanto supera el suceder histórico y se plantea en lo humano definitivo de todas las épocas, desde adentro de las épocas, por encima de las épocas, sobre ardiendo de las épocas, como la substancia y el hueso de médulas de las épocas, fundiendo lo eterno de las épocas con el lomo al rojo de la Humanidad, hermanos, porque reflexión e intuición son la expresión dialéctica de la materia reflejándose en la personalidad humana, rajásteis el oportunismo, la retórica, el éxito por el éxito, la poética de los oscuros y acerbos histriones; y guillotinásteis exactamente al adolescente esclavo y al viejo idiota que instala un prostíbulo estético y comercia en máscaras y en tórtolas de material falsificado y horrible; abominásteis al idealista falsario y os comunicásteis con el cristiano de hogaño, crucificado y macabro y su evangelio de azucena; solo y flagrante, mordiendo el freno de acero y sol de las bestias ajenas a la domesticación, os saludo y os despido entre catástrofes y edades, entre catástrofes y ausencias, entre catástrofes y errantes caravanas de espanto que se derrumban materia abajo, historia abajo, poema abajo y traen adentro el pulso del mundo porque la realidad es un fenómeno histórico.

Al alcanzar la unidad democrática marcando con hierro ardiendo el precio de fuego del oportunismo, del arribismo, del confusionismo sobre la base de crímenes de la policía de la burguesía artística, y no autorizando a los "robots" tremendos de la Reacción a que usufructuaran de la expresión política como expresión estética y que los estafadores poéticos, enmascarados en la fraternidad, hicieran la compraventa de sus mercaderías e implantaran el contrabando literario, impune en desarrollarse, triunfásteis. Si; yo celebro la victoria de las victorias: abrazar los pueblos con los pueblos

y dar la expresión unitaria del Hemisferio a las amplias masas universales, uniendo los pueblos por debajo de la base popular llagada de analfabetismo.

Agarrad el corazón de Chile, meted la mano tremenda en la tremenda noche de Chile y Chile estará con vosotros, estampad la pulsación de Chile y su reflejo en la americanidad amarga y desventurada del país productor de las materias primas, que son "las especias" de hoy, a despecho de la industrialización y la Reforma Agraria, alcanzad la entraña épica del Continente desde el vientre del salitre, del cobre enorme, del oro, del hierro, del yodo y los vinos heridos "por mucho humanos", y estaréis saboreando la gran batalla descomunal en la que no hay cadáveres; mojado como el poncho del roto, cuando el roto del poncho posea el poncho del roto, mojado de invierno joven, mojado, el riñón nacional se conmueve a vuestra presencia; bebamos, sin embargo, el trago terrible e inmortal, por la unidad americana, porque el pigüelo de la amistad, furioso y tranquilo como nosotros somos los chilenos cuando nos sentamos a expresar las entrañas mismas de la patria y la patria estalla en las botellas; bien; la gran lealtad y no la "majestad" académica presidió en grandes ágapes "a la chilena" estos días serios del Congreso.

Unidos por la sangre humana y el común denominador social de los antepasados, el hacha de forjador de la creación degüella de un solo gigante tajo la garganta de la reacción imperialista y relumbra la eternidad en vosotros como un águila de oro en las tinieblas.

EMPLAZAMIENTO POR ASESINATO A YANQUILANDIA

Dos féretros te acusan, están frente a frente a tu poder físico, dos huérfanos sin patria y apuñalados por tí a la orilla del cadalso de sus padres-mártires, y dos héroes se levantan desde el padecimiento de los siglos furiosos, categóricos, contra tu pecho de reo, Yanquilandia, adentro del cual la ancha patada de los ajusticiados inocentes te chorreó de sangre clamante y con acero.

El índice del "Omnipotente" de tus antepasados lo desgarraron a puñetazos en las cantinas los jureros falsos, la tradición republicana te marca la cara tronchada de tus crucifijos sangrantes, arrojados a la basura cosmopolita, y el ser consciente te desprecia.

Llora tu pabellón cubierto de vergüenza, cubierto de barro sangriento, cubierto de miseria social, cubierto de ludibrios y congojas, cubierto por la abominación de los humildes y las naciones de la tierra, acosado, perseguido, agarrado a puntapiés por los varones y las llorantes doncellas leales de la Humanidad herida.

Cómo te explotan tus verdugos y las dobles yeguas tristes, querido y tranquilo país metropolitano, de gran quijada y actitud adolescente.

Los dólares del abigeato a la persona ecuménica, acumulados como la mercadería ilegal, en los bolsillos subterráneos de tus Monopolios, a cuya espalda aúlla, echada, la desgracia capitalista de la época, las serpientes-gangsters que expresan tu economía de tiburón en un solo monstruo como Irving Kauffman, el cobarde, los "robots" públicos y patológicos, inventores de religiones, a cuyo enorme lomo de oro convergen la divina especulación-divisa y el patriota pisoteado por el idiota en gigante rumor de cadenas y llanto de barcos extranjeros, oh!, electrocutor de varones y mujeres heroicas, república académicosocrática, negrero y devastador Imperio con tu Dillinger y tu Padre Divino a la cabeza, te sitúan medio a medio de tu agónico gran crepúsculo, a tí, adentro del cual resuena el hacha de Abraham, el derribador de árboles y de crímenes.

He pisado en antaños de epopeya, el surco conyugal de las granjas maduras como grandes lechos o corazas o acordeones o panoplias y Winétt,

coincidiendo con los almendros y los cerezos de Long-Island, la isla sonora de Walt, soldado como yo de la literatura, ubicó el corazón de su estupor entre las amapolas inmensamente desplegadas como pabellones, del Buen Vecino Roosevelt.

Universal y descomunal como dentadura de hereje, ahora te rebaja la faz tentacular el lenguaje lluvioso del verdugo y el asesinato estatal, oh, gran matrona democrática, te da el carácter vil del comercio negrero o de la gran Señora con prostíbulo y patíbulo en la misma sonata de la impostura vaginal coordinándose, tierra de escupos y pingajos, suicida entre las banderas despedazadas y el gran Capital náufrago.

Detentas los records tremendos del ajusticiamiento criminal, desde el Sócrates mediterráneo al Jesucristo popular, y Al Capone, en Colchones de Miami, acepta tu condecoración a los histriones y al asesinato, la mentira escandalosa de tu religión oficial, de tu justicia oficial, de tu filosofía oficial de mercader tenebroso.

Concubina de Hitler, asesina por cobardía, acumulando todo el odio de la multitud contra tu pueblo infantil, estiras la cortina del dólar sobre Walt-Street, amparándolo del bofetón mundial, y tus corsarios y tu piratas financieros, apuntalados en tus bayonetas, aculados entre la cocina y el Water-Closet, invaden la gran mar-océano, saquean las materias primas y el pan del proletariado, matan de pena y hambre al trabajador, corrompen oportunistas mediocres, marcados como caballos de establo de latifundista por la compra-venta y los "bussines", y dan la gran patada colonial en la faz de las patrias americanas, difundiendo piojos amarillos: el culebrón internacional de tu F.B.I., se camufla criminalmente marcando con barro macabro conciencias y adolescentes con inmenso estupor simoníaco y tu actitud da asco y rabia; comadrona de los aventureros mesiánicos, ¿por qué no degüellas a tu Ku-Klux-Klan de tinieblas y pistolas en la noche colosal de Chicago, a tus capitanes de truts ladrones que arrastran a la desesperación armada a las muchedumbres, entregándoselas al capital de matanza de las ametralladoras y los fusiles hambrientos de hambrientos y desamparados sociales, a tus burócratas prevaricadores, con cinturón de balas y hocico de calumnia y de mentira, a tus jueces beatos y borrachos, entre los cuales estalla el relámpago de la justicia civil de tu gran Ministro Douglas, lección de honor para la canalla y la hipocresía clerical del Estado, a tu senectud corrompida y patriotería entre los toxicómanos, oh, gran madrina de cobardes y de rufianes, con la vergüenza de Corea en la cara y no castras a Mac Arthur?...

En régimen de abracadabra le comiste los hijos y le robaste las tierras a México y a Puerto Rico, bruja del Sábado y hermosa nación herida y traicionada, y tus encinas con ardillas están cargadas del fruto social de los negros linchados por ahorcamiento, mostrando una gran lágrima blanca entre los dientes, encima de la población pacífica y trabajadora de tu grande popular base, Yanquilandia, traicionándonos a los que amamos tu pueblo inmortal contra los sicarios de tu pueblo inmortal, mi hermano.

Como un orangután ebrio, lanzaste el chantaje ignominioso contra la lámpara de luciérnaga de un matrimonio en el cual resplandecía la heroicidad, estallando como en las antiguas epopeyas, y los esposos Rosenberg cayeron en la eternidad contigo, que te asesinaste a ti misma, caliente, rabiosa, como leona en el instante de la posesión o el hambre, tú, predicadora de Occidente, misionera y cuchillera, misionera y cogotera de la prevaricación a la cual negaría Jefferson en el gran tribunal de los pueblos, EL DIA DE LAS IRAS, EL MUCHO LLORO Y EL CRUJIR DE DIENTES, entonces, porque te he de ver de rodillas, frente a frente al pelotón de fusilamiento, Yanquilandia,

La nazificación general de tu economía imperialista te arrastra a la psicosis bélica, y al complejo de Edipo, con asesinato, sí, con asesinato y tortura, y pierdes terreno en la historia, cuando devoras, como un chacal cartas de amor claras, y adorables corazones inocentes con campo heroico en el escudo.

Tu aptitud repugna a la ciudadanía mundial-social y es una gran ofensa a la tierra, da lástima la oratoria idiota que esgrimes, chantagista de la Bomba Atómica, e infecta la naturaleza entera tu aliento de Estado en desintegración profunda; no pedimos clemencia, pedimos justicia para los asesinados y tú caíste, por miedo concreto, a la imbecilidad del ajusticiamiento, como un tonto a una batea, gran profeta de la cultura occidental y maestra del histrionismo con mascarón de proa y gorro de mocos; se tapan la mirada avergonzada las montañas de América y tu águila ha caído ametrallada entre banderas pisoteadas.

Pero lo horrendo es que los héroes cuyo paso de santos sin Jehová sublimó el estiércol sangriento de Sing-Sing, eran tus hijos, nieta de cuáqueros, gran madrastra desaforada y anormal, devoradora de tu propio vientre negro, apóstata de la Democracia.

Yo que estreché en mis brazos muerta a la más amada de las mujeres y vi avanzar sobre su gran belleza de eclipse total la sombra lluviosa de "Dios" bramando con invasión de mar huracanado, de pan de sueño y hierro, de temporal de amargas guitarras quebradas y botellas de llanto, fui mordido en el corazón pisoteado de los que ya nada esperan por la calumnia y la mentira del cobarde, te maldigo, y levanto tu nombre, como una máscara rota, a la abominación de todos los pueblos.

E S C R I T O M A Y O R

EPOPEYA POPULAR REALISTA

Sólo en padecimiento roto de Chile, con el oscuro y antiguo puñal del horror clavado en la entraña, como una gran patada de huracanes o el mordiscón del dios furioso de los burgueses, encadenado encima del asesinato de mi corazón, a la manera de un chileno en la cobardía de la policía peronista o como un león popular rodeado de espantajos del "justicialismo" demente, hago el canto del Hemisferio y trazo los anchos trabajos del proletariado universal, en sustantivas y montañas imágenes, que reflejan a América exactamente, asustando hermafroditas literarios, coleccionistas de calumnias y pellejas de gallipavos.

Apunto mi revólver rojo y negro a la cabeza del Gran Imperio del Dólar, que ensangrentó de explotación el anca de vaca de las máquinas y a la piratería inglesa destripadora de colonos; y una dual pelea de perros raja la materia monetario-fusilera de los amos; porque al echar a volar la paloma de la paz, el pan y la libertad encima del mundo se me llenaron los ojos de sangre.

Cargado con sacos de llanto e inmortalidad, entrego mi carreta de vino a la U. R. S. S. y conduzco a Stalingrado la inmensa yunta de toros colorados, soberbiamente asociados a la madera del peral, arrastrando la tinaja de Curtiduría, que resuena como panal de abejas o almendro en flor o montaña de pellines o boldos o quillayes del robledal de Licantén, por mayo adentro; a la China colosal de Mao le propongo una bandera y una montura, una canasta de huesillos, los lazos trenzados de Curicó, que arden como muertos, y un corvo de Vallenar, ensangrentado en la Pascua Trágica; y recordando mi juventud total de huaso poeta y a aquella que adoré viva y endioso en la eternidad, sembrando en su recuerdo la convicción materialista, guío dos potros oscuros por la soledad de la tierra y los destino con sentido de claveles blancos a Polonia, Rumania, Checoslovaquia, Bulgaria, Albania y Hungría, alzando los puños cargados de uvas de Pocoa, que son pequeños lagares inmensos en los que gravita la posibilidad heroica del mosto, el cual es bebida de reyes-héroes o de tigres-líderes, tan gigantes como Cheddi Jagan King o Rory Westmaas cubriendo la Guayana asesinada por la Inglaterra ladrona.

Afirman que soy, y lo soy, el hombre lúgubre que maduró en "Fuego Negro" el gran manzano de las montañas del terror, lanzando lo absoluto contra lo infinito y ensangrentándolo como si me hubiese asesinado; sí; pero mi canto de muerto con furor augusto derrama la damajuana de lo épico dionysíaco y el yo rabioso aúlla adentro con el respeto total del ser consciente que obtiene leche y nutrición social en la placenta oceánica de los orígenes de la tierra, que son las anchas palancas del abismo; frente a frente a mi ser quemante llorando escribo cantando lo macabro de la existencia en dulces puñales de lenguaje; y cuando un sucio caracol me escupe su saquito de poemas, terriblemente en héroe lo aplasto con mi zapato de campo como al piojo fascista los soldados soviéticos.

Transformo la congoja fija, polvosa y atrabiliaria en un ataúd azul como un lanchón fletado por Maule abajo y saludo a los trabajadores del Sur, a los mineros de piedra y niebla de los infiernos carboníferos, al campesinado de ojota feroz y cuchilla, y aunque un fantasma soy de *ella*, doy puñetazos de proletario vecinal bramando y sudando como caballo de fusilamiento, con aparejo sobrenatural y una gran tinaja de fuego en el pecho; buen jinete de antaño, tomador chileno, arrendatario de hacienda sin peones y comerciante-destilador de aguardiente, me vi en rodeos, trillas a yeguas, velorios, casamientos, bautizos y borracheras con damajuanas de 17 litros y medio, en donde entonces cantaban las guitarras como rodajas y las rodajas como guitarras al arpa-vihuela-acordeón, ensangrentadas en los ijares de los potrones chúcaros, cuando yo hacía crujir la Media-Luna con el coraje de los rotos remotos de la pata rajada y el ponchito del litoral sonoro atravesado por la carabina, bramaban las vacadas, no llorando como en ese instante horrorosamente humano de naufragar en el matadero, sino lo mismo antiguo que los toros clásicos de Atenas, y las niñas-manzanas de Palquibudis, en el cual veraneaba la adolescencia de amapola de Winétt-cántaro de zafiros, o Quivolgo o Coelemu ensangrentaban de claveles la majada pisoteada como alfombra o como pellejo de ramera, como cortina eclesiástica y guano de rico contra un escudo de león y tenían grandes risas de guindas tristes en miel áspera de chacolí, y hoy, viejo, sufriendo de congoja y guillotamiento, afino el gazzate de buitre ilustre y entono grandes himnos verdes como la alfalfa a las victorias obreras del mundo; la protesta social del salitre empapa la Pampa de Lágrimas de León, y cuando los látigos del sol azotan las espaldas como montañas de acero sudadas de esclavitud, con rebenque de patrones "americanos", el horror nacional de las divisas que emigran en sudor perdido, a Wall-Street, me socava el pecho de hierro y desgracias, y el padecimiento inmortal de la República lo siento adentro del rodaje dinámico del espíritu; si los días felices me abandonaron derrumbándose como los pájaros a los que apuntó el cazador o como obreros que emigran de su patria y es dolor mi caballo de capitán de la literatura, amasando el dolor enterrado en el alto barro santo del estupor, construyo con dolor caminos de alegría y los dedico a la Humanidad, como si me sacase con las

uñas del alma las rojas vísceras ensangrentadas y las echara al mar del mundo.

Tajea el arado los surcos profundos del pan y así el amargo, ensangrentado, milenarior corazón de la China Popular, arrasado de ametralladoras que enrostraron millones de cadáveres en la espantosa rajadura infinita que barrenó la guerra, va a columpiar la paloma de la Paz de los Soviets heroicos en una gran espiga entre toneles verdes; grito el himno feliz del escolar checoslovaco y les deseo gallinas y sandías que relumbran como poemas o como cortaplumas de amianto al augurar celebraciones; ensillo mi escorpión tostado y enlace del cogote al pirata imperialista que comercia con la inmortalidad del pueblo y flota un barco de cobre enorme, salitre y acero en embarcaciones descomunales, a las "nuevas Europas" de las que toneladas de maquinarias falsificadas se derraman como canastas de castañas de veneno o como camiones de trigo con gorgojo y vino con vitriolo; mi barreta de sepulturero inmortal atruena el panteón y entro en fuego desenvainando la espada de las batallas definitivas, a la cabeza de los huracanes; retrato el arado y el sudor del labriego, expresándolo, porque él es como el jugo de la heredad natal o como la polva ensangrentada como la cuchilla de "Dios", la máquina a electricidad, toda horriblemente roja de padecimientos y médulas de trabajadores, con sólo un ojo de capataz del infierno, medio a medio del abdomen, que es el abdomen de un Frankenstein al servicio del asesinato y la rapiña, el crepúsculo universal de todos los barcos de la burguesía cruzando completamente tronchados la mar-océano de ganados fantasmas y la pata quemada de la pólvora; batallo por el pan, la paz y la libertad del mundo con la ametralladora del poema empuñada como teoría y realización profunda y, besando el recuerdo de mi gran estrella muerta, domino mi dolor haciendo con grandes lágrimas de hombre, lenguaje de soldado de la clase obrera, e implanto un estilo de macho chileno aunque se enojen los ratones.

Todo lo obrero me remece el corazón a mí, el obrero de las escrituras; durmiendo al pie de las pataguas, que son montañas que parecen pájaros, yo escucho crujir llorando en mi antigüedad lacustre, lo mismo que sentimiento mío, o como sollozo estrangulado por aquella que tanto quería las huelgas inmensas de Francia enrojando el Mediterráneo en Marsella, el choque de sangre con la policía que es pueblo de error y de baldón popular en domesticidad por el servicio incondicional de los verdugos, cuando en grandes masacres naufraga y perece, el proceso de desenmascaramiento contra las matanzas planificadas en el vientre de los negocios, el lanzamiento contra el hambreamiento general del planeta en virtud de aquella gran guerra injusta que ya querrían provocar los aventureros suciamente americanos que se robaron el pan del mundo, el bramido contra el rugido animal de máquina-hiena de los aviones supersónicos; saludo la minoría insurreccional de Puerto Rico, comparto el veneno colosal e imperialista que destinan a sus líderes como mamadera espantosa y protesto con hierro tremendo por Pedro Albizú Campos, acorralado por asesinos yanquis a la orilla del matrimonio Rosenberg y por el clan de ladrones del cobre de Chile; por encima del calzonudo fantasmal incendiado

de Mossadeq, que a la sucia figura del Sha-Carnero no le repletó el hocico con oro al rojo, extendiéndolo como un estropajo de funeral de criminales de una a otra punta del Golfo de Persia, a fin de que el buitre caliente y el chacal se hartasen de carne maldita, abrazo los pueblos añejos de la Mesopotamia inmortal por la cual Abraham andaba buscando al ganado ilegal el pasto enormemente santo de la Biblia; tranco a tranco al compás vecinal del arado enarbolando la Reforma Agraria del Coronel Arbenz y el pueblo, voy armado de rifle y sable a la espalda del indio de barro de Bolivia, que bornea la bandera de la inmortalidad encima del techo del mundo; terroso y ensangrentado, pronuncio los discursos de la insurrección de las Colonias a los mineros del cobre de Rhodesia y apunto al invasor inglés, violador y colonizador bíblico con su cartuchera de balas y su borrachera de whisky, enredada en las pelotas de la democracia americana, a la cual araña con las garras manchadas de tigre-boers, comedor de carne doliente, antropófago y perro del Cairo, atravesado de vísceras acumulando médulas y sangre humana; si lenguas de tierra y asesinato difaman a la clase obrera mundial, yo escribo con cuchillas ardidas diatribas que arrojó en condición de pelotas de fuego a la cabeza del explotador y apunto mi carabina literaria a los tenebrosos Gugenheim agarrados como estropajos al capital parasitario, que es una botella rota chorreando sol helado; saludo a las marinerías en rebelión, estremeciendo los océanos del Africa y a los hijos del pueblo de Viet-Nam luchando contra la morralla expoliadora que les está rajando el pecho y sacando el oro a toneladas de la gran entraña colonial que estremeciéndose horriblemente se convierte en pólvora y estalla en la boca lluviosa del verdugo como una gran manzana otoñal en los pantanos; acuso, no discuto con los asesinos del gobierno policial de Venezuela y emplazo al traidor a Bolívar a que demuestre que no es un miserable entre miserables colgado del pingajo demagógico forjado con asesinados por quiltros bandidos y ladrones; mano a mano con los huelguistas del Salitre, que son soldados a caballo en el escarnio, y con el peón de dolor que toma "tecito" en los inmensos bramaderos añejos por la explotación de las Colonias, espanto los murciélagos y las arañas policial-fascistas con que la prensa esclava encubre el robo, la traición, el dolo ensangrentado del Monopolio y el Latifundio que parieron la gran manzana de pus de Portales o a González, el insignificante, que arrastra la garrapata de su corazón por el campo de oro y cóndores de la historia republicana.

Levanto mi copa de vino de sombra a la salud de las Democracias Orientales Europeas y remuelo en chileno natural, con ópalos de sol en las guitarras, enarbolando la gran cachada ensangrentada de chacolí de San Vicente de Tagua-Tagua, por el destino social del Egipto, arrojándose contra la explotación inglesa y pateando los pantanos versificados; si da vergüenza asar dos chivitos polígamos sobre el hambre de las Haciendas, porque hasta el rescoldo del pellín se lo robaron los conquistadores piratas del Imperio ilegal de Eisenhower, retomémonos un traguito del apiado porque no cayendo en la ebriedad macabra del roto ni en caponaciones sociales de Mascarín herido, nosotros haremos la Revolución Democrático-Burguesa con el tractor

oriental y la carabina checoslovaca terciada a la mejicana, en relación internacional con los grandes pueblos libres de Indoamérica, arrasados por estupendo mercader de horca y cuchilla, y por encima de los Perones Justicialistas, con delirio circulatorio y oscuro de nazi capado; dejemos al famoso e indecoroso peje-sapo expresar la complejidad catastrófica en el lenguaje pastoril del ulpo, pero nosotros hechos a patadas y hachazos, con órgano de pelling o de peral maulino, cantamos, no como carajos poéticamente borrachos, sino a la manera de los antiguos aedas-políticos, bramando entre las yeguas rabonas de la poesía inmensamente amarilla.

El puñal de las lluvias cansadas tajeó la tos nacional de los desamparados de Chile y el ex-pátrida del Mapocho escupió un "18" de sangre y arañó la bandera pisoteada por gringos maricos y alcohólicos con la atómica entre los dientes; criadero de asesinos, la patria antigua se parece a una inmensa ratonera-gusanera de limosneros y cogoteros, sobre los cuales los millonarios derraman whisky, sudor, mierda y andrajos de misericordia en toneles y el catolicismo de la burguesía ruin y amarilla por traición y especulación congénitas es como un loco rabón que robase el oro del pueblo; prepara la guerra injusta, de invasión, el especulador y hasta las fábricas de sebo producen ametralladoras; la ahita y oscura Yanquilandia, al asaltar en despoblado a Guatemala, predica la Democracia con la boca hedionda de los cañones, llamando bandidos malvados, "comunistas-anarquistas" a los que defienden su pan y su patria sudando horror heroico frente a frente al fusilamiento familiar decretado por roñosos comerciantes-sacerdotes-mercaderes del espionaje, atorados con acumulados dólares-sangre, que rugen como tigres en un sepulcro, podridos y barbudos como delincuentes o arcaicos fantasmas; las horcas atorán el gatzate del paisaje que emerge de un tarro de basura en el cual aúllan escopetas y bacinicas en rebelión y el orador de los choclonos vomita voz hedionda como la palabra traición, encima de la masa obrera; ¡venid, granujas de la literatura con vuestros traseros de sombra, venid, venid a orinar la belleza de antaño con hogaño entre las verijas, venid, oh! moluscos de escupos, venid con chivos malditos y sapos del brazo a estrangular al pueblo con la pretina de los calzoncillos, comeos los pueblos, anfibios o batracios de hiel y sangre helada, comeos los pueblos, tiburones en aceite porque, he aquí que como en este instante la miseria echa grandes peras de ceniza, ha llegado el momento de los buitres oscuros, de la calumnia y la hiena roñosa y metafísica... ¡sobre el hambre, azotes, sobre el hambre, alcohol, sobre el hambre, fusiles y látigo, el roto y el buey, al yugo!... el yanqui copado pateo a América como un rufián a su querida, y Chile antaño tronador, soberbio, el que roncaba el litoral y sus bahías continentales con el lanchón maulino, va con sus andrajos y su ollita-Verdejo, su perro-Verdejo, su vergüenza-Verdejo y su ebriedad-Verdejo y su cogoterismo-Verdejo, de cárcel en cárcel llorando a la limosna "americana" o a la inmunda caridad justicialista, como el peruano, el venezolano o los gauchos marcados y agigantados hermanos, entre los cuales el arriero fué un centauro con el huracán en la montura; somos un pueblo de soldados soldados soldados de la paz, armados contra la guerra injusta, somos un pueblo de soldados, obreros y peones y marinos universa-

les, al cual explota el mercader imperialista, que es un buey cornudo y borracho con Coca-Cola, en sociedad con "los caballeros"; patriotas del proletariado y su heroicidad, abrazamos la epopeya embanderada de O'Higgins y nos cortamos la lengua entre los dientes cuando los marranos americanos de la Braden-Copper levantan un estado policial adentro del Estado nacional de la República y halla sirvientes para tal empresa de escarnio, que es como si las propias águilas se comiesen los hijos; por las cunetas y las acequias de las aldeas corren ríos de vino a engendrar Eglogas de Garcilaso en los potreros y la multitud no se emborracha, se envenena con la falsificación asesina, elaborada frente a frente al Gobierno por extranjeros y por cogoteros legales; ya seremos lo que queremos ser: un país fanfarrón de rufianes y de ladrones, de ladrones y de rufianes, de rufianes y de ladrones con un rotito a pata pelada en la punta y con un relumbrón de oro a la espalda, llorando miserias sobre riquezas y manchando y apabullando un ejército popular de leones continentales, con un pacto militar entre patronos y peones, a las riberas mismas de la gran mar-océano de Recabarren; ¡jarrebatemos la bandera inmortal a la podrida oligarquía maldita, victimaria de Balmaceda, sirviente y quinta-columna de los Imperios negros, gran yegua rabonal...

Empapelado con diarios usados, el mundo asiste a la elaboración de la tercera guerra mundial por Norteamérica y sus esclavos; huevos de oro y de culebras empollan la bomba atómica en el corazón de los trusts y las corporaciones, el Papa bendice el crimen internacional con sus dos manos, echando el veneno de Dios adentro del hambriento como un fósforo en la pólvora alcohólica de los guerreros-mercenarios-empotecados por grande hambre y religión y los títeres "democráticos" rebuznan bien alegremente en establos-embajadas; escribe el comerciante y rima "perro" con "hierro" y con escupo figurándose ser un ser humano; la bestia cornuda de los bussines se tercia el arma a la cadera de los capones y de los matones como la mochila de Napoleón a la señora de los prostibulos; y echa gran baba pública la Vicker-Armstrong, sobre el culo de fuego de las tinajas.

Arriba la China de Mao, el gran poeta que conduce hombres, y por las bases de sangre de Chile; rotos y gauchos, junios por encima de los gobiernos!; y cuando el tiburón domesticado del capitalismo empuje las fuerzas armadas, pueblo en armas contra pueblo en armas, ¡disparad contra los verdugos!; ¡paz, pan y libertad!; mil millones de hombres defienden a una paloma y ramas de olivo dan hasta las más altas murallas, porque el hombre condena la guerra que persigue el asesinato de la humanidad a mansalva; si estamos completamente hediondos a demagogia y peronismo, larguemos un escupo grande; yo moriré, pero el pueblo es eterno y la inmortalidad es su carácter, pues reabre en edades horizontales su ferretería y sin embargo talla la materia social en la historia y el pensamiento estupendo, como el arte su imagen; ¡apuntad al aventurero impostor y al Tirteo caracolista con la misma pólvora!; la vieja estrella colosal alumbraba desde el Oriente el camino de los trabajadores y el mundo es rojo y sabroso como las sandias, cuando los obreros mandan y manda la justicia encallecida con la libertad real en los martillos; no hacemos circo obrero en el lenguaje, ni lo manoseamos como a una ramera borracha, ama-

sándolo con pingajos, denigrándolo por oportunismo; truena la huelga y los sindicatos organizados en rebelión batallan por las reivindicaciones inmediatas diametralmente implantadas contra el trotskismo y el revisionismo marxistas; pero los obreros no pelean por ideas, sino por derecho a la vida, padre y madre de todos los principios; y cuando exigen *pan*, exigen *paz* y *libertad* con la punta de las barretas, porque es una la lucha del explotado contra la explotación del explotador capitalista; el mundo colonial levanta la cara hermosa y grandiosa como la obra de Winétt de Rokha; estallan entre las lágrimas del sol las cartucheras y las bayonetas, y el arriero que engorda al animal y únicamente obtuvo carne de hambre dejará de ser vestigio entre vestigios con escupos de religión y andrajos de espanto, y alzará la faz popular en el ventarrón de la historia como un zapato negro un soldado muerto; Chile me duele entonces adentro del pellejo del corazón como cuchillada mal clavada en palo de hierro; y cuando por debajo de las expoliaciones voy andando, con mis aperos de gañán de las letras chilenas o león catador de vinos y lágrimas, la patria rajada, las hachas rojas, anchas, con que escribo, relampaguean como la cabeza de Dios en las tinieblas, mi acordeón de inundación se enfrenta a la tempestad huracanada y un crujimiento de cadenas rotas atruena el techo del mundo, encima del cual, atorado de angustia, apuntalo mi voz tronchada en la emoción chilena, y me sonrio, a la chilena, del tonto del hueso.

Podridos el subsuelo del delincuente, el provocador, el atorrante, el mal policía, el mendigo por engaño y la proxeneta, el matón, el borracho, el ladrón, el degenerado, el cabrón, el falsificador de monedas, el cogotero, el mazorquero, el huachuchero, el cuchilero, el cartillero, el navajero, el escapero, el carterero, el huaraquero, el punga fundido en la sombra lluviosa del crimen, el cuentero, el violador de tumbas, el monrero, el sablista, el cuatrero, el jurero, y la cortera parasitaria, ramera y venida a menos, señorita y prostituta, subproducto y sub-estrato de la descomposición burguesa, todos tremendamente hongos del hambre, del hambre nacional, del hambre, del proceso de hambreamiento patronal del campesino y del proletario, del hambre quemante, del hambre rugiente, del hambre tronante y horripilante, podrida la burguesía maldita y plutocrática, manceba del imperialismo, la gran burguesía y la sub-burguesía del especulador, el demagogo, el falsificador, el peronista, el intermediario, el prestamista y el arribista, el coimero, el fuentesodero, el banquero, el tinterillo, el gestor-soplón-lacayo de las treinta familias y sus sirvientes, que son sirvientes de los sirvientes de los sirvientes, el literato-partera y la literata-sargento, el bo'sista, el petardista, el artepurista, se derrumban mundo abajo como el ataúd del anónimo en la huesera, mundo adentro, como la familia pobre y triste y dulce en la prostitución o en las "pensiones", como la carreta o la vihuela en el abismo; sí, es indiscutible; pero el pueblo y la clase obrera y su Partido relampaguean como toros rojos, como inmensas copas chilenas que parecen carcajadas o llamaradas de la agricultura, como una gran montaña a la orilla del mar, y, tierra adentro, el roto chileno aún existe, él y su poncho, él y su corvo, él y su torso de gran quillay nacional, acumulado... ¡como un puño cerrado frente a frente a la población callampa!...

La U. R. S. S. presenta su mano abierta a la humanidad y su actitud es respetable e imponente como un saco de trigo; la risa de la niña soviética derrama un chorro de cristales rojos y baña la madre en aceite de olivo conyugal todas las heridas del mundo, y da de comer y de beber al viandante los vinos inmensos del conocimiento, mientras la paz sesteaba en los Urales; y hasta los siúuticos premeditados y analfabetos que van a provocar al festival de Bucarest reciben rojos claveles de amistad que escupen como un borracho los despojos de su patria; el potencial militar-popular-democrático frena la bestia burguesa, el mercader asesino se desgarró las mandíbulas contra la memoria de Stalin, y aunque nosotros, los piosos descomunales e irremediables, montados en caballos de andrajos, encima del hígado de América, nos emborrachamos en alcohol falsificado lanzando el vino a las cunetas y el oro o el radio a los bolsillos yanquis y revolcándonos con espanto en la miseria del Payaso, Capitán de degenerados, lloramos, ya bramará la libertad como una gran leona y los rotitos tuberculosos morderán carne animal en colosal ganadería y no sólo los solos porotos irreparables, en este instante de azogue aliñados con latigazos, con anchos gritazos de barro y puntapiés, mientras la página central de la "prensa-seria" publica un cadáver de madre con la vulva rajada a puñaladas a fin de dar publicidad melancólica y aplaudir al asesino; muertos no estamos, aunque lo pareceríamos, y aún flamean las banderas en las aldeas; el huracán nos azotó el costillar andino-oceánico y las pilchas mojadas o como sarmientos de vid o despojos de una gran batalla, dolorosamente humean al sol entre lagartos y pingajos, la pipa vinera enfermó del corazón, abandonada, y los terrenos erosionados apenas dan la arveja ruin o la lenteja con gorgojo, porque la tierra emigró al mar, como una golondrina roja; da lástima la poesía tan amarilla como un muerto y en la cual un pobre y antiguo joven, imbécil de profesión y aficionado a la literatura, acomoda la máquina hacedora de reputaciones, y como no funciona se masturba adentro de un caracol vacío; yo y mi corazón afrontamos irremediablemente enlutados toda la desgracia del mundo; pero no acepto sino la gran caída de pie en la nada, abrazado a la memoria inmortal, peleando, sudando y peleando, llorando y peleando, bramando y peleando, peleando por la belleza social y la justicia social en todos los pueblos, por el pan, la paz y la libertad, conquistados a dentelladas, mano a mano con el hijo del pueblo; adentro de la tierra hinchada de dolor habita la sociedad futura como el mar en un huevo de oro...

Fabricante de soplonos provocadores en las Colonias económicas, el F. B. I. lanza su esclavo contra el gobierno liberador y democrático y en servicio del explotador y del expoliador sirviente de los ensangrentados monopolios en sangres sociales acumulados, devoradores de las médulas de las épocas y el sudor nacional del ser humano, e implantan la insurrección demagógica; contra el invasor extranjero y contra el colonizador extranjero, nosotros, los últimos patriotas ¡levantándonos a arrojar del templo los mercaderes y los comerciantes negreros, forjemos adentro de las nacionalidades la unidad popular de la liberación!; y si como la tenía inmundada el salteador internacional y sus Judas de lluvia y tinieblas se esconden en el vientre de las naciones, se esconden

den devorándoles el corazón y las mismas vísceras y las entrañas del pan y del espíritu, deformándolos y aplastándolos con la filosofía de la esclavitud metafísica y las ametralladoras venales, ¡que se levanten y se arrojen los pueblos contra los verdugos de los pueblos en el levantamiento universal de los pueblos!...

Antaño emigré del Licantén echado como caballo a la orilla del mar y a cuya espalda el acordeón de las marinerías azotaba las montañas huracanadas Mataquito arriba relinchando contra el robledal famoso; arriero o ferroviario o lanchero o domador o minero-nortino, el ulpo, el charquicán, el vino me perfuman la montura, porque soy huaso montado y de caballería y mi escritura es exactamente experiencia de viejo campesino viudo que arrastra la sabiduría humana en la lejía del dolor que lo amansó con hierro ardiendo azotándolo; acostumbrado a usar el puñal trinchando el asado de aquellos que nos criamos encima del avío me enorgullezco de ser varón de amor que no pelea si no provocan, porque comprende que posee esa rosa muerta en el alma y la respeta; familia de los venidos a menos, la desesperación lluviosa y mohosa de la Clase-Media departamental-seminarista, pisando corredores de adobe, murallones trizados y ebanistería de ocasión y fracaso, anda penando sola en mis antepasados con retratos horripilantes y corbatas que parecen espadas o enmohecidos fusiles o cornetas de ajusticiamiento y venganza, tremendamente colgadas como palancas de máquinas sin funcionamiento a la manera de papiros o candados sobre difuntos, y conviví con mi padre y mi madre, que eran heroicos y apasionados, aquella ración modesta de felicidades y onomásticos de aceituna y remembranza, con funcionarios públicos más o menos pelados y amargos de las diputaciones aldeanas; fui el General de "los provincianos estrafalarios" de Taica, con un Esquilo descomunal y un traje macabro y escobillado de pelambre de colchón funeral por la soledad asesina y amarilla del siútico que supera su clase y se proletariza, agarra a patadas los diplomas y escribe desde la hora de las calandrias a la hora de las campanas y los murciélagos y se arroja sobre la noche, por debajo, deshabitado, en Santiago, entre los dulces imbéciles de su época y va a naufragar al barro con espanto de la provincia hostil, maldita, enloquecida con su ojo de plomo y de revólver; después me casé con la niña-violeta y pájaro, gaviota-golondrina-paloma Luisa Anabalón y afronté la vida mísera y grandiosa del preceptor rural, maestro-ciruela, del administrador agrícola que se levanta con la madrugada y hace poemas con caballos y con arados mundiales, del vendedor de libros y cuadros cubierto por el aventurero de calumnia, mientras Winétt era la esposa-sol, la esposa-guitarra, la esposa-flor enchapando el menester cotidiano de heroicidades y azúcar de camino real, hasta la caída del gran crepúsculo, en el instante en que la literatura de alquiler se refocilaba en aquelarres homosexuales de imbéciles y toxicómanos; yo bebía tinto y comía choros y digüeños, saliendo de adentro del deslumbramiento inmortal de su cariño, sudando y bramando de dolor, bañado, para siempre nunca en descomunales acentos y luz inmortal; relato el hecho del pueblo cantando y la gran hazaña universal de las muchedumbres, que ella llenare

de cristales de eternidad que echan espanto, como lo entiendo simplemente en lenguaje de carrilano y de viñatero, de patrón de lanchón maulino o licantenino, en la linda bahía de Perales, de corredor en vacas o trillador en yeguas, chileno con pellejo y todo, biznieto de jubilados y montepíos con relación a la desocupación, y escribo las cosas directas del padecimiento, las deudas caseras, los "empeños" relacionados con el universo de la carestía y la sepultura inmortal de donde emerge una gran espiga del tamaño del atardecer echando miel y fuego enorme por la boca, y un sonido a trompetas de la montaña; si padeci la explotación clasista territorial de la expropiación burguesa en todo el lomo del corazón, y vi vivir, sufrir, morir conmigo lo mismo que rosa de naufragio, a la única mujer que idolatrara, ¿cómo no endilgo mi canto de hierro con fuego exactamente a la manera de la cuchilla contra la burguesía y escribo como un roto siendo un roto medio-pelo Díaz-Loyola, o levanto exagerados y terribles espantos y montañas de patadas y las arrojó contra la canalla internacional imperialista, que se revuelca en las médulas y en las células de los trabajadores, ahorca al patriota, difamándolo, y fusila acumulaciones de hombres enormes en las nacionalidades arrasadas?; luchando por la extinción del estado burgués, por la dictadura revolucionaria del proletariado en el instante en que estén dadas las premisas y se establezcan las circunstancias en madurez y por todo el poder al pueblo, el quejido de la patria ardiendo me horada las entrañas y la rebelión de Chile, estallando como estampido de ametralladora es este lenguaje furioso-tórrido americano, barroco-gótico, con terremotos de ferretería, ahuyentador de capones, alcahuetes, homosexuales y trotskistas, y adentro del cual ocupan un estadio equivalente las huelgas obreras de Potrerillos o la insurrección de Sumatra y el vietminés o el rodhesio o el venezolano insurgente se compadecen con la tremenda flor de andrajos que remece mi patria; como daría la vida por el Partido de hierro y de fuego, mi estilo expresa mi cariño, como retratan los pulsos humanos la viscera social del hombre, y aprieto contra la vieja chaqueta del esqueleto mi doctrina de marxista, por la cual los dos juntos vivimos y sufrimos, ella y yo antaño, con heroico padecimiento; soy un poeta atribulado de dolor personal que se transforma en popular y se desplaza, pero se redime heroicamente cantando lo mismo que el vaquero charquea un lomo, el compañero hermano zapatero ajusta la suela batida al zapato de miel, pulido como anillo, el arriero arrea un toro o el Cura Pancho Yegua se harta y anda borracho hasta las lágrimas; así es la historia; expreso al abogado sebiento que quería ser catedrático y era un guarango inteligente a pesar de ser católico-apostólico-alcohólico como un asno de aldea, al compadre medio-pelo al cual la señora gorreaba y pateaba simultáneamente, al "Pujo" Ramirez, correcto e imbécil como un poeta de sociedad o un "Premiado", con su diploma y su catecismo de borrachento, su gran bata rosada de cabrona, y su vestíbulo o su prostíbulo de medio-pelo, en el cual la patrona completamente idiota y piadosa se solaza leyendo al mascarón de la retórica y la poética acabronadas, a "don Pijermo", a quien los huracanes le rompieron los pantalones y a quien los pantalones rompieron los

huracanes, los que por tanto llorarlos se llenaron de terror vecinal, y se agujerearon en triste y grande Poeta de Bahía; a aquella pobre y misera gente con un álbum de familia y un sobrino profesional, que, precisamente como es tonto como una mula rubia o la yegua de mi comadre o una "doncella" pura de la aristocracia y hermafrodita, ya ocupa una gran tribuna burocrática y la situación privilegiada de los imbéciles, premiado por literato, condecorado como los caballos de carrera, considerado y cornudo por vocación y temperamento, a la parentela licantenina, cicatera y piojosa, roñosa, sebosa con emputecimiento ideal-clerical-departamental y la ambición hedionda del finado don Custodio, al viejo y querido guaco Osgard Cháffez, comedor y tomador de muy rancia estirpe, con su causeo de patitas bien alegre y bien agreste en el funeral de la República asesinada por los caballeros de la traición aristocrática y con su estampa de gran poeta rabelesiano o de carnicero o de bodeguero o almacenero en frustración, por la cual gotea la poesía no ejercida como una inmensa lluvia de alma y de hojas caídas, que son lamentos o proverbios o silencios que por la eternidad resbalan, al artista descomunal que fuera viviendo y muriendo Abelardo Paschin Bustamante, al cual condenó el bonetón ¡cobarde! del destino al olvido por amigo de los de Rookha y a gravitar como piedra de fuego en las entrañas mismas del país chileno, hasta la hora de las trompetas y el Juez tremendo, a Rubén, a Tomás, a Raúl, distinguidos cogoteritos alquilados de la literatura y borrachos que probando el vino lo envenenan, lo contaminan de hediondez, capaces como son aquellos de envenenar el veneno ¡oh! caracol envenenado y hediondo, ¡oh! impostor, ¡oh! calumniador, ¡oh! proliferador de enfermedades inmundas, ¡cómo tan solo te quedaste, cabrón-maricón, cómo tan solo te quedaste, ¡oh! pajarón "justicialista", ¡oh! escorpión de babas y mocos celestes, ¡oh! compadrón y ramera, con tus pingajos de literatura de masturbaciones, ¡oh! puto macabro, ¡oh! antiguo aventurero policial, al cual le arrastran las bolsas vacías de hombroide escandaloso y emputecido, negociante en muchedumbres, ¡oh! burro famoso, carajo, incapaz de engendrar un hijo, a Juan Tachuela, el guatero de la Plaza Egaña, más gran aeda que el inmundo molusco oscuro de los pantanos huracanados del Sur, a los rotitos acaballerados de mis parientes, que poseen aquella gran bandera de luto de las familias copretéritas y los poetastros en juez fracasados, la cual estalla como un fusil ardiendo o como un discurso o como un gran escarnio y una gran patada en la cabeza de Dios, que es un precioso cacharro vinoso entre la ceniza feudal de mis abuelos, a los trescientos mil amigos de las provincias, todo lo heroicos que es posible ser y de gaznate incomparable, con su levita de funeral y su montura de oro y su botella grande como un lagar furioso o un ternero de mar extinto, al obrero del Norte Grande, Grande Norte, correcto de heroicidad militante con mano de santo, sudada y callosa y al proletario salitrero o al peón de dolor que es el apir o al desgraciado pirquinero, al falte-pobre, al viñatero, al carretero, al matancero, al inquilino y al afuerino, al trenzador, al vaquero, al herrero, al regador, al arriero, al lancharo, al minero, al amansador, al pueta, al vendimiador, al trillador, a la lechera y a la amasandera, a las empleadas domésticas arrasadas por la bestialidad religioso-patronal, a

los trabajadores del salitre, del cobre ilustre, del carbón, del petróleo, del oro, de la plata, del yodo, del azufre, del bórax, del manganeso, del tungsteno, del molibdeno, del zinc y de la cal de las caleras, del cemento y del estaño, al poblador de América, de Europa, de Oceanía, de Asia, de África, a los que en este instante son azotados por látigos de invasor en las colonias, a trescientos, cuatrocientos, a quinientos metros debajo del espanto de la periferia geográfica, pantanosa como el corazón del capitalista, a los que en este instante el huracán del mar-océano aterra bramando contra la fiera humana, a los que en este instante van a fusilar por esclavo los esclavos de los imperios económicos, a cuya espalda aúlla la iglesia como una enorme loba, porque soy el que vió lo más triste que existe, al sucio imbécil de los anónimos y las tetas públicas, el cual presenta la marca horrenda de los prontuarios en el mismo y terrible sitio de las condecoraciones, al ciudadano común, ordinario como las monedas y como yo mismo, oscuro varón con espuelas y poncho de castilla ronco, terror y furor de maricones y socialoides o capados de la literatura; porque reflejo lo concreto groseramente, lo acerbo, lo cotidiano, lo directo y alcanzar la sublimidad arrancándole hasta la última lágrima a la materia a patadas descomunales, es mi destino; y no pregunto nada, ¿que pregunten los espías, los quintacolumnistas, pidiendo la filiación domiciliarial, no, no pregunto, enjuicio, acuso, emplazo a la burguesía imperialista y engendro la protesta general de los explotados y los humillados del mundo, porque yo soy un explotado y un humillado del mundo y mi canto es el canto de abajo, desde las bases y los subterráneos multitudinarios surgiendo, como el modo de vida de todos los pobres del mundo...

No ofendo a los pueblos haciendo poesía de sabandija célebre, como una gran vulva, versos de perro o de huevo en domesticación, literatura especialmente falsificada con intención envenenatoria de cobarde, entre rufiánes, orgulloso de poseer la concha más famosa de América; escribo como tomando a lo suicida, entrealegre y desesperado, furioso, acorralado lo mismo que Chile, lo mismo que este enorme látigo con bramaderos y tinajas a la orilla del litoral catastrófico, lo mismo que los rotitos que andan de juerga por Peumo ardiendo, pero escribo lo complejo del pueblo, escribo la nación herida y difícil en lenguaje exuberante como las montañas americanas; mi vocabulario es mi revólver a la cintura y yo, peleando, lo disparo como el roto el choco a su patrón que es un ladrón de tierras; amo los rodeos y la trilla a yeguas, en donde el ponche canta como un pájaro, el asado al palo saboreado a la sombra de las pataguas o los canelos de la Frontera, lloviendo, borrachimiento, bebiendo chacolí con naranjas y mosto enorme, en Coelemu, por ejemplo, las pancutras de las bahías fluvial-lacustres y cordilleranas, calientes y picantes como empanadas, el chancho en piedra en cacho de cabra del que enciende el guargüero como cañón de escopeta-viñatera y da una profunda sed dionysíaca, por lo cual poseo la lengua violenta, tierna, grosera y chorreando lágrimas de mis paisanos, las criadillas de las capaduras de octubre, en enormes brotes con limón llovido y tortillas, las sopaipillas con picante de piures cocidos con blanco pipeño y cilantro que retuestan la jeta del corazón

en la estatura de las damajuanas; pero estoy viejo y atribulado como Oficial Civil de aldea o fusil antiguo, frente a frente a la segunda adolescencia del Gran Gedeón "González", el embalsamador de mariposas.

Tan piratas como los gringos-cuchillos que ametrallan, dopados, a los Mau-Mau que defienden la patria marcada y pisoteada de extranjeros, son las 626 familias de cuatreros aristócratas que poseen, entre monturas y fusiles y cadenas, quince millones de hectáreas de cultivos de Chile y trabajan la quinta parte de las tierras inmensas y vacías como hogares de pobres, asesinando a la población ensangrentada y en la cual tragedia social los suelos baldíos relincha de espanto como los caballos cuando ven destripar a sus antepasados; no es posible cantar las fanfarrias de la calandria insular-volcánica, a la orilla de los esteros y los membrillos de sol sombrío, cuando un medio millón de trabajadores sin tierra reducen la República a una manada de fantasmas desarrapados con el tarrito del espanto, colgándoles del cogote; la Ley Maldita es una gran argolla de vergüenza en la dignidad del pueblo y el macabro "Gabin", cantado y meado por Neruda, aún baila la samba babosa de los asesinos en alquiler adentro del socavón del hambre bramante que invade la nacionalidad apollada como esqueleto de usurero, de la misma manera que un chiflón de viejas aguas negras encima del potencial agropecuario de los treinta mil millones de metros del pecho de pan y vino del territorio popular de Chile que aguardan los tractores de la Reforma Agraria o el antiguo buey heroico, patriota, lustroso, como un maestro primario; es menester matar al capataz-pirata: "*lechuzas sentadas, piojos, miasmas, monos y enormes vientos*", canta la palabra embanderada de Winétt, tallando el retrato descomunal de América y yo tranqueo los campos-andrajos, en los que la ojota vil resuena como cadena, las aldeas de la miseria insurreccional y las provincias lloviendo o ardiendo en los infiernos que se oponen integrándose, con su libro de fuego y sesos en el corazón ambulatorio; ardientes como canciones de la meseta del Anáhuac o arcaicas y ensangrentadas como las proclamas de Camilo Henríquez, socavan mis palabras con la inmortalidad helada; o apuñalado hasta la médula contemplo al corsario de Inglaterra, envilecido y oscuro acusar de comunismo internacional, subversivo a los patriotas de las Guayanas que trabajan por la libertad, que es pan y paz, rajando el encadenamiento colonial, y escucho en mi corazón cantar las rotas guitarras rojas de antaño en la epopeya de la Independencia, en la cual gravita la gran espada atrabiliaria de "Los Carrera" y su coraje de gaznate de león, el sable de sangre de O'Higgins sudado de caballo y pueblo, el poncho del primer roto de Chile: Rodríguez, contra la paya dorada, patronal-colonial de don Javier de la Rosa, vencedor por engrillamiento macabro del mulato Taboada, las tonadas cordilleranas de Curillinque, Maule arriba y Maule abajo, los garroteros y los cuchilleros de Portales, comedores de pantalones, borrachos y podridos al sol de la Burocracia y los Monopolios-Latifundios, el canto de gallo popular de Recabarren, como bandera, como tribuna, como cabeza de mito, las patadas del "Gran Señor y Raja-Diablos" en la "callana" de la "rotada" de la cual se hacen héroes y líderes con gran

levadura nacional y médulas inmensamente trágicas; indiscutiblemente los "dos" jureros académicos que expresaron en "Danielillo, el ególatra", la descomposición nacional, la cursilería, la canallada, la basura, el cañoneo del mediocre disparando la carabina de Ambrosio en la agonía de la burguesía, el justicialismo, el franquismo, el masoquismo, "El Mercurio" y los descamisados, el escepticismo, el rajadiablismo, y las pelotas de sombra de las alcobas de la oligarquía, se premiaron en el imbécil, premiando la imbecilidad continental-universal en el gran idiota melancólico y a todos los tontos de la tierra: dar la línea poético-política a las multitudes combatiendo y conducir y definir a las muchedumbres, expresar las amplias masas ciudadanas en poemas de la insurgencia civil, escuchar el latido y los pulsos chilenos, tremendamente ardiendo entre espías y matones, poetas y rufianes, mesías y ladrones, mancomunados en las carnestolendas descomunales pero equidistantes del papado y el imperialismo, orientar la voz de Dios de los pueblos, rugiendo por adentro de ellos la expresión mágica, multitudinaria y popular, he ahí el mandato de heroicidad que nos ensancha las espaldas: "por necesidad batallo y cuando monto en mi silla, se va agrandando Castilla, delante de mi caballo"; y cuando rebuzna el "Grand Felisteo" y millones de caracoles echan gran baba clerical, yo empuño mi rebenque cosmopolita, trenzado por Curicó adentro y azoto a la granjería terrible, omnipotente, con sus enormes cuernos de ciervo en la esclavitud de los antiguos yugos; a la orilla de mi guitarra o mi tinaja azul, el envenenador público que vende aceite mineral para la comida del enfermo o del anciano, los delincuentes del volante inmensamente tenebroso-tenebrarios, el criminal fuentesodero ladrón y rufián de tan mala entraña como un tal poeta o una gran culebra de vergüenza, el pajarón-verdugo de los descamisados porteños, la roña hedionda de la masturbación académica coronando espantosos gallipatos de Dios, me ensucian las espuelas como campanas grandes, cuando los cabalgo aparejados con cabestro o al hermafrodita-oportunista-explotador de los trabajadores... ..

Canto mi canto macho deshecho de adentro, partido por el eje, herido y transido de congoja íntima que transformo en pública y contesto a la adversidad definitiva con grandes patadas de león popular, hecho de fierro; enjuicio la incapacidad del Gobierno que tiembla llorando, como un andrajo azotado por el huracán de lo infinito o como una gran espada que mellaron frente a frente a la masa humana, y acuso al imperio burgués de todas las desgracias del siglo, estupefacto ante el régimen de calumnias y mentiras que invade las alcantarillas por debajo de la nación preñada de justicialismo y demagogia cachife por terribles cabrones mercantes y por aventureros de la poesía; y me levanto en masa como el último de los chilenos, que como gritando sólo avanza y no llega segundo, me retrato sobre escombros y proclamo "*La Patria Humana*" (*) de Marx-Lenin-Stalin sobre la tierra.

(*) WINETT DE ROKHA: "*La Patria Humana*", ensayo sobre la U. R. S. S., "Multitud", 1943.

GRANO DE POLVORA A UNA CIGARRA

Empuña el sol tocando y desparramando su cuerno de fuego, y en los surcos maduros el pan estalla entre gaviotas y vasijas...

Todo está hecho así, Luisita: vihuelas y cadenas, y somos materia que habla, materia que llora, materia que canta y enormes categorías de espanto: cae el hombre y se levanta la sociedad huracanada, rompiendo esclavitud adentro y congojas grandes como espigas o como estruendos de eternidades que batallan arrojándose montañas a la cara; amor, aquí estoy cuidando tu sueño como un tigre rojo o un soldado de basalto de centinela en las avanzadas del mundo.

Sobre el hambre del régimen levantan los imperios económicos la bandera negra de la piratería internacional, enarbolada por los Caínes y traidores, y el águila de los infiernos desgarrar y aplasta vientres de mujeres de miel y niños atroces con la pata macabra de la guerra y la inflación rugiente de cadáveres.

Monologando, arañándome el corazón con la cuchara rota de la pena, me arranco el pedazo del alma que representa a cada semana y te contemplo a ti adentro, solita y enorme como un nomeolvides en un abismo; viejo, furioso, tierno, el rescoldo del remoto querer levanta llamas tronchadas y multitudinarias, rajando el hígado anciano del quemado roble, y una perdiz feroz torna y emigra: soy espectáculo y audiencia de un drama eterno, copretérito, en el cual mis entrañas son el personaje latente, el rugiente fusil o caballo desaforado que busca abismos, y un hijo del pueblo, cruzando los pueblos hambrientos con su atado de volcanes gritando en la soledad de los navíos; no volveré a besar nunca jamás tu boca de tierra y mundos; y a la orilla de mí las hienas lluviosas y envenenadas de "Dios" rajan la sábana de luto del tiempo con las garras quebradas y ensangrentadas.

Llorando como el retrato de Balmaceda en la decadencia de la clase-media provincial de hoy, penoso y telarañoso te escribo, circunscrita de amapolas, versos de fuego con hierro rugiendo y tórtolas, para el Correo del Otro-Mundo, como un roto infeliz que se lavase solo la puñalada total con el jabón de olor de los recuerdos, encima de la patria caída.

Tremendamente poblado de lisiados y ladrones, asesinos y limosneros, peronistas, poetastros, sodomitas, demagogos y literatos-tiburones-cogoteros

profesionales, el país de Chile parece un poncho de piojos y lágrimas, y a la opinión pública le llora un muerto en la garganta; inviernos sin braseros ni comida gotearon las últimas habitaciones, y tu ausencia, Winétt, socava la patria que cantaste; floreció el peral un tarro de llanto y las palomas se cubrieron de suicidio y lluvia en las mediaguas abandonadas de antaño, en las que denantes sentí el calofrío del infinito bajando como helado y amargo fantasma, o como obrero sin trabajo o como pasado de antigua familia caída en la prostitución y la miseria.

Como un buho en el crepúsculo se derrumban los aterrados demagogos literarios y es horrenda la existencia entre podridas gentes, entre mentiras que roen como ratones rojos la reputación democrática y el don creador, entre Obispos de Mar de la literatura que han hedionda hasta el alma, entre la cháchara radialbestial del compadrón justicialista, que en un aletazo de imbecilidad tenebroso, entre las abejas muertas de tu recuerdo que se manchan las pestañas de oro azul en el pantano de la vida,

Comprendo lo serio y tremendo que es ver llorar a un hombre: lo soy entero, definitivamente, rotundo; tu orgullo fui de hombría lleno, y lloro con vergüenza y con grandeza, lloro tal como un rotito chileno botado en las cunetas del camino, por el cual avanza como grande barco el automóvil del latifundista; o como si todo mi llanto fuera el llanto general del mundo; volveré a ser el huaso de Licantén o de Pelarco, en este horrible hogaño de las derrotas, el huaso litoral, el huaso de montura de potro y cuchilla, cacho y lazo de siete corriones, espuelas con rodaja de campana de luto y manta a rayas color bandera y fuego, y el roto completamente solo y entristecido para siempre nunca, o el hacendado menor sublimado en bodeguero-despachero-carnicero de provincia o barrio de antaño y moriré apuñalado en una gran barranca, vociferando de alegría horrible; mi desesperación fusilera se desafía con mi cinturón de balas y he de caer entonces, recordándote a ti que estás presente con todos los pueblos adentro de la canción eterna, oh! dulce calandria de oro...

Entre el ilustre mar y tú, la relación de profundidad es enorme: es por aquello que no es tu recuerdo quien va adentro de mí, sino yo mismo integro adentro de tu recuerdo, porque yo soy tu recuerdo; desde mi congoja llueve tu nombre, y voy como Galvarino con los brazos cortados a la altura del corazón.

Llora la ojota nacional, y el país hambriento y desesperado aguanta la patada del gran imperio del dólar tallada en la bota del patrón, y el peón apenas se puede la miseria: *tranco a tranco, empujo mi alma como un carretón viejo*; y estos renglones echan humo y pena de gran incendio, como si se quemasen todas las montañas del mundo; sobre las ruinas tremendas alto y retumba el trueno; aguarda un momento Winétt: ¡voy a golpear la Eternidad con la cacha de mi revólver...!

C O L O F O N

E G L O G A

(“LOS GEMIDOS”, 1922, FRAGMENTOS)

CANCIONES DE CHILE A LO HUMANO Y A LO
DIVINO, MUSICALIZADAS EN 1923, PARA EL ARPA
Y LA GUITARRA POR ARMANDO CARRERA.

T o n á

Arre carretero viejo
que venís con tu carreta
acostillando el faldeo!..
...¡pícale, q'uel tiempo apremial!.. ...

Los novio tan esperando
pa que les traigas sus tiesto...
y vos habís d'ir despacio!..
es verdá q'ueres agüelol!.. ...

Póneles proa á los güeyeses
que la mujer tiene sueño
y ya cantan los piénes
en las vegas de ño Peiro!..

Andá á uscar tu tesoro
picaronazo de viejo,
qu'el guainita de su esposo
te quiere hacer bisagüelo!..
¡tirá, tirá carretero!..

Lamento

Canción de los bandidos
y las ramerás pobres,
l'ena de pesadumbres,
llena de maldiciones.

Fosco cantar amargo,
negro cantar profundo,
con la mirada torva
y el corazón de luto..

Déjame alguna tarde,
déjame alguna noche.
dormir, dormir durmiendo!.,
¡tonada de maldades
que parecen recuerdos!..

Canción

Morenita de los grandes ojos tristes
la cutis soleada como espiga;
corazón de la República de Chile
y aromática violeta campesinal..

Piecesitos como flores de copihue,
boca en donde apenas cabe una frutilla,
y tan fina la cintura como un mimbres
oloroso á toronjil y á siemprevivas.

Pechos duros como nido de perdices
y amorosos lo mismo que tortolitas...
...á lo largo del camino azul que sigues
queda un ancho olor á rosas amarillas!..

Duraznero nacional de veinte abriles,
pajarito de mi tierra, golondrina!..
de quererte se me ha puesto el alma triste
y el cantar se me volvió melancolia...

De quererte se me ha puesto el alma triste
y en tu incendio se quemó toda la vida,
de quererte se me ha puesto el alma triste
y extranjera como las hojas marchitas... ..

Treno

Cansancio de los huesos
y el corazón, ¡cansancio!..
cansancio torvo y negro,
definitivo y ácido...

Fatiga de las piernas,
fatiga de los mundos,

fatiga de la lengua,
las cosas y los frutos... ..

Andar, andar rodando
como un carretón viejo
por los caminos largos...
¡cansancio de los huesos!..

Tonada del tiuque

Cuando el sol se va poniendo
y las penas agrandándose,
canta este poeta de pueblo
las canciones de la tarde.

...Están pñando las diucas,
mugiendo bueyes y vacas...
¡hay una infinita angustia
en el són de la majada!.. ...

Solo el tiuque melancólico
no llora, se queja apenas;
¡tiene un alma de filósofo
metida en un gran poeta!..

Y su canción vespertina,
reconforta al peón y al rico
con esa melancolia
de su gesto desabrido...

Cantor de los saucedales,
humilde cantor chileno,
¡cómo tiembla en tus cantares,
cantor de los saucedales,
todo el dolor de mi pueblo!..

Cantar

Te busqué en los mares,
te busqué en las tierras,
no te ha visto nadie
y todo lo llenas!..

Rumbo de la vida,
ilusión cansada,
¿en qué pueblo habitas
y, cómo te llamas?.. ...

¡Seguir caminando
sin ver el camino!..
¡llorar lo pasado
y lo no vivido
con el mismo llanto!..

Cueca de Otoño

Estoy leantando el rancho
pa cüando nos casemo!... ..
...¡empalizáas de álamo,
correor enladrilláo
y maerámøn e peumo!..

Dos entana prencipale
abierta sobre la quíncha,
una güerta e nogale
y'un catrecito e maqui.
pa ormime con m'hijita...

Maitene, lumás, canelo,
pataguas, boldos, quillayes
orillando el gallinero...
y allá á dentradas d'invierno
mosto, tortillas y charqui...

Un chorro d'iagua cantando
por etrás e la cocina,
enfrente un horno e barro
y'un mocosito diablazo
á caballo en las astilla.

Too á lo pobre, ¡qu'iasele!
asiés la suerte de l'ombre... ..
viviremo mesmamente
que las tórtola silvestre
en la ramazón del roble!.. ...

Estribillo

Esta pena de ser,
esta pena de andar!..
llorar, y no querer...
y no poder llorar!... ..

¡Llevar un ataúd
en vez de un corazón,
tener una actitud
de hombre sin tón ni són!..

Vivir y no vivir,
e ir viviendo al azar...
...y tener que morir
para resucitar!.. !.. ..

Buenos Versos

Te quedan grandes los ojos
y los pies te quedan chicos:
¡te pareces á los gatos
mimosos, regaloncitos!..

Cuando miras de soslayo
lomismo que las palomas,
me dan ganas de comerte
las cerezas de la boca!..

¡Tallito de hinojo verde,
zurzulita quejumbrosa,
chercancita pobretona
y violeta de Setiembre
olvidada y melancólica!.. ..

Te quedan grandes los ojos
y los pies te quedan chicos... ..
¡y vas como un sueño enorme
andando por los caminos!.. ..

Marina

A la orilla de la mar
estoy llorando mis penas.

á la orilla de la mar!..
¡Dijérase que mi llanto
hace subir la marea...
...á la orilla de la mar...

Á la orilla de la mar
vengo á recordarte, solo,
á la orilla de la mar!..
¡soy como un muerto cantando
desde los faros remotos...
...á la orilla de la mar!..

Á la orilla de la mar
estoy llorando mis penas,
á la orilla de la mar!..
¡agonizando el ocaso
un pañuelo me hace señas...
...á la orilla de la mar!..

Paya de los rotitos diablos

Soy un rancagüino e los aniñao,
lazo á los corrones, corvo á la cintura,
en mis moceáes ei sio soldáo
y cuando guainita me tiró pa cura.

Ensillar un potro es pa mi una guinda
y d'iun combo siento de espaldas un toro,
tengo una chinita bien requete linda...
cantora y valiosa lo mismo q'uel oro!..

Naci no sé onde, ni por qué motivo;
¡bien puée que sea el diablo mi paire!..
¡domino las cuestas lo mismo que un chivo
clavándole las espuela al aire!..

Las roajas cantan en la madrugáa
mientras voy pitando mi cigarro d'ioja;
me gusta la chicha y las empanáas,
y, en habiendo negras, e l'ombre no afloja!..

Tierras e mi tierra, güenos campo mio,
güenos campo mio, démen un abrazo,
qu'iaunque sea pobre, borracho y perdío,
siempre es verdaera l'atención d'iun guasol.. ...

Cántico

El amor de las morenas
es ardiente y melancólico:
florece en la Primavera
y madura en el Otoño.

Roja flor con rojos pétalos
y un gran perfume amarillo,
corolas llenas de sueño
o gotitas de rocío.

Cuando una morena quiere,
quiere con todo su cuerpo,
y, atardeciendo, parece
una violeta de fuego.

Sumisas gatitas negras,
pozos de angustia y de versos,
jardincitos de quimeras
y ataditos de deseo!.

El amor de las morenas
es ardiente y melancólico...
¡llamas en la cabellera,
un volcancito en la lengua
y el Universo en los ojos!.. ...

Aire de los pueblinos

Vaga mujercita, mujercita vaga,
regalona como gata regalona,
ojazos profundos lo mismo que aguas,
pechos de frutilla, manos de montaña
y piés que parecen patitas de tórtola.

Menudita y simp'e, mimosita y triste
como las ovejas *güachas* de los pueblos;
yuyo de las tierras heroicas de O'Higgins,
pasional y agreste sensación de Chile,
fragante y gimiente violeta de Invierno..

Con sueños, con barro, con sangre, con tierra
hiciste tu nido de oro en las estrellas
o encima de los tejados del mundo;
pajarita buena, palomita tierna,
gloria de tu estilo, flor de las morenas,
sol de las morenas, voz de las morenas
y miel de los anchos panales augustos.

Plática de los desengaños

Todos los días la misma pena,
la misma pena todos los días!.. ...
huesos cansados y carne vieja,
voces quebradas, tardes perdidas;
gestos amargos, caras marchitas...

Lloran los niños, lloran los viejos,
junto á las cunas, junto á las tumbas,
llorar naciendo, llorar muriendo,
llorar cruzando la inmensa curva
que desemboca en la sepultura!.. ...

Mala es la vida, dura es la vida,
negra es la muerte, fría es la muerte:
¿de dónde vienes, cosa maldita,
que el viejo catre del mundo tiene
polvo de tumbas entre los dientes?...

Inviernos pobres, veranos tristes,
pan doloroso de cada día,
padres infames, madres horribles,
carne vencida, carne precita,
desgarradora guitarra herida... ..

Todos los días la misma pena,
la misma pena todos los días!.. ...
andar?.. andemos, ande la bestia,
andar?.. andemos, ¡asi es la vida!
¡asi es la vida!.. ¡y la carreta
por los caminos!.. ... ¡asi es la vida!...

R O M A N C E R O P R O L E T A R I O

(“LA OPINION”, Junio a Diciembre de 1936)

LOS INQUILINOS

Desde lo alto de los ranchos,
la miseria viene cayendo,
—lluvia de piojos, lluvia y llanto—;
y los últimos esqueletos,
—enormes banderas de andrajos—,
van tiritando invierno adentro,
en la soledad de los campos;
la policía está sobre ellos,
haciendo restallar el látigo
y el puñal de “los caballeros”;
son los esclavos, el rebaño
de los peones, son los siervos,
los tremendos siervos chilenos,
maneados y encadenados
por el capital extranjero,
sus “PATRIOTAS” y sus “SICARIOS”;
carne de cárcel, barro y hierro,
flor de presidio en los barrancos
espantosos del cementerio;
salario de hambre, los salarios,
pienso de bestias, en receso,
y el horror nacional, cavando
la pena inmensa del pellejo:
arrasó el capataz borracho
a la última virgen cubriendo
de baba los dieciséis años,

y se abrió el hospital del pueblo;
 por las mañanas, canta "EL MALO",
 entre el coligüe de los techos,
 y encima de un montón de espanto
 hay una inmensa flor pariendo;
 dos leones acuchillados,
 cierran la hacienda; (a ochenta perros
 le siguen catorce lacayos,
 un sacristán y cien llaveros);
 ¡y hay peromotos proletarios,
 detrás de los muros siniestros!
 bajo el grito de los güairaos,
 a la orilla de los esteros,
 o a la orilla de los pantanos,
 a la sombra de los canelos,
 a la ribera de los álamos,
 a la sombra de los gomeros
 o entre mediaguas de rezago,
 oscuros, malditos, hambrientos,
 (murallones ya destrozados
 de una gran fábrica de muertos).
 van los campesinos errando
 encima del país chileno,
 entre viñedos y sembrados,
 entre caballos y corderos,
 parias de Dios, el dios-marrano
 de los ricos y del gobierno;
 porque ya murieron los huasos
 restan los perros de los perros,
 —"PATRONCITOS Y PANIAGUADOS"—;
 a las guitarras sucedieron
 aullidos de mamarrachos
 a la cueca, la bala, el féretro
 de puntapiés de los pingajos,
 la galleta hedionda, el tremendo
 y acerbo puñal del Estado,
 el "Dios" del mal carabinero,
 el hambre, siempre el hambre, el trago
 el trago amargo de veneno
 y humillación de flagelado;
 lejos los pueblos, en lo lejos;
 entre quebradas y barrancos,
 cementerio de cementerios,
 baldío, reseco, malsano,
 llaga del sol, ciego entre ciegos,
 muerto entre muertos, llora el campo.

EL ENTIERRO DE PEDRO LEON UGALDE

Pedro León va recostado en la inmensa caja negra,
—cuatro tablones de roble cruzados por cuatro ausencias—;
un rumor de mar levanta toda la nación llorando
debajo del agua roja de los revolucionarios,
y a la orilla de las altas murallas del Cementerio,
como un capitán de sombras, presenta armas el invierno;
y aquel ademán romántico de gran raigumbre española,
¿en dónde está el gran chambergo y la gran capa sonora?
paso a paso, tranco a tranco, tranco a tranco, paso a paso
el cortejo avanza solo, como un toro degollado;
es el pueblo, todo el pueblo inocente y formidable.
el criollo, el triste, el pobre, el chegre rotito de antes,
más panudo que una res de rezago, en primavera,
ahora de duelo, echado, cargando un saco de penas,
detrás del recuerdo de ése que está tendido allá adentro,
con las dos manos cruzadas en los cien mundos del pecho;
entra Pedro León andando, muerto mandando y bramando,
con aquel bramido grande y mudo de los finados;
y cae en el ataúd la flor popular lo mismo
que una gran lluvia madura de corazones perdidos,
arrastrando en sus entrañas "la chusma" del Año Veinte;
pero un viento de comedia sopla la sombra y adviene
el sainete del Estado, entre las tumbas soberbias,
y el garrote de la ley engrasado de vergüenza;
restalla la espada, empleándose en mitos de cobardía;
y los caballos se niegan a atacar la muerte misma;
Pedro León, ¿qué dice ahora tu amigo, el "León" del Gobierno?
(cerrados están los puños, porque están los puños muertos);
bajo una suerte de adioses, la eternidad enlutada,
se entreabre y entra un hombre a las soledades máximas,
dejando a la autoridad clavada en su chisme humano.

tal como a una arpía vieja y ciega, vociferando
frente a las masas obreras, grandiosas de comunismo;
(palabrotas de matón nacional), enfurecido,
el "Senador de los Pobres" duerme para siempre y nunca;
pero, revólver en mano, se levanta su figura,
apuntando al corazón negro de la oligarquía,
y su proyectil eterno marca la casta asesina;
¡Pedro León, te escarnecieron, Pedro León, te pisotearon,
dispara, desde la muerte, contra los reaccionarios,
los fariseos vestidos de palomas, los verdugos,
comerciantes — asesinos de Satanás y los últimos
ejemplares — miserables del embaucador "patriota",
los sicarios, los esbirros de la morralla católica,
dispara contra el fascismo y el imperialismo: el HAMBRE,
dispara contra la guerra burguesa, pavoneándose
sobre la masa y los gremios heroicos de proletarios,
dispara contra los ricos, dispara contra los amos,
por el "Frente Popular". Pedro León, desde la nada,
desde la sombra infinita del infinito, dispara!...

DECIMAS DEL ROTO-CHORO

Gualetudo y tirillento,
como un llanto de sainete,
o una gran lancha al garete
en un gran mar de tormento,
azotado por el viento
de la canción popular,
va de pajar en pajar,
andrajoso de aventura,
buscando la sepultura
en donde echarse a rumiar.

Tinaja de vino malo,
cuero de chicha vinagre,
¡si ya más parece un bagre
disfrazado de robalo!
entre el azote y el palo
sufriendo de sol a sol,
hasta el último arrebol

le arrasó la oligarquía,
y arrastra, a medias, la hombría,
lo mismo que un caracol.

—Te llevan a la trinchera
como al burro al matadero,
chillando el bufar guerrero
de la gran maffia logrera;
y te espera la huesera
del piojento nacional;
saliste de tu corral
a asesinar proletarios,
policial de los corsarios
del amo internacional!...

Viejo Chaplín rancagüino,
todo pulguento y chinchoso.
¡Si está tan bien reseboso
tu gran guarapón maulino!
parece barbero indino
la mantita vecinal
y la ojota anda tan mal,
con el pantalón bombacho,
como el grito de un borracho
adentro de un hospital.

¿Ya nunca tendrá montura,
ni lazo en la pegualera,
y no correrá en la era
como libre criatura?
bestia del rico y del cura,
infeliz sin porvenir.
¿Habrás de ir y venir
humilde y acorralado
igual que un potrón capado
que mendigó hasta el morir?

Morralla del patroncito,
roñoso esclavo campero,
haragán electorero,
rey y buey de un clan maldito!...
un despertar infinito,
aún le patalea, aún,
y desde Iloca a Colbún,

desde Cherquenco a Rosario,
su rebenque estrafalario
raja la fosa común!...

Jardín de tiras y piojos
¡apunta la carabina
contra la casta asesina
que te ha sacado los ojos!
en grandes pendones rojos
tu ilusión has de poner,
no llores como mujer
ni te humilles como un perro,
¡aprieta el puño de hierro
y déjate de joder!

Diviso una gran marea
levantándose, tamaña,
inmensa como la araña
que en los sueños manotea,
y un gran arriero que arrea
un rebaño de salón,
en donde no va ni un peón,
sino los amos del oro...
¡el güaina es un ROTO-CHORO
arriando al futre ladrón!

Con guarapo envenenado
lo curaron hasta el hueso,
porque lo creyeron leso
como animal de ganado,
fregado y apachurrado
de tanto y tanto aguantar...
¡Pero se van a ensartar
los que le piensan vencido,
porque del hombre jodido
crece muy lindo cantar!

Mal hablado y pendenciero,
nacido de yerba negra,
todavía el corvo integra
su figura de naviero
piojoso y aventurero
caído en el ventarrón,
y aún le queda corazón
a esa inmensa ruina humana
para agarrar la picana
y clavársela al patrón.

Y ha de manejar un día,
bajo La Bandera Roja,
la espada de la congoja
como un grito de alegría;
cruzando su rebeldía
de toruno bramador,
anchas leguas de dolor,
abrazada de heroísmo,
implantará el comunismo
del pueblo trabajador!...

ENJUICIAMIENTO Y ABOMINACION POPULAR DEL FALSO PROFETA

Payaso de sepulcro, titere ensangrentado,
¿qué rencor ancestral te impele obscuramente?
¿en qué región de horror y terror fué robado
tu corazón de loco de luto, hipotecado
a una obscura hiena demente?

Rufián de Dios, andrógino dramático, asesino,
y espantajo de dulces mujeres de manzana,
vergüenza del varón alemán, tu destino
de hipnotizador lúgubre es tronchar el camino
a la reputación humana.

Se te cae la baba sangrienta sobre el mundo
y un niño degollado llora entre tus verijas,
como un lagar de sangre, patán de histrión inmundo,
el gran Wotan te escupe, desde lo más profundo
de las altas y anchas vasijas.

Si las Gretchens de azúcar te azotan el pellejo
con palitos de nácar dulcemente germano,
tú meneas la cola de eunuco y de conejo,
a quien el historial clínico de un complejo
lo derrumbó en lo subhumano.

Son tus crisis tremendas de furor, el delirio
del gran degenerado que se ahorca en la cola,
y tu iluminación mística es el martirio
del anormal, que arrastra el cadáver de un lirio
clavado a una inmensa bola.

Saco de nieblas, Goethe se tapa las narices
cuanto tú, personaje lamentable, dopado
en Sodoma y Gomorra, vas pariendo lombrices
y leones de pega, sobre las cicatrices
de tu enorme pueblo engañado.

Furioso, enloquecido, tal como la ramera
a la cual el amante le regateó su precio,
ruge tu picaflor psíquico, a la manera
de un cañón que fabrica pajaritos de cera
en bolsas de pena y desprecio.

Frankenstein de opereta, monstruo de pacotilla
y manicomio y casa de citas y antesala
de morgue horrible y gusanera amarilla,
ladras en cuatro patas encima de una silla
que se parece a una bala.

Te echaste, obscuramente, contra la Europa, hierro
de Satanás, antiguo Gog entenebrecido,
bailando en los sepulcros tu ruín sueño de perro,
y orinando, como las yeguas, el cencerro
de gran criminal resentido.

Cómo te miro, ardiendo, Redentor en camisa,
en una gran fogata con tus lugartenientes,
solo, frente a los tontos roñosos, con tu risa
de gran capón, que arrienda la violencia postiza,
con Jesucristo entre los dientes.

La grandeza te ofende enormemente, el santo
contenido social de la U. R. S. S., su heroísmo
aterrador y proletario, como un canto
mundial, entre los pueblos del siglo, alza tu espanto
de mujer, mujer de ti mismo.

Bramas y ruges, gritas, y es porque tienes mucho
miedo y los grandes buitres de la conciencia humana,
te escarban las entrañas de temible avechucho,
que se imagina descendiente de aguilucho,
y es hijo de sapo en marrana.

Impostor de "tu" pueblo, agresor indecente
de las anchas aldeas pacíficas y umbrosas,
dopaste tus mesnadas con inmenso aguardiente
de pólvora, y te ungiste, indecorosamente,
el cabrón de todas las cosas.

Macho y hembra, hembra y macho cuajado en un orate,
delirante espantable del lenguaje endocrino,
tu religión arrastra un piojo en el gaznate,
y tu actitud feroz es como un disparate
con polleras y masculino.

Asno-dios, cerdo-dios, bufón de los bufones,
la esquizofrenia lógica, aliada a la hidrofobia,
te corona de un gran aullido de naciones,
mientras tú te paseas entre tus escuadrones
con tus azahares de novia.

Juntas el hacha al "lapsus" y al truco y la patada,
y los pueblos heridos incendian la herramienta,
rugiendo y se suicidan frente a la gran manada
de tus esclavos y tus borrachos de camada,
vomitando la gran afrenta.

Las altas masas trágicas de Gran Bretaña rugen
engrandecidas contra tu ejército mecánico,
y el costilar y los pulmones de tus cañones crujen,
mientras tú te hartas de pasteles y de "Cugen"
coqueto, furioso y "mesiánico".

Contra "la patria humana" de Lenin te rompiste
el hocico de rana, que se tragó a la Francia
de Rabelais, la dulce, la preciosa, la triste,
y, ahora, pataleando como un loro al alpiste,
tornas al idiota de infancia.

Eres el megalómano "fuñingue" del hospicio
universal, y, sin embargo, tu herradura
está clavada, como corona de cilicio,
en el gran portalón, por cuyo intersticio
divisamos tu sepultura.

Viendo la Estrella Roja tu furor se levanta
y a la Hoz y el Martillo le hincas el diente ingente,
frenético orangután diabólico, tu planta
yérguese contra la multitud sacrosanta,
cual una borracha impudente.

Y tu fusil de ladrón de la vida atea
apunta a la estupenda barricada marxista,
la baba untada de "gigolos" de batea,
cuando, como un león imperial, te bromea
el gran Partido Comunista.

Tú, el mastín del fascismo-nazismo-imperialismo,
el imbécil que va a parir la nueva mística,
el esclavo, el sicario, el lacayo, tú mismo,
te envenenarás las entrañas, lo mismo
que una gran culebra eucarística.

Chile te ofrece un "palo de fierro" bien puntudo,
para que en él reposes tu enorme asesinato,
y su puñal de roto de fuego, tan filudo
como un chiste clavado, por el criollo agudo,
medio a medio del mentecato.

Nerón de barrio bajo, Mesias de hojalata,
corruptor de menores y enfermos, impostura
y excrecencia de "efebo" en el balde de horchata
que es tu *corazoncín* de huacho de pirata,
que se cree una gran figura.

Difuso y sanguinario verdugo, gran idiota
de la literatura, el héroe europeo
no está muerto, está vivo debajo de tu bota
de mal actor y de cobarde, y la remota
voz anda buscando un Tirteo.

La España Leal te sigue como una inmensa sombra,
y el español, ¡oh! policía de millonarios,
el español no olvida, y aunque tu sol se escombra,
detrás de las montañas de Cervantes, te nombra
empuñando los milenarios.

No morirás, el grito de las viudas gloriosas,
el clamor de las madres, las santas madres muertas,
el clamor, el gran clamor que emerge de las fosas,
como una gran columna inmortal, si reposas
rajará tus fauces abiertas.

Entristeciste un siglo del mundo, y al asecho
de la alta cultura, aullando, te bajaste
los pantalones de anormal contrahecho,
y te vaciaste, riendo, sobre el panal del pecho
de la belleza que violaste.

Dos mil años de fe tirando por la borda
del Decálogo, haciendo calzones de impotente,
has llenado con barro esa religión sorda
de tus homosexuales y el asombro de tu horda,
con espanto y plomo caliente.

No eres el gran cabrio capitán absoluto,
eres la mula errada y estéril del establo,
eres la negación perentoria del bruto
elemental, y la divinización del puto
y un negro cómplice del diablo.

Corona del espía, mamarracho de espuma,
cigarra de boñiga, camposanto orinado,
¡quién te crucificara en una cruz de luma,
con los ojos del mundo hundidos en la bruma
del gran horizontal capado!

Sol con hipo, llorando por los Santos Graales
de Wagner, entre Rossembergs de bacínica y cólico,
sacerdote de innobles autos sacramentales,
con un Roehen en las guillotinas bestiales
de tu muladar apostólico.

Te ceñiste la clámide del límite estupendo
en donde el burro empieza a ser burra, entre vacas,
y estás, con el trasero tremendamente ardiendo,
coronado de criadillas, corrigiendo
la rotura de las maracas.

Pero tu pueblo y todos los pueblos de la tierra
te destinan su odio de ancho ademán clasista,
Cain de similor, y tu ladrido aterra
sólo a los monos, como el gran nieto de perra
que te hace creerte un artista.

El énfasis de Dios te engola la palabra,
un dios que anda vendiendo sordos brebajes trágicos,
un dios criado con leche de abracadabra,
un dios cornudo, con grandes tetas de cabra,
gimiendo entre los ritos mágicos.

Todo lo inmenso y lo viril y lo concreto,
el ganado natal, buscando lo inmediato,
lo pisoteó tu histeria de cadena y soneto,
tu terror militar-femenil de amuleto
y tu gran vanidad de pato.

Eres el chimpancé místico-melancólico,
al cual la megalomanía emborracha,
desde la sombra inmensa que engendra lo diabólico;
y tus doctrinas tienen el carácter simbólico
del inhibido armado de hacha.

Allá, en la soledad íntima, pequeñísima,
qué vil y qué cobarde y qué ruin y grotesco
has de ser tú, la máscara con máscara, feísima
imagen del hijastro de una gran reputisima,
montando un pollino simiesco.

¡Oh! muñeco senil hepático-cardíaco,
retrato de este régimen podrido, que naufraga
en el enorme cráter de un océano orgiaco,
¡como es posible que tú, un monomaniaco
imbécil, en el mundo se haga! ...

Los capones, los necios, los maricas, la falla
crepuscular y horizontal del siglo, te protege,
balando con las babas caídas, la morralla
bestial te adora como un mito y la canalla
homosexual bendice el Eje.

El pueblo de la U. R. S. S. la inmortal, Democracia
que ya engendró los proletarios venideros,
al abrazar en un cañonazo de audacia,

al Ser profundo y paternal, te hará la gracia
de un pelotón de fusileros.

Maldito por las madres, por el niño y la esposa,
estafador de Nietzsche y Fichte, atorrante
moral, delincuente de la ética, la fosa
abdominal se te hinche, terrible, como rosa
podrida, al estallar, sonante.

Carnívoro espantoso de atroz carnicería,
los belfos de tu hocico hieden a carne humana,
tu corazón, como un perro, ama la porquería,
y la inmundicia alimenta la chanchería
de tu estabulación craneana.

Teorizante de una religión de carneros,
mientras más chillas, más tu volumen se amengua,
Alemania se cubre la faz con los luceros,
porque le da vergüenza tu dignidad en cueros,
y un muerto te saca la lengua.

No eres el *animal* tremendo, pero inmenso,
sino la sabandija cruelmente sanguinaria,
el pez sacerdotal, criado con incienso,
y en la mitología del viejo cielo extenso,
la inicua lombriz solitaria.

Mi país, expresándose en gigante lenguaje
asentado en las siete columnas de elementos,
a ti, hombroide de aceite, te destina el brebaje
que en el laboratorio se asigna al guacharaje
signado a los experimentos. .

Y, abriendo un hoyo enorme, espantoso, rugiente,
medio a medio del ancho arrabal subhumano,
te vacía en sus entrañas, indecorosamente,
como quien va a arrojar un negro recipiente
en donde concluye lo urbano.

Allí, entre moscas tristes y dementes castrados,
tú, histrión singular, adefesio de histeria,
sudarás, estirado, pudriéndote, infamado
y orinado por todo un siglo, ensangrentado
por un pobre idiota de feria.

I N D I C E

"VERSOS DE INFANCIA"
1916

Página

Genio y Figura 9

"EL FOLLETIN DEL DIABLO"
1916-1922

Prólogo 10

"LOS GEMIDOS"
1919-1922

Balada 12

Yanquilandia

 Walt Whitman 14

Retrato de Mujer 15

Epitalamio 16

Poema del Automóvil 17

Box 18

Elogio de las Rosas 19

Sensación del Invierno en la Tierra 22

Dios 23

Quejido del Hombre Soltero (1916) 24

Mar

 Las Grúas 32

La Ciudad

 Bolsa de Comercio 32

 Los Suburbios 34

 La Fábrica 34

Egloga 36

Himno al Héroe 37

	Página
Oda de Sombra a los Solitarios	38
Winétt de Rokha (1917)	39
Pablo de Rokha por Pablo de Rokha	40
 " C O S M O G O N I A "	
1922-1927	
Tonada del Iluminado	41
Poema sin Nombre	45
Círculo	46
La Idolatrada	48
Aventurero	51
Ciclo de Piedra	
Autorretrato de Adolescencia	52
Viejo Canto Nuevo	52
Talca a la Espalda	53
Premonitorio en 1913	53
Surlandia Mar Afuera	54
Poeta de Provincia	54
La Forma Epica del Engaño	55
Nocturno muy Oscuro	55
El Viajero de sí mismo	56
A la Manera de Antaño	56
Blas. el Atrabiliario	57
Canción de las Tierras Chilenas	58
 " U "	
1927	
Señales al Hombre Futuro	60
1	62
2	63
3	76
 " S A T A N A S "	
1927	
"YO EXISTO, etc.	78
 " S U R A M E R I C A "	
1927	
"santo de plata, etc.	98

"ECUACION"
 (Canto de la Fórmula Estética)
 1927-1929

	Página
1, 2, 3 y 4	105
5, 6, 7, 8 y 9	106
10, 11, 12, 13, 14 y 15	107
16, 17, 18, 19, 20, 21, 22 y 23	108

**"ESCRITURA DE RAIMUNDO
 CONTRERAS"**
 1929

Bandera de Luto	109
Jesucristo-Uva de Otoño-Albahacas Amarillas-Gran Novela	110
Todos los Caminos	113
Alcohol-El Miedo y el Fuego-La Locura Imaginaria	115
El Descubrimiento de la Alegría	119
Geometría del Razonamiento-Kant-La Lógica Transatlántica	122
Bodega de Vinos y Chichas	124
Juguete de Diamante	126
El Hombre que se Olvidó de Todas las Cosas-Antiguo Dios Abandonado	129
Cruz de lo Único	130
A la Manera de los Sentidos Desparramados	132
Matemática del Destino	133
Imagen	135
Peligros del Poema-Hoy-La Curva Oscura en Despoblado	137

"EL CANTO DE HOY"
 1930-1932

Mitología de la Mujer Embarazada	139
----------------------------------	-----

"CANTO DE TRINCHERA"
 1929-1933

Fragmento	141
-----------	-----

"JESUCRISTO"
1930-1933

	<u>Página</u>
Cadena del Pretérito	142
I Enigma a Ella	143
II Sublimación del Drama Humano	147
III Mundo al Héroe	168
IV Matemática del Espíritu	176
V Momento a los Proletarios Emancipados y sus Mujeres	190

"LOS 13"
1933-1934

Lenin	192
Marx	193
León Trozky	194

"ODA A LA MEMORIA DE GORKI"
1936

"Desnudo y despavorido, etc.	197
------------------------------	-----

"MOISES"
1937

"En grandes, terribles aguas, etc.	202
------------------------------------	-----

"GRAN TEMPERATURA"
1937

Obsesión del Matrimonio Provinciano	219
Alegoría del Tormento	221
Canción del Adiós	223
Poesía Funeraria	225
Canto de Tribu	229
Empresa Nocturna	231
Alegato contra la Tiniebla	235
Religión de los Antepasados	237
Elegía de Todos los Tiempos	241
Estilo del Fantasma	243

**"IMPRECACION A LA BESTIA
FASCISTA"
1937**

Página

"Contra el pueblo y su ley, etc. 245

**"CINCO CANTOS ROJOS"
1938**

Juramento a las Masas Obreras de Chile	250
Oda a la U. R. S. S.	252
Apóstrofe al Fascismo	254
Himno Sacro al Frente Popular	259
Epopéya Española	261
Abrazo a la Internacional	266

**"MORFOLOGIA DEL ESPANTO"
1942**

Lengua y Sollozo	269
El Huaso de Licantén arrea el Infinito contra el Huracán de los Orígenes	270
Unicamente	280
Sancho Rojas, Capitán del Sur, define los Actos Mágicos	286
Grito de Masas en el Oriente	299
Demonio a Caballo	305
Los Días y las Noches Subterráneas	316
Yo contra Yo	319

**"CANTO AL EJERCITO ROJO"
1944**

"¿A cuál entraña de virgen le vaciaste, etc. 325

**"LOS POEMAS CONTINENTALES"
1944-1945**

Epopéya a Norteamérica en 1944	340
Sinfonía Mexicana	346

" CARTA MAGNA DE AMERICA "
1941-1948

	<u>Página</u>
I Retrato Furioso	354
II Surlandia, Pulso del Mundo o Lamento Americano de las Colonias	361
III Gran Oda Clásica a Hispanoamérica	376
El Llanto de los Llantos	
Inmenso Nocturno Antiguo	380
Anecdótico Completamente Desaforado	383
Epopéya de Peripecias	384
Quinquenio de Invierno	387
Balazo al Estado Nazifascista	388
Cara y Sello de Chile	
Oratoria Estupenda de la República	390
Epopéya de las Comidas y las Bebidas de Chile	
Ensueño del Infierno	396
Apocalipsis del Hambriento	409
Misterio y Proceso de Sublimación Democrática de los Líderes y de los Héroeos en los Complejos Económicos	410
Caballos de Acero	419
La Dual Hazaña Humano-Geográfica	
Gente Grande	424
Apología de lo Nacional y lo Internacional Chileno	435

" FUSILES DE SANGRE "
1950

Paño de Lágrimas de Chile (inédito)	437
Parlamento a la Ciudadanía por el Pan, la Paz y la Libertad del Mundo	443
Estrofa del Sur	447

" FUNERAL POR LOS HEROES Y LOS MARTIRES DE COREA "
1950

"La lengua de las derrotas victoriosas, etc.	450
---	-----

" FUEGO NEGRO "
1951-1953

I Gran Marcha Heróica	457
-----------------------------	-----

	<u>Página</u>
II Apoteosis	463
III Lamento en Piedra	499

"ARTE GRANDE" O "EJERCICIO DEL REALISMO" 1953

Monumento Funerario a Stalin	511
Discurso-Poema de Adiós a las Delegaciones	514
Emplazamiento por Asesinato a Yanquilandia	519
Escrito Mayor (inédito)	522
Grano de Pólvora a una cigarra (inédito)	536

COLOFON

"Egloga" (Framento de "Los Gemidos")

Toná	541
Lamento	541
Canción	542
Treno	542
Tonada del Tiuque	543
Cantar	543
Cueca de Otoño	544
Estríbillo	545
Buenos Versos	545
Marina	545
Paya de los Rotitos Diablos	546
Cántico	547
Aire de los Pueblinos	547
Plática de los desengaños	548

"Romancero Proletario"

Los Inquilinos	549
El Entierro de Pedro León Ugalde	551
Décimas del Roto-Choro	552

"Enjuiciamiento y Abominación Popular del Falso Profeta"

"Payaso de sepulcro, etc.	556
--------------------------------	-----

C R O N O G R A F I A

SEVALIRICA



ESTUDIOS SOBRE LOS POETAS
CHILENOS POR JULIO MOLINA
NUNY Y JUAN AGUSTIN
ARAYA (C. DEGUZU CASTRO)

NUESTROS POETAS

ANTOLOGÍA CHILENA MODERNA
RECOPILACIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE
ARMANDO DONOSO



GARRIGA | EDUARDO DE LA BARRA | PEDRO ANTONIO GONZALEZ | VARELA
| VALLEDOR | VICUÑA CIFUENTES | SAMUEL A. LILLO | DUBLÉ URRUTIA
| PEZOA VÉLES | CONTRERAS | BÓRQUEZ SOLAR | CONTARDO |
MAGALLANES MOURE | GUZMÁN | VÍCTOR DOMINGO SILVA |
GONZÁLEZ BASTIAS | PRADO | MONDACA | DANIEL DE LA VEGA
| JARA | GABRIELA MISTRAL | CRUCHAGA SANTA MARÍA
| VERDUGO CAVADA | GUZMAN CRUCHAGA | JORGE
HÜBNER | LAGOS LISBOA | MUNIZAGA | VICENTE HÜ-
DOBRO | PRENDEZ SALDÍAS | CARLOS ACUÑA | AL-
BERTO MORENO | PEDRO SIENNA | GÓMEZ ROJAS
| MARÍA ANTONIETA LE-QUESNE | TORRES
RIOSECO | PABLO DE ROKHA | PERRY |
MEZA FUENTES | MARÍA MONVEL | GAR-
CÍA OLDINI | CIFUENTES SEPULVEDA
| NERUDA | SEGURA CASTRO |
SALVADOR REYES | MANUEL RO-
JAS | RUBÉN AZÓCAR | AIDA
MORENO | VÍCTOR BAR-
BERIS | ROMEO MURGA



EDITORIAL NASCIMENTO
Alameda 125 — Santiago, Chile.



PABLO DE ROKHA

LOS GEMIDOS

QUINTA EDICIÓN

EDITORIAL CONDOR

agonal

organo del cem

Norah Borges, Paul Claudel, Ortega y Gasset, Haya de la Torre, Pablo de Rokha, Jacobo Nazare
Silva Espejo, Max Jacob, Cruchaga, Santa María, Winett de Rokha, Lubicz Milosz, d'Halmar.



AÑO III

El de Julio de 1922

Núm. I

PABLO DE ROKHA

U

POEMA

N A S C I M E N T O

PABLO DE ROKHA

**S
T
N**

Á

**A
A
S**

KLOG, EDITOR
1 9 2 7

A GRANDES MASAS, GRANDES FORMAS DE ARTE.

MULTITUD

REVISTA DEL PUEBLO Y LA ALTA CULTURA

PABLO DE ROKHA

CONQUISTA Y DEFENSA DEL ESTILO

12 Spanish American Poets An Anthology Edited by H. R. Hays
Yale University Press

(12 Poetas Hispanoamericanos Antología Editada por H. R. Hays Prensas
de la Universidad de Yale

Ramón López Velarde (México), Luis Carlos López (Colombia), Vicente Huidobro (Chile), Eugenio Florit (Cuba), Jorge Luis Borges (Argentina), Jorge Carrera Andrade (Ecuador), José Guzmán (México), Pablo de Rokha (Chile), Nicolás Guillén (Cuba), Pablo Neruda (Chile), César Vallejo (Perú), Jacinto Fombona Pacheco (Venezuela).

VICENTE HUIDOBRO

HUIDOBRO, poeta chileno, nacido en 1893, en el pueblo de Huidobro, provincia de Valparaíso. Estudió en el Liceo de Huidobro y en el Liceo de Valparaíso. Fue uno de los fundadores del movimiento de la "Poesía Nueva" en Chile. Su obra poética se caracteriza por su originalidad y su uso de imágenes concretas y simbólicas. Entre sus obras más importantes se encuentran "Canciones de la Tierra", "Canciones de la Noche" y "Canciones de la Vida".

PABLO DE ROKHA

PABLO DE ROKHA, poeta chileno, nacido en 1907, en el pueblo de Rokha, provincia de Valparaíso. Estudió en el Liceo de Rokha y en el Liceo de Valparaíso. Fue uno de los fundadores del movimiento de la "Poesía Nueva" en Chile. Su obra poética se caracteriza por su originalidad y su uso de imágenes concretas y simbólicas. Entre sus obras más importantes se encuentran "Canciones de la Tierra", "Canciones de la Noche" y "Canciones de la Vida".

PABLO NERUDA

NERUDA, poeta chileno, nacido en 1904, en el pueblo de Neruda, provincia de Valparaíso. Estudió en el Liceo de Neruda y en el Liceo de Valparaíso. Fue uno de los fundadores del movimiento de la "Poesía Nueva" en Chile. Su obra poética se caracteriza por su originalidad y su uso de imágenes concretas y simbólicas. Entre sus obras más importantes se encuentran "Canciones de la Tierra", "Canciones de la Noche" y "Canciones de la Vida".

5ª. EPOCA - AÑO V - Nos. 56-57-58 27 DE NOVIEMBRE DE 1943

Así se publicó
"S U R A M E R I C A"
en 1927.

rillas contrallorando las
victrolas acordeon sin por-
venir una direccion ultra e
innumerable galopando lo
adoquinado verso de fran-
cis con castaños alcohóli-
cos la tixica dramática
eterómama ramera tan ho-
nesta como los vidrios tri-
xados del ideal dios inalám-
brico emperador de semen-
tera y de oficina terrible se-
guramente auto sin alas
con órulos astronómicos
la palidez claudica en ese

12 años antes
de "FINNEGANS WAKE"
en 1939.

DEDICATORIA DE "SURAMERICA"

Winétt:

Hay una soberbia condición de santidad, querida amiga, en tu actitud paridora y luminosa, por eso, principalmente por eso, yo sitúo la obra máxima a tus pies, con aquella gran vergüenza de quien deviene todos los huertos, luciendo su pobre canasta de legumbres.

P A B L O
1 9 2 7

vicente
angel
pablo
rosamel
pablo

huidobro
cruchaga
de rokha
del valle
neruda

antología de poesía chilena nueva

juvencio valle
diaz — casanueva
omar cáceres
eduardo anguita
volodia teitelboim

cuadernos

de literatura

proletaria



3

I. Canto de trinchera

por pablo de rokha

II. Yo anuncio la edad de oro

por pierre hubermont

III. A los obreros muertos
en la carretera

por antonio arráiz

IV. La literatura rusa

por G. A.

GREGORIO GUERRA
JULIO WALTON
GERARDO ORTUZAR
editan

SANTIAGO 60 cts.
PROVINCIAS 80 cts.

M. C. R.

Publicación Quincenal



LOS GRANDES POEMAS



PABLO DE ROKHA
JESUCRISTO

EDITORIAL "ANTARES"

LOS GRANDES POEMAS



PABLO DE ROKHA
JESUCRISTO



PABLO DE ROKHA
JESUCRISTO
EDITORIAL "ANTARES"

1.^a y 2.^a Edición del

"JESUCRISTO"

una de las obras maestras

de

Pablo de Rokha

hechas por "Editorial Agrícola" y "Antares"
en 1933 y en 1936, respectivamente.

CONTRA EL NAZI - FASCISMO, POR LA DEFENSA DE
LA DEMOCRACIA, LA LIBERTAD Y LA CULTURA

**M U L
T T CON LA U. R. S. S. HEROICA I
T U D**

Pablo de Rokha

TEORIA DEL ARTE PROLETARIO

Prólogo a "Morfología del Espanto", poemas, inédito

Enfrentados a la naturaleza y al hombre interno, el gran
cajón que plantea la existencia, balanceando entre el ser y el no
ser, en vertiginosa dislocación, a la sombra tremolosa y sobrenatural
de los símbolos, sostenidos en este lenguaje, en el cual la
estordida estropeada.

Antehermano separar los monstruos y los fantasmas,
haciendo la lengua tremolosa de los monstruos y los fantasmas?
No. Como los monstruos y los fantasmas, son lenguaje, lenguaje
que se agita y se desliza, se derrama, se desliza y se agita,
contra los Apolos, más lenguaje, no es el lenguaje de ellos, sino
que ellos son arte lenguaje, (porque todo gran lenguaje es fun-
cional y constructivo, cuando se agita, sino que ondula y se

las ondas), de ahí, entonces, que nosotros los guerreros y los mate-
matistas y los verdaderos del arte, lo expresamos ya tomando las entra-
ñas a la Poética, al formular, formados, los términos del enorme
e inabarcable dilema de nuestro destino, que es nuestro destino
y nuestra gran obra de formularnos nosotros y nosotros de
lo monstruoso.

En aquel instante, de frecuencia tan silenciosa, en el cual
agente la substancia, empujando de lo inorgánico y la des-
trucción nueva y roja, la flor de la poesía, revive la máquina
mágica del poema, lógica y trágica.

Todo al caso se presenta hacia las bocas de su garganta;
fuerza los borbos, los molinos, los tapos y las calderas vivientes.

N.º 38, Año IV, 1.º SEMESTRE DE 1942

PABLO DE ROKHA

O D A

A L A M E M O R I A

D E

G O R K I

ED. TONATIUH — MEX. D. F.

1 0 4 5

PABLO DE ROKHA

GRAN TEMPERATURA



ediciones
ercilla

XXXVII





Trabajadores de toda la tierra:

U N I O S

MULTITUD

ARTE Y CIENCIA LITERATURA
POLITICA Y POLEMICA
FILOSOFIA SOCIOLOGIA ECONOMIA

EDUCACION

TODA LA CULTURA

SEMANA A SEMANA

DIRECTOR: PABLO DE ROKHA

EDITORIAL

Gobierno de Izquierda

El Presidente de la República y el pueblo, se dicen, el Frente Popular, todos los partidos de izquierda exigen un Gobierno de Izquierda, con símbolos, con hombres, con hechos de Izquierda.

Necesitamos imprimir al Ejecutivo un gesto de izquierda neta y claro. Es necesario arribar a la Derecha, derrotada legítimamente, en las jornadas de Octubre, el momento total de la República, y entregársela a la izquierda victoriosa. Y es necesario evitar de raíz toda ligazón con los vencidos. Quien no precede así, traiciona la victoria, traiciona la victoria, traiciona el programa del Frente Popular chileno, enseñado en las vallas

de las masas, traiciona la causa sagrada del pueblo. Es un derechista emboscado en la izquierda, un militante de "La Quinta Columna". Y está destacado en las épicas barricadas populares, en calidad de traidor, de saboteador, de agente provocador, por los verdugos de la Patria.

Hay que desgojar, entonces, la copiosa ramazón del gran árbol derechista, desgranando situaciones, creadas a todo lo ancho de una dominación vasta y tremenda.

Ahora, el enigmático compenedor, el transidor de plebiscitos y treguas sociales, el entreguista enmascarado, debe ser desbarbado y marcado en la frente, con escarbo a izquierda, para

El 3 de Junio de 1939, fué fundado el primer
"Sindicato Profesional de Trabajadores
Intelectuales de Chile"

C I N C O

C A N T O S

R O J O S

P O R

PABLO DE ROKHA

PABLO DE ROKHA

MORFOLOGIA

D E L

ESPANTO

Editorial "MULTITUD"

1 9 4 2

PABLO DE ROKHA

CANTO

AL EJERCITO

ROJO

Ediciones "MULTITUD"

1

9

4

4

Epopeya a Norteamérica

Por Pablo de Rokha
(En el Rep. Amer.)

El mundo y la tierra se torcieron la cintura de aguas, de mudanzas, de silbidos, pueblo de hueros, hachos de torca y madre-
yoda,
y los diáfonos se publicaron, empuje de los hachazos santos, de los leonardos,
como un volcán reciente de una lágrima rubia, en la pupila azul de los pupitales,
dado y fuente de vandutas, la agricultura
resplandeció en la fama sagrada de los Suidotes, imponentes,
haciendales, ruidos,
y Dios voló pagado en sus volutas,
con el alarido del helicóptero inercial por el injusto, como al
suroeste de los palancos demeríticos,
meca la buena voluntad de las muchas leyes justas,
la pluma del sol, sobre pieles la epopeya monumental de sus
hueros,
los que sonaron como, desde la noche y el ataraxia de la tierra,
a bulir en la inconvertibilidad, eterno, completamente hachado
por los siglos de los siglos,
Conductores de aviones, Lincoln, Jefferson, Jackson y el
cettepende, constituyen Franklin,
ingresar a la humanidad definitiva
en uno de los cuatro caballos del Apocalipsis, justicieros y pre-
sidentes de república,
con el grito del mundo en cada mano hacha,



En compañía a derecha: Pablo de Rokha, Wilma de Rokha y
el editor del Rep. Amer., 1943.

Epic for North America

By Pablo de Rokha
Translated by H. R. Hays

The plow and the flint forged your marrow of eagles, of machi-
nes, of factories, people of iron, made of fire and honey-suckle,
and your republican dream, sprang from the hollowed ax strokes
of the woodman
like a volcano within a rear, cooled in the blue eyes of the pri-
vilians; grown, sweet and strong, agriculture,
withers in the sacred flame of your history, propound and ter-
restrial cities,
and God Eshus like lightning in your people,
with the outcry of the individual, immortal through infancy,
is the most quotidian of the democratic countries,
within the good will of your trial, just laws,
the whining, sunbaked pecks at the monumental epic of your
hueros
who are staved again from death and the heart of the earth
to live in immortality, eternal, million's fabled in century of
century.
Attorney with simplicity, Lincoln, Jefferson, Jackson and Fran-
klin, the stuporous peasant, after genuine humanity
upon one of the four horses of the Apocalypse, just, whole,
soberly primitive, with the globe of the earth in each white
hand
Country, where industry roars and the cow of agriculture bellows,
in which great missions already sing, the crinity of democratic
boomers beneath the cherry trees of Washington, fulfilling
the huge duty of writing upon the foundation of their young
hueros,
or they give battle in the trenches embracing the stars stand-
ard,
united for the salvation of the world with the golden sword of
the armies of Soviet Russia or the great arsenal will of En-
gland:
you demand a peaceful life of winter hearthstones,
love and a cultivation in which all that explodes is the fragrant
rural grenade, religious with gentle reactivity, bathed with
resin like the body of a naked woman,
you long for the republican peace of your universities,
you love the plow and the hoe, man's huge, infinite arm tows;
axes, cradles, shovels, the sickle and the banner,
and, even though in your inner heart the Negro is walling,
the imperialist curse of your melancholy enigmas,
and finance-coping host, behind the back of the workers' unions,
which are the growers of filers and future dignity; you
your spirit, you,
the flint and glory of your sacred mission, pouring out a reli-
gious creed, North America,
you extend your epic, pitilessly, gesture over history,
and Roosevelt is the great prophet, the great chiefman, the great
patron, who from the corner of the White House, blesses
the contemporary epic,
your nation of citizens who are soldiers, without knowing it be-
cause they have achieved happiness,
proudful republic you make tremendous war,
emphatically you rise up against fascism, exorcist with rural
peeps and the beating of flicks with the news of rural peo-
ple and the riot of cards and prizes,
waving the sacred sword of George Washington, striking off
the hand of the fifth column with a blow,
you hurl yourself into the world battle for the liberation of
all peoples, country, of Whittier, soldier of God.

3
Poemas
per
PABLO
DE
ROKHA

De Pablo de Rokha:

Parlamento a la ciudadanía

POR EL PAN, LA PAZ Y LA LIBERTAD DEL MUNDO

Toda esa vida o como polvora y aguijoneado por debajo con un
pájaro muerto dentro del cervato,
cortadas de ocupas y asigas, sola como un perro en un naufragio
o breña como una rana desollada en una tumba ya bendida
sacada de Ollagta, trancada por turquesitas y una viciosa
luz.

La vida de la guerra trancada en el adido hambriento en los pedregos.

Con la materia frías dentro el ajete máximo del poder público
y floran los chilecos moñitos trasados.
En losidos embrogados que descomulgando los años espaldas con
pudo furioso e improprio
abolados a estas quintetas que gobiernan como fantasma
que traxeran la lengua adiera y hasta la cara, belada como panna
de bistecito.

Chilés sobre la voz beludica que espantan, los demagogos
desaprovechados secanan.

Como un al rojo lebra la cubana del pover y encara la tierra
sugrienta, pateludica, como el furfán a la envira blanca,
mientras la bestia oportunista se harta de diastro
atropellados los ore rabiosos.
Desde el mundo infernal de la vida pública y el Estado se
transforma en palanquero y en cohecho.

La vida de la Iglesia vive en patria de Utielada sobre el
Pavón Nacional:
los guano cocorotados en las asambleas pronunciadas alborozo
estruendo de los funerales neocatólicas
y trancada la compraventa de la nacionalidad con pa burlada
del sur en el balcón
mientras la urva pelada del pover se les atraviesa en la garganta,
como un perro desfilando en los balcones de un hotelo
o un colmillo de almirante que aboga al istio:
muestran en serie los sillitas a para pelada en la portada colonial
de los templos que son la misma que bilvato del cielo
y las pedradas moñita chulitas para la carne de cadete que
siguiese el imperialismo y la mala paga machuca en
dólaro tanto que hasta a muerte sin pena
y asustan al viento enorme en las balcones.

Un tiempo garbido y temerario como el pando del coposero
sacrosanta, las banderas entalladas de la noche hambucana e
intimidada y el zapo del abo invernal, largo y negro
como un sábio,
cuando cuando la última burlada del hombre, esa en el como un
león en un sepulcro.

México, sacrosanta Apolones, paniguados y postoricos
sacrosantados a la vida crepuscular de las mulladas
con corderos terrales a la balnada
y se colaban los culcheros de la coentura.

Chile sobre el oleo de Chile, dentro
de un régimen de matadones que da la libertad a Cuba
sacrosanta los océanos,
y produce la Democracia que la República.

"By que despierta la tierra", dicen los neomodelos entorpecidos
y corren sobre el Nacionalismo la paz de la Bomba Atomica
contra la Bomba Atomica, porque bromos y bombamos la
guerra los postoricos demagogos de Xiquilanda,
la pitoresca, la regencia Bilibi y el whisky se entorpecen divinamente,
y el dólar viene de los de Jirón, belada en Puerto Rico por los
sugrientos de la gran miseria de la vida y la demanda
descomulgando la militar occidental desfilando furios o negro
poderoso en el momento del Dios de los negones",
y arrancan del Ejército Popular de Corea, después de romperse los
dientes contra la entrada santa del pover en armas
que los persegue a pantoflas como a ladrones.

El mundo padeco hambucana con pa Alado de espanta y hambuc,
hambuc, porque se sobre frente a través a un clamor colosal que
no desea la guerra, como la paz, la libertad, el pan, el trabajo
de los pueblos tranquilos.

Hambuc porque el asde que los trabajadores aman el trabajo cuando
se trabaja en la fue nacional del país de los trabajadores,
hambuc porque su mundo y el pueblo de su pueblo el pueblo Chile,
el pueblo de Chile, el pueblo de Chile, el pueblo de Chile, el pueblo de Chile,
y arranca a la envira la nacionalidad del mundo.

En lascer enorme trancado a Cuba", dicen los generales de
sugrientos,
y a guerra los neobolshavistas belmos sacrosantando el apinado

civil asesinando a los delatados que se adueñaron de
van" tierra,
asesinando a los delatados comunistas que pretendían gobernar la
propiedad de sus antepasados,
asesinando a los delatados imperialistas, subversivos atorrados
como el bandido Augusto Sandino de El Salvador,
y el correspondal de guerra agraria. "Utielamos y hayra los refo
sugrientos como cohechos,
sugrientos que retiramos linea tras linea, empesando con aniquilando
definitivamente y arrancado, huyendo, huyendo
a fin de vencerlos con la auto definitiva".

Y las guilas se muestran apantalladas sobre el área nacional o los
gustos postoricos.

El llamado de Xiquilanda basta las ideas de terrorismo y cohecho,
y desde el gran estado del trabajo el canto matinal de los mastillos
como un retumbo de caballo belvico
salida a los espagos sugrientos
en curvas de grandes sigilos que parecen banderas
o tamboras de hombre enorme.

El neofascista empusa un patalla y arramato contra las ideas como
un burro a una máquina de ray
las bellitas curvas de Franco muestran la cola en sus postores
y sugiere el bestio, sacrosantando Rayonstar al crepusculo
matutino y lumbroso.

"Queremos pan, queremos libertad, queremos", proclamán, gritando
los postores,
si, pero las urvas estlicas de la ventral antropocentrismo atorrado
y los negocios negros de la guerra y la gran espaga
empesadas de la burguesía
trancadas en mercados sagrados
carne y sangre, sangre y pover, carne y sangre y muerte sugrienta
y tuberculosis en la población
y la boca de los cultivos burgueses está la vida de los trabajadores
placando el asesinato de la Invenio,
el estado del pover del pueblo,
la alegría compuesta de la adolecencia que sustenta las prima
sacrosanta, el hijo de pover de la sociedad
que emerge rugiendo desde dentro (pover del pueblo),
"y es momento", contesta el imbecil, "torceda el cogote a la
buelota y asesinar la Humanidad a fin de liberada del
bolshavismo".

as deo, hambucrar la tierra ropando los granos, marcando del dólar
y hasta el último centimo de dólar de dólar
y aboga a pedradas al hijo del llanto a coquear armas y bombas,
para mataras,
o torceda Cove, empesando por entorpecer a los varones y a las
parfiterías completamente atorradas de las alboras
impugno asdas y descomulgando las multituds en la
sacrosanta de asno del Ejército Popular de la victoria,
arrancado cuando
el asustado de la guerra a arillas del honorable mar, del llanto mar
del empuje mar amarelo.

Hambuc contra la guerra al óleo y al tratadito,
el varón sin religión y el místico al mismo tiempo, el indio, el
anabaptista, el tédico, el puritano, el cuáquero, el
siguiente
paga la guerra avaros, subterráneo empesada
por el Papado oficial, "lucro del imperialismo, la guerra avanza
desfilando de neocatólico demagogico, la guerra avanza
y arranca los promesas sagradas por el contrato de la
armamento que es la punta de lanza de todos los
comercios super-industrial, capitalistas,
y la superación del mundo, trancada de la guerra, amenaza el
Derecho Humano con el asesinato general del Género
Humano.

La ley moñita crea la tierra del dolo judicial y obliga a la justicia
a contradiccion
pedir y hablar son penados
y un estado de canchosa de escrivitub reventan en la antigua libertad
guerra,
el neobolshavismo, el neofascismo,
y el pover, más pobre, más pobre aun y deviene
un estado mundial al cual va a fualde machuca,
neobolshavismo el estado amparado al servicio de los capitalistas.

Trabajadores impedid la guerra, intelectuales impedid la guerra,
impedid la guerra fascista, el servicio del imperialismo, el imperialismo,
imperial del imperialismo, y la equiva belvica del imperialismo,
y prohibid la India mundial contra la guerra, contra la guerra,
contra todos los hambucos y los milanes de buena conciencia mundial,
contra la guerra, por el pan, la paz y la libertad de las asambleas.

PABLO DE ROKHA.

Movilización Nacional en contra del Proyecto de "Ahorro Forzoso"

Propone la CEPCH.- Campaña por reajuste de sueldos en 1950

Un llamado unánime de solidaridad se escuchó en la tarde de ayer, cuando se reunió la Comisión Ejecutiva del Proyecto de "Ahorro Forzoso" que el Gobierno ha dado en llamar "reajuste forzoso".

El efecto de una reunión celebrada al respecto por la Dirección de la CEPCH, con asistencia de todas las federaciones afiliadas, conjuntamente con los organismos obreros y con la JU-VECH para declarar la movilización nacional de todos los trabajadores contra las pretensiones de sufragar más en el hambre y en la miseria al pueblo de Chile.

Finalmente, se acordó poner en acción a todos los grupos del país y realizar una gran concentración pública, unitaria, con participación de la CEPCH, JUVECH, CHAS, MUNY y FECH.

No hubo libertad de expresión en los funerales de las víctimas de Lota

Las fuerzas armadas mantuvieron alejadas a las madres, cincuenta metros de la tribuna oficial.— Nuevos y graves antecedentes nos proporcionan los señores Domiciano Soto y Galvarino Melo

Tras una silenciosa y solemne procesión de los familiares de las víctimas de Lota, se celebró el funeral en la tribuna oficial de la CEPCH, con la asistencia de los señores Domiciano Soto, Galvarino Melo, miembros de la CEPCH, y Domiciano Soto, Galvarino Melo, miembros de la CEPCH, con la asistencia de los señores Domiciano Soto y Galvarino Melo.

En el momento de la lectura del programa de la CEPCH, se escuchó un silencio que se prolongó por algunos minutos, hasta que se levantó el señor Domiciano Soto y Galvarino Melo.



ARO II — PRECIO: DOS PESOS — No 115
Santiago de Chile, lunes 9 de octubre de 1950

Una semana antes fue denunciada una gran presencia de gas grisú

Además, en el mismo laboreo, murió electrocutado un obrero que pisó cable de la "circadora".

Señores y Mele, en sus declaraciones, agregan los señores Domiciano Soto y Galvarino Melo, miembros de la CEPCH, con la asistencia de los señores Domiciano Soto y Galvarino Melo.

El anuncio se hizo antes de una semana de la advertencia de Chou En Lai sobre Tibet y Formosa.

HOANG KONG. — La República Popular de China anunció que sus fuerzas armadas penetraron en la parte septentrional del Tibet.

INFERIDIERON LA ENTRADA DE AIRE

Otra denuncia sobre gas grisú en la mina de Lota, denunciada por los señores Domiciano Soto y Galvarino Melo, miembros de la CEPCH, con la asistencia de los señores Domiciano Soto y Galvarino Melo.

FUERZAS CHINAS LIBERAN el TIBET

El anuncio lo hizo el Secretario del Partido Comunista de la provincia de Sinciang Wang Chen.

Wang dijo que durante el año pasado las tropas del pueblo, cooperando con el ejército soviético multinacional, liberaron toda la provincia de Sinciang y entró en el norte del Tibet.

Wang no dio detalles sobre la fecha de la entrada en el Tibet, y su intención del ejército multinacional es crear una gran referencia a las recientes locas perturbaciones en las provincias de Formosa.

Hace unos meses Chou En Lai anunció que China liberaría el Tibet, Formosa y otros territorios que le pertenecían.

No se sabe en cambio, cuándo empezará la operación por Formosa, que actualmente está ocupada por la Segunda Flota Norteamericana.

PROFUNDAS INGENIERAS

Muchos ingenieros chilenos se han ido a trabajar a la Unión Soviética, donde se encuentran en condiciones de trabajo muy buenas.

PABLO DE ROKHA

FUEGO NEGRO

PABLO DE ROKHA ES, SIN DUDA, EL MAS FORMIDABLE
POETA DE MASAS, EL MAS FORMIDABLE CANTOR REVO-
LUCIONARIO CON QUE CUENTA NO SOLO LA LENGUA
CASTELLANA, SINO EL MUNDO.

"La Hora", 6-II-1944.

JUAN DE LUIGI

1 9 5 1 - 1 9 5 2

CHILENOS LIBRES, SI - ESCLAVOS POBRES, NO

MULTITUD

REVISTA DEL PUEBLO Y LA ALTA CULTURA

PABLO DE ROKHA

GRAN MARCHA HEROICA

Avanza tu carro de fuego y entra a la historia entorchándose.

Arriba, un atravesamiento de aguijas, abajo, el pecho del pueblo y en la línea definitiva, entre los altos y anchos candelabros de la Humanidad, y las trompetas que bramán como vacas, entre naranjos y dummys y manzanos que, como caballos, relinchan, entre barcos y espadas, riles y banderas en flor, al paso de parada negro y fundamental de los héroes, tú y tu atril de acero.

La multitud desconciada y subterránea, abate en ojeaje tramador su ímpetu de serpiente y ataca su fantasma y su palabra, como un toro la estrella ensangrentada.

Cae de rodillas en el gran crepúsculo universal, y lloran las sirenas de todos los barcos del mundo, como perritas sin alojamiento; se acabó la comida en los establos contemporáneos y el último huey se destaca los aceros, gritando; al bofetón del huacán, partiendo los terciopelos del Oriente, araña el océano y le desgarró el corazón a puñaladas, cuando el fusil imperial de la explotación pare un lirio de pólvora y se suicida.

Al quillay litoral le despertara la para l' reimpagos de las montañas, y tremendamente de quejidos de papillo recién nacido en el estercolero, porque su conciencia vegetal naufraga en el aroma a sangre.

Canto de estancias, pedro de coronas, lanto de coraza y bahías, y el discurso funeral de los cipreses que persiguen eternamente lo amarillo, te andan; nosotros, entre lenguas de perro y lagunas elementales, no somos más que fantasmas en vigencia; lo heroico, lo definitivo, la ley oscura de la materia en la cual todas las cosas se levantan y se derrumban con el único fin de engendrar padecimiento, aunque de o, porque ni eres la realidad estúpida; y cuando los polleros nuevos del mar a cuya orilla enorme te crías, pisan al asesinato general del mundo, los huesos de Tamerlán echan grandes llamas; escucho el funeral de Beethoven ejecutado por seiscientos maestros de orquesta, frenar la tempestad, sugiriéndola, como el desierto adúltero los caballos rojos de Fidas y el cielo está negro lo mismo que mi corazón; las espadas ancha, las sueltas espadas que abren los circos



WINETT DE ROKHA

profundos que no cavaron los arados, las espadas embanderadas de historia, se te someten y te lamen como el perro del mendigo; cuadradas y concurias, haciendo estallar el sol venoso, al golpear la tierra hinchada con el establo
(Pág. 1 y la pag. 2)

SEPTIMA EPOCA

AÑO XIV

NUMERO 51

AGOSTO DE 1953

EDICION - HOMENAJE EN RECUERDO DE WINETT DE ROKHA

ALLENDE AL SILLON DE O'HIGGINS

MULTITUD

REVISTA DEL PUEBLO Y LA ALTA CULTURA

PABLO DE ROKHA

FUEGO NEGRO

- III - LAMENTO EN PIEDRA (Inédito).

Como un grito en el cielo del pueblo, tiritó la pulmonía de la última hora de agosto, en la cual gemió la primera golondrina chilena, y el país tembló en su rostro con barro grisando.

A militares parados, a marujos de sanatorio y hospital, a pa-

lancas desgarradas, a costillares negros con lamento, a curules apuñaladas en el abismo, que están bramando y llorando dando el origen de los erizanos, a madrevelas y a locomotoras y a tabuleros que destruyó el destino, a cristales tan desparecidos como los espe-

WINETT DE ROKHA

MUJER - MADRE - ARTISTA
Por JUAN DE LUIGI Pág. 7

HUMBERTO MEWES

CARTA ABIERTA A LOS INTELLECTUALES

WINETT DE ROKHA, el alma del pueblo, no ha en vano y conmovedora a los intelectuales interesados en el destino del continente de SILENCIO en el septimo espacio, donde se cumplió la promesa de la cultura de un continente que se abre a un mundo nuevo.

En la hora de la vida, para que las instituciones de enseñanza tengan una mejor orientación a algunas personas.

Con motivo de que la Constitución debe plantearse como la ley de la vida y el pensamiento de los hombres, los intelectuales y los estudiantes de los países de América, el continente tiene la posibilidad de seguir por la vía de la cultura de los intelectuales que se abren a un mundo nuevo.

Al fin que la cultura es el espíritu del pueblo.

HUMBERTO MEWES
entre PABLO DE ROKHA,
TEOFILO CID y DÁMASO OGAZ, durante el "VENO DE HONOR" que se ofreció a De Rokha con motivo de la aparición de "FUEGO NEGRO".



SEPTIMA EPOCA - NUMERO 76 - AGOSTO DE 1952

LA GRAN CADENA DEL DESTINO

Por la memoria inmortal de Winétt, yo les entrego "FUEGO NEGRO", poema de la desesperación y la llaga echando llamas, alcanzado en imágenes irreductibles como argollas de cadenas.

Escrito en el estilo social del alarido, del ditirambo, del estallido, alcanza el rol de la poesía popular y del realismo, porque sus estadios son pueblo hablando, pueblo gritando, pueblo clamando precisamente en el vocabulario del arriero, del roto nacional, del naviero o del minero, que es el lenguaje libre, el libre lenguaje del hombre, la arquitectura varonil de la palabra en la tremenda desnudez total que ofende a los bufones asalariados y a los degenerados rufianes, camareros de asesinos, gestores y ladrones públicos, que desde el régimen del anonimato calumnian y difaman por dinero, siempre por dinero, como las más viejas ramerías a tarifa ruin y simoniaca, y a los que seguramente en el día de la gran ira, van a fusilar por la espalda, en la Embajada que los alquilara como espías.

Ahora ni siquiera el verso limita con su rol de obsesión la estatura oceánica y salvajísima del poema, cuya solvencia de epopeya es la sombra copiosa y irutal de la gran artista de genio, que fué Winétt de Rokha, y cuyo son heroico enlaza cogotes de volcanes decapitados y la politización de la metáfora.

Carlos, Lukó, Juana Inés, José, Pablo, Laura y Flor de Rokha, ustedes son los depositarios y el puente viviente entre el autor y el dolor humano, porque ustedes que heredan su sangre de madre inmensa, van a trasladar a la historia de las muchedumbres y las poblaciones, la responsabilidad colosal de su figura. No hay que olvidar, pues, entonces que los verdugos de los pueblos forjaron los puñales y los fusiles, que hay que volver los puñales y los fusiles contra los verdugos de los pueblos, y que "existe un ser más despreciable aún, y aún más miserable que el verdugo: el sirviente del verdugo". Y así como Tomás y Carmen, vuestros hermanos muertos, están con ella parados y extraterrenos en el vientre enorme de la nada, enarbolando ustedes su grandeza como bandera de batallón suicida, mantendrán el eslabón y la hoguera ensangrentada de su recuerdo, con los yernos y las nueras, los nietos y las nietas de la gran familia de artistas, de la cual fué la primera piedra.

Si abominación e infamia dijeron de Cervantes los podridos gallipavejos de su época, es preciso repeler a puntapiés la sucia mixtura envenenada que nos arrojan los perros sarnosos del Capitolio, pagados con el dinero del pueblo o con la moneda de la traición, al servicio del "gang" imperialista.

He aquí, hijos míos, así alzado el enorme dolmen y el gran túmulo funeral que requiere Winétt, como resplandor y línea de fuego de las generaciones, como conducta y como presencia, medio a medio de la multitud incendiada, la amada más amada entre todas las mujeres de este siglo, porque su sueño de violeta y ausencia física, es el sueño de la vida inmensa de los pueblos.

PABLO.

DEDICATORIA DE "FUEGO NEGRO"

PADRES Y MADRES
DEL MUNDO : IMPEDID EL ASESINATO DE LOS ROSENBERG

MULTITUD

REVISTA DEL PUEBLO Y LA ALTA CULTURA

PABLO DE ROKHA

MONUMENTO FUNERARIO A STALIN

Hecido y tumultuoso, te oíreczo mi saco de llanto, ¡oh! conductor del siglo, en la cabeza emangrentada de Chile.

Desde un féretro a un féretro, engancho tu muerte colosal a todos los pueblos de la tierra, preñada de dolor, como una gran leona a la cual le degollaron el hijo mayor con un cuchillo de tinieblas.

Tu corazón de varón justo y bueno fué como un pabellón azotado entre los grandes mares de la multitud por el carro de fuego de la historia, y yo escucho crujir el mundo a tu caída y los orígenes.

Hijo del pueblo y amigo del hombre, el servicio social te entregó la espada roja de los líderes y la gran paloma de plata de la paz llevaba pan y



libertad sobre tu pecho, al que cubría una lágrima pura y la espiga del trigo inmortal de los trabajadores; agricultor de la sociedad futura, minero y marino internacional, poeta y líder máximo

PASA A LA PÁG. 3

SEPTIMA EPOCA • NÚMERO 80 • 1ª QUINCENA DE ABRIL DE 1953

EDICIÓN EXTRAORDINARIA DE "MULTITUD" EN SUS 14 AÑOS DE VIDA

MULTITUD

REVISTA DEL PUEBLO Y LA ALTA CULTURA

PABLO DE ROKHA

DISCURSO - POEMA DE ADIOS A LAS DELEGACIONES

Estrémizando las entrañas de la Patria rajada de inmortalidad, el trueno de luego de los volcanes en subida, un grande y triste océano de hambrientos, como un sinuoso toro encadenado, llena la tierra entera de bramidos descomunales y el océano ahumba llorando el nido de la última hoja con su antebrazo land amarillo.

Aun relinchan las yeguas en las eras de bogabo, al apoyar la espalda en lo infinito el roco empuña el corvo de oro de lo heroico encima de las runas de su corazón, y el hambre tromante que degarra a cuchilladas los terrenos añila a las lunas del mundo.

En la época crepuscular de las vespaldas, tranco a tranco como el huso-tero encañado el heroico país de Chile en su inmenso caballo negro, a fin de que el hombre recuerde que emerge de la hoja cauda la espiga definitiva y la verdad material de lo vivo y muriendo simultáneamente; bajo los cantos altos y anchos como banderas, se paladean las primeras patatas del año, a la sombra susota del arpa y las guitarras, que con coramios ahufendo; resuman las espuelas del vecindario rural y las potencias verdes aspiran como la chicha en los tinajas o como la neta en las tonadas de enormes ojos azules por negras lamentos; y existe otro a corazón prescrito; mientras de las sandías ya esas fluyendo y los alamos llenos de lágrima con estatuas de cobre nacional cargadas de alas de plata; contra el espejo de inventos de los primeros charcos el buce contempla su fotografía trizada por el vapor, como la familia del labriego, y los patrones lustran el calado en la esclavitud campesina, feroces, dentro del chalaco de lana del estorbo amantado con dinero; luego, entonces, compañeros vientos las montañas la única ropa que nos dejó el plata inglés cuando nos robó hasta las arduas, o el Ruise y sangrante asenso de Norteamérica, en la muestra colosal de los montañas, el sol, como un jinete chileno cabalgando con una gran estrella negra en el hocico, el tricolor flamea en la vuela agasta, y los últimos aborígenes se suicidan, por fusilamiento, al pie del cubito de los campos aperecurcos, fluvial-locutor-épico en el corazón de la araucanía; ya también solo gritando entre las banderas desquadradas de la chulabana y prefiero no dar la ya remada mano, a fin de no incendiar al viento.

Se degolló la mies para que fudese pan, y las vespaldasinas pararon avas entre uvas o cigarras grandes o borllas o poesías con cadáveres o pampinos o tordos o ligeros; mancha en los tonales; la sangre herviente de la herviente voz y el lago recuerda la material del hecho de los rinde casados, un gran aroma a coquilla de chanchito azudo al palo rubino al truco en suarand y al lino en general de la feligrata, porque un día envaró el amo floja como un roble de Agaña o un coral muerto o un



PABLO DE ROKHA

pueden tirado entre los miembros del antiguo conector; nose bodega aborígenes en el corazón herido y sombro de las potencias con oliveros a mansalva como a acrituras como a miranjes, o como al arrollon social de los rubios; ya la intronada va a derrumbar a pañudo de reparto las voceros lincorandis, el perulato social de la floja, para a gorta, considerablemente.

(Para a la pag. 4)

SEPTIMA EPOCA • NUMERO 81 • 1ª QUINCENA DE MAYO DE 1953

EDICION ESPECIAL \$ 5.-

POR COMERCIO LIBRE CON TODOS LOS PUEBLOS

MULTITUD

REVISTA DEL PUEBLO Y LA ALTA CULTURA

PABLO DE ROKHA

Epopeya de las Comidas y las Bebidas

de CHILE

LA LENGUA SOCIAL DEL ARTE, 1960

ENSUERO DEL INFIERNO

Resumo: como raras veces, en el canto de las runas guiados de otras perdidas, la alta cometa distinguirse se más preciosa que la pieza de la autora más preciosa, lo más precioso que existe, para embalsamar en un curanto bien servido.

el cantaro del Huelmo es rico, aborreciendo vino y sustituyendo.

como el choro de miel que se rasca entre mujer, entre cochayuyo de costales, entre jarroes y vituelas de Talcahuano, por el jugo del limón atonal de los siglos.

o como la olorcosa empanada, colobagüna que agranda de sólo la gajana y clara, de hervor, floreciendo los rodos flor de durazno.

Y, que en dicen, antaño de un costillar de chancha con ajo, plantándose, azate en azúcar de maíz, en jarro, a la ribera del penne o la pitagua, a el hotel que ragnan la atmósfera dramática del atolón, lúvica de Quiribú o de Desamparado.

o de la gajana, en caldo de guiso, completamente se talquico o "bambuco de parafleta".

no, la codorna, asada a la barbilla, se come, lo mismo que se oye "el Martillo" en las pedras antioqueñas, y la "lata fría en el Maipo, en el que el pelotero salta a la gajita, agrada de ser, completamente rico de río, navegando en la barca, mientras las niñas Carreño, como entrando, le hacen un paño a "lo hitano" y a "lo divino", en la, es, eran, antioqueña, "Cordillera" o "Cordillera".

Emplazamiento por asesinato:

a YANQUILANDIA

El ajusticiamiento de los héroes de Sing Sing en la voz mundial de Pablo de Rokha

(Página 11)

Los, paros, estados, que hasta a Vétano y son, eternos de nalgas, o de cartago, con, lúvica, los, como, en, todo, el, país, y, en, Santiago, de, los, leños.

como a los lirioes, en donde, siempre, lo, chico, como, la, hija, más, linda, de, Carlos, Irujo, cuando, los, vestidos, del, hijo, del, monarca, paragona, de, la, misma, manera.

que, a, la, rancia, que, quince, de, julio, en, el, año, terminamos, en, el, año, de, la, libertad, el, ajusticiamiento, de, Yobani, de, la, libertad.

o, el, silencio, de, estar, en, el, vital, momento, del, mundo, a, los, mismos, momentos, de, la, vida.

a, cuya, negrura, horriblemente, tenía, coover, en, el, cuerpo, de, latir.

(Pasa a la pág. 11)

"Pablo de Rokha es el más grande poeta, no sólo de nuestra época, sino de toda la poesía universal por la claridad, profundidad, sencillez" que integra y des- cubren en su arte".

LEON STANIS, embajador en la Galería Nacional, de la ciudad de Montevideo, República Argentina, el 25 de marzo de 1950.



Winétt de Rokha, a los 21 años...



Pablo de Rokha, a los 21 años...

SURAMERICA



Pablo de Rokha, por José Romo, en 1922.

SURAMERICA

revista de arte y filosofía
SANTIAGO DE CHILE

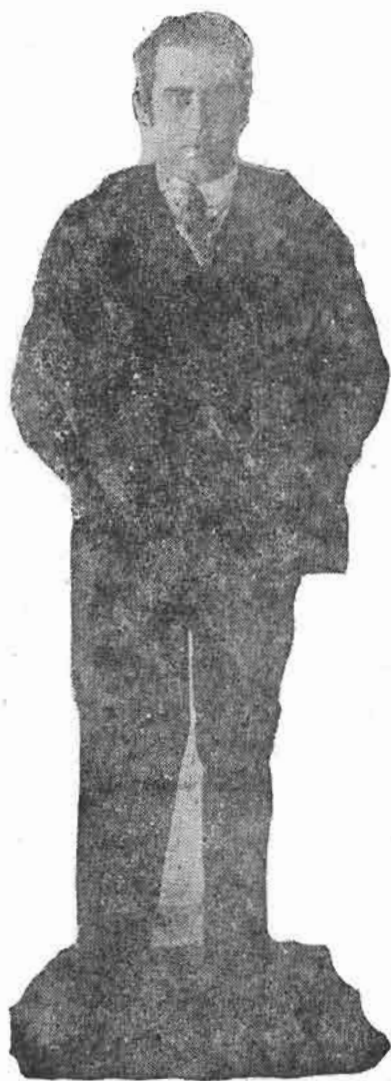
ABELARDO PASCHIN BUSTAMANTE — IGNACIO ZAMORA — ALEJANDRO GALAZ — GUILLERMO QUIRONEZ
ALVEAR — PEDRO PLONKA — JULIO NAVARRO MONZO — WINETT DE ROKHA — JOSE TOMAS VERJUGO
ROCKO MATJASIC — PABLO DE ROKHA — VICTORIANO LILLO — SANTOS VARGAS — AUGUSTO SANTELICES



Abelardo PASCHIN Bustamante: EL DESCENDIMIENTO
óleo de la galería personal del Dr. Dolben

PRECIO: \$ 1.- JULIO — 1931

N.º 1



Pablo de Rokha, en 1931.

O S C A R C H Á V E Z

EL POETA CRUCIFICADO

Y

LA JAURÍA

Estampa heroica
de una gran soledad genial

1 9 4 0

S a n t i a g o d e C h i l e

LXXXIII

PABLO DE ROKHA

TEORIA DE LA DIATRIBA y exégesis del humor, el sarcasmo, la sátira, el panfleto y lo pornográfico

Hay en el instante de la disformidad absoluta, terror, desesperación, corte al hombre y su estrategia; entre el individuo y su instrumento de conquista; entre la necesidad biológica del tributo, como hecho nutricional en la historia económica del ser, y las herramientas normales de combate, que la sociedad le ofrece; entre el soldado y sus armas, medio a través de la batalla; entre el derecho eterno al sustento, a la victoria, al resto de las posesiones cotinuas y el derecho nuevo, legni de los derechos jurídicos; en el minuto sagrado y tremendo del "temor". — Otto, Scheler —: es la gran época subjetiva en la cual, según Blas Pascal, "el corazón tiene sus razones que la razón no comprende".

Personaje dramático, posee una gran técnica, la técnica de la hipocresía del adversario; el polemista postando demostcar, el panfletoista derrota, arrojar, harte definitivamente; y primero es el caballero de los torneos, el segundo, el gladiador del circo y el mito, el jinete, — "Lambur" y sexo, "homon" y cucha, "homon" y pueblo —, de los astros estudios antiguos.

Y, así como no es posible exigir al escudero un unerrallador, y tampoco es posible exigir al guerrero la ocupata, porque la unerrallador y la ocupata son cosas distintas y finalidades diversas, expresadas en técnicas e estrategias diversas, de unversidad diversa, no es posible exigir a la diatriba el lenguaje mesurado y distinguido del ateneo, ni ser frágil, pan-nunimo, ni ser humilde en la comarca individual, que arroja e impresca al destino, el pentágono académico.

Si se acepta la diatriba como se la acepta; pero si se la acepta en la propia como diatriba.

Abora, si no aceptarla, significa desconocer un hecho y la expresión de un hecho, es decir, desconocer una necesidad biológico-histórica de carácter tremedante, y su órgano de manifestación objetiva. La guerra es la manifestación en la ciudad gótica, como lo son tralladura y silencia, en las que el arte se "aplotado" y humillado por la diatriba, unerrallador expresado en servancia, en resbaldo; Miguel de Cervantes, el panfletoista inmensamente prodal de "El Colote" respondió con "El Escudero" y no con un tratado de estética a sus detractores; don Luis de Góngora, gran poeta católico y soberano del estilo y la alocura, hisguero del Renacimiento en España, imbuido de descomunal artístico, escribió contra Lope Félix de Vega Carpio, esta inviolable verba de combate:

Por tu vida, hombre, que me horres
las velas de los torres de la escudo,
porque aunque son de viento, inmen dado
que tengas cierta para tanta torres.



PABLO DE ROKHA

toda la novela picaresca, comenzando por "La Celestina" y terminando por "El escudero Marcos de Obregón", "El Picaro Guzmán de Alfarache", de Mateo Alemán, y aun, "Los Cigarrales de Toledo" de Tirso de Molina, y el fondo popular de Lope, genio entre genios, "Fuenteovejuna", teatro de masas, — ser sarcástico; don Francisco de Goya y Lucientes, el español trascendental y místico, popular y sacro, popular y santo, concilló, comá



PABLO Y WINETT DE ROKHA,
en las calles de Santiago de Chile

ecos y voces, soles, campos, rutas, aguas, definiéndolo, consiguiendo su definición. Apresurado, febril, escribe "Los Gemidos", obra lírica, desorbitada, extensa en bellezas, de inflado lenguaje. Publica "Suramérica", poema aparentemente temerario, de amable tipografía, escrito en un lírico anhelo de hombre de Chile. "Escritura de Raimundo Contreras", viene a señalar la prosecución del mundo que de Rokha cogió desde su primer intento poético. La total significación de este poeta aun no ha sido demostrada". ("La poesía chilena moderna", pág. 171).

Armando Donoso: "Toda la obra de este poeta denuncia un recio esfuerzo de originalidad: cáustico, a veces; sacudido por las más ásperas sollicitaciones de la sinceridad; sarcástico y fuerte, ha logrado escanda-

lizar al burgués con el eco arbitrario de su palabra desnuda. Su libro "Los Gemidos" cayó como una piedra en el charco de nuestra apacible vida literaria". ("Nuestros poetas", Nascimento).

Volodia Teitelboim: "Por aquel entonces, compañero de Vicente Huidobro en sus luchas iniciales, Pablo de Rokha comienza a escribir una poesía sin precedentes, en consonancia con una concepción estética palmariamente distinta de los demás poetas. Desde "Versos de Infancia" hasta "Jesuerista", se afina circulando dentro de la órbita de una personalidad sin confusión posible. "Satanás", "Suramérica", y especialmente, "Escritura de Raimundo Contreras", son poemas autóctonos. Pero pronto su proceso-evolutivo deja a la rezaga este estadio vernáculo

Trabajadores Intelectuales: Contra el nazi-fascismo!

M U L

T STALINGRADO
corazón del mundo
STALINGRADO
capital del mundo I

T U D

Pablo de Rokha

Posición del escritor frente al nazi-fascismo

Hay una situación concreta y categórica, exacta, de hecho, rotunda: el escritor es un explotado social. Los que pretenden desconocerlo, no es por ceguera o por torpeza congénita, o de carácter patológico, —porque tan gran enfermedad intelectual conduciría a las clínicas o a los servicios de Beneficencia y no a las altas tribunas del lenguaje,— es porque los que pretenden desconocerlo, están al servicio de los explotadores. Para tales sombras de sub-hombres, se escribió el axioma tremendo: "existe un ser más miserable que el verdugo, EL SIRVIENTE DEL VERDUGO"

Adentro del régimen de explotación del hombre por el hombre y, planteada la acerba verdad social de la lucha de clases, la ubicación clasista del escritor es ineludible: deberá militar en la trinchera de los pobres del mundo, de los humillados y los oprimidos de la tierra, sus compañeros de infortunio, exaltando y aclamando a sus líderes, porque forma parte SOCIAL de un conglomerado SOCIAL, el de los TRABAJADORES INTELECTUALES.

Ahora, como el nazi-fascismo es la expresión sangrienta, criminal, guerrera y delincuente de la explota-

N.º 40, Año IV, 4.º TRIMESTRE DE 1942

Extremismo, trozkismo y nazi-fascismo, puntales del espionaje

MULTITUD

REVISTA DEL PUEBLO Y LA ALTA CULTURA

PABLO DE ROKHA

La conspiración de la Quinta Columna

En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional.

El mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional.

El mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional.

El mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional.

"ENJUICIAMIENTO Y ABOMINACION POPULAR DEL FALSO PROFETA" EN "FANTASY"

THE PUBLIC PROSECUTOR SPEAKING

BY PABLO DE ROKHA
(TRANSLATION BY RENE TALLANTYRE)

El mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional.

El mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional.

El mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional.

El mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional. En el mundo de hoy, el espionaje es un elemento esencial de la política internacional.

5ª. EPOCA - AÑO VI - N.º 65 - MARZO DE 1944

Publicamos la traducción inglesa de "Enjuiciamiento y abominación popular del falso profeta", de PABLO DE ROKHA, publicado en el N° 38 de "MULTITUD", 1.er Semestre de 1942, traducción debida a la pluma famosa de Renée Tallantyre, hecha, especialmente para la revista "Fantasy", de Pittsburgh, U. S. A., que dirige Kenneth Patcheu, tomándola del N° 27, Pág. 70.

VASCONCELOS VContra MEXICO



*Diálogo entre Pablo de Rokha
y José Vasconcelos.
Versión de R. Reyes Pérez*



PABLO DE ROKHA

Interpretación Dialéctica de América

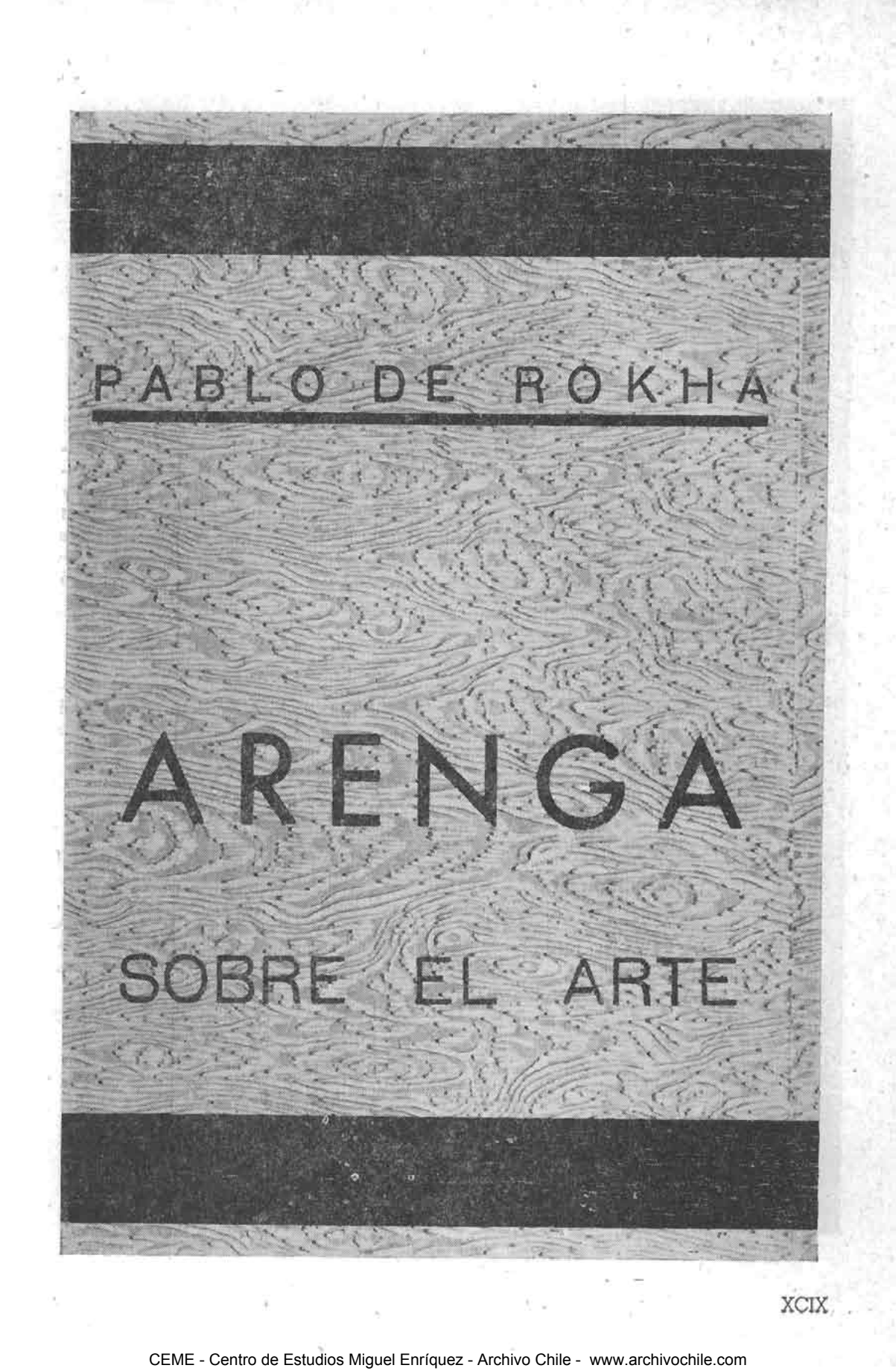
LOS CINCO ESTILOS
DEL PACIFICO

CHILE - PERÚ - BOLIVIA - ECUADOR - COLOMBIA



Buenos Aires

XCVII

The book cover features a wood grain pattern. At the top and bottom, there are solid black horizontal bands. The author's name is printed in a bold, sans-serif font, underlined by a thin black line.

PABLO DE ROKHA

ARENKA

SOBRE EL ARTE

DE "ARENGA SOBRE EL ARTE"

1 9 4 9

El mandato social de los grandes poetas marxistas de hoy, no consiste en transformarse en políticos de la literatura y suplantar a los líderes, sino en dar a las masas obreras y al pueblo inmortal, una poesía y una teoría correspondientes como forma, mito y planteamiento a la gran ansiedad heroica de un mundo que trae la Revolución en las entrañas del super-industrial capitalismo, cuya faz maldita es el imperialismo invasor, contra el cual luchan mundialmente, los trabajadores manuales e intelectuales unidos.

PABLO DE ROKHA

"El artista **idealista** afirma la mentira de que él origina el contenido en función de la forma, y el artista **materialista** afirma la verdad marxista de que él origina la forma en función del contenido; el primero se evade de la realidad y la calumnia; el segundo la penetra, la transforma, la sublima humanizándola".

PABLO DE ROKHA

(Cursillo de Estética en Columbia University, N. Y., U. S., 1944).

"ARENGA SOBRE EL ARTE", no es un libro dogmático, es un libro dialéctico; condena toda y cualquiera forma de revisionismo marxista, condena el trotskismo como la traición máxima al marxismo-leninismo-stalinismo y acepta la autocritica como un modo creador de enriquecimiento del materialismo dialéctico e histórico; por lo cual el autor somete todos sus juicios a la autoridad universal de los teóricos bolcheviques.

PABLO DE ROKHA

Pablo de Rokha

Arenga

sobre el arte

Editorial "Multitud"

Santiago de Chile

1 9 4 9

RECTIFICACION — RATIFICACION Y AUTOCRITICA

"Arenga sobre el Arte" fué pensado y escrito por mí en el instante de la gran aurora boreal del psicoanálisis como técnica y método de la investigación de la personalidad humana, y lo publiqué en 1949, ornamentado con los heroicos himnos de oro de Winétt y tres poemas míos.

Toda la obra comparte sus verdades accidentales y sus errores, sin filiación ni proselitismo, buscando su interpretación y utilización por el Marxismo, superándolas y dirigiéndolas, es decir, pretende poner a Freud al servicio de las masas.

Mantengo los planteamientos fundamentales que la opinión pública del mundo constató y no discutió en mi libro, y mantengo las tesis básicas, que son mías y enteramente propias y originales: el artista del pueblo que deviene militante y líder público, al originar la heroicidad en la batalla por su estilo, enfrentando y socavando la sociedad burguesa, con acento insurreccional y de masa; la condición dialéctica del arte, pero del arte como el lenguaje social del hombre; "la gran batalla por la forma"; formas arcaicas, formas caducas, formas pasadas, formas precoces, formas contemporáneas, formas frustradas, insurgentes, revolucionarias, precursoras, subversivas, belicosas, insurreccionales, formas de clase y régimen, formas líderes y formas próceras, formas heroicas, formas mártires, formas demagógicas, formas burguesas, formas proletarias, formas pequeño-burguesas, formas de la forma por la forma; la condición política del arte, "el arte de los sirvientes", el arte de los patronos y el arte de los peones; el arte soviético en camino al "Grande Arte Comunista de Lenin" y el "Realismo Popular Constructivo", como base y cumbre de la "Epica Social Americana", en la conducta civil de los creadores democráticos del Continente; y a través de "arte y hambre", la revisión general de la expoliación y la explotación humanas, reflejándose en el lenguaje de lo bello.

Es bastante para un poeta solo y para un solo poeta.

Pero yo declaro con asombro y lealtad beligerante que proclamo y acepto como una superación justa y rotunda a las premisas dadas por mí el enjuiciamiento y la negación del psicoanálisis: la teoría dialéctica e histórica y experimental del conocimiento, planteada por Iván Pavlov, y entroncada al Marxismo-Leninismo-Stalinismo triunfador por sus discípulos, y lo proclamo y lo acepto en un proceso de enriquecimiento, rectificación y ratificación de mis afirmaciones, porque me parece que así un escritor está cumpliendo un deber que es un ejemplo que resuelve en lo artístico el mensaje social de lo político.

A la manera del que suplanta la quijada vil y grandiosa del asno de Caín por la espada que forjara Tubal-Caín en la primera herrería del mundo, y da la batalla embanderada en sus cuarteles por las nuevas tácticas y los descubrimientos centrales, revisando lo andado yo no decaigo, yo avanzo y yo declaro el derecho fundamental y heroico a la autocrítica que no se ejerció conmigo.

Se ha de retocer en el terrible incendio, medio a medio, adentro de la alta y ancha llamarada, la antigua pasión equivocada por un planteamiento que maduró la creación marxista, como un león vivo se retuerce en una gran hoguera, y la aclamación de la verdad lograda, experimentalmente exacta, emergerá y empujará su pabellón de piedra; es menester quemar las naves teniendo presente el enorme deber de la escritura popular y su comportamiento; me declaré marxista-leninista-stalinista y procuro lograr el honor de serlo a conciencia, todo y desnudo, íntegramente, poniendo los huesos por testigos, desde ya hace años y estoy con Mao Tsé Tung en la gran línea popular solo.

Ya aparecerá rectificada, enriquecida, ratificada en la confrontación con la psicología soviético-pavloviana, "Arenga sobre el Arte".

E indiscutiblemente ha de ser la misma "Arenga sobre el Arte" de antaño pero hogaño, sobrepujando los contagios idealistas minoritarios y locales, hasta la última gota de la heroicidad del creador por el pueblo y con el pueblo, en el corazón de los pueblos.

PABLO DE ROKHA

Santiago de Chile, Enero de 1954.

UN LIBRO A ESCALA MUNDIAL 'ARENKA SOBRE EL ARTE'

POR



PABLO DE ROKHA



WINETT DE ROKHA

PABLO DE ROKHA SUMARIO

PROFESOR X. V. (1910-1915) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1915-1920) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1920-1925) - LOS TERNOS ANTI-CONSTITUCIONALES DE LA EMBAJADA (1925-1930) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1930-1935) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1935-1940) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1940-1945) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1945-1950) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1950-1955) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1955-1960) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1960-1965) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1965-1970) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1970-1975) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1975-1980) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1980-1985) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1985-1990) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1990-1995) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (1995-2000) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2000-2005) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2005-2010) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2010-2015) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2015-2020) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2020-2025) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2025-2030) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2030-2035) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2035-2040) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2040-2045) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2045-2050) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2050-2055) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2055-2060) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2060-2065) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2065-2070) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2070-2075) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2075-2080) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2080-2085) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2085-2090) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2090-2095) - EL VALLE PIERDE SU ATMÓSFERA (2095-2100)

LO BELLO a la luz del materialismo

EL VALLE PIERDE
SU ATMÓSFERA

mujer y canción
de AMERICA

INDICE DE "ARENKA SOBRE EL ARTE"

- PROLOGO A UNA AMIGA
- DIFAMACION, MARTIRIO, CRUCIFICION y Resurrección del
Gran Artista en la Sociedad Burguesa
- LA GRAN TRAGEDIA DE LO BELLO
- LOS TERMINOS ANTAGONICOS DE LA DIALECTICA en fun-
ción del Origen de la Materia y de la Naturaleza
- EL SER CONSCIENTE Y EL YO SUBTERRANEO. — Poetas y
Profetas
- ARTE Y HAMBRE. — Dios-Sexo, Dios-Belleza, Dios-Muerte
- EJEMPLO DEL JUDIO
- INTRODUCCION A UNA TECNICA DEL ESPIRITU DESDE EL ARTE
- EL ARTE COMO LENGUAJE SOCIAL Y EXPRESION HISTORICA
DE LO HUMANO Y "LO DIVINO"
- LA GRAN BATALLA POR LA FORMA: CONTENIDO Y CON-
TINENTE
- FORMAS ARCAICAS, FORMAS CADUCAS, FORMAS PASADAS,
FORMAS PRECOCES, FORMAS CONTEMPORANEAS, FOR-
MAS FRUSTRADAS, INSURGENTES, REVOLUCIONARIAS,
PRECURSORAS, SUBVERSIVAS, BELICOSAS, FORMAS DE
CLASE Y REGIMEN, FORMAS LIDERES, FORMAS HEROI-
CAS, FORMAS MARTIRES O DEMAGOGICAS
- EL FENOMENO POLITICO DE LA BELLEZA
- LA U. R. S. S. Y LA SOCIEDAD SIN CLASES. — (El "Grande Arte
Comunista" de Lenin. — "Realismo Popular Constructivo")
- EL ARTE DE LOS SIRVIENTES
- LA BESTIA HERIDA
- LA EPICA SOCIAL AMERICANA
- TERROR — SUEÑO — DOLOR — MITO — AMOR — VERSO
"EL VALLE PIERDE SU ATMOSFERA", por Winétt de Rokha
- 3 POEMAS DE PABLO DE ROKHA
- LENGUAJE DEL CONTINENTE
- EL LLANTO DE LOS LLANTOS
- CARTA MAGNA DE CHILE
- Aventuras y desventuras de "ARENKA SOBRE EL ARTE"*

UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo

PABLO DE ROKHA HABLARÁ EL DOMINGO 17, A LAS 9 Y 12 HORAS, EN EL CAUPELICAN
EN GRAN ACTO DE MASAS.

"Un libro y un pueblo" es el lema que el gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".



PABLO DE ROKHA

—Este P. de Rokha, gran escritor chileno, es el autor de "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

—Este P. de Rokha, gran escritor chileno, es el autor de "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

—Este P. de Rokha, gran escritor chileno, es el autor de "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

—Este P. de Rokha, gran escritor chileno, es el autor de "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

—Este P. de Rokha, gran escritor chileno, es el autor de "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

—Este P. de Rokha, gran escritor chileno, es el autor de "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

—Este P. de Rokha, gran escritor chileno, es el autor de "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo

Pablo de Rokha

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

El gran escritor chileno, Pablo de Rokha, ha elegido para su libro "UN LIBRO y UN PUEBLO contra el nazi-fascismo".

MULTITUD

ARTE Y CIENCIA LITERATURA
POLITICA Y POLEMICA
FILOSOFIA SOCIOLOGIA ECONOMIA
E D U C A C I O N
T O D A L A C U L T U R A
S E M A N A A S E M A N A
DIRECTOR: PABLO DE ROKHA

SENTIDO Y DISEÑO DE "MULTITUD"

"Multitud" no viene a servir un programa; viene a cumplir un destino: afrontar la sociedad, desde el ángulo de la cultura, vivir y sentir la cultura, colmando un rol heroico, y escribir la cultura como un hecho de masa, aspirando al HUMANISMO PROLETARIO, hacia la superación histórica de la época.

Entiende la existencia, a la manera de un destino trágico. En función de tal actitud, afirma que la política es un drama, de fin—la ciencia, el arte, la industria, la economía, el gobierno, la filosofía, en expresión y en beligerancia. Por lo tanto, "Multitud" estará llena de fuego, valentía y pasión. Añora a toda forma de eclecticismos retóricos-académicos, abierta a todas las impetus, en pasión y en verdad, sin acender a la tribuna, y a los albos corrales de la oratoria, sin descender a la arena estrofiada del circo. Hará poesía, hará batallas, vivirá en el frente de combate. Ardiente, beligerante, estroica, por la muchacha, plañidera, oradora a través de las trincheras del pueblo, en línea será la línea de fuego, y ésta será la línea a sus colaboradores, por haberla ellos dado.

"Multitud" es un grito de pueblo, que se ubica en la historia. Contra el fascismo y el imperialismo y con la España Luchadora y Republicana, engrandecidos de héroes y mártires, y de la cual depende el destino del hombre, con el pueblo alemán, con el pueblo japonés, y contra los obscuros verdugos nazis y los impudentes barones japoneses, con el pueblo peruano y contra Hicavides y los verdugos del pueblo peruano, con el gran pueblo chino, por la defensa de su país de la invasión nipona, con Stalin y los Soviets, con la U. R. S. S., con el pueblo de la U. R. S. S., con el Ejército Rojo, con los héroes bolcheviques rusos y contra los jaisas, y los crifes internacionales del fascismo, con el pueblo de México, y con Lázaro Cárdenas y contra los explotadores del régimen de- mocrático, con el pueblo de Italia y contra los escamotes crifes del fascio, con la Etiopía masacrada, con los negros y los judíos, con

el capital nacional o continental, y contra el gran capital internacional financiero huncario, con Roosevelt y el pueblo norteamericano, con el pueblo y la democracia, y contra Wall-Street y la City, con el pueblo francés, con el pueblo inglés y contra Daladier Chamberlain y otros espías, traidores, verdugos del porfascismo con el Frente Popular, con la Alianza Popular Libertadora y con tra la oligarquía criminal de los monopoleros nacionales de las haciendas, ligados a los aventureros internacionales del petróleo, de la flota, de la Iglesia, de la Banca.

En este instante crucial de la República, "Multitud" de fende la heroicidad de los intelectuales, como un deber y un honor de carácter trágico épico, de servicio social, reivindicando energicamente, su papel substancial, su dignísimo, su función grandiosa de expresadores de la conciencia colectiva,— ni bulosos, ni Música, ni sirvientes de las masas obreras, masas obreras, en trances de expresión dramática.

No es el hombre el que se ha hecho para la cultura, según cree el idealista, el liberal individualista, el eclesiástico, es la cultura, la que se ha hecho para el hombre, según cree el marxista. Pero no es ni la herramienta subalterna del oportunista, ni la trágica válvula de escape de la evasión hacia la tiniebla del cañón, del nihilismo y el empujón, que cuando, indolentemente la afrentaría política, con ruidosos alaridos de subterfugio, si le necesitan de Cato de los libros fábros, es la demagogia progre- nística de las pelotas y las venas del ser presente. No, entonces, como el individualista, si ha de fugarse integradamente, ha de fugarse, al solido, al sub-estimado, al sub-valorado, al sub-valorado, una gran escala de valores. Hay ciertos patrones de la política, ciertos patrones de la izquierda, ciertos patrones de la eficiencia revolucionaria, algunos de gran alcance, sentido vital y significado social, brutas, cobardes, hordas, masadas y círculos de los

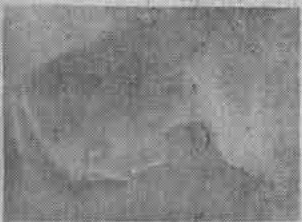
De "LOS GEMIDOS" a "FUEGO NEGRO" ANTOLOGIA DE PABLO DE ROKHA

IMPRIMINDOSE—APARECERA EN MAYO O JUNIO DE 1953. EDITADA POR "MULTITUD"
AL CUMPLIRSE 30 AÑOS DE LA APARICION DE "LOS GEMIDOS"

1922-1952

Una Vida, una Mujer, una Obra: Chile y Todos los Pueblos del Mundo

34 LIBROS QUE SON 24 CICLOS DE UNA GRAN CARRERA CICLOPEA POR LA CONQUISTA Y LA DEFENSA DEL REALISMO POPULAR CONSTRUCTIVO, CONTINENTAL-UNIVERSAL, DESDE LA CHILENDAD TRAGICA, LO EPICO Y LO PUBLICO, TODO LO HEROICO, COMO EXPRESION MULTITUDINARIA DE LO LIRICO, TODA LA BATALLA SOCIAL POR EL PAN, LA PAZ Y LA LIBERTAD DE LOS EXPLOTADOS Y LOS HUMILLADOS DE LA TIERRA, DRAMATIZADA POR PABLO DE ROKHA, HACE TRENTA Y NUEVE AÑOS, EL LENGUAJE MUNDIAL DE LA EPOCA, REENCONTRADO, OBRA TRAS OBRA, DESARROLLANDOSE EN ESPIRALES, COMO LA FIACION CLASICA DE LAS CARACTERISTICAS DE LA AGONIA DE LA BURGUESIA, DESDE EL VIENTRE PATEADO, ENSANGRENTADO, ARRASADO DEL PUEBLO Y SUS COMBATES.



La gran trayectoria, "Winnett de Rokha" en 1951 en el primer aniversario de la muerte del autor.

"VERSOS DE INFANCIA" 1911	"LA FABRICA" 1917	"U" 1917	"SATANAS" 1917	"SURAMERICA" 1917
"EL FOLLETON DEL DIABLO" 1917	"LOS GEMIDOS" 1922	"HIMNO AL HEROE" 1922		
"FUEGO NEGRO" 1952				

Está en Panamá el mas alto y noble de los poetas del Continente Pablo de Rokha

En compañía de su esposa, la poetisa Winett de Rokha viaja en misión cultural que le ha conferido el Gobierno de Chile

Recibimos anoche la visita del famoso poeta y escritor chileno Pablo de Rokha (Carlos Díaz Loyola) y de su distinguida esposa, la delicada poetisa Winett de Rokha, estrellas de primera magnitud en la literatura de América que viajan en misión cultural y de observación por todo el Continente.

Pablo de Rokha nos habló ligeramente de su labor, de sus empeños, de sus deseos de interpretar hondamente la vida americana en todos sus aspectos y llegar así a la revelación del verdadero espíritu americano — latinoamericano — haremos mejor — tan mal apreciado en ciertos aspectos.

Viaja de Rokha en misión cultural del Gobierno de Chile y en nuestra Universidad dictará interesantísimas conferencias cuya fecha anunciaremos más tarde. Hasta ha recorrido Estados Unidos, México

y la mayor parte de los pueblos de América en donde ha sido aplaudido y apreciado tanto por su obra poética — la de más empuje en América — como escritor que nos ha dado catorce libros que son un tesoro de la literatura latino-americana y mundial.

María Luisa Carnelli, eminente periodista costarricense nos dice de Rokha en un artículo famoso: "Y porque Pablo de Rokha es tragico y dialéctico, destructivo y constructivo, contundente y demoleedor, vemos en él al poeta combatiente y actor de su tiempo, que moja la pluma en su sangre y arroja la carga de dinamita contra el esteticismo mentido y la retórica, contra las fórmulas hechas, los teoremas y sofismas y conceptos ambiguos".

Al saludar atenta y cariñosamente al eminente escritor y poeta y *

Pasa a la Pág. 2, No. 4.

INTRODUCCION A UNA EPICA SOCIAL

La segunda conferencia de Pablo de Rokha en la Universidad

Como habíamos anunciado en nuestra edición de ayer, se realizó la conferencia del poeta que nos visita y que atrajo un número a y selecto en el recinto la misma que llena de interés era ciento y guó el desarrollo de las ideas del poeta, que en vuelo aviónico como el expreso, flota una revisión veloz del desarrollo de la poesía a través del de desarrollo de las sociedades primitiva, feudal, burguesa, y capitalista en sus distintas etapas.

Mostró las tragicas realidades de los mundos en lo que le ha netado el poeta antes de arribar a tierras de libertad y de igualdad. La eterna explotación de los humildes por los poderosos movió de parte del poeta defensiva lapidación.

En sus palabras se veía de la URSS, tuvo fervores de infancia. Mostró a los jóvenes el camino de su misión frente a las masas y, esta hora crucial,

les, los trovadores el mister de ciencia y el mister de lo glorio, el canto llano y las masas corales, le suceden al poeta burgués, lirico de los burgos y las arbes que hacen.

—Blake, Baudelaire, Hugo, Nibaud, Sautremont, Whitman, Darío, Apollinaire, Tzará, Ttuart.

—Las formas burguesas, intelectuales, dentro de las que surgen las formas épicas y públicas: esoprosentismo, dadaísmo, impresionismo, surrealismo, futurismo.

—La máquina, la era industrial capitalista y la guerra por los mercados del 14.

La aurora mundial del 17.

—La sobrecapitalización, la superindustrialización, el nazismo y el fascismo, como sus armas de liberantes, la conspiración nazi, fascista contra la U.R.S.S., by lauria de la liberación humana, y de los trabajadores.

—La 2a. guerra mundial y el

lenguaje social del arte, al servicio de la democracia.

—Epopoys de insurgencia contra el fascismo por la victoria de la paz democrática y por el advenimiento de la sociedad sin clases.

—La epica social americana y la unidad continental — univesal de América.

—Un arte heroico, popular, activo de masas, americano y universal, pan humano al servicio de los trabajadores de todos los pueblos.

INTRODUCCION A UNA EPICA SOCIAL.

Así mismo tenemos el cargo de invitar al público y particularmente a los miembros estu-dios a su segunda conferencia que se realizará en el local de la Universidad de la Avenida Villalón el día jueves 11 a horas 6 y 30 en la que abordará el siguiente tema:

“Prólogo a una interpretación dialéctica de América”

INDICE DE CRONOGRAFIA

CRONOGRAFIA	I
"Selva Lírica", publicación de "Versos de Infancia"	III
"Nuestros Poetas", publicación de "El Folletín del Diablo"	V
"Los Gemidos"	VII
"Agonal", publicación de "Cosmogonía"	IX
"U"	XI
"Satanás"	XIII
"Multitud", pequeña antología de Pablo de Rokha, publicación de "Ecuación"	XV
Página 9 de "El Poeta Crucificado y la Jauría — Estampa Heroica de una gran soledad genial", grabado en linóleo de "Suramérica"	XVII
"Escritura de Raimundo Contreras"	XIX
"Antología de la Poesía Chilena Nueva", publicación de "El Canto de Hoy"	XXI
"Cuadernos de Literatura Proletaria", publicación de "Canto de Trinchera"	XXIII
"Jesucristo", primera edición	XXV
"Jesucristo", segunda edición	XXVII
Página 74 de "El Poeta Crucificado y la Jauría — Estampa Heroica de una gran soledad genial"	XXIX
"Multitud", publicación de "Los 13"	XXXI
"Oda a la Memoria de Gorki", segunda edición	XXXIII
"Multitud", publicación de "Moisés"	XXXV
"Gran Temperatura"	XXXVII
Ilustración de "Gran Temperatura", linóleo de Carlos Hermosilla Alvarez	XXXIX
Ilustración de "Gran Temperatura", linóleo de Carlos Hermosilla Alvarez	XLI
"Multitud", publicación de "Imprecación a la bestia fascista"	XLIII
"Cinco Cantos Rojos"	XLV
"Morfología del Espanto"	XLVII
"Canto al Ejército Rojo"	XLIX
Página de "Repertorio Americano", publicación de "Los Poemas Continentales"	LI
Página de "Arenga sobre el Arte", publicación de "Carta Magna de América"	LIII
Página de "Democracia", publicación de "Fusiles de Sangre"	LV
Portada de "Democracia", publicación de "Fusiles de Sangre"	LVII
"Multitud", publicación de "Funeral por los Héroes y los Mártires de Corea"	LIX
"Fuego Negro", 2º estadio de la epopeya "Apoteosis"	LXI
"Multitud", 1.er estadio de la epopeya "Gran Marcha Heroica"	LXIII
"Multitud", 3.er estadio de la epopeya "Lamento en Piedra"	LXV
"Multitud", publicación de "Arte Grande", o "Ejercicio del Realismo"	LXVII

"Multitud", publicación de "Arte Grande" o "Ejercicio del Realismo"	LXIX
"Multitud", publicación de "Arte Grande" o "Ejercicio del Realismo"	LXXI
Winétt de Rokha, a los 21 años	LXXIII
Pablo de Rokha, a los 21 años	LXXV
Pablo de Rokha, por José Romo	LXXVII
Portada de la Revista "Suramérica"	LXXIX
Pablo de Rokha, en 1931	LXXXI
Portada de "El Poeta Crucificado y la Jauría — Estampa Heroica de una gran soledad genial"	LXXXIII
Página de "Multitud"	LXXXV
Página de "El Poeta Crucificado y la Jauría — Estampa Heroica de una gran soledad genial"	LXXXVII
Portada de "Multitud"	LXXXIX
Portada de "Multitud"	XC1
Portada de "Multitud"	XCIII
Portada de "Vasconcelos contra México"	XCv
Portada de "Interpretación Dialéctica de América"	XCvII
Portada de "Arenga sobre el Arte", primera edición	XCIX
Portada de "Arenga sobre el Arte", segunda edición	CI
Cartel de anuncio de "Arenga sobre el Arte"	CIII
Cartel de anuncio de "Un libro y un Pueblo contra el Nazifascismo"	Cv
Portada del primer número de "Multitud", primera semana de Enero de 1939	CvII
Acta de constitución del primer Sindicato de Trabajadores Intelectuales de Chile, tomada de "Multitud"	CIX
Páginas centrales de "Multitud", pequeña antología de Pablo de Rokha, al cumplirse 30 años de la aparición de "Los Gemidos"	CXI
Recorte de prensa durante el viaje de Pablo y Winétt de Rokha por América, publicado en La Paz, Bolivia, en 1945	CXIII
Recorte de prensa durante el viaje de Pablo y Winétt de Rokha por América, publicado en Panamá, en 1945	CXv
Recorte de prensa durante el viaje de Pablo y Winétt de Rokha por América, publicado en Bogotá, Colombia, en 1945	CXvII
Recorte de prensa durante el viaje de Pablo y Winétt de Rokha por América, publicado en Costa Rica, en 1945	CXIX

La "ANTOLOGIA" de Pablo de Rokha se imprimió, conducida y corregida por Pablo de Rokha, hijo, y León Klonda, colaborando a la dirección técnica de Héctor Orellana, jefe de los Talleres Gráficos de la Casa Nacional del Niño y con el esfuerzo de: Abraham Astudillo, Jefe de Tipografía; Enrique Foes, Jefe de Prensas; Osvaldo Waisse, Jefe de Encuadernación; Julián Pe Menchaca y Marcos González, fotograbadores; Carlos Sánchez, Angel Díaz y Zulema Clavero, correctores; Antonio Umaña y Roberto Urzúa, compaginadores; Roberto Ramos, Liberto Mondaca, Luis Figueroa, Juan Allende, Jorge Vilches, Luis López y Carlos Vásquez, linotipistas; Jaime Zúñiga, sacapuebas; Raícel Poblete, Manuel Lara, Artemio Llanca, Ernesto Matamala, Luis Morales, Manuel Contreras y Roberto Quintana, presnistas; Mario Cortés y Pedro Moya, cortadores; José Merino, Pedro Pérez, Hernán Bustamante y Julio Marín, encuadernadores con la contribución de Julio Boccanegra, Jefe de Cálculos y Víctor Hurtubia, presupuestista y la labor encomiable de Helio Rodríguez y Alejandro Gaete.

"ANTOLOGIA"

DE

PABLO DE ROKHA

1916 - 1953

PRIMERA EDICION DE LAS OBRAS COMPLETAS, EN VOLUMEN DE 708 PAGINAS, NUMERADO, CORREGIDO EN CINCO DE SUS LIBROS, ORDENADO Y SELECCIONADO POR EL AUTOR E ILUSTRADO CON UN FACSIMIL DE POEMA Y 66 CLISES QUE RESPONDEN O A LIBROS O A REVISTAS O A DIARIOS EN LOS QUE FUE DISMINUIDA LA CREACION POETICA O A RETRATOS Y FOTOGRAFIAS QUE INGRESAN A LA VIDA PUBLICA DE QUIEN ESCRIBE.

EJEMPLAR N° 0759

PRECIO: \$75.000

ED. "MULTITUD"

CASILLA 9837

SANTIAGO DE CHILE

1 9 5 4